

<https://TheVirtualLibrary.org>

La educación sentimental

Gustave Flaubert

Traducción: Hermenegildo Giner de los Ríos

Librería de José Jorro, Madrid, 1891

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

El 15 de septiembre de 1840, a eso de las 6 de la mañana, el *Ville de Montereau*, a punto de zarpar, echaba grandes bocanadas de humo delante del muelle San Bernardo.

La gente llegaba sin aliento; barricas, cables, cestas de ropa dificultaban la circulación; los marineros no hacían caso a nadie; la gente se atropellaba; los paquetes eran izados entre los dos tambores, y el bullicio se ahogaba en el ruido del vapor, que, escapándose por entre las planchas metálicas, envolvía todo en una nube blanquecina, mientras que la campana, en la proa, tocaba sin cesar.

Por fin, el navío levó anclas; y las dos orillas, pobladas de tiendas, de construcciones y de fábricas, fueron desfilando como dos anchas cintas que se desenrollan.

Un joven de dieciocho años, de pelo largo, con una carpeta bajo el brazo, permanecía inmóvil al pie del timón. A través de la niebla, contemplaba campanarios, edificios cuyos nombres ignoraba; después, abarcó en una última mirada la isla Saint-Louis, la Cité, Notre Dâme, y pronto, al desaparecer París, lanzó un gran suspiro.

El señor Frédéric Moreau, recién terminado el bachillerato, regresaba a Nogent-sur-Seine, donde había de aburrirse durante dos meses, antes de ir a «estudiar Derecho». Su madre le había enviado al Havre, con el dinero contado, a ver a su tío, a quien ella esperaba que su hijo heredase; el joven había regresado justo la víspera; y se desquitaba de no poder pasar más tiempo en la capital, tomando el camino más largo para volver a su pueblo.

El jaleo se iba apagando; todos habían ocupado su sitio; algunos, de pie, se calentaban alrededor de la máquina, y la chimenea lanzaba con un estertor lento y rítmico su penacho de humo negro; sobre los cobres se deslizaban gotitas de rocío; el puente temblaba bajo una pequeña vibración interior, y las dos ruedas, girando rápidamente, batían el agua.

El río tenía playas de arena a ambas orillas. Se encontraban almadías de madera que comenzaban a ondular por el movimiento de las olas, o bien a un hombre pescando, sentado en una barca de remos; después las brumas errantes desaparecieron, salió el sol, la colina que se elevaba a lo largo de la orilla derecha del Sena fue bajando poco a poco y surgió otra, más cercana, en la margen opuesta.

Estaba coronada por árboles en medio de casas bajas cubiertas de tejados a la italiana.

Tenían huertos inclinados, separados por paredes nuevas, verjas de hierro, césped, invernaderos y jarrones de geranios, espaciados regularmente sobre terrazas donde uno podía asomarse. Más de un pasajero, al ver estas coquetas residencias, sentía deseos de ser su propietario para vivir allí hasta el fin de sus días, con un buen billar, una chalupa, una mujer o algún otro sueño. El placer totalmente nuevo de una excursión en barco predisponía a los sueños. Los bromistas empezaban ya con sus chistes. Muchos cantaban. Había alegría. La gente bebía.

Frédéric pensaba en la habitación que ocuparía allá en el *plan de un drama*, en motivos para cuadros, en pasiones futuras. Creía que la felicidad merecida por sus dotes espirituales tardaba en llegar. Recitó versos melancólicos; caminaba con paso rápido sobre el puente; llegó hasta el extremo, al lado de la campana; y, en un corro de pasajeros y marineros, vio a un señor piropeando a una aldeana, al tiempo que jugaba con la cruz que ella llevaba sobre el pecho. Era un buen mozo de unos cuarenta años, de pelo rizado. Su talle robusto lo cubría una chaqueta de terciopelo negro, dos esmeraldas brillaban en su camisa de batista, y su ancho pantalón blanco caía sobre unas raras botas rojas, de cuero de Rusia, realzadas con dibujos azules.

La presencia de Frédéric no le molestó. Se volvió hacia él varias veces, interpeleándolo con guiños de ojo; luego invitó a fumar a todos los que le rodeaban. Pero, aburrido de aquella compañía, se fue más lejos. Frédéric le siguió.

La conversación versó al principio sobre las diferentes clases de tabacos, después, naturalmente, sobre las mujeres. El señor de botas rojas dio consejos al joven; exponía teorías, contaba anécdotas, se ponía a sí mismo de ejemplo, hablando de todo esto en un tono paternal, con una ingenuidad de corrupción divertida.

Era republicano, había viajado, conocía por dentro los teatros, restaurantes, periódicos, y a todos los artistas célebres, a quienes llamaba familiarmente por sus nombres; Frédéric le expuso sus proyectos; él los aprobó.

Pero se paró a observar el tubo de la chimenea, luego hizo rápidamente entre dientes un largo cálculo, para saber «cuánto debía cada golpe de pistón, a tantas veces por minuto... etc.». Y, una vez hallado el resultado, se puso a admirar el paisaje. Decía que se encontraba feliz de haber escapado de sus ocupaciones.

Frédéric sentía cierto respeto por él, y no resistió al deseo de saber cómo se llamaba. El desconocido respondió sin titubear:

—Jacques Arnoux, propietario de *El Arte Industrial*, bulevar Montmartre.

Un criado con galones dorados en la gorra se acercó a decirle:

—¿Si el señor quisiera bajar? La señorita está llorando.

Arnoux desapareció.

El Arte Industrial era un establecimiento híbrido, que comprendía una revista de pintura y una tienda de cuadros. Frédéric había visto aquel letrero varias veces, en el escaparate del librero de su pueblo, en muchos prospectos, en los que el nombre de Arnoux aparecía escrito magistralmente.

El sol caía a plomo, haciendo relucir los bordes de hierro de los mástiles, las placas de la borda y la superficie del agua; ésta se cortaba en la proa en dos surcos, que se extendían hasta la orilla de las praderas. En cada recodo del río se encontraba la misma cortina de chopos blancos. El campo estaba completamente solitario. En el cielo había pequeñas nubes blancas inmóviles, y el aburrimiento, vagamente difuso, parecía retardar la marcha del barco y hacer más insignificante todavía el aspecto de los viajeros.

Aparte de algunos burgueses en Primera Clase, los pasajeros eran obreros, empleados de comercio con sus mujeres y sus hijos. Como entonces era costumbre vestirse con ropa vieja para el viaje, casi todos llevaban viejos gorros griegos, sombreros desteñidos, pobres trajes negros raídos por el roce de la oficina, o levitas que tenían los ojales deshechos por el uso continuo en la tienda; de vez en cuando un chaleco con solapa dejaba ver una camisa de percal, con manchas de café; alfileres que imitaban el oro prendían corbatas en jirones; trabillas cosidas sujetaban zapatillas de orillo, dos o tres pillos que tenían bambúes con empuñadura de cuero lanzaban miradas oblicuas, y padres de familia abrían grandes ojos, haciendo preguntas. Charlaban de pie o acurrucados sobre sus equipajes; otros dormían en los rincones; varios comían. El puente estaba lleno de cáscaras de nuez, colillas de cigarros, mondas de peras, restos de embutidos envueltos en papel; tres ebanistas, de guardapolvos, estaban de pie ante la cantina, un arpista harapiento descansaba, con el codo apoyado en su instrumento; se oía a intervalos el ruido del carbón de piedra en el quemador, el estallido de una voz, una risa; y el capitán, sobre la pasarela, iba de un tambor al otro, sin parar. Frédéric, para volver a su sitio, empujó la verja de Primera Clase, molestó a dos cazadores con sus perros.

Fue como una aparición:

Estaba sentada en el centro del banco, completamente sola; o al menos él no vio a nadie, con el deslumbramiento que le produjeron sus ojos. Al mismo tiempo que él pasaba, ella levantó la cabeza; él hizo una inclinación instintiva; y alejándose más en la misma dirección, se paró a contemplarla.

Llevaba un sombrero de paja, de ala ancha, con cintas rosa que palpitaban al viento, detrás de ella. Sus bandos negros, que rodeaban la punta de sus grandes cejas, descendían muy abajo y parecían ceñir amorosamente el óvalo de su cara. Su vestido de muselina clara, de pequeños lunares, se abría en numerosos pliegues. Estaba bordando algo; y su nariz recta, su barbilla, toda su persona destacaba sobre el fondo del cielo azul.

Como ella seguía en la misma actitud, Frédéric dio varias vueltas a derecha y a izquierda para disimular su maniobra; después se paró muy cerca de su sombrilla, apoyada

en el banco, y fingía observar una chalupa en el río.

Jamás había visto aquel esplendor de su piel morena, la seducción de su talle, ni aquella finura de dedos bañados por la luz. Contemplaba su cesto de costura, embelesado, como una cosa extraordinaria. ¿Cuáles eran su nombre, su casa, su vida, su pasado? Deseaba conocer los muebles de su habitación, todos los vestidos que había llevado, la gente que frecuentaba; y el deseo de la posesión física desaparecía incluso bajo otro más profundo, en una ansiedad dolorosa que no tenía límites.

Una negra, tocada con un pañuelo, apareció llevando de la mano una niña ya mayorcita. La niña, con los ojos envueltos en lágrimas, acabada de despertarse. Ella la sentó en sus rodillas: «La señorita no era formal, aunque pronto iba a cumplir siete años; su madre no la quería; le consentían demasiados caprichos». Y Frédéric gozaba oyendo estas cosas, como si hubiese hecho un descubrimiento, una adquisición.

Él la suponía de origen andaluz, criolla acaso; se había llevado consigo aquella negrita de las islas.

Entretanto había un largo chal de franjas violeta colocado a su espalda, sobre la borda de cobre. Quién sabe cuántas veces, en alta mar en las noches húmedas, ella había abrigado su cintura, tapado los pies, dormido envuelta en él. Pero, arrastrado por los flecos, iba resbalando poco a poco, y estaba a punto de caerse al agua; Frédéric dio un salto y lo cogió. Ella le dijo:

—Muchas gracias, señor.

Sus miradas se cruzaron.

—Mujer, ¿estás dispuesta? —dijo el señor Arnoux, que apareció en la cubierta de la escalera.

La señorita Marthe corrió a su encuentro, y, colgándosele del cuello le tiraba de los bigotes. Se oyeron los sonidos de un arpa, ella quiso ver la música; y pronto el que tocaba el instrumento, guiado por la negra, entró en Primera Clase. Arnoux lo reconoció como un antiguo modelo; lo tuteó, lo cual sorprendió a los asistentes. Por fin, el arpista echó sus largos cabellos sobre los hombros, extendió el brazo y se puso a tocar.

Era una romanza oriental, en la que se hablaba de puñales, de flores y de estrellas. El hombre harapiento cantaba aquello con una voz penetrante, los golpes del motor interrumpían la melodía en forma desacompasada, él pulsaba más fuerte: las cuerdas vibraban y sus sonidos metálicos parecían exhalar sollozos como la queja de un amor orgulloso y vencido. De ambas orillas del río se inclinaban bosques hasta el borde del agua; pasaba una corriente de aire fresco; Mme. Arnoux miraba a lo lejos de una manera vaga. Cuando cesó la música, movió los ojos varias veces como si despertara de un sueño.

El arpista se acercó a ellos humildemente. Mientras Arnoux buscaba unas monedas, Frédéric alargó hacia la gorra su mano cerrada y, abriéndola, con pudor, depositó en ella

un luis de oro. No era la vanidad la que le movió a dar esta limosna delante de ella, sino un pensamiento de bendición al que asociaba un impulso casi religioso de su corazón.

Arnoux, mostrándole el camino, le invitó cordialmente a bajar. Frédéric dijo que acababa de comer, la verdad es que se moría de hambre; y ya no le quedaba un céntimo en el fondo de su bolsa.

Después pensó que tenía derecho, como cualquier otro, a continuar en la sala.

Alrededor de mesas redondas había burgueses comiendo, un camarero iba y venía. El señor y la señora Arnoux estaban al fondo a la derecha; él se sentó en la larga banquetta de terciopelo y cogió un periódico que había allí.

Tenían que tomar en Montereau la diligencia de Châlons. Su viaje a Suiza duraría un mes. Mme. Arnoux censuró la blandura de su marido con su hija. Él le contó al oído algo gracioso, sin duda, pues ella sonrió. Después él se molestó en cerrar la cortina de la ventana que tenía a su espalda.

El techo, bajo y totalmente blanco, proyectaba una luz cruda. Frédéric, enfrente, distinguía la sombra de sus pestañas. Ella mojaba los labios en su vaso, partía un poco de pan con los dedos; el medallón de lapislázuli sujeto por una cadenita a su muñeca rozaba con su plato. Los que estaban allí, sin embargo, no parecían fijarse en ella.

A veces, por los ojos de buey, veían deslizarse el costado de una barca que se acercaba al navio para tomar o dejar pasajeros. La gente sentada a la mesa se asomaba a las ventanas y nombraba las tierras ribereñas.

Arnoux se quejaba de la cocina; protestó considerablemente por la cuenta y consiguió que se la rebajaran. Después llevó al joven a proa para tomar unos *grog*s. Pero Frédéric volvió pronto, bajo el toldo, a donde había regresado Mme. Arnoux. Ella leía un pequeño libro de tapas grises. Las dos comisuras de su boca se levantaban por momentos, y un destello de placer iluminaba su frente. Él sintió celos del que había inventado aquellas cosas en las que ella parecía estar entretenida. Cuanto más la contemplaba, más sentía que entre ella y él se ahondaban grandes abismos. Pensaba que tendría que dejarla muy pronto, irrevocablemente, sin haberle arrancado una palabra, sin dejarle ni siquiera un recuerdo.

A la derecha se extendía una llanura, a la izquierda un pastizal iba suavemente a unirse con una colina, donde se veían viñedos, nogales, un molino entre la hierba y pequeños caminos más allá haciendo zigzag sobre la roca blanca que limitaba con el horizonte. ¡Qué dicha subir juntos, abrazándole la cintura, mientras que su vestido iría barriendo las hojas amarillentas, escuchando su voz, bajo el brillo de sus ojos! El barco podía pararse, no tenían más que bajar; y esta cosa tan sencilla era, sin embargo, más difícil que remover el sol.

Un poco más lejos apareció un castillo, de tejado puntiagudo, con torretas cuadradas. Un macizo de flores se extendía delante de su fachada; bajo los altos tilos se prolongaban

avenidas como bóvedas negras. Él se la imaginó pasando a la orilla de las glorietas. En este momento, una señora y un hombre, jóvenes los dos, aparecieron en la escalinata, entre los maceteros de naranjos. Después, todo desapareció.

La niña jugaba alrededor de él. Frédéric quiso besarla. Ella se escondió detrás de su muchacha; su madre la regañó por no ser amable con el señor que le había salvado su chal. ¿Era una pregunta indirecta?

«¿Me va a hablar por fin?», se preguntaba él.

El tiempo apremiaba. ¿Cómo obtener una invitación a casa de Arnoux? Y él no imaginó nada mejor que hacerle observar el color del otoño, añadiendo:

—Pronto llega el invierno, la temporada de los bailes y las cenas.

Pero Arnoux estaba todo ocupado con su equipaje. Apareció la cuesta de Surville, los dos puentes se acercaban, pasaron a lo largo de una cordelería, luego de una hilera de casas bajas; debajo había calderas de alquitrán, astillas de madera; y unos chiquillos corrían por la arena jugando a la rueda. Frédéric reconoció a un hombre con un chaleco de mangas; le gritó:

—Date prisa.

Estaban llegando. Le fue difícil encontrar a Arnoux entre la muchedumbre de pasajeros, y el otro respondió estrechándole la mano:

—Mucho gusto, señor.

Una vez en el muelle, Frédéric se volvió. Ella estaba cerca del timón, de pie. Él le dirigió una mirada en la que había intentado poner toda su alma; como si no hubiese hecho nada, ella permaneció inmóvil. Después, sin prestar atención a los saludos de su criado:

—¿Por qué no has acercado el coche hasta aquí?

El pobre hombre se disculpaba.

—¡Qué torpe! Dame dinero.

Y se fue a comer a una fonda.

Un cuarto de hora después sintió deseos de entrar como al azar en el patio de las diligencias. ¿Podría acaso verla todavía?

«¿Para qué?», se dijo.

Y se marchó en su coche. Los dos caballos no eran de su madre. Había pedido prestado el del señor Chambrion, el recaudador, para engancharlo con el suyo. (Isidoro, que había salido la víspera, había descansado en Bray hasta la noche y había dormido en Montereau, tan bien que los animales, descansados, trotaban ligeros). A lo largo del camino se extendían interminables campos regados. Dos líneas de árboles bordeaban la carretera, montones de grava se sucedían; y poco a poco Villeneuve-Saint-Georges, Ablon,

Châtillon, Corbeil, y los demás pueblos, todo su viaje le vino a la memoria, de una manera tan clara que ahora distinguía detalles nuevos, particularidades más íntimas; bajo el último volante de su vestido asomaba su pie en una fina botina de seda, de color marrón; la tienda de cutil formaba un amplio dosel sobre su cabeza, y las pequeñas borlas rojas del reborde temblaban sin cesar bajo la brisa.

Se parecía a las mujeres de los libros románticos. El no hubiera querido añadir ni quitar nada a su persona. El universo, de pronto, acababa de ensancharse. Ella era el punto luminoso donde convergía todo; y, mecido por el movimiento del coche, los ojos medio cerrados, la mirada en las nubes, se entregaba a un gozo de sueños infinitos.

En Bray, no esperó a que diesen de comer a los caballos, se fue caminando solo a lo largo de la carretera. Arnoux le había llamado «Marie». Él gritó muy alto «Marie». Su voz se perdió en el aire.

Una amplia franja de púrpura inflamaba el cielo en occidente. Grandes almiarés de trigo, que se alzaban en medio de campos regados, proyectaban sombras gigantescas. Un perro empezó a ladrar en una granja, a lo lejos. Él tembló, preso de una preocupación imaginaria.

Cuando Isidoro lo alcanzó, él se colocó en el pescante para conducir. Había recobrado su serenidad. Estaba bien resuelto a introducirse en casa de los Arnoux, como fuera, y a estrechar relaciones íntimas con ellos. Su casa debía de ser agradable. Por otra parte, Arnoux le caía bien; después, ¿quién sabe? Entonces, una ola de sangre le subió a la cara; le zumbaban las sienes; hizo restallar su látigo, sacudió las riendas y llevaba los caballos con tal brío que el viejo cochero repetía:

—¡Espacio! ¡espacio!, ¡se van a sofocar!

Poco a poco, Frédéric se calmó e hizo caso a su criado.

Esperaban al señor con gran impaciencia. La señorita Louise había llorado para que la dejaran venir en el coche.

—¿Quién es la señorita Louise?

—La niña del señor Roque, ¿sabe?

—¡Ah!, ¡me olvidaba! —replicó Frédéric descuidadamente.

Entretanto, los dos caballos no podían más. Cojeaban uno y otro; y daban las nueve en Saint-Laurent cuando llegó a la plaza de Armas, delante de la casa de su madre. Esta casa, espaciosa, con un huerto que daba al campo, hacía subir la consideración de la señora Moreau, que era la persona más respetada del lugar.

Descendía de una vieja familia de hidalgos venida a menos. Su marido, un plebeyo, a quien sus padres habían obligado a casarse, había muerto de una estocada, cuando ella estaba encinta, dejándole una fortuna comprometida. Recibía en su casa tres veces por

semana y de vez en cuando ofrecía una buena cena. Pero el número de velas estaba calculado previamente, y ella esperaba impaciente a cobrar sus rentas. Esta preocupación, disimulada como un vicio, la ponía seria. Sin embargo, su virtud se ejercía sin ostentación de gazmoñería, sin acritud. Sus pequeñas caridades parecían grandes limosnas. La consultaban sobre la elección de criados, la educación de las jóvenes, el arte de las confituras, y el señor obispo se alojaba en su casa cuando iba de visita pastoral.

La señora Moreau alimentaba una alta ambición para su hijo. No le gustaba oír hablar contra el gobierno, por una especie de prudencia anticipada. Frédéric necesitaría protección al principio; después, por sus propios medios, llegaría a consejero de Estado, embajador, ministro. Sus triunfos en el Colegio de Sens legitimaban este orgullo; había llevado el premio de honor.

Cuando entró en el salón, todos se levantaron con gran estruendo para abrazarle; y con las butacas y las sillas se hizo un amplio semicírculo frente a la chimenea. El señor Gamblin le preguntó inmediatamente su opinión sobre la señora Lafarge. Este proceso, que apasionaba tanto entonces, no dejó de suscitar una discusión violenta; la señora Moreau la cortó, lo cual disgustó al señor Gamblin; él la consideraba útil para el joven, en su calidad de futuro jurisconsulto, y salió del salón, disgustado.

Nada debía sorprender en un amigo del señor Roque. A propósito del señor Roque, hablaron del señor Dambreuse, que acababa de comprar la finca de la Fortelle. Pero el recaudador había hecho un aparte con Frédéric para saber lo que pensaba de la última obra del señor Huizot. Todos deseaban saber qué hacía; y la señora Benoit se las arregló muy bien: comenzó por informarse directamente de su tío. ¿Cómo estaba su pariente? Ya no daba señales de vida. ¿No tenía un primo segundo en América?

La cocinera avisó que la sopa del señor estaba servida. Se retiraron discretamente. Después, cuando se quedaron solos, su madre le preguntó, en voz baja:

—¿Y qué?

El viejo le había recibido muy cordialmente, pero sin mostrar sus intenciones.

La señora Moreau suspiró.

«¿Dónde está ella ahora?», pensaba él.

La diligencia rodaba, y ella, envuelta sin duda en su chal, dormía apoyando su hermosa cabeza en el forro del cupé.

Subían a sus habitaciones cuando se presentó un mozo del «Cygne de la Croix» con una tarjeta.

—¿Qué es?

—Es Deslauriers, que quiere verme —dijo él.

—¡Ah!, tu camarada —dijo la señora Moreau con una risa burlona—. De verdad que

no podía ser más oportuno.

Frédéric vacilaba. Pero la amistad fue más fuerte. Tomó el sombrero.

—Al menos, no tardes mucho —le dijo su madre.

CAPÍTULO II

El padre de Charles Deslauriers, antiguo capitán de infantería, dimisionario en 1818, había vuelto a Nogent para casarse y, con el dinero de la dote, había comprado un cargo de agente judicial que apenas le daba para vivir. Amargado por largas injusticias, aquejado de viejas heridas y echando siempre de menos al emperador, descargaba sobre sus íntimos las cóleras contenidas que le ahogaban. Pocos niños recibieron tantas palizas como su hijo. El niño no obedecía a pesar de los golpes. Cuando su madre trataba de interponerse era maltratada como él. Por fin, el capitán lo colocó en un despacho y a fuerza de estar todo el día inclinado sobre un pupitre copiando actas, el hombro derecho se le desarrolló notablemente más que el otro.

En 1833, por consejo del señor Presidente, el capitán vendió su despacho. Su mujer murió de un cáncer. Él se fue a vivir a Dijon; luego se dedicó a reclutar sustitutos para las levadas de Troyes; y habiendo obtenido para Charles media beca, lo puso interno en el colegio de Sens, donde Frédéric lo conoció. Pero uno tenía doce años, el otro quince; además les separaban mil diferencias de carácter y de origen.

Frédéric tenía de todo en su cómoda, cosas rebuscadas, un neceser de tocador, por ejemplo. Le gustaba quedarse en cama por las mañanas, mirando las golondrinas, leyendo obras de teatro, y, como allí no tenía los mimos de casa, encontraba dura la vida de colegio.

El hijo del agente judicial la encontraba buena. Trabajaba tan bien que al final del segundo año de colegio pasó a cuarto curso. Sin embargo, a causa de su pobreza o de su temperamento pendenciero, se había concitado una sorda malevolencia a su alrededor. Una vez un criado le llamó hijo de pordiosero en pleno patio de los medianos, él le saltó al cuello y lo hubiera matado de no ser por tres vigilantes que intervinieron. Frédéric, lleno de admiración, le estrechó en sus brazos. A partir de aquel día, la intimidad fue total. El afecto de un «mayor» halagó la vanidad del pequeño, y el otro aceptó como una dicha esta amistad que le ofrecían.

Su padre, durante las vacaciones, lo dejaba en el colegio. Una traducción de Platón, abierta al azar, le entusiasmó. Entonces se apasionó por los estudios metafísicos; e hizo rápidos progresos, pues los abordaba con brío juvenil y con el orgullo de una inteligencia que se independiza; Jouffroy, Cousin, Laromiguière, Melebranche, los escoceses, todo lo

que había en la biblioteca se lo tragó, había tenido que robar la llave para procurarse libros.

Las distracciones de Frédéric eran menos serias. Dibujó en la calle de los Tres Reyes la genealogía de Cristo, esculpida sobre un poste, luego el pórtico de la catedral. Después de los dramas de la Edad Media se metió con los memorialistas: Froissart, Commynes, Pierre de l'Estoile, Brantôme.

Las imágenes que estas lecturas llevaban a su mente le obsesionaban de tal modo que sentía la necesidad de reproducirlas. Ambicionaba ser un día el Walter Scott francés. Deslauriers meditaba un vasto sistema de filosofía que tendría las más remotas aplicaciones.

Hablaban de todo esto, en los recreos, en el patio, frente a la Inscripción moral, grabada bajo el reloj; de esto cuchicheaban en la capilla, en las barbas de San Luis, con esto soñaban en el dormitorio, desde donde se dominaba un cementerio. Los días de paseo se ponían los últimos de la fila y hablaban sin parar.

Charlaban de lo que harían más tarde, cuando salieran del colegio. Primero emprenderían un gran viaje con el dinero que Frédéric sacase de su fortuna, al llegar a su mayoría de edad. Después volverían a París, trabajarían juntos, no se separarían; y, como descanso de sus trabajos, tendrían amores de princesas en saloncitos de raso, o fulgurantes orgías con cortesanas ilustres. Surgían dudas a sus arrebatos de esperanza. Después de crisis de gozosa exaltación verbal se sumían en profundos silencios.

En las tardes de verano, después de largas caminatas por los caminos pedregosos a la orilla de las viñas, o por la carretera general en pleno campo, mientras los trigales se mecían al sol y el aire se llenaba de perfumes de angélica, experimentaban una sensación de ahogo y se tumbaban de espaldas, aturcidos, embriagados. Los demás, en mangas de camisa, jugaban al marro o empinaban las cometas. El vigilante los llamaba. Regresaban siguiendo los huertos atravesados por pequeños arroyos, luego los bulevares a los que viejas paredes daban sombra; las calles desiertas resonaban bajo sus pasos; la verja se abría, subían la escalera; y seguían tristes como después de las grandes juergas.

El señor Censor decía que se exaltaban mutuamente. Sin embargo, si Frédéric trabajó en las clases superiores fue por los ánimos que le dio su amigo; y, en las vacaciones de 1837, lo llevó a casa de su madre.

El joven no le gustó a la señora Moreau. Comía mucho, no iba los domingos a los oficios, pronunciaba discursos republicanos; en fin, ella sospechó que había llevado a su hijo a lugares deshonestos. Vigilaron sus relaciones. Todo esto contribuyó a que su amistad se estrechara cada día más; y hubo unas despedidas tristes cuando Deslauriers, el año siguiente, marchó del colegio para ir a estudiar Derecho a París.

Frédéric contaba con reencontrarse allí. No se habían visto desde hacía dos años, y después de largos abrazos se fueron a los puentes para charlar más a sus anchas.

El capitán, que ahora regentaba un billar en Villenauxe, se había puesto furioso cuando su hijo le había exigido la rendición de cuentas de su tutela e incluso le había cortado de raíz la pensión alimenticia. Pero, como el muchacho quería concursar más adelante a una cátedra en la Escuela y no tenía dinero, aceptó en Troyes una plaza de pasante con un abogado. A fuerza de privaciones economizaría cuatro mil francos, y si no debía cobrar nada de la herencia materna, trabajaría libremente durante tres años, esperando una colocación. Había que abandonar, por tanto, su viejo proyecto de vivir juntos en la capital al menos por el momento.

Frédéric bajó la cabeza. Era el primero de sus sueños que se hundía.

—Consuélate —dijo el hijo del capitán—, el camino es largo; somos jóvenes. Nos juntaremos. No pienses más en ello.

Lo cogía por las manos y, para distraerlo, le hizo preguntas sobre su viaje.

Frédéric no tuvo gran cosa que contar. Pero el recuerdo de Mme. Arnoux hizo desaparecer su tristeza. No habló de ella por pudor. Se extendió, por el contrario, sobre Arnoux, contando sus discursos, sus gestos, sus relaciones; y Deslauriers le animó a cultivar esta amistad.

En estos últimos tiempos, Frédéric no había escrito nada; sus opiniones habían cambiado: por encima de todo estimaba la pasión; Werther, René, Frank, Lara, Lélia y otros más mediocres le entusiasmaban igualmente. A veces la música le parecía lo único capaz de expresar sus turbaciones interiores; entonces, soñaba sinfonías; o bien la superficie de las cosas le absorbía y quería pintar. Había escrito versos, sin embargo; Deslauriers los encontró muy bellos, pero no le animó a seguir haciéndolo.

En cuanto a él, ya no se dedicaba a la metafísica. Le preocupaban la Economía Política y la Revolución francesa. Ahora era un pobre diablo de veintidós años, delgado, con una boca grande, de aspecto resuelto. Aquella tarde llevaba una chaqueta ligera y sus zapatos estaban llenos de polvo, pues había ido a pie desde Villenauxe expresamente para ver a Frédéric.

Isidore los abordó. La señora rogaba al señor que volviera a casa, y, temiendo que tuviese frío, le mandó su abrigo.

—Quédate —dijo Deslauriers.

Y siguieron paseando de un extremo al otro de los dos puentes que se apoyan sobre la isla estrecha formada por el canal y el río.

Cuando iban hacia Nogent veían enfrente un grupo de casas que se inclinaban un poco; a la derecha aparecía la iglesia detrás de los molinos de madera cuyas compuertas estaban cerradas; y, a la izquierda, los setos de arbustos, a lo largo del río, cercaban huertos, que apenas se distinguían. Pero, del lado de París, la carretera principal bajaba en línea recta, y a lo lejos se perdían praderas entre los vapores de la noche. La noche estaba

silenciosa y de una claridad blanquecina. Hasta ellos llegaban olores de follaje húmedo; la caída de la toma de agua, cien pasos más lejos, murmuraba ese gran ruido suave que hacen las olas en las tinieblas.

Deslauriers se detuvo y dijo:

—Esas buenas gentes que duermen tranquilas, es curioso. ¡Paciencia!, ¡se prepara un nuevo ochenta y nueve! ¡Estamos cansados de constituciones, de cartas, de sutilezas, de mentiras!, ¡de buena gana echaría todo esto por la borda! Pero, para emprender cualquier cosa hace falta dinero. ¡Qué desgracia ser hijo de un tabernero y perder la juventud ganando el pan!

Bajó la cabeza, se mordió los labios y temblaba de frío envuelto en su traje delgado.

Frédéric le echó la mitad de su abrigo sobre los hombros. Los dos se envolvieron en él, y cogidos de la cintura caminaban tapados juntos.

—¿Cómo quieres que viva allí sin ti? —decía Frédéric (la amargura de su amigo lo había entristecido)—. Habría hecho cualquier cosa con una mujer que me hubiese amado... ¿Por qué ríes? El amor es para el genio su alimento y como el aire que respira. Las emociones extraordinarias producen las obras sublimes. En cuanto a buscar la que me convendría, renunció a ello. Además, si alguna vez la encontrara, me rechazaría. Soy de la vieja raza de los desheredados, y me extinguiré como un tesoro que fuese de cristal o de diamante, no lo sé.

La sombra de alguien se alargó sobre el pavimento, al tiempo que oyeron estas palabras:

—A su disposición, señores.

El que las pronunciaba era un hombrecillo, vestido con una amplia levita oscura y cubierto con una gorra que dejaba asomar bajo la visera una nariz puntiaguda.

—El señor Roque —dijo Frédéric.

—El mismo —replicó la voz.

El de Nogent justificó su presencia contando que volvía de inspeccionar sus trampas para el lobo en un huerto a la orilla del agua.

—Ya está de vuelta en nuestra tierra. ¡Muy bien!, me he enterado por mi chiquilla. ¿La salud sigue bien, espero? ¿No se marcha todavía?

Y se fue, desechado, sin duda, por la acogida de Frédéric.

En efecto, la señora Moreau no lo trataba mucho; el señor Roque vivía en concubinato con su criada y no estaba bien considerado, aunque era el muñidor electoral, el administrador del señor Dambreuse.

—¿El banquero que vive en la calle de Anjou? —dijo Deslauriers—. ¿Sabes lo que

deberías hacer, mi querido amigo?

Isidore los interrumpió de nuevo. Tenía orden de llevarse a Frédéric definitivamente. La señora estaba preocupada por su ausencia.

—Bueno, bueno. Ya vamos —dijo Deslauriers—, no dormiré fuera de casa.

Y cuando marchó el criado:

—Deberías pedir a ese viejo que te presente a los Dambreuse, nada hay más útil que frecuentar una casa rica. Ya que tienes un traje negro y guantes blancos, aprovéchate. Tienes que entrar en ese mundo. Después me llevarás a mí. Un hombre millonario, fíjate. Haz por agradarle, y a su mujer también. Hazte su amante.

Frédéric protestaba.

—Pero te estoy diciendo verdades, me parece. Acuérdate de Rastignac en la *Comedia humana*. Tendrás éxito, ¡estoy seguro!

Frédéric confiaba tanto en Deslauriers que se sintió trastornado, y, olvidando a la señora Arnoux o incluyéndola en la predicción hecha por el otro, no pudo por menos de sonreír.

El pasante añadió:

—Ultimo consejo: Examínate. Un título siempre es bueno; y déjate de esos poetas católicos y satánicos, tan avanzados en filosofía como lo estaban en el siglo diecisiete. Tu desesperación es una tontería. Muy grandes personalidades tuvieron comienzos más difíciles, comenzando por Mirabeau. Además nuestra separación no será larga. Haré vomitar al tramposo de mi padre. Es hora de que regrese, ¡adiós! ¿Llevas dinero suelto para pagar mi cena?

Frédéric le dio diez francos, lo que le quedaba de la cantidad recibida de Isidore por la mañana.

Entretanto a veinte toesas de los puentes, a la orilla izquierda, brillaba una luz en la buhardilla de una casa baja.

Deslauriers la percibió. Entonces dijo enfáticamente quitándose el sombrero:

—Venus, reina de los cielos, soy tu siervo. Pero la penuria es la madre de la sabiduría. ¡Cuánto nos han calumniado por esto, misericordia!

Esta alusión a una aventura común los alegró. Reían fuertemente por las calles.

Luego de haber pagado el gasto en la fonda, Deslauriers acompañó a Frédéric hasta el cruce del hospital; y, después de un largo abrazo, los dos amigos se separaron.

CAPÍTULO III

Dos meses después Frédéric, pasando una mañana por la calle Coq-Héron, pensó de pronto en hacer su gran visita.

El azar le había favorecido. El señor Roque había ido a llevarle un rollo de papeles, rogándole que los entregara en persona en casa del señor Dambreuse; y el envío iba acompañado de una tarjeta abierta en la que presentaba a su joven paisano.

La señora Moreau se mostró sorprendida de esta gestión. Frédéric disimuló el placer que le causaba.

El señor Dambreuse era en realidad el conde de Ambreuse; pero desde 1825, abandonando poco a poco su nobleza y su partido, se había dedicado a la industria; y, con la oreja en todos los despachos, la mano en todas las empresas, al acecho de las buenas ocasiones, sutil como un griego y laborioso como un auvernés, había reunido una fortuna que se tenía por considerable; además era oficial de la Legión de Honor, miembro del Consejo General de l'Aube, diputado, par de Francia uno de aquellos días; servicial, por lo demás, cansaba al ministro con sus continuas peticiones de ayudas, cruces, estancos; y, en sus roces con el poder, se inclinaba al centro-izquierda. Su mujer, la guapa señora Dambreuse, a quien citaban los periódicos de modas, presidía las reuniones de caridad.

Camelando a las duquesas, apaciguaba los rencores del noble *faubourg* y hacia creer que el señor Dambreuse todavía podía arrepentirse y prestar servicios.

El joven estaba preocupado por esta visita a los Dambreuse.

«Hubiese hecho mejor poniéndome el traje. Seguro que me invitarían al baile de la semana próxima. ¿Qué van a decir de mí?».

Recobró el aplomo al pensar que el señor Dambreuse no era más que un burgués. Y saltó presto de su cabriolé a la acera de la calle de Anjou.

Franqueada una de las puertas cocheras, atravesó el patio, subió la escalinata y entró en un vestíbulo pavimentado de mármol de color.

Una doble escalera recta, con una alfombra roja sujeta por una barra de cobre, se apoyaba en las altas paredes de estuco brillante. Al pie de la escalera había un plátano cuyas anchas hojas caían sobre el terciopelo del pasamanos. Dos candelabros de bronce

sostenían globos de porcelana colgados de cadenas; los respiraderos abiertos de las estufas hacían una atmósfera cargada; y no se oía más que el tic tac de un gran reloj instalado en el otro extremo del vestíbulo bajo una panoplia.

Sonó un timbre; apareció un criado e hizo pasar a Frédéric a una salita, donde se distinguían las cajas de caudales, con compartimientos llenos de cajas de cartón. El señor Dambreuse escribía en el centro de la salita sobre un escritorio de corredera.

Leyó atentamente la carta del señor Roque, abrió con su cortaplumas la tela que envolvía los papeles y los examinó.

De lejos, por su talle delgado, podía parecer todavía joven. Pero su escaso pelo blanco, sus miembros débiles y sobre todo la extraordinaria palidez de su cara acusaban un temperamento deteriorado. Una energía firme reposaba en sus ojos verde mar, más fríos que si fueran de vidrio. Tenía los pómulos salientes y unas manos sarmentosas.

Por fin, ya de pie, hizo al joven algunas preguntas sobre personajes conocidos suyos, sobre Nogent, sobre sus estudios; después lo despidió con una inclinación, Frédéric salió por otro corredor y se encontró en la parte baja del patio, cerca de las cocheras.

Un cupé azul, tirado por un caballo negro, aguardaba delante de la escalinata. Se abrió la portezuela, subió una dama, y el coche, con un ruido sordo, empezó a rodar sobre la arena.

Frédéric, al mismo tiempo que ella, llegó del otro lado, bajo la puerta cochera. Como el espacio no era bastante ancho, tuvo que esperar. La joven dama asomada a la ventanilla hablaba en voz baja con el conserje. Frédéric no veía más que la espalda, cubierta por una capa violeta. Entretanto escudriñaba dentro del coche, tapizado de reps azul, con pasamanería de seda. El vestido de la dama lo llenaba; de aquella cajita acolchada se desprendía un perfume de lirio y un vago olor de elegancias femeninas. El cochero aflojó las riendas, el caballo rozó el guardacantón bruscamente y todo desapareció.

Frédéric regresó a pie por los bulevares.

Sentía no haber podido distinguir a la señora Dambreuse.

Un poco más arriba de la calle Montmartre, un atasco de coches le hizo volver la cabeza; y del otro lado, enfrente, leyó sobre una placa de mármol:

JACQUES ARNOUX

¿Cómo no había pensado en ella antes? La culpa era de Deslauriers, y se acercó a la tienda; sin embargo, no entró, esperó a que apareciera ella.

Las altas lunas transparentes ofrecían a las miradas en una hábil disposición, estatuillas, dibujos, grabados, catálogos, números de *El Arte Industrial*; y los precios de suscripción se repetían en la puerta, decorada en el centro con las iniciales del editor. Se veían en las paredes grandes cuadros brillantes de barniz; luego, en el fondo, dos grandes

arcones llenos de porcelanas, de bronces, de curiosidades tentadoras; una pequeña escalera los separaba, cerrada en lo alto por una portezuela de moqueta; y una lámpara de vieja porcelana de Sajonia, una alfombra verde sobre el suelo, con una mesa de marquetería daban a este interior más la apariencia de un salón que de una tienda.

Frédéric aparentaba examinar los dibujos. Después de muchos titubeos entró.

Un empleado levantó la portezuela y contestó que el señor no estaría en la tienda antes de las cinco. Pero si él podía darle el recado...

—¡No!, ¡volveré! —replicó en voz baja Frédéric.

Los días siguientes los empleó en buscarse un alojamiento; y se decidió por una habitación en el segundo piso, en un hotel amueblado, en la calle Saint-Hyacinthe.

Con un cartapacio completamente nuevo bajo el brazo, se fue a la apertura de curso. Trescientos jóvenes, con la cabeza descubierta, llenaban un anfiteatro donde un viejo en toga roja disertaba con voz monótona; se oía el rasgueo de las plumas sobre el papel. Volvía a encontrar en aquella sala el olor a polvo de las clases, una cátedra de forma parecida, el mismo aburrimiento. Durante quince días siguió acudiendo a clase. Pero aún no habían llegado al artículo 3, cuando dejó el Código Civil y abandonó las Instituciones en la *Summa divisio personarum*.

Los gozos que se había imaginado no llegaban; y habiendo agotado los libros de una sala de lectura, recorrido las colecciones del Louvre y visto varias veces seguidas el espectáculo, se sumió en un ocio mejor.

Mil cosas nuevas aumentaban su tristeza. Tenía que contar su ropa interior y soportar al conserje, un patán con aire de enfermero, que iba por la mañana a hacerle la cama, oliendo a vino y refunfuñando. Su apartamento, adornado con un reloj de alabastro, no le gustaba. Los tabiques eran delgados; oía a los estudiantes hacer ponche, reír, cantar.

Cansado de aquella soledad, buscó a uno de sus antiguos compañeros, llamado Bautista Martinon, y lo encontró en una pensión burguesa de la calle Saint-Jacques empollando el Procesal, delante de una estufa de carbón mineral.

Frente a él, una mujer con un vestido de algodón zurcía unos calcetines.

Martinon era lo que se llama un hombre muy guapo; alto, mofletudo, las facciones regulares y ojos azules saltones; su padre, rico labrador, le destinaba a la magistratura, y, queriendo ya parecer serio, llevaba barba corta.

Como los aburrimientos de Frédéric no tenían causa razonable y no podía argüir ninguna desgracia, Martinon no comprendió ninguna de sus lamentaciones sobre la existencia. En cuanto a él, iba todas las mañanas a clase, se paseaba luego por el Luxemburgo, tomaba por la tarde su media taza en el café, y, con mil quinientos francos al año y el amor de aquella trabajadora se sentía plenamente feliz.

«¡Qué dicha!», exclamó Frédéric para sus adentros.

En la Escuela había hecho otros conocimientos, el del señor de Cisy, hijo de una gran familia y que parecía una señorita por la amabilidad de sus maneras.

El señor de Cisy se dedicaba al dibujo, le gustaba mucho el gótico. Varias veces fueron juntos a admirar la Santa Capilla y Nuestra Señora. Pero la distinción del joven aristócrata ocultaba una inteligencia de lo más pobre. Todo le sorprendía; reía mucho a la menor broma y mostraba una ingenuidad tan completa que Frédéric lo tomó al principio por un bromista, y finalmente lo consideró como un tonto.

No tenía con quien expansionarse y seguía esperando la invitación de los Dambreuse.

El día de Año Nuevo les envió tarjetas de visita, pero él no recibió ninguna.

Había vuelto a *El Arte Industrial*.

Volvió por tercera vez, y, por fin, vio a Arnoux, que discutía en medio de cinco o seis personas y que apenas contestaba a su saludo; Frédéric se sintió molesto. No dejó por eso de pensar en la manera de llegar hasta ella.

Primero se le ocurrió la idea de presentarse de pronto para informarse del precio de los cuadros. Después pensó en «dejar» en el buzón del periódico algunos artículos «muy fuertes», lo cual iniciaría relaciones. Quizás era mejor ir directamente al grano, ¿declararle el amor? Así que escribió una carta de doce páginas, llena de efusiones líricas y de apostrofes; pero la rompió y no hizo nada, no intentó nada, inmovilizado por el miedo al fracaso.

Encima de la tienda de Arnoux había en el primer piso tres ventanas, con luz, todas las tardes. Por detrás circulaban sombras, una sobre todo era la suya; y él se esforzaba desde muy lejos para mirar hacia aquellas ventanas y contemplar aquella sombra.

Una negra con la que se cruzó un día en las Tullerías, con una niña de la mano, le recordó a la negra de Mme. Arnoux. Ella debía de ir allí como las demás; cada vez que atravesaba las Tullerías su corazón latía con la esperanza de encontrarla. Los días de sol continuaba su paseo hasta el final de los Campos Elíseos.

Mujeres indolentemente sentadas en calesas y cuyos velos flotaban al viento desfilaban cerca de él, al paso firme de sus caballos, con un balanceo insensible que hacía crujir los cueros charolados. Aumentaban los coches, y, acortando la marcha a partir del Rond-Point, ocupaban toda la calzada. Las crines estaban al lado de las crines, las linternas cerca de las linternas; los estribos de acero, las barbadadas de plata eran otros tantos focos que brillaban aquí y allí entre los calzones cortos, los guantes blancos y las pieles que colgaban sobre el blasón de las portezuelas. Él se sentía como perdido en un mundo lejano. Sus ojos vagaban sobre las cabezas femeninas; y remotos parecidos le recordaban a Mme. Arnoux. Se la imaginaba en medio de las demás, en uno de esos pequeños cupés, parecido al de la señora Dambreuse. Pero el sol se ocultaba y el viento

frío levantaba remolinos de polvo. Los cocheros hundían la barbilla en sus corbatas, las ruedas empezaban a girar más de prisa, el macadán crujía y todos los carruajes bajaban al gran trote de la larga avenida, rozándose, adelantándose, apartándose los unos de los otros: después, en la plaza de la Concordia, se dispersaban. Detrás de las Tullerías, el cielo se volvía a poner de color pizarra. Los árboles del jardín formaban dos masas enormes, violáceas en la copa. Las farolas de gas se encendían; y toda la superficie verdosa del Sena se rasgaba en reflejos de plata contra los pilares de los puentes.

Iba a cenar por cuarenta y tres sueldos a un restaurante en la calle de la Harpe.

Miraba con desdén el viejo mostrador de caoba, las servilletas sucias, la cubertería grasienta y los sombreros colgados en la pared. Los que estaban a su alrededor eran estudiantes como él. Hablaban de sus profesores, de sus amigas. ¡Mucho se preocupaba él de sus profesores! ¡Acaso tenía una amiga! Para evitar sus expansiones de alegría, llegaba lo más tarde posible. Había restos de comida en todas las mesas. Los dos camareros, cansados, dormían en rincones, y un olor a cocina, a quinqué y a tabaco llenaba la sala vacía.

Después volvía a subir lentamente las calles. Las farolas se balanceaban haciendo temblar sobre el barro largos reflejos amarillentos. Rozando la acera se deslizaban unas sombras con paraguas. El pavimento estaba grasiento, la bruma caía, y le parecía que las tinieblas húmedas, envolviéndole, resbalaban indefinidamente en su corazón.

Le entró un remordimiento. Volvió a clase. Pero como había perdido el hilo de lo que llevaban explicado, no comprendía las cosas más sencillas.

Empezó a escribir una novela titulada *Silvio, el hijo del pescador*. La acción sucedía en Venecia. El héroe era él mismo; la heroína, Mme. Arnoux. Se llamaba Antonia; y, para conseguirla, asesinaba a varios hidalgos, caballeros, quemaba una parte de la ciudad y cantaba bajo su balcón, donde la brisa hacía palpar las cortinas de damasco rojo del bulevar Montmartre. Las reminiscencias demasiado numerosas de las que se dio cuenta le desanimaron; no siguió adelante, y su ocio se redobló.

Entonces suplicó a Deslauriers que fuese a compartir con él su habitación. Se arreglarían para vivir con los dos mil francos de pensión de Frédéric, todo era mejor que aquella existencia insoportable. Deslauriers no podía dejar todavía Troyes. Le animaba a distraerse y a frecuentar a Senecal.

Senecal era un profesor particular de Matemáticas, hombre de gran cabeza y de convicciones republicanas, un futuro Saint-Just, decía el pasante de abogado. Frédéric había subido tres veces los cinco pisos de su casa sin recibir a cambio ninguna visita de él. No volvió más.

Quiso distraerse. Fue a los bailes de la Ópera. Aquellas alegrías tumultuosas le helaban antes de entrar. Además, le retenía el temor de verse en un apuro a la hora de pagar una cena con una disfrazada que le obligaba a gastos considerables; era una gran aventura.

Le parecía, sin embargo, que merecía que le quisieran. A veces se despertaba con el corazón lleno de esperanza, se vestía elegantemente como para una cita y no paraba de hacer compras en París, A cada mujer que caminaba delante de él o con la que se cruzaba se decía «¡Ahí está!». Era cada vez una nueva decepción. La idea de Mme. Arnoux redoblaba estas ansias. La encontraría tal vez en su camino; y se imaginaba, para abordarla, peligros extraordinarios de los que él la salvaría.

Así pasaban los días, repitiéndose los mismos aburrimientos y los hábitos contraídos. Hojeaba folletos bajo las arcadas del Odeón, iba a leer la *Revue des deux Mondes* al café, entraba en una sala del Colegio de Francia, escuchaba durante una hora una lección de chino o de Economía Política. Todas las semanas escribía una larga carta a Deslauriers, cenaba de vez en cuando con Martinon, veía alguna vez al señor De Cisy.

Alquiló un piano y compuso valeses alemanes.

Una noche, en el teatro del Palais Royal, vio en un palco de proscenio a Arnoux al lado de su mujer. ¿Era ella? La pantalla de tafetán verde estirada, al borde del palco, ocultaba su cara. Por fin se levantó; cayó el telón. Era una persona alta, de unos treinta años, ajada y cuyos gruesos labios descubrían al reír unos dientes espléndidos. Hablaba en tono familiar con Arnoux y le daba golpes en los dedos con el abanico. Después una chica rubia, con los ojos un poco rojos como de haber llorado, se sentó entre ellos. Arnoux permaneció desde entonces medio inclinado sobre sus hombros, hablándole mientras ella escuchaba en silencio. Frédéric se entretenía en descubrir la condición de aquellas mujeres modestamente vestidas con ropa oscura, con cuellos vueltos.

Al final del espectáculo se precipitó a los pasillos. La muchedumbre los llenaba. Arnoux, delante de él, bajaba uno a uno los escalones, dando el brazo a las dos mujeres.

De pronto se encendió una farola de gas. Él llevaba un crespón negro en su sombrero. ¿Acaso había muerto ella? Esta idea atormentó a Frédéric tan fuertemente que al día siguiente corrió a *El Arte Industrial*, y, pagando rápidamente uno de los grabados expuestos delante del reloj, preguntó al dependiente de la tienda cómo seguía el señor Arnoux.

El mozo respondió:

—Pues, muy bien.

Y Frédéric añadió, palideciendo:

—¿Y la señora?

—La señora también.

Frédéric se olvidó de llevarse el grabado.

Terminó el invierno. Estuvo menos triste en primavera, empezó a preparar su examen, y habiendo aprobado con una nota mediocre marchó luego para Nogent.

No fue a Troyes a ver a su amigo para evitar los comentarios de su madre. Luego, al comienzo del curso, dejó su apartamento y tomó en la avenida Napoleón dos habitaciones. No tenía la esperanza de ser invitado a casa de los Dambreuse; su gran pasión por Mme. Arnoux empezaba a apagarse.

CAPÍTULO IV

Una mañana del mes de diciembre, cuando iba a clase de Procesal, creyó notar en la calle Saint-Jacques más animación que de costumbre. Los estudiantes salían precipitadamente de los cafés, o, por las ventanas abiertas, se llamaban de una casa a otra; los tenderos, en medio de la acera, miraban con aire preocupado; las contraventanas se cerraban; y al llegar a la calle Soufflot se encontró con una gran concentración alrededor del Panteón.

Jóvenes en grupos desiguales de cinco a doce se paseaban, cogidos del brazo, y abordaban a los grupos más numerosos que estaban parados aquí y allí; en el fondo de la plaza, junto a las verjas, unos hombres en guardapolvos peroraban, mientras que, con el tricornio ladeado y las manos a la espalda, guardias municipales hacían la ronda a lo largo de las paredes, haciendo resonar el pavimento bajo sus fuertes botas. Todos tenían un aire misterioso, pasmado; se esperaba algo evidente; cada cual tenía su pregunta a flor de labios.

Frédéric se encontraba al lado de un joven rubio, de rostro agradable, con bigote y perilla, como un refinado del tiempo de Luis XIII. Le preguntó por la causa del desorden.

—No sé nada —replicó el otro— ni ellos tampoco. Es la moda ahora. ¡Qué gran farsa!

Y soltó una carcajada.

Las peticiones de Reforma, que hacían firmar en la guardia nacional, unidas al empadronamiento de Humann, además de otros acontecimientos, ocasionaban desde hacía seis meses, en París, inexplicables aglomeraciones; e incluso se renovaban con tanta frecuencia que los periódicos ya no hablaban de ellas.

—Esto no tiene gracia ni color —continuó el vecino de Frédéric—. Yo creo, señor, que hemos degenerado. En los buenos tiempos de Luis XI, incluso de Benjamín Constant, había más motines de estudiantes. Yo los encuentro mansos como corderos, tontos como pepinillos, e idóneos para horteras. ¡Ya lo creo! ¡Y a esto llaman la Juventud estudiantil!

Y abrió los brazos (de par en par), como Frédéric Lemaître en *Robert Macaire*.

—¡Juventud de las Escuelas, yo te bendigo!

Después, apostrofando a un trapero, que removía conchas de ostras contra el guardacantón de un tabernero:

—¿Tú formas parte de la Juventud estudiantil?

El viejo levantó una cara horrible en la que se distinguían, en medio de una barba gris, una nariz roja y dos ojos de borracho estúpido.

—¡No!, me pareces más bien uno de esos hombres de rostro patibulario que se ven, en diversos grupos, sembrando el oro a manos llenas. ¡Oh!, siembra, patriarca mío, siembra! ¡Corrómpeme con los tesoros de Albión! «Are you English?». Yo no rechazo los tesoros de Artajerjes. Hablemos un poco de la unión aduanera.

Frédéric sintió que alguien le tocaba en el hombro; se volvió. Era Martinon, prodigiosamente pálido.

—¡Vaya! —dijo lanzando un gran suspiro—, ¡otro motín!

Temía verse comprometido, se lamentaba. Hombres de guardapolvos, sobre todo, lo asediaban como si fueran miembros de sociedades secretas.

Martinon le pidió que hablara más bajo, por miedo a la policía.

—¿Pero todavía cree usted en la policía? En realidad, ¿qué sabe usted, señor, si yo mismo no soy un confidente?

Y lo miró de tal manera que Martinon, muy emocionado, al principio no comprendió en absoluto la broma. La muchedumbre los empujaba, y los tres habían tenido que subirse a la pequeña escalera que llevaba por un pasillo al nuevo anfiteatro.

Pronto la muchedumbre se abrió paso de manera espontánea; varias cabezas se descubrieron; saludaban al ilustre profesor Samuel Rondelot, que, envuelto en su gruesa levita, levantando en alto sus lentes de plata y con respiración dificultosa a causa del asma, se dirigía tranquilamente a dar su clase. Este hombre era una de las glorias jurídicas del siglo XIX, el rival de los Zachariae, de los Ruhdorff. Su nueva dignidad de par de Francia no había modificado nada sus hábitos. Sabían que era pobre y le tenían un gran respeto.

Entretanto, desde el fondo de la plaza algunos gritaron:

—¡Abajo Guizot!

—¡Abajo Pritchard!

—¡Abajo los traidores!

—¡Abajo Luis Felipe!

La muchedumbre osciló y, apretándose contra la puerta del patio que estaba cerrada, impedía al profesor seguir adelante. Él se detuvo delante de la escalera. Pronto le vieron en el último de los tres escalones. Habló; un murmullo impidió oír su voz. Aunque hacía un momento le manifestaban su afecto, ahora lo odiaban, porque representaba a la autoridad. Cada vez que intentaba hacerse oír, se reanudaban los gritos. Hizo un gran gesto para intentar que los estudiantes le siguieran. Un griterío total fue la respuesta. Se

encogió de hombros y desapareció en el pasillo. Martinon se había aprovechado del lugar en que estaba para desaparecer al mismo tiempo.

—¡Qué cobarde! —dijo Frédéric.

—¡Es prudente! —replicó el otro.

La multitud estalló en aplausos. Aquella retirada del profesor era una victoria para ellos. En todas las ventanas había curiosos mirando. Algunos entonaban *La Marsellesa*; otros proponían ir a casa de Béranger.

—¡A casa de Laffitte!

—¡A casa de Chateaubriand!.

—¡A casa de Voltaire!

—¡A casa de Voltaire! —aulló el joven de bigote rubio.

Los agentes de la policía urbana trataban de circular diciendo lo más amablemente que podían:

—¡Retírense, señores, retírense!

Alguien gritó:

—¡Abajo los matones!

Era un insulto corriente desde los alborotos del mes de septiembre. Todos lo corearon. Abucheaban, silbaban a los guardias del orden público; éstos empezaban a palidecer; uno de ellos no aguantó más y, viendo a un jovenzuelo que se le acercaba demasiado, riéndose en su cara, lo empujó con tal fuerza que le hizo caer de espaldas cinco pasos más lejos, delante de la tienda del tabernero. Todos se apartaron; pero casi un instante después rodó él mismo por el suelo, derribado por una especie de Hércules cuya cabellera, como un paquete de estopa, le salía por debajo de una gorra de visera de hule.

Parado desde hacía algunos minutos en la esquina de la calle Saint-Jacques, había soltado al instante una gran caja de cartón que llevaba para saltar sobre el guardia y, manteniéndolo en el suelo debajo de él, le daba fuertes puñetazos en la cara. Acudieron los otros guardias. El terrible mozo era tan fuerte que hicieron falta por lo menos cuatro para reducirlo, dos lo sacudían por el cuello, otros dos le tiraban de los brazos, un quinto le daba rodillazos en los riñones y todos le llamaban bandido, asesino, alborotador. Con el pecho descubierto y la ropa en jirones, protestaba de su inocencia; no había podido, a sangre fría, ver pegar a un niño.

—¡Me llamo Dussardier!, casa de los señores Valingart hermanos, encajes y novedades, calle de Cléry. ¿Dónde está mi caja? ¡Quiero mi caja! —repetía—: ¡Dussardier!... calle de Cléry. ¡Mi caja!

No obstante se fue apaciguando y, con gesto estoico, se dejó conducir al puesto de

policía de la calle Descartes. Una muchedumbre de gente le siguió. Frédéric y el joven de bigote caminaban inmediatamente detrás, llenos de admiración por el dependiente y de indignación contra la violencia del poder.

A medida que avanzaban la gente disminuía.

Los agentes de policía, de vez en cuando, se volvían con aire feroz; y los revoltosos sin tener nada que hacer ni los curiosos nada que ver, todos se iban poco a poco. Los transeúntes que se cruzaban observaban a Dussardier y hacían comentarios ultrajantes en voz alta. Una vieja señora, en su puerta, llegó a gritar que había robado un pan; esta injusticia aumentó la irritación de los dos amigos. Por fin llegaron al cuerpo de guardia. No quedaban más que unas veinte personas. La presencia de los soldados bastó para dispersarlas.

Frédéric y su compañero reclamaron valientemente la libertad del que acababan de encarcelar. El centinela los amenazó, si insistían, con encerrarlos también a ellos. Preguntaron por el jefe del puesto y fueron dando cada cual su nombre con su condición de alumnos de Derecho, afirmando que el detenido era su discípulo.

Les hicieron entrar en una habitación totalmente desnuda, donde había cuatro bancos a lo largo de las paredes de yeso, ahumadas. Al fondo se abrió una ventanilla. Entonces apareció el rostro vigoroso de Dussardier, que, con su cabello alborotado, sus pequeños ojos francos y su nariz de punta cuadrada, recordaba confusamente la fisonomía de un buen perro.

—¿No nos reconoces? —dijo Hussonnet.

Así se llamaba el joven de bigote.

—Pero... —balbució Dussardier.

—No te hagas el tonto —añadió el otro—; sabemos que eres, como nosotros, alumno de Derecho.

A pesar de los guiños de ojos que le hacían, Dussardier no adivinaba nada. Pareció concentrarse y de pronto:

—¿Han encontrado mi caja?

Frédéric levantó la vista desanimado. Hussonnet replicó:

—¡Ah!, tu caja, ¿donde guardas tus apuntes de clase? ¡Sí, sí!; ¡tranquilízate!

Los estudiantes redoblaban sus pantomimas. Dussardier comprendió por fin que iban a ayudarlo; y se calló, por temor a comprometerlos. Además, sentía una especie de vergüenza viéndose elevado al rango social de estudiante e igual a aquellos jóvenes que tenían manos tan blancas.

—¿Quieres que digamos algo a alguien? —preguntó Frédéric.

—No, gracias, a nadie.

—¿Pero tu familia?

Bajó la cabeza sin contestar; el pobre chico era hospiciano. Los dos amigos se extrañaron de su silencio.

—¿Tienes tabaco? —replicó Frédéric.

El se palpó los bolsillos; después sacó del fondo de uno de ellos los restos de una pipa, una hermosa pipa cachimba de espuma de mar, con un depósito de madera negro, una tapa de plata y una boquilla de ámbar.

Desde hacía tres años trabajaba para hacer de ella una obra maestra. Se había esmerado en mantener la cazoleta siempre cerrada, en una funda de mármol, y, cada noche, la colgaba en la cabecera de su cama. Ahora sacudía sus restos en la mano, cuyas uñas sangraban; y, con la cabeza baja, las pupilas fijas, la boca abierta, contemplaba aquellas ruinas de su felicidad con una mirada de inefable tristeza.

—Si le diéramos unos cigarrillos, ¿eh? —dijo en voz baja Hussonnet haciendo el gesto de alcanzarlos.

Frédéric había puesto ya, en la orilla de la taquilla, una petaca llena.

—¡Toma! ¡Adiós! ¡Ánimo!

Dussardier se lanzó sobre las dos manos que le tendían. Las estrechaba frenéticamente, con la voz entrecortada por sollozos.

—¿Como?... ¡a mí!... ¡a mí!...!

Los dos amigos se dieron a conocer, salieron y fueron a comer juntos al café Tabourey delante del Luxemburgo.

Mientras partía el bistec, Hussonnet le dijo a su compañero que trabajaba en periódicos de modas y hacía publicidad de «El Arte Industrial».

—Casa Jacques Arnoux —dijo Frédéric.

—¿Lo conoce?

—¡Sí! ¡No!... Es decir lo he visto, lo he conocido.

—Preguntó descuidadamente a Hussonnet si veía algo a la mujer de Arnoux.

—De vez en cuando —replicó el bohemio.

Frédéric no se atrevió a hacerle más preguntas; aquel hombre acababa de alcanzar un puesto inconmensurable en su vida; pagó la cuenta de la comida sin que el otro protestase lo más mínimo.

La simpatía era mutua; intercambiaron sus señas, y Hussonnet le invitó cordialmente a

acompañarle hasta la calle de Fleurus.

Estaban en medio del jardín cuando el empleado de Arnoux, conteniendo la respiración, haciendo con la cara una mueca abominable, se puso a imitar el gallo. Entonces todos los gallos que había en el contorno le contestaron con quiquiriquíes prolongados.

—Es una señal —dijo Hussonnet.

Se detuvieron cerca del teatro Bobino, delante de una casa en la que se entraba por una alameda. En la buhardilla de un desván, entre capuchinas y guisantes de olor, apareció una joven destocada, en corsé, y apoyando sus dos brazos en el borde del canalón.

—Buenos días, ángel mío, buenos días, cariño —dijo Hussonnet, enviándole besos.

Abrió la barrera de un puntapié y desapareció.

Frédéric lo esperó toda la semana. No se atrevía a ir a su casa para no parecer impacientarse por que le invitaran a comer; pero le buscó por todo el Barrio Latino. Lo encontró una tarde y lo llevó a su habitación en el muelle Napoleón.

La conversación fue larga; se expansionaron. Hussonnet ambicionaba la gloria y las ganancias del teatro. Colaboraba en vodeviles sin éxito, tenía montones de planes, componía cuplés; cantó algunos. Después, viendo en el estante un tomo de Victor Hugo y otro de Lamartine, se extendió en sarcasmos contra la escuela romántica. Aquellos poetas no tenían ni buen sentido ni corrección, y, sobre todo, no eran franceses. Él presumía de conocer la lengua y examinaba las frases más bellas con esa severidad huraña, ese gusto académico que distingue a las personas de humor juguetero cuando abordan el arte serio.

Frédéric se sintió herido en sus predilecciones; tenía ganas de romper. ¿Por qué no atreverse a pronunciar inmediatamente la palabra de la que dependía su felicidad? Preguntó al joven literato si podía presentarle en casa de Arnoux.

La cosa era fácil, y se pusieron de acuerdo para el día siguiente.

Hussonnet faltó a la cita, faltó a otras tres. Un sábado, hacia las cuatro, apareció. Pero, aprovechando el coche, se paró primero en el teatro Francés para retirar un billete de palco; mandó que le llevaran a casa del sastre, de una costurera; dejaba recado en las conserjerías. Por fin, llegaron al bulevar Montmartre, Frédéric atravesó la tienda, subió la escalera. Arnoux lo reconoció en la luna situada delante de su despacho; y, sin dejar de escribir, le tendió la mano por encima del hombro.

Cinco o seis personas, de pie, llenaban la habitación estrecha iluminada por una sola ventana que daba al patio; un sofá de damasco de lana marrón ocupaba el fondo de una alcoba, entre dos cortinas de la misma tela. Sobre la chimenea llena de papelotes había una Venus de bronce, flanqueada por dos candelabros paralelos con velas rosa. A la derecha, cerca de un fichero, un hombre sentado en una butaca leía el periódico con el sombrero

puesto; las paredes estaban cubiertas de láminas, grabados valiosos o bocetos de maestros contemporáneos con dedicatorias, que para Jacques Arnoux eran testimonio del más sincero afecto.

—¿Todo sigue bien? —dijo volviéndose hacia Frédéric.

Y sin esperar respuesta, preguntó en voz baja a Hussonnet:

—¿Cómo llama usted a su amigo?

Después, en voz alta:

—Cojan un cigarro de la caja que está encima del fichero.

El Arte Industrial, situado en el centro mismo de París, era un lugar de reunión cómodo, un terreno neutral donde las rivalidades se codeaban familiarmente. Aquel día se encontraban allí Anténor Braive, el retratista de los reyes; Jules Burrieu, que empezaba a hacerse popular con sus dibujos de la guerra de Argelia; el caricaturista Sombaz, el escultor Vourdat, entre otros, y ninguno respondía a la imagen que de ellos se había hecho el estudiante. Sus modales eran sencillos, sus conversaciones libres. El místico Lovarias contó un cuento obsceno; y el inventor del paisaje oriental, el famoso Dittmer, llevaba una camisola de punto bajo su chaleco, y tomó el ómnibus para regresar.

Primero hablaron de una tal Apolonia, antigua modelo, a quien Burrieu afirmaba haber reconocido en el bulevar en una lujosa carroza.

Hussonnet explicó esta metamorfosis por la serie de amigos que la sostenían.

—¿Cómo conoce este granuja a las chicas de París! —dijo Arnoux.

—¡Detrás de usted, si queda alguna, señor! —replicó el bohemio, con un saludo militar imitando al granadero que le ofrece la bota a Napoleón.

Después discutieron sobre algunos cuadros para los cuales la cabeza de Apolonia había servido de modelo. Criticaron a los colegas ausentes. Se asombraron del precio de sus obras; y todos se quejaban de no ganar bastante, cuando entró un hombre de mediana estatura, la levita abrochada con un solo botón, los ojos vivos, el aire un poco loco.

—¡Qué pandilla de burgueses sois! —dijo—. ¿Qué importa todo eso, por favor? Los antiguos que hacían obras maestras no se preocupaban del dinero, Correggio, Murillo...

—Incluye también a Pellerin —dijo Sombaz.

Pero sin hacer caso de la frase continuó disertando con tanta vehemencia que Arnoux tuvo que repetirle dos veces:

—Mi mujer le necesita el jueves. No se olvide.

Estas palabras hicieron que Frédéric volviera a pensar en Mme. Arnoux. Sin duda se entraba en sus habitaciones por la salita cerca del sofá. Arnoux, para coger un pañuelo, acababa de abrirla; Frédéric había visto al fondo un lavabo. Pero se oyó refunfuñar a

alguien en el rincón de la chimenea; era el personaje que leía el periódico en el sillón. Medía cinco pies nueve pulgadas, tenía los párpados un poco caídos, el pelo gris, el porte majestuoso y se llamaba Regimbart.

—¿Qué pasa, ciudadano? —dijo Arnoux.

—¡Otra canallada del gobierno!

Se trataba de la destitución de un maestro de escuela; Pellerin volvió a su paralelo entre Miguel Ángel y Shakespeare. Dittmer se marchaba. Arnoux lo cogió para meterle en la mano dos billetes de banco. Entonces Hussonnet, aprovechando la ocasión:

—¿No podría usted adelantarme, mi querido patrón?...

Pero Arnoux se había vuelto a sentar y no le quitaba ojo a un viejo de aspecto descuidado con anteojos azules.

—¡Ah!, muy bonito, señor Isaac. Aquí tiene tres obras despreciadas, perdidas. Todo el mundo se burla de mí. Ahora las conocen. ¿Qué quiere usted que haga con ellas? Tendré que enviarlas a California... ¡al diablo! ¡Cállese!

La especialidad de aquel buen hombre consistía en poner al pie de aquellos cuadros firmas de maestros antiguos. Arnoux se resistía a pagarle; le despidió brutalmente. Después, cambiando de modales, saludó a un señor condecorado, estirado, con patillas y corbata blanca.

Con el codo apoyado en la falleba le habló largo rato en tono meloso. Por fin, estalló.

—¡Eh!, ¡no me molesta tener corredores, señor conde!

Como el aristócrata se había resignado, Arnoux le liquidó veinticinco luisas, y, cuando salió de la tienda:

—¡Qué pesados son esos grandes señores!

—¡Todos unos miserables! —murmuró Regimbart.

A medida que avanzaba la hora, aumentaban las ocupaciones de Arnoux; clasificaba artículos, abría cartas, ajustaba cuentas al ruido de martillazos en el almacén, salía para vigilar los embalajes, luego volvía a su tarea; y, sin dejar de deslizar su pluma de hierro sobre el papel, replicaba a las bromas. Tenía que cenar aquella noche con un abogado, y al día siguiente salía para Bélgica.

Los otros comentaban las noticias del día: el retrato de Chérubini, el hemiciclo de Bellas Artes, la siguiente exposición. Pellerin despotricaba contra el Instituto. Las maldiciones y las diatribas se entrecruzaban. La estancia, de techo bajo, estaba tan abarrotada de cosas que era imposible moverse y la luz rosa de las velas pasaba entre el humo de los cigarros como rayos de sol entre la bruma.

La puerta al lado del sofá se abrió y entró una mujer alta y delgada, con unos gestos

bruscos que hacían resonar sobre su vestido de tafetán negro todos los colgarejos de su reloj.

Era la mujer que había entrevistado el verano pasado en el Palais-Royal. Algunos, llamándola por su nombre, intercambiaron con ella apretones de manos. Hussonnet había arrancado por fin una cincuentena de francos; el reloj de péndulo dio las siete; todos se retiraron.

Arnoux dijo a Pellerin que se quedase, y acompañó a la señorita Vatnaz al saloncito.

Frédéric no oía lo que decían; hablaban en voz baja. Pero la voz femenina se alzó:

—Hace seis meses que el trato está hecho y sigo esperando.

Hubo un largo silencio, la señorita Vatnaz reapareció. Arnoux le había prometido algo.

—¡Oh! ¡oh!, más tarde, veremos.

—Adiós, hombre feliz —dijo ella al salir.

Arnoux volvió y entró rápido al saloncito, se puso cosmético en los bigotes, se ajustó los tirantes para estirar las trabillas, y, mientras se lavaba las manos:

—Necesitaría dos dinteles de puerta, tipo Boucher, ¿de acuerdo?

—Eso está hecho —dijo el artista, que se había puesto colorado.

—¡Bueno!, y no se olvide de mi mujer.

Frédéric acompañó a Pellerin hasta lo alto del *faubourg* Poissonnière, y le pidió permiso para ir a verle alguna vez, favor que le fue concedido graciosamente.

Pellerin leía todas las obras de estética para descubrir la verdadera teoría de lo Bello, convencido de que, cuando la hubiese encontrado, haría obras maestras. Se rodeaba de todos los medios imaginables, dibujos, yesos, modelos, grabados; e investigaba, se atormentaba; echaba la culpa al tiempo, a sus nervios, a su taller, salía a la calle para encontrar inspiración, se estremecía de haberla encontrado, luego abandonaba su obra y soñaba con otra que tenía que ser más bella. Atormentado así por sus ansias de gloria y perdiendo el tiempo en discusiones, creyendo en mil tonterías, en los sistemas, en las críticas, en la importancia de un reglamento o de una reforma en materia de arte, a los cincuenta años no había producido más que esbozos. Su fuerte orgullo no toleraba ningún desánimo, pero siempre estaba irritado y en esa exaltación a la vez ficticia y natural que es propia de las gentes de teatro.

Al entrar en su estudio se veían dos grandes cuadros, donde los primeros tonos dispuestos aquí y allí formaban sobre la tela blanca manchas de marrón, de rojo y de azul. Por encima se extendía una red de líneas de tiza como las mallas veinte veces recosidas de una red; incluso era imposible entender nada de aquello. Pellerin explicó el tema de aquellas dos composiciones indicando con el pulgar las partes que faltaban. Una debía

representar «La locura de Nabucodonosor», otra «El incendio de Roma por Nerón». Frédéric las admiró.

Admiró desnudos de mujeres desgredadas, de paisajes donde abundaban los troncos de árboles retorcidos por la tormenta, y sobre todo caprichos a la pluma, recuerdos de Callot, de Rembrandt o de Goya, cuyos modelos desconocía. Pellerin no apreciaba ya aquellos trabajos de su juventud; ahora estaba por el gran estilo; dogmatizó elocuentemente sobre Fidias y Winckelmann. Las cosas que tenía alrededor reforzaban el poder de su palabra: se veía una calavera sobre un reclinatorio, yataganes, un hábito de fraile; Frédéric se lo puso.

Cuando llegaba temprano, le sorprendía en su mal catre, que estaba tapado por un tapiz hecho jirones, pues asiduo frequentador de los teatros, Pellerin se acostaba tarde. Tenía como sirvienta a una mujer vieja, cubierta de harapos, cenaba en la tasca y vivía sin amante. Sus conocimientos, acumulados de manera confusa, hacían divertidas sus paradojas. Su odio al vulgo y al burgués se desbordaba en sarcasmos de un lirismo grandioso y tenía tal devoción por los maestros que le hacía elevarse casi a la altura de ellos.

Pero ¿por qué no hablaba nunca de Mme. Arnoux? En cuanto a su marido, unas veces le llamaba buen chico, otras un charlatán. Frédéric esperaba sus confidencias.

Un día, hojeando una de sus carpetas, encontró el retrato de una gitana algo parecida a la Vatnaz, y, como esta persona le interesaba, quiso saber en qué se ocupaba.

Ella había sido, creía Pellerin, primero maestra en provincias; ahora daba lecciones y trataba de escribir en los periodicuchos.

Por la manera de comportarse con Arnoux, se podía, según Frédéric, suponer que era su amante.

—¡Ah, bah!, tiene otras.

Entonces, el joven, volviendo la cara que enrojecía de vergüenza por la infamia de su pensamiento, añadió con un tono cínico:

—¡Nada de eso. Es honrada!

A Frédéric le entró remordimiento y apareció con más asiduidad por el periódico.

Los grandes caracteres que componían el nombre de Arnoux sobre la placa de mármol, en lo alto de la tienda, le parecían muy particulares y cargados de significaciones, como una escritura sagrada. La ancha acera, que bajaba, facilitaba su caminar, la puerta giraba casi sola, y la manecilla, lisa al tacto, tenía la suavidad y casi la inteligencia de una mano que apretaba la suya. Insensiblemente, se volvió tan puntual como Regimbart.

Todos los días Regimbart se sentaba al lado del fuego, en su sillón, se apoderaba del *National*, no lo soltaba, y expresaba su pensamiento por medio de exclamaciones o simplemente encogiéndose de hombros. De vez en cuando se secaba la frente con su

pañuelo de bolsillo enrollado como una morcilla que guardaba entre los botones de su levita verde. Llevaba un pantalón de pliegues, zapatos altos, una corbata larga; y su sombrero de alas remangadas hacía que le reconociesen desde lejos entre la muchedumbre.

A las ocho de la mañana bajaba de lo alto de Montmartre a tomar el vino blanco en la calle Notre-Dame-des Victoires. Su comida, a la que seguían varias partidas de billar, le ocupaba hasta las tres. Entonces se encaminaba hacia el pasaje de los Panoramas para tomar el ajeno. Después de la sesión en casa de Arnoux entraba en el cafetín Bordelais a tomar el vermouth; luego, en vez de reunirse con su mujer, a menudo prefería cenar solo, en un pequeño café de la plaza Gaillon, donde pedía que le sirviesen «platos caseros, cosas naturales». Por fin se trasladaba a otro billar, y allí permanecía hasta medianoche, hasta la una de la mañana, hasta el momento en que, apagado el gas y cerradas las contraventanas, el dueño del establecimiento, extenuado, le pedía que saliese.

Y no era la afición a la bebida lo que atraía a estos lugares al ciudadano Regimbart, sino la costumbre inveterada de hablar allí de política; con la edad, su ardor había decaído, no le quedaba más que una melancolía silenciosa. Viéndolo con cara tan seria parecía que daba vueltas al mundo en su cabeza. Nada salía de ella; y nadie, ni siquiera sus amigos, le conocía ocupación, aunque presumía de tener una agencia de negocios.

Arnoux parecía estimarlo muchísimo. Un día dijo a Frédéric:

—Ese sabe un rato largo. ¡Vamos! Es un hombre enterado.

Otra vez, Regimbart extendió sobre su mesa papeles relativos a las minas de caolín en Bretaña; Arnoux confiaba en su experiencia.

Frédéric se mostró más ceremonioso con Regimbart, hasta llegar a invitarlo a ajeno de vez en cuando, y, aunque lo tenía por estúpido, permanecía a menudo en su compañía durante una hora larga, sólo porque era amigo de Jacques Arnoux.

Después de haber estimulado en sus comienzos a maestros contemporáneos, el vendedor de cuadros, hombre progresista, había procurado, sin perder sus aires artísticos, ampliar sus beneficios económicos. Buscaba la emancipación de las artes, lo sublimaba a bajo precio. Todas las industrias del lujo parisino recibieron su influencia, que fue beneficiosa para las pequeñas cosas y funesta para las grandes. En su afán de halagar a la opinión, apartó de su vocación a los artistas hábiles, corrompió a los fuertes, agotó a los débiles e ilustró a los mediocres; los manejaba valiéndose de sus relaciones y de su revista. Los pintores noveles ambicionaban exponer en su vitrina y los tapiceros tomaban en su casa modelos de decoración, Frédéric lo tenía por un millonario, un diletante, un hombre de acción. Muchas cosas, sin embargo, le extrañaban, pues el tal Arnoux era astuto como buen comerciante.

Recibía de lo más remoto de Alemania o de Italia un cuadro comprado en París por mil quinientos francos, y, exhibiendo una factura que lo hacía subir a cuatro mil, lo volvía

a vender en tres mil quinientos, como un favor. Una de sus jugadas habituales con los pintores era exigirles como propina una copia a tamaño reducido de su cuadro con el pretexto de publicar un grabado del mismo; vendía siempre la reproducción y nunca aparecía el grabado. A los que se quejaban de ser explotados les contestaba con una palmadita en el vientre. Gran hombre por lo demás, invitaba a fumar, tuteaba a los desconocidos, se entusiasmaba por una obra o por un hombre, y, cuando se apasionaba, no reparaba en nada, multiplicaba las visitas, la correspondencia, los anuncios. Se sentía muy honrado, y, necesitando expansionarse, contaba ingenuamente sus faltas de delicadeza.

Una vez, para fastidiar a un colega que inauguraba otra revista de pintura, rogó a Frédéric que escribiese delante de él, un poco antes de la hora fijada, unas tarjetas en las que se cancelaban las invitaciones.

—Esto no va contra el honor, ¿comprende?

Y el joven no se atrevió a negarle este servicio.

Al día siguiente, al entrar con Hussonnet en su despacho, Frédéric vio a través de la puerta (la que daba a la escalera) desaparecer los bajos de un vestido.

—¡Mil perdones! —dijo Hussonnet—. ¡Si hubiera sabido que había mujeres!

—¡Oh!, aquella es la mía —replicó Arnoux—. Subía a hacerme una pequeña visita al pasar.

—¿Cómo? —dijo Frédéric.

—¡Pues sí!, se vuelve a sus habitaciones.

El encanto de las cosas que le rodeaban desapareció de repente. Lo que él sentía presente de una manera confusa acababa de desvanecerse, o más bien nunca había estado allí. Sentía una sorpresa infinita y como el dolor de una traición.

Arnoux, revolviendo en su cajón, sonreía. ¿Se burlaba de él? El dependiente puso sobre la mesa un fajo de papeles húmedos.

—¡Ah!, ¡los carteles! —exclamó el comerciante—. ¡No sé a qué hora voy a cenar esta tarde!

Regimbart recogía su sombrero.

—¿Cómo, me deja usted?

—¡Las siete! —dijo Regimbart.

Frédéric le siguió.

En la esquina de la calle Montmartre se volvió, echó una ojeada a las ventanas del primer piso, y rió interiormente compadeciéndose de sí mismo al recordar con qué amor las había contemplado tantas veces. ¿Dónde vivía ella? ¿Cómo encontrarla ahora? La soledad se abría de nuevo en torno a su deseo, más inmensa que nunca.

—¿Viene a tomarlo? —dijo Regimbart.

—¿Tomar, a quién?

—El ajenjo.

Y cediendo a sus obsesiones, Frédéric se dejó llevar al cafetín Bordelais. Mientras su compañero, apoyado en un codo, contemplaba la botella, él lanzaba miradas a derecha e izquierda. Pero vio la silueta de Pellerin en la acera; golpeó vivamente contra el cristal, y no se había sentado el pintor cuando Regimbart le preguntó por qué ya no se le veía en «El Arte Industrial».

—¡Qué reviente antes de volver a poner allí los pies! ¡Es un bruto, un burgués, un miserable, un tipo raro!

Estas injurias halagaban la cólera de Frédéric. Sin embargo, le dolían, pues le parecía que alcanzaban un poco a Mme. Arnoux.

—Pues ¿qué le ha hecho? —dijo Regimbart.

Pellerin dio una patada en el suelo y resopló en lugar de contestar. Se dedicaba a trabajos clandestinos, tales como retratos a dos colores o imitaciones de los grandes maestros para los aficionados poco entendidos; y, como estos trabajos le rebajaban, prefería generalmente callarse. Pero «la tacañería de Arnoux» le sacaba de quicio. Se tranquilizó.

Por un encargo, del que Frédéric había sido testigo, le había llevado dos cuadros. El marchante entonces se había permitido hacerle críticas. Había censurado la composición, el color y el dibujo, sobre todo el dibujo, en resumen, no los había aceptado a ningún precio. Pero apremiado por el vencimiento de un pagaré, Pellerin los había cedido al judío Isaac; y, quince días después, el mismo Arnoux los vendía a un español por dos mil francos.

—¡Ni un céntimo menos! ¡Qué pillería!, y hace muchas más, ¡pues claro! Un día de éstos lo veremos en los Tribunales.

—¡Qué exagerado! —dijo Frédéric con voz tímida.

—¡Bueno! ¡Cómo que exagerado! —exclamó el artista, dando un fuerte puñetazo en la mesa.

Este gesto de violencia devolvió al joven todo su aplomo. Sin duda, se podía tener un mejor comportamiento, pero, por otra parte, si Arnoux encontraba aquellos dos cuadros...

—¡Malos! ¡Suelte la palabra! ¿Los conoce usted? ¿Es usted del oficio acaso? Ahora bien, ¿sabe lo que le digo, amigo?, ¡yo no admito eso a los aficionados!

—¡Eh! eso, no es asunto mío —dijo Frédéric.

—¿Qué interés tiene usted en defenderle? —replicó fríamente Pellerin.

El joven balbuceó:

—Pues... porque soy su amigo.

—¡Déle un abrazo de mi parte! ¡Buenas tardes!

Y el pintor salió furioso, sin hablar, por supuesto, de su consumición.

Frédéric se había convencido a sí mismo defendiendo a Arnoux. En el calor de su defensa, se enterneció por aquel hombre inteligente y bueno, calumniado por sus amigos y que ahora trabajaba completamente solo, abandonado. No resistió el singular deseo de volver a verle inmediatamente. Diez minutos después empujaba la puerta de la tienda.

Arnoux estaba preparando, con su dependiente, unos carteles monstruo para una exposición de pintura.

—¡Anda!, ¿quién le trae?

Esta pregunta, muy simple, desconcertó a Frédéric; y, no sabiendo qué responder, preguntó si por casualidad no habrían encontrado su cuaderno, un pequeño cuaderno, con tapas de cuero azul.

—¿El cuaderno en el que guarda sus cartas de mujeres? —dijo Arnoux.

Frédéric, ruborizado como una doncella, se defendió de tal suposición.

—¿Sus poesías, entonces? —replicó el marchante.

Manejaba las muestras extendidas, discutía sobre su forma, su color, su marco; y Frédéric se sentía cada vez más irritado por su aspecto reflexivo, y sobre todo por sus manos, que se paseaban por los carteles, unas manos gordas, un poco blandas, de uñas planas. Por fin, Arnoux se levantó; y, diciendo: «¡Ya está!», le pasó la mano por la barbilla con aire familiar. Este exceso de familiaridad no le gustó a Frédéric, se echó hacia atrás; después franqueó el umbral del despacho, por última vez en su vida, creía. Madame Arnoux en persona se hallaba disminuida por la vulgaridad de su marido.

En la misma semana recibió una carta en la que Deslauriers anunciaba su llegada a París el jueves siguiente. Entonces recurrió de nuevo a este afecto más sólido y más fuerte... Un hombre como él valía tanto como todas las mujeres juntas. Ya no necesitaría a Regimbart, ni a Pellerin, ni a Hussonnet, ¡ni a nadie! Para alojar mejor a su amigo, compró una litera de hierro, una segunda butaca, duplicó su ropa de cama y, jueves por la mañana, se estaba vistiendo para ir a recibir a Deslauriers cuando sonó un timbrazo en la puerta. Arnoux entró.

—¡Solamente una palabra! Ayer me enviaron de Ginebra una hermosa trucha; contamos con usted esta tarde a la siete en punto. Es en la calle de Choiseul, 24 bis. ¡No se olvide!

Frédéric tuvo que sentarse. Le temblaban las rodillas. Se repetía: ¡Por fin! ¡Por fin!

Después escribió a su sastre, a su sombrerero, a su zapatero; y mandó estos recados con tres recaderos distintos. La llave giró en la cerradura y apareció el conserje con un baúl sobre el hombro.

Frédéric, al ver a Deslauriers, se puso a temblar como una mujer adúltera sorprendida por su marido.

—¿De qué te sorprendes? —dijo Deslauriers—, tienes que haber recibido una carta mía.

Frédéric no tuvo el coraje de mentir.

Abrió los brazos y se echó sobre su pecho.

Después, el pasante contó su historia. Su padre no había querido rendirle cuentas por el tiempo de su tutela, imaginándose que dichas cuentas prescribían a los diez años. Pero, fuerte en Procesal, Deslauriers le había arrancado toda la herencia de su madre, siete mil francos netos, que llevaba encima, en una vieja cartera.

—Es una reserva en caso de desgracia. Tengo que pensar en colocarlos y en conseguirme un empleo mañana por la mañana. Por hoy, vacación completa, y a tu entera disposición, mi viejo amigo.

—¡Oh!, no te molestes —dijo Frédéric—. Si tuvieras algo importante para esta noche...

—¡Vamos!; sería un gran miserable...

Este epíteto, pronunciado al azar, llegó al fondo del corazón de Frédéric como una ofensa.

El conserje había dispuesto sobre la mesa, cerca del fuego, chuletas, galantina, una langosta, un postre y dos botellas de Burdeos. Un recibimiento tan bueno emocionó a Deslauriers.

—Me tratas como a un rey, palabra.

Hablaron de su pasado, del porvenir; y, de vez en cuando, se cogían las manos por encima de la mesa, mirándose con ternura un momento. Pero llegó un recadero con un sombrero nuevo. Deslauriers comentó en voz alta su brillo.

Luego el sastre en persona fue a entregar el traje que acababa de planchar.

—Parece que te vas a casar —dijo Deslauriers.

Una hora después apareció un tercer individuo y sacó de una gran bolsa negra un par de botas relucientes, espléndidas. Mientras que Frédéric se las probaba, el zapatero observaba socarronamente el calzado del provinciano.

—¿El señor no necesita nada?

—Gracias —replicó el pasante, escondiendo bajo la silla sus viejos zapatos de cordones.

Esta humillación molestó a Frédéric. No se decidía a revelarle su secreto. Por fin, exclamó, como asaltado por una idea:

—¡Ah!, ¡caramba!, me olvidaba.

—¿Qué?

—Esta noche ceno fuera.

—¿Con los Dambreuse? ¿Por qué no me hablabas nunca de ellos en tus cartas?

No era en casa de los Dambreuse, sino en la de Arnoux.

—Deberías haberme avisado —dijo Deslauriers—. Habría venido un día después.

—¡Imposible! —replicó bruscamente Frédéric—. Me han invitado justo esta mañana, hace un momento.

Y para disculparse y distraer a su amigo, desató las cuerdas enmarañadas de su baúl, colocó en la cómoda todas sus cosas, quería cederle su propia cama, acostarse en la leñera. Después, a las cuatro, comenzó a arreglarse.

—Tienes tiempo —le dijo el otro.

Finalmente, se vistió, salió.

«¡Estos ricos!», pensó Deslauriers.

Y se fue a cenar a un pequeño restaurante que conocía en la calle Saint-Jacques.

Frédéric se detuvo varias veces en la escalera, su corazón latía con fuerza. Uno de sus guantes, demasiado apretado, reventó; y mientras ocultaba la rotura bajo el puño de la camisa, Arnoux, que subía detrás, le tomó por el brazo y le hizo entrar.

La antesala, decorada al estilo chino, tenía una linterna pintada en el techo, y bambúes en las esquinas. Atravesando el salón, Frédéric tropezó en una piel de tigre. No habían encendido las lámparas, pero lucían dos allí en el fondo del gabinete.

La señorita Marta fue a decir que mamá se estaba vistiendo. Arnoux la alzó a la altura de su boca para besarla; después, queriendo escoger él mismo en la bodega unas botellas de vino, dejó a Frédéric con la niña.

Había crecido mucho desde el viaje de Montereau. Su pelo negro caía en largos rizos sobre sus brazos desnudos. Su vestido, más ahuecado que la falda de una bailarina, dejaba ver su pantorrilla rosa y toda su amable persona exhalaba la frescura de un ramillete de rosas. Recibió los cumplidos del caballero con aire de coqueta, le clavó una mirada profunda, luego, colándose entre los muebles, desapareció como un gato.

Frédéric ya no sentía confusión alguna. Los globos de las lámparas, cubiertos por un

encaje de papel, proyectaban una luz lechosa que atenuaba el color de las paredes tapizadas de raso malva. A través de las planchas de la pantalla, parecidas a un gran abanico, se veían los carbones de la chimenea; había junto al reloj un cofrecito con cierres de plata. Por todas partes aparecían cosas íntimas: una muñeca en medio del canapé, un pañuelo en el respaldo de una silla, un jersey de lana del que colgaban dos agujas de marfil, con la punta para abajo. Era un lugar apacible, decente y familiar a un tiempo.

Arnoux entró, y, por la otra portezuela, apareció Madame Arnoux. Como estaba entre sombras, al principio no distinguió más que su cabeza. Llevaba un vestido de terciopelo negro, una amplia redecilla de seda roja, que, enredándose en la peineta, le caía sobre el hombro izquierdo.

Arnoux le presentó a Frédéric.

—¡Oh!, recuerdo perfectamente al señor —respondió ella.

Después llegaron los invitados, casi todos al mismo tiempo: Dittmer, Lovarias, Burrieu, el compositor Rosenwald, el poeta Teófilo Lorris, dos críticos de arte colegas de Hussonnet, un fabricante de papel y finalmente el ilustre Pedro Pablo Meinsius, el último representante de la gran pintura, que llevaba gallardamente, con su gloria, sus ochenta años y su gran panza.

Cuando pasó al comedor, Mme. Arnoux le cogió del brazo. Había quedado una silla libre para Pellerin. Arnoux le quería bien aunque lo explotaba. Por otra parte, tenía una lengua terrible, de tal modo que, para ablandarle, había publicado en *El Arte Industrial* su relato, acompañado de elogios hiperbólicos; y Pellerin, más sensible a la gloria que al dinero, apareció hacia las ocho, todo sofocado. Frédéric se imaginó que estaban reconciliados desde hacía tiempo.

La compañía, los platos, todo le gustaba. La sala, parecida a un locutorio medieval, estaba tapizada de cuero batido; una estantería holandesa se levantaba delante de una percha de chibuquí; y, alrededor de la mesa, las copas de cristal de Bohemia, de diversos colores, en medio de las flores y de las frutas, producían el efecto de un jardín iluminado.

Hubo diez clases de mostaza para elegir. Él tomó gazpacho, cari, jenjibre, mirlos de Córcega, lasañas romanas, bebió vinos exóticos, lip-fraoli y tokai. Arnoux se preciaba, en efecto, de ser un buen anfitrión y trataba a todos los conductores de los coches de correos, que le traían comestibles, y se relacionaba con cocineros de grandes casas, que le comunicaban recetas de las salsas.

Pero sobre todo era la conversación lo que divertía a Frédéric. Su afición a los viajes fue ensalzada por Dittmer, que habló del Oriente y satisfizo su curiosidad por las cosas de teatro escuchando a Rosenwald hablar de la Ópera; y la vida atroz de la bohemia, contada con alegría por Hussonnet, que le relató de una manera pintoresca cómo había pasado todo un invierno sin comer más que queso de Holanda. Después, una discusión entre Lovarias y Burrieu, sobre la escuela florentina, le reveló la existencia de obras maestras, le abrió

horizontes, y le costó trabajo contener su entusiasmo cuando Pellerin exclamó:

—¡Déjeme en paz con su horrible realidad! ¿Qué quiere decir eso, la realidad? Unos ven negro, otros azul, la mayoría ve tonterías. Nada más natural que Miguel Ángel, nada más fuerte. La preocupación por la verdad exterior denota la vulgaridad contemporánea; si continuamos por este camino el arte se convertirá en algo por debajo de la religión como poesía y de la política como interés. Ustedes no alcanzarán su objetivo —¡sí, su objetivo!—, que es causarnos una emoción impersonal, con pequeñas obras, a pesar de todas sus sutilezas de ejecución. Ahí están los cuadros de Bassolier, por ejemplo: es bonito, coquetón, aseadito, y no pesado. Se puede meter en el bolsillo, llevarlo de viaje; los notarios pagan por eso veinte mil francos; la idea no vale tres cuartos; pero sin idea, nada hay grande; sin grandeza, no hay belleza; el Olimpo es una montaña. El monumento más grandioso será siempre las pirámides. Vale más la exuberancia que el gusto, el desierto que una acera, y un salvaje que un peluquero.

Frédéric, escuchando estas cosas, miraba a Mme. Arnoux. Aquellas palabras caían en su ánimo como metales en una hoguera, aumentaban su pasión y despertaban amor.

Estaba sentado tres puestos más abajo que ella en el mismo lado. De vez en cuando, ella se inclinaba un poco, volviendo la cabeza a su hijita y, como entonces sonreía, se le formaba un hoyito en la mejilla, lo cual daba a su cara un aire de bondad más delicada.

En el momento de los licores, ella se ausentó. La conversación se hizo muy libre; el señor Arnoux brilló en ella y Frédéric quedó asombrado del cinismo de aquellos hombres. Sin embargo, el hecho de que se preocupasen tanto por las mujeres establecía entre ellos y él una especie de igualdad que le hacía elevarse en su propia estimación.

De nuevo en el salón, cogió al azar uno de los álbumes que andaban sobre la mesa. Los grandes artistas de la época lo habían ilustrado con dibujos, habían puesto en ellos prosa, versos o simplemente sus firmas; entre los nombres famosos se encontraban muchos desconocidos para él, y los pensamientos curiosos no aparecían más que inmersos en un mar de tonterías. Todos contenían un homenaje más o menos directo a Mme. Arnoux. Frédéric no se habría atrevido a escribir una sola línea al lado.

Ella fue a buscar a su gabinete el cofrecito con cierres de plata que él había visto sobre la chimenea. Era un regalo de su marido, una obra del Renacimiento. Los amigos de Arnoux lo elogiaron, su mujer lo agradecía; movido por un sentimiento de ternura, él le dio un beso delante de todo el mundo.

Después, se pusieron a hablar unos con otros, por grupos; el bueno de Meinsius estaba con Mme. Arnoux en una butaca al lado del fuego; ella se acercaba a su oído, sus cabezas se tocaban; y Frédéric habría aceptado ser sordo, impedido y feo por tener un nombre ilustre y el pelo blanco, en fin, por tener algo que le entronizase en semejante intimidad. Se consumía de rabia contra su propia juventud.

Pero ella fue al rincón del salón donde estaba él y le preguntó si conocía a algunos de

los invitados, si le gustaba la pintura, cuánto tiempo llevaba de estudiante en París. Cada palabra que salía de su boca le parecía a Frédéric una cosa nueva, algo que dependía exclusivamente de su persona. Él contemplaba los flecos de su peinado, que acariciaban el hombro desnudo; y no le quitaba ojo, hundía su alma contemplando la blancura de aquella carne femenina; sin embargo, no se atrevía a levantar sus párpados para verla más de frente, cara a cara.

Rosenwald los interrumpió, rogando a Mme. Arnoux que cantase algo. Él hizo el preludio, ella esperaba; sus labios se entreabrieron y un sonido puro, largo, prolongado como un hilo se elevó al aire.

Frédéric no entendió nada de la letra, que estaba en italiano.

Aquello comenzaba sobre un ritmo grave, como un canto litúrgico después, animándose en el *crescendo*, se multiplicaban los efectos sonoros, se calmaba de pronto; y la melodía reaparecía amorosamente, con una oscilación amplia e indolente.

Ella seguía de pie, cerca del teclado, los brazos caídos, la mirada perdida. A veces, para leer la partitura, entornaba sus párpados adelantando la frente un instante. En las notas bajas su voz de contralto tomaba una entonación lúgubre que helaba, y entonces su hermosa cabeza, de grandes cejas, se inclinaba sobre su hombro; su pecho se ensanchaba, sus brazos se abrían, su cuello de donde salían trinos se inclinaba suavemente hacia atrás como si recibiera besos del aire; emitió tres notas agudas, volvió a bajar, dio una más alta todavía, y, después de un silencio, terminó con un calderón.

Rosenwald siguió al piano. Continuó tocando para él. De vez en cuando desaparecía alguno de los invitados. A las once ya se iban los últimos. Arnoux salió con Pellerin, con el pretexto de acompañarle. Era de esas personas que se encuentran mal si no dan su paseíto después de cenar.

Mme. Arnoux se había acercado a la antesala; Dittmer y Hussonnet la saludaban, ella les tendió la mano; se la dio igualmente a Frédéric y él sintió como una especie de penetración en todos los átomos de su piel.

Dejó a sus amigos; necesitaba estar solo. Su corazón se le salía del pecho. ¿Por qué le había dado la mano? ¿Era un gesto irreflexivo o un estímulo? «¡Vaya!, ¡estoy loco!» ¿Qué importaba por otra parte, ya que ahora podía frecuentarla sin dificultad, vivía en su ambiente?

Las calles estaban desiertas. A veces pasaba una carreta pesada sacudiendo el pavimento. Las casas se sucedían con fachadas grises, ventanas cerradas, y pensaba desdeñosamente en todos esos hombres acostados detrás de aquellas paredes, que vivían sin verla y ninguno de los cuales pensaba siquiera que existiese. Ya no tenía conciencia de lo que le rodeaba, del espacio, de nada, y, pisando fuerte, pegando con el bastón en los cierres de las tiendas, seguía caminando, sin rumbo, loco de alegría, entusiasmado. Un aire húmedo lo envolvió; se dio cuenta de que estaba a la orilla de los muelles.

Las farolas brillaban en dos líneas rectas interminables y largas llamas rojas temblaban en la profundidad del agua. Esta era de color pizarra, mientras que el cielo, más claro, parecía sostenido por las grandes masas de sombra que se alzaban de cada lado del río. Edificios que era imposible distinguir hacían redoblar la oscuridad. Una niebla luminosa flotaba más allá sobre los tejados; todos los ruidos se fundían en un solo murmullo; soplaban un viento ligero.

Él se había detenido en medio del Pont-Neuf y, con la cabeza descubierta, ensanchando el pecho, aspiraba el aire. Entretanto, sentía subir del fondo de sí mismo como un flujo de ternura que le ponía nervioso, semejante al movimiento que hacían las olas bajo su vista. El reloj de una iglesia dio la una, lentamente, como si fuera una voz que le hubiese llamado.

Entonces fue presa de uno de esos estremecimientos del alma que parecen transportarnos a un mundo superior. Se sentía dotado de una facultad extraordinaria cuyo objeto ignoraba. Se preguntó seriamente si sería un gran pintor o un gran poeta; y se decidió por la pintura, pues las exigencias de este oficio le acercarían a Mme. Arnoux. ¡Por fin había encontrado su vocación! La razón de su existencia estaba ahora clara y el porvenir seguro.

Cuando cerró la puerta oyó roncar a alguien en el cuartillo oscuro, al lado de su habitación. Era el otro. Ya no pensaba en él.

En el espejo se reflejaba su propia cara. Se encontró hermoso, y quedó contemplándose por espacio de un minuto.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, antes de mediodía, se había comprado una caja de colores, pinceles, un caballete. Pellerin se prestó a darle lecciones y Frédéric le llevó a su piso para que viese si no faltaba nada entre sus útiles de pintura.

Deslauriers había regresado. Un joven ocupaba la segunda butaca. El pasante dijo señalándole:

—¡Es él! ¡Aquí está! ¡Sénécal!

Este chico no le gustó a Frédéric. Su frente estaba más despejada por el corte de pelo al cepillo. Algo duro y frío se traslucía en sus ojos grises; y su larga levita negra, toda su indumentaria olía a pedagogo y a eclesiástico.

Primeramente hablaron de los acontecimientos del día, entre otros del *Stabat* de Rossini; Sénécal, preguntado al respecto, declaró que no iba nunca al teatro. Pellerin abrió la caja de colores.

—¿Es para ti todo esto?

—Pues sí.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué ocurrencia!

Y se inclinó sobre la mesa donde el profesor de Matemáticas hojeaba un volumen de Louis Blanc. Lo había llevado él mismo, y leía en voz baja algunos párrafos mientras Pellerin y Frédéric se entretenían en examinar la espátula, el cuchillo, las vejigas; después se pusieron a hablar de la cena en casa de los Arnoux.

—¿El marchante de cuadros? —preguntó Sénécal—. Buen pájaro por cierto.

—¿Por qué? —dijo Pellerin.

Sénécal replicó:

—Un hombre que acuña moneda con torpes manejos políticos.

Y empezó a hablar de una litografía célebre que representaba a toda la familia real entregada a ocupaciones edificantes: Luis Felipe tenía un código en la mano, la reina un devocionario, las princesas bordaban, el duque de Nemours ceñía su sable, el señor de Joinville mostraba un mapa a sus hermanos pequeños; en el fondo se percibía una cama de

dos compartimientos. Esta imagen, titulada *Una buena familia*, había hecho las delicias de los burgueses, pero había irritado a los patriotas. Pellerin, en tono de enfado, como si fuera él su autor, respondió que todas las opiniones eran válidas; Sénécál protestó. El arte debía tener como único objeto la moralización de las masas. No había que reproducir más que temas que moviesen a acciones virtuosas; los demás eran nocivos.

—Pero depende de la ejecución —exclamó Pellerin—. Puedo llegar a producir obras maestras.

—Peor para usted, entonces. No hay derecho a...

—¿Cómo?

—No, señor, usted no tiene derecho a hacer que me interese por cosas que repruebo. ¿Qué necesidad tenemos de laboriosas bagatelas que no sirven para nada, de esas Venus, por ejemplo, y de todos esos paisajes suyos? ¡No veo en eso enseñanza alguna para el pueblo! Muéstranos sus miserias, más bien, entusiásmenos con sus sacrificios. ¡Ah!, Dios santo, temas no faltan: la granja, el taller...

Pellerin balbuceaba de indignación; y, creyendo haber encontrado un argumento:

—Molière, ¿lo acepta usted?

—¿Por qué no? —dijo Senecal—. Lo admiro como precursor de la Revolución francesa.

—¡Ah!, ¡la revolución! ¡Qué Arte! ¡Nunca hubo época más lamentable!

—¡Ni más grande, señor!

Pellerin se cruzó de brazos, y, mirándole de frente:

—Usted me parece un perfecto guardia nacional!

Su antagonista, acostumbrado a las discusiones, respondió:

—¡No lo soy y la detesto tanto como usted!

—Pero, con semejantes principios, se corrompe a las muchedumbres. Además, eso favorece al Gobierno; no sería tan fuerte sin la complicidad de una pila de farsantes como aquél.

El pintor asumió la defensa del marchante, pues las opiniones de Sénécál le sacaban de quicio. Se atrevió incluso a decir que Jacques Arnoux era un verdadero corazón de oro, entregado a sus amigos, amante de su esposa.

—¡Oh! ¡Oh!, si le ofrecieran una buena suma, no se opondría a que ella posase como modelo.

Frédéric se puso pálido.

—Entonces, ¿le ha hecho mucho daño, señor?

—¿A mí? No. Le he visto una vez en el café, con un amigo. Eso es todo.

Senecal decía la verdad. Pero se sentía irritado todos los días por los anuncios de *El Arte Industrial*. Para él Arnoux era el representante de un mundo funesto para la democracia. Republicano austero, sospechaba de corrupción todas las elegancias, pues él no tenía necesidad alguna y era de una probidad inflexible.

Fue difícil reanudar la conversación. El pintor se acordó enseguida de su cita, el profesor de sus alumnos; y cuando salieron, después de un largo silencio, Deslauriers hizo diversas preguntas sobre Arnoux.

—Me presentará a él después, ¿verdad?

—Desde luego —dijo Frédéric.

Después pensaron en instalarse. Deslauriers había obtenido, sin dificultad, un puesto de segundo pasante con un procurador judicial, se había matriculado en los cursos de la Escuela de Derecho, y comprado los libros indispensables; y dio comienzo la vida que tanto había soñado.

Fue encantadora, gracias a la belleza de su juventud. Como Deslauriers no había hablado de ningún acuerdo financiero, Frédéric no dijo palabra. Era él quien corría con todos los gastos, ordenaba el armario, se ocupaba del cuidado de la casa; pero si había que leerle la cartilla al conserje, el pasante se encargaba de ello, continuando con su papel de protector y de hermano mayor que ya había desempeñado en el colegio.

Separados durante todo el día, se reencontraban por la noche. Cada cual ocupaba su sitio junto al fuego y ponían manos a la obra. No tardaban en interrumpirse. Eran confidencias interminables, alegrías inexplicables y, a veces, discusiones a propósito de la lámpara que echaba humo o de un libro extraviado, cóleras de un minuto, que se apaciguaban con risas.

Como la puerta de la alcoba quedaba abierta, charlaban de lejos, cada uno desde su cama.

Por la mañana se paseaban en mangas de camisa por la terraza; salía el sol, pasaban brumas ligeras sobre el río, se oía un bullicio de gente en el mercado de flores de al lado; y los humos de sus pipas hacían volutas en el aire puro que refrescaba sus ojos todavía hinchados; sentían, al aspirarlo, una vasta esperanza difusa.

Cuando no llovía, los domingos salían juntos; y cogidos del brazo, se iban por las calles. Casi siempre se les ocurría la misma reflexión a la vez, o bien hablaban sin darse cuenta de lo que tenían a su alrededor. Deslauriers ambicionaba la riqueza como medio de dominio sobre los hombres. Habría querido mover gente en torno a él, hacer mucho ruido, tener tres secretarios a sus órdenes y una gran cena política una vez por semana. Frédéric se instalaba en un gran palacio moruno donde viviría recostado sobre divanes de cachemir, oyendo el murmullo de un surtidor, y con pajes negros a su servicio; estos sueños se

volvían realidades tan precisas que le afligían como si las hubiese perdido.

—¿Para qué hablar de todo esto —decía—, puesto que no lo tendremos nunca?

—¡Quién sabe! —respondía Deslauriers.

A pesar de sus opiniones democráticas, le animó a relacionarse con los Dambreuse. El otro alegaba sus intentos fallidos.

—¡Bah!, vuelve allí. Te invitarán.

Hacia mediados del mes de marzo recibieron, entre otras facturas bastante elevadas, las del restaurante que les servía la cena. Como no tenía la cantidad suficiente, Frédéric pidió cien escudos a Deslauriers; quince días después reiteró la misma petición, y el pasante le regañó por los gastos que hacía con los Arnoux.

En efecto, gastaba sin tasa. Una vista de Venecia, otra de Nápoles y una tercera de Constantinopla que ocupaban el centro de las paredes, motivos ecuestres de Alfredo de Dreux aquí y allí, un grupo de Pradier encima de la chimenea, números de *El Arte Industrial* sobre el piano y cartones con grabados por el suelo, en los rincones, atestaban la casa de tal manera que era difícil colocar un libro, mover los codos. Frédéric alegaba que todo esto le hacía falta para pintar.

Trabajaba en casa de Pellerin. Pero a menudo Pellerin estaba fuera, pues solía asistir a todos los entierros y acontecimientos de que iban a hablar los periódicos; y Frédéric pasaba horas completamente solo en el taller. La calma de aquella gran habitación donde no se oía más que el trotecillo de los ratones, la luz que caía del techo, y hasta el ronquido de la estufa, todo le sumía al principio en una especie de placidez intelectual. Luego, para distraerse, sus miradas se paseaban por los desconchados de las paredes, entre las figuritas del estante, a lo largo de los torsos donde el polvo acumulado hacía una especie de jirones de terciopelo; y como si fuera un viajero perdido en medio de un bosque a quien todos los caminos llevan continuamente al mismo sitio, encontraba en el fondo de cada idea el recuerdo de Mme. Arnoux.

Se fijaba fechas para ir a visitarla a su casa; cuando había llegado al segundo piso, delante de su puerta, no se atrevía a tocar. Se acercaban pasos; abrían, y estas palabras: «La señora ha salido» eran una liberación y como un peso menos sobre su corazón.

Sin embargo, la encontró. La primera vez había tres señoras con ella; otra tarde apareció el profesor de caligrafía de la señorita Marta. Por otra parte, los hombres que Mme. Arnoux invitaba a sus recepciones no la visitaban nunca. Frédéric no volvió allá por discreción.

Pero, para que le invitasen a las cenas de los jueves, no dejaba de aparecer regularmente por «El Arte Industrial» todos los miércoles; y se quedaba allí cuando ya todos se habían ido, más tiempo que Regimbart, hasta el último minuto, fingiendo contemplar un grabado, echar una ojeada a un periódico. Por fin Arnoux le decía: ¿Está

libre mañana por la tarde? Él aceptaba antes de que acabara la frase. Arnoux parecía tomarle afecto. Le enseñó el arte de conocer los vinos, a hacer el ponche, a guisar becasas; Frédéric seguía dócilmente sus consejos, y le gustaba todo lo que se relacionaba con Mme. Arnoux, sus muebles, sus criados, su casa, su calle.

Apenas hablaba durante estas cenas; la contemplaba. Ella tenía un lunar en la sien derecha; sus bandos eran más negros que el resto de su pelo y siempre estaban un poco húmedos en los bordes; ella los atusaba de vez en cuando, sólo con dos dedos. Él conocía la forma de cada una de sus uñas, se deleitaba escuchando el suave roce de sus vestidos de seda cuando pasaba cerca de las puertas, aspiraba a escondidas el perfume de su pañuelo; su peine, sus guantes, sus sortijas eran para él cosas particulares, importantes como obras de arte, animadas como personas; todas ellas le llegaban al corazón y acrecentaban su pasión.

No había sido capaz de ocultársela a Deslauriers. Cuando volvía de casa de Mme. Arnoux, lo despertaba como por descuido, para poder hablarle de ella.

Deslauriers, que dormía en la alcoba cerca de la pila del agua, bostezaba largamente. Frédéric se sentaba al pie de su cama. Primero hablaba de la cena, después contaba detalles insignificantes, en los que veía señales de desprecio o de afecto. Una vez, por ejemplo, ella había rechazado su brazo para tomar el de Dittmer, y Frédéric se desconsolaba.

—¡Bah! ¡Qué tontería!

O bien le había llamado su «amigo».

—Ve, pues, sin miedo...

—Pero no me atrevo —decía Frédéric.

—Bueno, pues no pienses más en ella. Buenas noches.

Deslauriers daba media vuelta y se quedaba dormido. No comprendía nada de este amor, que consideraba como una debilidad de adolescente, y como no le bastaba su intimidad, sin duda pensó en reunir a sus amigos comunes una vez por semana.

Llegaban el sábado, hacia las nueve. Las tres cortinas de tela a rayas de colores estaban cuidadosamente estiradas; la lámpara y cuatro velas estaban encendidas, en medio de la mesa, la tabaquera, toda llena de pipas, estaba entre las botellas de cerveza, la tetera, un frasco de ron y pastas. Discutían sobre la inmortalidad del alma, hacían comparaciones entre los profesores.

Una tarde, Hussonnet llevó a un joven alto, que vestía una levita demasiado corta en las mangas y con aspecto azorado. Era el chico cuya libertad habían reclamado en el puesto de policía el año anterior.

Como no había podido devolver a su patrón la caja de bordados perdida en la refriega,

éste le había acusado de robo y amenazado con llevarlo a los tribunales; ahora estaba empleado en una agencia de transportes. Hussonet lo había encontrado por la mañana en la esquina de una calle; y lo había llevado, pues Dussardier, por reconocimiento, quería ver «al otro».

Ofreció a Frédéric la cigarrera completamente llena de cigarros que había guardado con la esperanza de devolvérselos. Los jóvenes le invitaron a que volviese. Él no dejó de acudir.

Todos simpatizaban. Primero, el odio que mostraban al gobierno se había elevado a dogma indiscutible. Sólo Martinon intentaba defender a Luis Felipe. Lo llenaban de injurias con los tópicos que andaban por los periódicos; la fortificación de París, las leyes de septiembre, Pritchard, lord Guiso, de tal modo que Martinon se callaba, temiendo ofender a alguien. En siete años de colegio no había merecido ningún castigo y, en la Escuela de Derecho, sabía agradar a los profesores. Llevaba ordinariamente una levita color pastel y chanclos de caucho, pero una tarde apareció vestido de novio: chaleco de terciopelo con solapas, corbata blanca, cadena de oro.

El asombro aumentó cuando se supo que llegaba de casa de la señora Dambreuse. En efecto, el banquero Dambreuse acababa de comprar al señor Martinon una partida de madera considerable; como el buen señor le había presentado a su hijo, les había invitado a comer a los dos.

—¿Había muchas trufas? —preguntó Deslauriers—, y ¿le cojiste la cintura a su esposa, entre las dos puertas *sicut decet*?

Entonces la conversación versó sobre las mujeres. Pellerin no admitía que hubiese mujeres hermosas, prefería a los tigres; además, la hembra del hombre era una criatura inferior en la jerarquía estética.

—Lo que os seduce es precisamente lo que degrada una idea: quiero decir, los senos, los cabellos...

—Sin embargo —objetó Frédéric—, un pelo negro con unos grandes ojos negros...

—¡Oh!, lo de siempre —exclamó Hussonet—. Basta de andaluzas sobre el césped, ¿antiguallas? ¡Para serviros! Porque, en fin, vamos, fuera broma, una cortesana es más divertida que la Venus de Milo. Seamos galos, ¡demonio!, y estilo Regencia, si es posible.

—¡Corred, buenos vinos; damas, dígnense sonreír!

—Hay que pasar de la morena a la rubia ¿Piensa usted así, señor Dussardier?

Dussardier no contestó. Todos le insistieron para conocer sus gustos.

—Bueno, pues bien —dijo poniéndose colorado—, a mí me gustaría amar siempre a la misma.

Dijo esto de tal manera que hubo un momento de silencio y quedaron sorprendidos,

unos de este candor, y otros descubriendo tal vez en ello el secreto deseo de su alma.

Sénécal puso sobre el antepecho de la ventana su jarra de cerveza y declaró en tono dogmático que, siendo la prostitución una tiranía y el matrimonio una inmoralidad, era mejor abstenerse. Deslauriers consideraba a las mujeres como objeto de distracción, nada más. El señor de Cisy tenía al respecto toda clase de temores.

Criado bajo la tutela de una abuela devota, encontraba la compañía de aquellos jóvenes tentadora como un lugar de perdición e instructiva como una Sorbona. No le escatimaban las lecciones; y su curiosidad llegaba hasta a querer fumar, a pesar de los mareos que le atormentaban cada vez que lo intentaba. Frédéric le rodeaba de cuidados. Admiraba el tono de sus corbatas, la piel de su paletó y sobre todo sus botas, finas como guantes y que parecían desafiar por su limpieza y su delicado brillo; abajo en la calle, le esperaba su coche.

Una noche que acababa de salir y estaba nevando, Sénécal empezó a compadecer a su cocinero. Después declamó contra los guantes amarillos, el Jockey Club. Hacía más caso de un obrero que de aquellos señores.

—Al menos, yo trabajo. Soy pobre.

—Ya se ve —dijo al final Frédéric, impaciente.

El profesor le guardó rencor por estas palabras.

Pero, como Regimbart había dicho que conocía un poco a Sénécal, Frédéric, queriendo hacer un cumplido al amigo de Arnoux, le pidió que acudiese a las reuniones de los sábados, y el encuentro agradó a los dos patriotas.

Sin embargo, eran diferentes.

Sénécal, que tenía una mente estrecha, no consideraba más que los sistemas. Regimbart, al contrario, no veía en los hechos más que los hechos. Su principal preocupación era la frontera del Rhin. Se creía entendido en artillería y le hacía sus trajes el sastre de la Escuela Politécnica.

El primer día, cuando le ofrecieron pasteles, se encogió de hombros desdeñosamente, diciendo que aquello era bueno para las mujeres; y apenas se mostró más complaciente las veces siguientes. En el momento en que las ideas alcanzaban cierta altura, murmuraba: «¡Oh! ¡Nada de utopías! ¡Nada de sueños!». En materia de arte, aunque frecuentaba los estudios, donde a veces daba amablemente una lección de esgrima, sus opiniones no eran trascendentes. Comparaba el estilo de M. Marrast al de Voltaire y a la señorita Vatnaz con Mme. de Stäel, por una oda sobre Polonia «donde había mucho sentimiento». Finalmente, Regimbart atacaba a todo el mundo y en especial a Deslauriers, pues el Ciudadano era un familiar de Arnoux. Ahora bien, el pasante ambicionaba frecuentar aquella casa, donde esperaba hacer amistades provechosas, «¿Cuándo me llevarás?», decía. Arnoux estaba sobrecargado de trabajo, o bien iba de viaje; después, no valía la pena, las cenas iban a

terminarse.

Si hubiera tenido que arriesgar la vida por su amigo, Frédéric lo habría hecho. Pero como se empeñaba en mostrarse lo más ventajosamente posible, y cuidaba su lenguaje, sus modales y su atuendo hasta el extremo de ir al despacho de *El Arte Industrial* siempre con guantes impecables, temía que Deslauriers, con su viejo traje negro, su porte de fiscal y sus discursos petulantes, desagradara a Mme. Arnoux, lo cual podía comprometerle y rebajarle ante ella. Podía no fijarse mucho en los otros, pero aquel precisamente le habría molestado mil veces más. El pasante se daba cuenta de que no quería mantener su promesa, y el silencio de Frédéric le parecía una injuria más grave.

Habría querido guiarle totalmente, verle desarrollarse según el ideal que tenían de la juventud; y su holgazanería le sublevaba como una desobediencia y una traición. Además, Frédéric, obsesionado por la idea de Mme. Arnoux, hablaba de su marido con frecuencia; y Deslauriers comenzó a darle la lata repitiendo su nombre cien veces al día, al final de cada frase, como un tic de idiota. Cuando llamaban a su puerta, respondía: «¡Pase, Arnoux!». En el restaurante pedía un queso de Brie «tipo Arnoux»; y, de noche, fingiendo tener una pesadilla, despertaba a su compañero gritando: «¡Arnoux! ¡Arnoux!». Por fin, Frédéric, harto, le dijo en tono de queja:

—¡Déjame ya en paz con ese Arnoux!

—Jamás! —respondió el pasante.

¡Siempre él!, ¡él por todas partes!, ardiente o helada, la imagen de Arnoux...

—¡Cállate ya! —exclamó Frédéric levantando el puño. Continuó en tono suave.

—Ya sabes que es una cosa que me molesta.

—¡Oh!, perdón, hombre —replicó Deslauriers con una profunda inclinación—, respetaremos en lo sucesivo los nervios de la señorita. Otra vez perdón. ¡Mil disculpas!

Así terminó la broma.

Pero, tres semanas después, una tarde, le dijo:

—Bueno, la he visto hace un momento, a Mme. Arnoux!

—¿Dónde?

En el palacio, con Balandard, procurador judicial; una mujer morena, ¿verdad?, ¿de mediana estatura?

Frédéric hizo un gesto de asentimiento. Esperaba que Deslauriers hablase. A la menor palabra de admiración, él se habría expansionado ampliamente, estaba dispuesto a quererle tiernamente; el otro seguía callado; por fin, no aguantando más, le preguntó con aire indiferente qué pensaba de ella.

Deslauriers la encontraba «bastante bien, aunque sin tener nada de extraordinario».

—¡Ah! ¡Tú crees! —dijo Frédéric.

Llegó el mes de agosto, época de su segundo examen. Según opinión corriente, bastaban quince días para preparar las materias. Frédéric, confiando en sus fuerzas, se empolló de golpe los cuatro primeros libros de la Ley de Enjuiciamiento Civil, los tres primeros del Código Penal, varios trozos de Procedimiento Criminal y una parte del Código Civil, con las notas del señor Poncelet. La víspera, Deslauriers le obligó a dar un repaso que se prolongó hasta la mañana; y para aprovechar el último cuarto de hora continuó haciéndole preguntas por la acera mientras caminaban.

Como se celebraban varios exámenes al mismo tiempo, había mucha gente en el patio, entre otros Hussonnet y Cisy; no faltaban a estas pruebas cuando se trataba de compañeros. Frédéric se puso la toga negra tradicional; después entró seguido del público, con otros tres estudiantes, en una gran sala, iluminada por ventanas sin cortinas y provista de banquetas a lo largo de las paredes. En el centro había unas sillas de cuero en torno a una mesa, adornada con un tapete verde. Servía para separar a los candidatos de los señores examinadores, que vestían toga roja, llevaban bandas de armiño sobre el hombro y se cubrían con birretes de galones dorados.

Frédéric era el penúltimo de la lista, un puesto malo. A la primera pregunta sobre la diferencia entre un convenio y un contrato, definió el uno por el otro; y el profesor, una buena persona, le dijo:

—No se ponga nervioso, señor, serénese.

Después de dos preguntas fáciles, seguidas de respuestas mediocres, pasó al cuarto. Frédéric se desmoralizó por este pobre comienzo. Deslauriers, enfrente, entre el público, le hacía señas de que todo no estaba todavía perdido; y a la segunda pregunta sobre Derecho Penal estuvo bastante bien. Pero, después de la tercera, relativa al testamento místico, como el examinador permaneció impasible todo el tiempo, su angustia se redobló; pues Hussonnet juntaba las manos como para aplaudir, mientras que Deslauriers no cesaba de encogerse de hombros. Por fin, llegó el momento en que hubo que contestar a las preguntas de Procesal. Se trataba de la oposición de tercer grado. El profesor, sorprendido de haber oído teorías contrarias a las suyas, le preguntó en tono brutal:

—¿Y usted, señor, opina así? ¿Cómo concilia usted el principio del artículo 1351 del Código Civil con esta vía de recurso extraordinaria?

Frédéric, que había pasado la noche en blanco, sentía un gran dolor de cabeza. Un rayo de sol, que entraba por la reja de una celosía, le daba en la cara. De pie, detrás de la silla, se contoneaba y se estiraba el bigote.

—Sigo esperando su respuesta —replicó el hombre del birrete dorado.

Y como el gesto de Frédéric le irritaba sin duda:

—No es en su barba donde la encontrará.

Este sarcasmo causó risa en el auditorio; el profesor, halagado, se ablandó. Le hizo dos preguntas más sobre la citación y el procedimiento sumario, después bajó la cabeza en señal de aprobación; el acto público había terminado. Frédéric volvió al vestíbulo.

Mientras el bedel le quitaba la toga para ponérsela inmediatamente a otro, los amigos rodearon a Frédéric, acabando de atontarlo con sus opiniones contradictorias sobre el resultado del examen.

Muy pronto, con una voz sonora, lo proclamaron a la entrada de la sala: «El tercero estaba... suspenso».

Irritado, dijo Hussonnet: «¡Vámonos!».

Delante de la conserjería encontraron a Martinon, rojo, emocionado, con una sonrisa en los ojos y la aureola del triunfo en la frente. Acababa de pasar sin dificultad su último examen. Sólo le faltaba la tesis. Antes de quince días sería licenciado. Su familia conocía a un ministro, tenía por delante «una buena carrera».

—Ése te hunde a pesar de todo —dijo Deslauriers. Nada hay tan humillante como ver a los tontos triunfar en las empresas en que fracasamos. Frédéric, molesto, respondió que no le importaba. Sus aspiraciones eran más elevadas; y, como Hussonnet se disponía a irse, lo tomó aparte para decirle:

—Por supuesto, a ellos, ni una palabra de todo esto.

El secreto era fácil, puesto que Arnoux, al día siguiente, salía de viaje para Alemania.

Por la tarde, al volver a casa, el pasante encontró a su amigo extrañamente cambiado: hacía piruetas, silbaba; y como el otro se sorprendiese de tal humor, Frédéric dijo que no iría a ver a su madre; pasaría sus vacaciones estudiando.

Al conocer la marcha de Arnoux, le entró una gran alegría. Podía presentarse, aparecer allí a su antojo sin temor a que interrumpieran sus visitas. La convicción de una seguridad absoluta le daría ánimos. ¡Por fin, no le alejarían, no estaría separado de ella! Algo más fuerte que una cadena de hierro le ataba a París, una voz interior le gritaba que se quedase.

Algunos obstáculos se oponían. Él los salvó escribiendo a su madre; empezaba primero confesando su suspenso, que achacaba a los cambios efectuados en el programa ¡un azar, una injusticia! Además, todos los grandes abogados (citaba sus nombres) habían sido suspendidos en los exámenes. Pero contaba presentarse de nuevo en el mes de noviembre. Ahora bien, no teniendo tiempo que perder, no iría a casa este año; y pedía, además del dinero de un trimestre, doscientos cincuenta francos para clases particulares de Derecho, que le serían muy útiles; todo ello adornado con expresiones de pesar, de condolencias, mimos y protestas de amor filial.

Mme. Moreau, que le esperaba al día siguiente, tuvo doble pena. Ocultó la desgracia de su hijo y le contestó «que fuese, a pesar de todo». Frédéric no cedió. Siguió un enfado.

Al final de la semana, sin embargo, recibió el dinero del trimestre con la cantidad destinada a las clases, y que sirvió para pagar un pantalón gris perla, un sombrero de fieltro blanco y un junquillo con empuñadura dorada.

Cuando tuvo todo esto en su poder:

«¿Quizás es una idea de barbero la que he tenido?», pensó.

Y fue presa de una gran vacilación.

Para saber si iría a casa de Arnoux, echó al aire tres veces unas monedas. Las tres veces el presagio fue feliz. Así que la fatalidad lo ordenaba. Tomó un simón para ir a la calle de Choiseul.

Subió rápidamente la escalera, tiró del cordón de la campanilla; no sonó; se sentía a punto de desfallecer.

Después agitó, con un golpe furioso, la pesada borla de seda roja. Sonó un carillón, se fue apaciguando poco a poco, y ya no se oía nada. Frédéric tuvo miedo.

Pegó su oreja a la puerta, ¡ni una respiración! Miró por el ojo de la cerradura y no percibía en la antesala más que dos puntas de caña, en la pared, entre las flores de papel. Por fin, ya se iba a marchar cuando mudó de opinión. Esta vez dio un golpe suave. Se abrió la puerta; y en el umbral, con el pelo alborotado, la cara enrojecida y con aire de malhumor, apareció Arnoux en persona.

—¡Anda!, ¿qué vientos le traen? Pase.

Le hizo pasar no al gabinete ni a su habitación, sino al comedor, donde se veía sobre la mesa una botella de vino de Champaña con dos vasos; y, en tono brusco:

—¿Viene a pedirme algo, querido amigo?

—¡No! ¡Nada! ¡Nada! —balbuceó el joven buscando un pretexto a su visita.

Por fin, dijo que había ido a saber de él, pues lo creía en Alemania, según los informes de Hussonnet.

—¡Nada de eso! —replicó Arnoux—. ¡Qué cabeza de chorlito ese chico, que todo lo entiende al revés!

Para disimular su confusión, Frédéric caminaba a derecha e izquierda por la sala. Tropezando con el pie de una silla, hizo caer una sombrilla que estaba encima; el mango de marfil se rompió.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¡cuánto siento haber roto la sombrilla de Mme. Arnoux!

A estas palabras, el comerciante levantó la cabeza y sonrió de una manera extraña.

Frédéric, aprovechando la ocasión que se le presentaba de hablar de ella, añadió tímidamente:

—¿No podré verla?

Ella estaba en su pueblo cuidando a su madre enferma.

No se atrevió a hacerle preguntas sobre la duración de esta ausencia. Sólo le preguntó cuál era el pueblo de Mme. Arnoux.

—¡Chartres! ¿Le extraña?

—¡A mí!, ¡no!, ¿por qué?, ¡ni lo más mínimo!

Después no encontraron absolutamente nada que decirse. Arnoux, que se había hecho un cigarrillo, daba vueltas alrededor de la mesa resoplando. Frédéric, de pie, al lado de la estufa, contemplaba las paredes, el aparador, el suelo; e imágenes encantadoras desfilaban por su memoria, delante de sus ojos más bien. Por fin se retiró. Por el suelo de la antesala rodaba un trozo de periódico apelotonado. Arnoux lo cogió; y levantándose en la punta de los pies, lo metió en el timbre para continuar su siesta interrumpida. Después, dándole un apretón de manos:

—Por favor, diga al conserje que no estoy —y cerró la puerta detrás de él violentamente.

Frédéric bajó las escaleras de una en una. El fracaso de esta primera tentativa le desanimaba para emprender otras. Entonces comenzaron tres meses de aburrimiento. Como no tenía nada que hacer, la desocupación aumentaba su tristeza.

Pasaba horas mirando desde su balcón correr el río entre los muelles grisáceos, ennegrecidos de trecho en trecho por los desagües de las alcantarillas, con un pontón de lavanderas amarrado a la orilla, donde a veces se entretenían los chiquillos en bañar en el fango un caniche. Sus ojos, dejando a la izquierda el puente de piedra de Notre Dâme, y tres puentes colgantes, seguían dirigiéndose hacia el muelle Aux-Ormes, a un macizo de viejos árboles, semejantes a los tilos del puente de Montereau. La torre Saint-Jacques, el Ayuntamiento, Saint-Germain, Saint-Louis, Saint-Paul destacaban en medio de los tejados confusos; y el Genio que corona la columna de Julio resplandecía al este como una estrella dorada, mientras que en el otro extremo la cúpula de las Tullerías elevaba al cielo su pesada masa azul redonda. Era por detrás de allí donde tenía que estar la casa de Mme. Arnoux.

Volvía a su habitación; después, tendido en su diván, se entregaba a una meditación desordenada: planes de trabajo, proyectos de comportamiento, aspiraciones para el porvenir. Por fin, para liberarse de sí mismo, salía a la calle.

Subía, al azar, por el Barrio Latino, tan bullicioso habitualmente, pero desierto en esta época, pues los estudiantes se habían ido a sus casas. Los grandes muros de los colegios, como alargados por el silencio, tenían un aspecto más aburrido todavía; se oían toda clase de ruidos apacibles, el batir de alas en las jaulas, el zumbido de un torno, el martillo de un zapatero; y los vendedores de ropa en medio de la calle dirigían, inútilmente, una mirada

escrutadora a las ventanas. En el fondo de los cafés solitarios, la señora del mostrador bostezaba en medio de sus botellitas llenas; y los periódicos permanecían ordenados en las salas de lectura; en el taller de las planchadoras la ropa se movía suavemente por las bocanadas del aire tibio. De vez en cuando Frédéric se detenía en una librería de viejo; un ómnibus que bajaba rozando la acera le hacía volverse y, una vez que había llegado al Luxemburgo, no seguía adelante.

A veces, la esperanza de una distracción le atraía a los bulevares. Después de atravesar callejuelas oscuras que exhalaban frescores húmedos, llegaba a grandes plazas desiertas, resplandecientes de luz, y cuyos monumentos dibujaban al borde del pavimento encajes de sombra negra. Pero las carretas, las tiendas reaparecían, y la muchedumbre le aturdió, los domingos sobre todo, cuando desde la Bastilla hasta la Magdalena era una inmensa ola ondulante sobre el asfalto, en medio del polvo en un rumor continuo; se sentía totalmente descorazonado por la vulgaridad de las caras, la tontería de las conversaciones, la satisfacción imbécil que transpiraba de sus frentes sudorosas. Sin embargo, la conciencia de que él valía más que aquellos hombres atenuaba la fatiga que le producía mirarlos.

Todos los días se pasaban por «El Arte Industrial», y, para saber cuándo regresaría Mme. Arnoux, se informaba con detalle acerca de su madre. La respuesta del señor Arnoux era siempre la misma: «continúa la mejoría», su mujer, con la niña, estaría de vuelta la semana siguiente. Cuanto más tardaba en volver, mayor preocupación mostraba Frédéric, de tal modo que Arnoux, enternecido por tanto afecto, lo invitó a cenar cinco o seis veces al restaurante.

Frédéric, en estas prolongadas conversaciones a solas con Arnoux, se dio cuenta de que el marchante de pintura no era muy ingenioso. Arnoux podía apreciar este enfrentamiento; y entonces era la ocasión de devolverle un poco sus cortesías.

Deseando, pues, hacer las cosas muy bien, vendió a un chamarilero toda su ropa nueva por ochenta francos, y, sumándole otros cien que le quedaban, fue a casa de Arnoux a invitarle a cenar. Allí estaba Regimbart. Los tres se fueron a «Les Trois Frères Provençaux».

El Ciudadano empezó por quitarse la levita, y, seguro de la deferencia de los otros dos, escribió el menú. Pero, a pesar de que fue a la cocina para hablar él mismo con el chef, de que bajó a la bodega, de la que conocía todos los rincones, y de que hizo ir al jefe del establecimiento, al que «dio jabón», no quedó contento ni de los platos, ni de los vinos, ni del servicio. A cada plato nuevo, a cada botella diferente, desde el primer bocado, el primer trago, dejaba caer el tenedor o retiraba lejos el vaso; después, apoyando los codos sobre el mantel todo lo que alcanzaban sus brazos, exclamaba que ya ¡no se podía cenar en París! Por fin, no sabiendo qué imaginar para su boca, Regimbart pidió judías al aceite, simplemente, que, aunque estaban pasables, le apaciguaron un poco. Después mantuvo con el camarero un diálogo acerca de los antiguos camareros de los «Provenzales»: ¿Qué era de Antonio? ¿Y de un tal Eugenio? ¿Y Teodoro, el pequeño, que servía siempre abajo?

En aquella época había una cocina mucho más distinguida, y unos señores borgoñas, como ya no se verán.

Después hablaron del valor de los terrenos en el extrarradio, una especulación de Arnoux que no podía fallar. Entretanto, él perdía sus intereses, puesto que no quería vender a ningún precio. Regimbart le encontraría a alguien; y estos dos señores se pusieron a hacer cálculos hasta que terminaron el postre.

Fueron a tomar café al «Pasaje de Saumon», a un cafetín, en el entresuelo. Frédéric asistió de pie a innumerables partidas de billar, regadas con muchos *bocks* de cerveza; y se quedó allí hasta medianoche, sin saber por qué, por cobardía, por tontería, esperando vagamente cualquier acontecimiento favorable a su amor.

¿Cuándo volvería a verla? Frédéric se desesperaba. Pero, una tarde, a fines de noviembre, Arnoux le dijo:

—Mi mujer regresó ayer, ¿sabe?

Al día siguiente, a las cinco, Frédéric se presentaba en casa de ella.

Empezó por felicitarla, a propósito de su madre, que había estado tan grave.

—Pues no. ¿Quién se lo ha dicho?

—Arnoux.

Ella lanzó un ¡ah! ligero, después añadió que al principio había tenido serios temores, ahora desaparecidos.

Ella permanecía al lado del fuego, en la butaca tapizada. Él estaba en el sofá, con el sombrero entre las rodillas; y la conversación fue aburrida, ella la abandonaba a cada minuto; él no encontraba oportunidad para expresar sus sentimientos. Pero, como se quejaba del trabajo que le daban los pleitos, ella replicó: «Sí..., comprendo..., ¡los asuntos...!», bajando la cara, absorta de pronto en reflexiones.

Él ardía en deseos de conocerlas, e incluso no pensaba en otra cosa. El crepúsculo acumulaba sombra en torno a ellos.

Ella se levantó, pues tenía que hacer una compra, luego volvió con un gorro de terciopelo y una capa negra, ribeteada de petit-gris. Él se atrevió a ofrecerle su compañía.

Ya no se veía; el tiempo estaba frío, y una niebla pesada, difuminando las fachadas de las casas, apestaba en el aire. Frédéric la aspiraba con deleite; pues sentía a través de la guata del vestido la forma de su brazo; y su mano, enfundada en un guante de gamuza de dos botones, su manecita que él habría querido cubrir de besos, se apoyaba en su manga. A causa del pavimento resbaladizo, patinaban un poco; a él le parecía que los dos iban como mecidos por el viento en medio de una nube.

El brillo de las luces, en el bulevar, le devolvió a la realidad. La ocasión era buena, el

tiempo apremiaba. Se fijó como límite la calle de Richelieu para declararle su amor. Pero, casi inmediatamente, delante de una tienda de porcelanas, ella se detuvo en seco, diciéndole:

—Ya hemos llegado, muchas gracias. Hasta el jueves, ¿verdad?, como de costumbre.

Reanudaron las cenas; y cuanto más trataba a Mme. Arnoux, más abatido estaba.

La contemplación de aquella mujer le hacía languidecer, como el uso de un perfume demasiado fuerte. Descendió hasta las profundidades de su carácter, y casi llegaba a convertirse en una manera general de sentir, un modo nuevo de existir.

Las prostitutas que encontraba bajo las farolas de gas, las cantantes que lanzaban sus gorgoritos, las Amazonas sobre sus caballos al galope, las burguesas a pie, las modistillas en su ventana, todas las mujeres le recordaban a aquélla, por semejanzas o por contrastes violentos. Miraba, al pasar delante de las tiendas, los cachemires, los encajes y los colgantes de pedrería, imaginándose que los llevaba puestos alrededor de la cintura, cosidos a su corpiño o brillando en su cabellera negra. En el escaparate de las floristas, las flores se abrían para que ella las escogiese al pasar; en la vitrina de los zapateros, las pequeñas pantuflas de raso con orillo de cisne parecían esperar su pie; todas las calles conducían hacia su casa; los coches estaban estacionados en las plazas sólo para llevarlo más rápido junto a ella. París se reducía a su persona, y la gran ciudad, con todas sus voces, sonaba como una inmensa orquesta, alrededor de ella.

Cuando iba al Jardín Botánico, la vista de una palmera le transportaba a países lejanos. Viajaban juntos, en dromedarios, bajo el toldillo de los elefantes, en la cabina de un yate entre archipiélagos azules, uno al lado del otro en dos mulos con campanillas, que temblaban entre las hierbas contra columnas rotas. A veces, él se detenía en el Louvre a contemplar viejos cuadros; y envolviéndola en el más remoto pasado, la ponía en el lugar de los personajes de las pinturas. Tocada con un capirote, rezaba arrodillada detrás de una vidriera de plomo. Señora de las Castillas o de Flandes, permanecía sentada con una gorguera almidonada y un corsé de ballenas con grandes fruncidos ahuecados. Después bajaba una gran escalera de pórfido, en medio de los senadores, bajo un palio de plumas de avestruz, con un vestido de brocado. Otras veces se la imaginaba vestida con un pantalón de seda amarilla, sobre los cojines de un harén; y todo lo que era bello, el fulgor de las estre-las, algunas melodías de música, el giro de una frase, un perfil, le hacían pensar en ella de una manera brusca e insensible.

En cuanto a intentar hacer de ella su amante, estaba seguro de que toda tentativa sería vana.

Una tarde, Dittmer, al llegar, la besó en la frente; Lovarias hizo lo mismo, diciendo:

—¿Me permite, verdad, usando el privilegio de los amigos?

Frédéric balbuceó:

—Me parece que todos somos amigos.

—No todos viejos amigos —replicó ella.

Era el rechazo indirecto anticipado.

¿Qué hacer por otra parte? ¿Decirle que la quería? Ella lo rechazaría sin duda; o tal vez, indignada, lo echaría de su casa. Ahora bien, él prefería todos los sufrimientos a la horrible situación de no volver a verla.

Envidiaba el talento de los pianistas, las cuchilladas en la cara de los soldados. Deseaba una enfermedad peligrosa, esperando así interesarla.

Una cosa le extrañaba, que no tenía celos de Arnoux; y no podía figurársela de otro modo más que vestida, tan natural le parecía su pudor, y ocultando su sexo en una sombra misteriosa.

Sin embargo, soñaba con la felicidad de vivir con ella, tutearla, acariciarle los bandos... o permanecer de rodillas con los brazos rodeándole la cintura, bebiéndole el alma en sus ojos. Para ello, habría que cambiar el destino; e, incapaz de actuar, maldiciendo a Dios y acusándose de su cobardía, se revolvía en su deseo como un preso en su celda. Una angustia permanente le ahogaba. Se quedaba horas enteras inmóvil o bien rompía a llorar; y un día, sin poder contenerse, Deslauriers le dijo:

—Pero, ¿qué es lo que te pasa?

Frédéric padecía de los nervios. Deslauriers no creía nada. Ante semejante dolor, había sentido despertarse su ternura, y le reconfortó. Un hombre como él dejarse abatir, ¡qué tontería! Pase aún cuando se es joven, pero después es perder el tiempo.

—Me estás echando a perder a mi Frédéric. Yo quiero al antiguo mozo, a pesar de todo. Me gustaba. Vamos, fuma una pipa, ¡animal! Reacciona un poco; ¡me disgustas!

—Es verdad —dijo Frédéric—, estoy loco.

El pasante replicó:

—¡Ah, viejo trovador, ya sé lo que te aflige! ¡El corazoncito! ¡Confiésalo! Por una mujer que se pierde cuatro que se encuentran. Uno se consuela de las mujeres virtuosas con las otras. ¿Quieres conocer mujeres? No tienes más que ir al «Alhambra» —(era un baile público recientemente abierto al fondo de los Campos Elíseos, que se arruinó en su segunda temporada a causa de un lujo prematuro en este tipo de establecimientos).

—Es divertido, según dicen. ¡Vamos! Puedes llevarte a tus amigos, si quieres —le dijo —, incluso a Regimbart.

Frédéric no invitó al Ciudadano. Deslauriers prescindió de Senecal. Llevaron sólo a Hussonnet y a Cisy con Dussardier; y el mismo coche los dejó a las cinco a la puerta del «Alhambra».

A derecha e izquierda se extendían dos galerías morunas paralelas. La pared de una casa de enfrente ocupaba todo el fondo, y en el cuarto lado (el del restaurante) figuraba un claustro gótico con vidrieras de colores. Una especie de marquesina china cubría el estrado donde tocaban los músicos; la pista estaba cubierta de asfalto y, vistos de lejos, los farolillos a la veneciana colgados de los postes formaban sobre las cuadrillas coronas de luces multicolores. De trecho en trecho una pila de piedra sobre un pedestal hacía brotar un chorro delgado de agua. Entre el follaje se percibían estatuas de yeso, Hebes o Cupidos con la pintura al óleo todavía fresca; y los numerosos paseos, cubiertos de una arena muy amarilla cuidadosamente rastrillada, hacían parecer el jardín mucho más amplio de lo que era.

Estudiantes paseaban a sus amigas; dependientes de comercio se pavoneaban con un junquillo entre los dedos; colegiales fumaban grandes cigarros caros; viejos solterones atusaban con un peine su barba teñida; había ingleses, rusos, gente de América del Sur, tres orientales con tarbouch. Mujeres galantes, modistillas y prostitutas habían acudido allí esperando encontrar un protector, un enamorado, una moneda de oro, o por el simple placer de bailar, y sus vestidos de túnica verde agua, azul-cereza o violeta pasaban, se movían entre los ébanos y las lilas. Casi todos los hombres llevaban trajes a cuadros, algunos, pantalones blancos a pesar de lo fresco de la tarde. Se encendían las farolas de gas.

Hussonnet, por sus relaciones con los periódicos de modas y los pequeños teatros, conocía a muchas mujeres; les enviaba besos con la punta de los dedos y, de vez en cuando, dejando a sus amigos, se iba a hablar con ellas.

Deslauriers se celó de estas actitudes. Abordó únicamente a una rubia alta, vestida de nankin. Después de haberlo mirado con aire de mal humor, ella le dijo: «No, menos confianzas, ¡amigo mío!», y le dio la espalda.

Reanudó con una morena gorda, que estaba loca sin duda, pues saltó a las primeras palabras, amenazándole con llamar a la policía; después, descubriendo a una mujercita sentada escondida bajo una farola, la invitó a bailar una contradanza.

Los músicos, encaramados en el estrado como si fueran monos, rascaban y soplaban con ímpetu. El director de orquesta, de pie, llevaba el compás de una manera automática. La gente se amontonaba, se divertía; los barboquejos de los sombreros rozaban las corbatas, las botas se hundían en las faldas; todo aquello saltaba cadenciosamente; Deslauriers apretaba contra él a la mujercita y, dejándose llevar por el delirio del cancan, se movía entre las cuadrillas como una gran marioneta. Cisy y Dussardier continuaban su paseo; el joven aristócrata miraba a las chicas, y, a pesar de los ánimos que le daba el empleado, no se atrevía a hablarles, imaginándose que aquellas mujeres tenían en sus casas siempre a un hombre escondido en un armario con una pistola y que sale de él para hacer firmar letras de cambio.

Volvieron al lado de Frédéric. Deslauriers ya no bailaba; y todos se preguntaban cómo terminar la velada cuando Hussonnet exclamó:

—¡Fíjate, la marquesa de Amaegui!

Era una mujer pálida, de nariz respingona, con mitones hasta los codos y grandes bucles negros que le colgaban a lo largo de las mejillas, como dos orejas de perro. Hussonnet le dijo:

—Tendríamos que organizar una fiestecita en tu casa, un sarao oriental. Trata de reunir a algunas de tus amigas para estos caballeros franceses. Bueno, ¿qué es lo que te molesta? ¿Estarías esperando a tu hidalgo?

La andaluza bajaba la cabeza; conociendo los hábitos poco lujosos de su amigo, temía que se enfriasen sus relaciones. Por fin, como ella habló de dinero, Cisy ofreció cinco napoleones, todo lo que tenía; la cosa quedó definida. Pero Frédéric ya no estaba allí.

Había creído reconocer la voz de Arnoux, había visto un sombrero de mujer, y había desaparecido muy pronto en el bosquecito de al lado.

La señorita Vatnaz estaba sola con Arnoux.

—¡Perdón! ¿Les molesto?

—¡En absoluto! —repuso el comerciante.

Frédéric, al oír las últimas palabras de la conversación, comprendió que él había acudido al Alhambra para hablar con la señorita Vatnaz de un asunto urgente; y sin duda Arnoux no estaba completamente tranquilo, pues le dijo con aire preocupado:

—¿Está usted muy segura?

—¡Muy segura! ¡A usted le quieren! ¡Ah! ¡Qué hombre!

Y le ponía mala cara, adelantando sus gruesos labios, casi sanguinolentos de rojos que estaban. Pero tenía unos ojos admirables, leonados, con puntos dorados en las pupilas, todos llenos de inteligencia, de amor y de sensualidad. Iluminaban como lámparas el cutis un poco amarillo de su cara delgada. Arnoux parecía gozar con sus rechazos. Se inclinó hacia ella diciéndole:

—¡Qué amable es usted!, ¡bésame!

Ella le cogió por las orejas y le besó en la frente.

En ese momento cesó el baile; y, en el sitio del director de orquesta apareció un joven guapo, demasiado gordo y de una blancura de cera. Tenía largos cabellos negros, dispuestos a la manera de Cristo, un chaleco de terciopelo azul con grandes palmas doradas, un aire orgulloso como un pavo real, tonto como un ganso; y después de saludar al público, empezó a entonar una cancioncilla. Se trataba de un aldeano que contaba su viaje a la capital; el artista hablaba el dialecto de la Baja Normandía, se hacía el borracho;

el estribillo

¡Ah, lo que me reí, me reí

En aquel picaro París!

levantaba pataleos de entusiasmo. Delmas, «cantante expresivo», era demasiado listo para dejarlo enfriar. Le pasaron rápidamente una guitarra y recitó una romanza titulada *El Hermano de la Albanesa*.

La letra hacía recordar a Frédéric la que cantaba el hombre harapiento entre los tambores del barco. Sus ojos se clavaban sin querer en los bajos del vestido que se desplegaba delante de él. Después de cada estrofa había una larga pausa y el ruido del viento en los árboles semejaba el ruido de las olas.

La señorita Vatnaz, apartando con una mano las ramas de una alheña que le quitaba la vista del estrado, contemplaba al cantante fijamente, con las aletas de la nariz abiertas, frunciendo el entrecejo y como absorta en un goce profundo.

—¡Muy bien! —dijo Arnoux—. Comprendo por qué estaba usted esta tarde en el «Alhambra». ¿Le gusta Delmas, querida amiga?

Ella no quiso confesar nada.

¡Ah!, ¡qué pudor!

Y, señalando a Frédéric:

—¿Es por él? Se equivocaría usted. No hay chico más discreto.

Los otros, que buscaban a su amigo, entraron en la sala decorada de verde. Hussonnet los presentó. Arnoux hizo circular la petaca e invitó a sorbetes a todo el mundo.

La señorita Vatnaz se había ruborizado al ver a Dussardier. Se levantó enseguida, y, tendiéndole la mano:

—¿No se acuerda usted de mí, señor Augusto?

—¿Cómo, la conoce usted? —preguntó Frédéric.

—Fuimos vecinos —replicó él.

Cisy le tiraba de la manga, salieron; y, apenas desapareció, la señorita Vatnaz comenzó a elogiar su carácter. Incluso añadió que tenía «el genio del corazón».

Después hablaron de Delmas, que podría, haciendo mimo, triunfar en el teatro; y siguió una discusión, en la que se mezcló a Shakespeare, la censura, el estilo, el pueblo, las recaudaciones de la Puerta San Martín, Alejandro Dumas, Víctor Hugo y Dumersan. Arnoux había conocido a varias actrices célebres; los jóvenes se acercaban para escucharle. Pero sus palabras se sumían en el ruido de la música; y tan pronto terminaron la cuadrilla y la polka, todos se precipitaban a las mesas, llamaban al camarero, reían; las

botellas de cerveza y de gaseosa estallaban entre los follajes, unas mujeres gritaban como gallinas; a veces, dos señores se desafiaban a duelo; un ladrón fue detenido.

Al «galope» los bailarines invadieron los paseos. Jadeantes, sonriendo, y con la cara colorada, desfilaron en torbellino que levantaba los faldones de las levitas; los trombones rugían con más fuerza; el ritmo se aceleraba; detrás del claustro medieval se oyeron crepitaciones; estallaron petardos; empezaron a girar ruedas de fuegos artificiales; el resplandor de las bengalas color esmeralda iluminó durante un minuto todo el jardín; y, al último cohete, la muchedumbre exhaló un gran suspiro.

Después, lentamente, la gente se fue dispersando. Una nube de pólvora de cañón flotaba en el aire. Frédéric y Deslauriers caminaban en medio de la muchedumbre, paso a paso, cuando tuvieron que detenerse ante una escena: Martinon exigía le diesen el vuelto en el depósito de paraguas; y acompañaba a una mujer de unos cincuenta años, fea, magníficamente vestida, y de una clase social problemática.

—Aquel mocetón —dijo Deslauriers— es menos ingenuo de lo que parece. Pero ¿dónde está Cisy?

Dussardier les mostró el cafetín donde vieron al hijo de los mendigos, ante una taza de ponche, en compañía de un sombrero rosa.

Hussonnet, que se había ausentado hacía unos minutos, reapareció al instante.

Una joven se apoyaba en su brazo, llamándole en voz alta «pichoncito mío».

—¡Qué no! —protestaba él—. ¡No!, no a la vista de la gente. Mejor, llámame vizconde. Es de un tono caballeresco, Luis XIII y botas flexibles, ¡que me gusta! Sí, amigos míos, una como las de antes. ¿Verdad que es amable?

La cogía por la barbilla.

—Saluda a estos señores. Son hijos de pares de Francia. Los trato para que me nombren embajador.

—¡Qué loco está usted! —suspiró la señorita Vatnaz.

Ella pidió a Dussardier que la acompañara hasta la puerta.

Arnoux los vio alejarse, luego, volviéndose a Frédéric:

—¿Le gustaría la Vatnaz? Aunque, en verdad, usted no es demasiado franco en este asunto. Creo que guarda muy en secreto sus amores.

Frédéric, muy pálido, juró que no ocultaba nada.

—Es que no se le conoce amiga —repuso Arnoux.

Frédéric tuvo ganas de dar un nombre, al azar. Pero podían irle con el cuento. Contestó que, efectivamente, tenía amiga.

—Esta noche era buena ocasión. ¿Por qué no ha hecho como los otros, que se van cada uno con una mujer?

—¡Bueno!, ¿y usted? —dijo Frédéric harto de tanta insistencia.

—¡Ah!, ¡yo!, amiguito, es diferente. Me vuelvo junto a la mía.

Llamó a un cabriolé y desapareció.

Los dos amigos se fueron a pie. Soplaban un viento del este. No hablaba ninguno de los dos. Deslauriers sentía no haber estado brillante delante del director de un periódico, y Frédéric se sumía en su tristeza. Por fin, dijo que el baile de charanga le había parecido estúpido.

—¿De quién es la culpa? ¡Si no nos hubieras dejado por tu Arnoux!

—¡Bah!, todo lo que hubiera podido hacer habría sido completamente inútil.

Pero el pasante tenía sus teorías. Para obtener las cosas bastaba con desearlas fuertemente.

—Sin embargo, tú mismo, hace un momento...

—Me importaba mucho —dijo Deslauriers, parando en seco la alusión—. Voy a liarme con mujeres.

Y declamó contra sus remilgos, sus tonterías; en suma, no le gustaban.

—¡No preguntes! —dijo Frédéric.

Deslauriers se calló. De pronto:

—¿Quieres apostarte cien francos a que ligo con la primera que pase?

—¡Sí!, de acuerdo.

La primera que pasó era una mendiga espantosa; y ya desesperaban de la suerte cuando, en medio de la calle Rivoli, vieron una chica alta que llevaba en la mano una cajita.

Deslauriers la abordó bajo los soportales. Ella giró bruscamente hacia las Tullerías y tomó enseguida por la plaza del Carroussel. Corrió detrás de un simón; Deslauriers la alcanzó. Caminaba a su lado, hablándole con gestos expresivos. Por fin, ella aceptó su brazo, y siguieron a lo largo de los muelles. Después, a la altura del Châtelet, durante veinte minutos al menos, se pasearon por la acera, como dos marinos que hacen su turno de guardia. Pero, de pronto, atravesaron el puente del Cambio, el mercado de las flores, el muelle Napoleón. Frédéric les siguió. Deslauriers le dio a entender que podría molestarlos y que no tenía más que seguir su ejemplo.

—¿Cuánto dinero te queda?

—Dos monedas de cien.

—Es suficiente. Buenas noches.

Frédéric quedó estupefacto al comprobar lo que se siente viendo cómo una broma sale bien. «Se está burlando», pensaba. «¿Si yo fuera detrás de ella?». Deslauriers creería, quizás, que le envidiaba aquel amor. «Como si yo no tuviera uno y cien veces más raro, más noble, ¡más fuerte!». Una especie de cólera le empujaba. Llegó a la puerta de Mme. Arnoux.

Ninguna de sus habitaciones tenía ventanas a la calle. Sin embargo, él permanecía con los ojos fijos en la fachada, como si estuviese convencido de que con la contemplación llegaría a atravesar las paredes. Ahora, sin duda, ella descansaba tranquila como una flor dormida, con sus hermosos cabellos negros entre los encajes de la almohada, los labios entreabiertos, la cabeza sobre un brazo. Fue la imagen de la cabeza de Arnoux la que se le apareció. Él se alejó huyendo de aquella visión.

Le vino a la memoria el consejo de Deslauriers; le dio horror. Entonces, anduvo errando por las calles como un vagabundo.

Cuando se le acercaba un peatón trataba de distinguir su cara. De vez en cuando, un rayo de luz le pasaba entre las piernas, describiendo a ras del suelo sobre el pavimento un inmenso cuarto de círculo; y surgía un hombre en la sombra, con su cuévano y su linterna. En algunos sitios, el viento sacudía el tubo de chapa de una chimenea; surgían unos sonidos lejanos que venían a mezclarse al zumbido de su cabeza, y creía oír, en los aires, el viejo ritornelo de las contradanzas. La ligereza de su caminar mantenía este arrebató; se encontró en el puente de la Concorde.

Entonces volvió a acordarse de aquella tarde del otro invierno en que, saliendo de su casa por primera vez, había tenido que detenerse, hasta tal punto su corazón latía bajo la opresión de sus esperanzas. ¡Ahora todas habían muerto!

Unas nubes oscuras corrían sobre la cara de la luna. La contempló, pensando en la inmensidad de los espacios, en la miseria de la vida, en la nada absoluta. Rompió el día; sus dientes castañeteaban, y, medio dormido, mojado por la niebla y bañado en lágrimas, se preguntó por qué no acabar. ¡No tenía que hacer un movimiento! El peso de su frente lo arrastraba, veía su cadáver flotando en el agua; Frédéric se inclinó. El parapeto era un poco ancho y fue la cobardía lo que le impidió dar el salto.

Una sensación de terror se apoderó de él. Volvió a alcanzar los bulevares y se dejó caer en un banco. Agentes de policía le despertaron, convencidos de que había pasado una noche de juerga.

Se puso a caminar. Pero, como tenía mucha hambre y todos los restaurantes estaban cerrados, fue a desayunar a una taberna en Des Halles. Después de lo cual, creyendo que era todavía muy temprano, vagabundó por los alrededores del Ayuntamiento, hasta las ocho y cuarto.

Deslauriers había despedido hacía tiempo a su damisela; y escribía sobre la mesa, en medio de la habitación. Hacia las cuatro, entró el señor de Cisy.

Gracias a Dussardier, la noche anterior se había puesto en relación con una señora; e incluso la había acompañado en coche, con su marido, hasta la puerta de su casa, donde le había dado cita. Salía de allí. Aquel nombre era desconocido.

—¿Qué quiere usted que haga? —dijo Frédéric.

Entonces el hidalgo se fue por los cerros de Úbeda; habló de la señorita Vatnaz, de la andaluza, y de todas las demás. Por fin, con muchas perífrasis, expuso el objeto de su visita; fiándose de la discreción de su amigo, iba para que le ayudase en una gestión, después de la cual se consideraría un hombre; y Frédéric no lo rechazó. Contó la historia a Deslauriers, sin decir la verdad sobre lo que le concernía personalmente.

El pasante encontró que «ahora iba muy bien». Esta atención a sus consejos aumentó su buen humor.

Era por ella por quien él había seducido, desde el primer día, a la señorita Clémence Davion, bordadora de oro para equipos militares, la más agradable persona que pudiese haber, y esbelta como una caña, con grandes ojos azules, continuamente llenos de asombro. El pasante abusaba de su candor, hasta hacerle creer que estaba condecorado; lucía en el ojal de su levita una cinta roja en sus entrevistas a solas, pero se la quitaba en público, para no humillar a su patrón, decía. Por lo demás, la mantenía a distancia, se dejaba acariciar como un pachá y la llamaba «hija del pueblo» por reír. Ella le llevaba cada vez un ramillete de violetas. Frédéric no hubiera querido un amor semejante.

Pero, cuando salían, cogidos del brazo, para ir de visita, a casa de Pinson o de Barillot, él sentía una singular tristeza. Frédéric no sabía cuánto había hecho sufrir a Deslauriers desde hacía un año, todos los jueves, cuando se cepillaba las uñas antes de ir a cenar a la calle de Choiseul.

Una tarde en que, desde lo alto de su balcón, acababa de verlos salir, vio de lejos a Hussonnet sobre el puente de Arcole. El bohemio se puso a llamarlo por señas, y Frédéric, después de haber bajado sus cinco pisos:

—Se trata de esto: el próximo sábado, 24, es la fiesta de Mme. Arnoux.

—¿Cómo, si se llama María?

—También Angela, ¡no importa! Se festejará en su casa de campo, en Saint-Cloud; estoy encargado de avisarle. Tendrá un coche a su disposición a las tres, en el periódico. Así que, ¡de acuerdo! Perdón por la molestia. Pero tengo tantas cosas que hacer.

Aún no había vuelto la espalda Frédéric cuando su conserje le entregó una carta: «El señor y la señora Dambreuse ruegan al señor F. Moreau les haga el honor de ir a cenar a su casa el sábado 24 del corriente. R. S. V. P.».

—Demasiado tarde —pensó.

Sin embargo, enseñó la carta a Deslauriers, el cual exclamó:

—¡Ah! ¡por fin! Pero no pareces contento, ¿por qué?

Frédéric después de vacilar un poco, dijo que tenía para el mismo día otra invitación.

—¡Hágame el favor de mandar a paseo la calle de Choiseul! Déjate de tonterías. Voy a contestar por ti, si no te molesta.

Y el pasante escribió una aceptación en tercera persona.

Como no había visto el mundo más que a través de la fiebre de sus ansias, se lo imaginaba como una creación artificial, que funcionaba en virtud de leyes matemáticas. Una cena fuera, el encuentro con un hombre situado, la sonrisa de una mujer hermosa podían, por una serie de acciones deducidas las unas de las otras, tener resultados gigantescos. Algunos salones parisinos eran como esas máquinas que toman la materia en estado bruto y la devuelven centuplicada de valor. Creía en las cortesanas que aconsejan a los diplomáticos, en los matrimonios ricos que se consiguen por intrigas, en el genio de los presidiarios, en la docilidad de la suerte manipulada por los fuertes. En fin, estimaba el trato de los Dambreuse tan útil, y habló tan bien que Frédéric no sabía a qué atenerse.

Como era la fiesta de Mme. Arnoux, no podía dejar de hacerle un regalo; pensó, naturalmente, en una sombrilla, a fin de reparar la torpeza que había tenido. Ahora bien, encontró una de seda tornasolada, con un pequeño mango de marfil cincelado que venía de China. Pero costaba ciento cinco francos y él no tenía un céntimo, pues vivía a créditos con un trimestre adelantado. Sin abrigo, él la quería, estaba empeñado en comprarla, y a pesar de que el gesto le repugnaba, recurrió a Deslauriers.

Deslauriers le contestó que no tenía dinero.

—Me hace falta —dijo Frédéric—, mucha falta.

—Podrías a veces...

—¿Qué?

—¡Nada!

El pasante había comprendido. Sacó de sus fondos la cantidad en cuestión y, después de entregársela moneda a moneda:

—¡No te reclamo recibo porque estoy viviendo a tus expensas!

Frédéric le saltó al cuello, con mil pruebas de afecto. Deslauriers permaneció frío. Después, al día siguiente, viendo la sombrilla sobre el piano:

—¡Ah!, ¡era para eso!

—Tal vez la devuelva —dijo cobardemente Frédéric.

La suerte le ayudó, pues recibió por la tarde una esquela orlada de negro en la que Mme. Dambreuse, anunciándole la pérdida de un tío, se disculpaba por tener que dejar para más adelante el placer de conocerle.

Llegó a las dos a la oficina del periódico. En vez de esperarlo para llevarlo en su coche, Arnoux había salido la víspera, no aguantando más su necesidad de aire libre.

Todos los años, al brotar las primeras hojas, durante varios días seguidos salía por la mañana, daba largas caminatas por el campo, tomaba leche en las granjas, se divertía con las campesinas, se informaba de las cosechas y llevaba semillas de lechuga en su pañuelo. Por fin, haciendo realidad un viejo sueño, se había comprado una casa de campo.

Mientras Frédéric hablaba al dependiente, apareció la señorita Vatnaz y se disgustó al no ver a Arnoux. Permanecería allí dos días más tal vez. El empleado le aconsejó que «fuese allá»; ella no podía ir; que escribiese una carta; temía que se perdiese; Frédéric se ofreció a llevarla en persona. Ella escribió una rápidamente y le hizo jurar que se la entregaría sin que nadie lo viera.

Cuarenta minutos después él llegaba a Saint-Cloud.

La casa, cien pasos más allá del puente, se encontraba en la mitad de la colina. Los muros del jardín estaban ocultos por dos filas de tilos, y un amplio prado se extendía hasta la orilla del río. Como la cancilla de la verja estaba abierta, Frédéric entró.

Arnoux, tendido sobre la hierba, jugaba con una camada de gatitos. Esta distracción parecía absorberle totalmente. La carta de la señorita Vatnaz le sacó de su torpor.

—¡Diablos! ¡Diablos! ¡Qué fastidio! Tengo que marchar.

Luego, después de haber guardado la carta en su bolsillo, se entretuvo en enseñarle su finca. Le mostró todo, la caballeriza, la cochera, la cocina. El salón estaba a la derecha y, del lado de París, daba a un mirador cargado con una clemátide. Pero, por encima de sus cabezas, resonaron unos gorgoritos. Mme. Arnoux, creyéndose sola, se divertía cantando. Hacía gamas, tríos, arpegios. Había notas largas que parecían mantenerse en suspenso: otras caían precipitadas, como las gotitas de una cascada; y su voz, atravesando la celosía, cortaba el gran silencio y subía hacia el cielo azul.

Cesó de pronto cuando se presentaron dos vecinos, el señor y la señora Oudry.

Luego ella misma apareció en lo alto de la escalinata; y, según bajaba los escalones, él entrevio su pie. Llevaba unos zapatitos escotados, de piel marrón con reflejos dorados, con tres presillas transversales que dibujaban sobre sus medias una especie de rejilla dorada.

Llegaron los invitados. Excepto el abogado Lefaucheur, los demás eran los invitados de los jueves. Cada uno llevaba su regalo: Dittmer, un echarpe sirio; Rosenwald, un álbum de romanzas; Burrieu, una acuarela; Sombaz, su propia caricatura, y Pellerin, un dibujo a carboncillo que representaba una danza macabra, espantosa fantasía de mediocre

ejecución; Hussonnet fue el único que no llevó regalo.

Frédéric esperó a que todos ofreciesen el suyo.

Ella se lo agradeció mucho. Entonces él dijo:

—¡Pero... si es casi una deuda! ¡Me disgusté tanto!

—¿Por qué? ¡No comprendo!

—La cena está servida —dijo Arnoux, cogiéndole por el brazo; después, al oído—: ¡Poco listo que es usted!

Nada era más agradable que el comedor, pintado de un color verde agua. En uno de los extremos, una ninfa de mármol mojaba la punta de su pie en un estanque en forma de concha. Por las ventanas abiertas se veía todo el jardín con el largo césped flanqueado por un viejo pino de Escocia casi sin hojas; macizos de flores la combaban de manera desigual; y, más allá del río, se extendían, en amplio semicírculo, el bosque de Bolonia, Neuilly, Sèvres, Meudon. Delante de la verja navegaba en zigzag una lancha de vela.

Primeramente hablaron del panorama que tenían delante, después del paisaje en general; y la conversación se animaba cuando Arnoux ordenó a su criado que enganchara el coche, hacia las nueve y media. Una carta de su contable le reclamaba en la ciudad.

—¿Quieres que vuelva contigo? —dijo Mme. Arnoux.

—¡Claro que sí! —y haciéndole una graciosa inclinación—: Usted sabe muy bien, señora, ¡que no se puede vivir sin usted!

Todos la felicitaron por tener tan buen marido.

—¡Ah!, pero es que no estoy sola —replicó suavemente, mostrando a su hijita.

Después, reanudando la conversación, hablaron de pintura, de un tal Ruysdael, de quien Arnoux esperaba ganancias considerables, y Pellerin le preguntó si era cierto que el famoso Saúl Matías de Londres había ido a ofrecerle veintitrés mil francos.

—Nada más cierto —y, volviéndose a Frédéric:

—¡Es precisamente el señor con quien paseaba el otro día en el Alhambra, muy a disgusto, se lo aseguro, pues esos ingleses no son divertidos!

Frédéric, sospechando en la carta de la señorita Vatnaz algunas historias de mujer, había admirado la facilidad del señor Arnoux para encontrar un pretexto honrado para largarse; pero su nueva mentira, totalmente inútil, le dejó con la boca abierta.

El comerciante añadió en tono sencillo:

—¿Cómo llama usted a ese joven alto amigo suyo?

—Deslauriers —dijo enseguida Frédéric.

Y para reparar las faltas que había cometido con él, lo ensalzó como una inteligencia superior.

—¡Ah!, ¿de verdad? Pues no parece tan buen chico como el otro, el empleado de la agencia de transportes.

Frédéric maldijo a Dussardier. Ella iba a pensar que él se relacionaba con gente ordinaria.

Después hablaron de cómo se hermoseaba la capital, de los barrios nuevos, y el bueno de Oudry llegó a citar entre los especuladores al señor Dambreuse.

Frédéric, aprovechando la ocasión de hacerse valer, dijo que lo conocía. Pero Pellerin lanzó una catilinaria contra los tenderos; vendedores de velas o usureros, para él todos eran iguales. Después, Rosenwald y Burrieu charlaron de porcelanas; Arnoux hablaba de jardinería con la señora Oudry; Sombaz, gracioso de la vieja escuela, se entretenía en hacer bromas a su marido; le llamaba Odry, como el actor; declaró que debía de descender de Oudry, el pintor de perros, pues la joroba de los animales se veía en su frente. Quiso incluso palparle la cabeza, el otro se defendía a causa de su peluca; y el postre terminó en carcajada.

Después de que tomaron café bajo los tilos y fumaron, dieron varias vueltas al jardín, y luego se fueron a pasear a lo largo del río.

El grupo se detuvo delante de un pescador que limpiaba anguilas en una pescadería. La señorita Marthe quiso verlas. El vació la caja sobre la hierba; y la niña se echó de rodillas para cogerlas, reía de placer, gritaba de miedo. Todas se perdieron. Arnoux las pagó.

Luego se les ocurrió dar un paseo en canoa.

Un lado del horizonte empezaba a palidecer mientras que por el otro se extendía en el cielo una ancha faja de color púrpura en la cima de las colinas, que estaban completamente negras. Mme. Arnoux permanecía sentada en una gran piedra con aquel gran resplandor de incendio a su espalda. Las otras personas andaban de acá para allá; Hussonnet, al borde del río, hacía rebotar piedras sobre el agua.

Arnoux regresó llevando una vieja chalupa en la que, a pesar de las recomendaciones más prudentes, apiló a sus invitados. La barca se hundía; hubo que desembarcar.

Ya había velas encendidas en el salón, todo tapizado de tela de Persia, con candelabros de cristal en las paredes. La señora Oudry dormía plácidamente en una butaca, y los demás escuchaban a M. Lefaveur, que disertaba sobre las glorias de la abogacía. Mme. Arnoux estaba sola en el hueco de la ventana. Frédéric se acercó a ella.

Hablaron de lo que se comentaba. Ella admiraba a los oradores; él prefería la gloria de los escritores. Pero se tenía que sentir, replicó ella, una mayor satisfacción en mover a las masas directamente uno mismo que en ver que se transmiten al alma de los demás todos

los sentimientos de la propia. Estos triunfos apenas tentaban a Frédéric, que no tenía ninguna ambición.

—¡Ah! ¿por qué? —dijo ella—. Hay que ser un poco ambicioso.

Estaban el uno cerca del otro, de pie, en el hueco de la ventana. La noche se extendía delante de ellos, como un inmenso velo oscuro punteado de plata. Era la primera vez que no hablaban de cosas insignificantes. Él llegó incluso a conocer sus antipatías y sus gustos: algunos perfumes le hacían daño, los libros le interesaban, ella creía en los sueños.

El abordó el capítulo de las aventuras sentimentales. Ella se quejaba de los desastres de la pasión, pero se sublevaba contra impurezas hipócritas; y esta rectitud de intención armonizaba tan bien con la belleza clásica de su rostro que parecía depender de ella.

A veces ella sonreía, posando sobre él su mirada un minuto. Entonces él sentía que aquellas miradas penetraban en su alma como esos grandes rayos de sol que descienden hasta el fondo del agua. Él la quería sin reservas, sin esperanza de ser correspondido, de una manera absoluta; y en estos mudos transportes, semejantes a impulsos de reconocimiento, hubiera querido cubrir su frente con una lluvia de besos. Sin embargo, un impulso interior le sacaba como fuera de sí; era un deseo de sacrificarse, una necesidad de entrega inmediata, y tanto más fuerte cuanto que no podía saciarla.

Él no marchó con los otros, Hussonnet tampoco. Tenían que regresar en el coche; y la americana esperaba delante de la escalinata cuando Arnoux bajó al jardín para coger rosas. Luego, habiendo atado el ramillete con un hilo, como los tallos sobresalían desiguales, buscó en el bolsillo, lleno de papeles, cogió uno al azar, las envolvió, remató su trabajo con un fuerte alfiler y se lo ofreció a su mujer con una cierta emoción.

—Toma, querida, perdóname por haberte olvidado.

Pero ella lanzó un pequeño grito; el alfiler, torpemente puesto, la había herido, y subió a su habitación. La esperaron cerca de un cuarto de hora. Por fin, reapareció, se cogió a Marta y se metió en el coche.

—¿Y tu ramillete? —dijo Arnoux.

—¡No, no! no vale la pena.

Frédéric corría para ir a cogerlo; ella le gritó:

—¡No quiero!

Pronto volvió con él, diciendo que acababa de envolverlo, pues había encontrado las flores en el suelo. Ella las metió en el bolso de cuero del asiento y partieron.

Frédéric, sentado al lado de ella, notó que temblaba horriblemente. Después, cuando pasaron el puente, como Arnoux giraba a la izquierda:

—¡Que no! ¡Te equivocas!, por allá, ¡a la derecha!

Parecía irritada; todo le molestaba. Por fin, como Marta se había quedado dormida, sacó el ramillete y lo echó por la portezuela, después cogió por el brazo a Frédéric haciéndole señas, con la otra mano, de que no hablase más del asunto.

Después, ella aplicó el pañuelo a sus labios y no se movió.

Los otros dos, en el asiento, hablaban de imprenta, de suscriptores. Arnoux, que conducía distraído, se perdió en el bosque de Bolonia. Entonces se metieron por pequeños caminos estrechos. El caballo iba al paso; las ramas de los árboles rozaban la capota. Frédéric no percibía de Mme. Arnoux más que sus dos ojos, en la sombra; Marta se había acostado en el regazo de su madre y él le sostenía la cabeza.

—¿Le cansa? —dijo su madre.

Él respondió:

—¡No! ¡Oh!, ¡no!

Se levantaban lentos remolinos de polvo; atravesaban Auteuil; todas las casas estaban cerradas, de vez en cuando una farola alumbraba la esquina de una pared, después volvieron a entrar en la oscuridad, las tinieblas; una vez la vio llorar.

¿Era un remordimiento?, ¿un deseo?, ¿qué era? Esta pena, que él no conocía, le preocupaba como cosa personal; ahora había entre ellos un nuevo lazo, una especie de complicidad; y le dijo con la voz más cariñosa que pudo:

—¿Sufre usted?

—Sí, un poco —replicó ella. El coche seguía su marcha y las madre selvas y las jeringuillas desbordaban los cierres de los jardines, echaban en la noche bocanadas de olores enervantes. Los numerosos pliegues de su vestido cubrían sus pies. Él creía estar comunicando con toda su persona por medio de aquel cuerpo de niña, extendido entre ellos. Se inclinó hacia la niña y, apartando sus hermosos cabellos castaños, la besó en la frente.

—Usted es bueno —dijo Mme. Arnoux.

—¿Por qué?

—Porque le gustan los niños.

—No todos.

No dijo nada más, pero extendió la mano izquierda de su lado y la dejó completamente abierta, imaginándose que ella iba a hacer, quizás como él y que encontraría la suya. Después tuvo vergüenza y la retiró.

Pronto llegaron al adoquinado. El coche iba más de prisa, las luces de gas se multiplicaron: era París. Hussonnet, delante del Guarda Muebles, saltó del asiento.

Frédéric esperó para bajar a que llegasen al patio; después se puso al acecho en la

esquina de la calle de Choiseuil y vio a Arnoux que subía despacio hacia los bulevares.

Desde el día siguiente se puso a estudiar con todas sus fuerzas.

Se veía en la audiencia, en una tarde de invierno, al final de las actuaciones, cuando los jurados están pálidos y el público expectante hace reventar las vallas de la sala; después de haber hablado durante cuatro horas, resumiendo todas sus pruebas, descubriendo otras nuevas y sintiendo a cada frase, a cada palabra, a cada gesto alzarse la cuchilla de la guillotina, suspendida detrás de él; después, en la tribuna de la Cámara, orador que lleva en sus labios la salvación de todo un pueblo, ahogando a sus adversarios con sus prosopopeyas, aplástandolos con una réplica, con rayos y entonaciones musicales en la voz irónica, patética, arrebatada, sublime. Ella estaría allí, en algún lugar, en medio de los demás, ocultando bajo el velo sus lágrimas de entusiasmo; se volverían a encontrar enseguida; y los desánimos, las calumnias no le alcanzarían si ella le dijese «¡Ah!, ¡qué hermoso es eso!» mientras le pasaba por la frente sus manos suaves.

Estas imágenes brillaban, como faros, en el horizonte de su vida. Su ánimo, excitado, se hizo más ligero y más fuerte. Se encerró hasta el mes de agosto y aprobó su último examen.

Deslauriers, que tanto le había insistido en que volviera a presentar él segundo examen al final de diciembre, y el tercero en febrero, se asombraba de su ardor. Entonces renacieron las viejas esperanzas. Dentro de diez años Frédéric tenía que ser diputado; dentro de quince, ministro; ¿por qué no? Con su herencia, que pronto iba a cobrar, podía, primeramente, fundar un periódico; éste sería el comienzo; después, ya se vería. Por su parte, él ambicionaba una cátedra en la Escuela de Derecho; y defendió su tesis tan brillantemente que mereció la felicitación de los profesores.

Frédéric pasó la suya tres días después. Antes de irse de vacaciones se le ocurrió organizar una gira campestre para clausurar las reuniones de los sábados.

Se mostró contento. Mme. Arnoux estaba ahora con su madre en Chartres. Pero él volvería a verla pronto, y acabaría siendo su amante.

Deslauriers, admitido el mismo día en la academia de prácticas de los jóvenes abogados de Orsay, había pronunciado un discurso muy aplaudido. Aunque era sobrio, se emborrachó, y a los postres dijo a Dussardier:

—¡Tú si que eres honrado! Cuando sea rico, te nombraré mi administrador.

Todo el mundo estaba contento; Cisy no terminaría su carrera de Derecho, Martinon iba a continuar sus prácticas en provincias, donde sería sustituto; Pellerin se disponía a pintar un gran cuadro que figuraba «El Genio de la Revolución»; Hussonnet, la semana siguiente, debía leer al director de Délassements el plan de una obra de teatro, y no dudaba del éxito.

—Pues la estructura del drama me la admiten. Las pasiones, he corrido bastante para

conocer bien el paño; en cuanto a los rasgos de ingenio, ¡es mi oficio!

Esta chiquillada no hizo gracia a Sénécal. Acababa de ser expulsado del colegio donde enseñaba por haber pegado al hijo de un aristócrata. Su miseria aumentaba, atacaba el orden social, maldecía a los ricos; y se desahogó con Regimbart, el cual estaba cada vez más desilusionado, entristecido, asqueado. El Ciudadano se interesaba ahora por las cuestiones presupuestarias y acusaba a la Camarilla de perder millones en Argelia.

Como no podía dormir sin hacer un alto en el cafetín Alexandre, desapareció a las once. Los otros se retiraron después; y Frédéric, al despedirse de Hussonnet, se enteró de que Mme. Arnoux debía haber llegado la víspera.

Así que fue al despacho de billetes a cambiar su plaza para el día siguiente, y, hacia las seis de la tarde, se presentó en su casa. El conserje le dijo que ella había aplazado su regreso una semana. Frédéric cenó solo, después vagabundó por los bulevares.

Unas nubes de color rosa en forma de chales se alargaban por encima de los tejados; empezaban a levantar los toldos de las tiendas; coches de riego derramaban una lluvia fina sobre el polvo, y un frescor inesperado se mezclaba a las emanaciones de los cafés que dejaban ver por sus puertas abiertas, entre cubiertos de plata y dorados, ramos de flores que se reflejaban en los altos espejos. La gente caminaba despacio. Había grupos de hombres hablando en medio de la acera; y pasaban mujeres con unos ojos lánguidos y ese tono de camelia que da a las carnes femeninas el cansancio de los grandes calores. Algo enorme se extendía, envolvía las casas. Nunca París le había parecido tan hermoso. No veía en su porvenir más que una interminable serie de años todos llenos de amor.

Pasó por delante del teatro de la Porte-Saint-Martin a mirar la cartelera; y, para matar su ocio, compró una entrada.

Representaban una vieja comedia de magia, había poco público; y, en los tragaluces del gallinero, la luz se recortaba en cuadraditos azules, mientras que los quinqués de las candilejas formaban una sola línea de luces amarillas. La escena representaba un mercado de esclavos en Pekín, con campanillas, tantanes, sultanes, gorros puntiagudos y retruécanos. Después, en el descanso de la función, anduvo por el saloncillo, solitario, y admiró en el bulevar al pie de la escalinata un gran lando verde, con los caballos blancos cuyas bridas sostenía un cochero de calzón corto.

Volvía a su localidad cuando, en el balcón, en el primer palco de proscenio entraron una señora y un señor. El marido tenía una cara pálida, cercada por un hilito de barba gris, la insignia de la Legión de Honor, y ese aspecto glacial que se atribuye a los diplomáticos.

Su mujer, veinte años por lo menos más joven que él, ni alta ni baja, ni fea ni guapa, llevaba su pelo rubio en tirabuzones a la inglesa, un vestido de corpiño liso y un amplio abanico de encaje negro. Para que gente de semejante clase hubiese venido al espectáculo en aquella temporada, había que suponer una casualidad o el aburrimiento de pasar una velada solos frente a frente. La dama mordisqueaba su abanico y el caballero bostezaba.

Frédéric no podía recordar dónde había visto aquella cara.

En el entreacto siguiente, atravesando un pasillo, los encontró a los dos; al esbozo de saludo que hizo el señor Dambreuse, al reconocerlo, le abordó y se disculpó inmediatamente de descuidos imperdonables. Era una alusión a las numerosas tarjetas de visita que Frédéric le había enviado a casa, siguiendo los consejos del pasante. Sin embargo, confundía las épocas, creyendo que Frédéric estaba en segundo año de Derecho. Después le dijo que le envidiaba por irse de vacaciones al campo. Él también necesitaría descansar, pero los negocios le retenían en París.

La señora Dambreuse, apoyada en su brazo, inclinaba ligeramente la cabeza; y su expresión viva y alegre contrastaba con la cara de pena de hacía un instante.

—Sin embargo, aquí, hay buenas distracciones —añadió ella a las últimas palabras de su marido—. ¡Qué espectáculo más tonto! ¿verdad, señor? —y los tres se quedaron de pie, charlando de teatro y de estrenos.

Frédéric, acostumbrado a las muecas de las burguesas de provincia, no había visto en ninguna mujer semejante desenvoltura de maneras, esa sencillez, que es un refinamiento, y en la que los ingenuos creen ver la expresión de una simpatía instantánea.

Contaban con él para cuando volviera; el señor Dambreuse le dio recuerdos para el tío Roque. Al volver a casa, Frédéric no dejó de contar esta acogida a Deslauriers.

—¡Estupendo! —replicó el pasante, y— ¡no te dejes enredar por tu madre! ¡Vuelve pronto!

Al día siguiente de su llegada, después de la comida, Mme. Moreau se fue con su hijo al jardín.

Se consideró feliz al verle con la carrera terminada, pues no eran tan ricos como creían; la tierra daba poco; los caseros pagaban mal; ella incluso se había visto obligada a vender el coche. En fin, le expuso la situación.

En los primeros apuros después de la muerte de su marido, un hombre astuto, el señor Roque, le había hecho préstamos de dinero, que fueron renovados en contra de su voluntad. Él había ido a reclamarlos de pronto y ella había tenido que aceptar sus condiciones, cediéndole a un precio irrisorio la finca de Presles. Diez años después, su capital desaparecía en la quiebra de un banquero, en Melun. Por horror a las hipotecas y para conservar apariencias útiles al porvenir de su hijo, como el tío Roque se presentaba de nuevo, ella lo había escuchado otra vez. Pero ahora no debía nada. En resumen, les quedaban aproximadamente unos diez mil francos de renta, de los cuales dos mil trescientos eran para él, ¡todo su patrimonio!

—¡No es posible! —exclamó Frédéric.

Ella hizo un movimiento de cabeza, significando que aquello era muy posible.

¿Pero su tío le dejaría algo?

¡Nada había menos seguro!

Y dieron una vuelta por el jardín, sin hablar. Por fin, ella lo estrechó contra su pecho y, con la voz ahogada en lágrimas:

—¡Ah, pobre hijo mío! ¡No sabes a cuántos sueños he tenido que renunciar!

Frédéric se sentó en el banco a la sombra de la gran acacia.

Lo que ella le aconsejaba era que se emplease de pasante del señor Prouharam, procurador judicial, el cual, más adelante, le cedería su bufete; si lo prestigiaba, podría venderlo y encontrar un buen partido.

Frédéric ya no oía. Miraba maquinalmente por encima del seto al otro huerto, en frente. Una niña de unos doce años, de pelo rojo, estaba allí, completamente sola. Se había hecho unos pendientes con sorbas; su corpiño de tela gris dejaba al descubierto sus hombros, un poco dorados por el sol; sobre su falda blanca había manchas de mermelada; y había como una gracia de joven salvaje en toda su persona, a la vez nerviosa y delicada. La presencia del desconocido le extrañaba, sin duda, pues se había detenido bruscamente, con su regadera en la mano clavándole sus pupilas de un verde azul límpido.

—Es la hija del señor Roque —dijo Mme. Moreau.

¡El acababa de casarse con su criada y de legitimar a su hija!

CAPÍTULO VI

¡Arruinado, despojado, perdido!

Se había quedado en el banco como atolondrado por una conmoción. Maldecía su suerte, habría querido pegar a alguien; y, para colmo de su desesperación, sentía pesar sobre él una especie de ultraje, un deshonor; pues Frédéric había imaginado que su herencia paterna alcanzaría un día quince mil libras de renta y se lo había dicho de una manera indirecta a los Arnoux. Iba, pues, a pasar por un fanfarrón y un bromista, ¡un oscuro picaro que se les había metido en casa esperando algún provecho! Y ella, Mme. Arnoux, ¿cómo volver a verla ahora?

Por otra parte, esto era completamente imposible, no teniendo más que tres mil francos de renta. No podía seguir viviendo en un cuarto piso, tener por criado al portero y presentarse con pobres guantes negros azulados por la punta, un sombrero grasiento, la misma levita todo el año. ¡No!, ¡no!, ¡nunca! Sin embargo, la vida sin ella le era insoportable. Muchos vivían bien sin tener fortuna, Deslauriers entre otros; y se acobardó de conceder tanta importancia a cosas mediocres. Tal vez la miseria centuplicase sus facultades. Se animó pensando en los grandes hombres que trabajaban en las buhardillas. Un alma como la de Mme. Arnoux tenía que emocionarse ante este espectáculo, y se enternecería. Así que esta catástrofe era una felicidad, después de todo; como esos terremotos que dejan tesoros al descubierto, le había revelado las riquezas ocultas de su naturaleza. Pero no existía en el mundo más que un solo lugar para explotarlas: ¡París!, pues en su mente, el arte, la ciencia y el amor (esas tres caras de Dios, como habría dicho Pellerin) dependían exclusivamente de la capital.

Por la noche declaró a su madre que volvería allí. Mme. Moreau se mostró sorprendida e indignada. Era una locura, un absurdo. Mejor le sería seguir sus consejos, es decir, quedarse a su lado, en un bufete. Frédéric se encogió de hombros: «¡Vamos!», considerando esta proposición como un insulto.

Entonces la buena señora empleó otro método. Con una voz tierna y con sollozos entrecortados, empezó a hablarle de su soledad, de su vejez, de los sacrificios que había hecho. Ahora que se sentía más desgraciada, él la abandonaba. Después, aludiendo a su próximo fin:

—¡Un poco de paciencia, por Dios! ¡Pronto estarás libre!

Estas lamentaciones se repitieron veinte veces al día durante tres meses; y, al mismo tiempo, los mimos del hogar le corrompían; gozaba teniendo una cama más blanda, toallas sin remendar, de manera que, vencido por la terrible fuerza de la suavidad, Frédéric se dejó llevar a casa del abogado Prouharam.

En el despacho no dio muestras ni de ciencia ni de aptitudes. Le habían considerado como un joven de grandes facultades, que iba a ser la gloria de la provincia. Fue una decepción pública.

Primero se había dicho: «Hay que avisar a Mme. Arnoux» y durante una semana había meditado cartas ditirámicas y cortas esquelas en estilo lapidario y sublime. El miedo a confesar su situación le detenía. Después pensó que era mejor escribir al marido. Arnoux tenía experiencia de la vida y sabría comprenderlo. Por fin, después de quince días de titubeos:

«¡Bah!, ¡no he de volver a verlos!, ¡que me olviden! Al menos no habré caído demasiado bajo en su recuerdo. Me creerán muerto, y me echarán de menos... tal vez».

Como las resoluciones extremas no le costaban mucho, se había jurado no volver nunca a París e incluso no saber de Mme. Arnoux.

Sin embargo, echaba de menos hasta el olor del gas y el jaleo de los ómnibus. Soñaba con todas las palabras que le habían dicho, con el timbre de su voz, con el brillo de sus ojos, y, considerándose como un hombre muerto, ya no hacía absolutamente nada.

Se levantaba muy tarde y miraba por la ventana los tiros de los coches que pasaban. Los seis primeros meses fueron abominables.

Algunos días, sin embargo, se sentía muy indignado consigo mismo. Entonces salía. Se iba por los prados, medio cubiertos en invierno por los desbordamientos del Sena. Hileras de chopos los separan. De vez en cuando se levanta un pequeño puente. Andaba errante, vagabundo hasta la noche pisando hojas secas, aspirando la bruma, saltando las zanjas; a medida que sus arterias latían con más fuerza, se dejaba vencer por deseos de acción furiosa; quería hacerse trampero en América, servir a un pachá en Oriente, embarcarse como marinero; y expresaba su melancolía en largas cartas a Deslauriers.

Este se esforzaba por abrirse paso. La conducta cobarde de su amigo y sus eternas lamentaciones le parecían estúpidas. Pronto dejaron de escribirse. Frédéric había dejado todos sus muebles a Deslauriers, que conservaba su apartamento. Su madre le hablaba de esto de vez en cuando; por fin, un día, él declaró que se los había regalado, y ella le estaba riñendo cuando él recibió una carta.

—¿Qué te pasa? —le dijo ella—, ¡estás temblando!

—No tengo nada —respondió Frédéric.

Deslauriers le informaba que había recogido a Sénécals; y desde hacía quince días

vivían juntos. ¡Así que Sénécal ahora gozaba de todas las cosas que procedían de casa de Arnoux! Podía venderlas, hacer comentarios sobre ellas, bromas. Frédéric se sentía herido hasta el fondo de su alma. Subió a su habitación. Tenía ganas de morir.

Su madre le llamó. Era para consultarle sobre una plantación en el huerto.

Este huerto, en forma de parque inglés, estaba dividido en el medio por un cierre de madera, y la mitad pertenecía al señor Roque, que tenía otro para las verduras a orilla del río. Los dos vecinos, enfadados, se abstendrían de aparecer por allí a las mismas horas. Pero, desde que Frédéric había vuelto, el buen señor se paseaba por él con más frecuencia y no escatimaba los cumplidos al hijo de la señora Moreau. Lo compadecía por vivir en una ciudad pequeña. Un día contó que la señora Dambreuse había preguntado por él. Otra vez, él se extendió sobre la costumbre de Champaña, de heredar título de nobleza desde el vientre de la madre.

—En aquella época usted habría sido un señor, pues su madre se apellidaba De Fouvens. Y por mucho que se diga, ¡vamos! ¡un nombre es algo! Después de todo —añadió, mirándolo con aire travieso— eso depende del ministro de Justicia.

Esta pretensión de aristocracia no iba bien a su persona. Como era de pequeña estatura, su gran levita marrón exageraba la longitud de su tórax. Cuando se quitaba la gorra, se veía una cara casi femenina con una nariz exageradamente puntiaguda; su pelo, de color amarillo, parecía una peluca; saludaba a la gente en voz muy baja, rozando las paredes.

Hasta los cincuenta años se había contentado con los servicios de Catherine, una lorenesa de la misma edad que él, marcada de viruela. Pero, hacia 1834, llevó de París a una guapa rubia con cara de cordero y «porte de reina». Pronto la vieron pavonearse con grandes pendientes, y todo se explicó por el nacimiento de una niña, que fue inscrita con los nombres de Elisabeth-Olympe-Louise Roque.

Catherine, celosa, esperaba odiar a esta niña. Por el contrario, la quiso. La rodeó de atenciones y de mimos, para suplantar a su madre y conseguir que la niña la odiase, empresa fácil, pues la señora Eléonore descuidaba por completo a la pequeña, prefiriendo pararse a charlar con los proveedores. Al día siguiente de su boda, fue a hacer una visita a la subprefectura, dejó de tutear a las criadas, y creyó que debía, por buen tono, mostrarse severa con su hija. Ella asistía a sus lecciones; el profesor, un viejo funcionario del ayuntamiento, no sabía cómo arreglárselas. La alumna se sublevaba, recibía bofetadas e iba a consolarse al regazo de Catherine, que invariablemente le daba la razón. Entonces las dos mujeres discutían, el señor Roque las hacía callar. Se había casado por amor a su hija y no quería que la hiciesen sufrir.

A menudo la niña llevaba un vestido blanco todo roto y un pantalón con adornos de encaje; y en las grandes fiestas salía vestida como una princesa para mortificar un poco a los burgueses, que impedían a sus hijos tratarla a causa de su nacimiento ilegítimo.

Ella vivía sola, en su huerta, se mecía en el columpio, corría detrás de las mariposas; después, de pronto, se paraba a contemplar las cetonias que caían sobre las cañas. Eran esos hábitos, sin duda, los que daban a su cara una expresión a la vez de audacia y de ensueño. Tenía la estatura de Marta, por otra parte, de modo que Frédéric le dijo en su segunda entrevista:

—¿Me permite que la bese, señorita?

La niña levantó la cabeza y respondió:

—Con mucho gusto.

Pero les separaba la valla de madera.

—Hay que subir por encima —dijo Frédéric.

—No, ¡ráptame!

Se inclinó por encima del seto y cogiéndola por el extremo de sus brazos la besó en las dos mejillas; después la volvió a poner en su huerta, por el mismo procedimiento, que se renovó las veces siguientes.

Sin más reserva que una niña de cuatro años, cada vez que oía venir a su amigo, corría a su encuentro, o bien, escondiéndose detrás de un árbol, lanzaba un ladrido de perro para asustarlo.

Un día que Mme. Moreau había salido, él la hizo subir a su habitación. La niña destapó los frascos de perfume y se perfumó el pelo abundantemente; luego, sin el menor reparo, se acostó en la cama donde permaneció tendida a todo lo largo, despierta.

—Me imagino que soy tu mujer —decía.

Al día siguiente la vio toda llorosa. Le confesó que «lloraba sus pecados» y, como él intentase conocerlos, ella le contestó bajando los ojos:

—No me preguntes más.

Se acercaba la primera comunión; la habían llevado por la mañana a confesarse.

El sacramento apenas la hizo más formal. A veces le entraban verdaderas cóleras; recurrían al señor Frédéric para calmarla.

A menudo él la llevaba consigo en sus paseos.

Mientras que él soñaba caminando, ella cogía amapolas a orilla de los trigales, y, cuando lo veía más triste que de costumbre, ella trataba de consolarle con palabras amables. Su corazón, sin amor, se refugió en esta amistad de niña, él le dibujaba muñecos, le contaba cuentos y empezó a hacerle lecturas.

Comenzó por la Anales románticos, una antología de verso y prosa entonces célebre. Luego, sin tener en cuenta su edad, tanto le encantaba su inteligencia, le leyó

sucesivamente *Atala*, *Cinq-Mars*, *Les feuilles d'automne*. Pero una noche (ella había oído *Macbeth* en la sencilla traducción de Letourneur) se despertó gritando: «¡La mancha!, ¡la mancha!». Sus dientes castañeteaban, temblaba, y, fijando unos ojos de espanto en su mano derecha, la frotaba diciendo: «¡Sigue habiendo una mancha!». Por fin, llegó el médico, que ordenó le evitasen las emociones.

Los burgueses no vieron en esto más que un pronóstico desfavorable para sus costumbres. Se decía que «el hijo de Moreau» quería hacer de ella más adelante una actriz.

Pronto se trató de otro acontecimiento, a saber, la llegada del tío Barthélemy. La señora Moreau le cedió su dormitorio y llevó su condescendencia hasta poner carne los días de abstinencia.

El viejo estuvo medianamente amable. Hacía perpetuas comparaciones entre El Havre y Nogent, cuya atmósfera encontraba pesada, el pan malo, las calles mal pavimentadas, la comida mediocre y los habitantes unos perezosos: «¡Qué comercio más pobre hay aquí!». Censuró las extravagancias de su difunto hermano, mientras que él había reunido veintisiete mil libras de renta. Por fin, al final de la semana, y en el estribo del coche, soltó estas palabras tranquilizadoras:

—Estoy muy contento de saber que estáis en buena posición.

—No heredarás nada —dijo la señora Moreau al volver a la sala.

Él había ido sólo porque le habían insistido; y durante ocho días, ella había hecho lo posible para que se franquease, de manera muy clara tal vez. Estaba arrepentida de haber actuado y permanecía en su sillón, la cabeza baja, los labios apretados. Frédéric, enfrente de ella, la observaba y los dos seguían callados, como hacía cinco años, al regreso de Montereau. Esta coincidencia al presentarse a su pensamiento, le recordó a Mme. Arnoux.

En este momento estallaron bajo la ventana unos latigazos, al mismo tiempo que alguien los llamaba.

Era el tío Roque, solo en su coche. Iba a pasar todo el día a la Fortelle e invitaba cordialmente a Frédéric a que lo acompañara.

—No necesita invitación conmigo, no se preocupe.

Frédéric tuvo ganas de aceptar. Pero ¿cómo explicaría su presencia en Nogent? No tenía traje de verano decente; en fin, ¿qué diría su madre?

Desde entonces, el vecino se mostró menos amistoso. Louise crecía. Madame Eléonore cayó enferma de cuidado; y el trato se enfrió, con gran satisfacción de la señora Moreau, temerosa de que tal amistad perjudicase la situación de su hijo.

Ella soñaba con comprarle el cargo de escribano del tribunal; Frédéric no hacía demasiados ascos a esta idea. Ahora, él la acompañaba a misa, jugaba por la noche su partida de imperial y se acostumbraba a la vida de pueblo, se metía en él; e incluso su

amor había adquirido una cierta tranquilidad fúnebre, una calma de modorra. A fuerza de haber derramado su dolor en sus cartas, de haberlo mezclado a sus lecturas, paseado por el campo, esparcido por todas partes, casi lo había agotado, secado de modo que Mme. Arnoux era para él como una difunta cuya tumba se extrañaba de no conocer, hasta tal punto este afecto se había vuelto tranquilo y resignado.

Un día, el 12 de diciembre de 1845, hacia las nueve de la mañana, la cocinera subió una carta a la habitación. La dirección, en grandes caracteres, era de una letra desconocida; y Frédéric, medio dormido, no se apuró a abrirla. Por fin, leyó:

Juzgado de Paz de El Havre, 3.^{er} distrito.

Señor:

Habiendo fallecido «ab intestato» su tío, el señor Moreau...

Él heredaba.

Como si hubiera estallado un incendio detrás de la pared, saltó de la cama, descalzo, en camisa; se pasó la mano por la cara, dudando de lo que veía, creyendo que seguía soñando, y para reafirmarse en la realidad, abrió la ventana de par en par.

Había nevado; los tejados estaban blancos; e incluso reconoció en el patio una tina de ropa que le había hecho tropezar la víspera por la noche.

Releyó la carta tres veces seguidas; nada más cierto, toda la fortuna del tío. Veinte mil libras de renta. Y un gozo frenético le conmovió ante la idea de volver a ver a Mme. Arnoux. Con la claridad de una alucinación, se vio al lado de ella, en su casa, llevándole algún regalo en papel de seda, mientras que su tílbury estacionaba a la puerta, no, un cupé más bien, con su criado de librea oscura; oía piafar el caballo y el ruido de la barbada confundiendo con el susurro de sus besos. Esto se renovarían todos los días, indefinidamente. Los recibiría en su casa; el comedor sería de cuero rojo, el saloncito de seda amarilla, divanes por todas partes, ¡y qué estanterías, qué jarrones de China! ¡qué alfombras! Estas imágenes se agolpaban de manera tan tumultuosa que sentía que la cabeza le daba vueltas. Entonces se acordó de su madre; y bajó sin soltar la carta de su mano.

La señora Moreau trató de contener su emoción y tuvo un desmayo. Frédéric la cogió en brazos y la besó en la frente.

—¡Madre buena, puedes rescatar ahora tu coche; ríe, no llores, sé feliz!

Diez minutos después la noticia circulaba hasta los barrios extremos. Entonces, Benoist, el señor Chamblin, el señor Chambion, todos los amigos acudieron. Frédéric desapareció un minuto para escribir a Deslauriers. Aparecieron otras visitas. Pasaron la tarde recibiendo felicitaciones. Olvidaban a la mujer de Roque, que ahora estaba «muy abajo».

De noche, cuando los dos estuvieron solos, la señora Moreau dijo a su hijo que le aconsejaba se estableciese de abogado en Troyes. Siendo más conocido en su tierra que en otro sitio, podría encontrar fácilmente partidos muy ventajosos.

—¡Ah!, eso es demasiado fuerte —exclamó Frédéric.

Apenas tenía la felicidad en sus manos, querían arrebatársela. Manifestó su resolución formal de vivir en París.

—¿Qué vas a hacer allí?

—¡Nada!

La señora Moreau, sorprendida de sus maneras, le preguntó qué quería ser.

—Ministro —replicó Frédéric.

Y afirmó que no bromeaba en absoluto, que pretendía dedicarse a la diplomacia, que sus estudios y su vocación le empujaban a ello. Entraría en el Consejo de Estado, con la protección del señor Dambreuse.

—¿Lo conoces, pues?

—¡Claro que sí!, por el tío Roque.

—¡Qué raro es esto! —dijo la señora Moreau.

Había despertado en el corazón de su madre sus viejos sueños de ambición. Ella se dejó llevar y no volvió a hablar de los otros.

Si hubiera hecho caso de su impaciencia, Frédéric habría marchado inmediatamente. Al día siguiente, todas las plazas de la diligencia estaban comprometidas. Tuvo que aguantarse hasta el otro día, a las siete de la tarde.

Se disponía a cenar, cuando sonaron en la iglesia tres campanadas, y la criada, al entrar, anunció que la señora Eléonor acababa de fallecer.

Esta muerte, después de todo, no era una desgracia para nadie, ni siquiera para su hija. La chica no dejaría de encontrarse mejor, más adelante.

Como las dos casas estaban pegadas, se oía un gran movimiento, un ruido de conversaciones; y el pensar que había un cadáver al lado de casa ponía un tinte fúnebre a su separación. La señora Moreau, por dos o tres veces, se enjugó las lágrimas. A Frédéric se le encogía el corazón.

Terminada la cena, Catherine lo detuvo en la puerta. La señorita quería verle a toda costa. Le esperaba en la huerta. Salió. Saltó el seto, y, tropezando un poco con los árboles, se dirigió a casa del tío Roque. En una ventana del segundo piso brillaban unas luces; después apareció una forma en las tinieblas y una voz susurró:

—¡Soy yo!

Le pareció más alta que de ordinario, a causa de su vestido negro, sin duda. No sabiendo cómo abordarla, qué decirle, se contentó con cogerle las manos, suspirando:

—¡Ah!, mi pobre Louise.

Ella no respondió. Lo miró profundamente durante mucho tiempo. Frédéric temía perder el coche; creía oír un ruido de ruedas allá lejos, y para terminar:

—Catherine me ha dicho que querías algo...

—Sí, es cierto quería decirle...

—Bueno, ¿qué?

—Ya no sé. Me he olvidado. ¿Es cierto que se marcha?

—Sí, ahora mismo, enseguida.

Ella repitió:

—¡Ah! ¿enseguida..., para siempre..., no nos volveremos a ver?

Los sollozos la ahogaban.

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Abrazame, pues!

Y lo estrechó entre sus brazos con arrebató.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

Cuando se vio instalado en su asiento, en el cupé, al fondo de su compartimiento, y la diligencia se puso en marcha, arrastrada por los cinco caballos que salieron pitando a la vez, sintió que una especie de embriaguez le inundaba. Como un arquitecto que hace el plano de un palacio, programó su vida. La llenó de exquisiteces y de esplendores, subía hasta el cielo; allí aparecía una prodigalidad de cosas, y su contemplación era tan profunda que los objetos exteriores habían desaparecido.

Al pie de la cuesta de Sourdun se dio cuenta de dónde estaban. No habían hecho más que cinco kilómetros a lo sumo, Frédéric se indignó. Bajó la ventanilla para ver la carretera. Preguntó varias veces al cochero cuánto tiempo faltaba exactamente para llegar. Entretanto se calmó, y seguía en su rincón con los ojos abiertos.

La linterna colgada en el asiento del postillón alumbraba las grupas de los caballos de varas. Más allá no veía nada más que las crines de los otros caballos que ondulaban como olas blancas; sus resoplidos formaban una neblina a cada lado del tiro; las cadenas de hierro sonaban, los cristales temblaban en sus bastidores; y el pesado coche rodaba sobre el pavimento a una marcha uniforme. De vez en cuando se distinguía la pared de un granero, o bien una posada completamente sola. A veces, pasando por los pueblos, el horno de un panadero proyectaba fulgores de incendio, y la silueta monstruosa de los caballos corría sobre la casa de enfrente. En los relevos, después de desenganchar, se hacía un gran silencio durante un minuto. Alguien pateaba arriba, en la baca, mientras que en el umbral de una puerta una mujer, de pie, protegía una vela con su mano. Después el cochero saltaba al estribo y la diligencia reanudaba la marcha.

En Mormans se oyeron las campanadas de la una y cuarto.

—Ya es hoy —pensó—, hoy mismo, dentro de poco.

Pero, poco a poco, sus esperanzas y sus recuerdos, Nogent, la calle de Choiseul, Mme. Arnoux, su madre, todo se confundía.

Un sordo ruido de tablas le despertó, atravesaban el puente de Charenton, era París. Entonces, sus dos compañeros, quitándose uno la gorra, el otro el pañuelo, se pusieron el sombrero y empezaron a hablar. El primero, un hombre gordo y colorado, con levita de terciopelo, era un negociante; el segundo iba a la capital a consultar a un médico, y,

temiendo haberle molestado durante la noche, Frédéric le pidió espontáneamente disculpas, hasta tal punto la felicidad había enternecido su corazón.

Como el andén de la estación estaba anegado, sin duda, continuaron recto y se encontraron de nuevo en el campo. A lo lejos humeaban altas chimeneas de fábricas. Después giraron en Ivry. Subieron una calle; de pronto percibió la cúpula del Panteón.

La llanura, revuelta, parecía un campo de ruinas. El recinto de las fortificaciones le hacía un saliente horizontal; y sobre los arcones de tierra que bordeaban la carretera había pequeños árboles sin ramas protegidos por listones erizados de clavos. Establecimientos de productos químicos alternaban con almacenes de tratantes de maderas. Altas puertas, como las que hay en las granjas, dejaban ver, por sus batientes entreabiertos, el interior de innobles patios llenos de inmundicias, con charcos de agua sucia en el medio. Largas tabernas color sangre de buey ostentaban en el primer piso, entre las ventanas, dos tacos de billar en forma de aspa en una corona de flores pintadas; aquí y allí, una casucha de yeso a medio hacer estaba abandonada. Después la doble fila de casas ya no se interrumpía; y sobre la desnudez de sus fachadas, se destacaba, de tarde en tarde, un gigantesco cigarro de latón, para indicar un estanco. Placas de comadronas representaban a una matrona, de cofia, meciendo un rorro en una colcha guateada, con adornos de encaje. Las esquinas de las paredes estaban cubiertas de carteles casi todos rotos que se agitaban al viento como harapos. Pasaban obreros en guardapolvos, carromatos de cerveceros, furgones de lavanderas y carretas de carniceros; caía una lluvia fina, hacía frío, el cielo estaba pálido, pero dos ojos, que para él eran dos soles, resplandecían entre la bruma.

Estuvieron mucho tiempo parados en el fieltro, pues hueveros, carreteros y un rebaño de corderos producían un atasco. El centinela, con la capucha hacia adelante, se paseaba ante su garita para calentarse. El consumero subió a la imperial y se oyeron los sonos de una banda de cornetas. Bajaron el bulevar a trote ligero, sacudiendo los balancines y ondulando las correas del tiro. La tralla del largo látigo restallaba en el aire húmedo. El cochero lanzaba un grito sonoro: «¡Fuego, fuego!, ¡arre!», y los barrenderos se apartaban, los peatones daban un salto atrás, el barro salpicaba contra las ventanillas, se cruzaban con volquetes, cabriolés, ómnibus. Por fin, apareció la verja del Jardín Botánico.

El Sena, amarillento, llegaba casi al tablero de los puentes. Una fresca brisa se desprendía de él. Frédéric la aspiró con todas sus fuerzas saboreando ese buen aire de París, que parece contener efluvios amorosos y emanaciones intelectuales; sintió enternecerse al ver el primer simón. Y le gustaba hasta el umbral de los vendedores de botellas de vino envueltas en paja, hasta los limpiabotas con sus cajas, hasta los dependientes de ultramarinos que daban vueltas al tostador de café. Pasaban mujeres con paso menudo y ligero tapadas con sus paraguas, él se inclinaba para verles la cara; por casualidad podía ocurrir que Mme. Arnoux fuese una de ellas.

Desfilaban las tiendas, aumentaba la gente, el ruido se hacía más fuerte. Después del

muelle San Bernardo, el muelle de la Tournelle y el muelle Montebello, tomaron el muelle Napoleón; quiso ver las ventanas, estaban lejos. Luego volvió a atravesar el Sena por el Pont-Neuf, bajaron hasta el Louvre, y, por las calles Saint-Honoré, Croix-des-Petits-Champs y del Boulois, llegaron a la calle Coq-Héron, y entraron en el patio del hotel.

Para prolongar su placer, Frédéric se vistió con toda la parsimonia, e incluso se trasladó a pie al bulevar Montmartre; sonreía a la idea de volver a ver enseguida, sobre la placa de mármol, el nombre querido, levantó los ojos. Y a no había ni vitrinas, ni cuadros, ¡ni nada!

Corrió a la calle de Choiseul. Los señores Arnoux no vivían allí, y una vecina guardaba la portería; Frédéric la esperó; por fin, apareció el portero, ya no era el mismo. No sabía las señas de los Arnoux.

Frédéric entró en un café, y, mientras desayunaba, consultó el Almanaque del Comerciante. Había trescientos Arnoux, ¡pero ningún Jacques Arnoux! ¿Dónde vivían? Pellerin tenía que saberlo.

Se trasladó hasta la cabecera del *faubourg* Poissonnière, a su taller.

Como la puerta no tenía campanilla ni martillo, dio grandes puñetazos, llamó, gritó. No tuvo más respuesta que el vacío.

Pensó después en Hussonnet. Pero ¿dónde descubrir a tal hombre? Una vez, él los había acompañado hasta la casa de su amante, calle de Fleurus. Cuando llegó a la calle de Fleurus, Frédéric se dio cuenta de que no sabía el nombre de la señorita.

Recurrió a la Prefectura de Policía. Subió y bajó escaleras, anduvo de despacho en despacho. El de información estaba cerrando. Le dijeron que volviese al día siguiente.

Después entró en todas las tiendas de cuadros que pudo descubrir, para saber si conocían a Arnoux. El señor Arnoux no se dedicaba ya al comercio.

Por fin, desanimado, agotado, enfermo, regresó a su hotel y se acostó. En el momento en que se metía entre las sábanas una idea le hizo saltar de gozo:

—¡Regimbart!, ¡qué imbécil soy por no haber pensado en él!

Al día siguiente, a las siete, llegó a la calle Notre-Dame-des-Victoires, delante de la tienda de un aguardentero donde Regimbart acostumbraba a tomar el vino blanco. Aún no estaba abierto; dio una vuelta por las proximidades, y, al cabo de media hora, se presentó de nuevo. Regimbart acababa de salir, Frédéric se lanzó a la calle. Creyó incluso percibir a lo lejos su sombrero; un coche fúnebre y coches de acompañamiento se interpusieron. Pasado el atasco, la visión había desaparecido.

Afortunadamente, recordó que el Ciudadano almorzaba todos los días a las once en un pequeño restaurante de la plaza Gaillon. Era sólo cuestión de paciencia; y después de un interminable vagabundear de la Bolsa a la Magdalena, y de la Magdalena al Gimnasio,

Frédéric a las once en punto entró en el restaurante de la plaza Gaillon seguro de encontrar allí a su Regimbart.

—No le conozco —dijo el fogonero en un tono arrogante.

Frédéric insistía; el otro repuso:

—Ya no le conozco, señor —arqueando las cejas majestuosamente y haciendo unos movimientos de cabeza que revelaban un misterio.

Pero, la última vez que se habían visto, el Ciudadano había hablado del cafetín Alexandre. Frédéric tragó un bollo y, saltando a un cabriolé, preguntó al cochero si no había en alguna parte, en lo alto de Santa Genoveva, un cafetín llamado Alexandre. El cochero le llevó a la calle de Francs Bourgeois-Saint-Michel a un establecimiento de aquel nombre, y a su pregunta: «¿el señor Regimbart, por favor?» el cafetero le contestó, con una sonrisa supergraciosa:

—Todavía no lo hemos visto, señor —mientras echaba a su esposa, sentada en el mostrador, una mirada de inteligencia.

E inmediatamente, mirando el reloj:

—Pero lo tendremos, espero, dentro de unos diez minutos, un cuarto de hora a lo sumo. ¡Celestina, pronto!, ¡los periódicos!

—¿Qué desea tomar el señor?

Aunque no tenía ganas de nada, Frédéric tomó una copa de ron, después una copa de *kirsch*, luego una de curaçao, después diferentes *grog*s tanto fríos como calientes. Leyó todo el *Siècle* del día y lo releyó; examinó hasta los granos del papel, la caricatura del *Charivari*; al final se sabía de memoria los anuncios. De vez en cuando resonaban pisadas en la acera, ¡era él! y la silueta de alguien se perfilaba sobre las baldosas; pero aquello seguía su camino.

Para distraerse, Frédéric cambiaba de sitio; se fue a poner al fondo, después a la derecha, luego a la izquierda; y seguía en medio de la banqueta, con los brazos extendidos. Pero un gato, pisando delicadamente el terciopelo del respaldo, le daba sustos saltando de pronto para lamer las manchas de jarabe de la bandeja; y el niño de la casa, un insoportable crío de cuatro años, jugaba con una carraca en los escalones del mostrador. Su mamá, una pobre mujer de dentadura estropeada, sonreía con aire estúpido. ¿Qué estaría haciendo Regimbart? Frédéric lo esperaba sumido en una desesperación sin límites.

La lluvia sonaba como granizo sobre la capota del cabriolé. Por la rendija de la cortina de muselina veía en la calle el pobre caballo, más inmóvil que un caballo de madera. El arroyo, que se había hecho enorme, corría entre dos radios de las ruedas, y el cochero, tapándose con la manta, dormitaba; pero, temiendo que su cliente le esquivara, de vez en cuando entreabría la puerta, chorreando como un río; y si las miradas pudieran gastar las

cosas, Frédéric habría derretido el reloj a fuerza de no quitarle el ojo de encima. Seguía funcionando, sin embargo. El Señor Alexandre se paseaba a lo largo y a lo ancho, repitiendo: «Va a venir, ¡vamos! ¡va a venir!» y, para distraerle, le pronunciaba discursos, hablaba de política. Llegaba incluso su amabilidad a proponerle una partida de dominó.

Por fin, a las cuatro y media, Frédéric, que llevaba allí desde el mediodía, se levantó de un salto declarando que no esperaba más.

—No entiendo nada yo mismo —respondió el cafetero con aire cándido—, es la primera vez que falta el señor Ledoux.

—¿Cómo el señor Ledoux?

—Pues sí, señor.

—He dicho señor Regimbart —replicó Frédéric desesperado.

—¡Ah, mil disculpas!, ésta usted equivocado. ¿Verdad, señora Alexandre, que el señor ha dicho señor Ledoux?

Y dirigiéndose al camarero:

—¿Usted mismo lo ha oído como yo?

Para vengarse de su amo, sin duda, el camarero se contentó con sonreír.

Frédéric hizo que le llevaran por los bulevares, indignado por el tiempo perdido, furioso contra el Ciudadano, implorando su presencia como la de un dios, y muy resuelto a sacarlo del fondo de las bodegas más lejanas. Su coche le ponía nervioso, lo despidió; sus ideas se le confundían en la cabeza; después todos los nombres de cafés que había oído pronunciar a aquel imbécil brotaron a un tiempo de su memoria, como las mil piezas de un fuego de artificio: café Gaspard, café Grimbert, café Halbout, cafetín Bordelais, Havanaís, Havrais, Boeuf-à-la-mode, Cervecería Alemana, Mère Morel, y se trasladó uno detrás de otro, a todos ellos. Pero en uno Regimbart acababa de salir; en otro, quizás iría; en un tercero, no lo habían visto desde hacía seis meses; en otro, había encargado ayer una pierna de cordero para el sábado. Por fin, en casa de Vautier, vendedor de refrescos, Frédéric, tropezando con el camarero:

—¿Conoce usted al señor Regimbart?

—¿Cómo que si le conozco, señor? Soy yo quien tiene el honor de servirle. ¡Está arriba; acaba de cenar!

Y con la servilleta bajo el brazo, el dueño del establecimiento en persona le abordó:

—¿Pregunta usted por el señor Regimbart, señor? Estaba aquí hace un momento.

Frédéric lanzó un juramento, pero el heladero dijo que lo encontraría con seguridad en casa del señor Bouttevilain.

—¡Le doy mi palabra de honor!, salió un poco antes que de costumbre, pues tiene una

reunión de negocios con unos señores. Pero lo encontrará, le repito, en casa de Bouttevilain, calle Saint-Martin, 92, segunda escalera, a izquierda, al fondo del patio, entresuelo, puerta derecha.

Por fin, lo percibió a través del humo de la pipa, solo, al fondo de la trastienda, después del billar, con un *bock* de cerveza delante, la cabeza baja y en actitud meditativa.

—¡Ah!, hace mucho tiempo que le buscaba a usted.

Sin alterarse, Regimbart le tendió dos dedos solamente, y como si lo hubiera visto la víspera, pronunció varias frases insulsas sobre la apertura de la temporada.

Frédéric le interrumpió, diciéndole, en el tono más natural que pudo:

—¿Arnoux está bien?

La respuesta tardó en llegar. Regimbart hacía gárgaras con el líquido:

—Sí, bastante bien.

—¿Dónde vive ahora?

—Pues... en la calle Paradis-Poissonnière —contestó el Ciudadano extrañado.

—¿Qué número?

—Treinta y siete, ¡demonio!, ¡qué raro es usted!

Frédéric se levantó.

—¡Cómo! ¿Se marcha?

—Sí, sí, tengo que hacer un recado que se me olvidaba. ¡Adiós!

Frédéric se fue del cafetín a casa de Arnoux como transportado por un viento tibio y con la movilidad extraordinaria que se experimenta en los sueños.

Pronto se encontró en un segundo piso, delante de una puerta cuya campanilla sonaba; apareció una sirvienta; se abrió una segunda puerta; Mme. Arnoux estaba sentada al lado del fuego. Arnoux dio un salto y lo abrazó. Ella tenía sobre sus rodillas a un niño de tres años más o menos; su hija, ahora tan alta como ella, estaba de pie, al otro lado de la chimenea.

—Permítame que le presente a este señor —dijo Arnoux, tomando a su hijo por los sobacos.

Y se entretuvo unos minutos en hacerle saltar al aire, muy alto, para recogerlo en la punta de sus brazos.

—¡Lo vas a matar! ¡Ah! ¡Dios mío!, ¡acaba ya! —exclamaba Mme. Arnoux.

Pero Arnoux, jurando que no había peligro, continuaba e incluso le decía mimos en dialecto marsellés, su habla natal: «¡Ah!, brave pichoun, mon poulit rossignolet». Después

preguntó a Frédéric por qué había estado tanto tiempo sin escribirles, qué había hecho allá, qué es lo que le llevaba.

—Yo ahora, mi querido amigo, me dedico al comercio de la cerámica. Pero hablemos de usted.

Frédéric alegó un largo proceso, la salud de su madre; insistió mucho en ello, a fin de hacerse interesante. En resumen, se establecía en París, esta vez definitivamente; y no dijo nada de la herencia, por miedo a perjudicar su pasado.

Las cortinas, como los muebles, eran de damasco de lana marrón, junto a la almohada había dos cojines juntos; sobre las brasas se calentaba un recipiente; y la pantalla de la lámpara puesta en el borde de la cómoda oscurecía la habitación. Mme. Arnoux vestía una bata de casa de merino azul fuerte. Con la mirada vuelta hacia las brasas y una mano en el hombro del niño, con la otra deshacía el lazo de la camisita mientras el crío en camisa lloraba sin dejar de rascarse la cabeza como el hijo del señor Alexandre.

Frédéric esperaba encontrar expresiones de gozo; pero, las pasiones se marchitan cuando se alejan, y, al no encontrar a Mme. Arnoux en el ambiente en que la había conocido, le parecía que ella había perdido algo, que había sufrido una especie de degradación, en fin, que no era la misma. La calma de su corazón lo dejaba estupefacto. Preguntó por antiguos amigos, por Pellerin entre otros.

—No lo veo mucho —dijo Arnoux.

Ella añadió:

—No recibimos como antes.

¿Era para darle a entender que no le harían ninguna invitación? Pero Arnoux, prosiguiendo en tono cordial, le reprochó que no hubiese ido a cenar con ellos, sin avisar; y explicó por qué había cambiado de actividad.

—¿Qué quiere que haga en una época de decadencia como la nuestra? La gran pintura ha pasado de moda. Además, se puede poner arte por todas partes. Mire usted, a mí me gusta lo Bello; tendré que llevarle un día de éstos a mi fábrica.

Y quiso enseñarle inmediatamente algunos de los productos que tenía en su almacén, en el entresuelo.

Las fuentes, las soperas, los platos y las palanganas atestaban el suelo. Al lado de las paredes se levantaban anchas baldosas de pavimento para cuartos de baño y lavabos, con temas mitológicos estilo Renacimiento, mientras que una doble estantería que llegaba al techo contenía recipientes para el hielo, macetas, candelabros, pequeños maceteros y grandes figuras polícromas que representaban a un negro o a una pastora estilo Pompadour. Las explicaciones de Arnoux aburrían a Frédéric, que tenía frío y hambre.

Corrió al Café Inglés, donde cenó espléndidamente, y, mientras comía, se decía:

—Qué bien estaba allá con mis penas. Apenas me ha reconocido, ¡qué aburguesada!

Y en una repentina explosión de salud, tomó resoluciones heroicas. Sentía el corazón duro como la mesa en que apoyaba sus codos. Así que, ahora, podía lanzarse en medio del mundo, sin miedo. Se le ocurrió la idea de los Dambreuse, se serviría de ellos. Después se acordó de Deslauriers. «Ah, a fe mía, mala suerte». Entretanto le mandó una nota con un recadero, en la que le citaba al día siguiente en el Palais Royal para cenar juntos.

A Deslauriers la suerte no le había sido tan favorable.

Se había presentado a la oposición de cátedra con una tesis «Sobre el derecho de testar» en la que sostenía que se debía restringir todo lo posible; y, como su oponente le incitase a decir tonterías, había dicho muchas, sin que el tribunal rechistase. Después la casualidad había querido que sacase en suerte, como tema de lección, la Prescripción. Entonces, Deslauriers se había explayado en teorías deplorables: las viejas disputas debían presentarse lo mismo que las nuevas; ¿por qué el propietario se vería privado de sus bienes por no poder presentar sus títulos sino después de pasados treinta y un años? Era dar la seguridad del hombre honrado al heredero del ladrón enriquecido. Todas las injusticias se consagraban por una extensión de este derecho, que era la tiranía, el abuso de la fuerza. Incluso llegó a exclamar:

—¡Abolirlo!; y los francos ya no pesarán sobre los galos, los ingleses sobre los negros, Polonia...

El Presidente le había interrumpido:

—¡Bien!, ¡bien!, ¡señor!, no tenemos que ver con sus opiniones políticas, volverá a presentarse en la próxima convocatoria.

Deslauriers no había querido presentarse de nuevo. Pero ese desgraciado título xx del libro III del Código Civil se había convertido para él en una montaña de obstáculos. Elaboraba una gran obra sobre «La prescripción, considerada como base del derecho civil y del derecho natural de los pueblos» y se había perdido en Dunod, Rogerius, Balbus, Merlin, Vazeille, Savigny, Troplong y otras muchas lecturas importantes. Para poder hacerlo con más comodidad, había dejado el cargo de primer oficial de notario. Vivía de clases, fabricando tesis; y en las reuniones de los jóvenes abogados asustaba por su virulencia contra el Partido Conservador a todos los jóvenes doctrinarios, discípulos del señor Guizot, de tal modo que tenía, en ciertos ambientes, una especie de celebridad con alguna mezcla de desconfianza.

Llegó a la cita, vestido con un gran paletó forrado de franela roja como el que tenía antes Senecal.

El respeto humano, a causa del público que pasaba, les impidió darse un abrazo prolongado, y fueron hasta casa de Véfour, cogidos del brazo, riéndose a gusto, con una lágrima en el fondo de los ojos. Luego, cuando estuvieron solos, Deslauriers exclamó:

—¡Ah!, ¡caramba!, ahora sí que vamos a pasárnoslo bien.

A Frédéric no le gustó esta manera de asociarse inmediatamente a su fortuna. Su amigo daba muestras de demasiada alegría para los dos juntos y no bastante para él solo.

Luego, Deslauriers contó su fracaso, y poco a poco sus trabajos, su existencia, hablando de sí mismo estoicamente y de los otros con acritud. Todo le disgustaba. Ni un hombre situado que no fuese un cretino o un canalla. Por un vaso mal lavado se enfadó con el camarero, y, al reproche anodino de Frédéric:

—Como si fuera a molestarme por semejantes individuos, que ganan hasta unos seis u ocho mil francos al año, que son electores, elegibles tal vez. ¡Ah!, ¡no, no!

Después, en tono festivo:

—Pero me olvido de que estoy hablando a un capitalista, a un Mondor, ¡pues tú ahora eres un Mondor!

Y volviendo sobre la herencia, expuso esta idea: que las sucesiones colaterales, cosa injusta en sí misma, aunque se alegrase de ésta, serían abolidas, uno de aquellos días, en la próxima revolución.

—¿Tú crees? —dijo Frédéric.

—Cuenta con ello —le respondió—. ¡Esto no puede durar!, ¡se sufre demasiado! Cuando veo en la miseria a gente como Senecal...

¡Siempre Senecal!, pensó Frédéric.

—¿Qué hay de nuevo, por lo demás? ¿Sigues enamorado de Mme. Arnoux? ¿Se te ha pasado, eh?

Frédéric, sin saber qué contestar, cerró los ojos bajando la cabeza.

A propósito de Arnoux, le contó que su periódico pertenecía ahora a Hussonnet, el cual lo había transformado. Se llamaba «*El Arte*, instituto literario, sociedad por acciones de cien francos cada una, capital social: cuarenta mil francos» con la facultad para cada accionista de tirar allí su original; pues «la sociedad tiene como objetivo publicar las obras de los debutantes, ahorrar el talento, el genio tal vez, las crisis dolorosas que aplastan, etc.»..., «¡ya ves qué broma!». Sin embargo, había que hacer algo, y era elevar el tono de dicha hoja; luego, de pronto, conservando los mismos redactores y prometiendo continuar el folletín, ofrecer a los suscriptores un periódico político; las inversiones no serían muy grandes.

—¿Qué piensas de ello, vamos?, ¿quieres ponerte a trabajar?

Frédéric no rechazó la oferta. Pero había que esperar a que resolviera sus problemas.

—Entonces, si necesitas algo...

—¡Gracias, chico! —dijo Deslauriers.

Después fumaron unos puros, con los codos apoyados en el terciopelo del antepecho de la ventana. Lucía el sol, la temperatura era suave, bandadas de pájaros revoloteaban, se abatían en el jardín; las estatuas de bronce y de mármol, lavadas por la lluvia, relucían; criadas de delantal charlaban sentadas en sillas; y se oían las risas de los niños, que se confundían con el murmullo continuo que hacía el chorro del surtidor.

Frédéric estaba preocupado por el desánimo de Deslauriers; pero, bajo el efecto del vino que circulaba por sus venas, medio dormido, amodorrado y recibiendo la luz en plena cara, no sentía sino un inmenso bienestar, voluptuosamente estúpido, como una planta saturada de calor y de humedad. Deslauriers, con los párpados medio cerrados, miraba a lo lejos vagamente. Se le ensanchaba el pecho y empezó a decir:

—¡Ah!, era más hermoso cuando Camille Desmoulins, subido a una mesa, animaba al pueblo a ir a la Bastilla. Aquello era vivir, uno podía probar su fuerza. Simples abogados mandaban a generales, descamisados pegaban a los reyes, mientras que ahora...

Calló, luego de pronto:

—¡Bah!, el futuro no está claro.

Y redoblando con los dedos sobre los cristales, declamó estos versos de Barthélémy:

Volverá la terrible Asamblea.

Que cuarenta años después sigue inquietándonos.

Coloso que camina sin miedo con paso poderoso.

—Ya no sé cómo sigue. Pero es tarde. ¿Si nos fuéramos?

Y continuó, en la calle, exponiendo sus teorías.

Frédéric, sin hacerle caso, observaba en el escaparate de las tiendas las telas y los muebles que iban bien para su apartamento; y fue quizá pensar en Mme. Arnoux lo que le hizo pararse en el escaparate de un chamarilero ante tres platos de porcelana. Estaban decorados con arabescos amarillos, con reflejos metálicos, y valían a cien escudos la pieza. Mandó que se los reservaran.

—Yo, en tu lugar —dijo Deslauriers—, me compraría más bien plata —desvelando, por esa afición a lo fastuoso, la humildad de sus propios orígenes.

Cuando se encontró solo, Frédéric se fue a casa del célebre Pomadère, donde se encargó tres pantalones, dos fracs, una pelliza de forro y unos chalecos; después se fue a ver a un zapatero, a un camisero y a un sombrerero, ordenando en cada tienda que se diesen la mayor prisa posible.

Tres días después, por la tarde, a su regreso de El Havre, encontró en casa un guardarropa completo; e impaciente por usarlo decidió hacer una visita a los Dambreuse. Pero era demasiado pronto, apenas las ocho.

Arnoux, solo, estaba afeitándose ante un espejo. Le propuso llevarlo a un sitio donde se divertiría, y, al oír el nombre de Dambreuse:

—¡Ah!, eso está bien. Allí verá a amigos suyos, venga, que nos divertiremos.

Frédéric se excusaba; Mme. Arnoux reconoció su voz y le saludó a través del tabique, pues su hija estaba indispuesta, y ella tampoco se encontraba bien; y se oía el ruido de una cuchara contra un vaso, y todo ese movimiento de cosas que se hace en la habitación de un enfermo. Después Arnoux desapareció para decir adiós a su mujer. Le fue acumulando razones:

—Bien sabes que esto es serio. Es preciso que vaya, necesito ir, me esperan.

—¡Vete, amigo mío! ¡Diviértete!

Arnoux llamó un coche.

—Palais Royal, galería Montpensier, 7.

Y, dejándose caer sobre los cojines:

—¡Ah!, qué cansado estoy, querido, ya no puedo más. Por otra parte, a usted se lo puedo decir.

Se acercó a su oído misteriosamente.

—Intento descubrir el secreto del rojo de cobre de los chinos.

Y explicó en qué consistía el esmalte y el barniz a fuego lento.

Ya en casa de Chevet, le entregaron una gran cesta, que mandó llevar a su coche. Después cogió para «su pobre mujer» uvas, piña, diversas especialidades gastronómicas y recomendó que se las enviasen al día siguiente, temprano.

Fueron a casa de un guardarropa; se trataba de un baile. Arnoux llevó un calzón corto de terciopelo azul, una chaqueta a juego; una peluca roja; Frédéric un dominó; y bajaron por la calle Laval, delante de una casa iluminada en el segundo piso por linternas de color.

Desde el pie de la escalera se oía el ruido de los violines.

—¿A dónde diablos me llevan? —dijo Frédéric.

—A casa de una buena chica, no tenga miedo.

Un botones les abrió la puerta y pasaron a la antesala, donde había paletos y chales apilados sobre sillas. Una joven, vestida de dragón Luis XV, la atravesaba en aquel momento. Era la señorita Rose-Annette Bron, el ama de casa.

—¿Y qué? —dijo Arnoux.

—Está hecho —respondió ella.

—¡Ah!, gracias, ángel mío.

Y quiso besarla.

—Ten cuidado, imbécil, me vas a estropear el maquillaje.

Arnoux presentó a Frédéric.

—Llame allá dentro, señor, y sea bienvenido.

Descorrió una cortina que había a su espalda y se puso a gritar con énfasis:

—El señor Arnoux, pinche de cocina y uno de sus principales amigos.

Frédéric quedó deslumbrado por las luces, no vio más que seda, terciopelo, hombros descubiertos, una masa de colores que se balanceaban a los sonos de una orquesta oculta, entre el verde, entre paredes revestidas de seda amarilla, con retratos al pastel, aquí y allí, y lámparas de cristal estilo Luis XVI. Lámparas altas cuyos globos sin pulir parecían bolas de nieve se alzaban sobre cestos de flores, colocadas encima de las consolas en los rincones; y, enfrente, después de una segunda habitación más pequeña, se veía en una tercera una cama de columnas retorcidas, que tenía un espejo de Venecia en su cabecera.

Paró el baile y hubo aplausos, una explosión de alegría al ver al señor Arnoux acercarse con su cesto en la cabeza; las vituallas sobresalían en el centro. «¡Cuidado con la lámpara!». Frédéric levantó los ojos: era la vieja lámpara de porcelana de Sajonia que adornaba la tienda de *El Arte Industrial*; el recuerdo de antiguos tiempos pasó por su memoria; pero un soldado de infantería de línea en paños menores, con el aire estúpido propio de los reclutas, se plantó delante de él, abriendo los brazos y denotando extrañeza; y Frédéric reconoció, a pesar de los espantosos bigotes negros afiladísimos que le desfiguraban, a su antiguo amigo Hussonnet. En una jerga medio alsaciana, medio negra, el bohemio le colmaba de felicitaciones y lo llamaba su coronel. Frédéric, abrumado por todas estas personas, no sabía que responder. El golpe de un arco sobre el atril fue la señal para que bailarines y bailarinas se colocasen.

Eran unos sesenta aproximadamente, las mujeres vestidas de campesinas o de marquesas, y los hombres, en su mayor parte, con trajes de cochero, de descargador del muelle o de marinero.

Frédéric, situado contra la pared, miró la cuadrilla delante de él.

Un viejo bien parecido, vestido como un dux veneciano, con una especie de sotana de seda púrpura, bailaba con Rosanette, que llevaba un blusón verde, un calzón corto de punto y unas botas flexibles con espuelas de oro. La pareja de enfrente la componían un Arnauta cargado de sables y una suiza de ojos azules, blanca como la leche, regordeta como una codorniz, en mangas de camisa y corpino rojo. Para lucir su cabellera que le llegaba a las corvas, una rubia alta, figurante de la Ópera, se había vestido de mujer salvaje; y, por encima de su vestido de punto color marrón, no tenía más que un taparrabo de cuero, unas pulseras de abalorios, y una diadema de oropel de la que salía un alto penacho de plumas de pavo real. Delante de ella, un Pritchard^[5], ridiculamente vestido

con un traje negro grotescamente ancho, marcaba el compás con el codo en su tabaquera. Un pastorcillo a lo Watteau, azul y plata como un claro de luna, golpeaba con su cayado contra el tirso de una Bacante coronada de racimos, una piel de leopardo sobre el costado y coturnos con cordones dorados. Al otro lado, una polaca en dolmán de terciopelo nacarado, hacía ondular su falda de gasa sobre sus medias gris perla, dentro de unos botines rosa con adornos de piel blanca. Sonreía a un cuarentón barrigudo, disfrazado de niño de coro, que daba grandes brincos, y levantaba con una mano la sobrepelliz y tenía en la otra el solideo rojo. Pero la reina, la estrella, era Mlle. Loulou, célebre bailarina de los bailes públicos. Como ahora era rica, llevaba un amplio cuello de encaje sobre su blusón de terciopelo negro liso: y su amplio pantalón de seda punzó ajustado a las caderas y ceñido en la cintura por un echarpe de cachemir, tenía, a todo lo largo de la costura, pequeñas camelias blancas naturales. Su cara pálida, un poco abotagada y de nariz respingona, parecía más insolente todavía por lo desgreñado de su peluca, sobre la cual llevaba un sombrero de hombre, de fieltro gris, arrugado en el lado derecho por un puñetazo; y, en los saltos que daba, sus escares con hebillas de diamantes llegaban casi a la nariz de su vecino, un gran Barón medieval totalmente preso en una armadura de hierro. Había también un Ángel, con una espada de oro en la mano, dos alas de cisne en la espalda, y que, yendo, viniendo, perdiendo a cada minuto a su caballero, un Luis XIV, no comprendía nada y estorbaba la contradanza.

Frédéric, mirando a estas personas, experimentaba un sentimiento de abandono, un malestar de desasosiego. Pensaba todavía en Mme. Arnoux y en participar en algo que se tramaba contra ella.

Cuando terminó la contradanza, Rosanette se acercó a él. Jadeaba un poco, y su gola, brillante como un espejo, se levantaba suavemente bajo su barbilla.

—Y usted, señor —dijo ella—, ¿no baila?

Frédéric se excusó, no sabía bailar.

—¿De veras? Pero conmigo, por supuesto.

Y, apoyada en una sola pierna, la otra rodilla un poco hacia atrás, acariciando con la mano izquierda la empuñadura de nácar de su espada, lo estuvo mirando por espacio de un minuto con aire suplicante, medio guasón. Por fin, dijo «Buenas tardes», hizo una pirueta y desapareció.

Frédéric, descontento de sí mismo, y sin saber qué hacer, se puso a dar vueltas por el baile.

Entró en el saloncito acolchado, de seda azul pálido con ramilletes de flores silvestres, mientras que en el techo, dentro de un círculo dorado, unos amorcillos emergiendo del cielo azul jugueteaban sobre nubes en forma de edredón. Estos lujos, que hoy serían miserias para gentes como Rosanette, le deslumbraron; lo admiró todo: las enredaderas artificiales que adornaban el marco del espejo, las cortinas de la chimenea, el diván turco,

y, en un hueco de la pared, una especie de hornacina tapizada de seda rosa, con muselina blanca por encima. Muebles negros con marquetería de cobre llenaban el dormitorio, donde se erguía, sobre un estrado cubierto de piel de cisne, la gran cama con baldaquino y plumas de avestruz. Alfileres con cabeza de pedrería clavados en ovillos, sortijas abandonadas sobre bandejas, medallones con marco dorado y cofres de plata se distinguían en la sombra, bajo la claridad que esparcía un jarrón de cristal de Bohemia colgado de tres cadenitas. Por una pequeña puerta entreabierta se percibía un invernadero que ocupaba todo lo ancho de una terraza y que terminaba en una pajarera en el otro extremo.

Aquél era ciertamente un ambiente hecho para agradarle. En un brusco movimiento de rebeldía de su juventud, juró gozar de él, se envalentonó; después, volviendo a la entrada del salón, donde ahora había más gente, todo se agitaba en una especie de nube de polvo luminosa, se quedó de pie contemplando las cuadrillas, aguzando la vista para ver mejor y aspirando los suaves olores femeninos, que circulaban como un inmenso beso difuso.

Pero cerca de él, al otro lado de la puerta, estaba Pellerin, en traje de gala, con el brazo izquierdo en el pecho, sosteniendo con la derecha, junto con su sombrero, un guante blanco roto.

—¡Anda!, hace mucho tiempo que no nos hemos visto. ¿Dónde diablos estaba?, ¿de viaje, en Italia? Superficial, eh, Italia, esa Italia, no tan rígida como dicen. No importa, tráigame sus bocetos un día de éstos.

Y sin aguardar respuesta, el artista se puso a hablar de sí mismo.

Había hecho muchos progresos desde que reconociera definitivamente la tontería de la Línea. No había que preocuparse tanto de la Belleza y de la Unidad, en una obra, como del carácter y de la diversidad de las cosas.

—Porque todo está en la naturaleza, por tanto todo es legítimo, todo se puede representar. Se trata solamente de encontrar el tono justo, eso es. He descubierto el secreto —y dándole un codazo, repitió varias veces—: he descubierto el secreto, ¿lo ve? Así, por ejemplo, fíjese en esa mujercita con peinado de esfinge que baila con un postillón ruso, está claro, rotundo, decidido, todo en claroscuros y en tonos crudos: violeta bajo los ojos, una capa de cinabrio en la mejilla, moreno en las sienes; ¡pif! ¡paf! —y con el pulgar daba como pinceladas en el aire—. Mientras que aquella gorda —continuó señalando a una pescadera, vestida de color cereza con una cruz de oro al cuello y una toquilla de batista fina anudada a la espalda—, nada más que curvas; las aletas de la nariz se aplastan con las alas de su cofia, las comisuras de su boca se alzan, la barbilla se rebaja, todo es gordo, fundido, copioso, tranquilo y solar, un auténtico Rubens. Sin embargo, una, y otra son perfectas. Entonces, ¿dónde está el tipo?

Pellerin se exaltaba:

—¿Qué es una mujer hermosa? ¿Qué es lo bello? ¡Ah!, ¡lo bello!, me dirá usted... —

Frédéric le interrumpió para preguntarle quién era un Pierrot con silueta de macho cabrío que bendecía a todos los bailarines en medio de una danza pastoril.

—¡Nada de eso!, un viudo, padre de tres hijos. Los deja sin calzones, se pasa la vida en el Club y duerme con el aya.

—¿Y aquel, vestido de magistrado, que habla en el hueco de la ventana con una marquesa Pompadour?

—La marquesa es Mme. Vandael, la antigua actriz del Gimnasio, la amante del Dogo, el conde de Palazot. Hace veinte años que están juntos, no se sabe por qué. Tenía hermosos ojos aquella mujer. En cuanto al ciudadano que está a su lado, le llaman el capitán d'Herbigny, un veterano que por toda fortuna sólo tiene su cruz de honor y su pensión, hace de tío de las modistillas en las solemnidades, concierta los duelos y cena fuera de casa.

—¿Un canalla? —dijo Frédéric.

—No, un hombre honrado.

—¡Ah!

El artista le nombró otros más, cuando, viendo a un señor que llevaba, como los médicos de Moliere, una amplia toga de sarga negra pero muy abierta de arriba abajo para lucir todos los colgajos:

—Ése representa al doctor Des Rogis, furioso por no haber alcanzado la celebridad ha escrito un libro de pornografía médica, se roza con la alta sociedad, es discreto; aquellas señoras lo adoran. Él y su esposa, esa flaca castellana de vestido gris, aparecen juntos en todos los lugares públicos y en otros. A pesar de los problemas del matrimonio, tienen «un día» tés artísticos en los que se recitan versos. ¡Atención!

En efecto, el doctor les abordó, y pronto formaron los tres, a la entrada del salón, un grupo de conversadores, al que fue a unirse Hussonnet, después el amante de la Mujer Salvaje, un joven poeta que exhibía, bajo su corto abrigo estilo Francisco I, la más escuálida de las anatomías, y finalmente un gracioso chico disfrazado de forzudo de circo. Pero su chaqueta de galones amarillos había viajado tanto a la espalda de los sacamuelas ambulantes, su amplio pantalón de pliegues era de un rojo tan descolorido, su turbante enrollado como una anguila a la tártara de un aspecto tan pobre, todo su atuendo en fin tan deplorable y conjuntado que las mujeres no disimulaban su asco. El doctor le consoló haciendo grandes elogios a la Descargadora, su amante. Este turco era hijo de un banquero.

Entre dos cuadrillas, Rosanette se dirigió a la chimenea donde estaba instalado en un sillón un viejecito rechoncho, de traje marrón con botones dorados. A pesar de sus mejillas marchitas que le caían sobre su alta corbata blanca, sus cabellos todavía rubios y con rizado natural como los pelos de un caniche le daban un aire un poco juguetón.

Ella le escuchó inclinándose hacia su cara. Después, le sirvió un vaso de jarabe; y nada tan gracioso como sus manos bajo sus mangas de encaje que sobresalían de los puños del traje verde. Cuando el buen señor terminó de beber, las besó.

—¡Pero si es el señor Oudry, el vecino de Arnoux!

—El lo ha echado a perder —dijo riéndose Pellerin.

—¿Cómo?

Un postillón de Longjumeau la cogió por la cintura, comenzaba un vals. Entonces todas las mujeres sentadas alrededor del salón en banquetas se levantaron una detrás de otra; y sus faldas, sus echarpes, sus tocados empezaron a dar vueltas.

Giraban tan cerca de él que Frédéric distinguía las gotitas de sudor en sus frentes; y aquel movimiento giratorio cada vez más vivo y regular, vertiginoso, que comunicaba a su pensamiento una especie de arrebato, hacía surgir otras imágenes, mientras que todas pasaban en el mismo deslumbramiento, y cada una con una excitación particular, según el tipo de belleza. La Polaca, que se dejaba llevar de una forma lánguida, le inspiraba el deseo de estrecharla contra su corazón, deslizándose los dos en un trineo sobre una llanura cubierta de nieve. Horizontes de voluptuosidad tranquila, a orillas de un lago, en un chalet, se desenvolvían bajo los pasos de la Suiza, que valseaba con el torso recto y los párpados entornados. Después, de pronto, la Bacante, inclinando hacia atrás su cabeza morena, le hacía soñar con caricias devoradoras, con bosques de adelfas, en momento de tormenta, al ruido confuso de los tamboriles. La Poissarde, a quien sofocaba el ritmo demasiado rápido, estallaba en risas; y Frédéric habría querido estar con ella en la taberna bebiendo juntos y deshacerle a manos llenas su toquilla como en los buenos viejos tiempos. Pero la Descargadora, que apenas rozaba el suelo con los dedos de los pies, parecía encerrar en la agilidad de sus miembros y la seriedad de su cara todos los refinamientos del amor moderno, que tiene la precisión de una ciencia y la movilidad de un pájaro. Rosanette daba vueltas, con el puño sobre su cadera; su peluca trenzada saltando sobre su nuca desprendía polvo de iris a su alrededor; y, a cada vuelta, con la punta de sus espuelas doradas estaba a punto de alcanzar a Frédéric.

Al último acorde del vals apareció la señorita Vatnaz. Llevaba un pañuelo argelino en la cabeza, una gran cantidad de piastras sobre la frente, antimonio alrededor de los ojos y una especie de paleta de cachemir negro que le caía sobre un jubón claro de lamé de plata. Tenía una pandereta en la mano.

Detrás de ella caminaba un chico alto, con el traje clásico del Dante y que ahora ella ya no lo ocultaba, el antiguo cantante del «Alhambra», quien, llamándose Augusto Delamare, había adoptado inicialmente el nombre de Antenor Delamare y sucesivamente los de Delmas, Belmar y finalmente Delmar, modificando y perfeccionando así su nombre, según su gloria creciente; pero había dejado los bailes de charanga por el teatro, e incluso acababa de debutar ruidosamente en el Ambigu con *Gaspar el Pescador*

Hussonnet, al verlo, se enfurruñó. Desde que le habían rechazado su obra de teatro execraba a los comediantes. No se imaginaba la vanidad de estos señores, de aquél sobre todo.

—Qué presumido, fíjense.

Después de un ligero saludo a Rosanette, Delmar se había acercado a la chimenea, y permaneció inmóvil, con una mano sobre el corazón, el pie izquierdo adelante, los ojos vueltos al cielo, con su corona de laurel dorado por encima de su capuchón, sin dejar de poner en su mirada mucha poesía para fascinar a las señoras. De lejos, hacían un gran círculo alrededor de él.

Pero la señorita Vatnaz, después de abrazar largamente a Rosanette, fue a pedir a Hussonnet que revisase, desde el punto de vista del estilo, un tratado de educación que ella quería publicar: «La Guirnalda de las jóvenes», antología de literatura y de moral. El hombre de letras prometió su ayuda. Entonces ella le preguntó si no podría en una de las publicaciones a las que tenía acceso hacer rabiar un poco a su amigo, e incluso confiarle más adelante un papel. Hussonnet se olvidó de tomar un ponche.

Era Arnoux quien lo había preparado; y seguido del botones del conde, que llevaba una bandeja vacía, lo ofrecía con satisfacción a todos los que estaban alrededor.

Cuando pasó delante del señor Oudry, Rosanette lo paró.

—Bueno, ¿y ese asunto?

Se puso un poco colorado; por fin, dirigiéndose al buen señor:

—Pues cómo, amigo mío, estoy a su entera disposición.

Y sonó el nombre de Dambreuse; como hablaban a media voz, Frédéric los oía confusamente; se fue al otro rincón de la chimenea, donde Rosanette y Delmar charlaban.

El comediante tenía una cara vulgar, hecha como los decorados de teatro para contemplarla a distancia, manos gruesas, grandes pies, una mandíbula pesada y denigraba a los actores más ilustres, trataba con desdén a los poetas, decía: mi voz, mi físico, mis medios, esmaltando su discurso con palabras poco inteligibles para él mismo y que le gustaban, tales como: «morbidezza, análogo y homogeneidad».

Rosanette lo escuchaba haciendo con la cabeza pequeños signos de aprobación. Bajo el maquillaje de sus mejillas se la veía llena de admiración, y algo húmedo, como un velo, pasaba sobre sus ojos claros, de un color indefinido. ¿Cómo era posible que un hombre semejante la encantase? Frédéric se esforzaba interiormente por despreciarlo más todavía, para desterrar, tal vez, la especie de envidia que le tenía.

La señorita Vatnaz estaba ahora con Arnoux; y, sin dejar de reír muy fuerte, de vez en cuando echaba una ojeada a su amiga, a quien el señor Oudry no perdía de vista.

Después Arnoux y la Vatnaz desaparecieron; el buen señor fue a hablar en voz baja a

Rosanette.

—Bueno, sí, de acuerdo. Déjeme tranquila.

Y pidió a Frédéric que fuese a ver si el señor Arnoux estaba en la cocina.

Un batallón de vasos a medio llenar cubría el suelo; y las cacerolas, las ollas, y la besuguera saltaban por el aire. Arnoux daba órdenes a los criados, tuteándolos, batía la mahonesa, probaba las salsas, bromeaba con la muchacha.

—Bien —dijo—, avisad allá. —Mandó servir.

Ya se había interrumpido el baile, las mujeres acababan de sentarse de nuevo, los hombres paseaban. En medio del salón, una de las cortinas estiradas de una ventana se hinchaba al viento; y la Esfinge, a pesar de las observaciones de todo el mundo, exponía a la corriente de aire sus brazos sudorosos. ¿Y dónde estaba Rosanette? Frédéric la buscó más lejos, incluso en el saloncito y en la habitación. Algunos, para estar solos, o por parejas, se habían refugiado allí. La sombra y los cuchicheos se mezclaban. Había risitas ahogadas bajo pañuelos y se entreveían en el ribete de los corpiños temblores de abanicos, lentos y suaves como aleteos de pájaro herido.

Entrando en el invernadero, vio, bajo las anchas hojas de un tegue, cerca del surtidor, a Delmar tendido boca arriba sobre el sofá; Rosanette, sentada a su lado, le acariciaba el pelo; y se miraban. En el mismo momento entró Arnoux por el otro lado, el de la pajarera. Delmar se levantó de un salto, salió tranquilamente sin volverse; e incluso se detuvo cerca de la puerta para coger una flor de majagua, que se puso en el ojal. Rosanette bajó la cabeza; Frédéric, que la veía de perfil, se dio cuenta de que estaba llorando.

—¡Vamos! ¿Qué tienes? —dijo Arnoux.

Ella se encogió de hombros sin responder.

—¿Es por culpa de él? —replicó.

Ella extendió los brazos alrededor de su cuello, y, besándola en la frente, lentamente:

—Tú sabes bien que te querré siempre. No pensemos más en ello. Vamos a cenar.

Una lámpara de cobre de cuarenta velas iluminaba la sala, cuyas paredes desaparecían bajo viejas porcelanas colgadas; y esta luz cruda, que caía a plomo, hacía más blanco todavía, entre los entremeses y la fruta, un gigantesco rodaballo que ocupaba el centro del mantel rodeado de platos llenos de sopa. Con un frufú de telas, recogiendo sus faldas, sus mangas y sus echarpes, las mujeres se sentaron unas al lado de otras; los hombres, de pie, se situaron en las esquinas. A Pellerin y al señor Oudry los colocaron cerca de Rosanette; Arnoux estaba enfrente; Palazot y su amiga acababan de marchar.

—¡Buen viaje! —dijo ella—. ¡Ataquemos!

Las señoras se escandalizaron, y principalmente la Poissarde, madre de una hija de la

que quería hacer una mujer honrada. A Arnoux tampoco le gustaba aquello, considerando que se debía respetar la religión.

Un reloj alemán, con un gallo dando las dos en su carillón, provocó muchas bromas sobre el cucú. Siguieron toda clase de comentarios: juegos de palabras, anécdotas, bravatas, apuestas, mentiras tomadas como verdades, afirmaciones improbables, un tumulto de palabras que pronto se fue esparciendo en conversaciones particulares. Los vinos circulaban, los platos se sucedían, el doctor trinchaba. Se lanzaban desde lejos una naranja, un corcho; dejaban sus puestos para ir a hablar con alguien. A menudo Rosanette se volvía hacia Delmar, inmóvil detrás de ella; Pellerin charlaba, el señor Oudry sonreía. La señorita Vatnaz comió ella sola el plato de cangrejos, y las carcajadas y los caparazones estallaban bajo sus largos dientes. El Ángel, sentado en el taburete del piano (único sitio donde sus alas le permitían sentarse) masticaba plácidamente sin parar.

—¡Qué tenedor! —repetía el Niño de Coro estupefacto—, ¡qué tenedor!

Y la Esfinge, que bebía aguardiente a pleno pulmón, se agitaba como un demonio. De pronto, sus mejillas se hincharon, y, no aguantando más la sangre que la ahogaba, se llevó la servilleta a los labios, luego la tiró debajo de la mesa.

Frédéric la había visto.

—No es nada.

Y a sus peticiones de que se marchase y se cuidase, ella respondió despacio:

—¡Bah!, ¿para qué?, ¡la vida no es tan divertida!

Frédéric entonces se estremeció lleno de una tristeza glacial, como si hubiera visto mundos enteros de miseria y desesperación, una estufa de carbón al lado de un catre, y los cadáveres del depósito en delantal de cuero, con el grifo de agua fría que corría sobre sus cabellos.

Entretanto, Hussonnet, acurrucado a los pies de la Mujer Salvaje, berreaba con voz enronquecida para imitar al actor Grasset.

—¡No seas cruel, oh Celuta!, esta fiestecita de familia es encantadora, mis amores, embriagadme de voluptuosidades, ¡loqueemos! ¡loqueemos!

Y empezó a besar a las mujeres en el hombro. Ellas se estremecían al contacto con sus bigotes; después se le ocurrió romper un plato en su propia cabeza, dándole un golpecito. Otros le imitaron; los trozos de porcelana volaban como losas levantadas por un fuerte viento, y la Descargadora exclamó:

—No se preocupen, no cuestan nada. El burgués que los fabrica nos los regala.

Todas las miradas se volvieron hacia Arnoux. Este replicó:

—¡Ah!, pagándolos, permítanme —empeñado, sin duda, en dar a entender que no era

o que había dejado de ser el amante de Rosanette.

Pero se alzaron dos voces furiosas:

—¡Imbécil!

—¡Picaro!

—A sus órdenes.

—A las de usted.

Era el caballero medieval y el Postillón ruso que discutían; como éste había sostenido que estando armado no hacía falta ser valiente, el otro lo había tomado como una injuria. Quería batirse, todos se interponían y el Capitán, en medio del tumulto, intentaba hacerse oír.

—¡Señores, escúchenme, una palabra! Señores, tengo experiencia en estas cosas.

Rosanette, haciendo resonar un vaso con el cuchillo, acabó poniendo silencio; y, dirigiéndose al Caballero que conservaba su casco, después al Postillón tocado con un gorro de pelo largo:

—Retire primero su cacerola, me está calentando, aquel otro, usted, su cabeza de lobo, ¿quieren hacer el favor de obedecerme, caramba? Fíjense en mis hombreras. Soy su Maríscala.

—¡Viva la Maríscala!, ¡viva la Maríscala!

Entonces cogió de encima de la estufa una botella de champán y la sirvió, levantándola en alto fue llenando las copas que le alargaban. Como la mesa era demasiado larga, los invitados, sobre todo señoras, se pusieron a su lado empinándose en la punta de los pies, sobre los barrotes de las sillas, lo cual formó en un minuto un grupo piramidal de tocados, hombros desnudos, brazos extendidos, cuerpos inclinados; y largos chorros de vino saltaban en medio de todo esto, pues el Pierrot y Arnoux, en las dos esquinas de la sala, descorchando cada uno su botella, salpicaban las caras. Los pajaritos de la pajarera, cuya puerta había quedado abierta, invadieron la sala, todos asustados, revoloteando alrededor de la lámpara, chocando con ventanas y muebles; y algunos, posándose sobre las cabezas, sembraban grandes flores.

Los músicos se habían marchado. Sacaron al salón el piano que había en la antesala. La Vatnaz se sentó y, acompañada del Niño de Coro que tocaba la pandereta, inició una contradanza, golpeando las teclas como un caballo que piafa y contoneando la cintura para mejor marcar el compás. La Maríscala arrastró a Frédéric, Hussonnet se pavoneaba. La Descargadora se contorsionaba como un payaso, el Pierrot adoptaba modales de orangután, la Salvaje con los brazos abiertos imitaba las oscilaciones de una chalupa. Por fin, ya agotados, se pararon; se abrió una ventana.

La luz del día entró con el frescor de la mañana. Hubo una exclamación de asombro,

luego un silencio. Las llamas amarillas temblaban, haciendo de vez en cuando estallar sus arandelas; cintas, flores y perlas alfombraban el suelo; manchas de ponche y de jarabe embadurnaban las consolas; las colgaduras estaban manchadas, los trajes arrugados, llenos de polvo; las trenzas de pelo colgaban de los hombros y el maquillaje, que se derretía con el sudor, dejaba al descubierto caras descoloridas, cuyos párpados rojos se agitaban.

La Maríscala, fresca como recién salida del baño, tenía las mejillas rosadas, los ojos brillantes. Tiró lejos su peluca; y sus cabellos cayeron alrededor de ella, la cubrieron como una piel no dejando ver de su vestido más que su pantalón, lo cual produjo un efecto a la vez cómico y simpático.

La Esfinge, cuyos dientes castañeteaban de fiebre, tuvo necesidad de un chal.

Rosanette corrió a buscarlo a su habitación, y, como la otra la seguía, ella le dio con la puerta en las narices.

El Turco hizo notar en voz muy alta que no había visto salir al señor Oudry. Nadie reparó en esta picardía, de cansados que estaban.

Después, esperando los coches, se arrebujaron en sus capellinas y sus abrigos. Dieron las siete. El Ángel seguía en la sala, sentado frente a una compota de mantequilla y sardinas; al lado de ella la Poissarde fumaba un cigarrillo detrás de otro mientras le daba consejos sobre la vida.

Por fin, cuando llegaron los coches, los invitados se fueron. Hussonnet, empleado en una corresponsalía de provincias, tenía que leer antes de desayunar cincuenta y tres periódicos; la Salvaje tenía un ensayo en el teatro, Pellerin un modelo, el Niño de Coro tres citas. Pero el Ángel, sintiendo los primeros síntomas de una indigestión, no pudo levantarse. El Barón medieval la llevó hasta el coche.

—¡Cuidado con las alas! —gritó por la ventana la descargadora.

Estaban en el rellano de la escalera cuando la señorita Vatnaz dijo a Rosanette:

—Adiós, querida, estuvo muy bien tu fiesta.

Después le dijo al oído:

—¡Cuídalo!

—Hasta que vengan tiempos mejores —replicó la Maríscala volviéndose lentamente de espaldas.

Arnoux y Frédéric regresaron juntos, como habían ido. El comerciante de loza parecía tan taciturno que su compañero creyó que estaba indispuesto.

—¿Yo? En absoluto.

Se mordía el bigote, fruncía el entrecejo y Frédéric le preguntó si no eran sus negocios los que le atormentaban.

—De ninguna manera.

Después, de pronto:

—Usted lo conoce, ¿verdad?, al tío Oudry —y con una expresión de rencor:

—Es rico, el viejo tunante.

Luego, Arnoux habló de una cochura importante que tenía que terminar ese mismo día en su fábrica. Quería verla. El tren salía dentro de una hora.

—Pero tengo que ir a despedirme de mi mujer.

«¡Ah! ¡Su mujer!», pensó Frédéric.

Después se acostó con un insoportable dolor de cabeza; y bebió una botella de agua para calmar la sed.

Otras ansias le habían entrado, la de las mujeres, del lujo y de todo lo que lleva consigo la vida parisina. Se sentía un poco aturdido, como un hombre que baja de un barco; y, en la alucinación del primer sueño, veía pasar y volver a pasar continuamente los hombros de la Poissarde, las caderas de la Descargadora, las pantorrillas de la Polaca, la cabellera de la Salvaje. Luego dos grandes ojos negros, que no estaban en el baile, se le aparecieron; y ligeros como mariposas, ardientes como antorchas, iban, venían, vibraban, subían a la cornisa, bajaban hasta su boca. Frédéric se empeñaba en reconocer aquellos ojos sin conseguirlo. Pero ya el sueño se había apoderado de él; le parecía que estaba uncido al lado de Arnoux, al timón de un coche, y que la Maríscala, a caballo sobre él, le picaba en el vientre con sus espuelas de oro.

CAPÍTULO II

Frédéric encontró en la esquina de la calle Rumfort un hotelito y se compró, de una vez, el cupé, el caballo, los muebles y, en casa de Arnoux, dos maceteros para poner en el salón a los dos lados de la puerta. Detrás de esta habitación había un cuarto y una salita. Se le ocurrió la idea de alojar allí a Deslauriers. Pero, ¿cómo lo vería «ella», su futura amante? La presencia de un amigo sería un estorbo. Tiró el tabique para ampliar el salón y convirtió la salita en fumadero.

Compró los libros de sus poetas preferidos, de viajes, atlas, diccionarios, pues tenía innumerables planes de trabajo; daba prisa a los obreros, corría a las tiendas y, en su impaciencia de gozar de las cosas, se llevaba todo sin discutir el precio.

Según las facturas de los proveedores, Frédéric se dio cuenta de que tendría que desembolsar en corto plazo unos cuarenta mil francos, sin contar los derechos de sucesión, que pasarían de treinta y siete mil; como su patrimonio era en fincas rústicas, escribió al notario de El Havre para que vendiese una parte, a fin de pagar sus deudas y poder disponer de algún dinero en efectivo. Después, deseando conocer por fin esa cosa vaga, deslumbrante e indefinible que llaman «el mundo», mandó un billete a los Dambreuse pidiendo ser recibido. La señora contestó que esperaba su visita el día siguiente.

Era día de recepción. Había coches estacionados en el patio. Dos criados se precipitaron bajo la marquesina y un tercero, en lo alto de la escalera, empezó a caminar delante de él.

Atravesó una antesala, una segunda habitación, después un gran salón de altas ventanas, cuya chimenea monumental soportaba un reloj de péndulo en forma de esfera, con dos jarrones de porcelana monstruosos de donde salían, como zarzales dorados, dos haces de palmatorias. En la pared había colgados cuadros al estilo del Españolito; las pesadas cortinas de las puertas caían majestuosamente; y los sillones, las consolas, las mesas, todo el mobiliario, que era de estilo Imperio, tenía algo de imponente y de diplomático. Frédéric, a pesar suyo, sonreía de placer.

Por fin llegó a una habitación oval, revestida de palo rosa, atiborrada de muebles graciosos, iluminada por una sola ventana que daba al jardín. La señora Dambreuse estaba al lado del fuego, y una docena de personas le hacían corro. Con una palabra amable, le indicó que se sentara, pero sin mostrar sorpresa por no haberle visto hacía mucho tiempo.

Cuando entró, estaban elogiando la elocuencia del padre Coeur. Después deploraron la inmoralidad de los criados, a propósito de un robo cometido por un ayuda de cámara; y siguieron los cotilleos. La vieja señora de Sommerey estaba acatarrada, la señorita de Turvisot se casaba, los Montcharron no regresarían hasta fines de enero, los Bretancourt tampoco, ahora la gente se quedaba en el campo mucho tiempo; y la pobreza de las conversaciones se encontraba compensada por el lujo de las cosas que había alrededor; pero los temas de conversación eran menos estúpidos que la manera de tratarlos, sin objeto, sin coherencia y sin animación. Había, sin embargo, hombres de mundo, un ex ministro, el cura de una gran parroquia, dos o tres altos funcionarios del gobierno; también ellos se limitaban a los temas más comunes. Algunos parecían herederas cansadas, otros tenían modales de chalanes y había viejos de cuyas mujeres habrían podido muy bien pasar por abuelos.

La señora Dambreuse los recibía a todos con gracia. Cuando se hablaba de un enfermo, fruncía el ceño con un gesto de dolor, y ponía cara alegre si se hablaba de bailes o de fiestas. Pronto se vería obligada a prescindir de ellas, pues iba a sacar del internado a una sobrina de su marido, huérfana. Su abnegación fue muy alabada; éste era un comportamiento de verdadera madre de familia.

Frédéric la observaba. La piel mate de su cara parecía tersa y de una frescura sin brillo, como la de una fruta en conserva. Pero sus cabellos, en tirabuzones a la inglesa, eran más finos que la seda, sus ojos de un azul brillante, todos sus gestos delicados. Sentada en el fondo, sobre el canapé, acariciaba los flecos rojos de una pantalla japonesa, para lucir sus manos, sin duda, unas largas manos estrechas, algo delgadas, con las puntas de los dedos ligeramente vueltas hacia atrás. Llevaba un vestido de moiré gris con corpiño subido como una puritana.

Frédéric le preguntó si no iría ese año a la Fortelle. La señora Dambreuse no sabía nada. El comprendía esto, por lo demás; en Nogent debía de aburrirse. Las visitas aumentaban. Era un continuo murmullo de faldas sobre las alfombras; las señoras, apoyadas en las orillas de las sillas, dejaban escapar risitas burlonas, articulando dos o tres palabras, y, al cabo de cinco minutos, se marchaban con sus hijas. Pronto se hizo imposible seguir la conversación, y Frédéric se retiraba cuando la señora Dambreuse le dijo:

—Todos los miércoles, ¿verdad señor Moreau? —compensando con esta sola frase la indiferencia que le había mostrado hasta entonces.

Frédéric estaba satisfecho. Sin embargo, ya en la calle, aspiró una gran bocanada de aire; y sintiendo necesidad de un ambiente menos artificial recordó que debía una visita a la Mariscala.

La puerta de la antesala estaba abierta. Dos perritos de pelo blanco largo y sedoso acudieron a recibirle. Una voz gritó:

—¡Delphine! ¡Delphine! ¿Es usted, Félix?

Él permanecía quieto; los dos perritos seguían ladrando. Por fin, apareció Rosanette envuelta en una especie de peinador de muselina blanca adornada de encajes, sin medias, en babuchas.

—¡Ah!, ¡perdón, señor! Creí que era el peluquero. Un minuto. ¡Estoy con usted!

Y se quedó solo en el comedor.

Las persianas estaban cerradas. Frédéric echó una ojeada a la sala, recordando el ruido de la otra noche, cuando observó en el centro, sobre la mesa, un sombrero de hombre, un viejo fieltro abollado, grasiento, asqueroso. ¿De quién era aquel sombrero? Mostrando sin pudor el forro descosido, parecía decir: «Después de todo, me da igual. Soy el amo».

La Mariscala reapareció. Cogió el sombrero, abrió la estufa, lo echó dentro, volvió a cerrar la puerta (al mismo tiempo otras puertas se abrían y se volvían a cerrar), y, atravesando la cocina, introdujo a Frédéric en su tocador.

Se veía enseguida que aquél era el lugar más frecuentado de la casa, y como su verdadero centro moral. Una misma tela persa de grandes follajes tapizaba las paredes, las butacas y un amplio diván elástico; sobre una mesa de mármol blanco, separadas, dos amplias palanganas de loza azul; por encima había una estantería de cristal, atestada de frascos, cepillos, peines, barras de cosmética, cajas de polvos; la luz se reflejaba en un gran espejo movable; de la orilla de una bañera colgaba una sábana y de allí se desprendían olores a pasta de almendra y a benjuí.

—Disculpe el desorden. Esta noche ceno fuera.

Y, girando sobre sus talones, estuvo a punto de aplastar a uno de sus perritos. Frédéric dijo que eran encantadores. Ella los tomó en brazos a los dos y, acercando hasta él sus morros negros:

—Vamos, hacedle una risita, dadle un beso al señor.

Bruscamente entró un hombre, vestido con una sucia levita de cuello de piel.

—Félix, mi buen amigo —dijo ella—, aquello lo tendrá el domingo próximo sin falta.

El hombre empezó a peinarla. Le habló de su amiga: la señora de Rochegune, la señora de Saint-Florentin, la señora Lombard, todas eras nobles, como en casa de los Dambreuse. Después hablaron de teatros; aquella noche en el Ambigú había una representación extraordinaria.

—¿Irá usted?

—A fe mía, ¡no! ¡Me quedo en casa!

Apareció Delfina. Ella le riñó por haber salido sin permiso. La otra juró que «volvía del mercado».

—Bueno, tráigame el libro de cuentas. Usted me permite, ¿verdad?

Y leyendo medio en alto el cuaderno, Rosanette hizo observaciones a cada artículo. La suma estaba mal.

—Devuélvame cuatro sueldos.

Delphine los devolvió, y, después de haberle mandado retirarse:

—¡Ah! ¡Virgen santa!, ¡no tendremos bastante desgracia con esta gente!

A Frédéric le chocó esta recriminación. Le recordaba demasiado las otras, y establecía entre las dos casas una especie de igualdad fastidiosa.

Cuando volvió Delphine, se acercó a la Mariscala para decirle una cosa al oído.

—Pues no, no quiero.

Delphine volvió a entrar.

—Señora, ella insiste.

—¡Ah!, ¡qué fastidio! ¡Echala fuera!

En aquel preciso momento, una vieja señora vestida de negro empujó la puerta, Frédéric no oyó nada, no vio nada; Rosanette se había adelantado en la habitación a su encuentro.

Cuando reapareció, tenía los pómulos rojos y se sentó en uno de los sillones, sin hablar. Una lágrima resbaló sobre su mejilla; después, volviéndose hacia el joven, suavemente.

—¿Cómo se llama?

—Frédéric.

—¡Ah!, Frédéric. ¿No le molesta que le llame así?

Y le miraba de una manera mimosa, casi enamorada. De pronto, lanzó un grito de alegría al ver a la señorita Vatnaz.

Aquella mujer artista no tenía tiempo que perder, pues a las seis en punto tenía que presidir una cena de beneficencia; y estaba jadeante, no podía más. Primeramente retiró de su capacho una cadena de reloj envuelta en un papel, luego diferentes objetos, compras.

—Sabrás que en la calle Joubert hay guantes de Suecia magníficos a treinta y seis sueldos. Tu tintorero pide ocho días más. Para el guipur he dicho que volverían a pasar. Bugneaux ha recibido el anticipo. Eso es todo, me parece. Son ciento ochenta y cinco francos lo que me debes.

Rosanette fue a un cajón a coger diez napoleones. Ninguna de las dos tenía para dar la vuelta. Frédéric se ofreció para cambiar.

—Se los devolveré —dijo la Vatnaz, guardando los quince francos en su bolso—. Pero es usted un villano. Y a no le quiero, el otro día no me sacó a bailar una sola vez. ¡Ah!, querida amiga, descubrí, en una tienda del muelle Voltaire unos colibríes que son un encanto. En tu lugar, me los compraría. ¡Mira! ¿Qué te parece esto?

Y le enseñó un viejo corte de seda rosa que había comprado en el Temple para hacer un jubón medieval a Delmar.

—Ha venido hoy, ¿verdad?

—No.

—¡Es extraño!

Y un minuto después:

—¿A dónde vas esta noche?

—A casa de Alfonsina —dijo Rosanette. Lo cual era la tercera versión de cómo iba a pasar la velada.

La señorita Vatnaz replicó:

—Y el Viejo de la Montaña, ¿qué hay de nuevo?

Pero, con un brusco guiño de ojo, la Maríscala la mandó callarse; y acompañó a Frédéric hasta la antesala, para saber si vería pronto a Arnoux.

—Dígale que venga; no delante de su esposa, ¡por supuesto!

En lo alto de las escaleras había un paraguas apoyado en la pared, al lado de un par de chanclos.

—Los chanclos de goma de la Vatnaz —dijo Rosanette—. ¡Qué pie, eh! Es fuerte mi amiguita.

Y en tono melodramático, recalcando mucho la «r»:

—No fíarrse.

Frédéric, envalentonado por esta especie de confianza, quiso besarla en el cuello. Ella dijo fríamente:

—¡Oh! ¡besa!, no cuesta nada.

Se sentía ligero al salir de allí, no dudando que la Maríscala sería pronto su amante. Este deseo despertó otro; y, a pesar del rencor que le guardaba, quiso ver a Mme. Arnoux.

Además, tenía que darle un recado de Rosanette.

«Pero, ahora —pensó (estaban dando las seis)— Arnoux está en casa, sin duda». Aplazó su visita para el día siguiente.

Ella se mantenía en la misma actitud que el primer día y estaba cosiendo una camisita

de niño. El chiquito, a sus pies, jugaba con un zoo de animales de madera; Marta, un poco más lejos, escribía.

Frédéric empezó felicitándola por sus hijos. Ella respondió sin ninguna exageración de tontería maternal.

La habitación tenía aspecto tranquilo. Un sol espléndido atravesaba los cristales, las esquinas de los muebles relucían, y, como Mme. Arnoux estaba al lado de la ventana, un gran rayo que caía sobre los rizos de su nuca, penetraba con un fluido dorado su piel de ámbar. Entonces él dijo:

—¡Lo que ha crecido esta criatura desde hace tres años!; ¿se acuerda, señorita, de cuando dormía sobre mis rodillas, en el coche? —Marthe no recordaba—. Una tarde, volviendo de Saint-Cloud.

Mme. Arnoux le dirigió una mirada extraordinariamente triste. ¿Era para prohibirle toda alusión a su recuerdo común?

Sus bellos ojos negros, cuyo blanco brillaba, se movían suavemente bajo sus párpados algo pesados, y en la profundidad de sus pupilas había una bondad infinita. Y un amor más fuerte que nunca, inmenso, se apoderó de nuevo de Frédéric; era una contemplación que lo dejaba abotargado; sin embargo, se la sacudió. ¿Cómo hacerse valer? ¿Por qué medios? Y después de mucho buscar, Frédéric no encontró nada mejor que el dinero. Empezó a hablar del tiempo, que era menos frío que en El Havre.

—¿Ha estado usted allí?

—Sí, por un asunto... de familia... una herencia.

—¡Ah!, me alegro mucho —replicó ella con un aire de satisfacción tan auténtico que él se sintió agradecido como si le hubiera hecho un gran favor.

Después ella le preguntó por sus proyectos, un hombre debía dedicarse a algo. El se acordó de que había mentido y dijo que esperaba llegar al Consejo de Estado gracias al señor Dambreuse, el diputado.

—¿Lo conoce, acaso?

—De nombre solamente.

Después, en voz baja:

—Él le llevó al baile el otro día, ¿verdad?

Frédéric callaba.

—Es lo que quería saber, ¡gracias!

Luego le hizo dos o tres preguntas discretas acerca de su familia y de su provincia. Era muy amable habiendo permanecido allí tanto tiempo sin olvidarlos.

—Pero... ¿es que podía? —replicó él—. ¿Lo ponía usted en duda?

Madame Arnoux se levantó.

—Creo que usted siente por nosotros un sincero y sólido afecto. Adiós... Hasta luego —y le tendió la mano con un gesto franco y viril.

¿No era un compromiso, una promesa? Frédéric se sentía encantado de la vida, aguantaba los deseos de cantar, necesitaba expansionarse, hacer generosidades, dar limosnas. Miró a su alrededor si no había alguien a quien socorrer. No pasaba ningún necesitado; y su veleidad altruista se desvaneció, pues no era hombre que buscara las ocasiones lejanas.

Después se volvió a acordar de sus amigos. El primero en quien pensó fue Hussonnet, el segundo Pellerin. La posición ínfima de Dussardier exigía, naturalmente, mucha delicadeza; en cuanto a Cisy, él se alegraba de hacerle ver un poco su fortuna. Así pues, escribió a los cuatro para que fuesen a inaugurar la casa el domingo siguiente, a las once en punto, y encargó a Deslauriers que llevase a Sénécál.

El profesor de Matemáticas había sido despedido de su tercer internado por no haber querido dar premios, costumbre que él veía como funesta a la igualdad. Ahora estaba con un constructor de máquinas y ya no vivía con Deslauriers desde hacía seis meses.

Su separación no había tenido nada de penoso. Sénécál, en los últimos tiempos, recibía a hombres de guardapolvos, todos patriotas, todos trabajadores, todos buena gente, pero cuya compañía parecía fastidiosa al abogado. Además, ciertas ideas de su amigo, excelentes armas de guerra, le disgustaban. Se callaba por ambición, empeñándose en tratarlo con cuidado, para guiarle, pues esperaba con impaciencia un gran cambio en el que contaba su puesto.

Las convicciones de Senecal eran más desinteresadas. Cada tarde, terminada su tarea, volvía a su buhardilla y buscaba en los libros un medio de justificar sus sueños. Había anotado el *Contrato social*. Se tragaba la *Revista Independiente*. Conocía a Mably, Morelly, Fournier, Saint-Simon, Comte, Cabet, Louis Blanc, toda la pesada carga de los escritores socialistas, aquellos que reclaman para la humanidad el nivel de los cuarteles, los que quisieran divertirla en burdeles o doblegarla sobre un mostrador; y, de la mezcla de todo esto, se había hecho un ideal de democracia virtuosa, que tenía el doble aspecto de una granja en aparcería y una fábrica de hilados, una especie de Lacedemonia americana donde el individuo no existiría más que para servir a la sociedad, más omnipotente, absoluta, infalible y divina que los Grandes Lamas y los Nabucodonosores. No tenía duda alguna sobre la eventualidad próxima de esta concepción, todo lo que le parecía un obstáculo Sénécál lo perseguía con la lógica de un geómetra y la buena fe de un inquisidor. Los títulos nobiliarios, las cruces, los penachos, las libreas, sobre todo, e incluso las reputaciones que sonaban demasiado le escandalizaban, ya que sus estudios, lo mismo que sus sufrimientos, avivaban cada día su odio esencial hacia cualquier forma de

distinción o de superioridad.

—¿Qué le debo a ese señor para hacerle cortesías? Si quisiera algo de mí, ¡podía venir a verme!

Deslauriers lo llevó consigo.

Encontraron a su amigo en el dormitorio. Persianas y dobles cortinas, espejo de Venecia, allí nada faltaba; Frédéric, en chaqueta de terciopelo, estaba recostado en una butaca fumando cigarrillos turcos.

Sénécal se entristeció como los mojigatos a quienes llevan a los lugares de placer. Deslauriers lo vio todo de una sola ojeada; después, inclinándose muy profundamente:

—Monseñor, le presento mis respetos.

Dussardier le saltó al cuello.

—¿Así que es usted rico? ¡Tanto mejor, caray, tanto mejor!

Apareció Cisy, con crespón negro en su sombrero. Desde la muerte de su abuela gozaba de una fortuna considerable y ponía menos empeño en divertirse que en distinguirse de los demás, en no ser como todo el mundo, en fin, en «darse tono». Era su expresión.

Entretanto era ya mediodía, y todos bostezaban; Frédéric esperaba a alguien. Al nombre de Arnoux, Pellerin puso mala cara. Lo consideraba como un renegado desde que había abandonado las artes.

—¿Si prescindieramos de él?

Todos aprobaron.

Un criado de largas polainas abrió la puerta, y vieron el comedor con su alto zócalo de roble, realzado de franjas doradas y sus dos aparadores cargados de vajilla. Habían puesto botellas de vino a calentar sobre la estufa; las hojas de los cuchillos nuevos espejeaban al lado de las ostras; había en el tono lechoso de los vasos de cristal fino una especie de atrayente suavidad, y la mesa se ocultaba bajo la caza, fruta, cosas extraordinarias. Sénécal no dio aprecio a estos detalles.

Comenzó pidiendo pan casero lo más duro posible, y, a este propósito, habló de los asesinatos de Buzançais y de la crisis de las subsistencias.

Nada de todo esto habría ocurrido si se protegiese más a la agricultura, si no se hubiera dejado todo a la libre competencia, a la anarquía, a la deplorable máxima del *laissez faire*, *laissez passer*. Así es como se constituía el feudalismo del dinero, ¡peor que el otro! ¡Pero que se anden con cuidado! El pueblo, al final, se cansará, y podría hacer pagar sus sufrimientos a los detentadores del capital, ya con cruentas proscripciones, ya saqueando sus palacios.

Frédéric vislumbró en un relámpago una oleada de hombres remangados invadiendo el gran salón de la señora Dambreuse, rompiendo los espejos a golpes de pica.

Sénécal continuaba: el obrero, a causa de la insuficiencia de los salarios, era más desgraciado que el ilota, el negro y el paria, sobre todo si tenía hijos.

—¿Acaso debe deshacerse de ellos asfixiándolos, como aconseja no sé que doctor inglés, discípulo de Malthus?

Y se volvió a Cisy:

—¿No tendremos más remedio que seguir los consejos del infame Malthus?

Cisy, que ignoraba la infamia e incluso la existencia de Malthus, respondió que, a pesar de todo, se socorrían bastantes miserias, y que las clases elevadas...

—¡Ah!, ¡las clases elevadas! —dijo con risa burlona, el socialista—, la única elevación que cuenta es la del espíritu. No queremos limosnas, entiende, sino la igualdad, el justo reparto de los productos.

Lo que pedía era que el obrero pudiese llegar a capitalista, como el soldado a coronel. Los gremios, al menos, limitando el número de los aprendices, impedían la inflación de la oferta de trabajadores, y el sentimiento de la fraternidad se mantenía por medio de fiestas, los estandartes.

Hussonnet, como poeta, echaba de menos los estandartes; Pellerin también; era una predilección que le había nacido en el café Dagneaux, escuchando los discursos de los falansterianos. Declaró que Fourier era un gran hombre.

—¡Vaya! —dijo Deslauriers—. Un animal de toda la vida que ve en las caídas de imperios efectos de la venganza divina. Es como el señor Saint-Simon y sus partidarios, con su odio a la Revolución francesa: una pila de farsantes que querrían restaurarnos el catolicismo.

El señor de Cisy, sin duda para aclararse o para dar buena impresión, empezó a reír en voz baja.

—¿Esos dos sabios no son, pues, de la opinión de Voltaire?

—A ése se lo regalo —replicó Sénécal.

—¿Cómo?, yo creía...

—¡Pues no!, ¡no amaba al pueblo!

Después, la conversación descendió a los acontecimientos contemporáneos: las bodas españolas, las dilapidaciones de Rochefort, la reforma del cabildo de Saint-Denis, todo lo cual acarrearía un aumento de los impuestos. Según Sénécal, ya se pagaban bastantes.

—¿Y para qué, Dios santo?, ¡para levantar palacios a los monos del Museo, hacer desfilar por nuestras plazas brillantes estados mayores, o permitir que los lacayos del

Castillo mantengan una etiqueta gótica!

—He leído en *La Moda* —dijo Cisy—, que el día de San Fernando, en el baile de las Tullerías, todo el mundo llevaba disfraces de carnaval con botas, calzón y cascos de plumas.

—Sí, ¿no es algo lamentable? —dijo el socialista encogiendo los hombros de asco.

—Y el museo de Versalles —exclamó Pellerin—. Hablemos de esto. Aquellos imbéciles han quitado cuadros de Delacroix para dejar más espacio a los de un tal Gros. En el Louvre, han restaurado, rascado y manoseado los cuadros de tal manera que, dentro de seis años, quizás no quedará ni uno. En cuanto a los errores del catálogo, un alemán ha escrito todo un libro sobre esto. Los extranjeros, a fe mía, se burlan de nosotros.

—Sí, somos la risa de Europa —dijo Sénécal.

—Es porque el Arte está enfeudado a la Corona.

—Mientras no tengáis el sufragio universal...

—¡Permitidme!, pues el artista, rechazado durante veinte años en todos los salones, estaba furioso contra el Poder. Eh, que nos dejen tranquilos. ¡Yo no pido nada!, sólo a las cámaras compete legislar sobre los intereses del Arte. Habría que crear una cátedra de estética, cuyo profesor, a la vez práctico y teórico, llegaría, espero, a agrupar a la muchedumbre. Usted, Hussonnet, haría bien escribiendo algo sobre esto en su periódico.

—¿Es que los periódicos son libres?, ¿lo somos nosotros? —dijo Deslauriers con arrebató—. Cuando pienso que pueden hacer falta hasta veintiocho formalidades para tener derecho a botar un barquito en el río, me dan ganas de ir a vivir con los antropófagos. El gobierno nos come vivos. Todo es suyo, la filosofía, el derecho, las artes, el aire que respiramos; y Francia bajo la bota del gendarme y el disfraz de los cómicos.

El futuro Mirabeau descargaba así su bilis, a sus anchas. Finalmente, tomó su copa, se levantó y, con el puño en la cadera y los ojos encendidos:

—Brindo por la destrucción completa del orden actual, es decir, de todo lo que llaman Privilegio, Monopolio, Dirección, Jerarquía, Autoridad, Estado —y, levantó más la voz—: ¡que yo quisiera romper como esto! —lanzando sobre la mesa la bella copa de pie, que se deshizo en mil pedazos.

Todos aplaudieron y especialmente Dussardier.

El espectáculo de las injusticias le hacía saltar el corazón. Estaba preoupado por Barbes; era de esos que se echan debajo de los coches para socorrer a los caballos caídos. Su erudición se limitaba a dos obras, una titulada *Crímenes de los reyes*, la otra *Misterios del Vaticano*. Había estado escuchando al abogado con la boca abierta, con verdadera delicia. Por fin, no aguantando más:

—Yo lo que le reprocho a Luis Felipe es que abandone a los polacos.

—¡Un momento! —dijo Hussonnet—. Primero, Polonia no existe; es una invención de Lafayette. Los polacos, en general, son todos del *faubourg* Saint-Marceau, pues los verdaderos se ahogaron con Poniatowski.

En resumen, no daba en el clavo, estaba de vuelta de todo. Era como la serpiente de mar, la revocación del Edicto de Nantes, y esa vieja broma de la noche de San Barthélemy.

Sénécal, sin defender a los polacos, subrayó las últimas palabras del letrado. Habían calumniado a los papas, que, después de todo, defendían al pueblo, y llamaba a la Liga «la aurora de la Democracia, un gran movimiento igualitario contra el individualismo de los protestantes».

Frédéric estaba un poco sorprendido por estas ideas. Probablemente aburrían a Cisy, pues llevó la conversación a los cuadros vivos del Gimnasio, que entonces atraían a mucha gente.

Sénécal se afligió por esto. Tales espectáculos corrompían a las hijas del proletariado; además, se las veía hacer ostentación de un lujo insolente. Por eso aprobaba a los estudiantes bávaros que habían insultado a Lola Montes. A semejanza de Rousseau, hacía más caso a la mujer de un carbonero que a la amante de un rey.

—¿Usted se ríe de las trufas? —replicó majestuosamente Hussonnet. Y asumió la defensa de estas señoras, en favor de Rosanette.

Después, hablando de su baile y del traje de Arnoux:

—¿Dicen que está con un pie en el aire? —dijo Pellerin.

El marchante de cuadros acababa de tener un pleito por sus terrenos de Belleville, y actualmente era socio con otros truhanes de su calaña en una compañía de caolín de la Baja Bretaña.

Dussardier sabía más; pues el patrón que tenía, el señor Moussinot, había recabado informes sobre Arnoux al banquero Oscar Lefebvre, quien le había respondido que lo juzgaba como poco sólido, pues estaba al corriente de sus prórrogas.

Ya habían tomado el postre; pasaron al salón, tapizado como el de la Maríscala, de damasco amarillo, y de estilo Luis XVI.

Pellerin reprochó a Frédéric no haber escogido con preferencia el estilo neogriego. Sénécal frotó cerillas contra las colgaduras; Deslauriers no hizo ninguna observación.

Las hizo en la biblioteca, que calificó de biblioteca de niña. La mayor parte de los escritores contemporáneos estaban allí representados. No fue posible hablar de sus obras, pues Hussonnet, enseguida, empezaba a contar anécdotas sobre sus personas, criticando sus caras, sus hábitos, sus costumbres, su forma de vestir, exaltando los talentos de decimoquinta categoría, denigrando los de primera, y deplorando, por supuesto, la decadencia moderna. Tal cancioncilla aldeana contenía, ella sola, más poesía que todos los

líricos del siglo XIX; Balzac estaba sobrestimado, Byron por los suelos, Hugo no entendía nada de teatro, etc.

—¿Por qué —dijo Sénécal— no tiene usted los volúmenes de nuestros poetas obreros?

Y el señor de Cisy, que se ocupaba de literatura, se extrañó de no ver sobre la mesa de Frédéric fisiologías nuevas, fisiología del fumador, del pescador de caña, del consumidor.

Llegaron a irritarle tanto que le entraron ganas de echarlos a empujones: «¡Pero me estoy volviendo tonto!».

Y tomando aparte a Dussardier, le preguntó si podía servirle en algo. El buen chico se conmovió. Con su puesto de cajero no necesitaba nada.

Luego, Frédéric llevó a su habitación a Deslauriers, y, sacando de su secreter dos mil francos:

—Toma, amigo mío, guárdalos. Es el resto de mis viejas deudas.

—Pero... ¿Y el periódico? —dijo el abogado—. He hablado de él a Hussonnet, ya lo sabes.

Y a la respuesta de Frédéric que se encontraba «un poco apurado» en este momento, el otro sonrió maliciosamente.

Después de los licores bebieron cerveza; después de la cerveza tomaron *grog*s; volvieron a fumar unas pipas. Por fin, a las cinco de la tarde, todos se fueron; y caminaban unos detrás de otros, sin hablar, cuando Dussardier empezó a decir que Frédéric había sido un perfecto anfitrión. Todos estuvieron de acuerdo.

Hussonnet declaró que la comida había sido un poco pesada. Sénécal criticó el tono frívolo de su apartamento.

Cisy opinaba lo mismo. Aquello carecía totalmente de «gusto».

—Creo —dijo Pellerin— que habría podido encargarse un cuadro.

Deslauriers estaba callado, con sus billetes de banco en el bolsillo del pantalón.

Frédéric se había quedado solo. Pensaba en sus amigos y sentía que entre ellos y él se había abierto un foso lleno de sombra. Les había tendido la mano, sin embargo no habían correspondido a la franqueza de su corazón.

Recordó las palabras de Pellerin y de Dussardier sobre Arnoux. ¿Eran una invención, una calumnia tal vez? Pero ¿por qué? Y le pareció ver a Mme. Arnoux arruinada, llorando, teniendo que vender sus muebles. Esta idea le atormentó toda la noche; al día siguiente se presentó en su casa.

No sabiendo cómo empezar para decirle lo que sabía, le preguntó a modo de conversación, si Arnoux seguía teniendo aquellos terrenos de Belleville.

—Sí, continúa.

—¿Está ahora metido en una sociedad para la explotación de caolín de Bretaña, según creo?

—Es cierto.

—Su fábrica marcha muy bien, ¿verdad?

—Pues... lo supongo.

Y, observando que vacilaba:

—¿Qué pasa, pues?, me da usted miedo.

Le comunicó la historia de las renovaciones de crédito. Ella bajó la cabeza y dijo:

—Me lo temía.

En efecto, Arnoux, esperando hacer una buena especulación, no había querido vender sus terrenos, había pedido prestado sobre ellos una gran cantidad, había pensado recuperarse estableciendo una fábrica. Los gastos habían superado las previsiones. Ella no sabía más; eludía toda pregunta y afirmaba continuamente que «la cosa marchaba muy bien».

Frédéric trató de tranquilizarla. Eran tal vez dificultades pasajeras. En todo caso, si supiera algo más, se lo comunicaría.

—¡Oh, sí!, ¿verdad? —dijo ella con las manos juntas en actitud de súplica. Él podía, pues, serle útil. Entraba así en su vida, en su corazón.

Llegó Arnoux.

—¡Ah!, qué amable venir a buscarme para cenar.

Frédéric no sabía qué decir.

Arnoux habló de cosas sin importancia, después advirtió a su mujer que regresaría muy tarde, pues tenía una cita con el señor Oudry.

—¿En su casa?

Pues claro, en su casa.

Bajando los escalones confesó que, como la Mariscala estaba libre, iba a divertirse con ella al «Moulin Rouge»; y como siempre necesitaba alguien con quien desahogarse, pidió a Frédéric que le acompañase hasta la puerta.

En vez de entrar, se puso a pasear por la acera, observando la ventana del segundo piso. De pronto se descorrieron las cortinas.

—¡Ah!, ¡bravo! El tío Oudry ya no está. ¡Buenas noches!

¿Era, pues, el tío Oudry quien la sostenía? Frédéric no sabía ya qué pensar.

Desde aquel día, Arnoux estuvo aún más cordial que antes; le invitaba a cenar en casa de su amante, y pronto Frédéric frecuentó a la vez las dos casas.

La de Rosanette le divertía. Iban allí de noche, al salir del club o del espectáculo; tomaban una taza de té, jugaban una partida de lotería; los domingos, jugaban a las adivinanzas; Rosanette, más revoltosa que las demás, se distinguía por sus ocurrencias graciosas, como correr a cuatro patas o ponerse un gorro de algodón. Para asomarse a la ventana a ver a los que pasaban por la calle, tenía un sombrero de cuero lavable, fumaba chibuis, cantaba tirolesas. Por la tarde, como estaba desocupada, recortaba flores en un trozo de tela persa y las pegaba ella misma en los cristales, embadurnaba de pintura a sus dos perritos o se echaba a sí misma la buenaventura. Incapaz de resistir un deseo, se encaprichaba por un muñeco que había visto, no dormía, corría a comprarlo, lo cambiaba por otro, y estropeaba las telas, perdía sus joyas, derrochaba el dinero, habría vendido la camisa por un palco de proscenio. A menudo preguntaba a Frédéric la significación de una palabra que había leído, pero no escuchaba su respuesta, pues saltaba rápidamente a otra idea, multiplicando las preguntas. A excesos de alegría sucedían cóleras infantiles; o bien soñaba sentada en el suelo, delante del fuego, cabeza baja y la rodilla entre sus manos, más inerte que una culebra aletargada. Sin guardar recato alguno, se vestía delante de él, se quitaba despacio las medias de seda, después se lavaba a fondo la cara, echando la cintura hacia atrás como una náyade temblorosa; y la risa de sus dientes blancos, el brillo de sus ojos, su belleza, su alegría hacían perder la cabeza a Frédéric y excitaban sus nervios.

Frédéric casi siempre encontraba a Mme. Arnoux enseñando a leer a su niño, o detrás de la silla de Marthe, que hacía gamas en el piano; cuando trabajaba en una labor de costura, era para él un gran honor recogerle a veces las tijeras. Todos sus movimientos eran de una majestad tranquila; sus manecitas parecían hechas para repartir limosnas, para enjugar lágrimas, y su voz, un poco apagada por naturaleza, alcanzaba tonos acariciadores y como ligerezas de brisa.

La literatura no la entusiasmaba, pero su ingenio cautivaba con palabras sencillas y penetrantes. Le gustaban los viajes, el rumor del viento entre los árboles, pasearse con la cabeza descubierta bajo la lluvia. Frédéric escuchaba estas cosas con verdadera delicia, creyendo ver el comienzo de un abandono de sí misma.

El trato de estas dos mujeres ponía en su vida como dos músicas: una juguetona, arrebatada, divertida, la otra grave y casi religiosa; y vibraban juntas, seguían creciendo y poco a poco se mezclaban. Pues, si Mme. Arnoux llegaba a tocarle solamente con el dedo, la imagen de la otra inmediatamente surgía en su deseo, porque, por este lado, tenía una posibilidad más lejana; y estando con Rosanette, cuando llegaba a emocionarse, recordaba inmediatamente a su gran amor.

Esta confusión era provocada por semejanzas entre las dos casas. Uno de los dos arcones que antaño se veían en el bulevar Montmartre adornaba ahora el comedor de

Rosanette; el otro, el salón de Mme. Arnoux. En las dos casas, los servicios de mesa eran semejantes, y se encontraba incluso el mismo tapete de terciopelo sobre las butacas; además, una cantidad de pequeños regalos, pantallas, cajas, abanicos, iban y venían de casa de la amante a la de la esposa, pues sin el menor miramiento Arnoux, a menudo, volvía a quitar a una lo que le había dado a la otra.

La Mariscala se reía con Frédéric a propósito de estos malos modales. Un domingo, después de cenar, ella lo llevó detrás de la puerta y le enseñó en el paleta de Arnoux una bolsa de pasteles que acababa de escamotear en la mesa, para invitar, sin duda, a su pequeña familia. El señor Arnoux se dedicaba a hacer travesuras que rayaban en la desvergüenza. Para él constituía un deber no pagar los arbitrios municipales; se colaba en el espectáculo sin pagar, con una entrada de segunda pasaba a primera, y contaba como una gracia extraordinaria que acostumbraba, en los baños fríos, a poner en el cepillo del encargado un botón de calzoncillo por una moneda de diez sueldos; todo lo cual no impedía que la Mariscala le amara.

Sin embargo, ella dijo un día, hablando de él:

—¡Ah!, ya empieza a aburrirme. Ya estoy harta. A fe mía, mala suerte, ya encontraré otro.

Frédéric creía que «el otro» ya lo había encontrado y que se llamaba señor Oudry.

—¡Bueno! —dijo Rosanette—, ¿qué más da?

Después, en tono lloroso.

—Le pido muy poca cosa, pero él no quiere, el bobo. No quiere. En cuanto a sus promesas, ¡oh!, es diferente.

Le había prometido un cuarto de sus beneficios en las famosas minas de caolín; nunca se había visto nada, como tampoco el cachemir con el que venía engañándola desde hacía seis meses.

Sin embargo, es un buen hombre, su propia mujer lo decía. Pero ¡tan loco! En vez de llevar todos los días gente a cenar a su casa, ahora invitaba a sus conocidos al restaurante. Compraba cosas completamente inútiles, tales como cadenas de oro, relojes de chimenea, artículos, cosas para la casa. Mme. Arnoux enseñó incluso a Frédéric, en el pasillo, un enorme surtido de cacerolas, cazos, estufillas y samovares. Por fin, un día ella le confesó sus preocupaciones: Arnoux le había hecho firmar un pagaré, suscrito a la orden del señor Ambreuse.

Entretanto, Frédéric no abandonaba sus proyectos literarios, por una especie de pundonor consigo mismo. Quería escribir una historia de la estética, fruto de sus conversaciones con Pellerin, después escenificar diferentes épocas de la Revolución francesa y escribir una gran comedia, bajo la influencia indirecta de Deslauriers y de Hussonnet. A menudo, en medio de su trabajo se le aparecía la cara de la una o la otra;

luchaba contra los deseos de verla, no tardaba en ceder a ellos; y estaba más triste al volver de casa de Mme. Arnoux.

Una mañana en que estaba rumiando su melancolía junto al fuego, entró Deslauriers. Los discursos incendiarios de Sénécál habían preocupado a su patrón, y, una vez más, se encontraba sin recursos.

—¿Qué quieres que haga? —dijo Frédéric.

—¡Nada! No tienes dinero, lo sé. Pero no te sería difícil encontrarle un puesto por medio del señor Dambreuse o bien de Arnoux.

Arnoux debía de necesitar ingenieros en su establecimiento. Frédéric tuvo una idea: Sénécál podría informarle de las ausencias del marido, llevar cartas, ayudarle en mil ocasiones que podrían presentarse. De hombre a hombre, siempre se hacen estos servicios. Además, encontraría medio de servirse de él sin que lo sospechase. La casualidad le ofrecía una ayuda, era de buen augurio, había que aprovecharla y, afectando indiferencia, contestó que era factible y que él se encargaría de ello.

E inmediatamente puso manos a la obra. Arnoux se afanaba mucho en su fábrica. Buscaba el rojo de los chinos, pero sus colores se volatilizaban por la cochura. A fin de evitar las grietas de sus cerámicas, mezclaba cal con arcilla; pero las piezas se rompían la mayor parte, el esmalte de sus pinturas en frío hacía burbujas, sus grandes placas se alabeaban; y, atribuyendo estos errores al mal utillaje de su fábrica, quería que le hicieran otros molinos para triturar, otros secaderos. Frédéric recordó algunas de estas cosas y lo abordó para decirle que había encontrado a un hombre muy competente, capaz de dar con su famoso rojo. Arnoux dio un salto, luego, después de escucharle, contestó que no necesitaba a nadie.

Frédéric ensalzó los conocimientos prodigiosos de Sénécál, ingeniero, químico y contable en una pieza, además de ser un matemático destacado.

El fabricante de loza quiso verlo.

Los dos discutieron acerca de los emolumentos. Frédéric intervino y, al cabo de una semana, consiguió que llegasen a un acuerdo.

Pero, como la fábrica estaba en Greil, Sénécál no podía ayudarle en nada. Esta reflexión, muy sencilla, le abatió el ánimo como si fuera una desgracia.

Pensó que cuanto más alejado estuviese Arnoux de su mujer, más ocasiones tendría él de estar con ella. Entonces comenzó a hacer la apología de Rosanette, en todo momento; le hizo ver todas las equivocaciones que había cometido con ella, contó las vagas amenazas del otro día, e incluso habló del cachemir, sin ocultarle que ella le acusaba de avaricia.

Arnoux, disgustado por lo que le habían dicho, y, por otra parte, empezando a

preocuparse, llevó el cachemir a Rosanette, pero le riñó por haberse quejado a Frédéric; como ella le decía que le había recordado cien veces su promesa, él quiso justificar que no se había acordado porque tenía demasiadas ocupaciones.

Al día siguiente, Frédéric se presentó en casa de ella. Aunque eran las diez, estaba todavía acostada. Y, a su cabecera, Delmar, sentado ante un velador, estaba terminando una rebanada de pan con foie-grass. Ella gritó de lejos:

—¡Lo tengo!, ¡lo tengo!

Luego, cogiéndolo por las orejas, lo besó en la frente, le dio las gracias varias veces, le tuteó, quiso incluso que se sentara en su cama. Sus hermosos ojos tiernos chispeaban, su boca húmeda sonreía, sus brazos regordetes salían de su camisón sin mangas; y de vez en cuando, adivinaba, a través de la batista, los firmes contornos de su cuerpo. Delmar mientras tanto hacía juegos de ojos.

—Pero verdaderamente, amiga, mi querida amiga...

Lo mismo ocurrió las veces siguientes. Tan pronto entraba Frédéric, ella se subía en un cojín para que la abrazase mejor, le llamaba monin, querido, le ponía una flor en el ojal, le arreglaba la corbata; estas atenciones se redoblaban cuando estaba allí Delmar.

¿Eran insinuaciones? Frédéric lo creyó. En cuanto a engañar a un amigo, Arnoux, en su lugar, no se habría preocupado por ello lo más mínimo y él tenía perfecto derecho a no ser virtuoso con su amante, habiéndolo sido siempre con su mujer; pues creía haberlo oído, o más bien hubiera querido hacérselo creer para justificar su prodigiosa cobardía. El se sentía, sin embargo, un estúpido, y resolvió decidirse resueltamente por la Mariscala.

Así que una tarde, cuando ella se agachaba delante de una cómoda, él se le acercó e hizo un gesto de elocuencia tan poco ambigua que ella se levantó toda colorada. Él repitió inmediatamente; entonces ella se echó a llorar, diciendo que era muy desgraciada y que ésa no era una razón para que la despreciasen.

Él reiteró sus tentativas. Ella tomó otra actitud, que fue la de reír siempre. Él juzgó inteligente replicarle en el mismo tono, y exagerándolo. Pero se mostraba demasiado alegre para que ella lo creyese sincero; y su camaradería era un obstáculo a la manifestación de toda emoción seria. Por fin, un día, le contestó que ella no aceptaba los restos de otra.

—¿Qué otra?

—Pues, sí, vete a ver a Mme. Arnoux.

Pues Frédéric hablaba frecuentemente de ella; Arnoux, por su parte, tenía la misma manía; al final, ella se impacientaba escuchando siempre ensalzar a aquella mujer; y su acusación era una especie de venganza.

Frédéric le guardó rencor por esto.

Por lo demás, ella comenzaba a irritarle fuertemente. A veces, haciendo el papel de experimentada, hablaba mal del amor con una risa escéptica, que entraban ganas de darle unas bofetadas. Un cuarto de hora después, era la única cosa que había en el mundo, y, cruzando los brazos sobre el pecho, como para abrazar a alguien, murmuraba: «¡Oh!, ¡sí!, ¡es bueno!, ¡es tan bueno!» con los ojos entreabiertos y medio pasmada de arrebató. Era imposible conocerla, saber, por ejemplo, si amaba a Arnoux, pues se burlaba de él y parecía tenerle celos. Lo mismo con la Vatnaz, a quien llamaba una miserable, y otras veces su mejor amiga. Tenía, en fin, en toda su persona, y hasta en la manera de colocarse el moño, algo de indecible que parecía un desafío; y él la deseaba, más que nada por el placer de vencerla y dominarla.

¿Cómo hacer?, pues a menudo ella le despedía sin ninguna ceremonia, apareciendo un minuto entre dos puertas para cuchichear: «Estoy ocupada; ¡hasta la noche!»; o bien la encontraba en medio de una docena de personas: y cuando estaban solos, se juraría que era una apuesta por los impedimentos que se sucedían. Él la invitaba a cenar, pero ella rechazaba siempre; una vez que aceptó, no se presentó.

A Frédéric se le ocurrió una idea maquiavélica.

Conociendo por Dussadier las recriminaciones de Pellerin a este propósito, se le ocurrió encargarle el retrato de la Maríscala, un retrato de tamaño natural que exigiese muchas sesiones de pose; él no faltaría a ninguna; la falta de puntualidad habitual en el artista facilitaría los encuentros a solas. Comprometió, pues, a Rosanette a que se dejase pintar para ofrecer su retrato a su querido Arnoux. Ella aceptó, pues se veía en medio del gran Salón, en el puesto de honor, con una muchedumbre delante de ella, y los periódicos hablarían de esto, lo cual sería para ella un «lanzamiento» inmediato.

En cuanto a Pellerin, aceptó sin vacilar la proposición. Este retrato debía situarlo entre los grandes, sería una obra maestra.

Pasó revista en su memoria a todos los retratos que conocía hechos por grandes pintores, y se decidió finalmente por un Ticiano, el cual pensaba realzar con adornos al estilo del Veronés. Así que ejecutaría su proyecto sin artificios de sombras en una luz franca que iluminase las carnes con un solo tono y haciendo chispear las decoraciones.

—¿Si le pusiera —pensaba— un vestido de seda rosa, con un albornoz oriental? ¡Oh!, ¡no!, ¡vulgar el albornoz! ¿O tal vez mejor si la vistiera de terciopelo azul, sobre un fondo gris, muy brillante? ¿Se le podría poner una gorguera de guipur blanco, con un abanico negro y una cortina escarlata por detrás?

En semejantes investigaciones cada día ampliaba concepciones del cuadro y se maravillaba de ello.

Le dio un vuelco el corazón cuando Rosanette, acompañada de Frédéric, se presentó en su estudio para la primera sesión. La colocó de pie, sobre una especie de tarima, en el centro de la habitación; y quejándose del día y echando de menos su antiguo estudio, le

hizo primero apoyarse de codos en un pedestal, después sentarse en un sillón, y a ratos se alejaba de ella y se acercaba para corregir de un papirotazo los pliegues del vestido, la miraba con los ojos entreabiertos, y pedía su opinión a Frédéric.

—¡Bueno, no! —exclamaba—. Vuelvo a mi primera idea. La voy a vestir de veneciana.

Llevaría un vestido de terciopelo amapola con un cinturón de orfebrería, y su amplia manga forrada de armiño dejaría ver su brazo desnudo tocando la balaustrada de una escalera que subía detrás de ella. A su izquierda, una gran columna hasta la parte alta del lienzo iba a juntarse con arquitecturas describiendo un arco. Por debajo se verían vagamente macizos de naranjos casi negros, en los que se destacaría un cielo azul listado de nubes blancas. Sobre el balaustre cubierto de un tapiz habría, en una bandeja de plata, un ramillete de flores, un rosario de ámbar, un puñal y un cofrecito de viejo marfil un poco amarillo rebosando cequíes de oro; algunos incluso, desparramados por el suelo, formarían una serie de salpicaduras brillantes, de manera que atrajesen la mirada hacia la punta de su pie, pues ella estaría colocada sobre el penúltimo escalón, en un movimiento natural y en plena luz.

Fue a buscar una caja de embalar cuadros y la puso sobre el estrado para figurar la escalera; después dispuso como accesorios sobre un taburete, a guisa de balaustrada, su chaquetón, un escudo, una caja de sardinas, un paquete de plumas, un cuchillo, y, después de haber esparcido delante de Rosanette una docena de grandes monedas, le hizo ponerse en pose.

—Imagínese que esas cosas son riquezas, presentes espléndidos. ¡La cabeza un poco hacia la derecha! ¡Perfecto!, ¡y no se mueva! Esta actitud majestuosa va bien con su tipo de belleza.

Ella tenía un vestido escocés con un gran manguito y hacía esfuerzos para aguantarse la risa.

—En cuanto al peinado, le ensartaremos algunas perlas; eso produce siempre buen efecto en los cabellos rojos.

La Maríscala protestó diciendo que no tenía el pelo rojo.

—Déjeme a mí. El rojo de los pintores no es el de la gente común.

Comenzó a esbozar la posición de las masas; y estaba tan obsesionado con los grandes artistas del Renacimiento que hablaba de ellos. Durante una hora soñó en voz alta con aquellas existencias magníficas, llenas de genio, de gloria y de suntuosidades, con entradas triunfales en las ciudades y festines a la luz de los candelabros, en medio de mujeres medio desnudas, bellas como diosas.

—Usted está hecha para vivir en aquella época. Una criatura de su calidad habría sido digna de un monseñor.

Rosanette encontraba muy amables estos cumplidos. Fijaron el día de la siguiente sesión; Frédéric se encargó de llevar los accesorios.

Como el calor de la estufa la habría mareado un poco, regresaron a pie por la calle del Bac y llegaron al puente Royal.

Hacía un tiempo bueno, rudo y espléndido. El sol se ponía, algunos cristales de casas en la Cité brillaban a lo lejos como láminas de oro, mientras que, por detrás, a la derecha, las torres de Notre-Dâme alzaban su perfil negro sobre el cielo azul, suavemente teñido en el horizonte de vapores grises. Sopló el viento: y como Rosanette dijo que tenía apetito, entraron en la Pastelería Inglesa.

Mamás jóvenes, con sus niños, comían de pie pegadas al mostrador de mármol, donde se apiñaban los platos de pastelitos bajo campanas de cristal. Rosanette tomó dos pasteles de nata. El azúcar en polvo le hacía bigotes en las comisuras de la boca. De vez en cuando, para limpiarse, sacaba el pañuelo de su manguito; y su cara parecía, bajo la capucha de seda, una rosa abierta.

Siguieron caminando; en la calle de la Paix se detuvo ante la tienda de un orfebre a mirar una pulsera; Frédéric quiso regalársela.

—No —dijo ella—. Guarda el dinero.

Estas palabras le ofendieron.

—¿Qué tiene mi cariño? ¿Está triste?

Y, reanudando la conversación, pasó, como de costumbre, a sus protestas de amor.

—Ya sabes que es imposible.

—¿Por qué?

—¡Ah!, porque...

Iban juntos, ella apoyada en el brazo de él, y los volantes de su vestido chocaban contra sus piernas. Entonces se acordó de un atardecer de invierno, en aquella misma acera Mme. Arnoux caminaba también a su lado; y este recuerdo le absorbió de tal modo que ya no se daba cuenta de Rosanette ni pensaba en ella.

Ella miraba hacia adelante, al azar, mientras se dejaba un poco llevar como un niño perezoso. Era la hora en que la gente volvía del paseo, y los coches de lujo desfilaban al trote ligero sobre el pavimento seco. Recordando, sin duda, los halagos de Pellerin, lanzó un suspiro.

—Las hay que son felices. Decididamente, yo estoy hecha para un hombre rico.

Él replicó en tono brutal:

—Pero usted tiene uno —pues el señor Oudry pasaba por ser tres veces millonario.

Ella no deseaba más que deshacerse de él.

—¿Quién se lo impide?

Y se desfogó en sarcasmos contra aquel viejo burgués de peluca, tratando de mostrarle que semejante relación era indigna y que debía romperla.

—Sí —respondió la Maríscala, como hablándose a sí misma—. Es lo que acabaré haciendo, sin duda.

Frédéric quedó encantado de tanto desinterés. Ella acertaba el paso, él creyó que estaba cansada. Pero se obstinó en no querer coche y delante de su puerta le despidió enviándole un beso con la punta de los dedos.

«¡Ah, qué lástima!, ¡y pensar que unos imbéciles me tienen por rico!».

Llegó triste a casa.

Hussonnet y Deslauriers le estaban esperando.

El bohemio, sentado ante su mesa, dibujaba cabezas de turco, y el abogado, con las botas llenas de barro, dormitaba sobre el diván.

—¡Ah!, por fin —exclamó—. ¡Pero qué hurraño! ¿Puedes escucharme?

Su reputación como profesor disminuía, pues atiborraba a sus alumnos de teorías que les perjudicaban en los exámenes. Había defendido dos o tres pleitos en el juzgado y había perdido, y cada nueva decepción le hacía volver a su antiguo sueño: un periódico donde pudiese explayarse, vengarse, escupir su bilis y sus ideas. Por lo demás, el resultado de ello serían fortuna y fama. Con esta esperanza había embaucado al bohemio, pues Hussonnet disponía de una hoja.

Ahora la tiraban en papel rosa; inventaba bulos, componía jeroglíficos, intentaba entablar polémicas e incluso, a pesar de la falta de espacio, ¡quería organizar conciertos! La suscripción por un año daba derecho a una localidad de patio de butacas en uno de los principales teatros de París; además, la administración se encargaba de proporcionar a los señores extranjeros todas las informaciones que desearan, artísticas y de otra índole. Pero el impresor amenazaba, le debían tres meses de alquiler al propietario, surgían dificultades de todas clases; y Hussonnet habría dejado perecer *El Arte* si no fuera por los ánimos del abogado, que le levantaba la moral diariamente. Lo había llevado consigo para dar mayor peso a su iniciativa.

—Estamos aquí por el periódico —dijo.

—¡Vaya! Sigues pensando en él —respondió Frédéric, en tono distraído.

—Por supuesto que pienso en él.

Y expuso de nuevo su plan. Para las informaciones de Bolsa, se pondrían en relación con financieros, y de este modo obtendrían los cien mil francos de fianza indispensables.

Pero, para que la hoja pudiese transformarse en periódico político, había que asegurarse una amplia clientela, y, para esto, decidirse a hacer alguna inversión, un tanto para los gastos de papelería, de imprenta, de oficina, en total una cantidad de quince mil francos.

—No tengo fondos —dijo Frédéric.

—¡Pues anda que nosotros! —dijo Deslauriers cruzándose de brazos.

Frédéric, ofendido por el gesto, replicó:

—¿Tengo yo la culpa?

—¡Ah!, ¡muy bien! Ellos tienen leña en su chimenea, trufas en su mesa, una buena cama, una biblioteca, un coche, ¡todas las satisfacciones! Pero que otro tirite en las buhardillas, cene por veinte sueldos, trabaje como un forzado y se hunda en la miseria ¿es culpa de ellos?

Y repetía: «¿Es culpa de ellos?» con una ironía ciceroniana que olía a Palacio de Justicia. Frédéric quería hablar.

—Además, comprendo, hay necesidades... aristocráticas: pues sin duda... alguna mujer...

—Bueno, y ¿si las hubiera? ¿No soy libre?

Y después de un minuto de silencio.

—¡Es tan fácil hacer promesas!

—¡Dios mío, no las niego! —dijo Frédéric.

—El abogado continuaba:

—En el colegio, se hacen juramentos, se constituirá una falange, se imitarán «los Trece» de Balzac. Después, cuando volvemos a encontrarnos: Buenas noches, amigo, ¡vete a paseo! Pues el que podría ayudar al otro se lo guarda todo para sí.

—¿Cómo?

—Sí, ¡ni siquiera nos has presentado a los Dambreuse!

Frédéric se quedó mirándolo; con su pobre levita, sus lentes translúcidos y su cara pálida, el abogado le pareció tan pedante que no pudo evitar un gesto de sonrisa de desprecio en sus labios. Deslauriers se dio cuenta y se puso colorado.

Tenía ya el sombrero en la mano para marcharse. Hussonnet, lleno de impaciencia, trataba de aplacarle con miradas suplicantes, y como Frédéric le volvía la espalda:

—¡Vamos, hombre! ¡Sea mi Mecenaz! ¡Proteja las Artes!

Frédéric, en un arranque de resignación, tomó un papel, y, después de escribir unas líneas en él, se lo alargó. La cara del bohemio se iluminó. Luego, pasando la carta a

Deslauriers:

—Disculpe, señor.

Su amigo apremiaba a su notario a que le enviase lo más pronto posible quince mil francos.

—¡Ah!, Te lo agradezco —dijo Deslauriers.

—¡Palabra de caballero! —añadió el bohemio—, es usted un buen hombre, le pondrán en la galería de los hombres benefactores.

El abogado replicó:

—No perderás nada en esto, la especulación es excelente.

—¡Ya lo creo! —exclamó Hussonnet—, apostaríamí cabeza.

Y contó tantas tonterías y prometió tantas maravillas (en las cuales tal vez creía) que Frédéric no sabía si lo decía para burlarse de los otros o de sí mismo.

Aquella tarde recibió una carta de su madre.

Se extrañaba de no verle todavía ministro y aprovechaba para tomarle un poco el pelo. Después hablaba de su salud y le decía que el señor Roque iba a visitarla. «Desde que quedó viudo, no he encontrado inconveniente en recibirle. Louise ha cambiado mucho y está muy guapa». Y en postdata: «No me dices nada de tus buenas relaciones con el señor Dambreuse; en tu lugar, yo las aprovecharía.» ¿Por qué no? Sus ambiciones intelectuales le habían dejado y su fortuna (él era consciente de ello) era insuficiente; pues, una vez pagadas sus deudas, y devuelta a los otros la cantidad convenida, su renta quedaría disminuida en cuatro mil francos, ¡por lo menos! Además, sentía necesidad de salir de aquella vida, de aferrarse a algo. Por eso, al día siguiente, cenando en casa de Mme. Arnoux, dijo que su madre le atormentaba para que abrazase una profesión.

—Pero yo creía —repuso ella— que el señor Dambreuse iba a hacerle entrar en el Consejo de Estado. Eso le iría muy bien.

Ella lo quería, pues. Él obedeció.

El banquero, igual que la primera vez, estaba sentado ante su mesa de despacho, y con un gesto le rogó que esperase unos minutos, pues un señor, de espaldas a la puerta, le hablaba de cosas serias. Se trataba de carbón mineral y de una Óperación de fusión entre diversas compañías.

Los retratos del general Foy y de Luis Felipe se emparejaban a cada lado del espejo; contra el zócalo de madera de la pared hasta el techo se apilaban clasificadores, y había seis sillas de paja, pues el señor Dambreuse no necesitaba para sus negocios un despacho más fastuoso; era como esas oscuras cocinas donde se preparan grandes festines. Frédéric observó sobre todo dos enormes cajas fuertes que se alzaban en los rincones. Se

preguntaba cuántos millones podían guardar. El banquero abrió una y la plancha de hierro giró, sin dejar ver dentro más que cuadernos de papel azul.

Por fin, el individuo pasó delante de Frédéric. Era el señor Oudry. Ambos se saludaron, sonrojándose, lo cual pareció extrañar al señor Dambreuse. Por lo demás, se mostró muy amable. Nada era más fácil que recomendar a su joven amigo al ministro de Justicia. Se alegraría mucho de tenerlo consigo; y terminó sus cortesías invitándole a una fiesta que daba dentro de unos días.

Frédéric subía al cupé para regresar, cuando llegó una tarjeta de la Maríscala. A la luz de las linternas leyó:

«¡Querido, he seguido sus consejos! Acabo de deshacerme de mi Osage. Desde mañana por la noche, libertad. ¡Diga que no soy valiente!».

Nada más, pero esto era invitarle a ocupar el puesto vacante. Lanzó una exclamación, guardó la tarjeta en el bolsillo y marchó.

Dos municipales a caballo estaban estacionados en la calle. Una fila de farolillos lucía sobre las dos puertas cocheras; unos criados gritaban en el patio para hacer avanzar los coches hasta el pie de la escalinata bajo la marquesina. Luego, de pronto, cesaba el ruido en el vestíbulo.

Grandes árboles ocupaban el hueco de la escalera; los globos de porcelana despedían una luz ondulante como reflejos de raso blanco sobre las paredes. Frédéric subió alegremente los escalones. Un ujier anunció su nombre; el señor Dambreuse le alargó la mano; casi al mismo tiempo apareció la señora Dambreuse.

Tenía un vestido malva con adornos de encaje, el pelo más rizado que de costumbre y ni una sola joya.

Se quejó de las pocas visitas de Frédéric, encontró un pretexto para decir algo. Llegaban los invitados; a modo de saludo, se inclinaban a los lados, hacían una inclinación profunda o un simple gesto con la cabeza; después pasaba un matrimonio, una familia, y todos se dispersaban por el salón ya lleno.

En el centro, bajo la lámpara, un enorme taburete soportaba un macetero, cuyas flores, inclinándose como penachos, caían sobre la cabeza de las mujeres sentadas en corro todo alrededor, mientras que otras ocupaban los sillones que formaban dos líneas rectas interrumpidas simétricamente por las grandes cortinas de las ventanas de terciopelo nacarado y los altos vanos de las puertas con dintel dorado.

La muchedumbre de los hombres que estaban de pie, con el sombrero en la mano, formaba, vista de lejos, una sola masa negra salpicada de puntos rojos por las cintas de las condecoraciones y que se hacía todavía más oscura por la monótona blancura de las corbatas. Salvo algunos jóvenes barbilampiños, todos parecían aburrirse; algunos dandis de aspecto huraño se columpiaban sobre sus talones. Las cabezas grises, las pelucas

abundaban; se veían brillar algunas calvas; y las caras, o muy encendidas o muy pálidas, presentaban un aspecto ajado, las huellas de inmensas fatigas, era gente relacionada con la política o con los negocios. El señor Dambreuse había invitado también a varios sabios, a magistrados, a dos o tres médicos ilustres, y declinaba en actitud humilde los elogios que le hacían de la velada y las alusiones a su riqueza.

Por todas partes circulaba gente de librea con galones dorados. Los grandes hachones como castillos de fuegos artificiales se abrían sobre las colgaduras; se reflejaban en los espejos; y en el fondo del comedor, tapizado por jazmines entrelazados, el aparador semejaba el altar mayor de una catedral o una exposición de orfebrería, por la cantidad de platos, de campanas, de cubiertos y cucharas de plata y plata dorada, en medio de los cristales tallados que entrecruzaban, por encima de las viandas, brillos irisados. Los otros tres salones rebosaban de objetos de arte: paisajes de maestros en las paredes, marfiles, y porcelanas en el borde de las mesas, objetos de China sobre las consolas; biombos de laca se abrían delante de las ventanas, matas de camelia se levantaban en las chimeneas; y una música ligera se oía a lo lejos, como un zumbido de abejas.

No había muchas cuadrillas, los bailarines, por la manera indolente de arrastrar sus escarpines, parecían cumplir con un deber. Frédéric oía frases como éstas:

—¿Estuvo usted en la última fiesta de caridad de casa Lambert, señorita?

—No, señor.

—¡Va a hacer un calor dentro de poco!

—Oh, sí, sofocante.

—¿De quién es esta polca?

—¡Santo cielo, señora! No se lo sé decir.

Y, detrás de él, tres viejos verdes, de pie en el hueco de una ventana, cuchicheaban comentarios obscenos; otros hablaban de ferrocarriles, de libre cambio; un deportista contaba una historia de caza; un legitimista y un orleanista discutían.

Yendo de grupo en grupo, llegó al salón de los jugadores, donde, en medio de gente seria, reconoció a Martinon, «ahora destinado en el tribunal de la capital».

Su gruesa cara color de cera llenaba decorosamente su collar, que era una maravilla por lo igualados que estaban todos los pelos negros; y, guardando un justo equilibrio entre la elegancia debida a su edad y la dignidad que reclamaba su profesión, ponía el pulgar bajo la axila al estilo de los petimetres, después metía el brazo bajo el chaleco como los doctrinarios. Aunque llevaba botas superbrillantes se había afeitado las sienes para tener la apariencia de un pensador.

Después de algunas palabras pronunciadas fríamente, se volvió a su conciliábulo. Un propietario decía:

—Es una clase de hombres que sueñan con cambiar la sociedad de arriba abajo.

—Piden la organización del trabajo —repuso otro—. ¿Cómo se puede concebir cosa semejante?

—¿Qué quiere usted? —dijo un tercero—, cuando vemos al señor de Genoude dar la mano al *Siècle*.

—Y a conservadores, incluso, que se titulan progresistas. ¿Para traernos qué?, ¿la República?, ¡como si la República fuera posible en Francia!

Todos declararon que la República era imposible en Francia.

—No importa —dijo en voz alta un señor—. Se ocupan mucho de la Revolución; se publican sobre ella muchas historias...

—Sin contar —dijo Martinon—, que hay quizá temas de estudio más serios.

Uno del Ministerio atacó los escándalos teatrales:

—Así, por ejemplo, ¡ese nuevo drama *La Reina Margot* sobrepasa verdaderamente los límites! ¿Qué necesidad había de que nos hablasen de los Valois? Todo esto contribuye a crear una imagen desfavorable de la realeza. Es como vuestra prensa. Las Leyes de Septiembre, por mucho que se diga, son infinitamente más suaves. Yo quisiera tribunales militares para amordazar a los periodistas A la menor insolencia, a comparecer ante un consejo de guerra. ¡Y adelante!

—¡Oh!, ¡tenga cuidado, señor, tenga cuidado! —dijo un profesor—, ¡no ataque nuestras preciosas conquistas de 1830!, ¡respetemos nuestras libertades!

—Más bien, lo que habría que hacer es descentralizar, distribuir por el campo la población que sobra en las ciudades.

—¡Pero si están gangrenados! —exclamó un católico—. Haced algo por fortalecer la Religión.

Martinon se apresuró a decir:

—En efecto, es un freno.

Todo el problema estaba en ese afán moderno de elevarse por encima de la propia clase, de gozar del lujo.

—Sin embargo —objetó un industrial—, el lujo favorece el comercio. Por eso veo bien que el duque de Nemours exija el calzón corto en sus fiestas.

—El señor Thiers fue a ella en pantalón. ¿Conoce usted sus palabras?

—Sí, encantadoras. Pero se inclina a la demagogia y su discurso sobre la cuestión de las incompatibilidades no ha dejado de influir en el atentado del 12 de mayo.

—¡Bah! ¡Eso!

—¡Ya! ¡Ya!

El corro tuvo que abrirse para dejar paso a un criado que llevaba una bandeja y que trataba de entrar en el salón de los jugadores.

Bajo la pantalla verde de las velas, hileras de cartas y de monedas de oro cubrían las mesas. Frédéric se detuvo ante una de ellas, perdió los quince napoleones que tenía en su bolsillo, hizo una pirueta y se encontró en el umbral del saloncito donde estaba la señora Dambreuse.

Estaba lleno de mujeres, pegadas las unas a las otras, en asientos sin respaldo. Sus largas faldas ahuecándose a su alrededor, parecían olas de donde emergía su talle y los senos se ofrecían a las miradas en el escote de los corpiños. Casi todas ellas llevaban un ramillete de violetas en la mano. El tono mate de sus guantes hacía resaltar la blancura humana de sus brazos; flecos, adornos, les colgaban sobre los hombros, y a veces, por ciertos movimientos, se creería que el vestido se iba a caer. Pero la decencia de las caras atenuaba las provocaciones del traje; varias, incluso, tenían una placidez casi bestial, y aquella concentración de mujeres semidesnudas hacía pensar en el interior de un harén; al joven se le ocurrió una comparación más grosera. En efecto, se encontraban allí bellezas de todo tipo: inglesas con perfil de álbum, una italiana cuyos ojos negros fulguraban como un Vesubio, tres hermanas vestidas de azul, tres normandas, frescas como manzanas de abril, una alta pelirroja con un aderezo de amatistas; y los blancos centelleos de los diamantes que temblaban como penachos en los peinados, las manchas luminosas de las pedrerías que se lucían sobre los pechos y el brillo suave de las perlas que enmarcaban las caras se mezclaban al reflejo de los anillos de oro, a los encajes, a los polvos, a las plumas, al bermellón de las boquitas, al nácar de los dientes. El techo, redondeado en forma de cúpula, daba al saloncito la forma de una canastilla; y el batir de los abanicos hacía circular una corriente de aire perfumado.

Frédéric, situado detrás de ellas, con su monóculo puesto, no juzgaba todos los hombros irreprochables; pensaba en la Maríscala, lo cual reprimía sus tentaciones o lo consolaba de ellas.

Sin embargo, miraba a la señora Dambreuse y la encontraba encantadora, a pesar de su boca un poco grande y las aletas de su nariz demasiado abiertas. Pero su gracia era particular. Los rizos de su cabellera tenían como una apasionada languidez y su frente color de ágata parecía guardar muchas cosas y denotaba un carácter.

Había puesto a su lado a la sobrina de su marido, joven bastante fea. De vez en cuando se levantaba para recibir a los que entraban, y el murmullo de las voces femeninas, que iba aumentando, era como un parloteo de aves.

Hablaban de los embajadores tunecinos y de sus trajes. Una señora había asistido a la última recepción de la Academia; otra habló del *Don Juan* de Molière, nuevamente ofrecido a los franceses. Pero la señora Dambreuse, designando a su sobrina con una

mirada, se puso un dedo en los labios mientras se le escapaba una sonrisa que desmentía la austeridad del gesto.

De pronto apareció Martinon, en frente, por la otra puerta. Ella se levantó. Él le ofreció su brazo; Frédéric, para verle continuar sus galanterías, atravesó las mesas de juego y se juntó con los dos en el salón; la señora Dambreuse dejó enseguida a su caballero y se puso a conversar con él en tono familiar.

Ella comprendía que él no jugase, no bailase.

—En la juventud se es triste.

Después, abarcando el baile, con una sola mirada:

—Además, ¿no es raro todo esto!, para ciertas naturalezas al menos.

Y se paraba delante de las hileras de sillones repartiendo a un lado y a otro palabras amables, mientras que unos viejos que tenían binóculos con dos patillas iban a hacerle la corte. Frédéric fue presentado a algunos de ellos. El señor Dambreuse le dio un ligero codazo y lo llevó consigo a la terraza.

Había visto al ministro. La cosa era fácil. Antes de ser propuesto para auditor en el Consejo de Estado tenía que pasar un examen; Frédéric, lleno de una inexplicable confianza en sí mismo, contestó que se sabía los temas.

El financiero no se sorprendía de esto, dados los elogios que de él le hacía el señor Roque.

Al oír este nombre, Frédéric volvió a ver a la pequeña Louise, su casa, su habitación; y recordó noches parecidas, en las que se quedaba en la ventana escuchando las carretas que pasaban. Este recuerdo de sus tristezas le hizo pensar en Mme. Arnoux; y se callaba mientras seguía paseando por la terraza. Las ventanas alzaban en medio de las tinieblas largas placas rojas; el ruido del baile se atenuaba; los coches empezaban a irse.

—¿Por qué —repuso el señor Dambreuse— tiene tanto interés en el Consejo de Estado?

Y afirmó, en un tono liberal, que las funciones públicas no conducían a nada, él sabía algo de esto; los negocios valían más. Federico objetó la dificultad de ponerse al corriente.

—¡Bah!, en poco tiempo yo le pondría.

¿Quería asociarle a sus empresas? El joven vio como un relámpago una inmensa fortuna en perspectiva.

—Volvamos dentro —dijo el banquero—. ¿Cena con nosotros, verdad?

Eran las tres, la gente se marchaba. En el comedor, una mesa servida aguardaba a los íntimos. El señor Dambreuse vio a Martinon, y, acercándose a su mujer, en voz baja:

—¿Es usted quien lo ha invitado?

—Pues sí.

La sobrina no estaba allí. Bebieron mucho, rieron estrepitosamente; y las bromas atrevidas no chocaron, pues todos sentían ese alivio que sigue a las tensiones un poco largas. Solamente Martinon se mantuvo serio; no quiso beber vino de Champagne para darse tono, por lo demás muy desenvuelto y cortés, pues como el señor Dambreuse, que era estrecho de pecho, se quejaba de opresión, preguntó por su salud varias veces; después dirigía sus ojos azulados hacia donde estaba la señora Dambreuse.

Ella se dirigió a Frédéric para preguntarle qué chicas le habían gustado. El no se había fijado en ninguna y prefería, por otra parte, a las mujeres de treinta años.

—¡Quizá no es una tontería! —respondió ella.

Después, mientras se ponían las pellizas y los abrigos, el señor Dambreuse le dijo:

—Venga a verme una mañana de éstas, hablaremos.

Martinon, al pie de la escalera, encendió un cigarro; y, al chuparlo, presentaba un perfil tan feo que su compañero soltó esta frase:

—Tienes una buena cabeza, palabra.

—Ha hecho girar a más de una —replicó el joven magistrado, en un tono a la vez convencido y molesto.

Al acostarse, Frédéric hizo un resumen de la velada. Primero, su atuendo (se había mirado en los espejos varias veces), desde el corte del traje hasta el lazo de los esca-pines, no dejaba nada sin tocar; había hablado a hombres importantes, había visto de cerca a mujeres ricas. El señor Dambreuse se había mostrado inmejorablemente y la señora Dambreuse casi insinuante. Pesó una a una sus menores palabras, mil cosas inanalizables y, sin embargo, expresivas. ¡Qué hermosa valentía sería tener de amante a una mujer como aquélla! ¿Por qué no, después de todo? Él valía tanto como otros. Quizá ella no era tan difícil. Martinon volvió enseguida a su memoria; y, adormeciéndose, sonreía de lástima por aquel pobre chico.

La idea de la Maríscala le despertó; aquellas palabras de su tarjeta:

«Desde mañana por la noche» era en efecto una cita para el día preciso. Esperó hasta las nueve, y corrió a su casa.

Alguien, que subía la escalera delante de él, cerró la puerta. Tiró de la campanilla; Delfina acudió a abrir y dijo que la señora no estaba.

Frédéric insistió, rogó. Tenía que comunicarle algo muy grave, una sola palabra. Finalmente el argumento de la moneda de cien resultó eficaz, y la criada le dejó solo en la antesala.

Apareció Rosanette. Estaba en camisa, tenía el pelo suelto; y sin dejar de mover la

cabeza, hizo de lejos con los brazos un gran gesto para indicarle que no podía recibirle.

Frédéric bajó la escalera lentamente. Aquel capricho sobrepasaba todos los otros. Él no comprendía nada.

Delante de la conserjería la señorita Vatnaz le detuvo.

—¿Le ha recibido?

—No.

—¿Le han puesto en la puerta?

—¿Cómo lo sabe?

—Eso se ve enseguida. Pero venga, salgamos, me ahogo.

Ella lo llevó a la calle. Jadeaba. Él sentía cómo el delgado brazo de ella temblaba sobre su propio brazo. De pronto ella saltó:

—¡Ah!, ¡el miserable!

—¿Quién?

—¡Pero si es él!, ¡él!, ¡Delmar!

Esta revelación humilló a Frédéric; él replicó:

—¿Está usted bien segura de eso?

—¡Pero si le digo que lo he seguido! —exclamó la Vatnaz—. ¡Lo he visto entrar! Debía esperármelo, por otra parte; soy yo, tonta de mí, quien lo llevé a casa de ella. Y si usted supiera, ¡Dios mío! Yo lo he recogido, alimentado, vestido; ¡y todas mis gestiones en los periódicos! ¡Lo quería como una madre!

Después, con una risa burlona:

—¡Ah!, ¡es que el señor necesita trajes de terciopelo!, una especulación por su parte, ¡usted se imagina! ¡Y ella!, ¡decir que la conocí cosiendo ropa femenina! Sin mí, más de veinte veces habría caído en el fango. ¡Pero yo la hundiré en él! ¡Oh!, ¡sí! ¡Quiero que reviente en el hospital! ¡Se sabrá todo!

Y como un torrente de agua de fregar que arrastra inmundicias, su cólera hizo pasar tumultuosamente bajo Frédéric las ignominias de su rival.

—Se acostó con Jumillac, con Flacourt, con el pequeño Allard, con Berti, con Saint-Valéry, el canijo. ¡No!, ¡el otro! Son dos hermanos, es igual, y cuando se encontraba en apuros, yo arreglaba todo. ¿Qué ganaba yo con eso? ¡Es tan avara! Y además, convendrá usted conmigo, daba gusto verla, pues, en fin, no somos de la misma clase. ¿Soy yo acaso una de éstas? ¿Es que yo me vendo? ¡Sin contar que ella es tonta de capirote! Escribe *catégorie* con th. Por lo demás, tal para cual; ¡él hace pareja con ella, aunque se titule artista y se crea un genio! Pero, ¡Dios mío!, si fuera un poco inteligente, ¡no habría

cometido semejante infamia! No se deja una mujer superior por una mujer de la vida. Después de todo, me trae sin cuidado. ¡Él se está poniendo feo! Lo detesto. Si lo encontrara, ¡fíjese!, le escupiría en la cara —escupió—. ¡Sí, mire el caso que le hago ahora! Y Arnoux. ¿Eh? ¿No es abominable? ¡La ha perdonado tantas veces! ¡No puede imaginarse tantos sacrificios! ¡Ella debería besarle los pies! ¡Es tan generoso, tan bueno!

Frédéric gozaba escuchando denigrar a Delmar. Había admitido lo de Arnoux. Esta perfidia de Rosanette le parecía una cosa anormal, injusta; y, ganado por la emoción de la solterona, llegó a sentir por él una especie de ternura. De pronto, se encontró delante de su puerta; la señorita Vatnaz, sin que él se diera cuenta, le había hecho bajar al *faubourg Poissonnière*.

—Ya estamos —dijo ella—. Yo no puedo subir. Pero usted, nada se lo impide.

—¿Para qué?

—¡Pues para contárselo todo, demonios!

Frédéric, como si despertara sobresaltado, comprendió la infamia a la que le empujaban.

—¿Y qué? —dijo ella.

El levantó la vista hacia el segundo piso. La lámpara de Mme. Arnoux estaba encendida. Nada efectivamente le impedía subir.

—Le espero aquí. ¡Vaya!

Esta orden acabó de enfriarle y dijo:

—Estaré arriba mucho tiempo. Más le vale marcharse. Iré mañana a verla a su casa.

—¡No, no! —replicó la Vatnaz pateando. ¡Cójalo! ¡Tráigalo!, consiga que él les sorprenda.

—Pero Delmar ya no estará allí.

Ella bajó la cabeza.

—Sí, ¿quizás es cierto?

Y permaneció muda en medio de la calle, entre los coches; después, fijando en él sus ojos de gato salvaje:

—Puedo contar con usted, ¿verdad? Entre nosotros dos, ahora, esto es sagrado. ¡Manos a la obra! ¡Hasta mañana!

Frédéric, cuando atravesaba el pasillo, oyó dos voces que se contestaban. La de Mme. Arnoux decía:

—¡No mientas! ¡Pero no me mientas!

Él entró. Ellos se callaron.

Arnoux iba de un lado para otro, y Madame estaba sentada en la sillita cerca del fuego, extremadamente pálida, con la mirada fija. Frédéric hizo un movimiento para retirarse. Arnoux le cogió la mano, feliz por el socorro que le llegaba.

—Pero temo... —dijo Frédéric.

—Quédese —le dijo Arnoux al oído.

Madame replicó:

—Hay que ser indulgente, señor Moreau. Son cosas que ocurren a veces en los matrimonios.

—Es que las ponen allí —dijo alegremente Arnoux—. Las mujeres tienen a veces unos caprichos. Así ésta, por ejemplo, no es mala. No, al contrario. Bueno, pues desde hace una hora se divierte en hacerme rabiar con un montón de cuentos.

—Son ciertos —replicó Mme. Arnoux impaciente—. Porque, finalmente, lo has comprado.

—¿Yo?

—Sí, tú mismo, al persa.

—El cachemir —pensó Frédéric.

Se sentía culpable y tenía miedo.

Ella añadió, enseguida:

—Fue el otro mes, un sábado, el mes once, día 14.

—¡Ah!, aquel día precisamente estaba en Greil. Así que ya ves.

—Nada de eso. Pues cenamos en casa de los Bertin, el catorce.

—¿El 14?... —dijo Arnoux, levantando los ojos como para buscar una fecha.

—E incluso, el empleado que te lo vendió era un rubio.

—¿Cómo me voy a acordar del empleado?

—Sin embargo, escribí, a tus instancias, la dirección: calle de Laval, 18.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Arnoux estupefacto.

Ella se encogió de hombros.

—¡Oh!, muy sencillo: estuve allí para que me arreglaran mi cachemir, y un jefe de sección me dijo que acababan de enviar otro igual a casa de Mme. Arnoux.

—¿Tengo yo la culpa de que haya en la misma calle una señora Arnoux?

—Sí, pero no Jacques Arnoux —replicó.

Entonces empezó a divagar, protestando de su inocencia. Era un error, una casualidad, una de esas cosas inexplicables que ocurren. No se debía condenar a la gente por simples sospechas, vagos indicios; y citó el ejemplo del infortunado Lesurques.

—En fin, te digo que te equivocas. ¿Quieres que te lo jure?

—No vale la pena.

—¿Por qué?

Ella lo miró de frente, sin decir nada; después alargó la mano, cogió el cofrecito de plata sobre la chimenea y le ofreció una factura totalmente abierta.

Arnoux se puso colorado hasta las orejas y sus facciones descompuestas se hincharon.

—¿Y qué? Pero... —respondió lentamente—, ¿qué demuestra eso?

—¡Ah! —dijo ella, con un tono de voz singular, en el que se mezclaban el dolor y la ironía.

Arnoux tenía la factura en sus manos, y le daba vueltas, sin dejar de mirarla como si hubiese tenido que encontrar allí la solución de un gran problema.

—¡Oh!, sí, sí, ya recuerdo —dijo por fin—. Es un encargo. Usted debe saber esto, Frédéric —Frédéric estaba callado—. Un encargo que me había hecho... el... el tío Oudry.

—¿Y para quién?

—Para su amante.

—¡Para la tuya! —exclamó Mme. Arnoux levantándose con gesto enérgico.

—Te juro que...

—No empieces de nuevo. Lo sé todo.

—¡Ah!, muy bien. Así que me espían.

Ella replicó fríamente:

—¿Quizás eso hiera tu delicadeza?

—Puesto que nos acaloramos —replicó Arnoux, buscando su sombrero—, y que no hay manera de razonar...

Entonces, dando un gran suspiro: —¡No se case, amigo mío, no, créame!

Y se largó, pues necesitaba tomar el aire.

Luego hubo un gran silencio; y todo en la casa pareció más inmóvil. Un círculo luminoso, por encima de la «cárcel», blanqueaba el techo mientras que, en las esquinas, se

extendía la sombra como gasas negras superpuestas; se oía el tic-tac del reloj con el crepitar del fuego.

Mme. Arnoux acababa de sentarse de nuevo, en el rincón de la chimenea, en el sillón; mordía sus labios tiritando de frío; sus dos manos se levantaron, se le escapó un sollozo, estaba llorando.

Él se sentó en la sillita; y con voz mimosa como se hace con una persona enferma:

—Usted no duda que yo comparta...

Ella no contestó nada. Pero continuaba sus reflexiones en voz alta:

—Yo lo dejo bien libre. No tenía necesidad de mentir.

—Ciertamente —dijo Frédéric.

Era consecuencia de sus hábitos, sin duda, no había pensado en ello, ni quizás en cosas más graves.

—¿Pues qué cosa ve usted más grave?

—¡Oh, nada!

Frédéric se inclinó con una sonrisa de obediencia. Arnoux, sin embargo, poseía ciertas cualidades; quería a sus hijos.

—¡Ah! Y hace cuanto puede para arruinarlos.

Eso se debía a su talante demasiado cómodo; pues, finalmente, era un buen chico.

Ella exclamó:

—Pero, ¿qué quiere decir eso, un buen chico?

Él le defendía así, de la manera más vaga que podía encontrar, y, sin dejar de compadecerle, se alegraba, se deleitaba en el fondo de su alma. Por venganza o necesidad de afecto, ella se refugiaría en él. Su esperanza se acrecentaba desmesuradamente, reforzaba su amor.

Nunca le había parecido tan cautivadora, tan profundamente bella. De vez en cuando, un suspiro le ensanchaba el pecho, sus dos ojos fijos parecían dilatados por una visión interior, y su boca permanecía medio entreabierta como para dar su alma. A veces ponía encima apretándolo fuertemente su pañuelo; él hubiera querido ser ese pequeño trozo de batista todo lleno de lágrimas. Sin quererlo, él miraba el tálamo en el fondo de la alcoba, imaginando su cabeza sobre la almohada; y veía aquello tan claro que tenía que hacer esfuerzos para no estrecharla entre sus brazos. Ella cerró los párpados sosegada, inerte. Entonces él se acercó más, e, inclinándose sobre ella, examinaba ávidamente su cara. Un ruido de botas resonó en el pasillo, era el otro. Oyeron cerrar la puerta de su habitación. Frédéric preguntó, por señas, a Mme. Arnoux si debía ir allí.

Ella respondió «Sí» con otro gesto; y este mudo intercambio de sus pensamientos era como un consentimiento, un principio de adulterio.

Arnoux, disponiéndose a acostarse, se desabrochaba la levita.

—Y qué, ¿cómo está ella?

—¡Oh!, ¡mejor! —dijo Frédéric—. Eso se le pasará.

Pero Arnoux estaba apenado.

—Usted no la conoce. ¡Ahora tiene unos nervios! ¡Qué imbécil el empleado! Mire de qué sirve ser demasiado bueno. ¡Si no hubiera regalado ese maldito chal a Rosanette!

—No lamente nada. Ella no puede estarle más agradecida.

—¿Usted cree?

Frédéric no lo dudaba. La prueba es que ella acababa de despedir al señor Oudry.

—¡Ah!, ¡pobre querida!

Y en el exceso de su emoción, Arnoux quería correr a su casa a verla.

—No vale la pena, vengo de allí. Está enferma.

—Razón de más.

Volvió a ponerse la levita y había cogido la palmatoria. Frédéric se maldijo por su propio disparate y lo convenció de que, por decencia, debía quedarse aquella noche al lado de su mujer. No podía abandonarla, eso estaría muy mal.

—Francamente, cometería usted un error. No es urgente. ¡Vamos!, hágalo por mí.

Arnoux posó su palmatoria y le dijo, abrazándole:

—¡Usted sí que es bueno!

CAPÍTULO III

Entonces comenzó para Frédéric una existencia miserable. Fue el parásito de la casa.

Si alguien se sentía indispuerto, iba tres veces al día para saber cómo estaba, iba a buscar al afinador de piano, se adelantaba a mil deseos; y soportaba con aire satisfecho los enfados de la señorita Marta y las caricias del joven Eugène, que continuamente le pasaba sus manos sucias por la cara. Asistía a las cenas en las que el señor y la señora, uno enfrente del otro, no intercambiaban ni una palabra: o bien Arnoux irritaba a su mujer con comentarios absurdos. Terminada la comida, jugaba en la habitación con su hijo, se escondía detrás de los muebles o lo llevaba al caballito caminando a cuatro patas, como el Bearnés. Por fin, se iba; y ella abordaba inmediatamente el eterno tema de queja: Arnoux.

No era su mala conducta lo que la indignaba. Pero parecía sufrir en su orgullo y no ocultaba su repugnancia por aquel hombre sin delicadeza, sin dignidad, sin honor.

—¡O más bien está loco! —decía.

Frédéric solicitaba hábilmente sus confidencias. Pronto conoció toda su vida.

Sus padres eran pequeños burgueses de Chartres. Un día, Arnoux, que dibujaba a la orilla del río (entonces se creía pintor), la había visto salir de la iglesia y había pedido su mano; dada su buena situación económica, no habían vacilado. Por otra parte, él la quería con locura. Ella añadió:

—¡Dios mío, me sigue queriendo!, ¡a su manera!

Los primeros meses habían viajado por Italia.

Arnoux, a pesar de su entusiasmo ante los paisajes y las obras maestras, no había hecho más que quejarse del vino, y organizaba comidas de campo con ingleses para distraerse. Algunos cuadros bien revendidos le habían lanzado al comercio de las artes. Después se había entusiasmado con una manufactura de loza. Ahora le tentaban otras especulaciones; y volviéndose cada vez más vulgar, adquiría hábitos groseros y dispendiosos. Ella tenía que reprocharle menos sus vicios que todas sus acciones. No esperaba que ocurriese ningún cambio y consideraba su desgracia irremediable.

Frédéric afirmaba que su existencia, igualmente, se encontraba frustrada.

Sin embargo, era muy joven. ¿Por qué desesperar? Y ella le daba buenos consejos:

«¡Trabaje! ¡Cásese!». El contestaba con sonrisas amargas; pues, en vez de expresar la verdadera causa de sus penas, fingía otra, sublime, haciendo un poco el Antony, el maldito, lenguaje que, por lo demás, no traicionaba del todo su pensamiento.

Para algunos hombres, la acción es tanto más difícil cuanto más fuerte es el deseo. La desconfianza en sí mismos les frena; el miedo a desagradar les espanta; además, los afectos profundos se parecen a las mujeres honradas: temen ser descubiertas y se pasan la vida con los ojos bajos.

Aunque conocía mejor a Mme. Arnoux, quizá por esta razón se había vuelto más cobarde que antes. Cada mañana juraba ser más atrevido. Un invencible pudor se lo impedía; y no podía guiarse por ningún modelo puesto que ella era diferente de las otras. A su lado, él se sentía menos importante que los recortes de seda que se escapaban de sus tijeras.

Además pensaba en cosas monstruosas, absurdas, tales como sorpresas de noche, narcóticos y falsas llaves, pareciéndole todo más fácil que afrontar su desdén.

Por otra parte, los niños, las dos muchachas, la disposición de las habitaciones se le hacían obstáculos insuperables. Por tanto, resolvió poseerla él solo e ir a vivir juntos muy lejos, al fondo de una soledad; buscaba incluso en qué lago bastante azul, a orillas de qué playa bastante suave, si sería en España, Suiza o el Oriente; y eligiendo expresamente los días en que ella parecía más irritada, le decía que habría que salir de allí, imaginar un modo, y no veía otro más que una separación. Pero, por el amor a sus hijos, ella nunca llegaría a tal extremo. Tanta virtud aumentó el respeto que le tenía.

Las tardes se le pasaban recordando la visita de la víspera, deseando la siguiente. Cuando no cenaba con ellos, se apostaba en la esquina de la calle; y, en el momento en que Arnoux había tirado de la puerta grande, Frédéric subía ligero los dos pisos y preguntaba a la muchacha con aire ingenuo:

—¿Está el señor?

Después fingía extrañeza de que no estuviera.

Con frecuencia, Arnoux se presentaba de improviso. Entonces había que acompañarle a un pequeño café de la calle Sainte-Anne, frecuentado ahora por Regimbart.

El Ciudadano comenzaba formulando alguna nueva queja contra la Constitución. Después hablaban intercambiándose injurias amistosas; pues el fabricante tenía a Regimbart por un pensador de alto rango y, apenado de ver tantas facultades desaprovechadas, le echaba en cara su pereza. El Ciudadano encontraba a Arnoux lleno de corazón y de imaginación, pero decididamente demasiado inmoral; por esto lo trataba sin la menor indulgencia y rehusaba las invitaciones a cenar en su casa, porque «la ceremonia le aburría».

A veces, en el momento de las despedidas, Arnoux sentía mucha hambre. Tenía que

comerse una tortilla o patatas cocidas; y, como nunca había comestibles en el establecimiento, mandaba buscarlos. Esperaban, Regimbart no se iba, y terminaba, gruñendo, por aceptar algo.

Sin embargo, estaba callado, pues permanecía horas frente al mismo vaso medio lleno. Como la Providencia no gobernaba las cosas según sus ideas, se volvía hipocondriaco, ni siquiera quería ya leer los periódicos y lanzaba rugidos con sólo oír el nombre de Inglaterra. Una vez, a propósito de un camarero que le servía mal, gritó:

—¿No tenemos bastantes afrentas del extranjero?

Fuera de estas crisis, seguía callado, meditando un golpe infalible para hacer saltar toda la tienda.

Mientras estaba perdido en estas reflexiones, Arnoux, con una voz monótona y una mirada un poco achispada, contaba anécdotas inverosímiles, en lo que siempre había brillado gracias a su aplomo; y Frédéric (esto se debía, sin duda, a profundas semejanzas) sentía un cierto atractivo por su persona. Se reprochaba esta debilidad convencido de que, por el contrario, debería odiarle.

Arnoux se lamentaba delante de él del humor de su mujer, su terquedad, sus prevenciones injustas. Ya no era como antes.

—En su lugar —decía Frédéric—, yo le pasaría una pensión y me pondría a vivir solo.

Arnoux no decía nada; y, un momento después, empezaba a elogiarla. Era buena, entregada, inteligente, virtuosa; y, pasando a sus cualidades corporales, prodigaba las revelaciones con la naturalidad de aquellas gentes que hacen alarde de sus tesoros en las posadas.

Una catástrofe vino a turbar su equilibrio.

Había entrado como miembro del Consejo de control en una compañía de caolín. Pero, fiándose de todo lo que le decían, había firmado informes inexactos y aprobado, sin comprobarlos, los inventarios anuales fraudulentamente hechos por el gerente. Ahora bien, la compañía se había hundido, y Arnoux, civilmente responsable, acababa de ser condenado, con los demás, al pago de daños o intereses legales, lo cual le suponía una pérdida de unos treinta mil francos, además de los gastos del juicio.

Frédéric se enteró de esto en un periódico, y se precipitó hacia la calle del Paradis.

Le recibieron en la habitación de la señora. Era la hora del desayuno. Unas tazas de café con leche ocupaban un velador cerca del fuego. Había chancletas esparcidas sobre la alfombra, vestidos sobre los sillones. Arnoux, en calzoncillos y chaqueta de punto, tenía los ojos rojos y el pelo alborotado; el pequeño Eugène, a causa de sus paperas, lloraba mientras mordisqueaba su rebanada de pan con mantequilla; su hermana comía tranquilamente; Mme. Arnoux, un poco más pálida que de costumbre, servía a los tres.

—Bueno —dijo Arnoux, dando un gran suspiro—, ¡ya sabe usted!

Y, al gesto de compasión que hizo Frédéric:

—Ya ve. He sido víctima de mi confianza.

Después se calló; y su abatimiento era tan fuerte que no quiso desayunar. Mme. Arnoux levantó los ojos encogiéndose de hombros. Se pasó las manos por la frente.

—Después de todo, no soy culpable. No tengo nada que reprocharme. Es una desgracia. Saldremos de ella. ¡Ah!, ¡paciencia!

Y entonces empezó a comer un bollo, obedeciendo, por lo demás, a las instancias de su mujer.

Por la noche quiso cenar solo, con ella, en un reservado de la Maison d'Or. Mme. Arnoux no comprendió nada de este impulso del corazón, ofendiéndose incluso de que la tratase como una mujer ligera; lo cual, por parte de Arnoux, era, al contrario, una prueba de afecto. Después, como se aburría, fue a distraerse a casa de la Mariscala.

Hasta el momento le habían consentido muchas cosas, gracias a su carácter bonachón.

Aquel proceso le situó entre la gente con mancha. En torno a su casa se hizo el vacío.

Frédéric, por pundonor, creyó que debía frecuentarla más que nunca. Alquiló un palco de platea en los Italianos y los invitaba allí todas las semanas. Estaban ahora en ese periodo en que, en las uniones poco logradas, las mutuas concesiones provocan un invencible cansancio haciendo la existencia insoportable. Mme. Arnoux se aguantaba para no estallar, Arnoux se entristecía; y el espectáculo de estos dos seres desgraciados entristecía a Frédéric.

Ella le había encargado, pues confiaba en él, que se informase de los negocios de su marido. Pero él sentía vergüenza, sufría aceptando las invitaciones para cenar cuando lo que ambicionaba era a su mujer. Sin embargo, seguía acudiendo con la excusa de que debía defenderla y podía presentársele la ocasión de serle útil.

Ocho días después del baile había hecho una visita a la señora Dambreuse. El financiero le había ofrecido una veintena de acciones en su empresa de hullas; Frédéric no había vuelto allí. Deslauriers le había escrito cartas; él las dejaba sin respuesta. Pellerin lo había comprometido a ir a ver el retrato; él se disculpaba siempre. Cedió, sin embargo, a Cisy, que le importunaba para que le presentase a Rosanette.

Lo recibió muy amablemente, pero sin saltarle al cuello como antes. Su compañero se alegró de ser admitido en casa de una impura, y sobre todo de hablar con un actor. Delmar se encontraba allí.

Un drama, en el que había representado el papel de un villano que da lecciones a Luis XIV y profetiza el 89, le había destacado tanto que continuaban fabricándole a la medida el mismo papel; y su función, ahora, consistía en ridiculizar a los monarcas de todos los

países. Cervecero inglés, lanzaba invectivas contra Carlos I; estudiante de Salamanca, maldecía a Felipe II; o padre sensible, se indignaba contra la Pompadour, éste era el más bello. Los chiquillos, para verle, lo esperaban a la puerta de los bastidores, y su biografía, que se vendía en los entreactos, lo pintaba como un hombre que cuidaba a su anciana madre, leía el Evangelio, asistía a los pobres, en fin, como un San Vicente de Paúl con una mezcla de Bruto y de Mirabeau. Decían: «Nuestro Delmar». Tenía una misión, se convertía en Cristo.

Todo esto tenía fascinada a Rosanette y ella se había deshecho del señor Oudry, sin preocuparse de nada, pues no era codiciosa.

Arnoux, que la conocía, se había aprovechado de esto durante mucho tiempo para sostenerla gastando poco; el buen señor había ido y los tres se habían cuidado de no explicarse con franqueza. Después, imaginándose que ella había despedido al otro sólo por él, Arnoux le había aumentado su pensión. Pero sus peticiones se renovaban con una frecuencia inexplicable, pues llevaba un tren de vida más modesto; incluso había vendido el cachemir, para pagar sus viejas deudas, decía ella; y él seguía dando, ella lo empujaba, abusaba de él sin piedad. Por eso las facturas, los papeles timbrados llovían en casa. Frédéric presentía una crisis próxima.

Un día se presentó para ver a Mme. Arnoux. Ella había salido. El señor trabajaba abajo en la tienda.

En efecto, Arnoux, en medio de sus jarrones de porcelana, trataba de convencer a parejas de recién casados burgueses de provincia. Les hablaba de diversos tipos de torneado, de las grietas y de los escarchados; los otros, por no aparentar que no entendían nada, hacían signos de aprobación y compraban.

Cuando salieron los clientes, contó que, por la mañana, había tenido un pequeño altercado con su mujer. Para anticiparse a las críticas sobre el gasto, había afirmado que la Mariscala ya no era su amante.

—Incluso le he dicho que lo era de usted.

Frédéric se indignó; pero si se lo hubiera reprochado, podría descubrirse; balbuceó:

—¡Ah!, ha obrado usted mal, muy mal.

—¿Qué importancia tiene? —dijo Arnoux—. ¿Qué deshonor hay en pasar por su amante? Yo lo soy. ¿No se sentirá usted halagado de serlo?

¿Habría hablado ella? ¿Era una alusión? Frédéric se apresuró a responder:

—No, en absoluto, al contrario.

—Bueno. ¿Y entonces?

—Sí, es cierto. Eso no tiene importancia.

Arnoux replicó:

—¿Por qué ya no va por allí?

Frédéric prometió volver.

—¡Ah!, me olvidaba, usted debería..., hablando de Rosanette..., dar a entender a mi mujer algo... no sé qué, pero usted verá... algo que la convenza de que usted es su amante. Se lo pido como favor, ¿eh?

El joven, por toda respuesta, hizo una mueca ambigua.

Aquella calumnia era su ruina. Aquella misma noche se presentó en su casa y juró que la afirmación de Arnoux era falsa.

Parecía sincero; y después de haber respirado profundamente le dijo: «Le creo», con una hermosa sonrisa; luego bajó la cabeza, y, sin mirarle:

—Además, nadie manda en usted.

Ella no adivinaba nada, y le menospreciaba, pues no creía que él pudiese amarla bastante para serle fiel. Frédéric, olvidando las tentativas hechas con la otra, encontraba ofensiva tanta tolerancia.

Después le rogó que fuese alguna vez «a casa de aquella mujer» para ver un poco lo que pasaba.

Apareció Arnoux, y, cinco minutos después, quiso llevarlo a casa de Rosanette.

La situación se hacía insoportable.

Llegó a distraerle de ella una carta del notario que anunciaba el envío de quince mil francos para el día siguiente; y, para reparar su negligencia con Deslauriers, fue a comunicarle inmediatamente esta buena noticia.

El abogado vivía en la calle de las Trois-Maries, en el quinto piso, que daba al patio. Su despacho, pequeña pieza, con baldosas, fría y tapizada de un papel grisáceo, tenía como principal decoración una medalla de oro, su título de doctorado en un marco de ébano contra el espejo. Una librería de caoba guardaba en sus vidrieras alrededor de cien volúmenes. La mesa de despacho, cubierta de badana, estaba situada en el centro de la pieza. Cuatro viejos sillones de terciopelo verde ocupaban las esquinas; y unas virutas ardían en la chimenea, donde siempre había un haz de leña para encenderla al golpe de campanilla. Era la hora de las consultas, el abogado llevaba una corbata blanca.

El anuncio de los quince mil francos (estaba claro que no tenía más) le causó una risita de placer.

—¡Está bien, amigo mío, está bien, está muy bien!

Echó leña al fuego, se volvió a sentar, y se puso a hablar inmediatamente del periódico. La primera cosa que había que hacer era echar fuera a Hussonnet.

—¡Ese cretino me está hartando! En cuanto a ponerse al servicio de una idea, lo más equitativo, a mi juicio, y lo más importante, es no servir a ninguna.

Frédéric se mostró extrañado.

—Pero sin duda sería ésta la ocasión de tratar de política de una manera científica. Los viejos del siglo XVIII empezaban cuando Rousseau, los literatos introdujeron en ella la filantropía, la poesía y otras bromas para el mayor gozo de los católicos: alianza natural, por lo demás, puesto que los reformadores modernos, puedo demostrarlo, creen todos en la Revolución. Pero si ustedes celebran misas por Polonia, si en lugar del Dios de los dominicos, que era un verdugo, toman el Dios de los románticos, que era un tapicero, ustedes no tienen acerca de lo Absoluto una concepción más amplia que sus abuelos, la monarquía se abrirá camino bajo sus formas republicanas y el bonete rojo no será nunca más que un solideo de sacerdote. Sólo que el régimen de prisión habrá reemplazado a la tortura; el ultraje a la religión, al sacrilegio; el equilibrio europeo, a la Santa Alianza; y en este bello orden que admiramos, hecho de restos de Luis XIV, de ruinas de Voltaire con un enlucido imperial y fragmentos de constitución inglesa, veremos a los concejales tratando de molestar al alcalde, los diputados provinciales a su prefecto, las cámaras al rey, la prensa al poder, la administración a todo el mundo. Pero las almas buenas se extasían con el Código Civil, obra edificada, a pesar de lo que digan, con un espíritu mezquino, tiránico; pues el legislador, en vez de hacer su oficio que es el de reglamentar la costumbre, pretendió modelar la sociedad como un Licurgo. ¿Por qué la ley pone impedimentos al padre de familia en materia de testamento? ¿Por qué pone trabas a la venta forzosa de los inmuebles? ¿Por qué castiga como delito el vagabundeo, que ni siquiera debería ser una falta? Y hay otros más. Los conozco, por eso voy a escribir una pequeña novela titulada *Historia de la idea de la justicia*, que será divertida. Pero tengo una sed abominable, ¿y tú?

Se asomó a la ventana y gritó al portero que fuese a buscar unos *grog*s a la taberna.

—En resumen, veo tres partidos..., ¡no!, tres grupos y ninguno de ellos me interesa: los que tienen, los que ya no tienen y los que tratan de tener. Pero todos coinciden en la idolatría imbécil de la Autoridad. Ejemplo: Mably recomienda que se impida a los filósofos publicar sus doctrinas; el señor Wronski, agrimensor, llama en su lengua a la censura «represión crítica de la espontaneidad especulativa»; el padre Enfantin bendice a los Habsburgo «por haber pasado por encima de los Alpes una mano pesada para aplastar a Italia»; Pierre Leroux quiere que os obliguen a escuchar a un orador, y Louis Blanc se inclina a una religión de Estado, hasta tal punto este pueblo de vasallos tiene pasión por el gobierno. Sin embargo, no hay ni uno legítimo, a pesar de sus sempiternos principios. Pero, como «principio» significa origen, hay que referirse siempre a una revolución, a un acto de violencia, a un hecho transitorio. Así, el principio del nuestro es la soberanía nacional, comprendida en la forma parlamentaria, aunque el parlamento no esté de acuerdo. Pero ¿en qué sentido es más sagrada la soberanía del pueblo que el derecho

divino? El uno y la otra son dos ficciones. Basta de metafísica, no más fantasmas. No se necesitan dogmas para hacer barrer las calles. Se dirá que quiero dar un vuelco a la sociedad. Bueno, ¿y qué?, ¿qué mal hay en ello? ¡Buena está tu sociedad!

Frédéric habría tenido muchas cosas que responderle. Pero, viéndolo lejos de las teorías de Sénéal, se sentía lleno de indulgencia. Se contentó con objetar que un sistema semejante les atraería los odios de todo el mundo.

—Al contrario, como habremos dado a cada partido la ocasión de odiar a su vecino, todos contarán con nosotros. Tú te meterás también, y nos harás crítica trascendente.

Había que atacar los tópicos, la Academia, la Escuela Normal, el Conservatorio, la Comedia Francesa, todo lo que se pareciera a una institución. Es por ahí por donde darían un núcleo ideológico a su revista. Después, cuando estuviese bien afianzada, el periódico, de pronto, se haría diario: entonces atacarían a las personas.

—Y nos respetarán, tenlo por seguro.

Deslauriers veía su viejo sueño al alcance de la mano: una jefatura de redacción, es decir, la dicha inexplicable de dirigir a los demás, de cortarles por el medio sus artículos, de mandar, de rechazar. Sus ojos chispeaban bajo sus lentes, se exaltaba y bebía una copa detrás de otra maquinalmente.

—Tendrás que dar una cena una vez por semana. Es indispensable, aunque te gastes la mitad del sueldo. Querrán acudir, será un centro de atracción para los demás, una palanca para ti: y, manejando la opinión por los dos extremos, literatura y política, antes de seis meses, ya lo verás, mantendremos en alto el pabellón de París.

Frédéric, escuchándolo, sentía una sensación de rejuvenecimiento, como un hombre que, después de una larga estancia en una habitación, es transportado al aire libre.

Aquel entusiasmo le estaba ganando.

—Sí; he sido un perezoso, un imbécil, tienes razón.

—¡Enhorabuena! —exclamó Deslauriers—: vuelvo a encontrar a mi Frédéric.

Y, poniéndole el puño bajo la mandíbula:

—¡Ah!, lo que me has hecho sufrir. ¡No importa! ¡Te quiero, a pesar de todo!

Estaban de pie y se miraban tiernamente el uno al otro casi a punto de abrazarse.

Un gorro de señora apareció en el umbral de la antesala.

—¿Quién te trae? —dijo Deslauriers.

Era la señorita Clémence, su amante.

Ella contestó que, pasando delante de su casa por casualidad, no había podido resistir el deseo de verle; y, para tomar algo juntos, le traía unos pasteles, que puso sobre la mesa.

—¡Cuidado con mis papeles! —replicó secamente el abogado—. Además, es la tercera vez que te prohíbo venir durante mi consulta.

Ella quiso abrazarlo.

—¡Bueno!, ¡vete!

Al verse rechazada, ella no pudo contener un eran sollozo.

—¡Ah!, al fin y al cabo, me estás aburriendo!

—Es que te quiero.

—¡Yo no pido que me quieran, sino que me estén agradecidos!

Estas palabras, tan duras, secaron las lágrimas de Clémence. Se plantó delante de la ventana y permaneció allí inmóvil, con la frente apoyada en el cristal.

Su actitud y su mutismo irritaban a Deslauriers.

Ella se volvió, sobresaltada.

—¡Me despides!

—¡Desde luego!

Ella fijó sobre él sus grandes ojos azules, para una última petición, sin duda, pues cruzó las dos puntas de su tartán, esperó un minuto más y se fue.

—Deberías llamarla —dijo Frédéric.

—¡Anda!

Y como tenía necesidad de salir, Deslauriers pasó a la cocina, que era su cuarto de aseo.

Sobre el fregadero había al lado de un par de botas, los restos de una pobre comida, en el suelo, en un rincón, un colchón enrollado en una manta.

—Esto te demuestra —dijo— que recibo pocas marquesas. Nos arreglamos fácilmente sin ella y sin las otras también. Las que no cuestan nada ocupan el tiempo; siempre es dinero, en otra forma; ahora bien, no soy rico. Y además son todas tan tontas. ¿Es que tú puedes hablar con una mujer?

Se separaron en la esquina del Pont-Neuf.

—Entonces, quedamos de acuerdo; me traerás la cosa mañana, tan pronto la tengas.

—Conforme —dijo Frédéric.

Al día siguiente, al despertarse, recibió por correo un cheque bancario por valor de quince mil francos.

Aquel pedazo de papel le representó quince grandes talegos de dinero; y se dijo que

con semejante suma podría: primero, seguir con su coche durante tres años, en vez de venderlo como tendría que hacer próximamente, o comprarse dos bellas armaduras damasquinadas que había visto en el muelle Voltaire, además de cantidad de otras cosas más, pinturas, libros y ¡cuantos ramos de flores, de regalos para Mme. Arnoux! Todo, finalmente, habría sido mejor que arriesgar tanto dinero en ese periódico. Deslauriers le parecía presuntuoso, su insensibilidad de la víspera enfriaba sus relaciones con él, y Frédéric se sumía en estos remordimientos cuando se sintió totalmente sorprendido al ver entrar a Arnoux, el cual se sentó al borde de la cama, dejándose caer pesadamente como un hombre rendido.

—¿Qué pasa?

—Estoy perdido.

Tenía que pagar aquel mismo día, en el despacho de Beauminet, notario, calle Sainte-Anne, dieciocho mil francos que le había prestado un tal Vanneroy.

—¡Es un desastre inexplicable! Lo había garantizado con una hipoteca que debía tranquilizarle, sin embargo. Pero me amenaza con un requerimiento si no se paga esta tarde, dentro de poco.

—¿Y entonces?

—Pues muy sencillo. ¡Va a ordenar la expropiación de mi inmueble! El primer anuncio me arruina, eso es todo. ¡Ah!, si encontrara a alguien que me adelantara esa maldita cantidad, él reemplazaría a Vanneroy, ¡yo estaría salvado! ¿Usted no la tendría por casualidad?

La orden de pago había quedado sobre la mesilla de noche, al lado de un libro. Frédéric levantó el volumen y lo colocó encima, respondiendo:

—¡Dios mío, no, querido amigo!

Pero le costaba negárselo a Arnoux.

—¿Cómo, no encuentra usted a nadie que esté dispuesto...?

—¡A nadie! ¡Y pensar que, de aquí a ocho días, tendré ingresos! Me deben quizá... cincuenta mil francos para fin de mes.

—¿No podría usted pedir un anticipo a los que le deben?

—¡Ah! ¡Bueno, sí!

—¿Pero usted tiene algunos valores, pagarés?

—¡Nada!

—¿Qué hacer? —dijo a Arnoux.

—Es lo que yo me pregunto —replicó Arnoux.

Se calló, y caminaba por la habitación de un lado para otro.

—¡No es por mí, Dios mío!, ¡sino por mis hijos, por mi pobre mujer!

Luego, separando cada palabra:

En fin..., seré fuerte..., embalaré todo aquello..., e iré a buscar fortuna... no sé adonde.

—No puede ser —exclamó Frédéric.

Arnoux replicó en tono tranquilo:

—¿Cómo quiere usted que siga viviendo en París?

Hubo un largo silencio.

A Frédéric se le ocurrió decir:

—¿Cuándo devolvería ese dinero?

No es que lo tuviese; al contrario. No tenía inconveniente en visitar a amigos, hacer gestiones. Y llamó a su criado para vestirse. Arnoux le daba las gracias.

—¿Son dieciocho mil francos lo que necesita, verdad?

—¡Oh, me contentaría con dieciséis mil! Pues yo haría fácilmente dos mil quinientos, tres mil francos con mi plata (vajillas, cubertería de plata), siempre que Vanneroy me conceda hasta mañana; y, se lo repito, puede usted decir, jurar al que los preste que, dentro de ocho días, quizás incluso dentro de cinco o de seis, el dinero será devuelto. Por otra parte, hay una hipoteca para responder. Así que, ningún peligro, ¿comprende?

Frédéric aseguró que comprendía y que iba a salir inmediatamente.

Permaneció en casa maldiciendo a Deslauriers, pues quería mantener su palabra, y al mismo tiempo complacer a Arnoux.

«¿Y si me dirigiera al señor Dambreuse? Pero, ¿con qué pretexto pedirle dinero? Soy yo, por el contrario, quien tiene que llevárselo a su casa para sus acciones de la hulla. ¡Ah!, ¡que se vaya a paseo con sus acciones! No tengo obligación ninguna con él».

Y Frédéric se felicitaba de su independencia como si hubiese negado un favor al señor Dambreuse.

«Bueno —se dijo después—, es verdad que pierdo por este lado, ya que con quince mil francos podría ganar cien mil. En la Bolsa, eso se ve a veces... Por tanto, si falto a uno, ¿no soy libre de...? Además, aun cuando Deslauriers esperase. No, no, eso está mal, vamos allá».

Miró su reloj.

«No tengo ninguna prisa; el Banco no cierra hasta las cinco».

Y, a las cuatro y media, después de haber retirado el dinero:

«Es inútil ahora. No le encontraría; iré esta noche», dándose así la posibilidad de volver sobre su decisión, pues siempre queda en la conciencia algo de los sofismas que se han vertido en ella: una especie de regusto como de un licor malo.

Se paseó por los bulevares y cenó solo en el restaurante. Después escuchó un acto en el Vaudeville, para distraerse. Pero sus billetes de banco le molestaban como si los hubiese robado. No habría sentido pena de perderlos.

De vuelta en su casa, encontró una carta con estas palabras:

—«¿Qué hay de nuevo?

Mi mujer se une a mí, querido amigo, en la esperanza, etc.

De usted».

Y un párrafo.

«¡Su mujer!, ¡y me ruega!».

En el mismo momento apareció Arnoux para saber si había encontrado la cantidad que urgía.

—Tenga, aquí está —dijo Frédéric.

Y, veinticuatro horas después, respondió a Deslauriers:

—¡No he recibido nada!

El abogado volvió tres días seguidos. Le apremiaba para que escribiese al notario, incluso llegó a ofrecerse para hacer el viaje a El Havre.

—No. Es inútil, voy a ir yo.

Pasada la semana, Frédéric pidió tímidamente al señor Arnoux los quince mil francos.

Arnoux lo aplazó para el día siguiente, después al otro, Frédéric se arriesgaba a salir sólo de noche cerrada, temiendo ser sorprendido por Deslauriers.

Una noche tropezó con alguien en la esquina de la Magdalena. Era él.

—Voy a buscarlos —le dijo.

Y Deslauriers le acompañó hasta la puerta de una casa en el *faubourg* Poissonnière.

—Espérame.

Esperó. Por fin, al cabo de cuarenta y tres minutos, Frédéric salió con Arnoux, y le hizo señas de que esperase. El comerciante de lozas y su compañero subieron, cogidos del brazo, la calle Hauteville, tomaron después la calle de Chabrol.

La noche estaba oscura, con ráfagas de viento tibio. Arnoux caminaba despacio, sin

dejar de hablar de las Galerías del Comercio: una serie de pasajes cubiertos que habrían enlazado el bulevar Saint-Denis con el Châtelet, especulación maravillosa en la que tenía muchas ganas de entrar; y se paraba de vez en cuando a ver detrás de los cristales de las tiendas a las modistillas y luego continuaba sus discursos.

Frédéric oía los pasos de Deslauriers detrás de él, como reproches que golpeaban sobre su conciencia. Pero no se atrevía a hacer su reclamación por un mal entendido pudor y temiendo que fuese inútil. El otro se lo reprochaba. Se decidió.

Arnoux, con mucha desenvoltura, dijo que, como no había cobrado, no podía devolverle ahora los quince mil francos.

—¿No los necesita, me imagino?

En este momento, Deslauriers se acercó a Frédéric, y, llevándole aparte:

—Dime la verdad, ¿los tienes o no?

—Pues no —dijo Frédéric—, los he perdido.

—¡Ah!, ¿y en qué?, ¿cómo?

—En el juego.

Deslauriers no contestó palabra, saludó muy despacio y se marchó. Arnoux había aprovechado la ocasión para encender un cigarro en un estanco. Volvió preguntando quién era aquel joven.

—Nada. Un amigo.

Luego, tres minutos después, delante de la puerta de Rosanette.

—¡Suba! —dijo Arnoux—, se alegrará de verle. ¡Qué huraño se está haciendo!

Un farol lo iluminaba de frente; y con un cigarro entre sus dientes blancos y un aire feliz, tenía algo de insoportable.

—¡Ah!, a propósito, mi notario ha estado esta mañana en casa del suyo, para esa inscripción de hipoteca. Es mi mujer quien me lo ha recordado.

—Una mujer con cabeza —replicó maquinalmente Frédéric.

—¡Ya lo creo!

Y Arnoux comenzó a elogiarla. No había nadie como ella en inteligencia, corazón, economía, y añadió en voz baja, haciendo juegos de ojos:

—Y como cuerpo de mujer.

—Adiós —dijo Frédéric.

Arnoux hizo un gesto.

—¡Anda!, ¿por qué?

Y, tendiéndole a medias la mano, lo observaba, todo desconcertado por la cólera reflejada en su rostro.

Frédéric replicó secamente:

—Adiós.

Bajó la calle de Breda como una piedra que rueda, furioso contra Arnoux, jurando no volver a verlo ni a ella tampoco, afligido, desolado. En vez de la ruptura que esperaba, se encuentra con que el otro, por el contrario, la quería tiernamente y de la manera más completa, desde la raíz de los cabellos hasta el fondo del alma. La vulgaridad de aquel hombre exasperaba a Frédéric. Todo le pertenecía, pues, a aquél. Lo volvió a encontrar en la puerta de la chica; y la mortificación de una ruptura se sumaba a la rabia de su impotencia. Por otra parte, la honradez de Arnoux, que ofrecía garantías para su dinero, le humillaba; hubiera querido estrangularlo; y por encima de su pena planeaba en su conciencia, como una niebla, el sentimiento de la cobardía con su amigo. Se ahogaba en lágrimas.

Deslauriers bajaba por la calle de los Martyrs, despotricando de indignación; pues su proyecto, como un obelisco derribado, le parecía ahora de una altura extraordinaria. Se creía robado como si hubiera sufrido una gran pérdida. Su amistad con Frédéric había muerto, y se alegraba de ello; era una compensación. Sintió odio a los ricos. Se inclinó hacia las opiniones de Senecal y se prometió defenderlas.

Arnoux, entretanto, cómodamente sentado en una poltrona, al lado del fuego, aspiraba el aroma de su taza de té, teniendo a la Mariscala en sus rodillas.

Frédéric no volvió a visitarlos; y, para distraerse de su pasión calamitosa, adoptando el primer tema que le vino a la mente, resolvió componer una *Historia del Renacimiento*. Amontonó revueltos en su mesa a los humanistas, los filósofos y los poetas; iba a la Sala de Grabados a ver los grabados de Marco Antonio; trataba de entender a Maquiavelo. Poco a poco, la serenidad del trabajo le apaciguó. Profundizando en la personalidad de los otros, olvidó la suya, lo cual es la única manera quizá de no sufrir.

Un día en que estaba tomando notas tranquilamente, se abrió la puerta y el criado anunció a Mme. Arnoux.

¡Era ella en persona!, ¿sola? ¡Pues no!, llevaba de la mano al pequeño Eugène, seguido de su muchacha de delantal blanco. Ella se sentó; y, después de haber tosido:

—Hace mucho tiempo que no viene usted por casa.

Como Frédéric no encontraba excusa, ella añadió:

—Es una delicadeza por su parte.

Él replicó:

—¿Qué delicadeza?

—Lo que ha hecho por Arnoux —dijo ella.

Frédéric hizo un gesto significativo: «Me trae sin cuidado, era por usted».

Ella mandó al niño a jugar con la muchacha al salón. Intercambiaron dos o tres palabras sobre su salud, después la conversación decayó.

Ella llevaba un vestido de seda marrón de un color de vino de España, con abrigo de terciopelo, ribeteado de marta; esta piel daba ganas de pasarle las manos por encima, y sus largos bandos, bien alisados, atraían los labios. Pero una emoción la turbaba, y, volviendo los ojos hacia la puerta:

—Hace un poco de calor aquí.

Frédéric adivinó la intención prudente de su mirada.

—¡Perdón!, los batientes sólo están entornados.

—¡Ah!, es cierto.

Y sonrió, como para decir: «No temo nada».

Él le preguntó inmediatamente cuál era el motivo de su visita.

—Mi marido repuso aquello con esfuerzo, me aconsejó que viniese a verle, pues él mismo no se atrevía a hacer esta gestión.

—¿Y por qué?

—Usted conoce al señor Dambreuse, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—¡Ah, un poco!

Ella permanecía callada.

—No importa, ¡termine!

Entonces contó que la antevíspera Arnoux no había podido abonar cuatro pagarés de mil francos suscritos a la orden del banquero, y sobre los cuales él le había hecho poner su firma. Ella se arrepentía de haber comprometido la fortuna de sus hijos. Pero todo era preferible al deshonor; y, si el señor Dambreuse hacía pasar las diligencias, le pagarían pronto, ciertamente; pues ella iba a vender, en Chartres, una casita que tenía.

—¡Pobre mujer! —murmuró Frédéric—. Iré a verle, cuente conmigo.

—Gracias.

Y se levantó para marchar.

—¡Oh!, ¿qué prisa tiene?

Ella siguió de pie, observando el trofeo de flechas mongoles colgado del techo, la

biblioteca, las encuadernaciones, todos los utensilios de escribir; levantó el recipiente de bronce que contenía las plumas: sus talones se posaron sobre la alfombra en sitios diferentes. Había ido varias veces a casa de Frédéric, pero siempre con Arnoux. Ahora estaban solos —solos en su propia casa—; era un acontecimiento extraordinario, casi una buena suerte.

Ella quiso ver su jardincillo; él le ofreció el brazo para enseñarle sus dominios, treinta pies de terreno, cercado de casas, adornado con arbustos en las esquinas, y con un arriate en el centro.

Eran los primeros días de abril. Las hojas de las lilas empezaban a reverdecer, un aire circulaba en el ambiente, piaban los pajaritos, alternando su canto con el ruido lejano de la forja de un carrocero.

Frédéric fue a buscar una badila; y, mientras se paseaban juntos, el niño levantaba montones de arena en el paseo del jardincillo.

Mme. Arnoux no creía que el niño fuese a tener de mayor una gran imaginación, pero era de carácter cariñoso, afectuoso. Su hermana, al contrario, tenía una sequedad natural que, a veces, la hería.

—Eso cambiará —dijo Frédéric—. Nunca hay que desesperar.

Ella replicó:

—Nunca hay que desesperar.

Esta repetición mecánica de su frase le pareció una especie de ánimo; él cogió una rosa, la única del jardín.

—¿Se acuerda usted... de un ramo de rosas, una tarde, en coche?

Ella se sonrojó un poco; y, con aire de comparación irónica:

—¡Ah!, era yo bien joven.

—Y ésta —replicó en voz baja Frédéric—, ¿correrá la misma suerte?

Ella respondió, mientras hacía girar el tallo entre sus dedos, como si fuera el hilo de un huso:

—¡No!, ¡ésta la conservaré!

Llamó con un gesto a la muchacha, que cogió al niño en brazos: luego, en el umbral de la puerta, en la calle, Mme. Arnoux aspiró el aroma de la flor, inclinando la cabeza sobre su hombro, y con una mirada tan dulce como un beso.

De nuevo en su estudio, Frédéric contempló el sillón donde ella se había sentado y todos los objetos que había tocado. Algo de ella circulaba alrededor de él. La caricia de su presencia duraba todavía.

Y una oleada de infinita ternura le sumergía.

Al día siguiente, a las once, se presentó en casa del señor Dambreuse. Le recibieron en el comedor. El banquero estaba comiendo sentado enfrente de su mujer. Su sobrina estaba cerca de ella; al otro lado, la institutriz, una inglesa muy picada de viruela. El señor Dambreuse invitó a su joven amigo a sentarse en medio de ellos y, ante su rechazo:

—¿En qué puedo servirle? Dígame.

Frédéric confesó, fingiendo indiferencia, que iba a pedir algo para un tal Arnoux.

—¡Ah!, ¡ah!, el antiguo comerciante de cuadros —dijo el banquero con una risa muda que dejaba al descubierto sus encías—. Oudry era su fiador, antes; se han enfadado.

Y se puso a ojear el correo y los periódicos que estaban cerca de su plato.

Dos criados le servían, sin hacer ruido alguno en el suelo; y la altura de la sala, que tenía tres puertas tapizadas y dos fuentes de mármol blanco, el brillo de los infiernillos, la disposición de los entremeses y hasta los pliegues rígidos de las servilletas, todo este bienestar de lujo establecía en el pensamiento de Frédéric un contraste con otra comida en casa de Arnoux. Él no se atrevía a interrumpir al señor Dambreuse.

La señora notó que estaba molesto.

—¿Ve usted alguna vez a nuestro amigo Martinon?

—Vendrá esta tarde —dijo vivamente la chica.

—¡Ah!, ¿tú lo sabes? —replicó la tía mirándola fríamente.

Después, uno de los servidores acercándose al oído: —Tu modista, hija mía, miss John.

El señor Dambreuse, molesto por el desorden de las sillas, preguntó lo que pasaba.

—Es la señora Regimbart.

—¡Hombre!, ¡Regimbart! Ese nombre me suena. He visto su firma en algún lado.

Frédéric abordó, por fin, la cuestión; Arnoux merecía interés; incluso, con el único fin de cumplir sus compromisos, iba a vender una casa de su mujer.

—Dicen que es muy guapa —dijo la señora Dambreuse.

El banquero añadió con aire bonachón:

—¿Es usted amigo íntimo de la familia?

Frédéric, sin responder claramente, dijo que le agradecía mucho tomase en consideración...

—¡Bueno, ya que tiene tanto interés, sea! Aún tengo tiempo, si bajáramos a mi despacho, ¿qué le parece?

El almuerzo había terminado; la señora Dambreuse se inclinó ligeramente sin dejar de sonreír de un modo singular, cargado a la vez de cortesía y de ironía. Frédéric no tuvo tiempo de pensar en ello; pues el señor Dambreuse, cuando se quedaron solos:

—¿Usted no ha venido a buscar sus acciones?

Y, sin darle tiempo a disculparse:

—¡Bien!, ¡bien!, justo es que conozca un poco mejor el negocio.

Le ofreció un cigarrillo y comenzó.

La Unión General de las Hullas Francesas estaba constituida; no faltaba más que el reglamento. El solo hecho de la fusión disminuía los gastos de vigilancia y de mano de obra, aumentaba los beneficios. Además, la Sociedad tenía en estudio una cosa nueva, que era interesar a los obreros en la empresa. Ésta les construiría casas, viviendas salubres: por fin, ella se constituía en proveedora de sus empleados, dándoles todo a precio de coste.

—Y ellos saldrán ganando, señor; he ahí el verdadero progreso; es responder victoriosamente a ciertos criterios republicanos. Tenemos en nuestro consejo —le enseñó un prospecto— a un par de Francia, un sabio del Instituto, un oficial superior de ingenieros retirado, nombres conocidos. Semejantes elementos ofrecen garantía a los capitales tímidos y atraen a los capitales inteligentes. La Compañía atendería los pedidos del Estado, luego los ferrocarriles, la marina de vapor, los establecimientos metalúrgicos, el gas, las cocinas de las ciudades. Así, calentamos, alumbramos, penetramos hasta los hogares de las familias más modestas. Pero ¿cómo, me dirá usted, podremos asegurar la venta? Gracias a medidas proteccionistas, querido señor, y las conseguiremos; esto es cosa nuestra. Por lo demás, yo soy francamente prohibicionista ¡El país ante todo!

Le habían nombrado Director; pero le faltaba tiempo para ocuparse de ciertos detalles, de la redacción entre otros.

—Estoy un poco enfadado con mis clásicos, me he olvidado del griego. Necesitaría a alguien que tradujese mis ideas —y de pronto—: ¿Quiere usted ser ese hombre, con el puesto de secretario general?

Frédéric no supo qué responder.

—¡Bueno!, ¿quién se lo impide?

Sus funciones se reducirían a redactar, todos los años, un informe para los accionistas. Mantendría relación diaria con los hombres más importantes de París. Como representante de la Compañía ante los obreros, conseguiría sin enfuerzo que le adorasen, lo cual le permitiría, más adelante, llegar al Consejo General o a diputado.

A Frédéric le zumbaban los oídos. ¿De dónde salía tanta amabilidad? Se deshizo en expresiones de agradecimiento.

Pero no era preciso, dijo el banquero, depender de nadie. Y el mejor medio era adquirir

unas acciones, «inversión soberbia, por otra parte, pues el capital que usted invierte garantiza su posición como su posición garantiza su capital».

—¿A cuanto ascendería, más o menos? —dijo Frédéric.

—¡Dios mío! Lo que le apetezca; de cuarenta a sesenta mil francos, me imagino.

Esta cantidad era tan insignificante para el señor Dambreuse y tan grande la autoridad de éste, que el joven se decidió inmediatamente a vender una finca. Aceptaba. El señor Dambreuse señalaría uno de aquellos días para rematar el negocio.

—¿Así que puedo decir a Jacques Arnoux...?

—Todo lo que usted quiera, ¡pobre hombre! Todo lo que usted quiera.

—Muy bien.

Frédéric escribió a los Arnoux para tranquilizarlos, y les mandó la carta con su criado, al cual respondieron:

—Muy bien.

Su gestión, sin embargo, merecía más. Esperaba una visita, una carta por los menos. No recibió ninguna visita. No llegó ninguna carta.

¿Era olvido de parte de ellos o algo intencionado? Ya que Mme. Arnoux había venido una vez, ¿no podía volver? ¿La especie de sobreentendido, de confesión que ella le había hecho no era más que una maniobra ejecutada por interés? «¿Se han burlado de mí?», «¿es ella cómplice?». Una especie de pudor, a pesar de las ganas que tenía, le impedía volver a visitarles.

Una mañana, tres semanas después de su entrevista, el señor Dambreuse le mandó una carta donde le decía que le esperaba dentro de una hora.

Por el camino le asaltó de nuevo la idea de los Arnoux; y, no encontrando ninguna razón para su conducta, fue presa de una especie de angustia, de presentimiento fúnebre. Para liberarse de él, llamó un cabriolé y mandó que le llevara a la calle Paradis.

Arnoux estaba de viaje.

—¿Y la señora?

—En el campo, en la fábrica.

—¿Cuándo vuelve el señor?

—Mañana, sin falta.

La encontraría sola; éste era el momento. Algo imperioso gritaba en su conciencia: «Vete allí, pues».

«¿Pero el señor Dambreuse?». «¡Bueno, mala suerte!». Diré que estaba enfermo.

Corrió a la estación; luego, en el vagón: «¿Tal vez me he equivocado?». «¡Ah!, ¡bah! ¿Qué importa?».

A derecha e izquierda se extendían llanuras verdes; el convoy rodaba, las casitas de las estaciones se deslizaban como los decorados de un escenario, y el humo de la locomotora dejaba caer siempre al mismo lado sus gruesos copos que bailaban sobre la hierba algún tiempo y luego se dispersaban.

Frédéric, solo en su asiento, miraba aquello con aire de aburrimiento, sumido en esa languidez que es producto del exceso mismo de impaciencia. Pero aparecieron grúas, almacenes. Era Creil.

La ciudad, construida en la vertiente de dos colinas bajas (la primera de las cuales está desnuda y la segunda coronada de bosque), con la torre de la iglesia, sus casas desiguales y su puente de piedra, le parecía tener algo alegre, discreto y bueno. Un gran barco chato chapoteaba azotado por el viento; al pie del crucero unas gallinas picoteaban en la paja; pasó una mujer con ropa mojada en la cabeza.

Después del puente se encontró en una isla, en cuyo lado derecho se ven las ruinas de una abadía. Un molino daba vueltas cerrando a todo lo ancho el segundo brazo del Oise sobre el cual dan las paredes de la fábrica. La importancia de esta construcción asombró grandemente a Frédéric. Le hizo concebir mayor respeto hacia Arnoux. Tres pasos más adelante tomó una callejuela, rematada al fondo por una verja.

Había entrado. La conserje le llamó la atención gritándole:

—¿Tiene usted permiso?

—¿Para qué?

—Para visitar el establecimiento.

Frédéric contestó bruscamente que iba a ver al señor Arnoux.

—¿Qué es eso de señor Arnoux?

—Pues el jefe, el amo, el propietario, en fin.

—No, señor, ésta es la fábrica de los señores Leboeuf y Millet.

La buena mujer bromeaba sin duda. Llegaban obreros; abordó a dos o tres; la respuesta fue la misma.

Frédéric salió del patio tambaleándose como un borracho; y parecía tan atolondrado que, en el puente de la Boucherie, un burgués que estaba fumando su pipa le preguntó si buscaba algo. Él conocía la fábrica de Arnoux.

Estaba situada en Montataire.

Frédéric buscó un coche. Sólo los había en la estación. Volvió allí. Delante del despacho de equipajes, solitaria, estaba estacionada una calesa a la que estaba enganchado

un viejo caballo negro cuyos arneses descosidos colgaban de los varaes.

Un chico se ofreció a buscar al «tío Pilón». Volvió al cabo de diez minutos; el tío Pilón estaba comiendo. Frédéric, no aguantando más, se marchó. Pero el paso estaba cortado. Hubo que esperar a que pasaran dos trenes. Por fin, se precipitó al campo.

El verde monótono lo asemejaba a un tapete de billar. A ambos lados de la carretera se alineaban escorias de hierro, como si fueran metros de grava. Un poco más lejos humeaban chimeneas de fábricas, unas al lado de otras. Frente a él, sobre una colina redonda, se erguía un pequeño castillo de torretas, junto con el campanario cuadrangular de una iglesia. Por debajo, largas paredes formaban líneas irregulares entre los árboles; y abajo del todo se extendían las casas del pueblo.

Son casitas de un solo piso, con escaleras de tres escalones, hechas de bloques sin cemento. Se oía, a intervalos, la campanilla de una tienda de ultramarinos. Unos pasos pesados se hundían en el barro negro, y caía una lluvia fina que cortaba en mil trozos el cielo pálido.

Frédéric siguió por el centro de la calle; después encontró a su izquierda, en el cruce, un camino, un gran arco de madera sobre el cual había un letrero en letras doradas: CERÁMICAS.

Jacques Arnoux buscaba una finalidad al escoger la proximidad de Creil; estableciendo su fábrica lo más cerca posible de la otra (acreditada desde hacía mucho tiempo) provocaba en el público una confusión favorable a sus intereses.

El principal cuerpo del edificio se apoyaba en la orilla misma de un río que atravesaba la pradera. La casa del patrón, rodeada de un jardín, se distinguía por su escalinata, adornada con cuatro jarrones de cactus erizados.

Montones de tierra blanca estaban a secar bajo cobertizos; había otros al aire libre; y en medio del jardín estaba Sénécal con su eterno abrigo azul forrado de rojo.

El ex profesor alargó su mano fría.

—¿Viene por el patrón? No está aquí.

Frédéric, desconcertado, respondió secamente:

—Lo sabía —pero, recobrándose inmediatamente—: Es para un asunto relacionado con Mme. Arnoux. ¿Puede recibirme ella?

—¡Ah!, no la he visto desde hace tres días —dijo Sénécal.

Y comenzó una retahíla de quejas. Al aceptar las condiciones del fabricante, había entendido que viviría en París, no que iría a enterrarse en el campo, lejos de los amigos, sin periódicos. No importaba. ¡Habría pasado por encima de esto! Pero Arnoux no parecía prestar ninguna atención a su valía. Y además era un hombre limitado y retrógrado, ignorante como nadie. En vez de buscar perfeccionamiento artístico, hubiera sido mejor

introducir hornos de gas y de carbón. El burgués se arruinaba. Sénécal subrayó la palabra. En resumen, su trabajo no le gustaba; y mandó a Frédéric que influyese para que le aumentasen el sueldo.

—Esté tranquilo —dijo el otro.

No encontró a nadie en la escalera. En el primer piso asomó la cabeza a una habitación vacía; era el salón. Llamó en voz alta. No respondieron; sin duda la cocinera había salido, también la muchacha; por fin, ya en el segundo piso, empujó una puerta. Mme. Arnoux estaba sola, delante de un armario de luna. El cinturón de su bata de casa entreabierto le colgaba a lo largo de las caderas. Una mata de pelo como una ola negra le bajaba por el hombro derecho; y tenía los dos brazos levantados, sosteniendo con una mano el moño mientras que con la otra introducía en él una horquilla. Lanzó un grito y desapareció.

Después volvió correctamente vestida. Su talle, sus ojos, el ruido de su ropa, todo le encantó. Frédéric se contenía para no cubrirla de besos.

—Perdóneme —dijo ella—, pero no podía...

El tuvo el atrevimiento de interrumpirla:

—Pero... estaba usted muy bien... hace un momento.

A ella le pareció un cumplido un poco grosero, pues sus pómulos se enrojecieron. El temía haberla ofendido. Ella replicó:

—¿A qué se debe el placer de verle?

El no supo qué responder; y, después de una risita que le dio tiempo a reflexionar.

—Si se lo dijera, ¿me creería?

—¿Por qué no?

Frédéric contó que había tenido la otra noche un sueño espantoso.

—Soñé que usted estaba gravemente enferma, próxima a morir.

—¡Oh!, ni yo ni mi marido estamos nunca enfermos.

—Yo no soñé más que con usted —dijo él.

Ella le miró con aire tranquilo.

—Los sueños no se realizan nunca.

Frédéric balbuceó, buscó las palabras y se lanzó por fin a un largo discurso sobre la afinidad de las almas. Existía una fuerza que, a través de los espacios, era capaz de poner en relación a dos personas, informarlas de lo que sienten y hacerles juntarse.

Ella escuchaba con la cabeza baja, al tiempo que sonreía con su más bella sonrisa. Él la observaba con el rabillo del ojo, gozoso, daba rienda suelta a su amor más libremente

con la facilidad que proporcionan los tópicos. Ella propuso enseñarle la fábrica; y ante su insistencia, él aceptó.

Para distraerle, en primer lugar, con algo divertido, le mostró la especie de museo que decoraba la escalera. Las muestras colgadas en las paredes o colocadas en repisas eran pruebas de los esfuerzos y los entusiasmos sucesivos de Arnoux. Después de haber buscado el rojo de los colores de los chinos, había querido hacer mayólicas, azulejos estilo etrusco, oriental, ensayando por fin algunos de los perfeccionamientos realizados posteriormente. Por eso destacaban en la serie grandes jarrones cubiertos de mandarines, escudillas de un dorado tornasolado, vasos decorados con signos árabes, jarros de gusto renacentista, y anchos platos con dos personajes, que estaban como dibujados a la sanguina de una manera afectada y vaporosa. Ahora fabricaba letras para rótulos, etiquetas de vino; pero su inteligencia no era suficientemente elevada como para alcanzar el arte, ni tampoco bastante burguesa para buscar sólo el provecho, de tal modo que, sin contentar a nadie, se estaba arruinando. Los dos consideraban estas cosas cuando pasó la señorita Marthe.

—¿No le reconoces? —le dijo su madre.

—Claro que sí —respondió ella saludándole, mientras que su mirada límpida y sospechosa, su mirada virginal parecía murmurar: «¿qué vienes a hacer tú aquí?», y subía las escaleras con la cabeza un poco vuelta sobre el hombro.

Mme. Arnoux llevó a Frédéric al patio, después le explicó en tono serio cómo se muelen las tierras, se limpian y se tamizan.

—Lo importante es la preparación de las pastas.

Y lo llevó a una sala llena de cubas donde un eje vertical dotado de brazos horizontales giraba sobre sí mismo. Frédéric se arrepentía de no haber rechazado claramente su proposición en el momento.

—Estos son los malaxadores —dijo ella.

Él encontró grotesca la palabra, y como inconveniente en boca de ella.

Anchas correas se deslizaban a gran velocidad de un extremo al otro del techo para enrollarse en tambores, y todo se movía de una manera continua, matemática, irritante. Salieron de allí y pasaron al lado de una cabaña en ruinas, que había servido en otro tiempo para guardar instrumentos de jardinería.

—Ya no sirve —dijo Mme Arnoux.

Él replicó con voz temblorosa:

—En ella podría albergarse la felicidad.

El estruendo de la bomba de vapor cubrió su palabras y entraron en el taller de esbozos.

Sentados ante una mesa estrecha, unos hombres colocaban delante de ellos, sobre un disco giratorio, una masa de pasta, con la mano izquierda rascaban el interior y con la derecha acariciaban la superficie, y se veían subir vasijas como flores que se abren.

Mme. Arnoux mandó que le enseñaran los moldes para los trabajos más difíciles.

En otro local se hacían las molduras, las aberturas, las líneas salientes. En el piso superior quitaban soldaduras y se tapaban con yeso los pequeños agujeros que habían quedado en las Óperaciones precedentes.

Encima de las claraboyas, en las esquinas, en medio de los pasillos, por todas partes, se alineaban piezas de alfarería.

Frédéric empezaba a aburrirse.

—¿Quizá le canse esto? —dijo ella.

Temiendo que tuviese que terminar allí su visita, fingió, por el contrario, mucho entusiasmo. Incluso lamentaba no haberse dedicado a aquella industria.

Ella parecía sorprendida.

—Es cierto. Habría podido vivir cerca de usted.

Y, como él escrutaba su mirada, Mme. Arnoux, para evitarla, tomó de una consola bolitas de pasta procedentes de remiendos, las aplastó en una especie de torta e imprimió en ella su mano.

—¿Puedo llevarme eso? —dijo Frédéric.

—¡Dios mío, qué niño es usted!

Iba a responder cuando entró Sénécal.

El señor subdirector, desde la puerta, se dio cuenta de una infracción del reglamento. Los talleres debían barrerse todas las semanas; era sábado, y, como los obreros no habían hecho nada, Sénécal les dijo que tenían que quedarse una hora más. «Lo siento por ustedes».

Se inclinaron sobre las piezas sin murmurar; pero se adivinaba su cólera en el soplo ronco de su pecho. Eran, por lo demás, poco fáciles de llevar, pues todos habían sido despedidos de la fábrica grande. El republicanismo los gobernaba duramente. Hombre de teorías, no consideraba más que las masas y se mostraba despiadado con los individuos.

Frédéric, molesto por su presencia, preguntó en voz baja a Mme. Arnoux si no había posibilidad de ver los hornos. Bajaron, y estaba ella explicándole el uso de las *cassettes* cuando Sénécal, que les había seguido, se interpuso entre ellos.

Él mismo continuó la demostración extendiéndose sobre las diferentes clases de combustibles, sobre la puesta en el horno, los piróscopos^[5], las cámaras, los engobes, las

arañas y los metales, prodigando los términos de química cloruro, sulfuro, bórax, carbonato. Frédéric no entendía nada y a cada minuto se volvía hacia Mme. Arnoux.

—Usted no escucha —dijo ella—. Sin embargo, el señor Sénécal es muy claro. Conoce todas esas cosas mejor que yo.

El matemático, halagado por este elogio, propuso enseñarle la manera de fijar los colores. Frédéric interrogó con mirada ansiosa a Mme. Arnoux. Ella permaneció impasible, no queriendo sin duda ni estar sola con él, ni tampoco abandonarle. El le ofreció el brazo.

—No, gracias, la escalera es demasiado estrecha.

Y cuando llegaron arriba, Sénécal abrió la puerta de una habitación llena de mujeres.

Manejaban pinceles, frascos, conchas, placas de vidrio. A lo largo de la cornisa, contra la pared, se alineaban láminas grabadas; recortes de papel fino revoloteaban; y una estufa de hierro colado desprendía un calor empalagoso al que se mezclaba el olor a trementina y aguarrás.

Casi todas las obreras tenían vestidos sucios. Se veía una, sin embargo, que llevaba un madrás y largos pendientes. A la vez fina y rellenita, tenía grandes ojos negros y los labios carnosos de una negra. Su pecho abundante destacaba bajo su blusa, sostenida alrededor de la cintura por el cordón de su falda; y con un codo sobre la mesa de trabajo mientras que el otro brazo colgaba libre, miraba vagamente a lo lejos en el campo. A su lado había una botella de vino y embutido.

El reglamento prohibía comer en los talleres como medida de limpieza para el trabajo y de higiene para los trabajadores.

Sénécal, por sentido del deber o necesidad de despotismo, gritó de lejos, indicando un cartel en un cuadro:

—¡Eh!, ¡esa de allá!, ¡la bordelesa!, léame bien alto el artículo 9.

—¡Bien!, ¿qué más?

—¿Qué más, señorita? Son tres francos de multa que ha de pagar.

Ella le miró a la cara, con desvergüenza.

—¿Qué me importa? ¡Cuando vuelva el patrón, me quitará la multa! ¡Me río de usted, señor mío!

Sénécal, que se paseaba con las manos a la espalda, como un vigilante en la sala de estudios, se contentó con sonreír.

—Artículo 13, insubordinación, ¡diez francos!

La bordelesa volvió a su faena. Mme. Arnoux, por decoro, no decía nada, pero frunció el entrecejo. Frédéric murmuró:

—¡Ah!, para ser demócrata, es usted muy duro.

El otro respondió en tono magistral:

—La democracia no es la desvergüenza del individualismo. ¡Es la igualdad ante la ley, la distribución del trabajo, el orden!

—Usted olvida la humanidad —dijo Frédéric.

Mme. Arnoux le cogió el brazo; Sénécal, tal vez ofendido por esta aprobación silenciosa, se fue.

Frédéric sintió un gran alivio. Desde la mañana buscaba la ocasión de declararse; era el momento. Por otra parte, el movimiento espontáneo de Mme. Arnoux le parecía encerrar promesas; y pidió, como para calentarse los pies, subir a su habitación. Pero, cuando se encontró sentado al lado de ella, comenzaron sus apuros; no sabía por dónde empezar. Felizmente se acordó de Sénécal.

—Nada más tonto —dijo— que ese castigo.

Mme. Arnoux replicó:

—Hay severidades indispensables.

—¡Cómo usted, que es tan buena! ¡Oh!, me equivoco, pues usted se complace a veces en hacer sufrir.

—No comprendo los enigmas, amigo mío.

Y su mirada austera, más aún que la palabra, le detuvo. Frédéric estaba resuelto a proseguir. Por casualidad había sobre la cómoda un volumen de Musset. Pasó varias páginas, después se puso a hablar del amor, de sus desesperaciones y de sus arrebatos.

Todo eso, según Mme Arnoux, era criminal o ficticio.

El joven se sintió herido por esta negación; y, para combatirla, citó como prueba los suicidios que se ven en los periódicos, exaltó los grandes tipos literarios, Fedra, Dido, Romeo, Desgrieux. Se enredaba.

El fuego ya no ardía en la chimenea, la lluvia golpeaba contra los cristales. Mme. Arnoux sin moverse, permanecía con las dos manos apoyadas en los brazos del sillón; las patillas de su gorro caían como las tiras de una esfinge, su perfil puro se recortaba en su palidez en medio de la sombra.

Él tenía ganas de echarse a sus rodillas. Se oyó un crujido en el pasillo, él no se atrevió. Se lo impedía, por otra parte, una especie de temor religioso. Aquel vestido, confundiéndose con las tinieblas, le parecía desmesurado, infinito, imposible de levantar; y precisamente por esto redoblaba su deseo. Pero el miedo de propasarse y de no llegar le quitaba todo discernimiento.

«Si no le gusto —pensaba—, que me eche; si me quiere, que me anime».

Él dijo suspirando:

—¿Así que usted no admite que se pueda amar... a una mujer?

Mme. Arnoux replicó:

—Cuando es casadera se la toma por mujer; si pertenece a otro, debe alejarse de ella.

—Así la felicidad es imposible.

—No. Pero no se encuentra en la mentira, las inquietudes y los remordimientos.

—¿Qué importa, si es recompensada con goces sublimes?

—La experiencia es demasiado cara.

Él quiso atacarla por la ironía.

—¿La virtud no sería una cobardía?

—Diga más bien clarividencia. Incluso para aquellas personas que olvidan el deber o la religión, el simple buen sentido puede bastar. El egoísmo es una base sólida para la prudencia.

—¡Ah!, ¡qué máximas burguesas tiene usted!

—Pero yo presumo de ser una gran señora.

En este momento llegó corriendo el niño:

—Mamá, ¿vienes a cenar?

Frédéric se levantó; al mismo tiempo apareció Marta.

Él no podía decidir marcharse; y, con una mirada toda llena de súplica:

—Esas mujeres de que usted habla son, pues, muy insensibles.

—No, son sordas cuando es preciso.

Y se mantenía de pie a la puerta de su habitación, con sus dos niños a su lado. Él se inclinó sin decir una palabra. Ella respondió silenciosamente a su saludo.

Lo que él sintió al principio fue una estupefacción infinita. Esta manera de hacerle comprender la inutilidad de su esperanza lo aplastaba. Se sentía perdido como un hombre caído en el fondo de un abismo, que sabe que no le socorrerán y que tiene que morir.

Entretanto caminaba, pero sin ver nada, al azar, tropezaba con las piedras, se equivocó de camino. Un ruido de zuecos resonó en su oído; eran los obreros que salían de la fundición. Entonces se orientó.

En el horizonte las linternas del tren trazaban una línea de luces, llegó cuando salía un tren, se dejó meter en un vagón y se quedó dormido.

Una hora después, en los bulevares, el bullicio del París nocturno alejó de pronto su

viaje a un pasado ya muy lejano. Quiso hacerse el fuerte, y alivió su corazón denigrando a Mme. Arnoux con epítetos injuriosos:

«¡Es una imbécil, una pava, una tonta, una bruta, no pensemos más en ella!».

De vuelta a casa, encontró en su despacho una carta de ocho páginas en papel azul satinado con las iniciales R. A.

Comenzaba con reproches amistosos: «¿Qué es de usted, querido?, ¡me aburro!».

La letra era tan abominable que Frédéric iba a tirar todo el paquete, cuando vio en la postdata: «Cuento con usted mañana para que me lleve a las carreras».

¿Qué significaba esta invitación? ¿Era otra jugada de la Mariscalá? Pero no es posible burlarse dos veces del mismo hombre sin ningún motivo; y lleno de curiosidad, releyó la carta atentamente.

Frédéric distinguió: «Malentendido... haberse equivocado... desilusiones... Somos unos pobres niños... Semejantes a dos ríos que confluyen», etc.

Este estilo contrastaba con el lenguaje ordinario de la mujer galante. ¿Qué cambio se había Óperado?

Durante mucho tiempo mantuvo las hojas entre sus dedos. Olían a iris; y en la forma de los caracteres y la separación irregular de las líneas había como un desorden de tocador que le impresionó.

«¿Por qué no ir? —se dijo por fin—. Pero, ¿si llegara a saberlo Mme. Arnoux? ¡Ah!, que lo sepa. ¡Mejor!, ¡y que tenga celos!, ¡así quedaré vengado!».

CAPÍTULO IV

La Mariscala, ya preparada, le estaba esperando.

—¡Qué amable! —le dijo ella clavándole sus hermosos ojos, a la vez tiernos y alegres. Después de hacer el nudo de su capucha, se sentó en el diván y permaneció en silencio.

—¿Nos vamos? —dijo Frédéric.

Ella miró el reloj de la chimenea.

—¡Oh!, ¡no!, no antes de la una y media —como si ella se hubiera señalado a sí misma este límite a su incertidumbre.

Por fin, cuando dio la hora:

—¡Bueno, *andiamo, caro mió!*

Y dio un último toque a sus bandos, hizo algunas recomendaciones a Delphine.

—¿La señora vuelve para la cena?

—¿Por qué? Cenaremos juntos en algún lugar, en el Café Inglés, donde usted quiera.

—¡Bueno!

Sus perritos ladraban alrededor de ella.

—Podemos llevarlos, ¿verdad?

Frédéric los llevó, él mismo, hasta el coche. Era una berlina de alquiler con dos caballos y un cochero; sobre el asiento de atrás Frédéric había puesto a su criado. La Mariscala pareció satisfecha de aquellas atenciones; después, cuando ya estuvo acomodada, le preguntó si había estado en casa de Arnoux recientemente.

—Hace ya un mes —dijo Frédéric.

Yo lo encontré anteayer, incluso habría venido hoy. Pero tuvo toda una serie de problemas, además de un proceso, no sé qué. ¡Qué hombre más raro!

—Sí, muy raro.

Frédéric añadió con aire indiferente:

—A propósito: ¿sigue usted viendo... cómo le llama usted... a ese antiguo cantante...

Delmar?

Ella replicó secamente:

—No. Hemos... terminado.

Por tanto, la ruptura era cierta. Frédéric empezó a concebir esperanzas.

Bajaron al paso por el barrio Breda; como era domingo, las calles estaban desiertas, y aparecían caras de burgueses detrás de las ventanas. El coche aceleró un poco la marcha; el ruido de las ruedas hacía volver la cara a los transeúntes, el cuero de la capota bajada brillaba, el criado se repantigaba y los dos perritos, uno al lado del otro, parecían dos manguitos de armiño colocados sobre los cojines. Frédéric se abandonaba al balanceo de las sopandas. La Mariscala volvía la cabeza, a derecha e izquierda, sonriendo.

Su sombrero de paja nacarada tenía un adorno de encaje negro, la capucha de su abrigo flotaba al viento; y se protegía del sol con una especie de sombrilla de raso lila, que terminaba en punta como una pagoda.

—¡Qué encanto de deditos! —dijo Frédéric tomándole suavemente la mano izquierda, adornada con una pulsera de oro en forma de esclava—. ¡Mira!, ¡qué bonito!, ¿de dónde viene esto?

—¡Oh!, hace tiempo que la tengo —dijo la Mariscala.

El joven no objetó nada a esta respuesta hipócrita. Prefirió «aprovecharse de la ocasión». Y, sin soltarle el puño, depositó en él un beso, entre el guante y la bocamanga.

—¡Deje!, nos van a ver.

—¡Bah!, ¿qué importa?

Después de la plaza de la Concordia tomaron por el muelle de la Conférence y el muelle de Billy, donde se ve un cedro en un jardín. Rosanette creía que el Líbano estaba situado en China; incluso se rió de su ignorancia y pidió a Frédéric que le diese lecciones de geografía. Después, dejando a la derecha el Trocadero, atravesaron el puente de Jena y por fin se detuvieron en medio del Champ de Mars, al lado de los otros coches, ya alineados en el hipódromo.

Los macizos de hierba estaban llenos de gente del pueblo. Se veían curiosos en el balcón de la Escuela Militar, y los dos pabellones fuera del pesaje, las dos tribunas comprendidas en su recinto, y una tercera delante de la del rey estaban repletas de una muchedumbre bien vestida, que testimoniaba, por su porte, un cierto respeto por aquella diversión todavía nueva. El público de las carreras, más selecto en aquella época, tenía un aspecto menos vulgar; era el tiempo de las trabillas, de los cuellos de terciopelo y de los guantes blancos. Las mujeres, vestidas de colores brillantes, llevaban vestidos de talle bajo y, sentadas en las gradas de los estrados, hacían el efecto de grandes macizos de flores, moteados de negro, aquí y allí, por los trajes oscuros de los hombres. Pero todas las

miradas se volvían hacia Bou-Maza, que permanecía impassible, entre dos oficiales de Estado Mayor, en una de las tribunas reservadas. La del Jockey-Club estaba ocupada exclusivamente por señores de aspecto grave.

Los más entusiastas se habían colocado abajo, junto a la pista, protegida por dos filas de palos que soportaban cuerdas; en el óvalo descrito por esta calle, vendedores de coco agitaban sus carracas, otros vendían el programa de las carreras, otros pregonaban cigarros, un gran murmullo salía de allí; los guardias municipales pasaban y volvían a pasar; sonó una campana colgada de un poste lleno de cifras. Aparecieron cinco caballos, y la gente volvió a ocupar sus puestos en las tribunas.

Entretanto, gruesos nubarrones rozaban con sus volutas la copa de los olmos, enfrente. Rosanette tenía miedo a la lluvia.

—Tengo paraguas —dijo Frédéric—, y todo lo necesario para distraerse —añadió abriendo el maletero, donde había un cesto con comida.

—¡Bravo!, ¡nos entendemos!

—Y nos entenderemos mejor, ¿verdad?

—Puede que sí —dijo ella toda colorada.

Los jockeys, con casaca de seda, trataban de alinear sus caballos y los sujetaban con las dos manos. Alguien bajó una bandera roja. Entonces, los cinco, inclinándose hacia las crines, salieron. Al principio permanecieron apretados en una sola masa; pronto ésta se alargó, se cortó; el que llevaba la casaca amarilla, en la mitad de la primera vuelta, estuvo a punto de caer, durante mucho tiempo la carrera estuvo indecisa entre *Filly* y *Tibi*; luego *Tom Pouce* se puso en cabeza; pero *Clubstick*, que iba detrás desde la salida, los alcanzó y llegó el primero, batiendo a *Sir Charles* por dos cuerpos; fue una gran sorpresa; el público gritaba, las tablas de las andanadas vibraban con los pataleos.

—Nos estamos divirtiendo —dijo la Mariscala—. Te amo, querido.

Frédéric ya no dudó de su felicidad; esta última palabra de Rosanette lo confirmaba. A cien pasos de él, en un cabriolé *milord*, apareció una dama. Se asomaba por la portezuela, luego se ocultaba rápidamente; esto se repitió varias veces. Frédéric no podía distinguir su cara. Tuvo una sospecha, le pareció que era Mme. Arnoux. Pero no, era imposible. ¿Por qué habría ido? Con el pretexto de acercarse al pesaje, se apeó del coche.

—Es usted poco galante —dijo Rosanette.

Él no hizo caso y continuó. El *milord*, de pescante más alto, volviendo grupas, se puso al trote.

En el mismo momento, Frédéric fue agarrado bruscamente por Cisy.

—Buenos días, querido, ¿cómo está? Allí esta Hussonnet. ¡Escuche!

Frédéric trataba de librarse para alcanzar el cabriolé. La Mariscala le hacía señas de que volviese a su lado. Cisy la vio y quería saludarla a toda costa.

Desde que se había quitado el luto de su abuela, realizaba su ideal, tener distinción. Chaleco escocés, levita corta, anchos lazos sobre el zapato y billete de entrada en la trencilla del sombrero, nada faltaba, en efecto, a lo que él mismo llamaba su «chic», un chic anglómano y mosquetero. Comenzó por quejarse del Champ de Mars, hipódromo execrable, habló después de las carreras de Chantilly y de las bromas que allí se gastaban, juró que era capaz de beber doce copas de Champagne durante las doce campanadas de medianoche, propuso a la Mariscala una apuesta, acarició suavemente sus dos perritos; y, apoyándose con el otro codo en la portezuela, continuó diciendo tonterías, con la empuñadura de su bastoncillo en la boca, las piernas separadas, el cuerpo estirado. Frédéric, a su lado, fumaba sin dejar de averiguar qué había sido del *milord*.

Volvió a sonar la campana y Cisy se marchó, con gran alegría de Rosanette, a quien aburría mucho, decía ella.

La segunda prueba no tuvo nada de particular la tercera tampoco, salvo un hombre al que llevaron en una camilla. La cuarta, en la que ocho caballos se disputaron el premio de la Ciudad, fue más interesante.

Los espectadores de las tribunas se subieron a los bancos. Los otros, de pie, en los coches, seguían con gemelos en la mano la evolución de los jockeys; se les veía pasar volando como manchas rojas, amarillas, blancas y azules a todo lo largo de la muchedumbre que bordeaba el perímetro del hipódromo. De lejos, su velocidad no parecía excesiva; al otro extremo del Champ de Mars parecían incluso aminorar la velocidad y casi no adelantar más que por una especie de deslizamiento, en el que Las panzas de los caballos rozaban la tierra sin que sus piernas extendidas se doblasen. Pero, volviendo muy rápidamente, crecían; su paso cortaba el aire, el suelo temblaba, los guijarros volaban por el aire, metiéndose en las casacas de los jockeys, las hacían palpar como velas; excitaban a los animales con grandes golpes de fusta para alcanzar el poste, era la meta. Se borraban las cifras del marcador, subían otras; y en medio de grandes aplausos el caballo victorioso se arrastraba hasta el pesaje, todo cubierto de sudor, las rodillas rígidas, el cuello bajo, mientras que su jinete, como agonizando sobre su silla, se apretaba las costillas.

Una discusión retrasó la última salida. La muchedumbre, que se aburría, prorrumpió en injurias. Grupos de hombres conversaban al pie de las tribunas. Los temas eran libres; mujeres de la buena sociedad marcharon escandalizadas por estar mezcladas con las damas galantes. La vieja Georgina Aubert, a quien un autor de teatro de bulevar llamaba «el Luis XI de la prostitución», horriblemente maquillada y haciendo de vez en cuando una risita semejante a un gruñido, permaneció toda estirada en su larga calesa, cubierta con un abrigo de cuello de piel de marta como en pleno invierno. Mme. de Remoussot, que era noticia a causa de su pleito, se pavoneaba en el asiento de un coche, en compañía de americanos; y Teresa Bachelu, con su aire de virgen gótica, llenaba con sus doce

faralae el interior de un cabriolé bajo que tenía en el salpicadero una maceta llena de rosas. La Mariscala sintió celos de estas glorias; para llamar la atención, se puso a hacer grandes gestos y a hablar en voz alta.

Unos *gentlemen* la reconocieron y le enviaron saludos. Ella les respondía, diciendo sus nombres a Frédéric. Todos eran condes, vizcondes, duques y marqueses; y él se pavoneaba, pues todos los ojos expresaban un cierto respeto por su buena suerte.

Cisy no parecía menos feliz en el círculo de hombres maduros que le rodeaba. Sonreían desde lo alto de sus corbatas, como burlándose de él; por fin, dio una palmada en la mano del más viejo y se acercó a la Mariscala.

Ella comía con una glotonería afectada un trozo de foie-gras; Frédéric, por obediencia, la imitaba, sosteniendo una botella de vino sobre sus rodillas.

Reapareció el *milord*, era Mme. Arnoux. Palideció de forma extraordinaria.

—¡Dame champán! —dijo Rosanette.

Y, levantando todo lo que pudo su copa llena, exclamó:

—¡Eh!, ¡aquéllas de allá!, ¡las mujeres honradas, la esposa de mi protector, eh!

Estallaron risas a su alrededor, el *milord* desapareció. Frédéric le tiraba del vestido, iba a encolerizarse. Pero Cisy estaba allí, en la misma actitud de hacía poco; y, reforzando su aplomo, invitó a Rosanette a cenar aquella misma noche.

—¡Imposible! —respondió ella—. Vamos juntos al Café Inglés.

Frédéric, como si no hubiera oído nada, permaneció mudo; y Cisy abandonó a la Mariscala con aire contrariado.

Mientras él le hablaba, de pie al lado de la portezuela derecha, Hussonnet había llegado de improviso al lado izquierdo, y, recordando esta palabra de Café Inglés:

—Es un bonito establecimiento, ¿si tomáramos algo allí?, ¡eh!

—Cómo queráis —dijo Frédéric, que, hundido en el rincón de la berlina, veía desaparecer el *milord* del horizonte, sintiendo que acababa de ocurrir algo irreparable y que había perdido su gran amor. Y el otro estaba allí, cerca de él, ¡el amor alegre y fácil! Pero lleno de deseos contradictorios y sin siquiera saber lo que quería, sentía una tristeza desmesurada, ganas de morir.

Un gran ruido de pasos y de voces le hizo levantar la cabeza; los chiquillos, saltando las cuerdas de la pista, invadían las tribunas; la gente se iba. Cayeron unas gotas de lluvia. El atasco de los coches aumentó. Hussonnet estaba perdido.

—¡Bueno, mejor! —dijo Frédéric.

—Preferimos estar solos —dijo la Mariscala, poniendo su mano encima de la de Frédéric.

Entonces pasó delante de ellos, con reflejos de cobre y acero, un espléndido lando tirado por cuatro caballos, conducidos a la Daumont por dos jockeys con casaca de terciopelo a franjas doradas. La señora Dambreuse iba al lado de su marido, Martinon en el asiento de enfrente; los tres tenían caras extrañas.

—¡Me han reconocido! —dijo Frédéric.

Rosanette quiso que se pararan, para ver mejor el desfile. Mme. Arnoux podía reaparecer. Él gritó al postillón:

—¡Sigue! ¡Sigue! ¡Adelante!

Y la berlina se lanzó hacia los Campos Elíseos en medio de los otros coches, calesas, birlochos, *wurts*, tándems, tálburis, *dog-carts*, jardineras con cortinas de cuero, donde cantaban obreros achispados, calesas de cuatro ruedas tiradas por un solo caballo, conducidas prudentemente por padres de familia. En victorias atestadas de gente, algún chico, sentado sobre los pies de los otros, dejaba colgando fuera sus dos piernas. Grandes cupés con asiento de tela paseaban a viudas nobles que dormitaban; o bien pasaba un magnífico *stopper* con una silla sencilla y coqueta como el traje de un dandy. Entretanto arreciaba el chaparrón. Sacaban los paraguas, las sombrillas, las trincheras; gritaban de lejos: «¿Buenos días? ¿Está bien? —¡Sí!, ¡no!, ¡hasta luego!», y las caras se sucedían con una velocidad de sombras chinescas. Frédéric y Rosanette no se hablaban, sintiendo una especie de embotamiento al ver girar continuamente todas aquellas ruedas al lado de ellos.

Por momentos, las filas de coches, demasiado apretadas, se paraban todas a un tiempo en varias líneas. Entonces quedaban los unos cerca de los otros, y se observaban. Desde el borde de los paneles con escudos caían miradas indiferentes sobre la multitud; brillaban ojos llenos de envidia en el fondo de los simones; sonrisas de denigración respondían a las actitudes orgullosas; bocas abiertas expresaban admiraciones imbéciles; y aquí y allí, algún paseante, en medio del camino, se echaba hacia atrás de un salto para evitar a un jinete que galopaba entre los coches y conseguía salir de allí. Después, todo volvía a ponerse en movimiento; los cocheros aflojaban las riendas, sacudían sus largos látigos; los caballos, animados, sacudiendo sus barbas, lanzaban espuma a su alrededor; y las grupas y los arneses húmedos humeaban en el vapor de agua atravesado por el sol poniente. Pasando bajo el Arco del Triunfo proyectaba a la altura de un hombre una luz rojiza que hacía centellear los cubos de las ruedas, las manecillas de las portezuelas, la punta de los pértigos, las anillas de los sillines; y a ambos lados de la gran avenida semejante a un río donde ondulaban crines, vestidos, cabezas humanas, los árboles todos relucientes de lluvia, se erguían, como dos murallas de verdor. Por encima, el azul del cielo, que reaparecía en ciertos sitios, tenía suavidades de raso.

Entonces, Frédéric se acordó de los días ya lejanos en que ambicionaba la infame dicha de encontrarse en uno de aquellos coches, al lado de una de aquellas mujeres. Ya la poseía y no se sentía feliz con ella.

Había cesado de llover. Los transeúntes refugiados entre las columnas del Guarda Muebles se marchaban. En la calle Royale unos paseantes subían el bulevar. Ante la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores una fila de curiosos estaba estacionada sobre las escaleras.

A la altura de los Baños Chinos, como había baches en el pavimento, la berlina acortó la marcha. Un hombre con gabán color avellana caminaba a la orilla de la acera. Una salpicadura que salió de debajo de las ballestas le cubrió la espalda. Se puso furioso. Frédéric empalideció; había reconocido a Deslauriers.

A la puerta del Café Inglés despidió el coche. Rosanette había subido delante mientras él pagaba al cochero.

La encontró en la escalera, hablando con un señor. Frédéric la tomó por el brazo. Pero en medio del pasillo, un segundo señor la detuvo.

—¡Sigue! —le dijo—, ¡soy tuya!

Y entró él solo en el gabinete. Por las dos ventanas, abiertas de par en par, se veía gente asomada a las ventanas de las otras casas, frente por frente. Amplios reflejos temblaban sobre el asfalto que secaba y una magnolia colocada en el borde del balcón perfumaba la habitación. Este perfume y este frescor calmaron sus nervios; se dejó caer en el diván rojo debajo del espejo.

La Mariscala regresó; y, besándole en la frente:

—¿Tienes penas, cariño?

—Tal vez —replicó él.

—No eres tú solo, vamos —lo cual quería decir: «Olvidemos cada cual las nuestras en una felicidad común».

Después, ella colocó un pétalo de flor entre sus labios, y se lo alargó para *picotear*. Este movimiento, de una gracia y casi de una mansedumbre lasciva, enterneció a Frédéric.

—¿Por qué me das pena? —dijo él, pensando en Mme. Arnoux.

—¡Yo, pena!

Y, de pie, delante de él, ella le miraba, las cejas juntas y las dos manos sobre los hombros.

Toda su virtud, todo su rencor se vino abajo en una cobardía infinita.

Él replicó:

—Como no quieres amarme —atrayéndola sobre sus rodillas.

Ella se dejaba hacer; él le estrechaba la cintura con los dos brazos; el brillo de su vestido le inflamaba.

—¿Dónde están? —dijo la voz de Hussonnet en el pasillo.

La Mariscala se levantó bruscamente, y fue a situarse al otro extremo de la habitación, volviendo la espalda a la puerta.

Pidió ostras; y se sentaron a la mesa.

Hussonnet no estuvo gracioso. A fuerza de escribir cotidianamente sobre toda clase de temas, de leer muchos periódicos, de oír muchas discusiones y de decir paradojas para deslumbrar, había terminado por perder la noción exacta de las cosas, cegándose a sí mismo con sus débiles petardos. Los problemas de una vida antes ligera, pero ahora difícil, le mantenían en una agitación perpetua; y su impotencia, que él no quería confesar, le volvía huraño, sarcástico. A propósito de «Ozai», un ballet nuevo, armó una grande contra la Ópera; después, a propósito de la Ópera, contra los italianos, sustituidos ahora por una compañía de actores españoles, «¡como si no estuviéramos ya hartos de las Castillas!». Frédéric se sintió herido en su amor romántico a España; y, para cortar la conversación, se informó del Colegio de Francia, del cual acababan de expulsar a Edgard Quinet y a Mickiewicz. Pero Hussonnet, que admiraba al señor De Maistre, se declaró a favor de la autoridad y del espritualismo. Dudaba, sin embargo, de los hechos mejor probados, negaba la historia y discutía las cosas más positivas, hasta exclamar al oír la palabra «geometría»: «¡Qué broma la geometría!». Todo ello intercalado con imitaciones de actores. Bainville particularmente era su modelo.

Estas extravagancias reventaban a Frédéric. En un arrebato de impaciencia atrapó con su bota a uno de los perritos debajo de la mesa.

Los dos se pusieron a ladrar de una manera odiosa.

—Debería mandar que se los llevarsen —dijo él bruscamente.

Rosanette no se fiaba de nadie.

Entonces, se volvió hacia el bohemio.

—¡Vamos, Hussonnet, sacrifíquese!

—¡Oh!, ¡sí, hijo!, sería muy amable.

Hussonnet se marchó sin hacerse rogar.

¿De qué manera pagaban su complacencia? Frédéric no pensó en ello. Incluso empezaba a alegrarse de la entrevista, cuando entró un chico.

—Señora, alguien le llama.

—¿Cómo, todavía?

—¡Pero tengo que verle! —dijo Rosanette.

Él tenía sed, necesitaba de ella. Esta desaparición le parecía una prevaricación, casi una grosería. ¿Qué quería ella entonces? ¿No era bastante haber ultrajado a Mme.

Arnoux? Además, peor para ella. Ahora odiaba a las mujeres; y se ahogaba en llanto, pues su amor era mal comprendido y su concupiscencia burlada.

La Mariscala volvió y, presentándole a Cisy:

—He invitado al señor. He hecho bien, ¿verdad?

—¡Cómo no!, ¡desde luego! —dijo Frédéric, y con una sonrisa de condenado, hizo señas al hidalgo de que se sentara.

La Mariscala se puso a ojear la carta, parándose en los nombres raros.

—¿Si comiésemos, por ejemplo, un paté de conejo a la Richelieu y un pudin a la Orléans?

—¡Oh!, ¡nada de Orléans! —exclamó Cisy, que era legitimista y creyó hacer un chiste.

—¿Prefiere un rodaballo a la Chambord? —replicó ella.

Esta cortesía chocó a Frédéric.

La Mariscala se decidió por un simple filete, cangrejos, trufas, una ensalada de piña, helados de vainilla.

—Veremos después. Siga. ¡Ah!, ¡me olvidaba! ¡Tráigame un salchichón!, ¡que no sea al ajo!

Y llamaba al camarero «joven», golpeaba su vaso con el cuchillo, lanzaba al techo la miga de su pan. Quiso beber enseguida vino de Borgoña.

—No se toma de ese vino al comienzo de la comida —dijo Frédéric.

Eso se hacía a veces, según el vizconde.

—¡Ah!, ¡no!, ¡nunca!

—Claro que sí, se lo aseguro.

—¡Ah!, ya ves.

La mirada que acompañaba esta frase significaba: «Es un hombre rico, éste, ¡hazle caso!».

Entretanto, la puerta se abría a cada minuto, los camareros chillaban, y, en un piano infernal, en el cuarto de al lado, alguien aporreaba un vals. Después de las carreras pasaron a hablar de equitación y de los dos sistemas rivales. Cisy defendía a Baucher; Frédéric, al conde de Aure, mientras que Rosanette se encogía de hombros.

—¡Basta ya, Dios mío!, él entiende de esto más que tú, ¡vamos!

Ella mordía una granada, con el codo apoyado en la mesa; las velas del candelabro que tenía delante temblaban al viento; aquella luz blanca penetraba su piel de tonos nacarados, ponía rosa en sus párpados, hacía brillar los globos de sus ojos; el color rojo de la fruta se

confundía con la púrpura de sus labios, las finas aletas de su nariz latían; y toda su persona tenía algo de insolente, de ebrio y de aturdido que exasperaba a Frédéric, y, sin embargo, le infundía en el corazón unos deseos locos.

Después preguntó, con voz tranquila, de quién era aquel gran lando con una librea marrón.

—De la condesa de Dambreuse —replicó Cisy.

—Son muy ricos, ¿verdad?

—¡Oh!, ¡muy ricos!, aunque la señora Dambreuse, que es, simplemente, una señorita Boutron de soltera, hija de un prefecto, tenga una fortuna mediana.

Su marido, por el contrario, debía recoger varias herencias; Cisy las enumeró; como frecuentaba a los Dambreuse, conocía su historia.

Frédéric, para molestarlo, se empeñó en contradecirle. Alegaba que la señora Dambreuse se llamaba De Boutron, certificaba su nobleza.

—¡No importa!, ¡ya me gustaría tener su carroza! —recostándose en su butaca.

Y la manga de su vestido, resbalando un poco, descubrió, en su muñeca izquierda, una pulsera con tres ópalos.

Frédéric se dio cuenta.

—¡Vaya! Pero...

Los tres se miraron y se ruborizaron.

La puerta se entreabrió discretamente, apareció el ala de un sombrero, luego el perfil de Hussonnet.

—Perdonen si les molesto, enamorados.

Pero se detuvo, extrañado de ver a Cisy y de que Cisy hubiese ocupado su puesto.

Pusieron otro cubierto; y como tenía mucha hambre, tomaba al azar, entre los restos de la cena, carne de una fuente, una fruta de una cestilla, bebía con una mano, se servía con la otra, al tiempo que contaba su recado. Los dos perritos estaban en casa. Nada de nuevo en el domicilio. Había encontrado a la cocinera con un soldado, era mentira, lo contaba para producir efecto.

La Mariscala descolgó de la percha su abrigo. Frédéric se precipitó sobre la campanilla llamando de lejos al camarero.

—¡Un coche!

—Tengo el mío —dijo el vizconde.

—¡Pero, señor!

Y se miraban a los ojos, los dos pálidos y con las manos temblando.

Por fin, la Mariscala se apoyó en el brazo de Cisy, y, señalando al bohemio sentado a la mesa:

—¡Cuídele!, se atraganta. No quisiera que su desvelo por mis perritos le causase la muerte.

La puerta volvió a cerrarse.

—¿Qué hay? —dijo Hussonnet.

—¿Cómo qué hay?

—Yo creía...

—¿Qué es lo que usted creía?

—¿Es que usted no...?

Completó su frase con un gesto.

—¡Pues no!, ¡nunca jamás!

Hussonnet no insistió más.

Había tenido un objetivo invitándose a cenar. Su periódico, que ya no se llamaba *El Arte*, sino *Le Flambar*, con este epígrafe: «¡Artilleros, a vuestras piezas!», no prosperaba de ninguna manera, tenía ganas de transformarlo en una revista semanal, solo, sin la ayuda de Deslauriers. Volvió a hablar del antiguo proyecto y expuso su nuevo plan.

Frédéric, no comprendiendo sin duda, respondió con vaguedades. Hussonnet cogió varios cigarrillos de la mesa, dijo: «¡Adiós, amigo!» y desapareció.

Frédéric pidió la cuenta. Era larga; y el camarero, con la servilleta bajo el brazo, esperaba que le pagaran cuando otro, un tipo pálido que se parecía a Martinon, fue a decirle:

—Perdón, se han olvidado en el mostrador de incluir el coche.

—¿Qué coche?

—Él que tomó este señor hace un rato para los perritos.

Y la cara del camarero se alargó, como si hubiese compadecido al joven. Frédéric tuvo ganas de darle una bofetada. Dio de propina los veinte francos de vuelta.

—¡Gracias, señor! —dijo el hombre de la servilleta con un gran saludo.

Frédéric pasó el día siguiente rumiando su cólera y su humillación. Se reprochaba no haber abofeteado a Cisy. En cuanto a la Mariscala, juró no volver a verla; no faltaban otras igualmente hermosas; y, como se necesitaba dinero para poseer a esas mujeres, jugaría a la Bolsa el precio de su finca, sería rico, aplastaría con su lujo a la Mariscala y a todo el

mundo. Llegada la noche, se extrañó de no haber pensado en Mme. Arnoux.

—¡Mejor!, ¿para qué?

Dos días después, a las ocho, fue a visitarle Pellerin. Comenzó elogiando los muebles, haciéndole zalamerías. Luego, bruscamente:

—¿Usted estaba en las carreras el domingo?

—¡Sí, por desgracia!

Entonces, el pintor atacó la anatomía de los caballos ingleses, ensalzó los caballos de Géricault, los caballos del Partenón.

—¿Rosanette estaba con usted?

Y comenzó a elogiarla, ingeniosamente.

La frialdad de Frédéric le desconcertó. No sabía cómo acabaría por hacer el retrato.

Su primera intención había sido hacer un Tiziano. Pero, poco a poco, la coloración variada de su modelo lo había seducido; y había trabajado sin vacilar acumulando colores sobre colores y luz sobre luz. Al principio Rosanette quedó encantada; sus citas con Delmar habían interrumpido las sesiones y dado tiempo a Pellerin para deslumbrarse. Después, fue decayendo su admiración y se preguntaba si su pintura no carecería de grandeza. Había ido de nuevo a ver los Tizianos, había comprendido la distancia, reconocido su error y se había puesto sencillamente a repasar los contornos. Después, había intentado, rascándolos, difuminarlos, mezclando los tonos de la cabeza con los del fondo; y la cara había adquirido consistencia, las sombras más vigor; todo parecía más firme. Por fin, el retrato se parecía al modelo. Ella misma se había permitido objeciones; el artista, naturalmente, había perseverado. Después de grandes arrebatos contra su tontería, se había dicho que quizá ella tenía razón. Entonces había comenzado la era de las dudas, de las contradicciones del pensamiento que provocan los dolores de estómago, los insomnios, la fiebre, el hastío de sí mismo; había tenido la valentía de hacer retoques, pero sin audacia, y sintiendo que su trabajo era malo.

Pero sólo se quejó de haber sido rechazado en el Salón, después reprochó a Frédéric que no hubiese ido a ver el retrato de la Mariscala.

—Yo me río de la Mariscala.

Tal declaración le animó.

—¿Creería usted que aquella tonta está ahora arrepentida?

Lo que él no decía era que le había reclamado mil escudos. Ahora bien, la Mariscala se había preocupado poco de saber quién pagaría, y, prefiriendo sacarle a Arnoux cosas más urgentes, ni siquiera le había hablado de ello.

—¡Bueno!, ¿y Arnoux? —dijo Frédéric.

Ella le había vuelto a hablar de él. El antiguo comerciante de cuadros no sabía qué hacer con el retrato.

—Él afirma que pertenece a Rosanette.

—En efecto, es de ella.

—¡Cómo!, ¡es ella quien me envía a usted! —replicó Pellerin.

Si él hubiera creído en la excelencia de su obra, ¿no habría pensado quizá en explotarla? Pero una cantidad (y una cantidad considerable) sería un mentís a la crítica, una seguridad para él mismo. Frédéric, para librarse de esto, se informó cortésmente de sus condiciones.

Lo exagerado de la cifra le sublevó, y respondió:

—¡No!, ¡Ah, no!

—Sin embargo, usted es su amante, es usted quien me ha hecho el encargo.

—Permítame: ¡yo he sido intermediario!

—¡Pero no puedo quedarme cargando con él!

El artista se encolerizaba.

—¡Ah!, no creí que fuera tan codicioso.

—¡Ni usted tan avaro! ¡Servidor!

Acababa de marchar cuando se presentó Sénécal.

Frédéric, confuso, tuvo un arrebato de preocupación.

—¿Qué pasa?

Sénécal le contó la historia.

—El sábado, hacia las nueve, Mme. Arnoux recibió una carta que la llamaba a París; como por casualidad no había allí nadie para ir a Creil a buscar un coche, ella quería que fuese yo. Yo no acepté, pues eso no entra en mis funciones. Ella marchó y regresó el domingo por la tarde. Ayer por la mañana Arnoux se presentó en la fábrica. La bordelesa se quejó. Yo no sé lo que pasa entre ellos, pero el hecho es que le levantó la multa delante de todo el mundo. Intercambiamos palabras fuertes. En resumen, me ha despedido, y aquí estoy.

Después, recalcando sus palabras:

—Por lo demás, no me arrepiento, he cumplido mi deber. No importa, todo ha sido por culpa de usted.

—¿Cómo? —exclamó Frédéric, temiendo que Sénécal lo hubiese adivinado.

Sénécal no había adivinado nada, pues continuó:

—Es decir, que sin usted quizá hubiera encontrado algo mejor.

A Frédéric le entró una especie de remordimiento.

—¿En qué puedo servirle ahora?

Senecal buscaba un empleo cualquiera, una colocación.

—Eso a usted le es fácil. Conoce a tanta gente, al señor Dambreuse, entre otros, según me ha dicho Deslauriers.

Este recuerdo de Deslauriers no le gustó a su amigo. Apenas se preocupaba de volver a casa de los Dambreuse desde el encuentro del Champ de Mars.

—No tengo bastante intimidad en la casa para recomendar a nadie.

El demócrata recibió esta negativa estoicamente, y, después de un momento de silencio:

—Todo esto, estoy seguro, viene de la bordelesa y también de su Mme. Arnoux.

Aquél «su» quitó del corazón de Frédéric la poca buena voluntad que guardaba. Por delicadeza, sin embargo, alcanzó la llave de su secreter.

Sénécal le avisó.

—¡Gracias!

Después, olvidando sus miserias, habló de las cosas de la patria, las cruces de honor prodigadas en la fiesta del Rey, un cambio de gabinete, los asuntos Drouillard y Bénier, escándalos de la época, habló contra los burgueses y profetizó una revolución.

Un puñal japonés colgado en la pared atrajo su mirada. Lo cogió, probó su mango, luego lo echó sobre el sofá con aire de desagrado.

—Bueno, adiós. Tengo que ir a Nuestra Señora de Loreto.

—¡Anda!, ¿por qué?

—Hoy es la función de aniversario de Godefroy Cavaignac. Él murió en el tajo. Pero no todo está terminado... ¿Quién sabe?

Y Sénécal le alargó la mano con franqueza.

—No volveremos a vernos quizá nunca más. ¡Adiós!

Este adiós repetido dos veces, su ceño fruncido contemplando el puñal, su resignación y su aire solemne sobre todo dieron que pensar a Frédéric, quien pronto se olvidó de ello.

En la misma semana, su notario de El Havre le envió el dinero de su finca, ciento setenta y cuatro mil francos. Frédéric lo dividió en dos partes, colocó la primera en obligaciones del Estado, y fue a llevar la segunda a un agente de cambio para jugar a la Bolsa.

Comía en los restaurantes de moda, frecuentaba los teatros y trataba de distraerse cuando Hussonnet le envió una carta, en la que contaba alegremente que la Mariscalá, desde el día siguiente al de las carreras, había despedido a Cisy. Frédéric se alegró de ello sin pensar por qué el bohemio le contaba esta aventura.

El azar quiso que encontrase a Cisy, tres días después. El hidalgo mostró aplomo e incluso le invitó a cenar el miércoles siguiente.

Justo aquel miércoles por la mañana recibió una notificación del alguacil en la que el señor Jean-Baptiste Oudry le informaba que, según sentencia del tribunal, se había convertido en comprador de una propiedad sita en Belleville, perteneciente al señor Jacques Arnoux, y que estaba dispuesto a pagar los doscientos veintitrés mil francos, importe del precio de venta. Pero, como resultaba del mismo acto que la suma de las hipotecas con que el inmueble estaba gravado sobrepasaba el precio de la compra, la finca de Frédéric estaba completamente perdida.

Todo el mal venía de no haber renovado en tiempo hábil una inscripción hipotecaria. Arnoux se había encargado de esta gestión, y después se había olvidado. Frédéric se enfureció con él, y, cuando se le pasó la cólera:

—¡Bueno!, después de todo... ¿qué?, ¡si esto puede servir para salvarle, mejor!, no me moriré por ello. No pensemos más en esto.

Pero, revolviendo sus papeles sobre la mesa, encontró la carta de Hussonnet y vio la postdata en la que no había reparado la primera vez. El bohemio pedía cien mil francos exactamente para poner en marcha el negocio del periódico.

—¡Ah!, ése me está dando la lata.

Y se los negó en una nota lacónica. Después de lo cual se arregló para ir a la Maison d'Or.

Cisy presentó a sus invitados, comenzando por el más respetable, un señor gordo de pelo blanco.

—El marqués Gilbert des Aulnays, mi padrino; el señor Anselme de Forchambeaux —dijo a continuación (era un joven rubio y delicado, ya calvo); después, designando a un cuarentón de aspecto sencillo:

—Joseph Boffreu, mi primo; y aquí mi antiguo profesor, el señor Vezou —personaje medio carretero, medio seminarista, con grandes patillas y una larga levita abrochada abajo con un solo botón, de manera que le servía de bufanda sobre el pecho.

Cisy esperaba todavía a alguien, al barón de Comaing, «que quizás vendría, no es seguro». Salía a cada minuto, parecía nervioso; por fin, a las ocho, pasaron a una sala magníficamente iluminada y muy espaciosa para el número de invitados. Cisy la había escogido a propósito por su pomposidad.

Un centro de plata dorada, lleno de flores y de frutas, ocupaba el medio de la mesa, cubierta de bandejas de plata, según la vieja costumbre francesa; todo alrededor, formando arco, platillos llenos de salazones y de especias; de trecho en trecho estaban dispuestas jarras de vino rosado refrescado con hielo; cinco copas de diferente tamaño se alineaban delante de cada plato con cosas cuyo uso desconocían, mil ingeniosos utensilios de boca y había, sólo de primer plato, una cabeza de esturión mojada en champán, un jamón de York al tokai, tordos gratinados, codornices asadas, un volován Bechamel, un salteado de perdices rojas, y, en los dos extremos de todo esto, patatas cortadas muy finas mezcladas con trufas. Una araña y candelabros alumbraban la pieza tapizada en damasco rojo. Cuatro criados en traje negro estaban situados detrás de los sillones de tafilete. Ante este espectáculo, los invitados exclamaron, sobre todo el preceptor.

—Nuestro anfitrión, palabra de honor, ha hecho verdaderas locuras. Es demasiado bello.

—¿Esto? —dijo el vizconde de Cisy—, ¡vamos!

Y desde la primera cucharada:

—Bueno, mi viejo Des Aulnays, ¿ha estado en el Palais Royal a ver *Père et Portier*?

—Sabes bien que no tengo tiempo —replicó el marqués.

Las mañanas las tenía ocupadas con un curso de arboricultora, sus noches por el Círculo Agrícola y todas sus tardes por estudios en las fábricas de maquinaria agrícola. Viviendo en la Saintonge las tres cuartas partes del año, aprovechaba sus viajes a la capital para instruirse; y su sombrero de ala ancha, colocado sobre una consola, estaba lleno de folletos.

Pero Cisy, observando que el señor de Forchambeaux no tomaba vino:

—¡Beba, caramba! No está usted en forma para ser su última comida de soltero.

Al oír esto, todos se inclinaron felicitándolo.

—Y la chica —dijo el preceptor—, estoy seguro de que será encantadora.

—¡Pues claro! —exclamó Cisy—. No importa. Se equivoca; ¡es tan tonto el matrimonio!

—Hablas con ligereza, amigo mío —replicó el señor Des Aulnays, mientras salían de sus ojos unas lágrimas en memoria de su difunta.

Y Forchambeaux repitió varias veces seguidas con risa burlona:

—Usted también caerá, también caerá.

Cisy protestó. Prefería divertirse, llevar una vida estilo Regencia. Quería aprender la *savate* para visitar las tascas de la Cité, como el príncipe Rodolfo de los *Misterios de París*, sacó de su bolsillo una pipa de marinero, trataba duramente a los criados, bebía

muchísimo; y, para dar una buena imagen de sí, daba los nombres de todos los platos. Rechazó incluso las trufas, y el preceptor, a quien le gustaban mucho, dijo en voz baja:

—Esto no está tan bueno como los huevos a punto de nieve de su señora abuela.

Después volvió a hablar con su vecino el agrónomo, el cual veía muchas ventajas viviendo en el campo, aunque sólo fuera la de poder educar a sus hijas en gustos sencillos. El preceptor aplaudía sus ideas y lo adulaba servilmente, suponiéndole influencia sobre sus alumnos, de quien deseaba secretamente ser el administrador.

Frédéric había ido, estaba muy enfadado con Cisy; su tontería le había desarmado. Pero sus gestos, su cara, toda su persona, que le recordaba la cena del Café Inglés, le irritaban cada vez más; y escuchaba los comentarios desagradables que hacía a media voz el primo José, un buen chico sin fortuna, amante de la caza y especulador de Bolsa. Cisy, para reírse, le llamó «ladrón» varias veces; después, de pronto:

—¡Ah!, ¡el barón!

Entonces entró un mocetón de treinta años, que tenía algo de rudo en la fisonomía, de flexible en sus miembros, el sombrero de medio lado, y una flor en el ojal. Era el ideal del vizconde. Estuvo encantado de tenerlo allí; y, animado por su presencia, llegó incluso a intentar un juego de palabras, pues dijo, cuando pasaba un urogallo:

—Ahí va el mejor de los caracteres de La Bruyère. Después hizo al señor de Comaing una serie de preguntas sobre personas desconocidas en la reunión; luego, como obsesionado por una idea:

—¡Dígame!, ¿se ha acordado de mí?

El otro se encogió de hombros.

—Usted no tiene la edad, mi chiquitín. ¡Imposible! Cisy le había rogado que le admitieran en su club. Pero el barón, compadecido y lastimado tal vez en su amor propio:

—¡Ah!, ¡me olvidaba!, ¡enhorabuena por su apuesta, querido!

—¿Qué apuesta?

—La que hizo en las carreras, de ir la misma tarde a casa de aquella señora.

Frédéric tuvo la sensación de un latigazo. Inmediatamente se tranquilizó viendo la cara de susto de Cisy.

En efecto, la Mariscala, a la mañana siguiente, estaba ya arrepentida, cuando Arnoux, su primer amante, su hombre, se había presentado aquel mismo día. Los dos habían hecho comprender al vizconde que «molestaba», y le habían echado fuera, con poca ceremonia.

Él pareció no entender. El barón añadió:

—¿Qué es de mi buena amiga Rosa?... ¿sigue teniendo tan bonitas piernas? — probando con estas palabras que la conocía íntimamente.

A Frédéric le contrarió el descubrimiento.

—No hay que avergonzarse —repuso el barón; es buena mercancía.

Cisy chascó la lengua.

—¡Bah!, no tan buena.

—¡Ah!

—¡Dios mío, sí! En primer lugar no le encuentro nada extraordinario, y además como ella encuentras todas las que quieras, pues en fin... se vende.

—No a todo el mundo —replicó agriamente Frédéric.

—Se cree diferente de los otros —replicó Cisy—, ¡qué farsa!, ¡qué broma!

Y una risa se extendió por toda la mesa.

Frédéric sentía que los latidos de su corazón le ahogaban. Bebió dos vasos de agua uno tras otro.

Pero el barón había conservado buen recuerdo de Rosanette.

—¿Sigue con un tal Arnoux?

—No sé nada —dijo Cisy—. No conozco a ese señor.

Adelantó, sin embargo, que era una especie de estafador.

—¡Un momento! —exclamó Frédéric.

—Sin embargo, la cosa es cierta. Incluso ha tenido un pleito.

—¡No es cierto!

Frédéric se puso a defender a Arnoux. Garantizaba su probidad, acababa por creer en ella, inventaba cifras, pruebas. El vizconde, lleno de rencor, y además bebido, se obstinó en sus afirmaciones, de modo que Frédéric le dijo seriamente:

—¿Es para ofenderme, señor?

Y lo miraba con ojos ardientes como su cigarro.

—¡Oh!, ¡en absoluto! Le concedo incluso que tiene algo muy bueno: ¡su mujer!

—¿La conoce usted?

—¡Pues claro!, Sofía Arnoux, todo el mundo la conoce.

—¡Cállese! No son ésas las que usted frecuenta.

—Yo presumo de eso.

Frédéric le lanzó un plato a la cara.

Pasó como un relámpago por encima de la mesa, volcó dos botellas, deshizo un

frutero, y, rompiéndose contra el centro de mesa en tres pedazos, fue a parar al vientre del vizconde.

Todos se levantaron para contenerle. Él se debatía gritando, presa de una especie de frenesí; el señor Des Aulnays repetía:

—¡Cálmese!, ¡vamos!, ¡hijo!

—¡Pero es espantoso! —vociferaba el preceptor. Forchambeaux, lívido como las ciruelas, temblaba; José reía a carcajadas; los camareros secaban el vino, recogían los restos que quedaban en el suelo; y el barón fue a cerrar la ventana, pues el alboroto, a pesar del ruido que hacían los colches, habría podido oírse desde el bulevar.

Como, en el momento en que arrojaron el plato, todo el mundo hablaba a la vez, fue imposible descubrir la razón de esta ofensa, si era a causa de Arnoux, de Mme Arnoux, de Rosanette o de otros. Lo que había de cierto era la brutalidad incalificable de Frédéric; él se resistió, de hecho, a mostrar el mínimo arrepentimiento.

El señor Des Aulnays trató de calmarle, lo mismo que el primo *José*, el preceptor, el mismo Forchambeaux. El barón, durante este tiempo, reconfortaba a Cisy, quien, cediendo a una debilidad nerviosa, derramaba lágrimas. Frédéric, por el contrario, se irritaba cada vez más; y habría seguido así hasta el día si el barón no hubiera dicho para terminar:

—El vizconde, señor, le enviaré mañana a casa sus padrinos.

—¿Su hora?

—A mediodía, por favor.

—Perfectamente, señor.

Una vez que estuvieron fuera, Frédéric respiró a pleno pulmón. Desde hacía mucho tiempo contenía sus impulsos. Por fin, acababa de satisfacerlos; sentía como un orgullo viril, una superabundancia de fuerzas íntimas que le embriagaban. Necesitaba dos padrinos. El primero en quien pensó fue Regimbart; y se dirigió inmediatamente a un cafetín de la calle Saint-Denis. El escaparate estaba cerrado. Pero brillaba luz en un cristal, por encima de la puerta. Abrieron y entró agachando la cabeza bajo el cierre.

Una vela, colocada en la orilla del mostrador, alumbraba la sala desierta. Todos los taburetes, con las patas al aire, estaban colocados encima de las mesas. El dueño y la dueña con el camarero cenaban en un rincón cerca de la cocina; y Regimbart, con el sombrero en la cabeza, compartía la cena e incluso molestaba al camarero obligándole a cada bocado a volverse un poco de lado. Frédéric, después de contarle brevemente lo ocurrido, reclamó su asistencia. El Ciudadano, al principio, no contestó nada; daba vueltas a los ojos, parecía reflexionar, dio varias vueltas por la sala y por fin dijo:

—Sí, con mucho gusto.

Y una sonrisa homicida le alegró la cara al saber que el adversario era un noble.

—Le haremos caminar al redoble del tambor, esté tranquilo. Primero con la espada.

—Pero quizá no tenga yo derecho...

—¡Le digo que hay que tomar la espada! —replicó brutalmente el Ciudadano.

—¿Sabe tirar?

—Un poco.

—¡Ah!, ¡un poco! ¡todos son iguales! Y se empeñan en desafiarse a un duelo. ¿Para qué sirve la sala de armas? Escúcheme: mantenga bien la distancia encerrándose siempre en círculos y ¡ataque!, ¡ataque! Está permitido. ¡Cánselo! Después, ¡tírese a fondo! ¡Y sobre todo, nada de golpes a la Fougère!, ¡no!, simplemente uno-dos, despejos. ¡Mire!, ¿ve? —y giraba la muñeca como para abrir una cerradura.

—¡Tío Vauthier, déme su bastón! ¡Ah!, ¡basta con esto!

Empuñó la vara que servía para encender el gas, curvó el brazo izquierdo, plegó el derecho, y empezó a dar estocadas contra el tabique. Golpeaba con el pie, se animaba, fingía incluso encontrar dificultades, al tiempo que gritaba: «¿Estás ahí?, ¿estás?», y su silueta se proyectaba en la pared con su sombrero que parecía tocar el techo. El cafetero decía de vez en cuando: «¡Bravo!, ¡muy bien!». Su esposa también lo admiraba, aunque emocionada; y Teodoro, un antiguo soldado, permanecía totalmente embobado, siendo, por otra parte, gran admirador del señor Regimbart.

Al día siguiente, temprano, Frédéric corrió a la tienda de Dussardier. Después de pasar por una serie de piezas, todas llenas de telas que ocupaban las estanterías, o se extendían atravesadas sobre mesas, mientras que por todas partes se veían maniqués de madera de los que colgaban chales, lo encontró en una especie de jaula enrejada, en medio de los registros, y escribiendo de pie sobre un pupitre. El buen chico dejó inmediatamente su tarea.

Antes de mediodía llegaron los padrinos. Frédéric, por delicadeza, juzgó oportuno no asistir a la conversación.

El barón y don José declararon que se contentarían con las disculpas más sencillas. Pero Regimbart, teniendo por principio no ceder nunca, y empeñado en defender el honor de Arnoux (Frédéric no le había hablado de otra cosa), pidió que el vizconde presentase excusas. El señor de Comaing se indignó de la desfachatez. El Ciudadano no quiso volverse atrás. Siendo imposible toda conciliación, se batirían en duelo.

Surgieron otras dificultades; pues la elección de las armas, legalmente, correspondía a Cisy, el ofendido. Pero Regimbart declaró que, por haber enviado el cartel de desafío, se constituía en ofensor. Sus padrinos declararon que una bofetada, en todo caso, era la más cruel de las ofensas. El Ciudadano hizo comentarios sobre las palabras, que un golpe no era una bofetada. Por fin, se decidió a consultar a los militares; y los cuatro padrinos

salieron para ir a asesorarse con oficiales en el primer cuartel.

Llegaron al muelle d'Orsay. El señor de Comaing, abordando a dos capitanes, les expuso el problema.

Los capitanes no comprendían nada, pues el Ciudadano se perdía en explicaciones incidentales. En resumen, aconsejaron a estos señores que hiciesen una declaración escrita; después de lo cual decidirían. Entonces, se trasladaron a un café; e incluso, para hacer las cosas más discretamente, designaron a Cisy con una H y a Frédéric con una K.

Después volvieron al cuartel. Los oficiales habían salido. Reaparecieron y declararon que, evidentemente, la elección de las armas correspondía al señor H. Todos regresaron a casa de Cisy. Regimbart y Dussardier se quedaron en la acera.

El vizconde, al conocer el resultado de la consulta, fue presa de tal desconcierto que hubo que repetírselo varias veces; y cuando el señor Comaing llegó a las pretensiones de Regimbart, murmuró «sin embargo», pues en el fondo no estaba lejos de aceptarlas. Después se dejó caer en un sillón y declaró que no se batiría.

—¡Eh! ¡Cómo! —dijo el barón.

Entonces Cisy se dejó llevar de una verborrea desordenada. Quería batirse con trabuco naranjero, a quemarropa, con una sola pistola.

—O si no, arsénico en un vaso, que sería sorteado. ¡Eso se hace a veces; lo he leído!

El barón, poco paciente por naturaleza, le trató duramente.

—Estos señores esperan que usted les dé la respuesta. ¡Es una descortesía! ¿Qué elige?, ¡veamos! ¿La espada? —el vizconde replicó «sí» con una señal de cabeza; y la cita se fijó para el día siguiente, en la puerta Maillot, a las siete en punto.

Como Dussardier tenía que volver a su negocio, Regimbart fue a avisar a Frédéric.

Le había tenido todo el día sin noticias; su impaciencia se había hecho intolerable.

—¡Mejor! —exclamó.

El Ciudadano se alegró de verlo tan sereno.

—Nos exigían disculpas. ¿Será posible? No era nada, una simple palabra. Pero los mandé a paseo. Hice lo que debía, ¿verdad?

—Ni más ni menos —dijo Frédéric, pensando que hubiera hecho mejor eligiendo a otro padrino.

Luego, cuando se quedó solo, se repitió en voz alta, varias veces:

«¡Me voy a batir, fíjate! ¡Me voy a batir! ¡Tiene gracia!».

Y paseando por su habitación, al pasar delante del espejo, se dio cuenta de que estaba pálido.

¿Tendría miedo?

Una angustia abominable se apoderó de él ante la idea de tener miedo sobre el terreno.

—Pero, ¿y si me mataran? Mi padre murió de la misma manera. Sí, me matarán.

Y de pronto vio a su madre enlutada; imágenes incoherentes comenzaron a pasar por su cabeza. Su propia cobardía le exasperó. Experimentó un paroxismo de valentía, una sed carnífera. Un batallón no le haría retroceder. Calmada esta fiebre, sintió una alegría inquebrantable. Para distraerse, se fue a la Ópera, donde actuaba un ballet. Escuchó la música, observó, miró con los gemelos a las bailarinas y bebió una copa de ponche en el entreacto. Pero, al volver a casa, viendo su habitación, sus muebles, donde se encontraba quizá por última vez, se sintió desmayar.

Bajó a su jardín. Brillaban las estrellas; las contempló. La idea de batirse por una mujer le engrandecía a sus ojos, le ennoblecía. Después fue a acostarse tranquilamente.

No ocurrió lo mismo con Cisy. Después de que se marchó el barón, José trató de levantarle la moral, y, como el vizconde permanecía frío:

—Sin embargo, amigo mío, si prefieres no seguir adelante, iré a decirlo.

Cisy no se atrevió a responder por supuesto. Pero estuvo resentido con su primo por no haberle hecho este servicio sin decírselo.

Deseó que Frédéric, por la noche, muriese de un ataque de apoplejía o que surgiese un motín y hubiese bastantes barricadas al día siguiente para cerrar todos los accesos al bosque de Bolonia, o que un acontecimiento impidiese a uno de los padrinos acudir allí; pues el duelo sin padrinos no se celebraría. Tenía ganas de escaparse en un tren expreso a cualquier sitio. Sintió no saber de medicina para tomar algo que, sin exponer la vida, hiciese creer que había muerto. Llegó incluso a desear estar gravemente enfermo. Para pedir un consejo, una ayuda, mandó a buscar al señor Des Aulnays. Este hombre excelente había regresado a Saintonge, por una noticia que le comunicaba la indisposición de una de sus hijas. Aquello pareció de mal augurio a Cisy. Felizmente, el señor Vezou, su preceptor, fue a verle. Entonces se franqueó:

—¿Cómo hacer, Dios mío? ¿Cómo hacer?

—Yo, en su lugar, señor conde, pagaría a un forzado del mercado para administrarle una paliza.

—Él sabría siempre de quién viene —replicó Cisy.

Y de vez en cuando dejaba escapar un gemido; después:

—Pero ¿es que hay derecho a batirse en duelo?

—Es un resto de barbarie. ¿Qué quiere usted?

Por complacerle, el pedagogo se invitó a sí mismo a cenar. Su alumno no comió nada

y, después de la cena, sintió necesidad de dar una vuelta.

Dijo pasando por delante de una iglesia:

—Si entráramos un poco... para ver.

El señor Vezou no quería oír mejor cosa, e incluso le ofreció agua bendita.

Era el mes de María, el altar estaba cubierto de flores, cantaban voces, resonaba el órgano. Pero le fue imposible rezar, las pompas de la religión le inspiraban ideas de funerales; oía como zumbidos de *De profundis*.

—¡Vámonos! ¡No me encuentro bien!

Pasaron toda la noche jugando a las cartas. El vizconde hizo por perder, a fin de conjurar la mala suerte, de lo cual se aprovechó el señor Vezou. Por fin, al amanecer, Cisy, que ya no podía más, se dejó caer sobre el tapete verde y tuvo un sueño lleno de cosas desagradables.

Si el valor, sin embargo, consiste en querer dominar la propia debilidad, el vizconde fue valiente pues, a la vista de sus padrinos que iban a buscarlo, se mantuvo firme con todas sus fuerzas, haciéndole comprender su vanidad que una marcha atrás le perdería. El señor de Comaig le hizo cumplidos sobre su buen aspecto.

Pero en el camino, el balanceo del simón y el calor del sol matinal le pusieron nervioso. Su energía había vuelto a bajar. Ya no distinguía ni siquiera dónde estaban.

El barón se entretuvo en aumentar su miedo hablando del «cadáver» y de la manera de introducirlo en la ciudad clandestinamente. José le replicaba; los dos, juzgando ridículo el asunto, estaban persuadidos de que se arreglaría.

Cisy seguía con la cabeza baja, la levantó suavemente e hizo observar que no habían pensado en el médico.

—Es inútil —dijo el barón.

—¿No hay peligro, entonces?

José replicó en tono grave:

—Esperémoslo.

Y ya nadie más habló en el coche.

A las siete de la mañana llegaron a la puerta Maillot, Frédéric y sus padrinos estaban allí, vestidos de negro los tres. Regimbart, en vez de corbata, tenía un cuello rígido como un soldado de tropa; y llevaba una especie de larga caja de violín, especial para esta clase de aventuras. Intercambiaron un saludo frío. Después, todos se internaron en el bosque de Bolonia, por la carretera de Madrid, a fin de encontrar un sitio adecuado.

Regimbart dijo a Frédéric, que caminaba entre él y Dussardier:

—Bueno, y esa mieditis, ¿qué hacemos con ella? Si necesita algo, no se preocupe, sé lo que es eso. El miedo es natural al hombre.

Luego, en voz baja:

—No fume más, eso debilita.

Frédéric tiró su cigarro, que le molestaba, continuó su paso firme. El vizconde le seguía, apoyado en el brazo de sus dos padrinos.

Se cruzaron con pocos transeúntes. El cielo estaba azul, y, por momentos, se oían saltar conejos. En el recodo de un sendero, una mujer con un vestido de colores vivos hablaba con un hombre de guardapolvos, y, en la gran avenida, bajo castaños, unos criados en chaqueta de paño paseaban sus caballos. Cisy recordó los días felices en que montado en su alazán y mirando por los gemelos cabalgaba a la puerta de las calesas; estos recuerdos aumentaban su angustia; una sed insoportable le quemaba; el zumbido de las moscas se confundía con el latido de sus arterias; sus pies se hundían en la arena; le parecía que estaba caminando desde un tiempo infinito.

Los testigos, sin detenerse, inspeccionaban con la vista las dos orillas de la carretera. Deliberaron acerca de si irían a la cruz Catelan o bajo las paredes de Bagatelle. Por fin, tomaron a la derecha; y se detuvieron en una especie de plantación de pinos al tresbolillo.

Él lugar se eligió de modo que se repartiesen de manera igual el nivel del terreno. Marcaron los dos sitios en que debían situarse los adversarios. Después, Regimbart abrió su caja. Contenía, sobre un acolchado de badana roja, cuatro espadas preciosas, huecas en el centro, con empuñaduras guarnecidas de filigranas. Un rayo de luz, atravesando las hojas, cayó encima; y a Cisy le pareció que brillaban como víboras de plata en un charco de sangre.

El Ciudadano mostró que eran de la misma longitud; cogió la tercera para sí mismo, a fin de separar a los combatientes en caso de necesidad. El señor de Comaing sostenía un bastón. Hubo un silencio. Se miraron. Todas las caras tenían algo de susto o de crueldad.

Frédéric se había puesto la levita y el chaleco. José ayudó a Cisy a hacer lo mismo; al aflojar la corbata, se le vio en el cuello una medalla bendita. Esto hizo sonreír de lástima a Regimbart.

Entonces, el señor de Comaing, para dejar a Frédéric un momento de reflexión, trató de suscitar algunos problemas. Reclamó el derecho de poner un guante, el de coger la espada de su adversario con la mano izquierda; Regimbart, que tenía prisa, no se opuso. Por fin, el barón, dirigiéndose a Frédéric:

—Todo depende de usted, señor. Nunca hay deshonor en reconocer las propias faltas.

Dussardier aprobó con el gesto. El Ciudadano se indignó.

—¿Cree usted que estamos aquí para desplumar patos, caramba?... ¡En guardia!

Los adversarios estaban uno enfrente del otro, sus testigos a cada lado. Él dio la señal:

—¡Vamos!

Cisy se puso espantosamente pálido. Su espada temblaba por la punta, como un látigo. Echando atrás la cabeza, cayó sobre la espalda desmayado. José lo levantó; y, mientras le acercaba un frasco a la nariz, lo sacudía fuertemente. El vizconde volvió a abrir los ojos; después, de pronto, saltó furiosamente sobre su espada. Frédéric había conservado la suya; y lo esperaba, con la vista fija y la mano en alto.

—¡Paren!, ¡paren! —gritó una voz que venía de la carretera, al mismo tiempo que el ruido de un caballo al galope y la capota de un cabriolé rompía las ramas. Un hombre inclinado por fuera agitaba un pañuelo, y seguía gritando—: ¡Párense!, ¡párense!

El señor de Comaing, creyendo en una intervención de la policía, levantó su bastón.

—¡Terminen! ¡El vizconde sangra!

En efecto, en su caída, se había rozado el pulgar de su mano izquierda.

—Pero fue al caer —añadió el Ciudadano.

El barón fingió no oír.

Arnoux había saltado del cabriolé.

—¡Llego demasiado tarde! ¡Alabado sea Dios!

Sostenía a Frédéric con todas sus fuerzas, lo palpaba, le cubría la cara de besos.

—Sé el motivo; usted ha querido defender a su viejo amigo. Está bien, eso está bien. Nunca lo olvidaré. ¡Qué bueno es usted! ¡Ah!, ¡querido amigo!

Lo contemplaba y derramaba lágrimas sin dejar de reír burlonamente de gozo. El barón se volvió a José.

—Creo que estamos de más en esta fiestecita de familia. Se ha terminado, ¿verdad, señores?

—Vizconde, ponga su brazo en cabestrillo; tenga, tome mi pañuelo —después, con gesto imperioso—: ¡Vamos!, ¡nada de rencor! ¡Como es de ley!

Los dos combatientes se estrecharon la mano suavemente. El vizconde, el señor de Comaing y José desaparecieron por un lado, y Frédéric se fue por el otro con sus amigos.

Como el restaurante de Madrid no estaba lejos, Arnoux propuso ir allí a tomar una cerveza.

—Hasta podríamos comer —dijo Regimbart.

Pero, como Dussardier no tenía tiempo, se limitaron a tomar un refresco en el jardín. Todos sentían esa felicidad que sigue a los desenlaces dichosos. El Ciudadano, sin

embargo, estaba enfadado porque se hubiese interrumpido el duelo en el momento oportuno.

Arnoux se había enterado por un tal Compain, amigo de Regimbart; y en un impulso del corazón, había acudido para impedirlo, creyendo, por lo demás, ser él la causa. Rogó a Frédéric que le diese algunos detalles de aquello. Frédéric, emocionado por las pruebas de ternura que le daba, sintió escrúpulos de aumentarle su ilusión.

—¡Por favor, no hablemos más de eso!

Esta reserva le pareció a Arnoux muy delicada. Luego, con su ligereza ordinaria, pasando a otra cosa:

—¿Qué hay de nuevo, Ciudadano?

Empezaron a hablar de letras, vencimientos. Para estar más cómodos, se fueron incluso a hablar a solas a otra mesa.

Frédéric oyó estas palabras: «Usted me va a firmar. — Sí, pero usted, por supuesto... Lo he conseguido por fin por trescientos. — ¡Bonita comisión, en verdad!». En resumen, estaba claro que Arnoux trapicheaba... con el Ciudadano muchas cosas.

Frédéric pensó en recordarle sus quince mil francos. Pero su actitud reciente no permitía los reproches, ni siquiera los más suaves. Por otra parte, se sentía cansado. No era lugar adecuado. Lo aplazó para otro día.

Arnoux, sentado a la sombra de una alheña, fumaba con aire risueño. Levantó la vista hacia la puerta de los gabinetes, todos los cuales daban al jardín, y dijo que había ido allí antes muy a menudo.

—¿No solo, sin duda?

—Pues claro.

—¡Qué granuja está hecho!, ¡un hombre casado!

—¡Bueno!, ¿y usted? —replicó Arnoux; y con una sonrisa indulgente—: ¡hasta estoy seguro de que ese pillo posee en algún sitio una habitación en la que recibe a chicas!

El Ciudadano confesó que era verdad, por un simple arqueado de cejas. Entonces estos dos señores expusieron sus gustos: Arnoux prefería ahora la juventud de las obreras; Regimbart detestaba a las remilgadas y apreciaba sobre todo lo positivo. La conclusión expuesta por el comerciante de cerámica fue que no había que tomar en serio a las mujeres.

—Sin embargo, él ama a la suya —pensó Frédéric, volviéndose; y lo consideraba un indecente. Lo aborrecía a causa de aquel duelo, como si hubiese sido por él por quien hacía poco había arriesgado la vida.

Pero estaba agradecido a Dussardier por su entrega; el empleado, a sus instancias,

llegó pronto a hacerle una visita diaria.

Frédéric le prestaba libros: Thiers, Dulaure, Barante, *Los girondinos* de Lamartine. El buen chico le escuchaba con atención y aceptaba sus opiniones como las de un maestro.

Una tarde llegó todo asustado.

Por la mañana, en el bulevar, un hombre que corría sin aliento había chocado con él; y, reconociéndole como amigo de Senecal, le había dicho:

—Acaban de cogerlo, yo me escapo.

Nada más cierto. Dussardier había pasado la jornada recogiendo informaciones. Senecal estaba detenido, como sospechoso de un atentado político.

Hijo de un contraamaestre capataz, nacido en Lyon y habiendo tenido como profesor a un antiguo discípulo de Charlier, desde su llegada a París se había introducido en la Sociedad de las Familias; sus costumbres eran conocidas; la policía lo vigilaba. Se había batido en los acontecimientos de mayo de 1839 y desde entonces se mantenía en la sombra, pero exaltándose cada vez más, fanático de Alibaud, mezclando sus acusaciones contra la sociedad a las del pueblo contra la monarquía, y despertándose cada mañana con la esperanza de una revolución que, en quince días o un mes, cambiaría el mundo. Por fin, desalentado por la blandura de sus hermanos, furioso por los retrasos que oponían a sus sueños y desesperando de la patria, había entrado de químico en el complot de las bombas incendiarias; y lo habían sorprendido llevando pólvora que iba a probar en Montmartre, como intento supremo para establecer la República.

Dussardier no la quería menos, pues para él significaba liberación y felicidad universal. Un día, cuando tenía quince años, en la calle Transnonain, delante de una tienda de comestibles, había visto soldados con la bayoneta roja de sangre, con cabellos pegados a la culata de su fusil; desde entonces, el gobierno le exasperaba como si fuera la encarnación misma de la injusticia. Confundía un poco los asesinos con los gendarmes; para él, un policía delator era como un parricida. Todo el mal extendido sobre la tierra lo atribuía ingenuamente al Poder, y lo odiaba con un odio tan esencial, permanente, que le poseía totalmente el corazón y afinaba su sensibilidad. Las declamaciones de Sénecal le habían deslumbrado. Fuese culpable o no, y su tentativa odiosa, no importaba. Desde el momento en que era víctima de la Autoridad, había que ayudarle.

—Los Pares le condenarán, ciertamente. Después lo llevarán en un coche celular, como un condenado a galeras, y lo encerrarán en Mont Saint-Michel, donde el gobierno los deja morir. Austen se volvió loco. Steuben se mató. Para meter a Barbes en un calabozo, lo arrastraron por las piernas, por los pelos. Le pisoteaban el cuerpo y su cabeza rebotaba en cada escalón a todo lo largo de la escalera. ¡Qué abominación! ¡Miserables!

Se ahogaba en sollozos de cólera, y daba vueltas por la habitación como preso de una gran angustia.

—Sin embargo, habría que hacer algo. ¡Veamos! Yo no sé. Si tratáramos de liberarle, ¿eh? Mientras lo llevan al Luxemburgo, podemos echarnos sobre la escolta en el pasillo. Una docena de hombres decididos va a todas partes.

Tenía tanto fuego en los ojos que Frédéric se echó a temblar.

Senecal le pareció más grande de lo que creía. Recordó sus sufrimientos, su vida austera; sin tener por él el entusiasmo de Dussardier, sentía, no obstante, esa admiración que inspira todo hombre que se sacrifica por una idea. Él se decía que, si le hubiese ayudado, Sénécal no estaría allí.

Les fue imposible llegar hasta él.

Frédéric se informaba de su suerte por los periódicos, y durante tres semanas frecuentó las salas de lectura.

Un día cayeron en sus manos varios números del *Flambard*. El artículo de fondo estaba invariablemente dedicado a demoler a un hombre ilustre. Después venían las noticias de sociedad, los chismes. Luego se hacían bromas sobre el Odeón, Carpentras, la piscicultura, y los condenados a muerte, cuando los había. La desaparición de un paquebote proporcionó temas para chistes durante un año. En la tercera columna, un correo de las artes, bajo forma de anécdota o de consejo, hacía propaganda de sastres, con crónicas de veladas, anuncios de ventas, análisis de obras, tratando de la misma manera un libro de versos que un par de botas. La única parte seria era la crítica de los pequeños teatros, donde se metían con dos o tres directores y se invocaban los intereses del Arte a propósito de los decorados del «Funambules» o de una primera actriz del «Délassements».

Frédéric iba a dejar todo esto cuando sus ojos tropezaron con un artículo titulado: «Una pollita entre tres tipos». Era la historia de un duelo, contada en estilo vivo, picante. Se reconoció sin dificultad, pues era designado con esta broma que se repetía a menudo: «Un joven del Colegio de Sens y que no tiene sentido». Le presentaban incluso como un pobre diablo provinciano, un oscuro bobo que trataba de alternar con los grandes señores. En cuanto al vizconde, le daban el papel de bueno, primero en la cena, donde lo metían a la fuerza, después en la apuesta, ya que llevaba a la señorita, y finalmente, en el terreno, donde se comportaba como un señor. La bravura de Frédéric no se negaba, precisamente, pero se dejaba entender que un intermediario, el «protector» en persona, había llegado en el preciso momento. Todo terminaba con esta frase, tal vez cargada de perfidias:

—¿De dónde viene su ternura? ¡Problema!, y, como dice Basile, ¿a quién diablos se engaña aquí?

Era sin la menor duda una venganza de Hussonnet contra Frédéric, porque éste le había negado cinco mil francos.

¿Qué hacer? Si le preguntaran la razón, el bohemio protestaría de su inocencia, y no ganaría nada con eso. Lo mejor era tragar la cosa en silencio. Después de todo, nadie leía

el *Flambard*.

Al salir de la sala de lectura, vio gente delante de la tienda de un comerciante de cuadros. Estaban mirando un retrato de mujer, que tenía al pie esta leyenda escrita en letras negras: Señorita Rose-Annette Bron, propiedad del señor Frédéric Moreau, de Nogent.

Se trataba, en efecto, de ella, más o menos; se la veía de frente, los senos descubiertos, el pelo suelto y sosteniendo en sus manos un bolso de terciopelo rojo, mientras, por detrás, un pavo real asomaba el pico sobre su hombro, cubriendo la pared con sus grandes plumas en abanico.

Pellerin había hecho exponer el cuadro para obligar a Frédéric a pagar, persuadido de que era célebre y de que todo París, poniéndose a su lado, iba a ocuparse de aquella miseria.

¿Era una conjura? ¿El pintor y el periodista se habían puesto de acuerdo para pegársela?

Su duelo no había evitado nada. Se había puesto en ridículo, todo el mundo se burlaba de él.

Tres días después, a finales de junio, habiendo subido quince francos las acciones del Norte, como él había comprado dos mil el mes anterior, se encontró con una ganancia de treinta mil francos. Esta caricia de la fortuna le volvió a dar confianza. Se dijo que no necesitaba a nadie, que todos sus problemas venían de su timidez, de sus vacilaciones. Habría debido comenzar con la Mariscala brutalmente, rechazar a Hussonnet desde el primer día, no comprometerse con Pellerin; y, para demostrar que nada le molestaba, se presentó en casa de la señora Dambreuse en una de sus recepciones ordinarias.

En medio de la antesala, Martinon, que llegaba al mismo tiempo que él, se volvió:

—¡Cómo! ¿Tú aquí?

—¿Por qué no?

Y mientras buscaba la causa de tal acogida, Frédéric fue hacia el salón.

La luz era débil, a pesar de las lámparas colocadas en las esquinas; pues las tres ventanas, abiertas de par en par, alzaban tres amplios cuadrados de sombra negra. Unos maceteros bajo los cuadros ocupaban hasta la altura de un hombre los intervalos de la pared; y, al fondo, en un espejo, se reflejaba una tetera de plata con un samovar. Un murmullo de voces discretas se dejaba oír. Se oía el crujido de los escaupines sobre la alfombra.

Distinguió trajes negros, después una mesa redonda iluminada por una gran pantalla, siete u ocho mujeres en trajes de verano y, un poco más lejos, a la señora Dambreuse en una mecedora. Su vestido de tafetán lila tenía mangas acuchilladas de donde se escapaban

bullones de muselina, el tono suave de la tela haciendo juego con el tono de su pelo; y se mantenía un poco echada hacia atrás, con la punta del pie sobre un cojín, tranquila como una obra de arte llena de delicadeza, una flor de alta cultura.

El señor Dambreuse y un viejo de pelo blanco se paseaban a todo lo largo del salón. Algunos conversaban apoyados en el borde de pequeños divanes, aquí y allí; los otros, de pie, formaban un corro en el medio.

Hablaban de votos, enmiendas, modificaciones de enmiendas, del discurso del señor Grandin, de la réplica del señor Benoist. El tercer partido decididamente iba demasiado lejos. El centro izquierda habría tenido que acordarse un poco más de sus orígenes. El ministerio había recibido duros golpes. Lo que debía tranquilizar, sin embargo, era que no le veían sucesor. En resumen, la situación era completamente análoga a la de 1834.

Como estas cosas aburrían a Frédéric, se acercó a las mujeres. Martinon estaba cerca de ellas, de pie, el sombrero bajo el brazo, la cara vuelta de tres cuartos, y tan bien plantado que parecía una porcelana de Sévres. Cogió una *Revue des deux Mondes* que estaba sobre la mesa, entre una *Imitación de Cristo* y un *Anuario de Gotha*, y juzgó favorablemente a un ilustre poeta, dijo que iba a las conferencias de San Francisco, se quejó de su laringe, se tragaba de vez en cuando una pastilla de goma; y entretanto hablaba de música, se hacía el frívolo. La señorita Cécile, la sobrina del señor Dambreuse, que estaba bordándose un par de puños, le miraba, por lo bajo, con sus pupilas de un azul pálido, y miss Johnson, la institutriz de nariz respingona, había dejado su labor; las dos parecían decir para sus adentros:

—¡Qué guapo es!

La señora Dambreuse se volvió hacia él:

—Déme el abanico que está sobre aquella consola. Se equivoca; el otro.

Ella se levantó; y cuando él volvía, se encontraron en medio del salón, frente a frente; le dirigió algunas palabras, vivamente, sin duda haciéndole algún reproche, a juzgar por la expresión altanera de su cara; Martinon intentaba sonreír; después fue a mezclarse en el conciliábulo de los hombres serios. La señora Dambreuse volvió a su sitio, y, apoyándose en el brazo de su sillón, dijo a Frédéric:

—Anteayer vi a alguien que me habló de usted, el señor de Cisy; usted lo conoce, ¿verdad?

—Sí... un poco.

De pronto, la señora Dambreuse exclamó:

—¡Duquesa!, ¡ah, qué alegría!

Y se fue hasta la puerta por delante de una señora viejecita que llevaba un vestido de tafetán marrón claro y un gorro de guipur de largas patillas. Hija de un compañero de

exilio del conde de Artois y viuda de un mariscal del Imperio, nombrado par de Francia en 1830, estaba relacionada con la antigua corte como con la nueva y podía obtener muchas cosas. Los que estaban de pie charlando se separaron, después reanudaron su discusión.

Ahora hablaban de pauperismo, cuyas descripciones, según aquellos señores, estaban muy exageradas.

—Sin embargo —objetó Martinon—, la miseria existe, ¡confesémoslo! Pero el remedio no depende ni de la Ciencia ni del Poder. Es una cuestión puramente individual. Cuando las clases bajas quieran abandonar sus vicios, se liberarán de sus necesidades. Que el pueblo sea más moral y será menos pobre.

Según el señor Dambreuse, no se llegaría a nada bueno sin un desarrollo del capital. Por tanto, el único medio posible era confiar «como lo querían, por lo demás, los sansimonianos (Dios mío, alguna razón tenían, seamos justos con todo el mundo), confiar, digo, la causa del Progreso a los que pueden acrecentar el caudal público». Insensiblemente pasaron a hablar de las grandes explotaciones industriales, los ferrocarriles, la hulla. Y el señor Dambreuse, dirigiéndose a Frédéric, le dijo muy bajito:

—Usted no ha venido para tratar de nuestro negocio.

Frédéric alegó una enfermedad; pero, sintiendo que la excusa era demasiado tonta:

—Además, he tenido necesidad de mis fondos.

—¿Para comprar un coche? —replicó la señora Dambreuse, que pasaba a su lado, con una taza de té en la mano; y lo observó durante un minuto con la cabeza un poco vuelta sobre su hombro.

Ella creía que era el amante de Rosanette; la alusión estaba clara. A Frédéric le pareció incluso que todas aquellas señoras le miraban de lejos, cuchicheando. Para ver mejor lo que pensaban se acercó a ellas una vez más.

Al otro lado de la mesa, Martinon, junto con la señorita Cécile, hojeaba un álbum. Eran litografías que representaban trajes españoles. Leía en voz alta los letreros: «Mujer de Sevilla.—Huertano de Valencia.—Picador andaluz», y llegando una vez hasta el final de la página, continuó de un tirón:

—Jacques Arnoux, editor. Uno de tus amigos, ¿eh?

—Es verdad —dijo Frédéric, molesto por su tono. La señora Dambreuse continuó:

—En efecto, usted vino una mañana..., por... una casa, creo. Sí, una casa que pertenecía a su mujer.

Esto significaba: «Es su amante».

Se puso rojo hasta las orejas; y el señor Dambreuse, que llegaba en aquel momento, añadió:

—Usted parecía muy interesado por ellos.

Estas últimas palabras acabaron de desconcertar a Frédéric. Su confusión, que se notaba, pensaba él, iba a confirmar las sospechas, cuando el señor Dambreuse le dijo desde más cerca, con un tono grave:

—¿No hacen ustedes negocios juntos, supongo?

Protestó con múltiples movimientos de cabeza, sin comprender la intención del capitalista, que quería darle un consejo.

Tenía ganas de marchar. El miedo de parecer cobarde le retuvo. Un criado retiraba las tazas de té; la señora Dambreuse charlaba con un diplomático de traje azul; dos chicas acercando sus frentes se mostraban una sortija; las otras, sentadas en semicírculo en sillones, movían suavemente sus blancas caras enmarcadas por cabelleras negras o rubias; nadie finalmente le hacía caso. Frédéric dio media vuelta y, por una serie de largos zigzag, casi había llegado a la puerta cuando, al pasar cerca de una consola, observó encima, entre un jarrón de China y el entarimado, un periódico doblado por la mitad. Lo acercó un poco y leyó estas palabras: *Le Flambar*. ¿Quién lo había llevado?, ¿Cisy? Ningún otro, evidentemente. Además, ¡qué importancia tenía! Iban a creer, tal vez todos creían ya en el artículo. Pero, ¿por qué tanto ensañamiento? Una ironía silenciosa lo envolvía. Se sentía como perdido en un desierto. Pero se alzó la voz de Martinon:

—A propósito de Arnoux, entre los acusados por las bombas incendiarias he visto el nombre de uno de sus empleados, Sénécal. ¿Es el nuestro?

—¡El mismo! —dijo Frédéric.

Martinon repitió, gritando muy fuerte:

—¡Cómo!, ¿nuestro Sénécal?

Entonces le preguntaron sobre el complot; su puesto de funcionario del ministerio fiscal debía de proporcionarle informaciones.

El confesó no tenerlas. Por lo demás, conocía muy poco al personaje, pues le había visto dos o tres veces solamente, lo tenía en definitiva por bastante mal sujeto. Frédéric, indignado, exclamó:

—¡En absoluto!, ¡es un chico muy honrado!

—Sin embargo, señor —dijo un propietario—, no se es honrado cuando se conspira.

La mayor parte de los hombres que estaban allí habían servido, al menos, a cuatro gobiernos; y habrían vendido a Francia o al género humano para salvaguardar su patrimonio, no pasar estrecheces, penurias, o incluso por simple bajeza, por instintiva adoración al poder. Todos declararon injustificables los crímenes políticos. Más bien había que perdonar aquellos que provenían de la necesidad. Y no se olvidaron de poner por delante el clásico ejemplo del padre de familia que roba el clásico trozo de pan al clásico

panadero.

Un administrador llegó a decir:

—Yo, señor, si supiera que mi hermano conspira, lo denunciaría.

Frédéric invocó el derecho de resistencia; y, recordando algunas frases que le había dicho Deslauriers, citó a Desolmes, a Blackstone, la declaración de derechos en Inglaterra, y el artículo 2 de la Constitución del 91. Era precisamente en virtud de aquel derecho como había sido depuesto Napoleón; tal artículo había sido reconocido en 1830, e incluido al principio de la Constitución.

—Por otra parte, cuando el soberano falta al contrato, la Justicia exige que lo derroquen.

—¡Pero es abominable! —exclamó la mujer de un prefecto.

Todas las demás se callaban, vagamente asustadas, como si hubieran oído el ruido de las balas. La señora Dambreuse se balanceaba en su mecedora, y la escuchaba hablar sonriendo.

Un industrial, antiguo carbonario, intentó demostrar que los Orléans eran una buena familia; sin duda, había abusos...

—¡Bueno, entonces!...

—Pero no hay que decirlos, querido señor. ¡Si usted supiera el daño que hacen a los negocios todas esas habladurías de la oposición!

—Yo me río de los negocios —dijo Frédéric.

La corrupción de aquellos viejos le exasperaba; y animado de ese coraje que a veces se apodera de los tímidos, atacó a los financieros, a los diputados, al Gobierno, al Rey, se erigió en defensor de los árabes, decía muchas tonterías. Algunos le animaban irónicamente: ¡Vamos! ¡Venga!, ¡continúe!, mientras que otros murmuraban: ¡Demonio! ¡Qué manera de exaltarse! Por fin, creyó conveniente retirarse; y, cuando ya se iba, el señor Dambreuse le dijo, aludiendo a la plaza de secretario:

—No hay nada decidido todavía. Pero dése prisa.

Y la señora Dambreuse:

—Hasta luego. ¿No?

Frédéric tomó aquel adiós como una última burla. Estaba decidido a no volver más a aquella casa, a no frecuentar más a aquella gente. Creía haberlos ofendido, ignorando las amplias reservas de indiferencia de que dispone la gente. Aquellas mujeres, sobre todo, le indignaban. Ni una que le hubiese apoyado ni tan siquiera con la mirada. Estaba resentido con ellas por no haber conseguido conmoverlas. En cuanto a la señora Dambreuse, él le encontraba algo lánguido y seco a la vez. ¿Tenía un amante? ¿Quién era? ¿Era el

diplomático u otro? ¿Martinon, acaso? Imposible. Sin embargo, sentía como celos de él, y una malevolencia inexplicable hacia ella.

Dussardier, que había ido aquella tarde como de costumbre, le esperaba. Frédéric estaba hecho polvo, y sus agravios, aunque vagos y difíciles de comprender, entristecieron al buen dependiente; se quejaba incluso de su aislamiento. Dussardier, vacilando un poco, propuso ir a casa de Deslauriers.

Frédéric, al oír el nombre del abogado, sintió un deseo extremo de volver a verlo. Su soledad intelectual era profunda, y la compañía de Dussardier insuficiente. Le contestó que arreglaría las cosas como quisiera.

También Deslauriers sentía después de su enfado un vacío en su vida. No opuso resistencia a aquellas insinuaciones cordiales.

Los dos se abrazaron, luego se pusieron a hablar de cosas indiferentes.

La reserva de Deslauriers enterneció a Frédéric; y, para hacerle una especie de reparación, le contó al día siguiente que había perdido quince mil francos, sin decirle que aquellos quince mil francos los tenía destinados para él. El abogado no sospechó, sin embargo. Este contratiempo, que confirmaba sus prejuicios contra Arnoux, acabó desmontando todo su rencor y no habló nada de su antigua promesa.

Frédéric, engañado por su silencio, creyó que la había olvidado. Algunos días después le preguntó si no había medio de recuperar su dinero.

Podía discutir las hipotecas precedentes, atacar a Arnoux como culpable de estelionato, ejecutar embargos a domicilio contra la mujer.

—¡No, no!, ¡contra ella no! —exclamó Frédéric—; y, cediendo a las preguntas del antiguo pasante, confesó la verdad. Deslauriers se convenció de que no la decía completa, sin duda por delicadeza. Esta falta de confianza le molestó.

Seguían, sin embargo, tan unidos como antes e incluso se encontraban tan a gusto juntos que la presencia de Dussardier les molestaba. Poco a poco, con pretexto de citas, llegaron a deshacerse de él. Hay hombres cuya única misión respecto a los demás es la de servir de intermediarios; se pasa sobre ellos como por un puente y se continúa más lejos.

Frédéric no ocultaba nada a su antiguo amigo. Le habló del negocio de la hulla, con la propuesta del señor Dambreuse. El abogado se volvió pensativo.

—¡Tiene gracia!, para este puesto se necesitaría a alguien bien preparado en Derecho.

—Pero tú podrías ayudarme —replicó Frédéric.

—¡Sí... hombre!... ¡pues claro!, ¡por supuesto!

Aquella misma semana le enseñó una carta de su madre.

La señora Moreau se acusaba de haber juzgado mal al tío Roque, el cual había dado

explicaciones satisfactorias de su conducta. Después hablaba de su fortuna y de la posibilidad, para más adelante, de una boda con Louise.

—Quizá no fuese una tontería —dijo Deslauriers.

Frédéric no quería saber nada de eso; además, el tío Roque era un viejo tramposo. Para el abogado, eso no tenía importancia.

A finales de julio, una baja inexplicable hizo caer las acciones del Norte. Frédéric no había vendido las suyas; perdió de una sola vez sesenta mil francos. Sus rentas se hallaban sensiblemente disminuidas. Tenía que reducir gastos, o ejercer una profesión, o hacer un buen matrimonio. Entonces, Deslauriers le habló de la señorita Roque. Nada le impedía ir a ver un poco las cosas personalmente. Frédéric estaba un poco cansado; la provincia y la casa materna le servirían de descanso. Marchó.

El aspecto de las calles de Nogent, que recorrió a la luz de la luna, le evocó viejos recuerdos; y sintió una especie de angustia, como los que regresan de largos viajes.

En casa de su madre estaban todos los habitantes de antaño; los señores Gamblin, Heudras, y Chambrionin, la familia Lebrun, «aquellas señoritas Auger»; además, el tío Roque, y, frente a la señora Moreau, delante de una mesa de juego, la señorita Louise. Estaba hecha una mujer. Se levantó dando un grito. Todos se movieron. Ella se había quedado inmóvil, de pie; y los cuatro candelabros de plata puestos sobre la mesa aumentaban su palidez. Cuando reanudó el juego, la mano le temblaba. Esta emoción halagó desmesuradamente a Frédéric, que estaba enfermo de orgullo; se dijo: «Tú me has de querer» y, desquitándose de los sinsabores que había soportado allá, empezó a hacerse el parisino, el león, habló de los estrenos teatrales, contó anécdotas de la gente mundana, tomadas de los periódicos, en fin, deslumbró a sus paisanos.

Al día siguiente la señora Moreau habló extensamente de las cualidades de Louise; después enumeró las fincas que poseía. La fortuna del tío Roque era considerable.

La había adquirido haciendo inversiones para el señor Dambreuse; pero prestaba a personas que podían ofrecer buenas garantías hipotecarias, lo cual le permitía pedir primas o comisiones. El capital, gracias a una vigilancia activa, no corría ningún riesgo. Además, el tío Roque no vacilaba nunca ante un embargo; después volvía a comprar a bajo precio los bienes hipotecados, y la señora Dambreuse, viendo que así iba recuperando dinero, encontraba que estos negocios estaban muy bien hechos.

Pero esta manipulación extralegal lo comprometía frente a su administrador. No podía negarle nada. Era por agradecerle por lo que había recibido tan bien a Frédéric.

En efecto, el tío Roque abrigaba en el fondo de su alma una ambición. Quería que su hija fuera condesa; y, para conseguirlo, sin poner en juego la felicidad de su hija, no conocía a otro joven más que aquél.

Con la protección del señor Dambreuse, le harían conseguir el título de su abuelo, pues

la señora Moreau era hija de un conde de Fouvens, emparentado, por otra parte, con las más viejas familias de Champaña, los Lavernade, los de Êtrigny. En cuanto a los Moreau, una inscripción gótica, cerca de los molinos de Villeneuve-l'Archevêque, hablaba de un Jacob Moreau que los había reedificado en 1596; y la tumba de su hijo, Pierre Moreau, primer escudero del rey bajo Luis XIV, podía verse en la capilla de San Nicolás.

Tanta honorabilidad fascinaba al tío Roque, hijo de un antiguo criado. Si la corona condal no se alcanzaba, se consolaría con otra cosa; pues Frédéric podía llegar a diputado cuando el señor Dambreuse fuese elevado a la dignidad de par de Francia, y entonces ayudarle en sus negocios, consiguiéndole materiales, concesiones. Finalmente lo quería por yerno, porque, desde hacía mucho tiempo, estaba apasionado por esta idea que no hacía más que acrecentarse.

Ahora frecuentaba la iglesia; y había seducido a la señora Moreau con la esperanza del título sobre todo. Ella, sin embargo, se había guardado de dar una respuesta decisiva.

Así que, ocho días después, sin que hubiera habido ningún compromiso, Frédéric pasaba por «el futuro» de la señorita Louise; y el tío Roque, poco escrupuloso, los dejaba solos a veces.

CAPÍTULO V

Deslauriers había llevado de casa de Frédéric la copia del acta de subrogación con un documento en regla que le confería plenos poderes; pero, después de haber subido sus cinco pisos y ya solo en su triste estudio, sentado en su butaca de badana, la vista del papel timbrado le repugnó.

Estaba harto de esas cosas, y de los restaurantes a treinta y dos sueldos, de los viajes en ómnibus, de su miseria, de sus esfuerzos. Volvió a coger los papeles; al lado había otros; eran los prospectos de la compañía hullera con la lista de las minas y el detalle de su riqueza, que Frédéric le había dejado para que le diese su opinión al respecto.

Se le ocurrió una idea: la de presentarse en casa del señor Dambreuse y pedir la plaza de secretario. Este puesto llevaba consigo, desde luego, la compra de un cierto número de acciones. Reconoció la locura de su proyecto y se dijo:

«¡Oh! ¡No!, estaría mal».

Entonces discurrió la manera de recuperar los quince mil francos. Una cantidad semejante no era nada para Frédéric. Pero, si la hubiera tenido, ¡qué alivio! Y el antiguo pasante se indignó de que el otro poseyese una gran fortuna.

—Hace de ella un uso lastimoso. Es un egoísta. ¡Eh!, ¡me río bien de sus quince mil francos!

¿Por qué los había prestado? Por los bellos ojos de Mme. Arnoux, ¡era su amante! Deslauriers no lo ponía en duda. He aquí una cosa más para la que sirve el dinero. Le vinieron a la mente pensamientos de odio.

Después pensó en la persona misma de Frédéric. Siempre había ejercido sobre él una especie de fascinación femenina y pronto llegó a admirarle por un éxito del que él se reconocía incapaz.

Sin embargo, ¿no era la voluntad el elemento capital de las empresas? y, ya que con ella se triunfa en todo...

«¡Ah!, ¡tendría gracia!».

Pero tuvo miedo de esta perfidia, y un minuto después:

«¡Bah!, ¿es que tengo miedo?».

Mme. Arnoux, a fuerza de haber oído hablar de él, había terminado por imaginarse algo extraordinario. La constancia de aquel amor le exasperaba como un problema. Su austeridad un poco teatral le aburría ahora. Además, la mujer de mundo, o lo que él juzgaba por tal, deslumbraba al abogado como el símbolo y el resumen de mil placeres desconocidos. Por ser pobre, él codiciaba el lujo en su forma más ostentosa.

«Después de todo, si se enfadara, peor para él. Se ha portado bastante mal conmigo, para que yo me moleste. Nada me asegura que ella es su amante. Él me lo ha negado. ¡Así que soy libre!».

El deseo de llevar adelante su proyecto ya no le abandonó. Era una prueba de sus fuerzas lo que quería hacer; de modo que, un día, de pronto, lustró él mismo sus botas, se compró unos guantes blancos y se puso en camino, sustituyendo a Frédéric e imaginándose ser casi como él, por una singular evolución intelectual donde había a la vez venganza y simpatía, imitación y audacia.

Se hizo anunciar: «el doctor Deslauriers».

Mme. Arnoux se sorprendió, pues no había llamado a ningún médico.

—¡Ah!, ¡mil excusas!, soy doctor en Derecho. Vengo por los intereses del señor Moreau.

Este nombre pareció impresionarla.

—¡Mejor! —pensó el antiguo pasante—; ya que ella lo ha aceptado a él, me aceptará a mí —animándose con el tópico de que es más fácil suplantar a un amante que a un marido.

Había tenido el placer de encontrarla una vez en el Palais; incluso citó la fecha. Tanta memoria asombró a Mme. Arnoux. El replicó en tono dulzón:

—Usted tenía ya... algunos problemas... con sus negocios.

Ella no contestó nada; por tanto, era verdad.

Él se puso a hablar de unas cosas y otras, de su alojamiento, de la fábrica; después, viendo unos medallones en el borde del espejo:

—¡Ah!, ¿retratos de familia, sin duda?

Le llamó la atención el de una vieja señora, la madre de Mme. Arnoux.

Parece una excelente persona, un tipo meridional.

Y, a la respuesta de que era de Chartres:

—¡Chartres! ¡bonita ciudad!

Ensalzó su catedral y sus patés; luego, volviendo al retrato, le encontró parecido con Mme. Arnoux y le echaba piropos indirectos. Ella no se alteró. Él tomó confianza y dijo

que conocía a Arnoux desde hacía mucho tiempo.

—Es un buen chico, pero, ¡quién se compromete! Por esa hipoteca, por ejemplo, es inimaginable una distracción...

—Sí, ya sé —dijo ella encogiéndose de hombros.

Este testimonio involuntario de desprecio animó a Deslauriers a proseguir.

—Su negocio de caolín, quizá usted no lo sabe, ha estado a punto de tomar muy mal cariz, e incluso su reputación...

El ceño fruncido de Mme. Arnoux le cortó la palabra.

Entonces, volviendo a las generalidades, se compadeció de las pobres mujeres cuyos maridos malgastan la fortuna...

—Pero la fortuna es de él, señor; yo no tengo nada.

—No importa. No sabíamos... Una persona de experiencia podía ser útil —se puso a su disposición exaltando sus propios méritos; y la miraba de frente a través de sus gafas que brillaban.

Una especie de torpor se apoderaba de ella; pero de pronto:

—¡Vamos al grano, por favor!

Él presentó el expediente.

—Éste es el poder de Frédéric. Con semejante título en las manos de un agente judicial, que hará un requerimiento, la cosa es muy fácil: en veinticuatro horas... —ella permanecía impasible, él cambió de maniobra—. Por lo demás, no comprendo qué es lo que le mueve a reclamar esa cantidad; puesto que, finalmente, no la necesita para nada.

—¡Cómo! El señor Moreau se ha portado bastante bien.

—¡Oh!, estoy de acuerdo.

Y Deslauriers empezó primero a elogiarlo, luego poco a poco a rebajarlo calificándolo de olvidadizo, egoísta, avaro.

—Yo creí que era amigo suyo, señor.

—Eso no me impide ver sus defectos. Por ejemplo, reconoce muy poco... ¿cómo diría?, la simpatía...

Mme. Arnoux, que pasaba las hojas del grueso cuaderno, le interrumpió para que le explicase una palabra.

Él se inclinó sobre su hombro, y tan cerca de ella, que le rozó la mejilla. Ella se ruborizó; este rubor inflamó a Deslauriers, que le besó vorazmente la mano.

—¿Qué hace usted, señor?

Y, de pie contra la pared, ella lo mantenía inmóvil con la mirada irritada de sus grandes ojos negros.

—¡Escúcheme! ¡La quiero!

Ella salió riendo a carcajadas, con una risa aguda, desesperada, atroz. Deslauriers se encolerizó de tal modo que le daban ganas de estrangularla. Se contuvo; y con la cara de un vencido que pide clemencia:

—¡Ah!, ¡se equivoca usted! Yo no iría como él...

—¿De quién habla usted?

—De Frédéric.

—¡Ah! Ya le he dicho que el señor Moreau me preocupa poco.

—¡Oh!, perdón..., perdón.

Después, en tono mordaz, y recalcando las frases:

—Yo creía incluso que usted se interesaba suficientemente por su persona como para saber con agrado...

Se puso toda pálida. El antiguo pasante añadió: —Se va a casar.

—¡Él!

—Dentro de un mes, lo más tarde, con la señorita Roque, la hija del administrador del señor Dambreuse. Ya salió para Nogent sólo con este fin.

Ella se llevó la mano al corazón como si recibiera un golpe; pero inmediatamente tiró de la campanilla. Deslauriers no esperó a que le echaran. Cuando ella volvió, él ya había desaparecido.

A Mme. Arnoux le faltaba el aliento. Se acercó a la ventana para respirar.

Al otro lado de la calle, en la acera, un embalador, en mangas de camisa, clavaba una caja. Pasaban coches. Ella cerró la ventana y fue a sentarse. Las altas casas vecinas ocultaban el sol, un ambiente frío llenaba la casa. Sus hijos habían salido, nada se movía alrededor de ella. Era como una inmensa deserción.

«¡Se va a casar!, ¿es posible?».

Y le dio como un ataque de nervios.

«¿Por qué esto?, ¿es que le quiero?».

Luego, de pronto:

«¡Pues sí, le quiero!... ¡le quiero!».

Le parecía estar bajando a una profundidad que no acababa nunca. El reloj dio las tres. Ella escuchó las vibraciones del timbre que iban apagándose. Y permaneció en la orilla de

su sillón, los ojos fijos y sin dejar de sonreír. Aquella misma tarde, a la misma hora, Frédéric y la señorita Louise se paseaban en la huerta que el señor Roque poseía en el extremo de la isla.

La vieja Catalina les vigilaba, de lejos; caminaban juntos, y Frédéric decía:

—¿Se acuerda cuando la llevaba al campo?

—¡Qué bueno era conmigo! —respondió ella—. Me ayudaba a hacer flanes con la arena, a llenarme la regadera, a columpiarme.

—Todas sus muñecas, que tenían nombres de reinas o de marquesas, ¿qué ha sido de ellas?

—En verdad que no sé nada de ellas.

—¿Y su perrito Moricaud?

—Se ahogó, el pobre.

—¿Y el *Don Quijote*, cuyos grabados coloreábamos juntos?

—Todavía lo conservo.

Él recordó el día de su primera comunión, de lo guapa que estaba la víspera con su velo blanco y su gran cirio, cuando desfilaban todas alrededor del coro, mientras tocaba la campana.

Estos recuerdos, sin duda, tenían poco encanto para la señorita Roque; no encontró nada que responder; y un minuto después:

—¡Qué malo, que nunca me ha dado noticias tuyas!

Frédéric se disculpó con sus muchos trabajos.

—¿Pues qué hacía?

Se vio cogido por la pregunta, luego dijo que se dedicaba a estudios de política.

—¡Ah!

Y, sin preguntar más:

—Usted tiene una ocupación, pero yo...

Entonces le contó la aridez de su vida, sin poder ver a nadie, sin el menor placer, la menor distracción. A ella le gustaría montar a caballo.

—El vicario dice que es un inconveniente para una chica; ¡qué tontería eso de las conveniencias! Antes me dejaban hacer todo lo que quería; ahora, nada.

—Sin embargo, su padre la quiere bien.

—Sí; pero...

Lanzó un suspiro que significaba: «Esto no me basta para ser feliz».

Después hubo un silencio. No oían más que el crujido de la arena bajo sus pisadas con el murmullo de la cascada; pues el Sena, antes de Nogent, se corta en dos brazos. El que hace mover los molinos vierte en este lugar el agua sobrante, para reunirse más abajo con el curso natural del río; y, viniendo de los puentes, se ve, a la derecha en la otra orilla, un talud de césped dominado por una casa blanca. A la izquierda, en la pradera, se extienden unos chopos, y el horizonte, enfrente, está limitado por una curva del río; estaba liso como un espejo; grandes insectos patinaban sobre el agua tranquila. Matas de cañas y de juncos lo bordeaban desigualmente; todas las clases de plantas que crecían allí se abrían en botones dorados, dejaban colgando ramilletes amarillos, levantaban copos de flores amaranto, formaban caprichosos cohetes verdes. En una pequeña curvatura de la ribera se mostraban nenúfares; y una fila de viejos sauces que escondían trampas para el lobo era por aquel lado toda la defensa de la huerta.

Del lado de acá, dentro, cuatro paredes con albardilla de pizarras cercaban el huerto, donde los bancales de tierra, recientemente trabajados, formaban manchas pardas... Las campanas de vidrio que protegían los melones brillaban en fila sobre su estrecho semillero; después alternaban las alcachofas, las judías, las espinacas, las zanahorias y los tomates hasta un plantel de espárragos, que parecía un pequeño bosque de plumas.

Todo este terreno había sido, bajo el Directorio, lo que se llamaba «una casa de recreo». Los árboles, desde entonces, habían crecido de forma desmesurada. Las clemátides habían invadido las glorietas, los paseos estaban cubiertos de musgo, por todas partes abundaban las zarzas. El yeso de las estatuas se deshacía en trocitos bajo la hierba. Al caminar se corría el riesgo de tropezar en restos de construcción de alambre. Del pabellón sólo quedaban dos habitaciones en la planta baja con jirones de papel azul. Delante de la fachada se extendía una parra a la italiana, donde, sobre pilares de ladrillo, un enrejado de palos soportaba una viña.

Entraron allí debajo los dos, y, como la luz se filtraba de manera desigual a través del verdor, Frédéric, que hablaba al lado de Louise, observaba la sombra de las hojas sobre su cara.

Ella se había puesto entre su pelo rojo, en el moño, una aguja terminada en una bola de cristal que imitaba una esmeralda; y llevaba a pesar del luto (tan ingenuo era su mal gusto) unas pantuflas de paja con adornos de raso color rosa, rareza vulgar, compradas sin duda en alguna feria.

Él se dio cuenta de esto, y se las elogió con ironía.

—No se burle de mí —le dijo ella.

Después, observándolo de pies a cabeza, desde el sombrero de fieltro gris a los calcetines de seda:

—¡Qué coqueto es usted!

Después, le pidió que le indicara obras para leer. Él le citó varias; y ella dijo:

—¡Oh!, ¡qué sabio es usted!

Siendo todavía una niña, se había prendado de él con uno de esos amores infantiles que tienen al mismo tiempo la pureza de una religión y la violencia de una necesidad. Él había sido su compañero, su hermano, su maestro, había entretenido su mente, hecho latir su corazón y derramado sin querer en el fondo de ella misma una embriaguez latente e inextinguible. Después, la había dejado en plena crisis trágica, apenas muerta su madre, confundiéndose las dos desesperaciones. La ausencia lo había idealizado en el recuerdo; volvía con una especie de aureola, y ella se entregaba ingenuamente al gozo de verlo.

Por primera vez en su vida, Frédéric se sintió amado; y este placer nuevo, que no pasaba de un sentimiento agradable, le causaba como una satisfacción íntima; de tal modo que abrió los brazos echando la cabeza hacia atrás.

Una gran nube pasaba entonces por el cielo.

—Va a París —dijo Louise—; usted querría seguirla, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Por qué?

—¿Quién sabe?

Y, observándolo con mirada penetrante:

—Quizá tiene usted allá... (anduvo buscando la palabra) algún cariño.

—¡Ah!, yo no tengo amor.

—¿De veras?

—¡Pues sí, señorita, de veras!

En menos de un año, se había operado en la joven una transformación extraordinaria que asombraba a Frédéric. Después de un minuto de silencio, él añadió:

—Deberíamos tutearnos, como antes; ¿quieres?

—No.

—¿Por qué?

Él insistió. Ella respondió, bajando la cabeza:

—No me atrevo.

Habían llegado al final del jardín al arenal del Livon. Frédéric, para divertirse, se puso a hacer cabrillas. Ella le mandó sentarse. Él obedeció; y después, mirando el salto de agua:

—Es como el Niágara.

Empezó a hablar de países lejanos y de grandes viajes. La idea de realizarlos le encantaba. Ella no habría tenido miedo a nada, ni a las tempestades, ni a los leones.

Sentados, uno al lado del otro, recogían delante de ellos puñados de arena, después los dejaban deslizarse de las manos sin dejar de conversar; y el viento cálido que llegaba de las llanuras les traía a bocanadas olores de lavanda con el perfume del alquitrán que se escapaba de una barca detrás de la esclusa. El sol caía de lleno sobre la cascada; los bloques verdosos de la pequeña pared a lo largo de la cual corría el agua aparecían como cubiertos de una gasa plateada que seguía deslizándose. Al pie, una larga barra de espuma rebotaba cadenciosamente. Después formaba burbujas, remolinos, mil corrientes opuestas, que acababan confundándose en una sola capa límpida.

Louise murmuró que envidiaba la vida de los peces.

—Debe de ser tan agradable dar vueltas ahí dentro, a su aire, sentirse acariciado por todas partes.

Y se estremecía con movimientos de mimo sensual.

Pero se oyó una voz:

—¿Dónde estás?

—Su criada la llama —dijo Frédéric.

—¡Bien!, ¡Bien!

Louise no se movía.

—¡Se va a enfadar! —replicó él.

—¡Me da igual!, y además... —la señorita Roque daba a entender con un gesto que la tenía en un puño.

Sin embargo, se levantó, después se quejó de dolor de cabeza. Y al pasar delante de un amplio cobertizo donde había haces de leña seca picada:

—¿Si nos metiéramos ahí debajo al abrigo?

Él fingió no entender la expresión dialectal e incluso se burló de su acento. Poco a poco las comisuras de su boca se apretaron, ella se mordía los labios; se apartó de él enfurruñada.

Frédéric la alcanzó, juró que no había querido molestarla y que la quería mucho.

—¿Es verdad? —dijo ella, mirándolo con una sonrisa que iluminaba todo su rostro, un poco pecoso.

Él no resistió a tanta audacia de sentimientos, al frescor de su juventud, y replicó:

—¿Por qué iba a mentirte?... ¿No me crees? ¿Eh? —pasándole el brazo izquierdo alrededor de la cintura.

Un grito suave como un arrullo salió de su garganta; su cabeza se cayó hacia atrás, se desmayó, él la sostuvo. Y los escrúpulos de su honestidad fueron inútiles; ante esta virgen que se ofrecía tuvo miedo. Luego le ayudó a dar algunos pasos, despacio. Ya no le decía palabras dulces y, no queriendo decir más que cosas insignificantes, le hablaba de los personajes de la sociedad de Nogent.

De pronto ella lo rechazó, y, en tono amargo:

—No tendrías valor para llevarme.

Él permaneció inmóvil con una cara llena de estupefacción.

Ella estalló en sollozos y bajando profundamente la cabeza:

—¡Cómo si yo pudiese vivir sin ti!

Él trataba de calmarla. Ella le puso las dos manos sobre los hombros para verlo mejor de frente, y, clavándole sus ojos verdes, de una humedad casi feroz:

—¿Quieres ser mi marido?

—Pero... —replicó Frédéric, buscando una respuesta—, sin duda... No deseo otra cosa.

En aquel momento la gorra del señor Roque apareció detrás de una lila.

Llevó a su joven amigo durante dos días a dar una vuelta por los alrededores, por sus propiedades; y Frédéric, al regreso, encontró tres cartas en casa de su madre.

La primera era un billete del señor Dambreuse que le invitaba a cenar el martes siguiente. ¿A qué venía aquella cortesía? ¿Le habían perdonado su extravagancia?

La segunda era de Rosanette. Le agradecía que hubiese arriesgado su vida por ella. Al principio Frédéric no comprendió lo que le quería decir; por fin, después de muchos rodeos, le imploraba, invocando su amistad, confiando en su delicadeza, de rodillas, decía, en vista de la necesidad apremiante, y como se pide pan, una pequeña ayuda de quinientos francos. Él se decidió inmediatamente a mandárselos.

La tercera carta, que venía de Deslauriers, hablaba de la subrogación y era larga, oscura. El abogado aún no había tomado ningún partido. Le animaba a no molestarse: «Es inútil que vengas», incluso subrayando esto de una manera rara.

Frédéric se perdió en toda clase de conjeturas, le entraron ganas de volver allá; esta pretensión de gobernarle le sublevaba.

Por otra parte, la nostalgia del bulevar empezaba a vencerle; y además su madre le empujaba de tal manera, el señor Roque le hacía tan bien la rosca y la señorita Louise le quería con tal fuerza que no podía pasar más tiempo sin declararse. Necesitaba reflexionar, juzgaría mejor las cosas estando lejos.

Para justificar su viaje, Frédéric inventó un cuento; y marchó, diciendo a todo el

mundo, y creyéndolo él mismo, que volvería pronto.

CAPÍTULO VI

Su vuelta a París no le causó ningún placer; era una tarde, a fines del mes de agosto; el bulevar parecía desierto, los transeúntes pasaban con aspecto ceñudo; acá y allá humeaba una caldera de asfalto, muchas casas tenían las persianas completamente cerradas. Llegó a su casa: el empapelado de las paredes estaba cubierto de polvo; y, cenando completamente solo, Frédéric experimentó un extraño sentimiento de abandono; entonces pensó en la señorita Roque.

La idea de casarse ya no le parecía descabellada. Viajarían, irían a Italia, a Oriente. Y él la veía de pie sobre un montículo contemplando un paisaje, o bien apoyada en su brazo en una galería florentina, parándose ante los cuadros. ¡Qué gozo sería ver a esta buena criaturita abrirse a los esplendores del Arte y de la Naturaleza! Una vez sacada de su ambiente, en poco tiempo haría de ella una compañera encantadora. La fortuna del señor Roque le tentaba, por otra parte. Sin embargo, semejante determinación le repugnaba como una debilidad, un envilecimiento.

Pero estaba muy resuelto, de cualquier modo, a cambiar de vida, es decir, a no echar a perder su corazón en pasiones infructuosas, e incluso vacilaba en hacer el encargo que le había hecho Louise. Era el de comprarle en casa de Jacques Arnoux dos grandes estatuas polícromas con figura de negros, como las que había en la prefectura de Troyes. Ella conocía la marca del fabricante y no quería de otro. Frédéric temía, volviendo a casa de «ellos», caer de nuevo en las redes de su viejo amor.

Estas reflexiones le ocuparon toda la velada; y se iba a acostar cuando entró una mujer.

—¡Soy yo! —dijo riendo la señorita Vatnaz—. Vengo de parte de Rosanette.

Entonces ¿se habían reconciliado?

—¡Dios mío, sí! No soy mala, usted lo sabe. Además, la pobre chica... Sería muy largo de contar.

En resumen, la Mariscala deseaba verlo, esperaba una respuesta, pues su carta se había paseado de París a Nogent; la señorita Vatnaz desconocía su contenido. Entonces, Frédéric le preguntó por la Mariscala.

Ahora estaba con un hombre muy rico, un ruso, el príncipe Tzernoukoff, que la había

visto en las carreras del Champ de Mars, el verano anterior.

—Tenemos tres coches, caballo de silla, criado estilo inglés, casa de campo, palco en los Italianos, y un montón de cosas más. ¡Ya ves, querido!

Y la Vatnaz, como si se hubiese aprovechado de este cambio de fortuna, parecía más alegre, más feliz. Se quitó los guantes y examinó los muebles y las figuritas de la habitación. Las tasaba en su precio justo, como un chamarilero. Tendría que haberle consultado para obtenerlas más baratas.

—¡Ah!, ¡qué gracioso, está muy bien! Sólo a usted se le ocurren estas ideas.

Después, viendo en la cabecera de la alcoba una puerta:

—¿Es por ahí por donde hacen salir a las mujercitas, eh?

Y le cogió amistosamente la barbilla. Él se estremeció al contacto de sus largas manos, delgadas y suaves a la vez. Tenía un ribete de encaje alrededor de los puños y, en el corpiño de su vestido verde, pasamanerías como un húsar. Su sombrero de tul negro, de ala caída, le ocultaba un poco la frente; debajo brillaban sus ojos; un perfume de pachuli se desprendía de sus bandos; la lámpara carcel puesta sobre un velador, iluminándola como las candilejas de un teatro, hacía resaltar su mandíbula; y de pronto, ante aquella mujer fea que tenía en la cintura ondulaciones de pantera, Frédéric sintió una enorme concupiscencia, un deseo bestial de voluptuosidad.

Ella le dijo con voz melosa, sacando de su portamonedas tres cuadrados de papel:

—Me va usted a tomar esto.

Eran tres entradas para una representación a beneficio de Delmar.

—¡Cómo!, ¿él?

—¡Ciertamente!

La señorita Vatnaz, sin más explicaciones, añadió que le adoraba más que nunca. El comediante, para ella, figuraba definitivamente entre las glorias del siglo. Y no era tal o cual personaje lo que representaba, sino al genio mismo de Francia, al Pueblo. Tenía «el alma humanitaria», comprendía «el sacerdocio del Arte». Frédéric, para verse libre de estos elogios, le dio el importe de las tres localidades.

—¡Inútil hablar de esto! ¡Dios mío, qué tarde es! Tengo que dejarle. ¡Ah! Me olvidaba de las señas: son calle Grange-Batelière, 14.

Y, en la puerta:

—¡Adiós, hombre amado!

—¿Amado de quién?

Y volvió a reconocer lo que Dussardier le había dicho un día a propósito de ella:

«¡Oh!, no es gran cosa», como haciendo alusión a historias poco honorables.

Al día siguiente fue a casa de la Mariscal. Vivía en una casa nueva, cuyas persianas asomaban a la calle. En cada descanso de escalera había un espejo en la pared, una macetera rústica delante de las ventanas, a todo lo largo de los escalones, una alfombra de tela; y, cuando se llegaba de fuera, el fresco de la escalera era un descanso.

Fue un criado varón quien acudió a abrir, un ayuda de cámara con chaleco rojo. En la antesala, en una banqueta, una mujer y dos hombres, sin duda proveedores, esperaban como en el vestíbulo de un ministro. A la izquierda, la puerta del comedor, entreabierta, dejaba entrever botellas vacías sobre los aparadores, servilletas en el respaldo de las sillas; y paralelamente se extendía una galería donde unos palos de color dorado sostenían un espalier de rosas. Abajo, en el patio, dos chicos, remangados, sacaban brillo a un lando. Su voz subía hasta allí, con el ruido intermitente de una rascadera que tropezaba con una piedra.

El criado volvió: «La señora va a recibir al señor»; y le hizo atravesar una segunda antesala, luego un gran salón, tapizado de brocatel amarillo, con franjas de cadeneta que, partiendo de las esquinas, iban a juntarse en el techo y parecían prolongarse por los brazos de la araña, esculpidos en forma de cables. Sin duda, había habido fiesta la noche anterior. Sobre las consolas había quedado ceniza de cigarro.

Por fin, entró en una especie de saloncito vagamente iluminado por vidrieras de color. Adornos trilobulados de madera recortada decoraban la parte superior de las puertas; tres colchones de púrpura, apoyados en una balaustrada, formaban un diván sobre el cual se habían dejado un narguile de platino. La chimenea, en vez de espejo, tenía una estantería piramidal, que presentaba sobre sus gradas toda una colección de curiosidades: viejos relojes de plata dorada, cucuruchos de cristal de Bohemia, broches de pedrería, botones de jade, esmaltes, figuras de porcelana, una virgencita bizantina con capa de plata dorada, y todo esto se fundía en un crepúsculo dorado, con el color azulado de la alfombra, el reflejo nacarado de los taburetes, el tono leonado de las paredes cubiertas de cuero marrón. En las esquinas, jarrones de bronce sobre pedestales contenían ramos de flores que recargaban el ambiente.

Apareció Rosanette, vestida con una chaqueta de raso color rosa, un pantalón de cachemir blanco, un collar de piastras y un gorro rojo rodeado de una rama de jazmín.

Frédéric hizo un movimiento de sorpresa; después, dijo que llevaba «la cosa de que se trataba», presentándole el billete de Banco.

Ella le miró muy sorprendida; y, como él seguía con el billete en la mano, sin saber dónde ponerlo:

—¡Cójalo!

Ella lo cogió; después, lo tiró en el diván.

—¡Es usted muy amable!

Era para pagar la cuota anual de un terreno que había comprado en Bellevue. Tal descaro ofendió a Frédéric. Por lo demás, ¡mejor!, lo vengaba del pasado.

—Siéntese —dijo ella— aquí, más cerca —y en un tono más grave:

—En primer lugar, tengo que agradecerle, querido amigo, que haya arriesgado su vida.

—¡Oh!, no tiene importancia.

—¡Cómo, pero es muy hermoso!

Y la Mariscala exageró las pruebas de agradecimiento; pues debía pensar que él se había batido exclusivamente por Arnoux, ya que éste, que se lo imaginaba, no había aguantado sin decirlo.

«Quizá se está riendo de mí», pensaba Frédéric.

El ya había terminado, y, alegando una cita, se levantó.

—¡Ah!, ¡no!, ¡quédese!

Se volvió a sentar y le elogió el vestido.

Ella contestó con un aire de abatimiento:

—Es al príncipe a quien le gusto así. Y hay que fumar semejantes artefactos —añadió Rosanette mostrándole el narguile—. ¿Si probáramos? ¿Quiere usted?

Llevaron fuego; la tumbaga tardaba en encenderse, ella se puso a patear de impaciencia. Después se sintió decaer; y permaneció inmóvil sobre el diván, con un cojín bajo el brazo, el cuerpo un poco torcido, una rodilla doblada, la otra pierna completamente recta. La larga serpiente de tafilete rojo que formaba anillos en el suelo se le enroscaba en el brazo. Ella mantenía la boquilla de ámbar de la pipa junto a sus labios y miraba a Frédéric haciéndole guiños de ojos, a través del humo, cuyas volutas le envolvían. Aspirando profundamente hacía gorgotear el agua, y de vez en cuando murmuraba:

—¡Este pobre chiquillo!, ¡este pobre querido!

El trataba de encontrar un tema de conversación agradable; le vino a la mente la idea de la Vatnaz.

Dijo que le había parecido muy elegante.

—¡Ya lo creo! —replicó la Mariscala—. Puede considerarse dichosa de tenerme —sin añadir nada más, tan parca era en el hablar.

Los dos sentían un fastidio, un obstáculo. En efecto, el duelo del que Rosanette se creía la causa había halagado su amor propio. Después se había extrañado mucho de que él no hubiese acudido a invocar su gesto; y, para obligarle a volver, había inventado la necesidad de los quinientos francos. ¿Cómo era que Frédéric no pedía en pago un poco de

ternura? Era un refinamiento que la maravillaba, y, en un impulso del corazón, le dijo:

—¿Quiere venir con nosotros a los baños de mar?

—¿Qué es eso de nosotros?

—Yo y mi pájaro; le haré pasar por primo mío, como en las viejas comedias.

—¡Mil gracias!

—Bueno, entonces, tomará un alojamiento cerca del nuestro.

La idea de pasar por un hombre rico le humillaba.

—¡No!, eso es imposible.

—¡Como quiera!

Rosanette se alejó con lágrimas en los ojos. Frédéric se dio cuenta; y, para demostrarle su interés, le dijo que se alegraba de verla, por fin, en buena posición.

Ella se encogió de hombros. ¿Quién la afligía? ¿Acaso no la querían?

—¡Oh!, a mí siempre me quieren.

Y añadió.

—Falta saber de qué manera.

Quejándose de «asfixiarse de calor», la Mariscala se quitó la chaqueta; y, sin otra prenda que cubriese su cuerpo más que una camisa de seda, inclinaba la cabeza sobre el hombro, con un aire de esclava llena de provocaciones.

Un hombre de un egoísmo menos reflexivo no se habría parado a pensar que el vizconde señor de Comaing u otro pudiese aparecer. Pero Frédéric había sido muchas veces víctima de esas mismas miradas para comprometerse a una nueva humillación.

Ella quiso conocer sus relaciones, sus diversiones; llegó incluso a informarse de sus negocios y a ofrecerse a prestarle dinero si lo necesitaba. Frédéric, no aguantando más, tomó el sombrero.

—¡Bueno, querida, diviértete mucho allá; hasta la vista!

Ella abrió los ojos de manera desorbitada, luego, en tono seco:

—¡Hasta luego!

Él volvió a cruzar el salón amarillo y la segunda antesala. Sobre la mesa, entre un jarrón lleno de tarjetas de visita y un recado de escribir, había un cofre de plata cincelado. Era el de Mme. Arnoux. Entonces sintió una gran ternura, y, al mismo tiempo, como el escándalo de una profanación. Tenía ganas de tomarlo con las manos, de abrirlo. Tuvo miedo de ser visto y se fue.

Mandó a su criado a comprar los dos negros, después de hacerle todas las

recomendaciones indispensables; y la caja salió, la misma tarde, para Nogent. Al día siguiente, cuando iba a casa de Deslauriers, en el recodo de la calle Vivienne con el bulevar, se encontró de frente con Mme. Arnoux.

El primer impulso de ambos fue el de retroceder; después, una misma sonrisa les afloró a los labios y se acercaron. Durante un minuto, ninguno de los dos dijo palabra.

El sol la iluminaba por completo; y su rostro oval, sus largas cejas, su chal de encaje negro, que moldeaba la forma de sus hombros, su vestido de seda tornasolado, el ramillete de violetas prendido en su sombrero, todo le pareció de un esplendor extraordinario. Una dulzura infinita fluía de sus bellos ojos; y balbuceando, al azar, las primeras palabras que se le ocurrieron:

—¿Cómo sigue Arnoux? —dijo Frédéric.

—Bien, muchas gracias.

—¿Y sus hijos?

—Están muy bien.

—¡Ah!, ¡ah!... Qué buen tiempo tenemos, ¿verdad?

—Realmente, magnífico.

—¿Va de compras?

—Sí.

E inclinando lentamente la cabeza:

—Adiós.

Ella le había tendido la mano, no había dicho una sola palabra afectuosa, ni siquiera lo había invitado a ir a su casa, ¡no importa!, él no habría cambiado este encuentro por la más bella de sus aventuras; y rumiaba su dulzura mientras proseguía su camino.

Deslauriers, sorprendido de verle, disimuló su despecho pues conservaba obstinadamente alguna esperanza de parte de Mme. Arnoux; y había escrito a Frédéric que se quedase allá, para tener más libertad de movimientos.

Dijo, sin embargo, que había ido a visitarla a su casa para saber si en las capitulaciones matrimoniales se estipulaba la comunidad de bienes.

—En ese caso, se habría podido recurrir contra la mujer; y ella puso una cara rara cuando le informé de tu matrimonio.

—¡Vaya!, ¡qué ocurrencia!

—Era preciso para demostrar que necesitabas tus fondos. Una persona indiferente no habría sufrido la especie de síncope que le dio.

—¿De veras? —exclamó Frédéric.

—¡Ah, chico, se te nota! ¡Vamos, sé franco!

Una inmensa cobardía se apoderó del enamorado de Mme. Arnoux.

—¡Pues no!... ¡te aseguro!... ¡Mi palabra de honor!

Estas flojas negaciones acabaron de convencer a Deslauriers. Le dio la enhorabuena. Le preguntó «detalles». Frédéric no se los dio e incluso resistió al deseo de inventarlos.

En cuanto a la hipoteca, le dijo que no hiciese nada, que esperase. Deslauriers vio que estaba equivocado e incluso estuvo brutal en sus reprimendas.

Por otra parte, estaba más taciturno, malintencionado e irascible que nunca. Dentro de un año, si la fortuna no cambiaba, se embarcaría para América o se haría saltar la tapa de los sesos. En fin, parecía tan furioso contra todo y de un radicalismo tan absoluto que Frédéric no pudo pasar sin decirle:

—Estás como Sénecal.

Deslauriers le contestó a este propósito que el ex profesor había salido de Santa Pelagia, porque la instrucción no había proporcionado pruebas suficientes, sin duda, para encausarlo.

Para festejar esta liberación, Dussardier quiso «invitar a un ponche», y pidió a Frédéric «que acudiese», advirtiéndole, sin embargo, que se encontraría con Hussonnet, quien se había portado muy bien con Senecal.

En efecto, *el Flambard* acababa de incorporarse a una gestoría, que anunciaba en sus prospectos: «Administración de viñedos.—Servicio de Publicidad.—Oficina de recaudaciones e informaciones, etc.». Pero el bohemio temía que su industria perjudicase su reputación literaria, y había tomado al matemático para llevar la contabilidad.

Aunque la plaza era mediocre, Sénecal sin ella se habría muerto de hambre. Frédéric, no queriendo afligir al bravo empleado, aceptó su invitación.

Tres días antes, Dussardier había encerado él mismo las baldosas rojas de su buhardilla, sacudido el sillón y limpiado la chimenea, donde, bajo un globo de cristal, se veía un reloj de alabastro, entre una estalactita y un coco. Como sus dos candelabros y su palmatoria no eran suficientes, había pedido prestados al conserje dos hachones; y estas cinco luminarias brillaban sobre la cómoda, cubierta por tres servilletas para ofrecer un soporte más decente a los mostachones, bizcochos, un bollo de leche y doce botellas de cerveza. Enfrente, contra la pared, tapizada de un papel amarillo, una pequeña librería de caoba contenía las *Fábulas* de La Chambeaudie, los *Misterios de París*, el *Napoleón* de Norvins. En el centro de la alcoba, en un marco de palisandro, sonreía el rostro de Béranger.

Los invitados eran, además de Deslauriers y Sénecal, un farmacéutico recién titulado

que no tenía el dinero necesario para establecerse; un joven de «su» casa, un representante de vinos, un arquitecto y un señor empleado de seguros. Regimbart no había podido ir. Le echaron de menos.

Acogieron a Frédéric con grandes muestras de simpatía, pues todos conocían por Dussardier lo que hablaba en casa del señor Dambreuse. Senecal se contentó con darle la mano con aire digno.

Se mantenía de pie, contra la chimenea. Los otros, sentados, con la pipa en la boca, le escuchaban discurrir sobre el sufragio universal, del que tenía que salir el triunfo de la democracia, la aplicación de los principios del Evangelio. Por lo demás, se acercaba el momento; los banquetes reformistas se multiplicaban en provincias; el Piamonte, Nápoles, la Toscana...

—Es verdad —dijo Deslauriers, cortándole en seco la palabra—, esto no puede durar ya mucho tiempo.

Y se puso a hacer un cuadro de la situación.

Habíamos sacrificado a Holanda para obtener de Inglaterra el reconocimiento de Luis-Felipe; y esta famosa alianza inglesa había fracasado gracias a los matrimonios españoles. En Suiza, el señor Guizot, a remolque del austríaco, mantenía los tratados de 1815. Prusia con su Zollverein nos creaba dificultades. La cuestión de Oriente seguía sin resolverse.

Que el gran duque Constantino envíe regalos al señor d'Aumale no es razón para fiarse de Rusia. En cuanto al interior, nunca se ha visto tanta ceguera, tanta tontería. La mayoría que tienen no se sostiene ya. Por todas partes, en fin, según todo el mundo, no se ve más que ¡nada!, ¡nada!, ¡nada! Y ante tanta vergüenza, prosiguió el abogado poniendo los puños sobre las caderas «se declararán satisfechos».

Esta alusión a una famosa votación provocó aplausos. Dussardier destapó una botella de cerveza; la espuma salpicó las cortinas, no puso cuidado; cargaba pipas, partía el bizcocho, servía, había bajado varias veces para ver si llevaban el ponche; y no tardaron en exaltarse, pues todos coincidían en la misma exasperación contra el Poder. Ella estaba violenta, sin otra causa que el odio a la injusticia; y a las acusaciones legítimas mezclaban los reproches más tontos.

El farmacéutico se lamentó del estado lastimoso de nuestra flota. El agente de seguros no podía ver a los dos centinelas del mariscal Soult. Deslauriers denunció a los jesuitas, que acababan de instalarse en Lille, públicamente. Senecal execraba mucho más al señor Cousin; pues el eclecticismo, enseñando a obtener la certeza del razonamiento, desarrollaba el egoísmo, destruía la solidaridad; el representante de vinos, que entendía poco de estos temas, hizo notar en voz alta que él olvidaba muchas infamias.

—El vagón real de la línea del Norte debe de costar unos ochenta mil francos. ¿Quién los va a pagar?

—Sí, ¿quién los va a pagar? —replicó el empleado de comercio, furioso como si le hubieran sacado ese dinero de su bolsillo.

Siguieron recriminaciones contra los linces de la Bolsa y la corrupción de los funcionarios. Había que remontarse más atrás, según Sénecal, y acusar, en primer lugar, a los príncipes, que resucitaban las costumbres de la Regencia.

—¿No se ha visto recientemente a los amigos del duque de Montpensier volver de Vincennes, sin duda alguna borrachos, provocando con sus canciones a los obreros del *faubourg Saint-Antoine*?

—Incluso gritamos: ¡Abajo los ladrones! —dijo el farmacéutico—. Yo estaba allí, yo grité.

—¡Mejor!, el Pueblo, por fin, despierta desde el proceso Teste-Cubières.

—A mí aquel proceso me dio pena —dijo Dussardier—, porque deshonra a un viejo soldado.

—¿Sabe usted —continuó Senecal— qué se ha descubierto en casa de la duquesa de Praslin?

Pero la puerta se abrió de una patada. Entró Hussonnet.

—¡Hola, señores! —dijo sentándose en la cama.

No hicieron ninguna alusión a su artículo, del cual por lo demás, él se lamentaba, pues la Mariscala lo había reprendido severamente.

Acababa de ver en el teatro de Dumas *El caballero de casaca roja* y lo «encontraba muy aburrido».

Semejante juicio extrañó a los demócratas, pues ese drama, por sus tendencias, sus decorados, más bien les halagaba las pasiones. Protestaron. Sénecal, para terminar, preguntó si la obra servía a la democracia.

—Sí..., quizá; pero es de un estilo...

—¡Bueno!, entonces es buena; ¿qué es el estilo?, es la idea.

Y, sin dejar hablar a Frédéric:

—Yo decía que en el caso Praslin... —Hussonnet le interrumpió.

—¡Ah!, ésa es otra cantinela más. Ya me está cansando.

—Y a otros que no son usted —replicó Deslauriers—. Ha ocasionado la retirada de nada menos que cinco periódicos. Escuche esta nota:

Y sacando su cuadernillo de notas, leyó:

—«Hemos sufrido, desde el establecimiento de la mejor de las repúblicas, mil

doscientos veintinueve procesos de prensa, de los que resultaron para los escritores: tres mil ciento cuarenta y un años de cárcel, con la leve suma de siete millones ciento diez mil quinientos francos de multa.» Está bonito, ¿eh?

Todos se rieron amargamente. Frédéric, animado como los otros, añadió:

La democracia pacífica tiene un proceso por su folletín, una novela titulada *La parte de las mujeres*.

—¡Vaya!, bueno —dijo Hussonnet—. ¡Si nos prohíben nuestra parte de mujeres!

—Pero, ¿qué es lo que no está prohibido? —exclamó Deslauriers—. Está prohibido fumar en el «Luxemburgo», prohibido cantar el himno a Pío IX.

—¡Y prohíben el banquete de los tipógrafos! —articuló una voz sorda.

Era la del arquitecto, oculto por la sombra de la alcoba, y que había permanecido en silencio hasta entonces. Añadió que, la semana anterior, habían condenado, por ultrajes al Rey, a un tal Rouget.

—Rouget está frito —dijo Hussonnet.

Esta broma pareció tan inoportuna a Sénécál que le reprochó que defendiese al «juglar del Ayuntamiento, al amigo del traidor Dumouriez».

—¿Yo?, ¡al contrario!

Encontraba a Luis Felipe vulgar, guardia nacional de lo más hortera, triste y de lo más aburrido. Y poniendo la mano sobre el pecho, el bohemio pronunció las frases sacramentales: «Es siempre con placer renovado... — La nación polaca no perecerá. — Proseguiremos nuestros grandes trabajos... — Dadme dinero para mi pequeña familia...». Todos reían mucho, lo proclamaban un tipo encantador, lleno de ingenio; la alegría redobló a la vista del cafetero que llevaba un tazón de ponche.

Las llamas del alcohol y las de las bujías calentaron pronto la habitación; y la luz de la buhardilla, atravesando el patio, iluminaba de frente el borde de un tejado, con el tubo de una chimenea que alzaba su sombra negra en la noche. Hablaban muy alto, todos a la vez; se habían quitado las levitas; tropezaban con los muebles, entrechocaban los vasos.

Hussonnet dijo:

—¡Mandad subir grandes señoras, para que esto sea más Tour de Nesle, color local y estilo Rembrandt, pardiez!

Y el farmacéutico, que seguía removiendo el ponche, entonó a pleno pulmón:

Tengo dos grandes bueyes en mi establo

Dos grandes bueyes blancos...

Sénécál le tapó la boca, no le gustaba el desorden; y los inquilinos se asomaban a las

ventanas, sorprendidos del ruido insólito que hacían en casa de Dussardier.

El buen chico estaba feliz, y dijo que aquello le recordaba sus pequeñas sesiones de antaño, en el muelle Napoleón; faltaban varios, sin embargo, por ejemplo Pellerin.

—Podemos prescindir de él —replicó Frédéric.

Y Deslauriers preguntó por Martinon.

—¿Qué es de ese señor tan interesante?

Enseguida Frédéric, dando rienda suelta a la malevolencia que le profesaba, atacó su ingenio, su carácter, falsa elegancia, al hombre entero. Era justo el modelo perfecto del nuevo rico. La nueva aristocracia, la burguesía, no podía compararse con la antigua, la nobleza. Esto decía; y los demócratas aprobaban, como si hubieran pertenecido a la una y frecuentado la otra. Estaban encantados con él. El farmacéutico lo comparó con el señor D'Altonshée, que, aunque era par de Francia, defendía la causa del pueblo.

Llegó la hora de marchar. Todos se separaron con grandes apretones de manos; Dussardier, por afecto, acompañó a Frédéric y a Deslauriers. Cuando se encontraron en la calle, el abogado pareció reflexionar, y, después de un momento de silencio:

—Tú quieres muy mal a Pellerin.

Frédéric no ocultó su rencor.

Sin embargo, el pintor había retirado del escaparate el famoso cuadro. No había que enfadarse por esas bagatelas. ¿Para qué hacerse un enemigo?

—Ha cedido a un impulso de malhumor, excusable en un hombre que no tiene un céntimo. Tú no puedes comprender eso.

Y, cuando Deslauriers subió a su casa, el empleado no soltó a Frédéric; le comprometió incluso a comprar el retrato. En efecto, Pellerin, desesperando de intimidarle, los había embaucado para que animasen a Frédéric a aceptar la cosa.

Deslauriers volvió a hablar del asunto, insistió, las pretensiones del artista eran razonables.

—Yo estoy seguro de que, quizá, por quinientos francos...

—¡Ah!, ¡dáselos!, toma, aquí los tienes —dijo Frédéric.

La misma tarde le llevaron el cuadro. Le pareció más abominable aún que la primera vez. Las medias tintas y las sombras habían tomado color plomizo por los excesivos retoques, y parecían todavía más oscurecidas en relación con las luces, que, permaneciendo brillantes aquí y allí, desentonaban en el conjunto.

Frédéric se vengó de haberlo pagado denigrándolo amargamente. Deslauriers le creyó bajo palabra y aprobó su conducta, pues seguía ambicionando constituir una falange de la cual él sería jefe; algunos hombres gozan obligando a hacer a sus amigos cosas que les

desagradan.

Entretanto, Frédéric no había vuelto a casa de los Dambreuse. Le faltaba el dinero. Tendría que dar muchas explicaciones, no llegaba a decidirse. ¿Tal vez tenía razón? Nada estaba seguro en aquel momento, el negocio de las hullas no más que ningún otro; había que abandonar semejante mundo; por fin, Deslauriers lo desligó de la empresa. A fuerza de odio se volvía virtuoso; y además prefería que Frédéric siguiese en la mediocridad. De esta manera continuaba siendo su igual, y en relación más íntima con él.

El encargo de la señorita Roque había sido mal ejecutado. Su padre le escribió, dándole las explicaciones más precisas, y terminaba su carta con esta broma: «aunque le suponga un trabajo de negros».

Frédéric no tenía más remedio que volver a casa de Arnoux. Subió a la tienda y no vio a nadie. Como el negocio se estaba hundiendo, los empleados imitaban la incuria del patrón. Recorrió la larga estantería, llena de lozas que ocupaba de una punta a otra el centro del piso; después, una vez que llegó al fondo, delante del mostrador, caminó más fuerte para que le oyeran.

Levantada la cortina de la puerta, apareció Mme. Arnoux.

—¡Cómo, usted aquí! —dijo ella.

Vio su pañuelo cerca del escritorio, y adivinó que ella había bajado a ver a su marido, a enterarse de algo, a aclarar, sin duda, algún problema que le preocupaba.

—Pero... ¿quizá necesita usted algo? —dijo ella.

—Una cosa de nada, señora.

—¡Estos empleados son insoportables! Nunca están en su sitio.

No había que censurarlos. Al contrario, él se felicitaba de la circunstancia.

Ella lo miró con ironía.

—Bueno, ¿y esa boda?

—¿Qué boda?

—¡La suya!

—¿Yo?, ¡ni soñarlo!

Ella hizo un gesto negativo.

—¿Si ocurriera eso, después de todo? Nos refugiamos en la mediocridad cuando desesperamos de alcanzar lo bello que hemos soñado.

—Sin embargo, todos sus sueños no eran tan cándidos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Cuando se paseaba en las carreras, con personas...

Él maldijo a la Mariscal. Le vino a la mente un recuerdo:

—Pero si fue usted misma quien me pidió que la viera, en beneficio de Arnoux.

Ella replicó moviendo la cabeza.

—Y usted aprovechó para divertirse.

—¡Dios mió, dejemos todas esas tonterías!

—Es natural, ya que va usted a casarse.

Y se mordía los labios conteniendo la respiración. Entonces, él dijo:

—¡Le repito que no!, ¿puede usted creer que yo, con mis exigencias intelectuales, mis hábitos, vaya a enterrarme en provincias para jugar a las cartas, vigilar a los albañiles y pasearme en zuecos? ¿Con qué finalidad, entonces? Le han contado que era rica, ¿verdad?, ¡Ah!, yo me río del dinero. Es que después de haber deseado todo lo que hay de más bello, de más tierno, de más encantador, una especie de paraíso bajo forma humana, y cuando por fin lo he encontrado, ese ideal, cuando esa visión me oculta todas las demás...

Y, tomándole la cabeza con las dos manos, se puso a besarla en los párpados, repitiendo:

—¡No! ¡No!, ¡no!, ¡nunca me casaré!, ¡jamás!, ¡jamás!

Ella aceptaba estas caricias, paralizada por la sorpresa y por el arrebato.

La puerta de la tienda sobre la escalera volvió a cerrarse. Ella dio un salto; y permanecía con la mano extendida, como para pedirle silencio. Se acercaron unos pasos. Luego alguien dijo fuera:

—¿Está la señora?

—¡Pase!

Mme. Arnoux apoyaba el codo en el mostrador y hacía girar una pluma entre sus dedos, tranquilamente, cuando el tenedor de libros descorrió la cortina:

Frédéric se levantó.

—Señora, tengo el honor de saludarla. El servicio estará preparado, ¿verdad? ¿Puedo contar con eso?

Ella no contestó nada. Pero esta complicidad silenciosa encendió su cara con todos los rubores del adulterio.

Al día siguiente, Frédéric volvió a su casa, le recibieron; y, a fin de consolidar las ventajas adquiridas, inmediatamente, sin preámbulos, comenzó por justificarse del encuentro en el Champ de Mars. Sólo por casualidad se había encontrado con aquella

mujer. Admitiendo que fuese guapa (lo cual no era cierto), ¿cómo podría ocupar su pensamiento, ni siquiera un minuto, siendo así que él amaba a otra?

—¡Usted bien lo sabe, se lo he dicho!

Mme. Arnoux bajó la cabeza.

—¡Siento mucho que me lo haya dicho!

—¿Por qué?

—El decoro más elemental exige ahora que no vuelva a verle más.

El protestó de la inocencia de su amor. El pasado debía garantizarle el porvenir; se había jurado a sí mismo no perturbar su existencia, no importunarle con sus lamentos.

—Pero ayer mi corazón se desbordaba.

—No debemos pensar más en aquel momento, amigo mío.

Sin embargo, ¿qué mal habría en que dos pobres criaturas compartiesen juntos su tristeza?

—Porque tampoco usted es feliz. ¡Oh!, la conozco, usted no tiene a nadie que satisfaga sus necesidades de afecto, de entrega; yo la obedeceré en todo. No la ofenderé... se lo juro.

Y se dejó caer de rodillas, a pesar suyo, abatido por un gran peso interior.

—¡Levántese! —dijo ella—. Se lo ordeno.

Y le declaró imperiosamente que, si no obedecía, no la volvería a ver más.

—¡Ah!, le apuesto a que no lo hace —replicó Frédéric—. ¿Qué tengo que hacer en el mundo? Los demás se afanan por la riqueza, la fama, el poder. Yo no tengo posición, usted es mi ocupación exclusiva, mi único bien, el centro de mi existencia, de mis pensamientos. La necesito para vivir tanto como el aire que respiro. ¿No siente la aspiración de mi alma subir hacia la suya, y que ambas deben confundirse, y que me muero por ello?

Mme. Arnoux se echó a temblar con todos sus miembros.

—¡Oh!, ¡márchese!, ¡se lo ruego!

La expresión descompuesta de su cara le detuvo. Después dio un paso. Pero ella retrocedía con las manos juntas:

—¡Por Dios, déjeme!, ¡por favor!

Frédéric la quería tanto que salió.

Pronto se encolerizó consigo mismo, se declaró un imbécil, y veinticuatro horas después volvió.

La señora no estaba. Él se quedó en el rellano de la escalera, aturdido de furor y de

indignación. Apareció Arnoux y le informó de que su mujer, aquella misma mañana, había ido a instalarse en una casita de campo que alquilaban en Auteuil, pues ya no poseían la de Saint-Cloud.

—¡Es otro de sus caprichos! ¡En fin, ya que le gusta!, y a mí también, por lo demás; tanto mejor. ¿Cenamos juntos esta noche?

Frédéric alegó un asunto urgente, luego corrió a Auteuil.

Mme. Arnoux dejó escapar un grito de alegría. Entonces todo el rencor de Frédéric se desvaneció.

Él no le habló de su amor. Para inspirarle más confianza, se mostró incluso reservado; y cuando le preguntó si podía volver, ella respondió: «Pues claro», alargándole la mano, que retiró casi inmediatamente.

Desde entonces, Frédéric multiplicó sus visitas. Prometía al cochero grandes propinas. Pero a menudo la lentitud del caballo le impacientaba, se apeaba del coche; después, sin aliento, se subía a un ómnibus; ¡y con qué desdén observaba las caras de la gente sentada enfrente de él, y que no iban a casa de ella!

Reconocía de lejos su casa por una madreselva enorme que cubría por un solo lado las maderas del tejado; era una especie de chalet suizo pintado de rojo, con un balcón exterior. En el jardín había tres viejos castaños, y en el centro, sobre un montículo, un quitasol de paja sostenido por un tronco de árbol. Bajo la pizarra de las paredes, una gran cepa mal atada colgaba de trecho en trecho, como un cable podrido. La campanilla de la verja, un poco dura de tirar, prolongaba su carillón, y tardaban mucho tiempo en acudir. Cada vez experimentaba una angustia, un miedo indefinido.

Después oyó crujir sobre la arena las pantuflas de la criada; o bien era Mme. Arnoux la que se presentaba en persona. Un día la sorprendió de espaldas cuando estaba agachada ante el césped buscando violetas.

El mal carácter de su hija la había obligado a internarla en un colegio de monjas. El chiquillo pasaba la tarde en una escuela. Arnoux hacía prolongadas comidas en el Palais Royal, con Regimbart y el amigo Compain. Ningún latoso podía sorprenderlos.

Se daba por descontado que no debían entregarse el uno al otro. Este acuerdo, que les protegía del peligro, facilitaba sus expansiones afectivas.

Ella le contó su vida anterior, en Chartres, en casa de su madre; su inclinación religiosa hacia los doce años; después su pasión por la música, cuando en su habitación, desde donde se descubrían las murallas, se quedaba cantando hasta la noche. Él le contó sus momentos de melancolía en el colegio, y cómo en su cielo poético resplandecía un rostro de mujer, de tal modo que, al verla por primera vez, la había reconocido.

Estos discursos no abarcaban, habitualmente, más que los años durante los cuales se

habían frecuentado. Él le recordaba detalles insignificantes, el color de su vestido en tal época, qué persona había ido aquel día a su casa, lo que ella había dicho en otra ocasión; y respondía toda maravillada:

—¡Sí, me acuerdo!

Sus gustos, sus juicios, eran los mismos. Con frecuencia aquel de los dos que escuchaba al otro exclamaba:

—¡Yo también!

Después, eran las interminables quejas a la Providencia:

—¿Por qué el cielo no lo ha querido? ¡Si nos hubiéramos conocido!...

—¡No!, yo un poco más viejo.

Y se imaginaban una vida toda de amor, tan fecunda para llenar las más grandes soledades, que sobrepasara todas las alegrías, que desafiara todas las miserias, donde el tiempo se habría disuelto en una continua expansión de sí mismo, y que tendría algo tan resplandeciente y elevado como el palpitar de las estrellas.

Casi siempre estaban al aire libre en lo alto de la escalera; las copas de los árboles que amarilleaban por el otoño adquirían la forma de pezón delante de ellos, de modo desigual, hasta la pálida extremidad del cielo; o bien iban hasta el final de la avenida, a un pabellón que tenía por todo mobiliario un canapé de tela gris. Manchas negras ensuciaban el espejo; las paredes exhalaban un olor a moho; pero ellos se quedaban allí, encantados hablando de sí mismos, de los demás, de cualquier cosa. A veces, los rayos del sol, atravesando la celosía, tendían desde el techo hasta encima de las baldosas como las cuerdas de una lira, y las partículas de polvo se arremolinaban en aquellas franjas luminosas. Ella se entretenía en partirlas con la mano; Frédéric se la cogía suavemente; y contemplaba el trazo de sus venas, los granos de su piel, la forma de sus dedos. Cada uno de sus dedos era, para él, más que una cosa, casi una persona.

Ella le dio sus guantes, la semana siguiente su pañuelo, le llamaba «Frédéric», él le llamaba «Marie», pues adoraba aquel nombre hecho a propósito, decía, para ser suspirado en el éxtasis, y que parecía contener nubes de incienso, alfombras de rosas.

Llegaron a fijar por anticipado el día de sus visitas; y, caminando como al azar, ella le salía al encuentro por la carretera.

Ella no hacía nada por excitar su amor, perdida como estaba en esa despreocupación que caracteriza las grandes felicidades. Durante toda la temporada llevó una bata de casa de seda oscura, ribeteada de terciopelo del mismo color, amplia, que iba con la languidez de sus actitudes y su fisonomía seria. Por otra parte, se acercaba a su pleno apogeo como mujer, época a la vez de reflexión y de ternura, en la que la madurez que comienza pone en la mirada una llama más profunda, cuando la fuerza del corazón se funde con la

experiencia de la vida, y cuando al final de su desarrollo el ser completo desborda de riquezas en la armonía de su belleza. Nunca se había mostrado más dulce, más indulgente. Segura de no caer en falta, se entregaba a un sentimiento que le parecía como un derecho adquirido a fuerza de pesadumbres. Por lo demás, ¡todo aquello era tan bueno y tan nuevo!, ¡qué abismo entre la tosquedad de Arnoux y los apasionamientos de Frédéric!

Él temía perder con una palabra todo lo que creía haber ganado, diciéndose que se puede encontrar otra ocasión, pero que nunca se repara una imprudencia.

Él quería que ella se entregara y no conquistarla. La seguridad de su amor le deleitaba como un anticipo de la posesión, y además el encanto de su persona le trastornaba el corazón más que los sentidos. Era una placidez indefinida, una embriaguez tal que olvidaba hasta la posibilidad de una felicidad absoluta. Lejos de ella, unas ansias furiosas le devoraban.

Pronto hubo en sus diálogos grandes intervalos de silencio. A veces, una especie de pudor sexual les hacía enrojecer uno delante del otro. Todas las precauciones para ocultar su amor lo revelaban; cuanto más fuerte se hacía, más se contenía en sus maneras. A fuerza de practicar tal mentira su sensibilidad se exasperó. Gozaban deliciosamente del olor de las hojas húmedas, sufrían por el viento del este, se irritaban sin motivo, tenían presagios fúnebres; un ruido de pasos, el estallido de un revestimiento de madera les causaban unos espantos como si ellos hubieran tenido la culpa; se sentían empujados hacia un abismo, un ambiente tempestuoso los envolvía; y cuando a Frédéric se le escapaban quejas, ella se acusaba a sí misma.

—¡Sí!, obro mal, parezco una coqueta, no venga más.

Él repetía los mismos juramentos, que ella escuchaba siempre con placer.

El regreso de Frédéric a París y los problemas del día de Año Nuevo suspendieron un poco sus entrevistas. Cuando volvió, mostró unas actitudes más atrevidas. Ella salía cada minuto a dar órdenes, y recibía, a pesar de los ruegos de él, a todos los paisanos que iban a verla. Hablaban de Leótade, del señor Guizot, del Papa, de la insurrección de Palermo y del banquete de la XII Circunscripción, el cual despertaba preocupaciones. Frédéric se desahogaba despotricando contra el poder; pues deseaba, como Deslauriers, un cambio total, de tan amargado que estaba ahora. Mme. Arnoux, por su parte, se ponía taciturna, melancólica.

Su marido, prodigando las extravagancias, sostenía a una obrera de la fábrica, a la que llamaban «la Bordelesa». Mme. Arnoux en persona se lo dijo a Frédéric. Él quería sacar de aquí un argumento «Ya que la engañaban».

—¡Oh!, eso me trae sin cuidado —dijo ella.

Esta declaración le pareció consolidar completamente la intimidad entre ellos. ¿Arnoux desconfiaba?

—No, ahora no.

Ella le contó que una tarde él los había dejado a solas frente a frente, después había vuelto, había escuchado detrás de la puerta, y, como los dos hablaban de cosas indiferentes, desde entonces, él vivía en una seguridad plena.

—Con razón, ¿verdad? —dijo amargamente Frédéric.

—Sí, sin duda.

Ella hubiera hecho mejor no pronunciando semejante palabra.

Un día no estaba en casa a la hora en que él acostumbraba a ir. Para él, esto fue como una traición.

Se enfadó enseguida al ver que las flores que le llevaba seguían puestas en un vaso de agua.

—¿Dónde quiere que estén?

—¡Oh, ahí, no! Además, ahí están menos frescas que sobre su corazón.

Algún tiempo después, él le reprochó haber estado en los Italianos la víspera sin avisarle. Otros la habían visto, admirado, amado tal vez; Frédéric se aferraba a sus sospechas únicamente para regañarla, atormentarla; pues comenzaba a odiarla, y lo menos que podía pretender era hacerle cargar con una parte de sus sufrimientos.

Una tarde a mediados de febrero la sorprendió muy agitada. Eugène se quejaba de dolor de garganta. El doctor había dicho, sin embargo, que no era nada, un fuerte catarro, la gripe. Frédéric se extrañó del aspecto excitado del niño. Tranquilizó a su madre, sin embargo; citó como ejemplo a varios niños de su edad que acababan de pasar afecciones semejantes y se habían curado enseguida.

—¿De veras?

—Pues sí, desde luego.

—¡Qué bueno es usted!

Y ella le cogió la mano. Él la estrechó con la suya.

—¡Oh, suéltela!

—¿Qué importa, puesto que es al consolador a quien se la ofrece? Usted confía en mí para estas cosas, y duda de mí cuando le hablo de amor.

—Yo no dudo, mi pobre amigo.

—¿Por qué esa desconfianza, como si fuera un miserable capaz de engañar...? ¡Si al menos tuviera una prueba!...

—¿Qué prueba?

—La que se daría al primero en llegar, la que usted me concedió a mí mismo.

Y le recordó que una vez habían salido juntos en un atardecer de invierno, con un tiempo de niebla. Aquello quedaba ahora muy lejos. ¿Quién le impedía presentarse de su brazo delante de todo el mundo, sin temor por su parte, sin segunda intención por parte de él, no habiendo a su alrededor nadie que los importunase?

—¡Está bien! —dijo ella con una valentía de decisión que al primer instante dejó estupefacto a Frédéric.

Pero éste replicó vivamente:

—¿Quiere usted que la espere en la esquina de las calles Trochet y la Ferme?

—¡Pero, por Dios, amigo mío! —baluceaba Mme. Arnoux.

Sin darle tiempo a reflexionar, él añadió:

—El martes próximo, por ejemplo.

—El martes.

—Sí, entre las dos y las tres.

—Allí estaré.

Y volvió la cara, la cabeza, haciendo un gesto de vergüenza. Frédéric la besó suavemente en la nuca.

—¡Oh!, eso no está bien —dijo ella—. Usted me haría arrepentirme.

Él se apartó, temiendo las mudanzas del carácter femenino. Después, en la puerta, murmuró suavemente, como cosa bien convenida:

—Hasta el martes.

Ella bajó sus bellos ojos de una manera discreta y resignada.

Frédéric tenía un plan.

Esperaba que, gracias a la lluvia o al sol, pudieran detenerse en una puerta y, una vez allí, conseguir que entrase en la casa. Lo difícil era encontrar una adecuada.

Se puso a buscar, y, hacia la mitad de la calle Trochet, leyó de lejos: «Pisos amueblados». El encargado, comprendiendo la intención, le enseñó enseguida, en el entresuelo, una habitación y un saloncito con dos salidas. Frédéric lo alquiló por un mes, y pagó por adelantado.

Después fue a tres tiendas a comprar los perfumes más raros; se procuró un trozo de imitación de guipur para sustituir el espantoso cubrepies de algodón rojo, escogió un par de pantuflas de raso azul; sólo el temor de parecer ordinario le moderó en sus compras; volvió con ellas; y con más devoción que los que levantan altares al Santísimo

Sacramento, cambió los muebles de sitio, colocó él mismo las cortinas, puso brezos en la chimenea, violetas sobre la cómoda; habría preferido cubrir de oro la habitación. «Es mañana», se decía, «sí mañana, no estoy soñando». Y sentía latir fuertemente su corazón bajo el delirio de la esperanza; después, cuando todo estuvo a punto, se guardó la llave en el bolsillo como si la felicidad que dormía allá hubiese podido escaparse.

En casa, le esperaba una carta de su madre.

«¿Por qué una ausencia tan larga? Tu conducta empieza a parecer ridícula. Comprendo que, en una cierta medida, hayas vacilado ante esta unión; sin embargo, reflexiona».

Y le precisaba las cosas: cuarenta y cinco mil libras de renta. Por lo demás, «se hablaba de ello». Y el señor Roque esperaba una respuesta definitiva. En cuanto a la joven, su postura era verdaderamente embarazosa. «Ella te quiere mucho».

Frédéric arrojó la carta sin terminarla, y abrió la otra, un billete de Deslauriers.

Querido amigo,

La pera está madura. Según tu promesa, contamos contigo. Nos reuniremos mañana temprano en la Plaza del Panteón. Entra en el café Soufflot. Tengo que hablarte antes de la manifestación.

—¡Oh!, las conozco, sus manifestaciones. ¡Muchas gracias! Tengo una cita más agradable.

Y, al día siguiente, a las once, Frédéric ya había salido. Quería echar un último vistazo a los preparativos; pues, quién sabe, por casualidad, ella podía anticiparse. Al salir de la calle Tronchet, oyó detrás de la Magdalena un gran clamor; se adelantó y vio en el fondo de la plaza, a la izquierda, gente de guardapolvos y burgueses.

En efecto, un manifiesto publicado en los periódicos había convocado en aquel lugar a todos los firmantes del banquete reformista. El Ministerio, casi inmediatamente, había fijado una proclamación prohibiéndola. La víspera por la tarde, la oposición parlamentaria había renunciado a ella; pero los patriotas, que ignoraban esta resolución de los jefes, habían acudido a la cita, seguidos por un gran número de curiosos. Una delegación de las escuelas se había dirigido inmediatamente a ver a Odilon Barrot. Se encontraba en Asuntos Exteriores; y no se sabía si se celebraría el banquete, si el Gobierno ejecutaría su amenaza, si la guardia nacional haría acto de presencia. Estaban resentidos con los diputados tanto como con el poder. La muchedumbre iba aumentando, cuando de pronto vibraron en el aire los sonos del estribillo de *La Marsellesa*.

Era la columna de los estudiantes que llegaba. Caminaban al paso en dos filas, ordenadamente, con aspecto irritado, las manos libres y gritando a intervalos:

«¡Viva la Reforma! ¡Abajo Guizot!».

Los amigos de Frédéric estaban allí, por supuesto. Iban a avisarle y a llevársele con

ellos. Él se refugió rápidamente en la calle de l'Arcade.

Después de dar dos vueltas a la Magdalena, bajaron hacia la Plaza de la Concorde. Estaba llena de gente; y la muchedumbre apretada parecía de lejos un campo de espigas negras que se movían a un lado y a otro.

En el mismo momento, soldados de infantería se dispusieron en orden de combate, a la izquierda de la iglesia.

Los grupos, entretanto, estaban estacionados. Para acabar con ellos, agentes de policía, de paisano, detenían a los más revoltosos y los llevaban brutalmente al puesto de policía. Frédéric, a pesar de su indignación, no abrió la boca; habrían podido detenerle con los otros y habría faltado a la cita con Mme. Arnoux.

Poco tiempo después aparecieron cascos de los municipales. Se abrían paso dando golpes de sable a su alrededor. Un caballo se desplomó; corrieron a socorrerlo, y, cuando el jinete estuvo de nuevo en la silla, todos huyeron.

Entonces hubo un gran silencio. La lluvia fina que había mojado el asfalto había cesado. Las nubes iban desapareciendo, barridas suavemente por el viento del oeste.

Frédéric empezó a recorrer la calle Tronchet, mirando delante y detrás de él.

Por fin dieron las dos.

«¡Ah!, ¡es ahora! —se dijo—, está saliendo de casa, se acerca —y un minuto después —: Habría tenido tiempo de llegar». Hasta las tres trató de calmarse. «No, no está retrasada; un poco de paciencia».

Y, como estaba desocupado, examinaba las escasas tiendas: un librero, un guarnicionero, una tienda de ropa de luto. Pronto conoció todos los títulos de los libros, todos los arneses, todas las telas. Los comerciantes, a fuerza de verlo pasar y volver a pasar, se extrañaron al principio, después se asustaron y cerraron sus escaparates.

Sin duda, ella tenía algún impedimento, y también sufría por esto. Pero, qué alegría poco después. Porque iba a ir por descontado. «¡Me lo ha prometido!». Entretanto, una angustia insoportable se apoderaba de él.

Por una reacción absurda, volvió al hotel, como si hubiera podido encontrarla allí. En el mismo instante, quizá llegaba ella a la calle. Se echó fuera. ¡Nadie! Y comenzó de nuevo a pasearse por la acera.

Se fijaba en las grietas de los adoquines, las bocas de los canalones, los números encima de las puertas. Los objetos más insignificantes se convertían para él en compañeros, o más bien espectadores irónicos; y las fachadas regulares de las casas le parecían despiadadas. Tenía frío en los pies. El ruido de sus pasos le resonaba en el cerebro.

Cuando vio que eran las cuatro en su reloj sintió como un vértigo, un espanto. Trató de

repetirse versos, calcular cualquier cosa, inventar una historia. ¡Imposible!, la imagen de Mme. Arnoux le obsesionaba. Tenía ganas de correr a su encuentro. Pero, ¿qué camino tomar para no cruzarse?

Abordó a un recadero, le metió en la mano cinco francos, y le encargó que fuese a la calle Paradis, a casa de Jacques Arnoux, a preguntar al portero «si la señora estaba en casa». Después se plantó en la esquina de la calle de La Ferme y la calle Tronchet, de manera que veía simultáneamente en las dos. Al fondo de la perspectiva, en el bulevar, pasaban unas masas confusas. Distinguía a veces las plumas de un dragón, un sombrero de mujer; y ponía en tensión sus pupilas para reconocerla. Un niño harapiento que enseñaba una marmota en una caja le pidió limosna sonriendo.

El hombre de la chaqueta de pana reapareció. «El portero no la había visto salir.» ¿Quién la retenía? ¿Si estuviera enferma, lo habrían dicho! ¿Era una visita? Nada más fácil que no recibir. Se dio una palmada en la frente.

«¡Ah!, ¡qué tonto soy! ¡Es el motín!». Esta expresión natural le alivió. Después, de pronto: «Pero su barrio está tranquilo». Y una duda espantosa le asaltó. «¿Si no llegara a venir, si su promesa no fuera más que una palabra para eliminarme?» ¡No! ¡no! Lo que le impedía, sin duda, era un azar extraordinario, uno de esos acontecimientos que desbaratan toda previsión. En este caso, habría escrito. Y envió al mozo de hotel a su domicilio, calle Rumfort, para saber si había alguna carta.

No habían llevado ninguna carta. Esta falta de noticias le tranquilizó.

Del número de monedas tomadas al azar en la mano, de la fisonomía de los transeúntes, del color de los caballos, sacaba presagios; y, cuando el augurio era contrario, se esforzaba por no creer en él. En sus accesos de furor contra Mme. Arnoux, la injuriaba a media voz. Después, debilidades como para desmayarse alternaban con renuevos de esperanza. Estaba por llegar. Estaba allí, a su espalda. Él se volvía, ¡nada! Una vez percibió, a una distancia de treinta pasos, a una mujer de la misma talla, con el mismo vestido. La alcanzó; ¡no era ella!, ¡Llegaron las cinco!, ¡las cinco y media!, ¡las seis! Encendían las farolas de gas. Mme. Arnoux no había ido.

La noche anterior, ella había soñado que estaba en la acera de la calle Tronchet hacía mucho tiempo. Esperaba allí algo indeterminado, importante, sin embargo, y, sin saber por qué, tenía miedo de ser vista. Pero un maldito perrito, que la perseguía insistentemente, le mordisqueaba los bajos del vestido. Se obstinaba en volver, ladrando cada vez más fuerte. Mme. Arnoux se despertó. El ladrido del perro continuaba. Aguzó el oído. Procedía de la habitación de su hijo. Se precipitó en ella descalza. Era precisamente el niño, que padecía un ataque de tos. Tenía las manos ardiendo, la cara roja y la voz extrañamente ronca. La dificultad de respiración se acrecentaba por minutos. Ella se quedó hasta que se hizo de día, acostada a su lado, observándolo.

A las ocho, el tambor de la guardia nacional fue a avisar al señor Arnoux que sus

camaradas lo esperaban. Se vistió rápidamente y se fue, prometiendo pasar inmediatamente a avisar al médico, el señor Colot. A las diez el señor Colot no había llegado. Mme. Arnoux mandó a su doncella. El doctor estaba de viaje en el campo, y el joven que le sustituía giraba visita a sus enfermos.

Eugène reposaba su cabeza de lado sobre la almohada frunciendo continuamente el entrecejo y dilatando las aletas de la nariz; su pobre carita estaba más blanca que las sábanas; y de su laringe se escapaba un silbido producido por cada inspiración, cada vez más corta, seca y como metálica. Su tos se parecía al ruido de esos mecanismos bárbaros que hacen ladrar a los perros de cartón.

A Mme. Arnoux le entró un miedo espantoso. Se echó sobre las campanillas pidiendo socorro a gritos:

—¡Un médico!, ¡un médico!

Diez minutos después llegó un viejo señor de corbata blanca y patillas grises bien recortadas. Hizo muchas preguntas sobre las costumbres, edad y temperamento del pequeño enfermo, luego examinó su garganta, le auscultó la espalda y escribió una receta. El aspecto tranquilo de aquel buen hombre se le hacía insoportable. Olía a embalsamamiento. Daban ganas de pegarle. Dijo que volvería por la tarde.

Pronto volvieron los horribles accesos de tos. Por momentos el niño se incorporaba de pronto. Unos movimientos convulsivos le sacudían los músculos del pecho, y, al inspirar, el vientre se le hundía como si estuviese sofocado después de una carrera. Después volvía a caer con la cabeza hacia atrás y la boca completamente abierta. Con infinitas precauciones Mme. Arnoux intentaba hacerle tragar el contenido de los frascos de jarabe de ipecacuana, una poción expectorante. Pero el niño rechazaba la cuchara gimiendo con una voz débil, con palabras que eran como alientos.

De vez en cuando, ella releía la receta. Las observaciones del formulario la asustaban; y quizá el farmacéutico se había equivocado. Su impotencia la desesperaba. Llegó el discípulo del señor Colot.

Era un joven de aspecto modesto, nuevo en el oficio, y que no ocultó su impresión. Al principio se quedó indeciso, por miedo a comprometerse, y, por fin, prescribió la aplicación de trocitos de hielo. Tardaron mucho en encontrarlo. La vejiga que los contenía se rompió. Hubo que cambiarle la camisa al enfermito. Todo este trastorno provocó un nuevo acceso de tos más terrible todavía.

El niño empezó a arrancar las ropas de su cuello, como si hubiera querido retirar el obstáculo que le ahogaba, y rascaba la pared, agarraba las cortinas de su camita, buscando un punto de apoyo para respirar. Su cara estaba ahora azulada, y todo su cuerpo, empapado de sudor frío, parecía adelgazar. Su mirada extraviada se clavaba aterrorizada en su madre. Le echaba los brazos alrededor del cuello, se colgaba de ella de manera desesperada; y, ahogando sus sollozos, ella balbuceaba palabras tiernas:

—¡Sí, amor mío, ángel mío, tesoro mío!

Después venían momentos de calma.

Fue a buscarle juguetes, un polichinela, una colección de cromos, y los puso sobre la cama para distraerle. Incluso intentó cantar.

Comenzó una canción que le cantaba antaño, cuando lo mecía mientras le ponía los pañales sobre aquella misma silla tapizada. Pero todo su cuerpo tembló como una ola movida por el viento; los globos de sus ojos se le salían de las órbitas; ella creyó que iba a morir, y volvió la cabeza para no verlo.

Un instante después tuvo el valor de mirarlo. Seguía con vida. Las horas se sucedieron pesadas, tristes, interminables, desesperantes; y ella ya no contaba los minutos más que pendiente de la evolución de aquella agonía. Las sacudidas de su pecho le echaban hacia adelante como para romperlo en pedazos; por fin, vomitó algo que parecía un rollo de pergamino. ¿Qué era aquello? Ella se imaginaba que había devuelto un pedazo de sus entrañas. Pero respiraba holgadamente, normal. Esta apariencia de mejoría le asustó más que todo el resto; seguía petrificada, los brazos colgando, los ojos fijos, cuando apareció el señor Colot. Según él, el niño estaba salvado.

Ella no comprendió al principio, y pidió que le repitiese la frase. ¿No era uno de los consuelos que los médicos acostumbran a dar? El doctor se marchó con aire tranquilo. Esto fue para ella como si las cuerdas que le apretaban el corazón se hubiesen desatado.

—¡Salvado! ¿Es posible?

De pronto, la idea de Frédéric le vino a la mente de una manera clara e inexorable. Era un aviso de la Providencia. Pero el señor, en su misericordia, no había querido castigarla por completo. ¡Cuánto habría tenido que expiar más tarde si hubiera perseverado en aquel amor! Sin duda cargarían a su hijo con las culpas de ella; y Mme. Arnoux lo vio joven, herido en una refriega, transportado en una camilla, moribundo. De un salto se precipitó de rodillas sobre la sillita y con todas sus fuerzas, elevando el alma al cielo, ofreció a Dios, como un holocausto, el sacrificio de su primera pasión, de su única debilidad.

Frédéric había vuelto a casa. Permanecía en su sillón, sin tener siquiera la fuerza de maldecirla. Le entró una especie de sueño; en medio de su pesadilla, oía caer la lluvia y continuaba creyendo que estaba allí en la acera.

Al día siguiente, por una última bajeza, envió otro recadero a casa de Mme. Arnoux.

Y a porque el saboyano no hiciese bien el recado, ya porque ella tuviese muchas cosas que decir para explicarse con una palabra, se llevó la misma respuesta. La insolencia era demasiado fuerte. Una cólera de orgullo se apoderó de él. Juró no tener ya más ni siquiera un deseo; y su amor desapareció como hojarasca arrastrada por un huracán. Experimentó un alivio, una alegría estoica, luego una necesidad de acciones violentas; y se fue sin rumbo por las calles.

Pasaban hombres de los suburbios, armados de fusiles, de viejos sables, algunos de ellos iban tocados con gorros rojos, y todos cantaban *La Marsellesa* o *Los girondinos*. Aquí y allí, un guardia nacional se daba prisa para alcanzar su ayuntamiento. A lo lejos resonaban los tambores. Luchaban en la puerta Saint-Martin. Había en el ambiente algo jovial, belicoso. Frédéric seguía caminando. La agitación de la gran ciudad le infundía alegría.

A la altura de Frascati vio las ventanas de la Mariscala; se le ocurrió una locura, una reacción de juventud. Atravesó el bulevar.

Estaban cerrando la puerta de los coches; y Delphine, la doncella, que escribía sobre la puerta con un carbón: «Armas entregadas», le dijo vivamente:

—¡Ah!, la señora está hecha una lástima. Esta mañana ha despedido a su botones, que la insultaba. Creo que van a pillar por todas partes. Revienta de miedo, tanto más cuanto que el señor ha salido.

—¿Qué señor?

—El Príncipe.

Frédéric entró en el saloncito. La Mariscala se presentó en refajo, el pelo suelto, descompuesto.

—¡Ah!, ¡gracias!, vienes a salvarme, es la segunda vez, tú nunca pides recompensas.

—¡Mil perdones! —dijo Frédéric estrechándole la cintura con las dos manos.

—¡Cómo!, ¿qué haces? —balbuceó la Mariscala, sorprendida y a la vez contenta por estas maneras.

Él contestó:

—Soy la moda, me pongo al día.

Ella se dejó caer de espaldas en el diván y no cesaba de reír con sus besos.

Pasaron la tarde mirando desde la ventana al pueblo en la calle. Después, él la llevó a cenar a los Trois-Frères-Provengaux. La cena fue larga, delicada. Como no había coches, regresaron a pie.

A la noticia de un cambio de gobierno, París había cambiado. Todo el mundo saltaba de júbilo; la gente paseaba por las calles; en todas las casas había farolillos encendidos que alumbraban como en pleno día. Los soldados volvían tranquilamente a sus cuarteles, agotados, con aire triste. Los saludaban gritando: «¡Viva la infantería!». Ellos seguían su camino sin responder. En la guardia nacional, al contrario, los oficiales, rojos de entusiasmo, blandían sus sables vociferando: «¡Viva la reforma!», y esta frase, cada vez que la oían hacía reír a los dos amantes. Frédéric bromeaba, estaba muy alegre.

Por la calle Duphot llegaron a los bulevares. Farolillos venecianos, colgados en las

casas, formaban guirnaldas de fuego. Un hormigueo confuso se agitaba por debajo, en medio de aquella sombra; en algunos sitios, brillaban blancuras de bayonetas. Había una gran algarabía. La muchedumbre estaba demasiado compacta, el regreso directo era imposible, y entraban en la calle Caumartin cuando, de pronto, estalló detrás de ellos un ruido semejante al crujido de una inmensa pieza de seda que se rasga. Era la descarga de fusilería del bulevar de las Capucines.

—¡Ah!, están matando a algunos burgueses —dijo Frédéric tranquilamente, pues hay situaciones en las que el hombre menos cruel está tan despegado de los demás que vería perecer al género humano sin alterarse lo más mínimo.

La Mariscalá, colgada de su brazo, castañeteaba los dientes. Se declaró incapaz de caminar veinte pasos más. Entonces, en un extremo refinamiento del odio, para ultrajar más en su alma a Mme. Arnoux, llevó a Rosanette al hotel de la calle Tronchet, al alojamiento preparado para la otra.

Las flores estaban marchitas. El guipur estaba extendido sobre la cama. Sacó del armario las pequeñas pantuflas. Rosanette encontró muy delicadas tantas atenciones.

Hacia la una, la despertaron lejanos redobles; y ella lo vio sollozar con la cabeza hundida en la almohada.

—¿Qué tienes, amor mío?

—Es un exceso de felicidad —dijo Frédéric—. Hacía mucho tiempo que te deseaba.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

El ruido de una descarga de fusil lo arrancó bruscamente de su sueño, y a pesar de los insistentes ruegos de Rosanette, Frédéric quiso a toda costa ir a ver lo que pasaba. Bajaba los Campos Elíseos, de donde habían salido los disparos. En la esquina de la calle Saint-Honoré, hombres de guardapolvos se cruzaron con él gritando:

—¡No!, ¡por ahí no!, ¡al Palacio Real!

Frédéric los siguió. Habían arrancado las verjas de la Asunción. Más lejos vio tres adoquines en medio de la calle, el comienzo de una barricada, sin duda, después cascos de botellas y gran cantidad de alambre para impedir el paso a la caballería; cuando, de pronto, salió disparado de una callejuela un joven alto, pálido, de pelo negro que le cubría los hombros y una especie de camiseta de lunares de color. Empuñaba un largo fusil de soldado y corría sobre la punta de sus pantuflas, con aire de sonámbulo y ligero como un tigre. De vez en cuando se oían disparos.

La tarde anterior, el espectáculo de la carreta con cinco cadáveres recogidos entre los del bulevar des Capucines había excitado al pueblo; y mientras que en las Tullerías se presentaban uno tras otro los ayudantes de campo, y el señor Molé, encargado de formar un nuevo gobierno, no acababa de regresar, y el señor Thiers trataba de componer otro, y el Rey daba pena, vacilaba, luego confiaba a Bugeaud el mando general para impedirle que se sirviese de él, la insurrección, como si estuviera dirigida por un solo brazo, se organizaba formidablemente. Hombres de una elocuencia frenética arengaban a la muchedumbre en las esquinas de las calles; otros en las iglesias tocaban a rebato las campanas al vuelo; fundían plomo; cargaban cartuchos; los árboles de los bulevares, los urinarios públicos, los bancos, las verjas, las farolas, todo fue arrasado, derribado; París, por la mañana, estaba cubierto de barricadas. No hubo mucha resistencia; por todas partes la guardia nacional se interponía; de modo que, a las ocho, el pueblo, de buen grado o a la fuerza, era dueño de cinco cuarteles, de casi todas las alcaldías, de los puntos estratégicos claves. Por su propio peso, sin sacudidas, la monarquía se disolvía rápidamente; y ahora atacaban el puesto de Château d'Eau, para liberar a cincuenta presos, que en realidad no estaban allí.

Frédéric tuvo que pararse a la entrada de la plaza. Grupos armados la llenaban. Compañías de infantería ocupaban las calles Saint-Thomas y Fromanteau. Una enorme

barricada tapaba la calle de Valois. La columna de humo que se balanceaba en su cresta se entreabrió y dejó ver a unos hombres que corrían por encima haciendo grandes gestos, luego desaparecieron, después se repitieron las descargas. El puesto de guardia respondió sin que se viese a nadie dentro; sus ventanas, protegidas por contraventanas de roble, estaban horadadas por troneras; y el edificio con sus dos pisos, sus dos alas, su fuente en el primero y su pequeña puerta en el centro, empezaba a cubrirse de las manchas blancas de los disparos. Su escalinata de tres escalones seguía vacía.

Al lado de Frédéric, un hombre de gorro griego, que llevaba una cartuchera por encima de su chaqueta de punto, discutía con una mujer tocada con un pañuelo de colores. Ella le decía:

—¡Pero vuélvete!, ¡vuélvete!

—¡Déjame tranquilo! —contestaba el marido—. Bien puedes vigilar la portería tú sola. Ciudadano, ¿qué le parece?, ¿es justo? He cumplido mi deber en todas partes, en 1830, en el 32, en el 34, en el 39. Hoy toca luchar. ¡Tengo que pelear! ¡Vete!

Y la portera acabó por ceder a sus razones y a las de un guardia nacional, que estaba cerca de ellos, cuarentón, de cara bonachona, adornada por una sotabarba rubia. Cargaba su arma y tiraba, sin dejar de conversar con Frédéric, tan tranquilo en medio del motín como un horticultor en su huerta. Un joven en delantal basto le engatusaba para conseguir cartuchos, a fin de utilizar un fusil, una bella carabina de caza que la había dado «un señor».

—Ponte detrás de mí —le dijo el burgués—; y apártate. Te van a matar.

Los tambores anunciaban la carga. Subían al aire gritos agudos, hurras de triunfo. Un alboroto continuo hacía mover a la multitud. Frédéric, aprisionado entre dos masas profundas, no podía moverse; por otra parte, estaba fascinado y se divertía de modo extraordinario. Los heridos que caían, los muertos tendidos, no parecían auténticos heridos, auténticos muertos. Le parecía estar asistiendo a un espectáculo.

En medio de la marejada por encima de las cabezas se vio a un anciano, de traje negro sobre un caballo blanco, con silla de terciopelo. Con una mano sostenía un ramo verde, con la otra un papel, y los agitaba con empeño. Por fin, desesperando de conseguir que le escucharan, se retiró.

La infantería había desaparecido y quedaban solos los municipales para defender el puesto. Una oleada de intrépidos se precipitó sobre la escalinata; cayeron abatidos, acudieron otros; y la puerta, sacudida por golpes de barra de hierro, resonaba; los municipales no cedían. Pero una calesa cargada de heno, que ardía como una antorcha gigante, fue arrastrada hasta las paredes. Rápidamente llevaron haces de leña, paja, un barril de alcohol. El fuego se propagó a lo largo de las piedras; el edificio empezó a echar humo por todas partes como una solfatara y de entre los balaústres de la terraza, en la cima, salían grandes llamas con un ruido estridente. El primer piso del Palacio Real estaba

lleno de guardias nacionales. De todas las ventanas de la plaza salían disparos; las balas silbaban; el agua de la fuente que había reventado se mezclaba con la sangre, hacía charcos en el suelo; se resbalaba en el barro sobre ropas, charcos, armas. Frédéric sintió bajo su pie algo blando; era la mano de un sargento con capote gris, caído, con la cara en el arroyo. Seguían llegando nuevos refuerzos de gente del pueblo, que empujaban a los combatientes hacia el puesto. La descarga se hacía más de prisa. Los vendedores de vino tenían abierto; allí acudían de vez en cuando a fumar una pipa, a beber una jarra, luego volvían a la lucha. Un perro perdido aullaba. Esto hacía reír.

Frédéric se tambaleó al chocar con un hombre que, herido por una bala en los riñones, le cayó sobre su hombro con los estertores de la muerte. Este golpe, que tal vez iba para él, le puso furioso y avanzaba resuelto cuando un guardia nacional lo paró.

—¡Es inútil!, el Rey acaba de marchar. ¡Ah!, si no me cree, vaya a ver.

Aquella noticia calmó a Frédéric. La plaza del Carroussel tenía un aspecto tranquilo. El hotel de Nantes seguía en pie, solitario; y las casas que había detrás, la cúpula del Louvre enfrente, la larga galería de madera a la derecha y el solar que seguía en ondulaciones hasta los puestos de vendedores ambulantes estaban como ahogados en el color gris del aire, en el que lejanos murmullos parecían confundirse con la bruma, mientras que, en el otro extremo de la plaza, una luz cruda que entraba por un claro de las nubes, iluminando la fachada de las Tullerías, destacaba el perfil blanco de todas sus ventanas. Cerca del Arco del Triunfo había un caballo muerto tendido en el suelo. Detrás de las verjas charlaban grupos de cinco o seis personas. Las puertas del castillo estaban abiertas, los criados que había a la puerta dejaban entrar.

En una salita de la planta baja había servidas tazas de café con leche. Algunos curiosos se sentaron a la mesa, de broma; otros permanecían de pie, entre ellos, un cochero de simón. Cogió con las dos manos un tarro lleno de azúcar en polvo, echó una mirada impaciente a derecha e izquierda y se puso a comer vorazmente metiendo la nariz en el frasco. Al pie de la gran escalinata, un hombre escribía su nombre en un registro. Frédéric lo reconoció por detrás.

—¡Hombre, Hussonnet!

—¡Pues sí! —respondió el bohemio—. Me introduzco en la Corte. Una bella comedia. ¿Eh?

—¿Si subiéramos?

Y llegaron a la sala de los Mariscales. Los retratos de aquellos ilustres personajes, salvo el de Bugeaud, que tenía una puñalada en el vientre, estaban todos intactos. Se apoyaban en su sable, una cureña detrás de ellos, y en actitudes temibles que no iban con la circunstancia. Un gran reloj de péndulo marcaba la una y veinte.

De pronto resonaron las notas de *La Marsellesa*. Hussonnet y Frédéric se asomaron a

la rampa. Era el pueblo. Se precipitó por la escalera agitando en oleadas de vértigo cabezas descubiertas, cascos, gorros rojos, bayonetas y hombreras, con tal fuerza que la gente desaparecía en aquella masa hormigueante que seguía subiendo como un río contenido por una marea de equinoccio, con un mugido prolongado, bajo un impulso irresistible. En lo alto de la escalera se dispersó y el canto decayó.

Ya no se oían más que los pisoteos de todos los zapatos con el chapoteo de las voces, la muchedumbre inofensiva se contentaba con mirar. Pero, de vez en cuando, un codo demasiado apretado echaba abajo un cristal, o bien un jarrón, una estatuilla saltaban de una consola al suelo. El revestimiento de madera, prensado, reventaba. Todas las caras estaban rojas, chorreando de sudor; Hussonnet hizo esta observación:

—¡Los héroes no huelen bien!

—¡Ah!, está usted provocador —replicó Frédéric.

Y empujados, a su pesar, entraron en una habitación con un dosel de terciopelo rojo que llegaba al techo. En el trono, por debajo, estaba sentado un proletario de barba negra, la camisa entreabierta, el aspecto risueño y estúpido como un monigote. Otros subían al estrado para sentarse en su sitio.

—¡Qué mito! —dijo Hussonnet—. Ahí tenemos al pueblo soberano.

El sillón fue levantado sobre la punta de los dedos y atravesó toda la sala balanceándose.

—¡Caramba!, ¡cómo se balancea! La nave del Estado se bambolea sobre un mar tempestuoso. ¡Baila, baila, el cancán!

Lo habían acercado a una ventana y, en medio de silbidos, lo lanzaron.

—¡Pobre viejo! —dijo Hussonnet al verlo caer en el jardín; allí lo recogieron rápidamente para pasearlo hasta la Bastilla, donde lo quemaron.

Entonces estalló una alegría frenética como si, en el trono vacío, hubiese aparecido una promesa de felicidad ilimitada; y el pueblo, menos por venganza que por afirmar su posesión, rompió espejos y cortinas, arañas, candelabros, mesas, sillas, taburetes, todos los muebles, incluso álbumes de dibujo y hasta canastillas bordadas. Ya que habían salido victoriosos, había que divertirse. La chusma se disfrazó bufonamente con encajes y cachemires. Franjas doradas se envolvieron en las bocamangas de los guardapolvos, sombreros de plumas de avestruz adornaban las cabezas de los herreros, cintas de la Legión de Honor servían de cinturones a las prostitutas. Cada cual satisfacía sus caprichos; unos bailaban, otros bebían. En la cámara de la reina, una mujer ponía brillantina en sus bandos; detrás de un biombo dos aficionados jugaban a las cartas; Hussonnet mostró a Frédéric un individuo que fumaba su pipa con los codos apoyados en un balcón; y el delirio redoblaba su estruendo continuado de porcelanas rotas y trozos de cristal que sonaban, al rebotar, como lengüetas de armónica.

Después, el furor se fue apagando. Una curiosidad obscena hizo registrar todos los gabinetes, todos los recovecos, abrir todos los cajones. Unos presidarios metieron sus brazos en los lechos de las princesas y se revolcaban encima consolándose de no poder violarlas. Otros, de caras más siniestras, iban de un lado para otro en silencio buscando algo que robar; pero había demasiada gente. Por los huecos de las paredes no se veía en la hilera de los salones más que la oscura masa del pueblo entre los dorados, bajo una nube de polvo. Todos los pechos jadeaban; el calor se hacía cada vez más sofocante; los dos amigos, por miedo a asfixiarse, salieron.

En la antesala, de pie sobre un montón de vestidos, estaba una mujer pública en actitud de estatua de la Libertad, inmóvil, los ojos desorbitados, que producía espanto.

Habían dado tres pasos fuera cuando se les acercó un pelotón de guardias municipales con capote, quienes, quitándose sus gorras de policía y descubriendo a la vez sus cabezas un poco calvas, saludaron al pueblo en voz muy baja. Ante este testimonio de respeto, los vencedores andrajosos se pavonearon. Hussonnet y Frédéric tampoco dejaron de experimentar un cierto placer.

Un ardor les animaba. Se volvieron al Palacio Real. Delante de la calle Fromanteau había cadáveres de soldados amontonados encima de paja. Pasaron impasibles a su lado, incluso orgullosos de mostrar dominio de sí mismos.

El palacio rebosaba de gente. En el patio interior ardían siete hogueras. Tiraban por las ventanas pianos, cómodas y relojes de péndulo. Bombas de incendio escupían agua hasta los tejados. Algunos golfos trataban de cortar tubos con sus sables. Frédéric aconsejó a un alumno de la Escuela Politécnica que interviniese. El estudiante no comprendió, parecía imbécil además. Todo alrededor, en las dos galerías, el populacho, dueño de las bodegas, se entregaba a una horrible orgía. El vino corría a raudales, mojaba los pies, los gamberros bebían en culos de botellas y vociferaban algo ininteligible.

—¡Vámonos de aquí! —dijo Hussonnet—, este pueblo me da asco.

A todo lo largo de la galería de Orleans había heridos tendidos en el suelo sobre colchones, cubiertos con cortinas púrpura; y pequeñas burguesas del barrio les llevaban caldos, ropas.

—¡No importa! —dijo Frédéric—, yo encuentro al pueblo sublime.

El gran vestíbulo estaba lleno de un torbellino de gente furiosa, algunos hombres querían subir a los pisos superiores para acabar de destruirlo todo; guardias nacionales en las escaleras se esforzaban en contenerlos. El más intrépido era un cazador, con la cabeza descubierta, el pelo revuelto, el correaje a pedazos. La camisa le hacía un rodete entre el pantalón y la cazadora, y se debatía entre los otros con empeño. Hussonnet, que tenía la vista aguda, reconoció de lejos a Arnoux.

Después alcanzaron el jardín de las Tullerías para respirar más a gusto. Se sentaron en

un banco; y permanecieron durante unos minutos con los ojos cerrados, tan atolondrados que ni tenían fuerzas para hablar. Los que pasaban a su alrededor se les acercaban. La duquesa de Orléans había sido nombrada regente; todo había terminado; y se sentía esa especie de bienestar que sigue a los desenlaces rápidos, cuando en cada una de las buhardillas del palacio aparecieron criados rasgándose los trajes de librea. Los tiraban en el jardín en señal de abjuración. El pueblo los abucheó. Ellos se retiraron.

La atención de Frédéric y de Hussonnet vino a distraerla un mocetón que caminaba de prisa entre los árboles, con un fusil al hombro. Una cartuchera le ceñía a la cintura su guerrera roja, por debajo de la gorra envolvía su frente un pañuelo. Volvió la cabeza. Era Dussardier; y echándose en brazos de sus amigos:

—¡Ah, qué alegría, amigos! —sin poder decir nada más, jadeante como estaba de gozo y de fatiga.

Desde hacía cuarenta y ocho horas estaba de pie. Había trabajado en las barricadas del barrio Latino, se había presentado después en la Cámara, luego en el Ayuntamiento.

—¡Vengo de allí!, ¡todo marcha bien!, ¡el pueblo triunfa!, ¡los obreros y los burgueses se abrazan! ¡Ah, si supierais lo que he visto!, ¡qué buena gente!, ¡qué hermoso es esto!

Y sin darse cuenta de que no tenía armas:

—Estaba muy seguro de encontraros aquí. Ha habido un momento duro, no importa — una gota de sangre le resbalaba por la mejilla y, a las preguntas de los otros dos:

—¡Oh!, ¡no es nada!, el rasguño de la bayoneta.

—Habrá que curarlo, no obstante.

—¡Bah!, ¡soy fuerte!, ¿qué importa eso? Se ha proclamado la República, ahora seremos felices. Unos periodistas que charlaban hace un momento delante de mí decían que van a liberar a Polonia y a Italia. No más reyes, ¿comprenden? ¡Toda la Tierra libre!, ¡toda la Tierra libre!

Y abrazando el horizonte con una sola mirada, abrió los brazos en una actitud de triunfo. Pero una larga fila de hombres corría sobre la terraza, a orillas del agua.

—¡Ah!, ¡caramba!, me olvidaba. Los fuertes están ocupados. Tengo que ir allí. ¡Adiós! Se volvió para gritarles al tiempo que blandía su fusil:

—¡Viva la República!

De las chimeneas del palacio salían enormes torbellinos de humo negro que llevaban chispas. El repique de las campanas a lo lejos semejaba balidos de espanto. A derecha e izquierda, por todas partes, los vencedores descargaban sus armas. Frédéric, aunque no era guerrero, sintió hervir su sangre gala. El magnetismo de las muchedumbres entusiastas le había ganado. Aspiraba voluptuosamente el aire de tempestad, lleno de olor a pólvora; y entretanto se estremecía bajo los efluvios de un inmenso amor, de una ternura suprema y

universal, como si el corazón de la humanidad entera hubiese golpeado en su pecho.

Hussonnet dijo bostezando:

—Sería el momento, quizá, de ir a comunicárselo al pueblo.

Frédéric le siguió a su oficina de corresponsal, en la plaza de la Bolsa; y empezó a componer para el diario de Troyes un reportaje de los acontecimientos en estilo lírico, una auténtica pieza, que firmó. Después cenaron juntos en una taberna. Hussonnet estaba pensativo; las excentricidades de la revolución sobrepasaban las suyas.

Después del café, cuando fueron al Ayuntamiento para saber noticias, su natural travieso se había destapado. Escalaba las barricadas como un gamo y respondía a los centinelas con chistes patrióticos.

A la luz de las antorchas oyeron la proclamación del Gobierno Provisional. Por fin, a media noche, Frédéric, deshecho de cansancio, regresó a casa.

—Bueno —dijo a su criado que le estaba ayudando a desvestirse—: ¿estás contento?

—Sí, sin duda, señor. Pero lo que no me gusta es ese pueblo que camina a compás.

Al día siguiente, cuando se despertó, Frédéric pensó en Deslauriers. Corrió a su casa. El abogado acababa de salir, pues lo habían nombrado comisario en provincias. La víspera por la tarde había llegado hasta Ledru-Rollin e, insistiéndole en nombre de las Escuelas, le había arrancado un puesto, una misión. Por lo demás, decía el portero, debía escribir la semana siguiente para dar sus señas.

Después de lo cual, Frédéric se fue a ver a la Mariscalá. Lo recibió agriamente, pues le reprochaba su abandono. Su rencor se desvaneció con las reiteradas promesas de paz. Ahora todo estaba tranquilo, ninguna razón para tener miedo. Él la abrazaba; y ella se declaró a favor de la República, como ya lo había hecho el señor arzobispo de París, y como se disponían a hacerlo con presteza de celo maravilloso la Magistratura, el Consejo de Estado, el Instituto, los mariscales de Francia, Changarnier, el señor de Falloux, todos los bonapartistas, todos los legitimistas y un número considerable de orleanistas.

La caída de la monarquía había sido tan brusca que, pasado el primer momento de estupefacción, los burgueses casi se asombraban de seguir viviendo. La ejecución sumaria de algunos ladrones, fusilados sin juicio, pareció una cosa muy justa. Se repitió durante un mes la frase de Lamartine sobre la bandera roja, que no había dado más que la vuelta al Champ de Mars, mientras que la bandera tricolor, etc., etc.; y todos se ampararon a su sombra, no viendo cada partido de los tres colores más que el suyo, y prometiéndose, cuando fuera el más fuerte, desplazar a los otros dos.

Como las actividades públicas estaban suspendidas, la inquietud y la curiosidad sacaban a todo el mundo de casa. El descuido del atuendo atenuaba las diferencias sociales, el odio se ocultaba, las esperanzas se manifestaban, la muchedumbre estaba llena

de amabilidad. El orgullo de un derecho conquistado brillaba en los rostros. Circulaba una alegría de carnaval, aires de vivaque; nada tan divertido como el aspecto de París los primeros días.

Frédéric llevaba del brazo a la Mariscalá; y se paseaban juntos por las calles. Ella se reía de las escarapelas que decoraban todos los ojales, de los estandartes colgados en todas las ventanas, de los carteles de todos los colores fijados en las paredes y echaba aquí y allí algunas monedas en las cajas para los heridos, puestas sobre una silla, en medio de la calle. Después se paraba delante de las caricaturas que representaban a Luis Felipe como pastelero, saltimbanqui, perro, sanguijuela. Pero los hombres de Caussidière, con su sable y su bandolera, le asustaban un poco. Otras veces era un árbol de la Libertad que plantaban. Los señores eclesiásticos participaban en la ceremonia, bendición de la República, escoltados por servidores con galones dorados; y la multitud encontraba esto muy bien. El espectáculo más frecuente era el de las delegaciones de cualquier cosa, que iban a reclamar algo al Ayuntamiento, pues cada oficio, cada industria esperaba del gobierno la solución radical a su miseria. Algunos, es cierto, iban a verle para aconsejarle o felicitarle, o simplemente para hacerle una pequeña visita y ver cómo funcionaba la máquina.

Hacia mediados de marzo, un día que atravesaba el puente de Arcóle, yendo a hacer un recado a Rosanette en el barrio Latino, Frédéric vio adelantarse una columna de individuos con sombreros raros, largas barbas. A la cabeza, tocando el tambor, marchaba un negro, un antiguo modelo de taller, y el hombre que llevaba el estandarte sobre el cual flotaba al viento esta inscripción: «Artistas Pintores», no era otro que Pellerin.

Hizo señas a Frédéric de que le esperase, luego reapareció cinco minutos después, pues tenía mucho tiempo por delante, ya que el gobierno recibía en aquel momento a los canteros. Él iba con sus colegas a reclamar la creación de un Foro del Arte, una especie de Bolsa en la que se debatirían los intereses de la Estética; se producirían obras sublimes, pues los trabajadores pondrían en colaboración su genio. París se vería pronto cubierto de monumentos gigantescos; él los decoraría; incluso había comenzado una figura de la República. Uno de sus camaradas fue a recogerle, pues detrás de ellos iba la delegación de comerciantes de aves.

—¡Qué tontería! —refunfuñó una voz entre la muchedumbre—. ¡Siempre de broma! ¡Nada en serio!

Era Regimbart. No saludó a Frédéric, pero aprovechó para desahogar su amargura.

El Ciudadano se pasaba el día vagabundeando por las calles, estirándose el bigote, mirando a todas partes, recibiendo y propagando noticias lúgubres; y no tenía más que dos frases: «Tened cuidado, nos van a desbordar», o bien, «¡Pero rediez, nos están escamoteando la República!». Estaba descontento de todo y particularmente de que no hubiéramos reconquistado nuestras fronteras naturales. Sólo oír nombrar a Lamartine le

hacía encogerse de hombros. Le parecía que Ledru-Rollin no estaba a la altura de las circunstancias, trató a Dupont (del Eure) de viejo zopenco, a Albert de idiota, a Louis Blanc de utópico, a Blanqui de hombre sumamente peligroso; y cuando Frédéric le preguntó lo que habría habido que hacer, le contestó apretándole el brazo como para triturarlo:

—¡Tomar el Rin, le digo, tomar el Rin!, ¡caramba!

Después acusó a la reacción.

Esta se estaba desenmascarando. El saqueo de los palacios de Neuilly y de Suresnes, el incendio de Batignolles, los disturbios de Lyon, todos los excesos, todas las quejas, las exageraban ahora, añadiéndoles la circular de Ledru-Rollin, el curso forzoso de los billetes de banco, la renta que había bajado a sesenta francos, por fin, como iniquidad suprema, como golpe de gracia, para colmo de horror, el impuesto de los cuarenta y cinco céntimos. Y por encima de todo esto estaba el socialismo. Aunque estas teorías, tan nuevas como el juego de la oca, habían sido desde hacía cuarenta años suficientemente debatidas como para llenar bibliotecas, espantaron a los burgueses como una lluvia de aerolitos; y se indignaron en virtud de ese odio que provoca el advenimiento de toda idea como tal, execración de la que saca después su gloria, y que hace que sus enemigos estén siempre por debajo de ella, por mediocre que pueda ser.

Entonces la Propiedad creció en estima al nivel de la Religión y se confundió con Dios. Los ataques que le dirigían parecieron sacrilegios, casi antropofagia. Aunque nunca hubo legislación más humana, el espectro del 93 reapareció, y la cuchilla de la guillotina vibró en todas las sílabas de la palabra República; lo cual no impedía que a la institución la despreciaran por su debilidad. Francia, sintiéndose ya sin dueño, se puso a gritar de espanto, como un ciego sin bastón, como un crío que ha perdido a su niñera.

De todos los franceses el que más temblaba era el señor Dambreuse. El nuevo estado de cosas amenazaba su fortuna, pero sobre todo era un duro golpe a su experiencia. Un sistema tan bueno, un rey tan prudente. ¿Cómo era posible? Se iba a hundir la tierra. Al día siguiente despidió a tres criados, vendió sus caballos, se compró para salir a la calle un sombrero flexible, pensó incluso en dejarse crecer la barba; y permanecía en casa, abatido, alimentándose amargamente con los periódicos más hostiles a sus ideas, y tan taciturno que las bromas sobre la pipa de Flocon ni siquiera tenían la fuerza de arrancarle una sonrisa.

Como había apoyado el régimen anterior, temía las venganzas del pueblo en sus propiedades de la Champaña, cuando las teorías de Frédéric cayeron en sus manos. Entonces se imaginó que su joven amigo era un personaje muy influyente y que podía si no servirle, al menos defenderle; de modo que una mañana el señor Dambreuse se presentó en su casa acompañado de Martinon.

Esta visita no tenía otro fin, dijo, que verle un poco y conversar. Por encima de todo,

se alegraba de los acontecimientos y adoptaba con toda el alma «nuestra sublime divisa»: Libertad, Igualdad, Fraternidad, pues en el fondo siempre había sido republicano. Si en el otro régimen votaba con el Ministerio, era simplemente para acelerar una caída inevitable. Incluso se encolerizó contra el señor Guizot, «que nos ha metido en un buen fregado, hay que reconocerlo». Por el contrario, admiraba mucho a Lamartine, que se había mostrado magnífico, «palabra de honor, cuando a propósito de la bandera roja...».

—Sí, ya lo sé —dijo Frédéric.

Después de lo cual declaró su simpatía por los obreros.

—Pues, en fin, más o menos, todos somos obreros —y llevaba su imparcialidad hasta el extremo de reconocer que Proudhon tenía lógica—. ¡Oh!, ¡mucha lógica!, ¡demonios! —después, con la desenvoltura de una inteligencia superior, habló de la exposición de pintura donde había visto el cuadro de Pellerin. Lo encontraba original, muy acabado.

Martinon acogía todas estas palabras con signo de aprobación; también él pensaba que había que unirse francamente a la República, y habló de su padre, labrador; tomaba actitudes de campesino, de hombre del pueblo. Pronto llegaron a hablar de elecciones a la Asamblea Nacional y de los candidatos en el distrito de la Fortelle. El de la oposición no tenía posibilidades.

—Usted debería ocupar su puesto —dijo el señor Dambreuse.

Frédéric exclamó:

—Pero, ¿por qué? —puesto que él obtendría los votos de los ultras, en vista de sus opiniones, el de los conservadores, por su familia.

—Y quizá también —añadió el banquero sonriendo—, gracias un poco a mi influencia.

Frédéric objetó que no sabría cómo desenvolverse. Nada más fácil, bastaba hacerse recomendar a los patriotas del Aube por un club de la capital. Se trataba de leer, no una profesión de fe como todos los días, sino una exposición seria.

—Hablemos de esto; sé lo que conviene en la localidad.

Y usted podría, le repito, prestar grandes servicios al país, a todos nosotros, a mí mismo.

En los tiempos que corren debíamos ayudarnos mutuamente y, si Frédéric necesitara alguna cosa, él o sus amigos...

—¡Oh!, mil gracias, querido señor.

—A cambio de algo, por supuesto.

El banquero era un buen hombre, decididamente. Frédéric no pudo por menos de reflexionar sobre su consejo; y pronto le deslumbró una especie de vértigo.

Las grandes figuras de la Convención desfilaron ante sus ojos. Le pareció que iba a nacer una nueva aurora. Roma, Viena, Berlín estaban amotinadas, los austríacos expulsados de Venecia; toda Europa se agitaba. Era la ocasión de lanzarse al movimiento, de acelerarlo quizás; y además él estaba seducido por el traje que se decía iban a llevar los diputados. Se veía ya con chaleco de solapas, con un cinturón tricolor; y este prurito, esta alucinación se hizo tan fuerte que se confió a Dussardier.

El entusiasmo del bravo mozo no era menor.

—¡Desde luego, preséntese!

Frédéric, sin embargo, consultó a Deslauriers. La oposición idiota, que ponía trabas al comisario en su provincia, había hecho subir su liberalismo. Inmediatamente le envió exhortaciones violentas.

Sin embargo, Frédéric necesitaba contar con un mayor apoyo; y encargó la cosa a Rosanette un día que se encontraba allí la señorita Vatnaz.

Era una de esas solteras parisinas que, cada tarde, después de haber dado sus lecciones, o intentado vender pequeños dibujos, colocar pobres manuscritos, vuelven a sus casas con barro en sus faldas, preparan la cena, cenan completamente solas, después, con los pies sobre una estufilla, a la luz de una sucia lámpara, sueñan con un amor, una familia, un hogar, la fortuna, todo lo que les falta. Por eso, como muchas otras, ella había saludado en la Revolución el advenimiento de la venganza; y se entregaba a una propaganda socialista desenfranaada.

La liberación del proletario, según la Vatnaz, no era posible más que por la liberación de la mujer. Ella quería que la admitiesen en todos los empleos, la investigación de la paternidad, otro código, la abolición o al menos «una reglamentación del matrimonio más inteligente». Entonces cada francesa estaría obligada a casarse con un francés o a adoptar a un viejo. Las amas de cría y las comadronas había que hacerlas funcionarías con sueldo del Estado; tenía que haber un jurado para examinar las obras de las mujeres, editores especiales para las mujeres, una escuela politécnica para las mujeres, una guardia nacional para las mujeres, ¡todo para las mujeres! Y, ya que el gobierno no reconocía sus derechos, ellas debían vencer la fuerza con la fuerza. Diez mil ciudadanas, con buenos fusiles, podían hacer temblar el Ayuntamiento.

La candidatura de Frédéric le pareció favorable a sus ideas. Ella le animó, mostrándole un horizonte de gloria. Rosanette se alegró de tener un hombre que hablase en la Cámara.

—Y después te darán, quizás, un buen puesto.

Frédéric, hombre de todas las flaquezas, se dejó conquistar por la locura universal. Escribió un discurso y fue a mostrárselo al señor Dambreuse.

Al ruido de la gran puerta que volvía a cerrarse, se entreabrió una cortina detrás de una ventana; apareció una mujer. No tuvo tiempo de reconocerla; pero, en la antesala, le llamó

la atención un cuadro, el cuadro de Pellerin, colocado sobre una silla, sin duda provisionalmente.

Representaba la República, o el Progreso o la civilización bajo la figura de Jesucristo conduciendo una locomotora que atravesaba una selva virgen. Frédéric, después de contemplarlo durante un minuto, exclamó:

—¡Qué infamia!

—¿No es cierto; eh? —dijo el señor Dambreuse, que había aparecido al oír estas palabras e imaginándose que se refería, no a la pintura, sino a la doctrina glorificada por el cuadro. Martinon llegó en el mismo momento. Pasaron al salón; y Frédéric sacaba un papel del bolsillo cuando la señorita Cécile, que entró de pronto, articuló con aire ingenuo:

—¿Está aquí mi tía?

—Ya sabes que no —replicó el banquero—. ¡No importa!, haga como si estuviera usted en su casa, señorita.

—¡Oh!, gracias, me voy.

Apenas salió, Martinon fingió buscar su pañuelo.

—Lo he olvidado en mi paleta, discúlpeme.

—Bien —dijo el señor Dambreuse.

Evidentemente, no se dejó engañar por esta maniobra e incluso parecía favorecerla. ¿Por qué? Pero pronto reapareció Martinon, y Frédéric comenzó su discurso. Desde la segunda página, que señalaba como una vergüenza la preponderancia de los intereses pecuniarios, el banquero hizo una mueca. Después, abordando las reformas, Frédéric pedía la libertad de comercio.

—¿Cómo?... , pero permítame.

El otro no escuchaba, y continuó. Reclamaba el impuesto sobre la renta, el impuesto progresivo, una federación europea, y la instrucción del pueblo, mayores ayudas a las Bellas Artes.

—Aunque el país proporcionara a hombres como Delacroix o Hugo cien mil francos de renta, ¿qué mal habría en ello?

Todo terminaba con consejos a las clases superiores: «¡No ahorréis nada, ricos!, ¡dad!, ¡dad!».

Se puso de pie. Sus dos oyentes sentados no hablaban; Martinon tenía los ojos fuera de las órbitas. El señor Dambreuse estaba todo pálido. Por fin, disimulando su emoción, bajo una amarga sonrisa:

—Es perfecto su discurso —y alabó mucho la forma, para no tener que pronunciarse sobre el fondo.

Esta virulencia de parte de un joven inofensivo le asustaba, sobre todo como síntoma. Martinon trató de tranquilizarle. El Partido Conservador, dentro de poco, se desquitaría ciertamente; en varias ciudades habían echado a los comisarios del gobierno provisional: las elecciones no estaban fijadas hasta el 23 de abril, había tiempo; en resumen, era preciso que el señor Dambreuse en persona se presentase candidato en el Aube; y desde entonces Martinon ya no le dejó, se convirtió en su secretario y le rodeó de cuidados filiales.

Frédéric llegó muy contento de sí mismo a casa de Rosanette. Delmar estaba allí y le dijo que «definitivamente» se presentaba como candidato a las elecciones por el Sena. En un cartel dirigido «al Pueblo», en el que lo tuteaba, el actor presumía de comprenderlo, «él», y de haberse hecho crucificar por el Arte sólo por salvarlo, de modo que él era la encarnación del ideal del pueblo; creyendo, en efecto, tener una influencia enorme sobre las masas hasta proponer más adelante reducir él solo un motín desde un despacho ministerial; y, en cuanto a los medios que emplearía, dio esta respuesta:

—No os asustéis. Bastará con que me miren de frente a la cara.

Frédéric, para mortificarlo, le notificó que él mismo se presentaba candidato. El comediante, desde el momento en que su futuro colega aspiraba a la provincia, se declaró su servidor y se brindó a introducirle en los clubes.

Visitaron todos o casi todos, los rojos y los azules, los furibundos y los tranquilos, los puritanos, los desaliñados, los místicos y los borrachos, aquellos en los que se decretaba la muerte de los reyes, aquellos otros en los que se denunciaban los fraudes de las tiendas de ultramarinos; y, en todas partes, los inquilinos maldecían a los propietarios, el guardapolvos la tomaba con la levita y los ricos conspiraban contra los pobres. Varios querían indemnizaciones como antiguos mártires de la política, otros solicitaban dinero para poner en práctica inventos, o bien se trataba de planes de falansterios, proyectos de bazares cantonales, sistemas de felicidad pública; después, aquí y allí, una chispa de ingenio entre nubes de majaderías, apostrofes súbitos como salpicaduras, el derecho formulado por un juramento y flores de elocuencia en los labios de un patán, que llevaba a pelo la funda de un sable sobre su pecho descamisado. A veces también figuraba un señor, aristócrata de aspecto humilde, diciendo cosas plebeyas, y que no se había lavado las manos para que pareciesen más callosas. Un patriota lo reconocía, los más virtuosos le regañaban; y desahogaba la rabia que tenía en el alma. Para aparentar sensatez, había que seguir denigrando a los abogados, y emplear el mayor número de veces posible estas locuciones: «aportar su piedra al edificio», «problema social», «taller».

Delmar no desperdiciaba las ocasiones de tomar la palabra; y, cuando ya no tenía más que decir, su recurso era plantarse con el puño en la cadera, el otro brazo en el chaleco, y volviéndose de perfil, bruscamente, para hacer resaltar su cabeza. Entonces estallaban aplausos, los de la señorita Vatnaz, en el fondo de la sala.

Frédéric, a pesar de que los oradores eran flojos, no se atrevía a arriesgarse. Toda aquella gente le parecía demasiado inculta o demasiado hostil.

Pero Dussardier se puso a buscar y le anunció que en la calle Saint-Jacques había un club titulado «El Club de la Inteligencia». Semejante nombre infundía esperanzas. Además llevaría a algunos amigos.

Llevó a los que había invitado a su ponche: al tenedor de libros, al representante de vinos, al arquitecto; el propio Pellerin había ido, quizá fuese Hussonnet, y en la acera, delante de la puerta, se encontraba Regimbart con dos individuos, el primero de los cuales era su fiel Compain, un hombre algo rechoncho, picado de viruela, los ojos rojos, y el segundo una especie de mono negro, muy peludo, al que conocía sólo como «un patriota de Barcelona».

Pasaron por una especie de avenida, luego entraron en una gran pieza, utilizada sin duda por un carpintero, y cuyas paredes todavía nuevas olían a cal. Cuatro quinqués colgados paralelamente daban una luz desagradable. Sobre un estrado, al fondo, había una mesa con una campanilla, por debajo una mesa figurando la tribuna y a cada lado otras dos más bajas para los secretarios. El auditorio que llenaba los bancos estaba compuesto por viejos pintorzuelos, vigilantes de internados, hombres de letras inéditos. Sobre aquella fila de paletos con cuellos grasientos se veía de vez en cuando un gorro de mujer o el guardapolvos de un obrero. Por el contrario, el fondo de la sala estaba lleno de obreros, que habían acudido por estar desocupados o porque los habían llevado los oradores para que les aplaudiesen.

Frédéric tuvo la precaución de situarse entre Dussardier y Regimbart, quien, apenas se hubo sentado, apoyó las dos manos en el bastón, la barbilla sobre sus manos y cerró los ojos, mientras que en el otro extremo de la sala, Delmar, de pie, dominaba la Asamblea.

En la mesa del presidente apareció Sénécal.

El buen dependiente pensaba que esta sorpresa agradaría a Frédéric. Por el contrario, le disgustó.

La muchedumbre daba pruebas de una gran deferencia a su presidente. Era de aquellos que, el 25 de febrero, habían pedido la organización inmediata del trabajo, al día siguiente, en el Prado, se había pronunciado para que atacase al Ayuntamiento y, como cada personaje se regía entonces por un modelo, uno imitaba a Saint-Just, otro a Dantón, otro a Marat, él trataba de parecerse a Blanqui, el cual imitaba a Robespierre. Sus guantes negros y su pelo al cepillo le daban un aspecto rígido muy apropiado.

Abrió la sesión con la declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, acto de fe habitual. Después una voz vigorosa entonó *Los recuerdos del pueblo* de Béranger. Se alzaron otras voces:

—¡No!, ¡no!, ¡eso no!

—¡*La casquette!* —se pusieron a vociferar en el fondo los patriotas. Y cantaron a coro la canción de moda:

¡Fuera sombreros ante mi gorra
de rodillas ante el obrero!

A una palabra del presidente, el auditorio se calló. Uno de los secretarios procedió a abrir la correspondencia.

—Unos jóvenes escriben que todas las tardes, ante el Panteón, queman un número de la *Asamblea Nacional* y animan a todos los patriotas a seguir su ejemplo.

—¡Bravo!, ¡aprobado! —respondió la muchedumbre.

—El ciudadano Jean-Jacques Langreneux, tipógrafo, calle Dauphine, quisiera que se levantase un monumento a la memoria de los mártires de Termidor.

—Miguel-Evariste-Népomucène Vincent, ex profesor, vota por que la democracia europea adopte la unidad de lenguaje. Se podría utilizar una lengua muerta, como, por ejemplo, latín modernizado.

—¡No!, ¡nada de latín! —exclamó el arquitecto.

—¿Por qué? —replicó un vigilante de colegio.

Y aquellos dos señores se enzarzaron en una discusión en la que se mezclaron otros, echando cada cual su palabra para deslumbrar y que no tardó en hacerse tan pesada que muchos se marchaban.

Pero un viejecito, que llevaba en la parte baja de su frente prodigiosamente alta unos lentes verdes, pidió la palabra para una comunicación urgente.

Era una memoria sobre el reparto de los impuestos. Las cifras chorreaban, aquello no tenía trazas de acabar. La impaciencia estalló primero en murmullos, en conversaciones; nada le alteraba. Después empezaron a silbar, llamaban a «Azor»; Sénécal reprendió al público; el orador continuaba como una máquina. Hubo que agarrarle por el codo para pararle. El buen hombre pareció salir de un sueño, y, levantando tranquilamente sus lentes:

—¡Perdón, ciudadanos!, ¡perdón!, ¡me retiro! ¡Mil perdones!

El fracaso de esta lectura desconcertó a Frédéric. Tenía su discurso en el bolsillo, pero habría sido mejor una improvisación.

Por fin, el presidente anunció que iban a pasar al asunto importante, la cuestión electoral. No se discutían las grandes listas republicanas. Sin embargo, «El Club de la Inteligencia» tenía luego el derecho, como otros, a presentar una, «mal que les pese a los señores pachás del Ayuntamiento», y los ciudadanos que pretendían el mandato popular podían exponer sus títulos.

—¡Venga, pues! —dijo Dussardier.

Un hombre de sotana, de pelo rizado, y de fisonomía petulante, ya había levantado la mano. Declaró atropelladamente llamarse Ducretot, ser sacerdote y agrónomo, autor de un libro titulado *Abonos*. Le mandaron a un círculo hortícola.

Después, un patriota de guardapolvos subió a la tribuna. Era un plebeyo, ancho de espalda, cara gruesa muy pacífica y largos cabellos negros. Recorrió la asamblea con una mirada casi voluptuosa, echó la cabeza atrás y, por fin, abriendo los brazos:

—Habéis rechazado a Ducretot, hermanos míos, y habéis hecho bien, pero no es por irreligión, pues todos somos religiosos.

Varios escuchaban con la boca abierta, con aire de catecúmenos y actitudes de éxtasis.

—No es tampoco porque sea sacerdote, pues también nosotros lo somos. El obrero es sacerdote, como lo era el fundador del socialismo, el maestro de todos, Jesucristo.

Había llegado el momento de instaurar el reino de Dios. El Evangelio conducía derechito al 89. Después de la abolición de la esclavitud, la abolición del proletariado. Había pasado la era del odio, iba a comenzar la del amor.

—El cristianismo es la clave de la bóveda, los cimientos del nuevo edificio.

—¿Se está burlando de nosotros? —exclamó el representante de alcoholes—. ¿Qué es lo que me ha dado semejante beato?

Esta interrupción provocó un gran escándalo. Casi todos se subieron a los bancos y, con el puño cerrado, vociferaban: «¡Ateo!, ¡aristócrata!, ¡canalla!», mientras la campanilla del presidente sonaba sin cesar y los gritos de: «¡Orden!, ¡orden!», se repetían. Pero, intrépido y excitado, además, por tres cafés que había tomado antes de ir al club, se debatía en medio de los otros.

—¿Cómo?, ¿yo?, ¿yo un aristócrata?, ¡no me hagan reír!

Por fin, calmados y dispuestos a escucharle, declaró que nunca estarían tranquilos con los sacerdotes, y, ya que hacía poco se había hablado de economía, sería una muy sonada la de suprimir las iglesias, los cozones y finalmente todos los cultos.

Alguien le objetó que iba lejos.

—¡Sí, voy lejos! Pero cuando un barco es sorprendido por la tempestad...

Sin esperar el final de la comparación, otro le respondió:

—¡De acuerdo!, pero demoler todo de un solo golpe, como los albañiles, indiscriminadamente.

—¡Usted está insultando a los albañiles! —vociferó un ciudadano cubierto de yeso; y, empeñado en creer que le habían provocado, vomitó injurias, quería pelearse, se agarraba a su banco. Tres hombres no fueron capaces de echarlo fuera.

Entretanto, el obrero continuaba en la tribuna. Los dos secretarios le advirtieron que se

bajara. Protestó contra el atropello que se le hacía.

—Usted no me impedirá gritar: «¡amor eterno a nuestra querida Francia, amor eterno también a la República!».

—¡Ciudadanos! —dijo entonces Compain—, ¡ciudadanos!

A fuerza de repetir «ciudadanos», una vez conseguido un momento de silencio, apoyó sobre la tribuna sus dos manos rojas, semejantes a muñones, echó el cuerpo hacia adelante, y guiñando los ojos: —Creo que habría que extenderse más ampliamente sobre la cabeza de ternera.

Todos permanecieron en silencio, creyendo que habían oído mal.

—¡Sí!, la cabeza de ternera.

Trescientas risas estallaron a un tiempo. El techo tembló. Delante de todas aquellas caras rebosantes de gozo, Compain se echaba hacia atrás. Continuó en tono furioso.

—¡Cómo!, ¿no conocen la cabeza de ternera?

Hubo un paroxismo, un delirio. Se apretaban las costillas. Hasta algunos rodaban por el suelo, bajo los bancos.

Compain, no aguantando más, se refugió al lado de Regimbart y quería llevárselo consigo.

—¡No!, yo me quedo hasta el final —dijo el Ciudadano.

Esta respuesta decidió a Frédéric; y como buscaba a derecha e izquierda a sus amigos, para que le apoyasen, vio delante de él a Pellerin en la tribuna. El artista adoptó una actitud más bien altiva.

—Quisiera saber dónde está el candidato del arte en todo esto. Yo he hecho un cuadro...

—¡No necesitamos cuadros para nada! —dijo brutalmente un hombre flaco, que tenía manchas rojas en los pómulos.

Pellerin protestó de que le interrumpiesen.

Pero el otro, en un tono trágico:

—¿Es que el gobierno no hubiera debido ya abolir por decreto la prostitución y la miseria?

Y como esta frase le hubiese ganado inmediatamente el furor del pueblo, tronó contra la corrupción de las grandes ciudades.

—¡Vergüenza e infamia! ¡Deberían atrapar a los burgueses al salir de la Maison d'Or y escupirles en la cara! ¡Al menos, si el gobierno no favoreciera el libertinaje! ¡Pero si hasta los empleados de consumo se comportan indecentemente con nuestras hijas y nuestras

hermanas!

Una voz profirió de lejos:

—¡Tiene gracia!

—¡Fuera!

—¡Nos ponen impuestos para saldar el libertinaje! Así, los grandes sueldos de actor...

—¿Va por mí? —gritó Delmar.

Saltó a la tribuna, apartó a todo el mundo, adoptó su pose; y, declarando que despreciaba tan insulsas acusaciones, se extendió sobre la misión civilizadora del acto. Puesto que el teatro era el hogar de la instrucción nacional, él votaba por la reforma del teatro; y, en primer lugar, ¡ni direcciones ni privilegios!

—¡Sí, de ninguna clase!

El trabajo del actor animaba a la multitud y se cruzaban mociones subversivas.

—¡No más Academias! ¡Basta de Instituto!

—¡Fuera el Bachillerato! ¡Abajo las misiones!

—¡Abajo los grados universitarios!

—¡Conservémoslos! —dijo Sénécal—, ¡pero que sean conferidos por sufragio universal, por el pueblo, único juez verdadero!

Lo más útil, por otra parte, no era eso. Primero había que pasar el rasero sobre la cabeza de los ricos. Y los presentó hartándose de crímenes bajo sus techos dorados, mientras que los pobres, retorciéndose de hambre en sus buhardillas, practicaban todas las virtudes. Los aplausos fueron tan fuertes que tuvo que interrumpir su discurso. Durante unos minutos se quedó con los ojos cerrados, la cabeza echada hacia atrás y como meciéndose por encima de aquella cólera que él provocaba.

Luego volvió a hablar de forma dogmática, con frases imperiosas como leyes. El Estado debía apoderarse de la Banca y de los Seguros, las herencias serían abolidas. Se establecería un fondo social para los trabajadores. Muchas otras medidas habría que tomar en el futuro. Por el momento, bastaban aquéllas; y volviendo a las elecciones:

—Necesitamos ciudadanos puros, hombres enteramente nuevos. ¿Quién se presenta?

Frédéric se levantó. Hubo un murmullo de aprobación por parte de sus amigos. Pero Sénécal, poniendo una cara a lo Fouquier-Tinville, empezó a preguntarle acerca de sus apellidos, nombre, antecedentes, vida y costumbres.

Frédéric le contestaba brevemente y se mordía los labios. Sénécal preguntó si alguien veía inconvenientes a esta candidatura.

—¡No!, ¡no!

Pero él los veía. Todos se inclinaron hacia adelante y acercaron el oído. El Ciudadano candidato no había entregado una cierta cantidad prometida para una fundación democrática, un periódico. Además, el 22 de febrero, a pesar de haber sido suficientemente avisado, había faltado a la cita en la plaza del Panteón.

—Juro que estaba en las Tullerías! —exclamó Dussardier.

—¿Puede usted jurar haberlo visto en el Panteón?

Dussardier bajó la cabeza. Frédéric callaba; sus amigos, escandalizados, lo miraban con inquietud.

—Al menos —replicó Sénécal—, ¿conoce usted a un patriota que nos responda de sus principios?

—¡Yo! —dijo Dussardier.

—¡Oh!, ¡esto no basta! ¡Otro!

Frédéric se volvió hacia Pellerin. El artista le respondió con una serie de gestos que significaban:

«¡Ah!, querido, me han rechazado. ¡Diablos!, ¿qué quiere usted?».

Entonces Frédéric empujó con el codo a Regimbart.

—¡Sí! ¡Es verdad! ¡Es el momento!, ¡allá voy!

Regimbart subió al estrado; después, señalando al español que le había seguido:

—¡Permítanme, ciudadanos, que les presente a un patriota de Barcelona!

El patriota hizo un gran saludo, giró como un autómatas sus ojos de plata y con la mano en el corazón:

—Ciudadanos, mucho aprecio el honor que me dispensáis, y si grande es vuestra bondad, mayor es vuestra atención.

—¡Pido la palabra! —exclamó Frédéric.

—Desde que se proclamó la Constitución de Cádiz, ese pacto fundamental de las libertades españolas, hasta la última revolución, nuestra patria cuenta con muchos y heroicos mártires.

Frédéric quiso de nuevo hacerse oír:

—Pero, ciudadanos...

El español seguía.

—El martes próximo tendrá lugar en la iglesia de la Magdalena un servicio fúnebre.

—¡Es absurdo, al fin y al cabo nadie lo entiende!

Esta observación exasperó a la multitud.

—¡Fuera!, ¡fuera!

—¿Quién?, ¿yo? —preguntó Frédéric.

—¡Usted mismo! —dijo majestuosamente Sénecal—. ¡Salga!

Se levantó para salir; y la voz del ibérico le perseguía:

«Y todos los españoles desearían ver allí reunidas las diputaciones de los clubes y de la milicia nacional. Una oración fúnebre, en honor de la libertad española y del mundo entero, será pronunciada por un miembro del clero de París en la sala Bonne-Nouvelle. Honor al pueblo francés, que llamaría yo el primer pueblo del mundo, si no fuese ciudadano de otra nación».

—¡Aristo! —chilló un gamberro, mostrando el puño a Frédéric, que se lanzaba precipitadamente en el patio, indignado.

Se reprochó a sí mismo su entrega, sin pensar que las acusaciones que le habían hecho eran justas, después de todo. ¡Qué fatal idea esta candidatura! Pero ¡qué burros, qué cretinos! Se comparaba con aquellos hombres y se consolaba con su sandez de la herida de su orgullo.

Entonces sintió necesidad de ver a Rosanette. Después de tantas fealdades y de tanta retórica, su gentil persona sería un alivio. Ella sabía que él había tenido que presentarse en un club. Sin embargo, cuando él entró, no le hizo ni una sola pregunta.

Permanecía al lado del fuego, descosiendo el forro de un vestido. Semejante trabajo le sorprendió.

—¡Vaya! ¿Qué estás haciendo?

—Ya lo ves —dijo ella secamente—. Arreglando mis trapos. ¡Es tu República!

—¿Cómo *mi* República?

—¿Es la mía acaso?

Y empezó a reprocharle todo lo que pasaba en Francia desde hacía dos meses, acusándole de haber hecho la revolución, de ser causa de que estuviesen arruinados, de que los ricos abandonasen París, y de que ella tuviese que ir a morir a un hospital.

—A ti esto te trae sin cuidado, con tus rentas. Pero al paso a que va esto, no te van a durar mucho tiempo tus rentas.

—Es posible —dijo Frédéric—, los más sacrificados son siempre los más ignorados; y si uno no tuviese su propia conciencia, los animales con quienes uno se compromete le quitarían las ganas de todo sacrificio.

Rosanette lo miró con las pestañas juntas.

—¿Eh?, ¿cómo?, ¿qué abnegación? ¿El señor no ha tenido éxito, por lo que veo? ¡Mejor!, eso te enseñará a hacer regalos patrióticos. ¡Oh!, ¡no mientas! Sé que les has dado trescientos francos, pues a tu República hay que sostenerla. Pues bien, diviértete con ella, amigo mío.

Bajo esta avalancha de tonterías, Frédéric pasaba de su anterior desencanto a una decepción más pesada.

Se había alejado hasta el fondo de la habitación. Ella se le acercó.

—¡Vamos a ver!, ¡razona un poco! En un país como en una casa, hace falta un amo; de otro modo, cada uno sisa lo que puede. En primer lugar, todo el mundo sabe que Ledru-Rollin está cubierto de deudas. En cuanto a Lamartine, ¿cómo quieres que un poeta entienda de política? ¡Ah!, por más que muevas la cabeza y te creas con más inteligencia que los demás, sin embargo es cierto. Pero tú sigues siendo quisquilloso; no dejas hablar a nadie. Ahí tienes, por ejemplo, a Fournier-Fontaine, de los almacenes de San Roque; ¿sabes a cuánto asciende su déficit? ¡A ochocientos mil francos! Y Gomer, el embalador de enfrente, otro republicano también, que rompía el atizafuegos en la cabeza de su mujer y ha bebido tanto ajeno que van a internarle en un sanatorio psiquiátrico. Todos son por el estilo, tus republicanos. Una República al veinticinco por ciento. ¡Ah! ¡Sí! ¡Ya puedes presumir!

Frédéric se fue. La necedad de aquella chica, que de pronto se destapó con aquel lenguaje plebeyo, le asqueaba. Incluso se volvió a sentir un poco patriota.

El mal humor de Rosanette no hizo más que crecer. La señorita Vatnaz la irritaba por su entusiasmo. Creyéndose investida de una misión, tenía la manía de perorar, de catequizar y, más preparada que su amiga en estas cuestiones, la abrumaba con argumentos.

Un día llegó toda indignada contra Rosanette, que acababa de permitirse indecencias en el club de las mujeres. Rosanette aprobó esta conducta, llegando a decirles que se vestiría de hombre para ir a «decirles cuatro verdades a todas y zurrarlas». En aquel momento entraba Frédéric.

—Tú me acompañarás, ¿verdad?

Y, a pesar de su presencia, siguieron riñendo, la una haciéndose la burguesa, la otra la filósofa.

Según Rosanette, las mujeres habían nacido exclusivamente para el amor o para criar niños, para llevar una casa.

Según la señorita Vatnaz, la mujer debía tener su puesto en el Estado. Antiguamente, las mujeres galas hacían leyes, las anglosajonas también, las esposas de los hurones formaban parte del Consejo. La obra civilizadora era común. Era preciso que todas colaboraran y sustituir por fin el egoísmo por la fraternidad, el individualismo por la

asociación, la especialización por la cultura general.

—¡Bueno, vaya!, que tú entiendes de cultura ahora.

—¿Por qué no? Además, se trata de la humanidad, de su porvenir.

—¡Métete en lo tuyo!

—¡Eso es lo mío!

Se enfadaban. Frédéric se interpuso. La Vatnaz se acaloraba e incluso llegó a defender el comunismo.

—¡Qué tontería! —dijo Rosanette—. ¿Es que algún día podrá llevarse a cabo eso?

La otra citó como ejemplos a los esenios, los hermanos Moravos, los jesuítas del Paraguay, la familia de los Pingons, cerca de Thiers en Auvergne; y, como gesticulaba mucho, la cadena del reloj se le enredó en su paquete de colgarejos a un corderito de oro.

De pronto Rosanette palideció de modo extraordinario.

La señorita Vatnaz continuaba desenredando su *bibelot*.

—No te molestes tanto —dijo Rosanette—; ahora conozco tus opiniones políticas.

—¿Cómo? —replicó la Vatnaz, que se había puesto colorada como una doncella.

—¡Oh!, ¡Oh!, tú me comprendes.

Frédéric no comprendía. Entre ellas, evidentemente, había surgido algo más capital y más íntimo que el socialismo.

—Y aunque fuera eso —replicó la Vatnaz levantándose rápidamente—, es un préstamo, querida, deuda por deuda.

—¡Caramba, yo no niego las mías! ¡Por unos mil francos, bonita historia! Yo pido prestado por lo menos; no robo a nadie.

La señorita Vatnaz hizo un esfuerzo por reír.

—¡Oh!, ¡pondría mi mano en el fuego!

—¡Ten cuidado! ¡Está lo bastante seca para arder!

La vieja le presentó la mano derecha y, manteniéndola levantada, justo en frente de ella:

—¡Pero hay amigos tuyos que la encuentran a su gusto!

—¿Andaluces acaso?, ¡como castañuelas!

—¡Bribona!

La Mariscala hizo un gran saludo.

—Es de lo más encantadora.

La señorita Vatnaz no contestó nada. En sus sienes aparecían gotas de sudor. Sus ojos se fijaban en la alfombra. Estaba jadeante. Por fin, alcanzó la puerta y haciéndola crujir con fuerza:

—¡Buenas tardes! ¡Tendrán noticias mías!

—¡Hasta la vista! —dijo Rosanette.

La tensión la había destrozado. Se dejó caer sobre el diván toda temblorosa, balbuceando injurias, derramando lágrimas.

¿Era esta amenaza de la Vatnaz lo que la atormentaba? Pues no, la traía sin cuidado. En fin de cuentas, ¿la otra le debía dinero, tal vez? ¿Era el cordero de oro un regalo?; en medio de sus lloros, se le escapó el nombre de Delmar. Por tanto, estaba enamorada del comediante.

«Entonces, ¿por qué me ha acogido? —se preguntó Frédéric—. ¿Por qué ha vuelto él? ¿Quién la fuerza a retenerme? ¿Qué sentido tiene todo esto?».

Los sollozos de Rosanette no cesaban. Permanecía en la orilla del diván, la mejilla derecha sobre sus manos, y parecía un ser tan delicado, inconsciente y dolorido que él se le acercó y la besó en la frente, suavemente.

Entonces ella le hizo promesas de ternura; el príncipe acababa de marchar, estarían libres. Pero ella se encontraba por el momento en apuros. «Tú mismo lo viste el otro día cuando estaba descosiendo mis viejos forros». Ahora se acabó el coche. Y no era eso sólo; el tapicero amenazaba con llevarse los muebles de la habitación y del gran salón. Ella no sabía qué hacer.

Frédéric tuvo ganas de responder: «¡No te preocupes, yo pagaré!». Pero la señora podía mentir. La experiencia le había enseñado. Se limitó simplemente a consolarla.

Los temores de Rosanette no eran en vano; hubo que devolver los muebles y dejar el bello apartamento de la calle Drouot. Tomó otro en el bulevar Poissonnière, en el cuarto. Las antigüedades de su antiguo saloncito fueron suficientes para dar a las tres habitaciones un tono coqueto. Tuvieron persianas chinas, un toldo en la terraza, en el salón una alfombra de ocasión, todavía completamente nueva, con pufs de seda rosa. Frédéric había contribuido ampliamente a estas adquisiciones; sentía el gozo de un recién casado que, por fin, tiene casa propia, una mujer para él; y encontrándose allí tan a gusto, iba a dormir casi todas las noches.

Una mañana, cuando salía de la antesala, vio en el tercer piso, en la escalera, el chacó de un guardia nacional que subía. ¿A dónde iba? Frédéric esperó. El hombre seguía subiendo, con la cabeza un poco baja; levantó la vista. Era el señor Arnoux. La situación estaba clara. Se sonrojaron al mismo tiempo, atrapados en la misma embarazosa situación.

El primero en encontrar una salida del apuro fue Arnoux.

—Ya está mejor, ¿verdad? —como si, enterado de la enfermedad de Rosanette, hubiese ido a preguntar por su salud.

Frédéric aprovechó la ocasión.

—Sí, ciertamente. Su muchacha me lo ha dicho, al menos —queriendo dar a entender que no le habían recibido.

Después se quedaron frente a frente, indecisos uno y otro, y observándose. Se trataba de ver quién de los dos era el que no iba. Arnoux, una vez más, resolvió la cuestión.

—¡Ah!, ¡bah!, ¡volveré después! ¿A dónde va usted? Le acompaño.

Y ya en la calle, él conversó con la misma naturalidad de siempre. Sin duda, no era nada celoso, o bien era demasiado bueno para enfadarse.

Además, la patria le preocupaba. Ahora ya no se quejaba del uniforme. El 29 de marzo había defendido las oficinas de *La Presse*. Cuando invadieron la Cámara, se distinguió por su coraje, y estuvo en el banquete ofrecido a la guardia nacional de Amiens.

Hussonnet, siempre de servicio con él, se aprovechaba más que nadie de su bota y de sus cigarros, pero, irrespetuoso por naturaleza, le gustaba contradecirle, denigrando el estilo poco correcto de los decretos, las conferencias de Luxemburgo, las vesuvianas, los tiroleses, todo, hasta el carro de la agricultura, tirado por caballos en lugar de bueyes y escoltado por jóvenes feas. Arnoux, al contrario, defendía el poder y soñaba con la fusión de los partidos. Sin embargo, sus asuntos tomaban un giro malo. No les prestaba más que mediana atención.

Las relaciones de Frédéric con la Mariscala no le habían entristecido; pues este descubrimiento le autorizó (en conciencia) para suprimir la pensión que le pasaba desde la marcha del príncipe. Alegó la dificultad de las circunstancias, se quejó mucho, y Rosanette fue generosa. Entonces el señor Arnoux se consideró como el amante de corazón, lo cual le realzaba en su estima y lo rejuveneció. No dudando que Frédéric le pagaría a la Mariscala, se imaginaba estar haciendo una buena farsa, llegó incluso a esconderse y le dejaba el campo libre cuando se encontraban.

Este reparto molestaba a Frédéric; y las cortesías de su rival le parecían una burla demasiado prolongada. Pero enfadándose se habría privado de toda posibilidad de reconciliación con el otro, y además era el único medio de oír hablar de ella. El comerciante de loza, por costumbre y tal vez por malicia, la recordaba de buena gana en su conversación y le preguntaba incluso por qué ya no iba a verla.

Frédéric, habiendo agotado todos los pretextos, aseguró que había estado en casa de Mme. Arnoux varias veces, pero que nunca la había encontrado. Arnoux quedó convencido de ello, pues frecuentemente se extrañaba delante de ella de la ausencia de su

amigo; y ella siempre respondía que echaba en falta sus visitas; de modo que estas dos mentiras, en lugar de contradecirse, se corroboraban.

La suavidad del joven y el gozo de tenerlo engañado hacían que Arnoux le quisiera más. La familiaridad llegaba hasta sus últimos límites, no por desdén, sino por confianza. Un día le escribió que un asunto urgente le reclamaba en provincias veinticuatro horas; le pedía que montase la guardia en su lugar. Frédéric no se atrevió a negárselo, y se situó en su puesto del Carroussel.

Tuvo que soportar la compañía de los guardias nacionales, y, salvo un depurador, hombre bromista, que bebía de una manera exorbitante, todos le parecieron más tontos que las cartucheras que llevaban. El tema capital de conversación fue la sustitución de las bandoleras por el cinturón. Otros se encolerizaban contra los talleres nacionales. Decían: «¿A dónde vamos?». El que había recibido la reprimenda respondía abriendo los ojos como si estuviera al borde de un abismo. «¿A dónde vamos?». Entonces uno más atrevido exclamaba: «Esto no puede durar. Hay que terminar». Y, como los mismos discursos se repetían hasta la noche, Frédéric se aburrió a morir.

Su sorpresa fue grande cuando, a las once, vio aparecer a Arnoux, el cual dijo enseguida que acudía para liberarlo, ya que había arreglado su asunto.

En realidad, no había habido ningún asunto. Era una invención para pasar veinticuatro horas a solas con Rosanette. Pero el buen Arnoux había presumido demasiado de sí mismo, de modo que habiéndose cansado, le había entrado remordimiento. Iba a dar las gracias a Frédéric y a invitarle a cenar.

—Muchas gracias. No tengo ganas, sólo quiero dormir.

—Razón de más para que almorcemos juntos dentro de poco.

—¡Qué blandengue es usted! A estas horas no se vuelve a casa. Es demasiado tarde. Sería peligroso.

Frédéric cedió una vez más. Arnoux, a quien no esperaba ver, fue mimado por sus compañeros de armas, principalmente por el depurador. Todos le querían; y era tan buen chico que echó de menos a Hussonnet. Pero necesitaba cerrar los ojos un minuto, no más.

—Póngase a mi lado —dijo a Frédéric, echándose sobre el catre de tijeras, sin quitarse el correa. Por temor a una alerta, a pesar del reglamento, conservó incluso el fusil; después balbuceó unas palabras—: ¡Querida mía!, ¡ángel mío! —y no tardó en quedarse dormido.

Los que hablaban se callaron; y poco a poco hubo un gran silencio en el puesto. Frédéric, atormentado por las pulgas, miraba a su alrededor. La pared, pintada de amarillo, tenía a la mitad de su altura una larga tabla donde los sacos formaban una serie de pequeñas jorobas, mientras que por debajo los fusiles color de plomo estaban dispuestos unos al lado de los otros; y surgían ronquidos, producidos por los guardias nacionales,

cuyos vientres se dibujaban de una manera confusa en la sombra. Una botella vacía y unos platos cubrían la estufa. Tres sillas de paja rodeaban la mesa, sobre la cual se extendía un juego de cartas. Un tambor, en medio del banco, dejaba colgar su correa. El aire cálido que llegaba por la puerta hacía humear el quinqué. Arnoux dormía con los dos brazos abiertos; y como su fusil estaba puesto con la culata abajo un poco oblicuamente, la boca del cañón le llegaba a la axila. Frédéric se dio cuenta y tuvo miedo.

«¡Pero no!, ¡no tengo razón!, ¡no hay nada que temer! ¡Sin embargo, si se muriera!».

E inmediatamente empezaron a desfilar escenas interminables. Se vio con ella, de noche, en una silla de posta; después, a la orilla de un río en una tarde de verano, y bajo el reflejo de una lámpara, en casa de ellos. Se detenía incluso en cálculos de gobierno de la casa, en disposiciones domésticas, contemplando, palpando ya su felicidad; y para que fuese realidad, habría bastado con que el gatillo del fusil se levantase. Se podía mover con la punta del dedo del pie; el disparo se escaparía, sería una casualidad nada más.

Frédéric se extendió en esta idea como un dramaturgo que compone. De pronto le pareció que no estaba lejos de convertirse en acto y que él iba a contribuir a ello, que tenía ganas de hacerlo; entonces le entró un gran miedo. En medio de esta angustia, sentía placer, y se hundía cada vez más, sintiendo con terror desaparecer sus escrúpulos; y, en el furor de su ensueño, el resto del mundo se borraba; y no tenía conciencia de sí mismo más que por una insoportable opresión en el pecho.

—¿Tomamos el vino blanco? —dijo el depurador, que se despertaba.

Arnoux se echó al suelo; y después de haber tomado el vino blanco quiso montar la guardia de Frédéric.

Después lo llevó a almorzar a la calle de Chartres, a casa de Parly; y como necesitaba reponer fuerzas, se encargó dos platos de carne, un bogavante, una tortilla al ron, una ensalada, etc., todo ello regado con un Sauternes 1819, con un Romanée 42 sin contar el champán en el postre y licores.

Frédéric no lo contrarió en absoluto. Estaba molesto como si el otro hubiera podido descubrir en su rostro las huellas de su pensamiento.

Con los dos codos en el borde de la mesa y muy inclinado, Arnoux, cansándolo con su mirada, le confiaba sus proyectos.

Tenía ganas de tomar en arriendo todos los terraplenes de la línea del Norte para plantar patatas en ellos, o bien organizar en los bulevares una cabalgata monstruo en la que figurarían las «celebridades de la época». Alquilaría todas las ventanas, lo cual, a razón de tres francos de media, produciría una bonita ganancia. En resumen, soñaba con un gran golpe de fortuna por un acaparamiento. Era moral, sin embargo; censuraba los excesos, la mala conducta, hablaba de su «pobre padre», y, todas las noches, decía, hacía examen de conciencia antes de ofrecer su alma a Dios.

—¿Un poco de curaçao, eh?

—Como usted quiera.

En cuanto a la República, las cosas se arreglarían, por fin se consideraba el hombre más feliz de la Tierra; y, descarándose, ponderó las cualidades de Rosanette, incluso la comparó a su mujer. ¡Era muy distinta! No se podía imaginar unos muslos tan bellos.

—¡A su salud!

Frédéric brindó. Por complacerle había bebido un poco de más; por otra parte, la plena luz del sol le deslumbraba; y cuando subieron de nuevo juntos la calle Vivienne, sus hombreras se rozaban fraternalmente.

De vuelta ya en su casa, Frédéric durmió hasta las siete. Después se fue a casa de la Mariscalá. Había salido con alguien. ¿Con Arnoux, tal vez? Sin saber qué hacer continuó su paseo por el bulevar, pero no pudo pasar de la puerta Saint-Martin, de tanta gente que había.

La miseria dejaba abandonados a su suerte a un número considerable de obreros; y acudían allí todas las tardes a pasar revista sin duda, y a esperar una señal. A pesar de la ley contra las reuniones, estos «clubes de la desesperación» aumentaban de un modo pavoroso; y muchos burgueses iban allí diariamente por bravata, por moda.

De pronto, Frédéric vio, a tres pasos de distancia, al señor Dambreuse con Martinon; volvió la cara, pues le guardaba rencor al señor Dambreuse, que se había hecho nombrar representante.

Pero el capitalista lo detuvo.

—¡Una palabra, querido señor! Tengo que darle explicaciones.

—No se las pido.

—Por favor, escúcheme.

No era en absoluto culpa suya. Le habían rogado, obligado en cierto modo. Martinon, inmediatamente, apoyaba sus palabras: una representación de ciudadanos de Nogent se había presentado en su casa.

—Además, creí estar libre, desde el momento...

Una oleada de gente en la acera obligó al señor Dambreuse a apartarse. Un minuto después reapareció, diciendo a Martinon:

—Eso es un buen servicio. No se arrepentirá de ello...

Los tres se arrimaron a una tienda para hablar más a gusto.

De vez en cuando gritaban: «¡Viva Napoleón! ¡Viva Barbès! ¡Abajo Marie!». La muchedumbre innumerable hablaba muy alto; y todas estas voces, retransmitidas por las

casas, hacían como el ruido ininterrumpido de las olas en un puerto. En ciertos momentos, se callaban; entonces, surgía *La Marsellesa*. Bajo las puertas cocheras, hombres de aspecto misterioso ofrecían bastones con flechas. A veces, dos individuos, pasando uno delante del otro, guiñaban el ojo, y se alejaban rápidamente. Grupos de mirones ocupaban las aceras; una multitud compacta se agitaba en la calle. Secciones completas de policías, que salían de las callejuelas, desaparecían una vez que habían entrado. Pequeñas banderas rojas, aquí y allí, parecían llamas; los cocheros desde lo alto del pescante hacían grandes gestos, luego se volvían. Era un movimiento, un espectáculo de lo más divertido.

—¡Cómo se habría divertido la señorita Cécile viendo todo esto! —dijo Martinon.

—Mi mujer, usted lo sabe bien, no quiere que mi sobrina venga con nosotros —repuso sonriendo el señor Dambreuse.

No lo habrían reconocido. Desde hacía tres meses gritaba: «¡Viva la República!», e incluso había votado el destierro de los Orléans. Pero las concesiones debían terminar. Se ponía furioso hasta llevar una maza en el bolsillo.

Martinon también llevaba una. Como la magistratura ya no era inamovible, se había retirado de su cargo, de tal modo que aventajaba en violencias al señor Dambreuse.

El banquero odiaba particularmente a Lamartine por haber apoyado a Ledru-Rollin, y él a Pierre Leroux, Proudhon, Considérant, Lamennais, a todas las cabezas locas, a todos los socialistas.

—Pues, finalmente, ¿qué quieren?, han suprimido el arbitrio sobre la carne y la prisión por deudas; ahora se estudia el proyecto de un banco hipotecario; el otro día era un banco nacional; y ahí están cinco millones en el presupuesto para los obreros. Pero afortunadamente se ha terminado, gracias al señor de Falloux. ¡Buen viaje!, ¡que se vayan!

En efecto, no sabiendo cómo alimentar a los ciento treinta mil hombres de los talleres nacionales, el ministro de Obras Públicas había firmado aquel mismo día un decreto que invitaba a todos los ciudadanos entre dieciocho y veinte años a servir como soldados, o bien a salir para las provincias a trabajar la tierra.

Esta alternativa les indignó, convencidos de que se pretendía destruir la República. La vida lejos de la capital les afligía como un exilio; se veían muriendo a causa de las fiebres en regiones salvajes. Para muchos, por otra parte, acostumbrados a trabajos delicados, la agricultura significaba un envilecimiento; en fin, era una añagaza, una burla, la denegación formal de todas las promesas. Si oponían resistencia, se emplearía la fuerza; ellos no lo ponían en duda y se disponían a anticiparse.

Hacia las nueve, los grupos formados en la Bastilla y en el Châtelet refluieron hacia el bulevar. De la puerta Saint-Denis a la puerta Saint-Martin no era más que un enorme hormiguero, una sola masa de un azul oscuro, casi negro. Los hombres que se entreveían tenían todos las pupilas ardientes, la tez pálida, caras enflaquecidas por el hambre,

exaltadas por la injusticia. Entretanto, se amontonaban nubes; el cielo de tormenta, aumentando la carga eléctrica de la muchedumbre, la hacía dar vueltas sobre sí misma, indecisa, con un amplio balanceo de marejada; y se sentía en sus profundidades una fuerza incalculable, y como la energía de un elemento. Luego todos se pusieron a cantar: «¡Farolillos!, ¡farolillos!». Varias ventanas no se alumbraban; lanzaron piedras a sus cristales. El señor Dambreuse juzgó prudente retirarse. Los dos jóvenes le acompañaron.

Preveía grandes desastres. El pueblo, una vez más, podía invadir la Cámara, y, a este propósito, contó cómo habría muerto el 15 de mayo de no haber intervenido abnegadamente un guardia nacional.

—¡Pero si es su amigo!, me olvidaba, ¡su amigo el fabricante de loza, Jacques Arnoux!

La gente del motín lo ahogaba; aquel bravo ciudadano lo había tomado en sus brazos y lo había puesto en un lugar apartado. Por eso, desde entonces, se había creado una especie de lazo entre los dos.

—Tendremos que cenar juntos un día de estos, y, como usted lo ve con frecuencia, dígame que le quiero mucho. Es un hombre excelente, calumniado, a mi entender; y tiene carácter, ¡el bribón! ¡Le felicité de nuevo! Muy buenas noches.

Frédéric, después de haber dejado al señor Dambreuse, volvió a casa de la Mariscala; y, en un tono muy trágico, le dijo que tenía que optar entre él y Arnoux. Ella respondió suavemente que no comprendía nada de «semejantes cotilleos», no quería a Arnoux, no tenía ningún interés por él. Frédéric ansiaba abandonar París. Ella no se opuso a este capricho, y salieron para Fontainebleau al día siguiente.

El hotel donde se alojaron se distinguía de los otros por un surtidor de agua que chapoteaba en medio del patio. Las puertas de las habitaciones se abrían a un corredor, como en los monasterios. La que les dieron era grande, bien amueblada, tapizada de indiana, y silenciosa, teniendo en cuenta los pocos huéspedes. A lo largo de las casas pasaban burgueses desocupados; luego, debajo de sus ventanas, al caer la tarde, unos en la calle jugaron un partido de marro; y esta tranquilidad, que para ellos contrastaba con el tumulto que habían dejado en París, les causaba una sorpresa, un sosiego.

Por la mañana, temprano, fueron a visitar el castillo. Al entrar por la verja vieron toda la fachada, con los cinco pabellones de tejados puntiagudos y la escalera de herradura mostrándose al fondo del patio, bordeado a derecha e izquierda por dos cuerpos de construcciones más bajas. Sobre los adoquines se mezclaban de lejos líquenes al tono rojizo de los ladrillos; y el conjunto del palacio, color de orín como una vieja armadura, tenía algo de realmente imposable, una especie de grandeza militar y triste.

Por fin, apareció un criado que llevaba un manojito de llaves. Les enseñó en primer lugar las habitaciones de las reinas, el oratorio del Papa, la galería de Francisco I, la mesita de caoba sobre la cual el Emperador firmó su abdicación, y, en una de las piezas que dividían la antigua galería de los Ciervos, el sitio donde Cristina hizo asesinar a

Monaldeschi. Rosanette escuchó esta historia atentamente; luego, volviéndose a Frédéric:

—Fue por celos, sin duda. ¡Anda con cuidado!

Después atravesaron la sala del Consejo, la sala de las Guardias, la sala del Trono, el salón de Luis XIII. Las altas ventanas, sin cortinas, esparcían una luz blanca; una ligera capa de polvo empañaba las manillas de las fallebas, el pie de cobre de las consolas; cubiertas de gruesas telas tapaban sillones por todas partes; por encima de las puertas se veían escenas de caza de Luis XV, y, aquí y allí tapices que representaban los dioses del Olimpo, Psyché o las batallas de Alejandro.

Cuando pasaba delante de los espejos, Rosanette se paraba un minuto para alisar sus bandos.

Después del patio, de la Torre del Homenaje y de la capilla de San Saturnino, llegaron a la sala de fiestas.

Quedaron deslumbrados por el esplendor del techo, dividido en casetones octogonales, realizado de oro y plata, más cincelado que una joya, y por la profusión de pinturas que cubrían las paredes, desde la gigantesca chimenea donde medias lunas y aljabas rodean las armas de Francia, hasta el palco de los músicos, construido en el otro extremo, a lo ancho de la sala. Las diez ventanas en arcadas estaban abiertas de par en par; el sol hacía brillar las pinturas, el cielo azul prolongaba indefinidamente el azul ultramar de las arcadas; y del fondo de los bosques, cuyas cimas vaporosas llenaban el horizonte, parecía llegar un eco de los toques de acoso lanzados por las trompas de marfil, y ballets mitológicos, que reunían bajo el follaje a princesas y a señores disfrazados de ninfas y de silvanos, época de ciencia ingenua, de pasiones violentas y de arte suntuoso, cuando el ideal era llevar el mundo a un sueño de las Hespérides, y las amantes de los reyes se confundían con los astros. La más bella de estas famosas se había hecho pintar a la derecha, bajo la figura de Diana cazadora, e incluso de Diana infernal, sin duda para dejar constancia de su poder hasta más allá de la tumba. Todos estos símbolos confirman su gloria; y queda algo de ella, una voz confusa, un resplandor que se prolonga.

A Frédéric le asaltó una concupiscencia retrospectiva inexplicable. Para distraer su deseo, se puso a contemplar tiernamente a Rosanette y le preguntó si no habría querido ser aquella mujer.

—¿Qué mujer?

—Diana de Poitiers.

Repitió:

—Diana de Poitiers, la amante de Enrique II.

Ella hizo un pequeño ¡Ah! Y nada más.

Su mutismo probaba claramente que no sabía nada, no comprendía nada, de modo que,

por complacencia, él le dijo:

—¿Acaso te aburres?

—No, no, al contrario.

Y, levantando la cabeza, al tiempo que dirigía una mirada muy vaga a su alrededor, Rosanette soltó estas palabras:

—Eso trae recuerdos.

Entretanto, se percibía en su cara un esfuerzo, una intención de respeto; y, como este aire de seriedad la hacía más bonita, Frédéric la disculpó.

El estanque de las carpas la divirtió. Durante un cuarto de hora se entretuvo en echar trozos de pan al agua para ver saltar los peces.

Frédéric se había sentado a su lado, bajo los tilos. Pensaba en todos los personajes que habían albergado aquellos aposentos, Carlos V, los Valois, Enrique IV, Pedro el Grande, Jean-Jacques Rousseau y «las bellas lloronas de los primeros palcos», Voltaire, Napoleón, Pío VII, Luis Felipe; se sentía rodeado, codo con codo, de aquellos muertos tumultuosos; tal confusión de imágenes lo aturdía, aunque encontrase en ella un encanto, a pesar de todo.

Por fin, bajaron al parterre.

Es un vasto rectángulo, que deja ver en una sola mirada sus anchos paseos amarillos, sus cuadrados de césped, sus cintas de boj, sus tejos recortados en forma de pirámide, sus hortalizas bajas y sus estrechas platabandas en las que las escasas flores hacen manchas de colores sobre la tierra gris. Al fondo del jardín se extiende un parque, atravesado todo él por un largo canal.

Las residencias reales tienen en sí una melancolía particular, que depende sin duda de sus dimensiones demasiado considerables para el pequeño número de sus huéspedes, del silencio que sorprende encontrar en ellas después de tantas bandas militares, de su lujo inmóvil que prueba por su vejez la fugacidad de las dinastías, la eterna miseria de todo; y esta exhalación de los siglos, adormecedora y fúnebre como un perfume de momia, se hace sentir incluso en las cabezas ingenuas. Rosanette bostezaba de una manera desmesurada. Regresaron al hotel.

Después del almuerzo les llevaron un coche descubierto. Salieron de Fontainebleau por una amplia glorieta, luego subieron al paso por una carretera arenosa en un bosque de pinos bajos; y el cochero, de vez en cuando, decía: «Aquí tienen a los hermanos Siameses, el Pharamond, el Ramillete del Rey...», sin olvidar ninguno de los parajes célebres, parándose a veces para que los admiraran.

Entraron en el oquedal de Franchard. El coche se deslizaba como un trineo sobre el césped; se oía el arrullo de palomas que no se veían; de pronto apareció un camarero de

café, y bajaron delante de la barrera de un jardín donde había mesas redondas. Después, dejando a la izquierda las paredes de una abadía en ruinas, caminaron sobre grandes rocas, y pronto llegaron al fondo de la garganta.

Está cubierta, por un lado, por una mezcla de arenisca y enebros, mientras que, por el otro, el terreno casi desnudo se inclina hacia la depresión de un pequeño valle, donde, entre el color de los brezos, un sendero traza una línea parda; y se percibe muy a lo lejos una cima en forma de cono achatado, con la torre de un telégrafo por detrás.

Media hora después pusieron pie a tierra de nuevo para subir a lo alto del Aspremont.

El camino hace zigzags entre los pinos achaparrados, rechonchos bajo rocas de perfiles angulosos; todo este rincón del bosque tiene algo de asfixiante, de salvaje y recogido. Hace pensar en los ermitaños, compañeros de los grandes ciervos, que llevaban una cruz de fuego entre sus cuernos, y que recibían con paternales sonrisas a los reyes de Francia, arrodillados delante de su cueva. Un olor a resina llenaba el aire cálido, unas raíces a ras del suelo se entrecruzaban como venas. Rosanette tropezaba con ellas, se desesperaba, tenía ganas de llorar.

Pero, en todo lo alto, volvió a alegrarse, al encontrar bajo un techo de ramaje una especie de tienda donde venden figuras talladas en madera. Bebió una botella de limonada y se compró una vara de acebo; y, sin echar una ojeada al paisaje que se descubre desde la planicie, entró en la cueva de los bandoleros, precedida de un muchacho que llevaba una antorcha.

Su coche les esperaba en el Bas-Bréau.

Un pintor en bata azul trabajaba al pie de una encina, con su caja de colores sobre las rodillas. Levantó la cabeza y los vio pasar.

En medio de la cuesta de Chailly, una nube, que reventó de pronto, les obligó a bajar la capota. Casi inmediatamente cesó la lluvia; y los adoquines de las calles brillaban al sol cuando entraron en la ciudad.

Unos viajeros recién llegados les informaron de que una batalla espantosa ensangrentaba París. Rosanette y su amante no se sorprendieron. Luego todo el mundo se fue, el hotel recobró la paz, el gas se apagó y ellos se durmieron al murmullo del surtidor de agua del patio.

Al día siguiente fueron a ver la Garganta del Lobo, el Charco de las Hadas, el Long Rocher, la Marlotte; al otro día volvieron a empezar al azar, a voluntad del cochero, sin preguntar dónde estaban, y frecuentemente incluso dejando a un lado los parajes famosos.

¡Se encontraban tan bien en su viejo landó, bajo como un sofá y cubierto de una tela de rayas desteñidas! Las cunetas llenas de maleza desfilaban ante sus ojos, con un movimiento suave y continuo. Unos rayos blancos atravesaban como flechas los altos helechos; a veces, un camino, que ya no se utilizaba, aparecía delante de ellos en línea

recta; y aquí y allí, suavemente, aparecían hierbas. En el centro de los cruces de caminos se levantaba una cruz con sus cuatro brazos, en otros sitios se inclinaban postes como árboles muertos, y pequeños senderos curvos, perdiéndose bajo las hojas, daban ganas de seguirlos; en el mismo momento, el caballo giraba, entraban, se hundían en el barro; más lejos había crecido musgo a la orilla de las rodadas profundas.

Se creían lejos de los demás, muy solos. Pero, de pronto, pasaba un guarda forestal con su escopeta, o un grupo de mujeres harapientas, cargadas con largos haces de leña seca.

Cuando se paraba el coche había un silencio total; sólo se oía el aliento del caballo entre las varas, con un grito de pájaros muy débil, repetido.

La luz, que iluminaba en ciertos lugares el lindero del bosque, dejaba los fondos en la sombra; o bien, atenuada en los primeros planos por una especie de crepúsculo, mostraba en las lejanías unos vapores violeta, una claridad blanca. A mediodía, el sol que caía a plomo sobre los amplios verdes, los salpicaba, colgaba gotas plateadas en la punta de las ramas, dejaba en el césped regueros de esmeralda, echaba manchas de oro sobre las capas de hojas caídas; levantando la cabeza, se veía el cielo entre las copas de los árboles. Algunos, de una altura desmesurada, tenían aires de patriarcas y de emperadores, o tocándose por la cima, formaban con sus largos troncos como arcos de triunfo; otros, empujados desde abajo oblicuamente, parecían columnas a punto de caer.

Esta multitud de gruesas líneas verticales se entreabría. Entonces enormes olas verdes se extendían en relieves desiguales hasta la superficie de los valles donde se adelantaba la grupa de otras colinas dominando llanuras rubias que acababan perdiéndose en una palidez indecisa.

De pie, el uno al lado de la otra, sobre cualquier eminencia del terreno, sentían, aspirando el aire, que les entraba en el alma como la satisfacción de una vida más libre, con una superabundancia de fuerzas, una alegría inexplicable.

La variedad de los árboles ofrecía un espectáculo cambiante. Las hayas, de corteza blanca y lisa, entremezclaban sus coronas; los fresnos curvaban tranquilamente sus glaucos ramajes; en los vástagos de ojaranzos se erizaban acebos semejantes a bronce; después venía una fila de delgados abedules, inclinados en actitudes elegiacas; y los pinos simétricos como tubos de órgano, balanceándose continuamente, parecían cantar. Había encinas rugosas, enormes, que se convulsionaban, se desperezaban del suelo, se ceñían las unas a las otras, y firmes, sobre sus troncos, semejantes a torsos, se lanzaban con sus brazos desnudos llamadas de desesperación, amenazas furibundas, como un grupo de titanes inmovilizado en su cólera. Algo más pesado, una languidez febril planeaba por encima de los charcos, recortando la capa de sus aguas entre zarzales de espinas; los líquenes de la orilla a donde iban a beber los lobos son de color azufre quemado como por el paso de las brujas, y el croar ininterrumpido de las ranas responde al grito de las cornejas que se arremolinan. Luego atravesaban claros monótonos, plantados de un

resalvo aquí y allí. Se oía un ruido de hierro, resonaban golpes recios y continuos; era un grupo de canteros que trabajaban la piedra en el flanco de una colina. Las piedras se multiplicaban cada vez más y acababan por llenar todo el paisaje, cúbicas como casas, llanas como losas, apoyándose, suspendiéndose, como si fueran ruinas irreconciliables y monstruosas de alguna ciudad desaparecida. Pero la misma furia de su caos hace más bien pensar en volcanes, en diluvios, en los grandes cataclismos desconocidos. Frédéric decía que estaban allí desde el principio del mundo y permanecerían hasta el fin; Rosanette volvía la cabeza, afirmando que «aquello la volvía loca», y se iba a recoger brezos. Sus pequeñas florecillas violeta amontonadas unas al lado de las otras formaban capas desiguales, y la tierra que se desprendía de debajo ponía como franjas negras a la orilla de las arenas salpicadas de mica.

Un día llegaron a media altura de una colina toda de arena. Su superficie, jamás pisada por el hombre, estaba rayada en ondulaciones simétricas; aquí y allí, como promontorios sobre el lecho desecado de un océano, se alzaban rocas que tenían vagas formas de animales, tortugas estirando la cabeza, focas que reptan, hipopótamos y osos. Nadie, ningún ruido. Las arenas, golpeadas por el sol, deslumbraban; y de pronto, en esta vibración de la luz, los animales parecían moverse. Regresaron pronto, huyendo del vértigo, casi asustados.

La seriedad del bosque les ganaba; y tenían horas de silencio en que, dejándose llevar por el balanceo de los muelles, se quedaban como aletargados en un embriaguez tranquila. Ciñéndole la cintura, la escuchaba hablar mientras que los pájaros gorjeaban, observaba, casi con una sola mirada, los racimos negros de su capucha y las bayas de los enebros, los pliegues de su velo, las volutas de las nubes; y, cuando se inclinaba hacia ella, la frescura de su piel se mezclaba con el gran perfume de las maderas. Todo les divertía; se mostraban, como una curiosidad, hilos de araña colgados de los zarzales, agujeros llenos de agua en medio de las piedras, una ardilla sobre las ramas, el vuelo de dos mariposas que les seguían; o bien, a veinte pasos de ellos, bajo los árboles, una cierva caminaba con aire noble y suave al lado de su cervatillo. Rosanette hubiera querido correr detrás para abrazarlo.

Tuvo mucho miedo cuando un hombre, que apareció de pronto, le mostró en una caja tres víboras. Se echó rápidamente contra Frédéric; él se sintió feliz de que ella fuese débil y de considerarse bastante fuerte para defenderla.

Aquella tarde cenaron en un mesón a orillas del Sena. La mesa estaba cerca de la ventana. Rosanette frente a él; y él contemplaba su naricita fina y blanca, sus labios salientes, sus ojos claros, sus bandos castaños que se ahuecaban, su bonita cara oval. Su vestido de fular crudo se ajustaba a sus hombros un poco caídos; y, saliendo de sus puños totalmente lisos, sus dos manos trinchaban, servían de beber, se deslizaban sobre el mantel. Les sirvieron un pollo con los cuatro miembros extendidos, una caldereta de anguilas en una compotera de barro de pipa, vino áspero, pan demasiado duro, cuchillos

mellados. Todo esto aumentaba el placer, la ilusión. Se creían casi en un viaje por Italia, en su luna de miel.

Antes de marcharse fueron a pasear a lo largo de la orilla.

El cielo, de un azul suave, redondeado como una cúpula, se apoyaba en el horizonte sobre el festón de los bosques. En frente, en el extremo de la pradera, había un campanario en un pueblo; y más lejos, a la izquierda, el tejado de una casa ponía una mancha roja sobre el río, que parecía inmóvil a todo lo largo de su curso sinuoso. Sin embargo, se inclinaban unos juncos, y el agua sacudía ligeramente unas varas puestas en la orilla para sostener las redes; había una nasa de mimbre, dos o tres viejas chalupas. Cerca del mesón, una chica con sombrero de paja sacaba cubos de agua de un pozo; cada vez que subían, Frédéric escuchaba con un gozo inexplicable el chirrido de la cadena.

Él estaba seguro de que aquella felicidad duraría toda la vida, tan natural le parecía su dicha, inherente a su vida y a la persona de aquella mujer. Una necesidad le empujaba a decirle ternuras. Ella le respondía con palabras amables, golpecitos en el hombro, requiebros que le encantaban por lo inesperados. Él llegó a descubrirle una belleza totalmente nueva que quizá no era más que el reflejo de las cosas que la rodeaban, a menos que sus virtualidades secretas no la hubieran hecho resplandecer.

Cuando descansaban en medio del campo, él recostaba la cabeza en su regazo, al abrigo de su sombrilla; o bien, acostados de bruces sobre la hierba, se quedaban el uno frente al otro, mirándose, hundiéndose en sus pupilas, sedientos de sí mismos, saciándose siempre, y después, con los ojos entornados, sin hablar.

A veces oían muy a lo lejos el redoble del tambor. Era la generala que tocaban en los pueblos para ir a defender París.

—¡Ah!, ¡mira!, ¡el motín! —decía Frédéric con una compasión desdeñosa, pareciéndole despreciable toda aquella agitación al lado de su amor y de la naturaleza eterna.

Y charlaban de cualquier cosa, de cosas que sabían perfectamente, de personas que no les interesaban, de mil tonterías. Ella le hablaba de su doncella y de su peluquero. Un día se le escapó confesar su edad: veintinueve años: se estaba haciendo vieja.

En varias ocasiones, sin quererlo, le dio detalles sobre sí misma. Había sido «señorita en una tienda», había hecho un viaje a Inglaterra, comenzado estudios de actriz; todo esto sin transiciones, y él no podía reconstruir una secuencia lógica. Le dio más detalles un día que estaban sentados bajo un plátano a la orilla de un prado. Abajo, al borde de la carretera, una niña descalza en el polvo apacentaba una vaca. En cuanto los vio fue a pedirles limosna; y sujetando con una mano su refajo hecho jirones, rascaba con la otra sus cabellos negros que rodeaban como una peluca estilo Luis XIV toda su cabeza morena iluminada por unos ojos espléndidos.

—Va a ser muy guapa.

—¡Qué suerte para ella si no tiene madre! —dijo Rosanette.

—¿Eh?, ¿cómo?

—Pues sí; yo, si no fuera por la mía...

Suspiró y se puso a hablar de su infancia. Sus padres eran tejedores de seda de la Croix Rousse. Ella ayudaba a su padre como aprendiz. Por más que el pobre hombre se extenuaba, su mujer lo denostaba y vendía todo para ir a beber. Rosanette veía la habitación de sus padres, con los telares colocados a lo largo contra las ventanas, el puchero sobre la estufa, la cama barnizada de caoba, un armario en frente y el sobradillo oscuro donde había dormido hasta los quince años. Por fin, había llegado un hombre gordo, de cara color de boj, modales de devoto, vestido de negro. Su madre y él mantuvieron juntos una conversación de modo que, tres días después... Rosanette se detuvo, y, con una mirada llena de impudor y de amargura:

—¡Estaba hecho!

Luego, respondiendo al gesto de Frédéric:

—Como estaba casado (habría temido comprometerse en su casa), me llevaron a un saloncito de un restaurante y me habían dicho que sería feliz, que recibiría un hermoso regalo.

»Al entrar, la primera cosa que me llamó la atención fue un candelabro de plata dorada sobre una mesa donde había dos cubiertos. Un espejo en el fondo los reflejaba, y el tapizado de las paredes, de seda azul, hacía que el apartamento semejase una alcoba. Me asaltó una sorpresa. Tú comprendes, un pobre ser que nunca ha visto nada. A pesar de que quedé deslumbrada, tenía miedo. Deseaba marcharme. Sin embargo, me quedé.

»El único asiento que había era un diván al lado de la mesa. Cedió suavemente con mi peso. La boca de la estufa en la alfombra me enviaba un aire cálido y permanecía allí sin tomar nada. El muchacho que seguía de pie se empeñó en que comiera. Me sirvió inmediatamente un gran vaso de vino; la cabeza me daba vueltas, quise abrir la ventana, él me dijo: “No, señorita, está prohibido”. Y me dejó. La mesa estaba llena de un montón de cosas que yo no conocía. Nada me pareció bueno. Entonces me eché sobre un bote de confituras y seguía esperando. No sé qué le impedía ir. Era muy tarde, medianoche por lo menos, yo no podía más de cansancio; al apartar uno de los cojines para tenderme mejor, encuentro bajo una especie de álbum un cuaderno; eran imágenes obscenas. Yo dormía encima cuando él entró.

Bajó la cabeza y se quedó pensativa.

Las hojas susurraban alrededor de ellos, en un revoltijo de hierbas se balanceaba una gran digital, la luz se deslizaba como una ola sobre el césped; y el silencio era cortado a

intervalos rápidos por el rumiar de la vaca que no se veía.

Rosanette miraba a un punto en el suelo, a tres pasos de ella, fijamente, moviendo las aletas de la nariz, absorta. Frédéric le tomó la mano.

—¡Cuánto has sufrido, pobre querida!

—¡Sí! —dijo ella—. ¡Más de lo que crees! Hasta querer acabar de una vez; me han sacado de un mal paso.

—¿Cómo?

—¡Ah!, ¡no pensemos en eso!... Te quiero, soy feliz, ¡bésame! —y levantó una a una las ramitas de cardos prendidas en el bajo de su vestido.

Frédéric pensaba sobre todo en lo que ella no había dicho. ¿Por qué grados había podido salir de la miseria? ¿A qué amante debía su educación? ¿Qué habría pasado en su vida hasta el día en que él había ido a su casa por primera vez? Su última confesión no permitía las preguntas. Solamente le preguntó cómo había conocido a Arnoux.

—Por la Vatnaz.

—¿No eras tú la que vi, una vez, en el Palais Royal, con ellos dos?

Citó la fecha precisa. Rosanette hizo un esfuerzo:

—¡Sí, es verdad!... No era feliz en aquella época.

Pero Arnoux se había mostrado extraordinario. Frédéric no lo ponía en duda; sin embargo, su amigo era un hombre raro, lleno de defectos; se preocupó de recordarlos. Ella coincidía con él.

—¡No importa!... A pesar de todo, lo queremos a ese mal bicho.

—¿Aún ahora? —dijo Frédéric.

Ella empezó a sonrojarse, medio riendo, medio enfadada.

—¡Pues no! Es una historia pasada. No te oculto nada. Aunque eso fuera, él es diferente. Además, no te encuentro amable con tu víctima.

—¿Mi víctima?

Rosanette le cogió la barbilla.

—¡Sin duda!

Y ceceando como las nodrizas:

—No hemos sido siempre buenos. Hemos dormido con su mujer.

—¡Yo! ¡Jamás en la vida!

Rosanette sonrió. Él se molestó con su sonrisa, prueba de indiferencia, creyó él. Pero

ella replicó suavemente, y con una de esas miradas que imploran la mentira:

—¿Es cierto?

—¡Desde luego!

Frédéric dio su palabra de honor de que nunca había pensado en Mme Arnoux, puesto que estaba demasiado enamorado de otra.

—¿De quién?

—Pues de usted, ¡hermosa mía!

—¡Ah!, no te burles de mí. Me pones nerviosa.

Él juzgó prudente inventar una historia, una pasión. Encontró detalles circunstanciados. Esta persona, además, lo había hecho muy desgraciado.

—Decididamente, no tienes mucha suerte —dijo Rosanette.

—¡Oh! ¡Oh!, ¡quizás! —queriendo aludir con esto a varias ocasiones buenas, a fin de dar una mejor opinión de sí mismo, igual que Rosanette no confesaba todos sus amantes para que él la quisiese más, pues en medio de las confidencias más íntimas hay siempre restricciones por falsa vergüenza, delicadeza, compasión. Se descubren en el otro o en uno mismo abismos o abyecciones que impiden continuar; se siente, además, que no se sería comprendido; es difícil explicar exactamente en qué consiste; por eso las uniones completas son raras.

La pobre Mariscala no había conocido cosa mejor. A menudo, cuando contemplaba a Frédéric, acudían las lágrimas a sus ojos, después levantaba la vista, o la proyectaba hacia el horizonte, como si hubiera percibido alguna gran aurora, perspectivas de felicidad sin límites. Por fin, un día confesó que deseaba encargar una misa «para que dé buena suerte a nuestro amor».

¿A qué se debía que ella le hubiera resistido durante tanto tiempo? Ella misma no sabía nada. Repitió varias veces la pregunta; y contestaba estrechándole entre sus brazos.

—Es que tenía miedo de amarte demasiado, querido.

El domingo por la mañana, Frédéric leyó en un periódico, en una lista de heridos, el nombre de Dussardier. Lanzó un grito, y, enseñando el papel a Rosanette, declaró que iba a salir inmediatamente.

—¿Para qué?

—Pues, para verle, cuidarlo.

—No vas a dejarme sola, me imagino.

—Ven conmigo.

—¡Ah!, ¡que vaya a meterme en semejante trifulca! ¡Muchas gracias!

—Sin embargo, no puedo...

—¡Ta, ta, ta! —como si no hubiera enfermeros en los hospitales. Y además, ¿qué le importaba a él? ¡Cada uno a su casa!

Él se indignó de este egoísmo; y se reprochó no estar allí con los demás. Tanta indiferencia en las desgracias de su patria tenía algo de mezquino y de burgués. Su amor le pesó de pronto como un crimen. Estuvieron de morros una hora.

Después, ella suplicó que esperase, que no se expusiera.

—¡Si por casualidad te matan!

—¡Eh!, no habría hecho más que cumplir con mi deber.

Rosanette dio un salto. Primero, su deber era amarla. ¿Es que él no quería ya nada de ella? Esto no tenía sentido común. ¡Qué idea, Dios mío!

Frédéric llamó para pedir la cuenta. Pero no era fácil regresar a París. El coche de transportes Leloir acababa de salir, las berlinas Lecomte no saldrían, la diligencia del Bourbonnais no pasaría hasta muy entrada la noche y quizás estuviese llena; no se sabía nada. Después de haber perdido mucho tiempo en estas informaciones, se le ocurrió la idea de tomar la posta. El dueño de la posta no quiso proporcionarle caballos, ya que Frédéric no tenía pasaporte. Por fin, alquiló una calesa (la misma que les había paseado) y llegaron ante del hotel del Comercio, en Melun, hacia las cinco.

La plaza del Mercado estaba cubierta de pabellones de armas. El prefecto había prohibido a los guardias nacionales irse a París. Los que no pertenecían a su departamento querían continuar el camino. Gritaban. El mesón estaba muy agitado.

Rosanette, llena de miedo, declaró que no iría más lejos, y le suplicó de nuevo que se quedase. El mesonero y su mujer la apoyaron. Un buen hombre que estaba cenando intervino afirmando que la batalla terminaría dentro de poco; por otra parte, había que cumplir con el deber. Entonces, la Mariscala redobló sus sollozos. Frédéric estaba exasperado. Le dio su bolsa, la abrazó rápidamente y desapareció.

Al llegar a Corbeil, en la estación, le dijeron que los insurrectos habían cortado de trecho en trecho los raíles, y el cochero se negó a llevarlos más lejos; sus caballos, decía, estaban rendidos.

Gracias a él, sin embargo, Frédéric obtuvo un mal cabriolé que, por sesenta francos, sin contar la propina, aceptó llevarlos hasta la frontera con Italia. Pero, a cien pasos de la barrera, su conductor le hizo bajar y se volvió. Frédéric caminaba por la carretera cuando de pronto un centinela cruzó la bayoneta. Cuatro hombres la empuñaron vociferando:

—¡Es uno de ellos! ¡Cuidado! ¡Cacheadlo! ¡Bandido! ¡Canalla!

Y su estupefacción fue tan profunda que se dejó conducir al puesto de la frontera, en el cruce mismo donde convergen los bulevares de Gobelins y del Hospital y las Calles

Godefroy y Mouffetard.

Cuatro barricadas formaban, al final de las cuatro vías, enormes montones de adoquines; aquí y allí chisporroteaban antorchas; a pesar del polvo que se levantaba, distinguió soldados de infantería y guardias nacionales, todos con la cara negra, despechugados, despavoridos. Acababan de tomar la plaza, habían fusilado a varios hombres; la cólera les duraba todavía. Frédéric dijo que llegaba de Fontainebleau para ayudar a un camarada herido que vivía en la calle Bellefond; al principio nadie quiso creerle; le examinaron las manos, incluso le olieron la oreja para asegurarse de que no olía a pólvora.

Entretanto, a fuerza de repetir lo mismo, acabó convenciendo a un capitán, que ordenó a dos fusileros que le condujeran al puesto del Jardín Botánico.

Bajaron el bulevar del Hospital. Soplaban una fuerte brisa. Esto le reanimó.

Volvieron después por la calle de la Feria de Caballos. El Jardín Botánico, a la derecha, hacía una gran masa negra, mientras que a la izquierda la fachada entera de la Pitié, con todas las ventanas iluminadas, llameaba como un incendio, y unas sombras pasaban rápidamente sobre los cristales.

Los dos hombres de Frédéric se fueron. Otro le acompañó hasta la Escuela Politécnica.

La calle San Víctor estaba totalmente a oscuras, sin una farola ni una luz en las casas. Cada diez minutos se oía:

—¡Centinelas: Firmes! —y este grito, lanzado en medio del silencio, se prolongaba como la percusión de una piedra que cae en un abismo.

A veces se acercaba un ruido de pasos lentos. Era una patrulla de cien hombres al menos; murmullos, vagos choques de armas se escapaban de aquella masa confusa; y, alejándose en un balanceo rítmico, desaparecía en la oscuridad.

En el centro de los cruces había un dragón a caballo, inmóvil. De vez en cuando pasaba un correo a galope tendido, luego se reanudaba el silencio. Cañones que se desplazaban hacían a los lejos sobre el pavimento un ruido sordo y formidable; el corazón se encogía ante estos ruidos distintos de todos los ruidos habituales. Parecían incluso ampliar el silencio, que era profundo, absoluto, un silencio negro. Hombres en bata blanca se acercaban a los soldados diciéndoles una palabra y desapareciendo como fantasmas.

El puesto de la Escuela Politécnica estaba abarrotado de gente. La puerta estaba llena de mujeres que deseaban ver a su hijo o a su marido. Las enviaron al Panteón, transformado en depósito de cadáveres, y no escuchaban a Frédéric. Él se obstinó, jurando que su amigo Dussardier le esperaba, iba a morir. Le designaron, por fin, un cabo para que le acompañara a lo alto de la calle Saint-Jacques, a la alcaldía del distrito XII.

La plaza del Panteón estaba llena de soldados acostados sobre paja. Amanecía. Los

fuegos del *vivaque* se apagaban.

La insurrección había dejado en aquel barrio huellas formidables. El pavimento de las calles se encontraba de un extremo al otro levantado de manera desigual. Sobre las ruinas de las barricadas quedaban ómnibus, tubos de gas, ruedas de carreteras, en algunos sitios pequeños charcos negros, debía de ser sangre. Las casas estaban acribilladas de proyectiles y su armazón asomaba bajo los desconchados del yeso. Unas celosías, sujetas por un clavo, colgaban como harapos. Escaleras derribadas dejaban ver puertas abiertas al vacío. Se veía el interior de las habitaciones con sus papeles hechos trizas; a veces se habían conservado intactas cosas delicadas. Frédéric observó un reloj de péndulo, un palo de loro, grabados.

Cuando entró en la alcaldía, los guardias nacionales no cesaban de hablar de los muertos De Bréa y De Négrier, del representante Charbonnel y del arzobispo de París. Se decía que el duque de Aumale había desembarcado en Boulogne, Barbès había huido de Vincennes, que la artillería llegaba de Bourges y que afluían las ayudas de las provincias. Hacia las tres alguien llevó buenas noticias; parlamentarios del motín estaban con el presidente de la Asamblea.

Entonces se alegraron; y, como todavía tenía doce francos, Frédéric mandó comprar doce botellas de vino, esperando con esto acelerar su liberación. De pronto creyeron ver un fusilamiento. Las libaciones se pararon; miraron al desconocido con ojos desconfiados; podría ser Enrique V.

Como no tenía ninguna responsabilidad, le llevaron a la alcaldía del distrito XI, de donde no le dejaron salir antes de las nueve de la mañana.

Se fue corriendo al muelle Voltaire. En una ventana abierta, un anciano en mangas de camisa lloraba con la mirada hacia arriba. El Sena corría apaciblemente. El cielo estaba completamente azul; en los árboles de las Tullerías cantaban unos pájaros.

Frédéric atravesaba el Carroussel cuando acertó a pasar una camilla. El puesto de guardia inmediatamente presentó armas, y el oficial dijo, llevando la mano a su chacó: «Honor al valiente desgraciado». Esta frase se había hecho casi obligatoria; el que la pronunciaba parecía seguir solemnemente emocionado. Un grupo de personas furiosas escoltaba la camilla gritando:

—¡Nos vengaremos! ¡Nos vengaremos!

Los coches circulaban por el bulevar, y unas mujeres delante de las puertas hacían hilas. Entretanto, el motín estaba casi vencido; una proclamación de Cavaignac, fijada hacía poco, lo anunciaba. En lo alto de la calle Vivienne apareció un pelotón de guardias móviles. Entonces los burgueses lanzaban gritos de entusiasmo; levantaban los sombreros, aplaudían, bailaban, querían abrazarlos, darles de beber, y de los balcones caían flores que echaban las señoras.

Por fin, a las diez, en el momento en que el cañón rugía para tomar el *faubourg* Saint-Antoine, Frédéric llegó a donde estaba Dussardier. Lo encontró en su buhardilla tendido boca arriba, durmiendo. De la habitación contigua salió silenciosamente una mujer, la señorita Vatnaz.

Llevó aparte a Frédéric y le informó de cómo Dussardier había sido herido.

El sábado, en lo alto de una barricada, en la calle Lafayette, un muchacho envuelto en una bandera tricolor, gritaba a los guardias nacionales: «¡Vais a tirar contra vuestros hermanos!». Como avanzaban, Dussardier había tirado su fusil, apartado a los otros, saltado la barricada y de un puntapié abatió al insurrecto arrancándole la bandera. Lo había sacado de debajo de los escombros, con el muslo perforado por una bala de cobre. Había habido que abrir la herida, extraer el proyectil. La señorita Vatnaz había llegado la misma noche, y desde entonces no lo abandonaba.

Preparaba con inteligencia todo el material de cura, le ayudaba a beber, estaba pendiente de sus menores deseos, iba y venía más ligera que una mosca y lo contemplaba con ojos tiernos.

Durante dos semanas, Frédéric no dejó de visitarlo todas las mañanas; un día que hablaba de la abnegación de la Vatnaz, Dussardier se encogió de hombros.

—Pues no. Es por interés.

—¿Tú crees?

Él replicó:

—¡Estoy seguro! —sin querer añadir nada más.

Ella le colmaba de cuidados hasta llevarle los periódicos donde se exaltaba su bella acción. Estos homenajes parecían importunarle. Llegó a confesar a Frédéric la preocupación de su conciencia.

Quizás habría debido ponerse en el otro lado, con la gente de guardapolvos; pues, en fin, les habían prometido un montón de cosas que no habían cumplido. Sus vencedores detestaban la República; y además, se habían mostrado duros en la confrontación. Sin duda, estaban equivocados, pero no del todo; y el bravo chico estaba torturado por la idea de que podía haber combatido la justicia.

Sénécal, encerrado en las Tullerías, por debajo del nivel de la orilla del río, no sentía esta clase de angustias.

Allí estaban novecientos hombres, amontonados en la suciedad, todos revueltos, negros de pólvora y de sangre cuajada, temblando de fiebre, gritando de rabia; y ni siquiera retiraban a los que estaban muriéndose en medio de los demás. A veces, al ruido súbito de una detonación, creían que iban a fusilarlos a todos; entonces se precipitaban contra las paredes, después volvían a caer en su sitio, tan alelados por el dolor que les

parecía estar viviendo una pesadilla, una alucinación fúnebre. La lámpara colgada de la bóveda parecía una mancha de sangre; y revoloteaban pequeñas llamas verdes y amarillas, producidas por las emanaciones del subterráneo. Temiendo que se produjeran epidemias, se nombró una comisión. Desde los primeros escalones, el presidente se echó hacia atrás, espantado por el olor de los excrementos y de los cadáveres. Cuando los prisioneros se acercaban a un tragaluz, los guardias nacionales, que estaban allí para impedir que sacudiesen las rejas, clavaban las bayonetas en el montón, al azar.

Se comportaron generalmente como despiadados. Los que no habían combatido querían señalarse. Era un desbordamiento de miedo. Se vengaban a la vez de los periódicos, de los clubes, de la formación de grupos, de las doctrinas, de todo lo que les exasperaba desde hacía tres meses; y a pesar de la victoria, la igualdad (como para castigo de sus defensores y burla de sus enemigos) se manifestaba triunfalmente, una igualdad de animales brutos; un mismo nivel de torpezas sangrantes; pues el fanatismo de los intereses equilibró los delirios de la necesidad, la aristocracia tuvo los furores de la crápula, y el gorro de algodón no se mostró menos repelente que el gorro rojo. La razón estaba perturbada como después de las grandes conmociones de la naturaleza. Gentes de talento se volvieron idiotas para toda su vida.

El tío Roque se había vuelto muy valiente, casi temerario. Llegado a París el 26 con sus convecinos de Nogent, en vez de volverse con ellos, se había incorporado a la guardia nacional que acampaba en las Tullerías; y se alegró mucho de que lo pusiesen de centinela delante de la terraza al lado del río. Al menos allí los tenía debajo de él, a aquellos bandoleros. Gozaba con su derrota, con su abyección y no podía aguantarse sin insolentarse contra ellos.

Uno de ellos, un adolescente de larga cabellera rubia, acercó su cara a las rejas pidiendo pan. El tío Roque le mandó callar. Pero el joven repetía con una voz lastimera:

—¡Pan!

—¿Lo tengo yo acaso?

Aparecieron otros prisioneros en el tragaluz, con sus barbas hirsutas, sus pupilas encendidas, empujándose unos a otros y aullando:

—¡Pan!

El tío Roque se indignó al ver que no se reconocía su autoridad. Para ponerles miedo, los encañonó; y no pudiendo aguantar más la marea que le ahogaba, el joven, con la cabeza hacia atrás gritó una vez más:

—¡Pan!

—¡Toma!, ¡ahi tienes! —dijo el tío Roque haciendo un disparo de fusil.

Se produjo un alarido enorme, después nada. Junto a la reja había quedado algo

blanco.

Después de lo cual, el tío Roque regresó a su casa, pues poseía en la calle Saint-Martin una casa donde se había reservado una habitación de paso; y los daños causados por el motín en el escaparate de su inmueble habían contribuido en no pequeña medida a ponerle furioso. Su acción de hacía un momento le tranquilizaba como una indemnización.

Fue su propia hija quien le abrió la puerta. Le dijo inmediatamente que su ausencia tan prolongada la había preocupado; temía una desgracia, una herida.

Esta prueba de amor filial enterneció al tío Roque. Se extrañó de que ella se hubiese puesto en camino sin Catherine.

—La he enviado a hacer un recado —contestó Louise.

Y le informó de su salud, de unas cosas y otras; luego, con un aire indiferente, le preguntó si por casualidad no se había encontrado con Frédéric.

—¡No!, ¡ni por asomo!

Era únicamente por él por quien había hecho el viaje. Alguien pasó por el pasillo.

—¡Ah!, ¡perdón!

Y ella desapareció.

Catherine se había encontrado con Frédéric. Estaba ausente desde hacía varios días, y su amigo íntimo, el señor Deslauriers, vivía ahora en provincias.

Louise reapareció toda temblorosa, sin poder hablar. Se apoyaba contra los muebles.

—¿Qué tienes?, ¿qué tienes?

Ella hizo señas de que no era nada, y con un gran esfuerzo de voluntad se repuso.

De la casa de comidas de enfrente llevaron la sopa. Pero el tío Roque había sufrido una emoción demasiado violenta. «Aquello no podía pasar», y en el postre tuvo una especie de desmayo. Rápidamente fueron a buscar a un médico, que prescribió una poción. Después, ya en cama, el tío Roque exigió el mayor número de mantas posible para entrar en calor. Suspiraba, gemía.

—¡Gracias, mi buena Catherine! ¡Besa a tu pobre padre, mi pichoncita! ¡Ah!, ¡estas emociones!

Y como su hija le riñese por haberse puesto enfermo a fuerza de atormentarse por ella, él replicó:

—¡Sí!, ¡tienes razón! Pero es más fuerte que yo. Soy demasiado sensible.

CAPÍTULO II

La señora Dambreuse, en su saloncito, entre su sobrina y miss John, escuchaba al tío Roque, que estaba contando sus proezas militares.

Ella se mordía los labios, parecía sufrir.

—¡Oh!, no es nada, esto pasará.

Y con aire gracioso:

—Tendremos a cenar a uno de sus conocidos, el señor Moreau.

Louise se estremecía.

Y alabó sus maneras, su cara, y principalmente sus costumbres.

La señora Dambreuse mentía menos de lo que creía; el vizconde soñaba con el matrimonio. Se lo había dicho a Martinon, añadiendo que estaba seguro de agradar a la señorita Cécile y que sus padres lo aceptarían.

Para arriesgarse a tal confianza, debía de tener informes ventajosos sobre la dote. Ahora bien, Martinon sospechaba que Cécile era hija natural del señor Dambreuse; y hubiera sido, probablemente, muy fuerte pedir su mano por si acaso. Esta audacia ofrecía peligros; por eso, Martinon, hasta el momento, se había conducido de modo que no se comprometía; además, no sabía cómo deshacerse de la tía. La palabra de Cisy le decidió; y había hecho su petición al banquero, el cual, no viendo obstáculo en ello, acababa de informar a la señora Dambreuse.

Apareció Cisy. Ella se levantó, dijo:

—Usted nos olvida... Cécile, choca esa mano.

En el mismo momento entraba Frédéric.

—¡Ah!, por fin, volvemos a verle —exclamó el tío Roque—. Estuve tres veces en su casa, con Louise, esta semana.

Frédéric había evitado cuidadosamente encontrarse con ellos. Alegó que pasaba jornadas enteras a la cabecera de un camarada herido. Desde hacía mucho tiempo, además, había tenido un montón de ocupaciones; e inventaba disculpas. Felizmente, llegaron los invitados; primeramente, el señor Paul de Grémonville, el diplomático que había visto en

el baile, después Fumichon, el industrial que le había escandalizado una tarde con su celo de conservador; la vieja duquesa de Montreuil-Nantua llegó poco después.

Entretanto se oyeron dos voces en la antesala.

—Estoy segura —decía una.

—Mi querida señora, mi querida y bella señora —respondía la otra—, por favor, cálmese.

Era el señor de Nonancourt, un viejo coquetón, que parecía momificado con *cold-cream*, y la señora de Larsillois, esposa de un prefecto de Luis Felipe. Estaba toda temblorosa, porque acababa de oír tocar al órgano una polka que servía de señal a los insurrectos. Muchos burgueses se imaginaban algo parecido; creían que, en las catacumbas, había hombres dispuestos a hacer saltar el *faubourg* Saint-Germain; de las tabernas salían rumores confusos; cosas sospechosas se transmitían a las ventanas.

Todo el mundo, sin embargo, hizo por tranquilizar a la señora de Larsillois. El orden estaba restablecido. Ya nada había que temer. «Cavaignac nos ha salvado». Como si no hubieran bastado los horrores de la insurrección, todavía los exageraban. Por el lado de los socialistas había habido veintitrés mil condenados a trabajos forzados, ni uno menos.

No había ninguna duda acerca del envenenamiento de los víveres, de los guardias móviles que habían sido serrados entres dos tablas, y de que en las banderas de los insurrectos había inscripciones que incitaban al pillaje, al incendio.

—Y algo peor —añadió la mujer del ex prefecto.

—¡Ah, querida! —interrumpió públicamente la señora Dambreuse, señalando con la mirada a las tres jóvenes.

La señora Dambreuse salió de su gabinete con Martinon. Volvió la cabeza y contestó a los saludos de Pellerin que se adelantaba. El artista observaba las paredes con aire preocupado. El banquero lo llevó aparte y le dio a entender que había tenido que esconder, por el momento, su cuadro revolucionario.

—¡Claro! —Dijo Pellerin, quien después de su fracaso en el «Club de la Inteligencia» había cambiado de opinión.

El señor Dambreuse insinuó muy cortésmente que le encargaría otros trabajos.

—Pero, perdón... ¡Ah, querido amigo, qué placer!

Arnoux y Mme. Arnoux estaban delante de Frédéric.

Le dio una especie de vértigo. Rosanette le había molestado toda la tarde expresando su admiración por los militares; y el viejo amor volvió a despertar.

El *maitre d'hôtel* anunció que la cena estaba servida. Con una mirada ordenó al vizconde que tomase del brazo a Cécile, y susurró a Martinon: «¡Miserable!» y pasaron al

comedor.

Bajo las hojas verdes de una piña, en medio del mantel, se extendía un besugo que daba la cara a un cuarto de corzo y tocaba con la cola un plato de cangrejos dispuestos en pirámide. Higos, enormes cerezas, peras y uvas (frutas tempranas de cultivadores parisinos) formaban agudas pirámides en fruteros de vieja porcelana de Sajonia; manojos de flores alternaban con relucientes vajillas de plata; las persianas de seda blanca bajadas delante de las ventanas filtraban en la habitación una luz suave; dos recipientes donde había trocitos de hielo mantenían un ambiente fresco en la sala; la mesa estaba servida por criados de gran estatura que vestían calzón corto. Todo esto resultaba todavía más agradable después de las emociones de los días pasados. Se volvía a gozar de las cosas que se temían perder; y Nonancourt expresó el sentir general diciendo:

—¡Ah!, esperemos que los señores republicanos nos permitan cenar.

—A pesar de su fraternidad —añadió ingeniosamente el tío Roque.

Estos dos honorables estaban sentados respectivamente a derecha e izquierda de la señora Dambreuse, quien tenía enfrente a su marido, entre la señora De Larsillois, que tenía a su lado al diplomático, y la vieja duquesa al lado de Fumichon. Luego venían el pintor, el comerciante de cerámica, la señorita Louise y, gracias a Martinon, que le había quitado el puesto para ponerse al lado de Cécile, Frédéric se encontró al lado de Mme. Arnoux.

Llevaba un vestido de barés negro, una pulsera de oro en la muñeca, y, como la primera vez que le había invitado a cenar en su casa, algo rojo en su pelo, una rama de fucsia entrelazada en el moño. Frédéric no pudo menos de decirle:

—¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos!

—¡Ah! —replicó ella fríamente.

Él continuó en un tono suave que atenuaba la impertinencia de la pregunta:

—¿Ha pensado alguna vez en mí?

—¿Por qué iba a pensar?

A Frédéric le molestaron aquellas palabras.

—Quizás tiene usted razón, después de todo.

Pero, arrepintiéndose rápidamente, juró que no había vivido un sólo día sin que su recuerdo dejase de atormentarle.

—No le creo absolutamente nada, señor.

—Sin embargo, usted sabe que la quiero.

Mme. Arnoux no contestó.

—Usted sabe que la quiero.

Ella seguía callada.

«Bueno, vete a paseo», dijo para sí Frédéric.

Y, alzando la vista, vio en el otro extremo de la mesa a la señorita Roque.

Había creído estar más coqueta vistiéndose de verde, color que chocaba con el tono rojo de su pelo. La hebilla de su cinturón estaba demasiado alta, su cuello de encaje le hundía la cabeza entre los hombros, esta falta de elegancia había influido sin duda en la fría actitud de Frédéric. Ella lo observaba desde lejos, curiosamente; y Arnoux, que estaba al lado de ella, por más piropos que le echaba, no lograba arrancarle tres palabras, de modo que, renunciando a hacerse grato, se puso a escuchar la conversación. Ahora discurría sobre los purés de piña del Luxemburgo.

Según Fumichon, Louis Blanc poseía un palacio en la calle Saint-Dominique y se resistía a alquilarlo a los obreros.

—Yo lo que encuentro raro —dijo Hussonnet— es que Ledru-Rollin vaya a cazar a las fincas de la Corona.

—Debe veinte mil francos a un orfebre, añadió Cisy; e incluso se dice...

La señora Dambreuse le interrumpió.

—¡Ah!, qué feo es acalorarse por la política. Un joven, pase. Ocúpese más bien de su vecina.

Luego la gente sería la emprendió con los periódicos.

Arnoux salió en su defensa; Frédéric intervino afirmando que eran empresas comerciales semejantes a las otras. Los que escribían en ellos eran, por lo general, unos cretinos o unos bromistas; se hizo pasar por tal para conocerlos, y combatía con sarcasmos los sentimientos generosos de su amigo. Mme Arnoux no se daba cuenta de que lo hacía para vengarse de ella.

Entretanto, el vizconde se torturaba la mente para conquistar a la señorita Cécile. Al principio alardeó de sus aficiones artísticas, criticando la forma de las pequeñas garrafas y el grabado de los cuchillos. Después habló de su cuadra, de su sastre y de su camisero; por fin, abordó el capítulo de la religión y encontró un medio de dar a entender que él cumplía con sus deberes religiosos.

Martinon lo hacía mejor. De una manera pausada y mirándola continuamente, elogiaba su perfil de pájaro, su descolorido pelo rubio, sus manos demasiado cortas. La fea joven gozaba bajo aquel chaparrón de piropos.

Como todos hablaban en voz alta, no se podía oír nada. El señor Roque abogaba por una mano de hierro para gobernar Francia. Nonancourt llegó a echar de menos la

guillotina para los crímenes políticos. Había que exterminar de una vez a todos aquellos bandidos.

—Si hasta son unos cobardes —dijo Fumichon—. Yo no veo valentía alguna en ponerse detrás de las barricadas.

—A propósito, hablemos de Dussardier —dijo el señor Dambreuse volviéndose a Frédéric.

El bravo empleado se había convertido en un héroe, como Sallesse, los hermanos Jeanson, La Péquillet, etc.

Frédéric, sin hacerse rogar, contó la historia de su amigo; lo cual le procuró a él una especie de aureola.

Llegaron, con toda naturalidad, a relatar diferentes rasgos de valor. Según el diplomático, no era difícil afrontar la muerte, prueba de ello: los que se batían en duelo.

—Podemos remitirnos al vizconde —dijo Martinon.

El vizconde se puso todo rojo.

Los invitados le miraban; y Louise, más asombrada que los demás, murmuró:

—¿De qué se trata?

—Se rajó ante Frédéric —replicó Arnoux en voz baja.

—¿Usted sabe algo, señorita? —preguntó enseguida Nonancourt.

Y dio su respuesta a la señora Dambreuse, quien, inclinándose un poco, se puso a observar a Frédéric.

Martinon no aguardó las preguntas de Cécile. Le dijo que este asunto tenía que ver con una persona incalificable. La joven se recostó ligeramente en su silla, como para evitar el contacto con semejante libertino.

La conversación, entretanto, se había reanudado. Circulaban los grandes vinos de Burdeos, la gente se animaba; Pellerin estaba resentido con la Revolución a causa del museo español, definitivamente perdido. Era lo que más le afligía como pintor. En este punto, el tío Roque le interpeló.

—¿No sería usted el autor de un cuadro muy notable?

—¡Quizás! ¿Cuál?

—Ese que representa a una señora en un vestido... ¿cómo diría, con propiedad... un poco... ligero, con una bolsa y un pavo real detrás?

Frédéric a su vez se puso colorado. Pellerin parecía no darse por enterado.

—Sin embargo, es una obra ciertamente suya. Pues al pie del cuadro está escrito su

nombre y una tarjeta encima atestigua que su propietario es el señor Moreau.

Un día, mientras esperaban a Frédéric, el tío Roque y su hija habían visto en su casa el retrato de la Mariscal. El buen hombre incluso lo había tomado por «una tabla gótica».

—¡No! —dijo bruscamente Pellerin—; es un retrato de mujer.

Martinon añadió:

—De una mujer que está bien viva. ¿Verdad, Cisy?

—¡Ah!, no sé nada.

—Creí que la conocía. Pero como veo que le molesta, le pido mil perdones.

Cisy bajó la vista, demostrando con su turbación que había tenido una intervención lamentable en aquel retrato. En cuanto a Frédéric, estaba claro que la modelo del cuadro era su amante. Fue una de esas convicciones a las que se llega inmediatamente y las expresiones de los circunstantes lo manifestaban sin lugar a dudas.

—¡Cómo me mentía! —se dijo Mme. Arnoux.

«Es, pues, por eso por lo que me ha dejado», pensó Louise.

Frédéric se imaginaba que estas dos historias podían comprometerle; cuando se encontraron en el jardín se lo reprochó a Martinon.

El galán de la señorita Cécile se le rió en las narices.

—¡Eh!, nada de eso, al contrario, eso puede ayudarte. Sigue adelante.

¿Qué quería decir? Además, ¿qué significaba esa benevolencia tan contraria a sus hábitos? Sin dar ninguna explicación, se fue hacia el fondo, donde estaban sentadas las mujeres. Los hombres se mantenían de pie, y Pellerin, en medio de ellos, exponía sus ideas. El régimen más favorable para las artes era una monarquía bien entendida. Los tiempos modernos le asqueaban, aunque sólo fuese por la Guardia Nacional; echaba de menos la Edad Media, a Luis XIV; el tío Roque le felicitó por sus opiniones, confesando incluso que echaban por tierra todos sus prejuicios sobre los artistas. Pero se alejó casi inmediatamente, atraído por la voz de Fumichon. Arnoux trataba de demostrar que hay dos socialismos, uno bueno y otro malo. El industrial no veía las diferencias, pues sólo oír la palabra «propiedad» le encolerizaba y le hacía dar vueltas a la cabeza.

—Es un derecho que está escrito en la naturaleza. Los niños tienen apego a sus juguetes, todos los pueblos son de mi parecer, todos los animales; el mismo león, si pudiera hablar, se declararía propietario. Así yo, señores, comencé con quince mil francos de capital. Durante treinta años, fíjense bien, me levantaba regularmente a las cuatro de la mañana. Me ha costado un trabajo de mil diablos llegar a lo que tengo. Y se atreverán a decirme que no soy el amo, que mi dinero no es mío, en fin, que la propiedad es un robo.

—Pero Proudhon...

—Déjeme en paz con su Proudhon. Si estuviera aquí, creo que lo estrangularía.

Lo habría estrangulado. Sobre todo, después de los licores, Fumichon era otra persona; y su cara de apopléjico estaba a punto de estallar como un obús.

—Buenos días, Arnoux —dijo Hussonnet, que pasó rozando el césped.

Llevaba al señor Dambreuse la primera hoja de un folleto titulado *La Hidra*, en la que el bohemio defendía los intereses de un círculo reaccionario, y el banquero lo presentó como tal a sus invitados.

Hussonnet los divirtió primero contando que los comerciantes de sebo pagaban a trescientos noventa y dos muchachos para que cada noche gritasen: «Farolillos»; después, tomando a broma los principios del 89, la liberación de los negros, los oradores de la izquierda; llegó incluso a declamar «Prudhomme sobre una barricada», tal vez por una ingenua envidia contra aquellos burgueses que habían cenado bien. La broma agradó hasta cierto punto. Hubo caras largas.

No era momento de bromear, por lo demás; Nonancourt lo advirtió, recordando la muerte de monseñor Affre y la del general De Bréa. Seguían recordándolos; y sacaban consecuencias de ellas. El tío Roque declaró que la muerte del arzobispo era lo más sublime que podía darse; Fumichon daba la palma al militar; y, en vez de limitarse a deplorar estos dos asesinatos, se pusieron a discutir sobre cuál de los dos debía suscitar mayor indignación. Siguió un segundo paralelo, esta vez entre Lamoricière y Cavaignac. Dambreuse exaltaba a Cavaignac, y Nonancourt a Lamoricière. Salvo Arnoux, ninguno de los que estaban allí había podido verlos en acción. Nadie dejó de formular juicios irrevocables sobre sus operaciones. Frédéric se había declarado incompetente y confesó que él no había tomado las armas. El diplomático y el señor Dambreuse le hicieron con la cabeza un signo de aprobación. En efecto, haber combatido el motín quería decir haber defendido la República. El resultado, aunque favorable, la consolidaba; y, ahora que se habían deshecho de los vencidos, deseaban ser los vencedores.

Apenas en el jardín, la señora Dambreuse, tomando aparte a Cisy, lo reprendió por su torpeza; al ver a Martinon, ella lo despidió, después quiso saber por medio de su futuro sobrino la causa por la cual habían hecho bromas a cuenta del vizconde.

—No hay ninguna.

—Y todo esto parecía hecho a propósito para ensalzar al señor Moreau. ¿Con qué fin?

—Con ninguno. Frédéric es un chico encantador. Yo lo quiero mucho.

—Y yo también. Que venga. Vayan a buscarlo.

Después de dos o tres frases banales, la señora se puso a hablar con ligero desprecio de sus huéspedes, lo cual equivalía a colocarle a él por encima de todos ellos. Frédéric no dejó de denigrar moderadamente a las otras mujeres, lo cual era una manera hábil de

hacerle cumplidos. Pero ella le dejaba de vez en cuando, era tarde de recepción, llegaban señoras; luego volvía a su puesto, y la disposición totalmente fortuita de los asientos les permitía hablar sin ser oídos.

Ella se mostró jovial, seria, melancólica y razonable. Las preocupaciones del día le interesaban medianamente; había toda una serie de sentimientos menos transitorios. Se quejaban de los poetas que desvirtúan la verdad, después, levantando los ojos al cielo, le preguntó el nombre de una estrella.

Habían puesto en los árboles dos o tres faroles chinos; el viento los movía, sus luces de color temblaban sobre su vestido blanco. Estaba, según su costumbre, un poco echada hacia atrás en su sillón, y delante tenía un pequeño taburete para los pies; se veía apenas la punta de un zapato de raso negro; y a la señora Dambreuse se le escapaba de vez en cuando una palabra un poco más alta, incluso a veces una risa.

Estas coqueterías no llegaban a Martinon, entretenido con Cécile; pero iban a llamar la atención de la joven señorita Roque, que conversaba con Mme. Arnoux. Era la única, entre aquellas mujeres, cuyos modales no le parecían desdeñosos. Había ido a sentarse a su lado después, cediendo al deseo de expansionarse:

—¿Verdad que habla bien Frédéric Moreau?

—¿Lo conoce usted?

—¡Oh!, mucho. Somos vecinos, jugaba conmigo siendo yo niña.

Mme. Arnoux le echó una larga mirada que significaba: «¿No estará enamorada de él, me imagino?».

La de la chica replicó sin alterarse: «¡Sí!».

—Entonces, ¿lo ve con frecuencia?

—¡Oh, no!, sólo cuando va a ver a su madre. Hace diez meses que no va por allí. Sin embargo, había prometido ser más asiduo.

—No hay que fiarse mucho de las promesas de los hombres, hija mía.

—Pero a mí no me ha engañado.

—Como a otras.

Louise se estremeció: «¿Acaso le había prometido algo también a ella?», y su cara estaba crispada de desconfianza y de odio.

Mme. Arnoux casi le tuvo miedo; hubiera querido retirar aquellas palabras. Luego, las dos permanecieron en silencio.

Como Frédéric estaba en frente, en una silla de tijera, ellas lo miraban, la una decentemente con el rabillo del ojo, la otra descaradamente, con la boca abierta, de modo que la señora Dambreuse le dijo:

—Vuélvase para que la vea.

—¿A quién?

—Pues a la hija del señor Roque.

Y le tomó el pelo diciéndole que estaba enamorado de aquella joven provinciana. Él se defendía intentando reírse.

—Pero ¿es posible?, dígame, ¡semejante petardo!

Sin embargo, su vanidad se sentía inmensamente halagada. Recordaba la noche pasada, en la que había salido con el corazón lleno de humillaciones; y respiraba a pleno pulmón; se sentía en su verdadero ambiente, casi en su propiedad, como si todo aquello, incluido el palacio de los Dambreuse, fuera suyo. Las señoritas formaban un semicírculo para escucharle; y, para lucirse, se pronunció a favor del restablecimiento del divorcio, que había que facilitar hasta poder dejarse y reunirse indefinidamente tantas veces como se quisiera. Ellas protestaron; otras cuchicheaban; surgían pequeñas voces en la sombra, al pie de la pared cubierta de aristoloquias. Era como un alegre cacareo de gallinas; y Frédéric desarrollaba su teoría con ese aplomo que da el saberse escuchado. Un criado llevó al cenador una bandeja llena de helados. Los caballeros se acercaron. Hablaban de detenciones.

Entonces, Frédéric se vengó del vizconde haciéndole creer que podían perseguirle por legitimista. El otro objetaba que no se había movido de su habitación; su adversario acentuó las tintas negras; los señores Dambreuse y de Grémonville también se divertían a su costa. Después cumplieron a Frédéric, no sin lamentar que no emplease sus dotes en la defensa del orden; y hubo un apretón de manos cordial; en adelante podía contar con ellos. En fin, cuando todo el mundo se iba, el vizconde hizo una profunda inclinación ante Cécile:

—Señorita, tengo el gran honor de desearle buenas noches.

Ella contestó en tono seco:

—Buenas noches.

Y sonrió a Martinon.

El señor Roque, para continuar su discusión con Arnoux, le propuso acompañarle «así como a la señora», ya que llevaban el mismo camino. Louise y Frédéric caminaban delante. Ella le había cogido del brazo; y cuando estuvieron bastante lejos de los otros:

—¡Ah!, por fin, por fin. He sufrido bastante toda la velada. ¡Qué malas son esas mujeres! ¡Qué aire de superioridad!

Él quiso defenderlas.

—En primer lugar, bien podías haberme dicho algo al entrar, hace un año que no te

dejas ver.

—No hace un año —dijo Frédéric, contento de corregirle este fallo para evitarse los otros.

—Bueno. El tiempo me ha parecido largo, eso es todo. Pero durante esta abominable cena era para creer que te avergonzabas de mí. ¡Ah! comprendo que no tengo lo que hace falta para agradar, como ellas.

—Te equivocas —dijo Frédéric.

—¡De veras! ¡Júrame que no quieres a ninguna!

Frédéric juró.

—Y es a mí sola a quien quieres.

—Pues claro.

Esta seguridad la alegró. Habría querido perderse con él por las calles para pasear juntos toda la noche.

—He sufrido tanto allí. No hablaban más que de barricadas. Te veía caer de espaldas, cubierto de sangre. Tu madre estaba en casa con su reuma. No sabía nada. Tenía que callarme. No podía aguantarme más. Entonces tomé a Catherine.

Y le contó su salida, todo su camino, y la mentira contada a su padre.

—Viene a recogerme dentro de dos días. Ven mañana por la tarde, como por casualidad, y aprovecha para pedirme en matrimonio.

Jamás Frédéric había estado más lejos del matrimonio. Además, la señorita Roque le parecía una insignificante persona bastante ridícula. ¡Qué diferencia con una mujer como la señora Dambreuse! Era muy distinto el porvenir que le esperaba. Hoy estaba muy seguro de ello; por eso no era el momento de comprometerse, por una corazonada, en una decisión de tanta importancia. Ahora había que ser realista; y además, había vuelto a ver a Mme Arnoux. Sin embargo, la franqueza de Louise le ponía en un apuro. Replicó:

—¿Has reflexionado bien sobre el paso que vas a dar?

—¡Cómo! —exclamó ella, helada de sorpresa y de indignación.

Él dijo que casarse ahora sería una locura.

—¿Así que tú no quieres nada conmigo?

—Es que tú no me comprendes.

Y comenzó con una palabrería muy embrollada para darle a entender que tenía razones de peso, que incluso su patrimonio estaba comprometido (Louise zanjaba todo con una palabra clara). En fin, que las circunstancias políticas eran desfavorables. Las cosas se arreglarían sin duda; al menos, él lo esperaba; y como ya no encontraba más razones,

fingió recordar bruscamente que hacía ya dos horas que habría tenido que estar en casa de Dussardier.

Después, luego de haberse despedido de los otros, se metió por la calle Hauteville, dio la vuelta al Gimnasio, volvió al bulevar, y subió corriendo los cuatro pisos de Rosanette.

El señor y la señora Arnoux dejaron al tío Roque y a su hija a la entrada de la calle Saint-Denis. Volvieron allí sin decir nada; él extenuado de tanta charla, y ella rendida de cansancio; teniendo incluso que apoyarse en su hombro. Era el único hombre que había dado muestras aquella noche de sentimientos honrados. La mujer se sintió llena de indulgencia con él. Sin embargo, por su parte, Arnoux guardaba algún rencor a Frédéric.

—¿Viste la cara que puso cuando se habló del retrato? ¿Recuerdas cuando yo te decía que era su amante y tú no querías creerme?

—¡Oh!, sí, me equivocaba.

Arnoux, satisfecho de su triunfo, insistió.

—Te apuesto incluso que nos ha dejado hace un momento para ir a reunirse con ella. Estoy seguro de que está ahora en su casa, ¡vaya!, y de que pasa allí la noche.

Mme Arnoux había bajado su capucha.

—Pero ¡estás temblando!

—Es que tengo frío —dijo ella.

Apenas su padre se quedó dormido, Louise entró en la habitación de Catherine, y, sacudiéndola por el hombro:

—¡Levántate!... ¡Pronto!, ¡más pronto!, y vete a buscar un simón.

Catherine le respondió que a aquella hora ya no había.

—Entonces tú misma vas a acompañarme.

—¿A dónde?

—A casa de Frédéric.

—Imposible. ¿Para qué?

Era para hablar con él. No podía esperar. Quería verlo inmediatamente.

—Ni hablar. Presentarse así en una casa a media noche. Además, a estas horas está durmiendo.

—Lo despertaré.

—Pero eso no es decente para una señorita.

—Yo no soy una señorita. Soy su mujer. Le quiero. Vamos, ponte el chal.

Catherine, de pie al lado de su cama, reflexionaba. Acabó por decir:

—No, no quiero.

—Bueno, pues quédate. Yo voy allá.

Louise se deslizó como una culebra por la escalera. Catherine se lanzó detrás de ella, la alcanzó en la acera. Sus protestas fueron inútiles; y la seguía al tiempo que terminaba de anudar su camisola. El camino le pareció larguísimo. Se quejaba de sus viejas piernas.

—Después de todo, yo no tengo ningún motivo para correr, vamos.

Luego se ablandaba.

—¡Corazón mío! Ya no te queda más que tu Catau, ¿ves?

De vez en cuando le entraban escrúpulos.

—¡Ah!, ¡qué cosas me hacen hacer! ¡Si se despertara su padre! ¡Ojalá no ocurra!

Delante del teatro de Variedades, una patrulla de la guardia nacional las paró. Louise dijo enseguida que iba con su muchacha a buscar un médico. Las dejaron pasar.

En la esquina de la Magdalena encontraron una segunda patrulla, y, como Louise les hubiese dado la misma contestación, uno de los ciudadanos exclamó:

—¿No será para una enfermedad de nueve meses, querida?

—¡Gougibaud! —exclamó el capitán—, ¡nada de indecencias en las filas!; ¡circulen, señoras!

A pesar de la orden terminante, continuaron los rasgos de ingenio.

—Que se divierta.

—Mis respetos al doctor.

—Cuidado con el lobo.

—Les gusta reír —dijo en voz alta Catherine—. Son jóvenes.

Por fin, llegaron a casa de Frédéric. Louise tiró de la campanilla con fuerza varias veces. La puerta se entabrió y el conserje respondió a su pregunta:

—No.

—¿Pero estará acostado?

—Le digo que no. Hace tres meses que no duerme en casa.

Y el pequeño cristal de la portería volvió a bajar claramente como una guillotina. Las dos mujeres se quedaron a oscuras, bajo la bóveda. Una voz furiosa les gritó:

—¡Salgan!

La puerta se volvió a abrir; salieron.

Louise tuvo que sentarse en un guardacantón; y cogiéndose la cabeza entre las manos lloró con toda el alma. Estaba amaneciendo, pasaban carretas.

Catherine la llevó a casa, sosteniéndola, besándola, prodigándole toda clase de consuelos que le dictaba su experiencia. No había que sufrir tanto por los hombres. Si éste le fallaba, ya encontraría otros.

CAPÍTULO III

Cuando se le pasó el entusiasmo por los guardias móviles, Rosanette se volvió más encantadora que nunca, y Frédéric, sin darse cuenta, tomó la costumbre de vivir en casa de ella.

Lo mejor de la jornada era la mañana, en la terraza. En chambra de batista y en pantuflas, sin medias, iba y venía alrededor de él, limpiaba la jaula de los canarios, cambiaba el agua a los peces rojos y se entretenía en trabajos de jardinería con una badila en la caja llena de tierra, de donde salía un emparrado de capuchinas que cubría la pared. Después, de codos en el balcón, miraban juntos los coches, los transeúntes; y se calentaban al sol, hacían proyectos para la velada. Él se ausentaba dos horas a lo sumo; luego iban a un teatro cualquiera al proscenio; y Rosanette, con un gran ramo de flores en mano, escuchaba la orquesta, mientras que Frédéric le contaba al oído cosas joviales o galantes. Otras veces tomaban una calesa que los llevaba al bosque de Bolonia; se paseaban hasta tarde, hasta medianoche. Por fin, regresaban por el Arco del Triunfo y la gran avenida, aspirando el aire, con las estrellas sobre sus cabezas, y todos los faroles de gas encendidos alineados hasta el fondo ofreciendo una perspectiva como un doble cordón de perlas luminosas.

Frédéric la esperaba siempre que iban a salir; ella tardaba mucho en enlazar alrededor de su barbilla las dos cintas de su capucha; y se sonreía a sí misma ante el espejo del armario. Después lo cogía del brazo y forzándole a contemplarse junto a ella:

—¡Qué buena pareja hacemos! ¡Ah! ¡pobre amor, te comería!

Ahora él se había convertido en cosa suya, en una propiedad suya. Ella tenía en su cara como un continuo reflejo de él, al mismo tiempo que sus maneras se habían vuelto más lánguidas, sus formas más redondas; Frédéric la encontraba cambiada, aunque no habría sabido decir de qué manera.

Un día le contó, como noticia importante, que el señor Arnoux acababa de montar una tienda de ropa blanca a una antigua obrera de su fábrica; él iba allí todas las tardes, «gastaba mucho; sin ir más lejos, la otra semana le había regalado todos los muebles de palisandro».

—¿Cómo lo sabes? —dijo Frédéric.

—Lo sé de buena tinta.

Delphine, ejecutando sus órdenes, había ido a informarse. Debía de querer mucho a Arnoux para ocuparse tanto de él. Frédéric se limitó a contestarle:

—¿Qué te importa eso?

Rosanette se sorprendió al oír la pregunta.

—Es que ese canalla me debe dinero. ¿No es abominable ver cómo sostiene a unas bribonas?

Después, con una expresión de odio satisfecho:

—Hay que decir que ella se burla bien de él. Tiene otros tres amigos. ¡Mejor!, ¡y que le coma hasta el último céntimo, me alegraré!

Arnoux, en efecto, se dejaba explotar por la Bordelesa, con toda la indulgencia de los amores seniles.

La fábrica ya no marchaba; el conjunto de sus negocios estaba en una situación lastimosa; de modo que, para ponerlos a flote, pensó primeramente en abrir un café cantante en el que sólo se cantarían canciones patrióticas; con una subvención del Ministerio, el negocio se habría convertido a la vez en un foco de propaganda y en una fuente de ingresos. Como la dirección del poder había cambiado, esto era una cosa imposible. Ahora soñaba con una gran sombrerería militar. Le faltaban los fondos para empezar.

No era más feliz su vida familiar. Mme. Arnoux se mostraba menos cariñosa con él, a veces incluso un poco áspera. Berta se ponía siempre de parte de su padre. Esto aumentaba las desavenencias, y el ambiente de la casa se hacía insoportable. A menudo salía por la mañana, pasaba el día dando muchas vueltas, para aturdirse, después cenaba en cualquier taberna de pueblo, donde se entregaba a sus reflexiones.

La ausencia prolongada de Frédéric alteraba sus hábitos. Por eso, una tarde se presentó en su casa, le suplicó que fuese a verla como antes y obtuvo su promesa.

Frédéric no se atrevía a volver a casa de Mme. Arnoux. Creía haberla traicionado. Pero éste era un comportamiento muy cobarde. Cada vez tenía menos disculpas. ¡Habría que acabar con esto! Y una tarde se puso en camino.

Como llovía, apenas había entrado en el pasaje Jouffroy, a la luz de los escaparates se le acercó un hombre bajo y gordo con gorra de visera. Frédéric reconoció fácilmente a Compain, el orador que había provocado tantas risas en el club con su moción. Se apoyaba en el brazo de un individuo tocado con un gorro rojo de zuavo, el labio superior muy grueso, el color amarillo como una naranja, la mandíbula cubierta con una barba corta, y que le contemplaba con unos grandes ojos brillando de admiración.

Compain, sin duda, estaba orgulloso de él, pues dijo:

—Le presento a este buen mozo. Es un amigo mío, zapatero, un patriota. ¿Tomamos algo?

Frédéric, después de haberle dado las gracias, empezó inmediatamente a tronar contra la propuesta Rateau, una maniobra de los aristócratas. Para terminar con ella, había que volver a empezar como en el 93. Después, preguntó por Regimbart y por algunos otros, también famosos, como un tal Deslauriers, comprometido en el asunto de las carabinas interceptadas últimamente en Troyes. Todo esto era nuevo para Frédéric. Compain no sabía nada más del asunto. Lo dejó diciendo:

—Hasta pronto, ¿verdad?, pues también usted forma parte.

—¿De qué?

—De la cabeza de ternera.

—¿Qué cabeza de ternera?

—¡Ah!, ¡farsante! —replicó Compain, dándole una palmadita en el vientre.

Y los dos terroristas se metieron en un café.

Diez minutos después, Frédéric no pensaba ya en Deslauriers. Estaba parado en la acera de la calle Paradis, delante de una casa; y miraba en el segundo piso, detrás de las cortinas, el resplandor de una lámpara.

Por fin, subió la escalera.

—¿Está Arnoux?

La doncella respondió:

—No. Pero no importa, pase.

Y abriendo bruscamente una puerta:

—Señora, es el señor Moreau.

Se levantó más pálida que el cuello de su vestido. Temblaba.

—¿A qué se debe el honor... de una visita... tan imprevista?

—A nada. Al placer de volver a ver a los antiguos amigos.

Y, al tiempo, se sentaba:

—¿Cómo va el buen amigo Arnoux?

—Perfectamente. Ha salido.

—¡Ah!, comprendo, sigue con sus viejas costumbres de la noche; un poco de distracción.

—¿Por qué no? Después de una jornada de cuentas, la cabeza necesita descanso.

Elogió a su marido como gran trabajador. Este elogio irritó a Frédéric; y, señalando un trozo de tela negra con trencillas azules que ella tenía sobre sus rodillas:

—¿Qué está haciendo ahí?

—Arreglando una chaqueta para mi hija.

—A propósito, no la veo, ¿dónde está?

—En un internado —replicó Mme. Arnoux.

Las lágrimas le vinieron a los ojos; las aguantaba pasando rápidamente la aguja. Él había cogido para disimular un número de *L'Illustration*, que estaba sobre la mesa, cerca de ella.

—Estas caricaturas de Cham son muy raras, ¿verdad?

—Sí.

Después volvieron a quedarse callados.

Una racha de viento sacudió de pronto los cristales.

—¡Qué tiempo! —dijo Frédéric.

—En efecto, es muy amable por su parte haber venido con esta horrible lluvia.

—¡Oh! No me preocupa lo más mínimo. No soy de esas personas a quienes el mal tiempo les sirve de pretexto para no acudir a sus citas.

—¿Qué citas? —preguntó ella ingenuamente.

—¿No se acuerda?

Presa de un temblor, bajó la cabeza.

Frédéric le puso suavemente la mano sobre el brazo.

—Le aseguro que me ha hecho sufrir mucho.

Y continuó con una especie de lamento en la voz:

—Pero temía por mi hijo.

Y le contó la enfermedad del pequeño Eugène y todas las angustias de aquella jornada.

—Gracias, gracias. Ahora ya no dudo. La amo como siempre.

—No, no es cierto.

—¿Por qué?

Lo miró fijamente.

—Se olvida de la otra. Aquella que acompañaba en las carreras. La mujer del retrato que usted tiene, su amante.

—Bueno, sí —exclamó Frédéric—. No niego nada. Soy un miserable. Escúcheme.

Si había tomado a Rosanette, era por desesperación, como quien se suicida. Por lo demás, él la había hecho muy desgraciada para vengarse con ella de su propia vergüenza.

—¡Qué suplicio! ¿Usted no entiende?

Mme. Arnoux volvió su hermosa cara tendiéndole la mano; y cerraron los ojos, absortos en una embriaguez que era como un arrullo suave e infinito. Después quedaron contemplándose, frente a frente, uno cerca de la otra.

—¿Podría usted creer que ya no la amaba?

Ella respondió en voz baja, llena de caricias:

—No. A pesar de todo, sentía en el fondo de mi corazón que era imposible y que un día el obstáculo que nos separaba se desvanecería.

—Yo también, y me moría de deseos de volver a verla.

—Una vez —replicó ella— en el Palais Royal pasé a su lado.

—¿De veras?

Y él le contó lo feliz que había sido al encontrarla de nuevo en casa de los Dambreuse.

—Pero cómo la detestaba aquella noche, al salir de allí.

—¡Pobre chico!

—Mi vida es tan triste.

—Y la mía... Si sólo fueran las penas, las preocupaciones, las humillaciones, todo lo que paso como esposa y como madre, puesto que hay que morir, no me quejaría; lo más espantoso es mi soledad, sin nadie...

—Pero estoy aquí, yo.

—¡Oh!, sí.

Un sollozo de ternura la había sacudido. Sus brazos se abrieron; y se estrecharon, de pie, en un prolongado beso.

Se oyó crujir el piso. Cerca de ellos había una mujer, Rosanette. Mme. Arnoux la había reconocido; y la miraba con sus dos ojos desmesuradamente abiertos, llenos de sorpresa y de indignación. Por fin, Rosanette dijo:

—Vengo a hablar de negocios con el señor Arnoux.

—No está, ya lo ve usted.

—¡Ah! ¡es verdad! —replicó la Mariscala—. Tenía razón la muchacha. Mil perdones.

Y, volviéndose a Frédéric: —¡Ah!, ¿estás tú aquí?

Este tuteo delante de ella hizo enrojecer a Mme. Arnoux, como una bofetada en plena cara.

—Le repito que no está aquí.

Entonces la Mariscala, que miraba a un lado y a otro, dijo tranquilamente:

—¿Regresamos a casa? Tengo un coche abajo.

Frédéric fingió no oír.

—¡Vamos, ven!

—¡Ah! ¡sí!, es una buena ocasión. ¡Váyase!, ¡váyase! —dijo Mme. Arnoux.

Salieron. La señora se asomó al pasamanos para seguirlos con la mirada; y una risa aguda desgarrada cayó sobre ellos desde lo alto de la escalera. Frédéric empujó a Rosanette para entrar en el coche, se sentó en frente de ella, y durante todo el camino no dijo palabra.

Aquella infamia que le alcanzaba de rebote él mismo la había provocado. Sentía, a la vez, la vergüenza de una humillación aplastante y la pena de una felicidad que se había hecho irrevocablemente imposible cuando, por fin, estaba a punto de alcanzarla, y todo por culpa de aquella mujerzuela, de aquella ramera. La habría estrangulado; él sentía ahogarse. Ya en casa, tiró el sombrero sobre un mueble, se arrancó la corbata.

—¡Vaya! ¡Muy bonito lo que acabas de hacer, confiésalo!

Rosanette se plantó orgullosamente delante de él.

—Bueno, después de todo, ¿dónde está el mal?

—¡Pero cómo! ¿Me estás espiando?

—¿Tengo yo la culpa? ¿Por qué vas a divertirte a casa de mujeres honestas?

—¡No tiene importancia! ¡No quiero que las insultes!

—¿En qué la he insultado?

No encontró nada que responder; y en tono más rencoroso:

—Pero, la otra vez, en el Champ de Mars...

—¡Nos estás aburriendo con tus antiguos amores!

—¡Miserable!

Levantó el puño.

—¡No me mates! ¡Estoy encinta!

Frédéric retrocedió.

—¡Mientes!

—¡Pues mírame!

Tomó un candelera y acercándose la llama a la cara:

—¿Entiendes de esto?

Había manchitas amarillas sobre su piel, que estaba extrañamente hinchada. Frédéric no negó la evidencia. Fue a abrir la ventana, dio unos pasos a lo largo y a lo ancho, después se dejó caer en un sillón.

Este acontecimiento era una calamidad, que en primer lugar aplazaba la ruptura entre ellos, y además trastornaba todos sus proyectos. La idea de ser padre, por otra parte, le parecía grotesca, inadmisibles. Pero, ¿por qué? ¡Si en lugar de la Mariscal...! Y se sumió en un sueño tan profundo que tuvo una especie de alucinación. Veía allí, sobre la alfombra, delante de la chimenea, a una niña. Se parecía a Mme. Arnoux y un poco también a él; morena y blanca, de ojos negros, cejas grandes, un lacito rosa en su pelo enortijado. ¡Oh!, ¡cuánto la habría querido! Y le parecía oír su voz: «¡Papá! ¡Papá!».

Rosanette, que acababa de desnudarse, se acercó a él, vio una lágrima en sus ojos, y le besó en la frente, gravemente. Él se levantó diciendo:

—¡Pues claro que no mataremos a este crío!

Entonces ella estuvo muy charlatana. Sería un chico, desde luego. Se llamaría Frédéric. Había que empezar a hacerle el equipo; y, al verla tan feliz, le dio lástima. Como ahora no sentía ninguna cólera, quiso saber por qué, hacía poco, había actuado de aquella manera.

Es que la señorita Vatnaz le había enviado aquel mismo día un pagaré vencido hacía mucho tiempo; y había corrido a casa de Arnoux a buscar dinero.

—Te lo hubiera dado yo —dijo Frédéric.

—Era más sencillo coger allí lo que me pertenece, y devolver al otro sus mil francos.

—Al menos, ¿es eso todo lo que debes?

Ella respondió:

—De verdad.

Al día siguiente, a las nueve de la noche (hora indicada por el portero), Frédéric fue a casa de la señorita Vatnaz.

En la antesala tropezó con los muebles amontonados. Pero le guiaba un ruido de voces y de música. Abrió una puerta y se encontró en medio de un sarao. De pie, delante del piano, tocado por una señorita de lentes, Delmar, serio como un pontífice, declamaba una poesía humanitaria sobre la prostitución; y su voz resonaba, cubierta por los acordes del piano. Una fila de mujeres a lo largo de la pared, casi todas vestidas de oscuro, sin cuellos ni puños. Cinco o seis hombres, todos ellos pensativos, estaban esparcidos por la sala

sentados en sillas. Sentado en un sillón estaba un antiguo fabulista, una auténtica ruina; y el olor acre de las dos lámparas se mezclaba con el aroma del chocolate que llenaba las tazas amontonadas sobre la mesa de juego.

La señorita Vatnaz, con un echarpe oriental alrededor de la cintura, estaba en un rincón de la chimenea. Dussardier se hallaba en el otro extremo, en frente; parecía estar un poco violento por su postura. Por otra parte, aquel ambiente artístico le asustaba.

¿La Vatnaz había terminado con Delmar?, quizás no. De cualquier manera, parecía celosa del bravo dependiente; y como Frédéric le hubiese dicho que quería hablar con ella un momento, le hizo señas de que pasara con ella a su habitación. Pagados los mil francos billete a billete, ella pidió, además, los intereses.

—Eso no vale la pena —dijo Dussardier.

—¡Tú cállate!

Esta cobardía de un hombre tan valiente agradó a Frédéric como una justificación de la suya. Recuperó el pagaré y no volvió a hablar nunca más del escándalo en casa de Mme. Arnoux. Pero, desde entonces, todos los defectos de la Mariscala le saltaron a la vista.

Tenía un mal gusto irremediable, una pereza incomprensible, una ignorancia de salvaje, al extremo de llegar a considerar como muy célebre al doctor Desrogis; y estaba orgullosa de recibirlo, a él y a su esposa, porque eran «personas casadas». Instruía pedantemente sobre las cosas de la vida a la señorita Irma, una pobre criatura que tenía una vocecita fina y como protector a un señor muy bien, que había sido empleado de aduanas y era un habilísimo jugador de cartas; Rosanette le llamaba «mi gran lulú». Frédéric tampoco podía soportar la repetición de sus frases tontas tales como: «¡Es una broma!», «¡Vete a paseo!», «nunca se ha podido saber», etc.; y se empeñaba en quitar el polvo por la mañana a sus figuritas con un par de viejos guantes blancos. Pero lo que más le rebelaba era la manera de tratar a su muchacha, a quien le pagaba siempre con retraso y que incluso le prestaba dinero. Los días que arreglaban cuentas reñían como dos verduleras, después se reconciliaban con grandes abrazos. La convivencia de los dos a solas se hacía triste. Fue un alivio para él cuando se reanudaron las veladas de la señora Dambreuse. Ella, al menos, le divertía. Conocía las intrigas mundanas, los cambios de embajadores, el personal de las modistas; y si se le escapaban algunos tópicos era en una fórmula tan aceptada, que su frase podía pasar por una condescendencia o por una ironía. Había que verla en medio de veinte personas que conversaban, sin olvidar a ninguna, sugiriendo las respuestas que ella quería, evitando las peligrosas. Las cosas más sencillas, contadas por ella, se convertían en confidencias; la menor de sus sonrisas hacía soñar; en suma, su encanto era como el perfume exquisito que se ponía habitualmente, complejo e indefinible. Frédéric, en su compañía, experimentaba cada vez el placer de un descubrimiento; y, sin embargo, la encontraba siempre con la misma serenidad, semejante al resplandor de las aguas limpias. Pero ¿por qué tenía unos modales tan fríos con su

sobrino? Incluso, por momentos, le dirigía unas miradas extrañas.

Cuando se habló de matrimonio, había objetado al señor Dambreuse la salud de la «querida hija», y la había llevado enseguida a los baños de Balaruc. A su regreso habían surgido nuevos pretextos: el joven no tenía posición, su gran amor no parecía serio, no se arriesgaba nada con esperar. Martinon había respondido que esperaría. Su conducta fue sublime. Ensalzó a Frédéric. Hizo más: le informó sobre la manera de agradar a la señora Dambreuse, dejando incluso entrever que conocía, a través de la sobrina, los sentimientos de la tía.

En cuanto al señor Dambreuse, lejos de mostrar celos, rodeaba de atenciones a su joven amigo, le consultaba sobre diversos asuntos, se preocupaba incluso de su porvenir, hasta el punto que un día, cuando hablaban del tío Roque, le dijo al oído con aire comprensivo:

—Ha hecho usted bien.

Y Cécile, miss Johnson, los criados, el portero no había nadie que no se mostrase encantador con él en aquella casa. Todas las noches iba allí, dejando sola a Rosanette. Su futura maternidad la volvía más seria, incluso un poco triste, como si estuviese atormentada por preocupaciones. A todas las preguntas contestaba:

—Te equivocas. Me encuentro bien.

Eran cinco los pagarés que había firmado en su momento; y, como no se había atrevido a decírselo a Frédéric, después del pago del primero, volvió a casa de Arnoux, el cual le había prometido, por escrito, un tercio de sus ganancias en el alumbrado de gas de las ciudades del Languedoc, un magnífico negocio, recomendándole que no se sirviese de esta carta antes de la asamblea de los accionistas; asamblea que venía siendo aplazada de una semana para otra.

Entretanto, la Mariscala necesitaba dinero. Se habría muerto antes que pedírselo a Frédéric. No quería nada con él. Esto habría deteriorado sus relaciones amorosas. No regateaba nada en los gastos de casa; pero el alquiler mensual de un cochecito y otros sacrificios indispensables desde que frecuentaban a los Dambreuse no le permitían hacer más por su amante. Dos o tres veces, al volver a casa en horas desacostumbradas, creyó ver espaldas masculinas desaparecer entre las puertas; y ella salía a menudo sin querer decirle a dónde iba. Frédéric no quiso profundizar más en el asunto. Uno de aquellos días tomaría una decisión definitiva. Soñaba con otra vida, que sería más noble y más divertida. Semejante ideal le hacía ser indulgente con las reuniones del palacio Dambreuse.

Era una sucursal íntima de la calle de Poitiers. Allí encontró al gran M. A., al ilustre B, al profundo C., al elocuente Z., al inmenso Y, a los grandes líderes del centro izquierda, a los paladines de la derecha, a los *burgraves* del justo medio, a los eternos tipos de la comedia. Se quedó estupefacto con su execrable lenguaje, sus mezquindades, sus rencores,

su mala fe; todas aquellas gentes que habían votado la Constitución ahora se esforzaban por demolerla; y se agitaban mucho, lanzaban manifiestos, panfletos, biografías; la de Fumichon, escrita por Hussonnet, resultó una obra maestra. Nonancourt se ocupaba de la propaganda en el campo, el señor de Grémonville trabajaba el clero, Martinon tenía contactos con jóvenes burgueses. Cada cual, incluso Cisy en persona, ayudó según sus medios. Pensando ahora en las cosas serias, el vizconde se pasaba todo el día de un lado para otro, en su cabriolé, trabajando para el partido.

El señor Dambreuse, como un barómetro, expresaba constantemente su última variación. No se hablaba de Lamartine sin que citase esta frase de un hombre del pueblo: ¡Basta de lira!. Cavaignac, a sus ojos, ya no era más que un traidor. El presidente, a quien había admirado durante tres meses, comenzaba a perder su estima y ya no le veía la energía necesaria; y, como le seguía haciendo falta un salvador, desde el asunto del Conservatorio, su agradecimiento era para Changarnier: «Gracias a Dios, Changarnier... Esperemos que Changarnier... ¡Oh! No hay que tener miedo mientras que Changarnier...».

Por encima de todo exaltaban al señor Thiers por su libro contra el socialismo, en el que se había mostrado tan gran pensador como escritor. Se reían enormemente de Pierre Leroux, que citaba en la Cámara pasajes de los filósofos. Se hacían bromas sobre la cola falansteriana. Iban a aplaudir la *Feria de las ideas*; y comparaban a los autores con Aristófanes. Frédéric fue allí, como los demás.

La palabrería política y la buena mesa embotaban su moralidad. Por mediocres que le parecieran aquellos personajes, estaba orgulloso de conocerlos e interiormente deseaba ser considerado por los burgueses. Una amante como la señora Dambreuse le daría categoría.

Se puso a hacer todo lo necesario.

Se tropezaba con ella en el paseo, en el teatro no se olvidaba nunca de ir a saludarla a su palco; y, sabiendo las horas en que iba a la iglesia, se colocaba detrás de un pilar en actitud melancólica. Para noticias sobre curiosidades, informaciones sobre un concierto, préstamos de libros o de revistas había un continuo intercambio de pequeños billetes. Además de su visita de la noche, a veces le hacía otra al caer la tarde; y para él era una gradación de goces pasar sucesivamente por la puerta principal, por el patio, por la antesala, por los dos salones; por fin, llegaba a su gabinete, discreto como una tumba, tibio como una alcoba, donde tropezaba con el acolchado de los muebles entre tanta variedad de objetos esparcidos por todas partes: costureros, pantallas, copas y platos de laca, de concha, de marfil, de malaquita, bagatelas, que se renovaban frecuentemente. Las había sencillas: tres cantos rodados de Etrear que servían de pisapapeles, un gorro de frisona colgado de un biombo chino; todas estas cosas se armonizaban sin embargo; incluso sorprendía la nobleza del conjunto, que tal vez dependía de la altura del techo, de la riqueza de las cortinas y de las grandes cenefas de seda que flotaban sobre los pies dorados de los taburetes.

Ella estaba sentada casi siempre en un pequeño canapé cerca del macetero que adornaba el hueco de la ventana. Sentado en el borde de un gran puf de ruedecitas, le hacía los cumplidos que encontraba más apropiados; y ella le miraba con la cabeza un poco inclinada y una sonrisa en los labios.

Él le leía páginas de poesía, poniendo en ello toda su alma, para emocionarla y para hacerse admirar. Ella lo interrumpía para un comentario denigrante o una observación práctica; y la conversación venía a recaer invariablemente sobre la eterna cuestión del Amor. Se preguntaban sobre sus orígenes, si las mujeres lo sentían de forma más profunda que los hombres, cuáles eran sus diferencias al respecto. Frédéric trataba de dar su opinión, evitando a la vez la grosería y la insulsez. Aquello se convertía en una especie de lucha, agradable en algunos momentos, pesada en otros.

Cuando estaba a su lado, él no sentía aquel arrebató de todo su ser que le llevaba hacia Mme. Arnoux, ni el alegre desorden en que le había puesto al principio Rosanette. Pero la deseaba como una cosa anormal y difícil, porque era noble, porque era rica, porque era devota, figurándose que tenía delicadezas de sentimiento, raras como sus encajes, con amuletos sobre la piel y pudores en la depravación.

Él se sirvió de su viejo amor. Le contó, como si estuviese inspirado por ella, todo lo que Mme. Arnoux le había hecho sentir en otro tiempo, sus momentos de languidez, sus aprensiones, sus sueños. Ella acogía todo esto como una persona acostumbrada a estas cosas; sin rechazarlo formalmente, no cedía nada; y no llegaba a seducirla como tampoco Martinon a casarse. Para terminar con el pretendiente de su sobrina, ella llegó a acusarle de que sólo buscaba el dinero y pidió a su marido que lo pusiese a prueba. El señor Dambreuse hizo saber al joven que Cécile, huérfana de padres pobres, no tenía dote ni «expectativas».

Martinon, o porque creyese que no era cierto o porque estuviese ya muy comprometido para volverse atrás, o por una de esas terquedades de idiota que son actos de genio, respondió que el patrimonio que él tenía, quince mil libras de renta, les bastaría. Este desinterés imprevisto impresionó al banquero. Le prometió ponerle una fianza de recaudador, comprometiéndose a conseguir la plaza; y, en el mes de mayo de 1850, Martinon se casó con la señorita Cécile. No hubo baile. Los recién casados salieron la misma tarde para Italia. Al día siguiente, Frédéric fue a hacer una visita a la señora Dambreuse. La encontró más pálida que de costumbre. Ella le contradijo en dos o tres temas sin importancia. Por lo demás, los hombres eran todos unos egoístas.

Los había, sin embargo, sacrificados, aunque sólo fuera él.

—¡Ah, bah!, ¡como los demás!

Sus párpados estaban rojos; estaba llorando. Después, esforzándose en sonreír:

—Dispéñeme. Estoy equivocada. Es una idea triste que se me ha ocurrido.

Frédéric no comprendía nada.

«No tiene importancia. Es menos fuerte de lo que yo creía», pensó él.

La señora tocó para que le llevaran un vaso de agua, bebió un sorbo, después se quejó de lo mal servida que estaba. Para distraerla, él se ofreció como criado, asegurando que era capaz de servir la mesa, de quitar el polvo a los muebles, de anunciar las visitas, de servirle, en fin, de ayuda de cámara o más bien de botones, aunque estuviesen ya pasados de moda. Le habría gustado ir de pie en la parte de atrás de su carroza con un sombrero de pluma de gallo.

—¡Y con qué majestad la seguiría a pie, llevando un perrito en el brazo!

—Lo veo a usted animado —dijo la señora Dambreuse.

«Pero ¿no era una locura —replicó él— tomarlo todo en serio? Ya había bastantes miserias sin andar buscando más. No había nada por lo que valiese la pena sufrir». La señora Dambreuse arqueó las cejas en un gesto de vaga aprobación.

Esta coincidencia de sentimientos empujó a Frédéric a una audacia mayor. Los desengaños sufridos anteriormente le hacían, después de todo, ver ahora más claro. Continuó:

—Nuestros abuelos vivían mejor. ¿Por qué no obedecer a nuestros impulsos? El amor, después de todo, no era en sí una cosa tan importante.

—Pero lo que usted está diciendo es inmoral.

Se había vuelto a sentar en el sofá. Él se sentó al borde, rozándole casi los pies.

—¿No comprende que hablo en broma? Pues, para agradar a las mujeres, hay que alardear de una indiferencia de bufón o de los arrebatos de la tragedia. Ellas se burlan de nosotros cuando les decimos sencillamente que las queremos. Yo encuentro que las hipérboles que las divierten son una profanación del amor verdadero; de modo que uno no sabe ya cómo expresarlo, sobre todo ante aquellas... que tienen... mucho talento.

Ella lo observaba con los ojos medio cerrados. Frédéric bajaba la voz y acercándose a su cara:

—Sí, usted me da miedo. ¿O tal vez la ofendo?... ¡Perdón! Retiro mis palabras. No es culpa mía. ¡Es usted tan hermosa!

La señora Dambreuse cerró los ojos, y él se sorprendió de una victoria tan fácil. Los grandes árboles del jardín que temblaban suavemente se quedaron inmóviles. Unas nubes quietas surcaban el cielo con largas franjas rojas, y hubo como un paro general de todo el universo. Entonces confusamente volvieron a su mente tardes como aquélla, silencios parecidos. ¿Dónde era esto?...

Se puso de rodillas, le cogió la mano y le juró amor eterno. Después, cuando se iba,

ella lo reclamó con una seña y le dijo muy bajito:

—Vuelva para la cena. Estaremos solos.

Bajando la escalera, Frédéric se sentía otro hombre, le parecía sentir a su alrededor la temperatura perfumada y artificial de los invernaderos y que entraba definitivamente en el mundo superior de los adulterios aristocráticos y de las altas intrigas. Para ocupar en él el primer puesto bastaba una mujer como aquélla. Ávida, sin duda, de poder y de acción, y casada con un hombre mediocre a quien había sido prodigiosamente útil, deseaba a alguien fuerte que dominase. Ahora nada era imposible para él. Era capaz de hacer doscientas leguas a caballo, de trabajar durante varias noches seguidas, sin cansarse; el corazón le desbordaba de orgullo.

Por la acera, delante de él, cubierto con un viejo abrigo, caminaba un hombre con la cabeza baja, y con tal aire de abatimiento, que Frédéric se volvió para verlo. El otro levantó la cabeza. Era Deslauriers. Dudaba. Frédéric le saltó al cuello.

—¡Pero cómo! ¿Eres tú, mi viejo amigo?

Y lo llevó a su casa, haciéndole muchas preguntas a la vez.

El ex delegado de Ledru-Rollin empezó por contarle las fatigas que había pasado. Como predicaba la fraternidad a los conservadores y el respeto a las leyes a los socialistas, los unos le habían disparado con fusil mientras los otros le habían preparado la cuerda para colgarlo. Después de junio lo habían destituido brutalmente. Se había metido en un complot, el de las armas capturadas en Troyes. Lo habían soltado por falta de pruebas. Después el comité de acción lo había enviado a Londres, donde, en un banquete, se había liado a bofetadas con sus correligionarios. De vuelta a París...

—¿Por qué no has venido a mi casa?

—Nunca estabas. Tu guarda tenía un aire misterioso, yo no sabía qué pensar; y además no quería volver a presentarme como un vencido.

Había llamado a las puertas de la Democracia, ofreciéndose a servirla con la pluma, con la palabra, con la acción; en todos los sitios lo habían rechazado; desconfiaban de él; y había vendido su reloj, su biblioteca, su ropa.

—¡Mejor hubiera sido reventar sobre los pontones de Belle Île con Sénécal!

Frédéric, que se estaba arreglando la corbata, no pareció muy conmovido por la noticia.

—¡Ah!, ¿está deportado el amigo Sénécal?

Deslauriers, echando una ojeada llena de envidia a las paredes:

—No todo el mundo tiene tu suerte.

—Discúlpame —dijo Frédéric, sin fijarse en la alusión—, pero cenó fuera. Te van a

preparar de comer; pide lo que quieras. Puedes incluso acostarte en mi cama.

Ante una cordialidad tan completa, la amargura de Deslauriers desapareció.

—¿Tu cama? Pero... sería mucho abusar.

—Pues no; tengo otras.

—¡Ah!, ¡muy bien! —replicó el abogado riendo—. ¿Dónde vas a cenar?

—En casa de la señora Dambreuse.

—¿Es que... por casualidad... sería...?

—Eres demasiado curioso —dijo Frédéric con una sonrisa que confirmaba aquella suposición.

Después, consultando el reloj, se volvió a sentar.

—Es así, y no hay que desesperar, viejo defensor del pueblo.

—¡Por Dios! Que otros se ocupen de eso.

El abogado detestaba a los obreros, porque le habían planteado problemas en su provincia, un distrito minero. Cada pozo de extracción había nombrado un gobierno provisional que le intimaba con órdenes.

—Por lo demás, hay que decir que se comportaron muy bien en todas partes: en Lyon, en Lille, en El Havre, en París. Pues, a ejemplo de los fabricantes que querrían excluir los productos extranjeros, estos señores reclaman la expulsión de los trabajadores ingleses, alemanes, belgas y saboyanos. En cuanto a su inteligencia, ¿de qué han servido, bajo la Restauración, sus famosos gremios? En 1830 entraron en la guardia nacional, sin tener siquiera el buen sentido de controlarla. ¿No han vuelto a aparecer, inmediatamente después del 48, los gremios con sus propios estandartes? Llegaron incluso a pedir representantes del pueblo para ellos, que hablasen sólo por ellos. Igual que los diputados de la remolacha que sólo se preocupaban de la remolacha. ¡Ah!, ya estoy harto de esos tipos, que se arrodillan por turno ante el patíbulo de Robespierre, las botas del Emperador, el paraguas de Luis Felipe, gentuza, eternamente adicta a quien le echa un pedazo de pan en la boca. Se sigue gritando contra la venalidad de Talleyrand y de Mirabeau; pero el mozo de cuerda vendería la patria por cincuenta céntimos, si le permitieran subir su servicio a tres francos. ¡Ah! ¡Qué equivocación! Hubiéramos debido poner fuego en las cuatro esquinas de Europa.

Federico le respondió:

—¡Faltaba la chispa! Eráis todos unos pequeños burgueses y en el mejor de los casos unos pedantes. En cuanto a los obreros, tienen razones para quejarse; pues si exceptuamos un millón de la lista civil, concesión que habéis hecho con la más servil de las adulaciones, no les habéis dado más que bellas palabras. La cartilla de ahorros sigue en

poder del patrón, y el asalariado, incluso ante la justicia, sigue siendo inferior a su amo, puesto que su palabra no cuenta nada. En fin, la República me parece vieja. ¿Quién sabe? Tal vez, el proceso no es realizable más que por una aristocracia o por un sólo hombre. La iniciativa viene siempre de arriba. El pueblo es menor, digan lo que digan.

—Quizás es verdad —dijo Deslauriers.

Según Frédéric, la gran masa de los ciudadanos no aspiraba más que al descanso (él había aprendido mucho en las veladas de los Dambreuse) y todas las posibilidades estaban a favor de los conservadores. Aquel partido, sin embargo, necesitaba hombres nuevos.

—Si tú te presentaras, estoy seguro...

No terminó la frase. Deslauriers comprendió, se pasó las manos sobre la frente; luego, de pronto:

—¡Pero tú! Nada te lo impide. ¿Por qué no podías ser diputado?

A consecuencia de una doble elección, en el Aube había una candidatura vacante. El señor Dambreuse, reelegido para la legislativa, pertenecía a otro distrito. «¿Quieres que yo me ocupe de ello?». Conocía a muchos taberneros, maestros, médicos, oficiales de notaría y a sus patronos.

—Además, a los paisanos se les hace creer lo que se quiere.

Frédéric sentía avivarse su ambición.

Deslauriers añadió:

—Lo que deberías hacer es encontrarme un puesto en París.

—¡Oh!, eso no será difícil por medio del señor Dambreuse.

—Hablando de hullas —replicó el abogado—, ¿qué es de su gran sociedad? Un empleo de esta clase es lo que me convendría, y les sería útil, sin perder mi independencia.

Frédéric prometió acompañarle a casa del banquero antes de tres días.

La cena a solas con la señora Dambreuse fue una cosa exquisita.

Ella sonreía en frente de él, en la otra cabecera de la mesa, por encima de una canastilla de flores, a la luz de la lámpara colgada del techo; y, como la ventana estaba abierta, se veían las estrellas. Hablaron muy poco, desconfiando, tal vez, de sí mismos, pero cuando los criados volvían la espalda se enviaban un beso a flor de labios. Él le habló del proyecto de su candidatura. A ella le pareció bien e incluso se comprometió a obtener el apoyo del señor Dambreuse.

De noche se presentaron algunos amigos para felicitarla y al mismo tiempo compadecerla: ¡debía de estar tan triste sin tener ya la compañía de su sobrina! Por otra parte, los recién casados hacían muy bien en salir de viaje; después venían los impedimentos, los niños. Pero Italia no respondía a la idea que se tenía de ella. Además,

ellos estaban en la edad de las ilusiones; y luego la luna de miel lo embellece todo. Al final sólo quedaron el señor de Grémonville y Frédéric. El diplomático no quería irse. Por fin, a media noche se levantó. La señora Dambreuse hizo señas a Frédéric de que saliese con él y le agradeció esta obediencia con un apretón de manos más suave que todos los demás.

La Mariscala, al verlo, lanzó un grito de alegría. Llevaba cinco horas esperándolo. Frédéric se disculpó diciéndole que había tenido que hacer una gestión indispensable a favor de Deslauriers. Su cara reflejaba un aire de triunfo, una aureola, que dejó deslumbrada a Rosanette.

—Es quizás por tu traje negro, que te sienta tan bien; pero nunca te he encontrado tan guapo. ¡Qué guapo eres!

En un arrebato de ternura, se juró a sí misma nunca más pertenecer a otro, aunque tuviera que morir de hambre.

Sus bellos ojos húmedos chispeaban con tal pasión que Frédéric la hizo sentarse sobre sus rodillas y se dijo: «¡Qué canalla soy!», congratulándose de su perversidad.

CAPÍTULO IV

Cuando Deslauriers se presentó en su casa, el señor Dambreuse estaba pensando en reanimar su gran explotación hullera. Pero la fusión de todas las compañías en una sola estaba mal vista: clamaban contra el monopolio como si, para tales explotaciones, no hiciesen falta inmensos capitales.

Deslauriers, que precisamente acababa de leer la obra de Guizot y los artículos del señor Chappe en el *Journal des Mines*, conocía perfectamente la cuestión. Demostró que la ley de 1810 establecía a favor del concesionario un derecho inalienable. Por otra parte, se podía dar a la operación un tinte democrático: impedir las uniones mineras era un atentado contra el principio mismo de asociación.

El señor Dambreuse le entregó unas notas para que redactase una memoria. En cuanto a la forma de recompensarle su trabajo, las promesas fueron tan grandes como poco precisas.

Deslauriers volvió a casa de Frédéric y le informó de la entrevista. Además, al subir había visto a la señora Dambreuse al pie de la escalera, cuando él salía.

—¡Caramba!, te felicito.

Luego hablaron de la elección. Había que inventar algo.

Tres días después, Deslauriers apareció con un folio escrito: era una carta familiar, dirigida a los periódicos, en la que el señor Dambreuse aprobaba la candidatura de Deslauriers. Sostenida por un conservador y promovida por un rojo, tenía que triunfar. Pero ¿cómo el capitalista había firmado semejante elucubración? El abogado, sin el menor apuro, había ido por propia iniciativa a enseñársela a la señora Dambreuse, quien, encontrándola perfecta, se había encargado de lo demás.

Esta actitud sorprendió a Frédéric. Sin embargo, la aprobó; después, como Deslauriers se entrevistaba con el señor Roque, le contó en qué situación se encontraba respecto a Louise.

—Diles todo lo que quieras, que mis negocios andan mal, que los arreglaré; que ella es bastante joven para esperar.

Deslauriers marchó; y Frédéric se consideró un hombre de carácter. Experimentaba,

por otra parte, una satisfacción, una dicha profunda. Su gozo de poseer una mujer rica no había nada que lo empañase; el sentimiento estaba en armonía con el ambiente. Ahora, su vida era plenamente tranquila, en todos los órdenes.

El gozo mayor, sin duda, era contemplar a la señora Dambreuse, en su salón, entre varias personas. La decencia de sus modales le hacía pensar en otras actitudes; mientras que hablaba en un tono frío, él recordaba sus balbuceos amorosos; todos los respetos a su virtud le deleitaban como un homenaje que se volvía hacia él; y, a veces, tenía ganas de gritar: «¡Pero si yo la conozco mejor que vosotros! ¡Es mía!».

Sus relaciones no tardaron en ser una cosa convenida, aceptada. Durante todo el invierno se hizo acompañar de Frédéric en todas las reuniones de sociedad.

El llegaba casi siempre antes que ella; y la veía entrar con los brazos desnudos, el abanico en la mano, perlas en el pelo. Se paraba en la puerta, que le servía como de marco, y tenía un leve movimiento de indecisión entornando los ojos para ver si él había llegado. Ella lo llevaba en su coche; la lluvia daba contra las ventanillas; los transeúntes se movían como sombras en el barro; y, apretados el uno contra el otro, veían todo esto de una manera confusa, con una especie de tranquilo desdén. Con pretextos diferentes, él quedaba todavía una hora larga en su habitación.

Era, más que nada, por aburrimiento por lo que la señora Dambreuse había cedido. Pero esta última prueba no podía perderse. Quería un gran amor, y empezó a colmarlo de adulaciones y de caricias.

Le mandaba flores; le hizo un bordado para una silla; le regaló una petaca para los puros, una escribanía, mil pequeñas cosas de uso cotidiano para que no pudiese hacer nada sin recordarla. Estas atenciones le encantaron al principio, pero pronto le parecieron totalmente normales.

Ella subía a un simón, lo despedía a la entrada de un pasaje, salía por el otro extremo; después, deslizándose a lo largo de las paredes, con la cara tapada con un doble velo, llegaba a la calle en donde Frédéric, que la estaba esperando, la cogía rápidamente del brazo y la acompañaba a su casa. Sus dos criados estaban de paseo, el portero había salido a hacer un recado; ella echaba un ojeada todo alrededor; nada que temer, y suspiraba de satisfacción como un exiliado que vuelve a su patria. La suerte les daba ánimos. Las citas se multiplicaron. Una tarde, incluso, se presentó de pronto con un vestido de baile. Estas sorpresas podían ser peligrosas; Frédéric la reprendió por su imprudencia; además, no le gustó como iba. El escote de su corpiño ponía de relieve su exiguo pecho.

Entonces reconoció lo que él mismo se había ocultado, la desilusión de sus sentidos. No dejaba por eso de fingir grandes ardores; pero, para volver a sentirlos, tenía que evocar la imagen de Rosanette o de Mme. Arnoux.

Esta atrofia sentimental le dejaba la cabeza enteramente libre, y más que nunca ambicionaba una alta posición social. Puesto que tenía un buen apoyo, lo menos que podía

hacer era aprovecharlo.

A mediados de enero, una mañana, Sénécal entró en el estudio de Frédéric, y a su exclamación de asombro contestó que era secretario de Deslauriers. Incluso le llevaba una carta. Eran buenas noticias, pero le echaba en cara su negligencia; había que ir allí.

El futuro diputado dijo que se pondría en camino dentro de dos días.

Sénécal no expresó opiniones sobre aquella candidatura. Habló de sí mismo y de los asuntos del país.

Por lamentables que fuesen, le alegraban; pues se iba hacia el comunismo. En primer lugar, la propia administración caminaba en esta dirección, pues cada día había más cosas controladas por el gobierno. En cuanto a la propiedad, la Constitución del 48, a pesar de sus debilidades, no se había salvado; en nombre de la utilidad pública, el Estado podía, en lo sucesivo, apoderarse de lo que juzgase conveniente. Sénécal se declaraba a favor de la autoridad y Frédéric reconoció en sus discursos la exageración de lo que él mismo había dicho a Deslauriers. El republicano tronó incluso contra la influencia de las masas.

—Robespierre, defendiendo el derecho de las minorías, llevó a Luis XVI ante la Convención Nacional, y salvó al pueblo. El fin justifica los medios. A veces la dictadura es indispensable. ¡Viva la tiranía, con tal de que el tirano lo haga bien!

La discusión duró mucho tiempo, y, cuando se iba, Sénécal confesó (tal vez éste era el objeto de su visita) la preocupación de Deslauriers por el silencio del señor Dambreuse.

Pero el señor Dambreuse estaba enfermo. Frédéric lo veía todos los días, pues era admitido a su cabecera en su calidad de amigo íntimo.

La destitución del general Changarnier había trastornado extremadamente al capitalista. Aquella misma noche sintió un gran calor en el pecho, con una opresión que le impedía permanecer acostado. Unas sanguijuelas le aliviaron inmediatamente. La tos seca desapareció, la respiración se hizo más sosegada; y, ocho días después, dijo, mientras tomaba un caldo:

—¡Ah!, esto va mejor. Pero estuve a punto de hacer el gran viaje.

—No solo —dijo la señora Dambreuse, dando a entender con estas palabras que ella no habría podido sobrevivirle.

En lugar de responder, tuvo para ella y para su amante una sonrisa singular en la que se mezclaban resignación, indulgencia, ironía e incluso una pizca de segunda intención casi alegre.

Frédéric quiso salir para Nogent. La señora Dambreuse se opuso; y él hacía y deshacía su equipaje según las alternativas de la enfermedad.

De pronto, el señor Dambreuse tuvo un gran vómito de sangre. Consultados «los príncipes de la ciencia», no encontraron nada importante. Se le hinchaban las piernas y la

debilidad aumentaba. Había expresado varias veces su deseo de ver a Cécile, que vivía con su marido, nombrado recaudador hacía un mes, en la otra punta de Francia. Ordenó expresamente que la hiciesen ir. La señora Dambreuse escribió tres cartas y se las enseñó.

Sin confiar ni siquiera en la religiosa, no lo dejaba un segundo, ya no se acostaba. Las personas que pasaban por la conserjería preguntaban por ella con admiración; y los transeúntes se llenaban de respeto ante la cantidad de paja que había en la calle bajo las ventanas.

El 12 de febrero, a las cinco, se declaró una hemoptisis espantosa. El médico de guardia avisó del peligro. Corrieron pronto a buscar a un sacerdote.

Durante la confesión del señor Dambreuse, la señora lo miraba de lejos, con curiosidad. Después de lo cual, el joven doctor aplicó un vesicatorio y esperó.

La luz de las lámparas, tapada por los muebles, alumbraba la habitación de una manera desigual. Federico y la señora Dambreuse, al pie de la cama, observaban al moribundo. En el hueco de una ventana el cura y el médico conversaban a media voz; la hermanita, de rodillas, musitaba oraciones.

Por fin se oyó un estertor. Las manos se enfriaban, la cara empezaba a palidecer. A veces arrancaba una respiración enorme; se fueron haciendo cada vez más raras; se le escaparon dos o tres palabras confusas; exhaló un ligero suspiro al mismo tiempo que giraba sus ojos, y la cabeza caía hacia un lado del cojín.

Durante un minuto, todos se quedaron inmóviles.

La señora Dambreuse se acercó; y sin esfuerzo, con la sencillez del que cumple con su deber, le cerró los ojos.

Después abrió los brazos, retorciéndose la cintura en el espasmo de una desesperación contenida, y salió de la habitación, apoyada en el médico y en la religiosa. Un cuarto de hora después, Frédéric subió a su habitación.

Se notaba allí un olor indefinido, emanación de las cosas delicadas que la llenaban. En medio de la cama se extendía un vestido negro que contrastaba con el cubrepiés rosa.

La señora Dambreuse estaba en el rincón de la chimenea, de pie.

Sin suponer que tuviese gran pena, la creía un poco triste; y, con una voz doliente:

—¿Sufres?

—¿Yo? No, en absoluto.

Al dar la vuelta, vio el vestido, lo examinó; después le dijo que no se molestara.

—Fuma si quieres. Estás en mi casa.

Y, dando un gran suspiro:

—¡Ah!, ¡Virgen santa!, ¡qué alivio!

Frédéric se extrañó de la exclamación. Replicó besándole la mano:

—Sin embargo, ¡éramos libres!

Esta alusión a la facilidad de sus amores pareció molestar a la señora Dambreuse.

—¡Ah!, pero tú no sabes los servicios que yo le hacía, ni en qué estado de angustia he tenido que vivir.

—¿Cómo?

—¡Pues sí! ¿Se podía estar tranquila teniendo siempre al lado a aquella bastarda, una niña que entró en casa al cabo de cinco años de matrimonio y que, si no fuera yo, le habría hecho cometer cualquier tontería?

Entonces ella le informó de todos sus negocios. Estaban casados en régimen de separación de bienes. Su patrimonio era de tres mil francos. El Sr. Dambreuse le había asegurado, por contrato, en caso de sobrevivir, una renta de quince mil libras y la propiedad del palacio. Pero, poco tiempo después, había hecho testamento por el que le legaba toda su fortuna; y ella la valoraba, según posibles estimaciones, en más de tres millones.

Frédéric abrió unos ojos de asombro.

—Valía la pena, ¿verdad? Por lo demás, yo también he contribuido a ello. Era mi capital lo que defendía; Cécile me habría despojado injustamente.

—¿Por qué no ha venido a ver a su padre? —dijo Frédéric.

Ante esta pregunta, la señora Dambreuse lo miró fijamente; después, en tono seco:

—¡Qué sé yo! Le ha faltado valor, sin duda. ¡Oh!, la conozco. Por eso, de mí no tendrá ni un céntimo.

No le daba mucho fastidio, al menos después de su matrimonio.

—¡Ah!, su matrimonio —dijo con risa burlona la señora Dambreuse.

Y sentía haber tratado demasiado bien a aquella pécora, que era celosa, interesada, hipócrita. Todos los defectos de su padre. (Manifestaba por el marido un desprecio cada vez más violento). Un hombre tan profundamente falso, sin piedad, duro como una piedra, «un mal hombre, un mal hombre».

—Hasta las personas más formales, a veces, tienen faltas.

La señora Dambreuse acababa de cometer una con aquel desbordamiento de odio incontrolado. Frédéric, sentado frente a ella, en un sillón, reflexionaba, escandalizado.

Ella se levantó y se fue a sentar suavemente sobre sus rodillas.

—Tú eres la única persona buena. No amo a nadie más que a ti.

Mirándolo, se le enterneció el corazón, una reacción nerviosa le hizo asomar las lágrimas a los ojos, y murmuró:

—¿Quieres casarte conmigo?

Al principio creyó no haber comprendido. Tanta riqueza lo aturdió. Ella repitió más fuerte:

—¿Quieres casarte conmigo?

Por fin, él contestó sonriendo:

—¿Lo pones en duda?

Después, le entró un pudor y, para hacer una especie de reparación al difunto, se prestó a velarlo él mismo. Pero avergonzado de tan piadoso sentimiento, añadió con aire desenvuelto:

—Tal vez fuese más decente.

—Quizás sí —dijo ella, por los criados.

Había sacado la cama completamente fuera de la alcoba. La religiosa estaba al pie; y en la cabecera había un sacerdote, no el de antes, otro, un hombre alto y delgado, de aspecto español y fanático. Sobre la mesilla de noche, cubierta de un paño blanco, ardían tres hachas.

Frédéric tomó una silla y miró al difunto.

Su cara estaba amarilla como la paja; un poco de espuma sanguinolenta le asomaba por las comisuras de los labios. Tenía un pañuelo alrededor de la cabeza, un chaleco de punto, y un crucifijo de plata sobre el pecho entre sus brazos cruzados.

Había terminado, pues, aquella vida llena de preocupaciones. ¡Cuántas visitas no habría hecho a los despachos!, ¡cuántas cuentas ajustadas!, ¡cuántos trapicheos habría hecho!, ¡qué cantidad de informes escuchados! ¡Qué cantidad de cuentos, sonrisas, reverencias! Pues había aclamado a Napoleón, a los Cosacos, a Luis XVIII, al 1830, a los obreros, a todos los regímenes, adorando el Poder con tal fervor que habría dado dinero por poderse vender.

Pero dejaba la finca de la Fortelle, tres fábricas en Picardía, el bosque de Crancé en el Yonne, una granja cerca de Orléans, unos valores mobiliarios considerables.

Así Frédéric hizo el cálculo de su fortuna; y todo esto iba a pertenecerle. Primero pensó en «el qué dirían», en un regalo para su madre, en sus futuros troncos de caballos, en el viejo cochero de su familia, a quien le gustaría colocar de conserje. Por supuesto, la librea no sería la misma. En el gran salón pondría su gabinete de trabajo. Nada le impediría, tirando tres tabiques, instalar en el segundo piso una galería de cuadros. Quizás

había posibilidad de preparar en la planta baja una sala de baños turcos. En cuanto al despacho del señor Dambreuse, una habitación bastante desagradable, ¿para qué podía servir? El sacerdote que se sonaba o la hermanita que atizaba el fuego interrumpían brutalmente estas imaginaciones. Pero la realidad las confirmaba; el cadáver seguía allí. Los párpados se habían vuelto a abrir; y la pupilas, aunque anegadas en unas tinieblas viscosas, tenían una expresión enigmática, insoportable. Frédéric creía ver en ellas un juicio que le hacían, y sentía una especie de remordimiento, pues nunca había tenido quejas de aquel hombre, quien, por el contrario... Vamos ya, un viejo miserable, y lo observaba más cerca, para reafirmarse, diciéndole mentalmente:

—Bueno, ¿y qué? ¿Te he matado yo?

Entretanto, el sacerdote rezaba su breviario; la religiosa dormitaba, inmóvil; los pabilos de las tres hachas se alargaban.

Durante dos horas se oyó el rodar sordo de las carretas que se encaminaban hacia el Mercado Central. Los cristales iban clareando, pasó un simón, después una recua de borriquillas que iban a paso cortito sobre el pavimento, y se oían martillazos, gritos de vendedores ambulantes, clamores de trompetas; todo se confundía en la gran voz de París que se despertaba.

Frédéric se puso a hacer gestiones. Primero fue al Ayuntamiento para hacer la declaración, después, cuando el médico encargado del servicio le dio el certificado de defunción, volvió al Ayuntamiento a decir qué cementerio escogía la familia, y para ponerse de acuerdo con la empresa de pompas fúnebres.

El empleado le presentó un dibujo y un programa, uno indicando las diversas clases de entierro, y el otro el detalle completo del boato exterior. ¿Querían una carroza de dos pisos o un coche con penachos, caballos con gualdrapas, lacayos con plumas, iniciales o un blasón, lámparas fúnebres, un hombre para llevar las distinciones? y ¿cuántos coches? Frédéric fue espléndido; la señora Dambreuse quería que no se escatimase nada.

Después se trasladó a la iglesia.

El vicario de los funerales comenzó por censurar la manera de explotar los excesos de las pompas fúnebres; por ejemplo, el oficial para portar las condecoraciones era completamente inútil; era más importante la cantidad de cirios. Se acordó una misa rezada acompañada con música.

Frédéric firmó todo lo que se había convenido, comprometiéndose solidariamente a pagar todos los gastos.

Después fue al Ayuntamiento para la compra del terreno. Una concesión de dos metros de largo por uno de ancho costaba quinientos francos. ¿Era una concesión para medio siglo o perpetua?

—¡Oh!, perpetua —dijo Frédéric.

Tomaba la cosa en serio, se desvivía. En el patio del palacio le esperaba un marmolista para presupuestos y planos de sepulturas griegas, egipcias, árabes; pero el arquitecto de la casa ya había hablado de esto con la señora; y sobre la mesa, en el vestíbulo, había toda clase de proyectos relativos a la limpieza de los colchones, a la desinfección de las habitaciones, a diversos procedimientos de embalsamamiento.

Después de cenar volvió a la sastrería para tratar del luto de los criados; y tuvo que hacer su última compra, pues había encargado guantes de castor, y eran guantes de filadiz los apropiados.

El día siguiente, a la diez, el gran salón se llenaba de gente, y casi todos, acercándose en tono melancólico, decían:

—Y yo que todavía hace un mes que lo vi. ¡Dios mío!, es lo que nos espera a todos.

—Sí; pero tratemos de que sea lo más tarde posible.

Entonces se esbozaba una pequeña risa de satisfacción, e incluso se entablaban diálogos totalmente extraños a la circunstancia. Por fin, el maestro de ceremonias, en traje negro a la francesa, y calzón corto, con abrigo, plañideras, espada ceñida, y tricornio bajo el brazo, articuló, saludando, las palabras de ritual:

—Señores, cuando gusten.

Se pusieron en marcha.

Era día de mercado de flores en la plaza de la Magdalena. Hacía un tiempo claro y suave; y la brisa, que sacudía un poco los toldos de las barracas, hinchaba por los bordes el inmenso paño negro colgado en el pórtico. El escudo del señor Dambreuse, que ocupaba un cuadrado de terciopelo, se repetía tres veces en él. Era sobre un fondo de sable, un brazo siniestro de oro con puño cerrado, guantelete de plata, y esta divisa: «Por todos los caminos».

Los porteadores subieron hasta lo alto de la escalera el pesado féretro y entraron.

Las seis capillas, el hemicycleo y las sillas estaban cubiertas de negro. El catafalco en la parte baja del coro, formaba, con sus grandes cirios, un solo foco de luces amarillas. En las dos esquinas, sobre candelabros, ardían llamas de espíritu de vino.

Los personajes más importantes tomaron asiento en el presbiterio, los demás en la nave; y comenzó el oficio.

Salvo algunas excepciones, la ignorancia religiosa de los asistentes era tal que el maestro de ceremonias, de vez en cuando, les hacía señal de levantarse, de arrodillarse, de volver a sentarse. El órgano y dos contrabajos alternaban con las voces; en los intervalos de silencio se oía el murmullo del sacerdote en el altar; después volvían la música y los cantos.

De las tres cúpulas caía una luz mate; pero la puerta abierta enviaba horizontalmente

como un río de claridad blanca que daba de plano en todas las cabezas descubiertas; y en el aire, a media altura de la nave, flotaba una sombra, penetrada por el reflejo de los oros que decoraban la nervadura de las pechinas y el follaje de los capiteles.

El coche fúnebre, adornado con paños que colgaban y altos penachos de plumas, se encaminó hacia el padre Lachaise, tirado por cuatro caballos negros, con trenzas en las crines, penachos en la cabeza y cubiertos hasta los cascos de amplias gualdrapas bordadas de plata. El cochero, con botas altas de vuelta, llevaba un sombrero de tres picos del que pendía un largo crespón. Portaban las cintas cuatro personajes: un administrador de la Cámara de los diputados, un miembro del Consejo General del Aube, un representante de las minas de carbón, y Fumichon, en calidad de amigo. Detrás seguían la calesa del difunto y doce coches de duelo. Los invitados seguían detrás, llenando el centro del bulevar.

Los transeúntes se paraban a ver todo aquello; mujeres, con sus crios en brazos, se subían a sillas, y gentes que estaban tomando unas cervezas en los cafés se asomaban a las ventanas con un taco de billar en la mano.

El camino era largo; y, como en las comidas de etiqueta, donde se comienza hablando poco para hacerse después más expansivos, el tono general se hizo pronto relajado. No se hablaba más que de los créditos denegados por la Cámara al Presidente. El señor Piscatory se había mostrado demasiado duro, Montalembert «magnífico como de costumbre», y los señores Chambolle, Pidoux, Creton, en fin toda la comisión habría debido, tal vez, aceptar la opinión de los señores Quentin-Beauchard y Dufour. Estas conversaciones continuaron en la calle de la Roquette, bordeada de tiendas, en las que no se ven más que cadenas de cristal de color y discos negros con dibujos y letras doradas, que las hace semejar a grutas de estalactitas y a tiendas de loza. Pero, ante la verja del cementerio, todo el mundo, al instante, se calló.

En medio de los árboles surgían las tumbas: columnas partidas, pirámides, templos, dólmenes, obeliscos, panteones etruscos con puertas de bronce. En algunas de ellas se veían como saloncitos fúnebres, con asientos rústicos y sillas de tijera. De las cadenitas de las urnas colgaban telas de araña como harapos; y el polvo cubría los ramilletes de flores atados con cintas de raso y los crucifijos. Por todas partes, entre los balaústres, sobre las tumbas, coronas de siemprevivas y candeleras, jarrones, flores, discos negros con letras grabadas en oro, estatuillas de yeso: niñitos y muchachitas o angelitos sostenidos en el aire por un hilito de latón: varios incluso tienen un techo de zinc sobre la cabeza. Enormes cordones de cristal negro, blanco y azul bajan de lo alto de las estelas hasta el pie de las losas, con largos repliegues, como boas. El sol, que pegaba encima, les hacía centellear entre las cruces de madera negra; y la carroza fúnebre se acercaba por los grandes paseos, que están pavimentados como las calles de una ciudad. De vez en cuando crujían los ejes. Mujeres arrodilladas, arrastrando el vestido sobre la hierba, hablaban en voz baja con los muertos. De las ramas verdes de los tejos salían humos blanquecinos. Eran ofrendas

abandonadas, restos que se quemaban.

La sepultura del señor Dambreuse estaba cerca de la de Manuel y Benjamin Constant. En este lugar, el terreno desciende de una manera brusca. A nuestros pies tenemos copas de verdes árboles; más lejos, chimeneas de bombas de vapor, después toda la gran ciudad.

Frédéric pudo admirar el paisaje mientras pronunciaban los discursos.

El primero fue en nombre de la Cámara de Diputados; el segundo, en nombre del Consejo General del Aube; el tercero, en nombre de la Sociedad Hullera de Saône-et-Loire; el cuarto, en nombre de la Sociedad de Agricultura del Yonne; y aún hubo otro en nombre de una sociedad filantrópica. Por fin, ya se iban cuando un desconocido se puso a leer un discurso, en nombre de la Sociedad de Anticuarios de Amiens.

Y todos aprovecharon la ocasión para tronar contra el socialismo, víctima del cual había muerto el señor Dambreuse. Era el espectáculo de la anarquía y su desvelo por el orden lo que había acortado sus días. Exaltaron su inteligencia, su probidad, su generosidad e incluso su mutismo como representante del pueblo, pues, si no era un orador, poseía, por el contrario, esas cualidades sólidas, mil veces preferibles, etc..., con todas las palabras que son de rigor: «Fin prematuro, eterno pesar, la otra patria — adiós, o más bien, hasta luego».

La tierra mezclada con guijarros volvió a caer sobre la tumba; y ya no debía hablarse más de esto en el mundo.

Todavía volvieron a hablar de él bajando del cementerio; y no se propasaron mucho en los elogios al difunto. Hussonnet, que tenía que hacer la reseña del entierro para los periódicos, repitió, incluso, en tono de broma, todos los discursos; pues, en fin, el bueno de Dambreuse había sido uno de los sobornadores más distinguidos del último reinado. Después, los coches del duelo recondujeron a los burgueses a sus ocupaciones, la ceremonia no había durado mucho; se felicitaban de ello.

Frédéric, cansado, volvió a su casa.

Cuando al día siguiente se presentó en el palacio Dambreuse, le advirtieron que la señora estaba trabajando abajo, en el despacho. Los cartapacios, los cajones estaban abiertos en desorden, los libros de cuentas esparcidos por el suelo a derecha e izquierda; un rollo de papelotes titulado «Pendientes de cobro» rodaba por el suelo, estuvo a punto de caer encima y lo recogió. La señora Dambreuse casi no se veía, hundida en el gran sillón.

—¡Bueno! ¿Dónde está usted? ¿Qué pasa?

Se levantó asustada.

—¿Cómo qué pasa? Que estoy arruinada, arruinada. ¿Comprendes?

El señor Adolfo Langlois, el notario, la había convocado a su despacho y le había dado

a conocer un testamento escrito por su marido antes de su boda. Legaba todo a Cecile; y el otro testamento había desaparecido. Frédéric se puso muy pálido. Tal vez no había buscado bien.

—¡Pero mira! —dijo la señora Dambreuse, mostrándole la habitación.

Las dos cajas fuertes estaban entreabiertas, desfondadas a golpes de maza, y ella le había dado la vuelta al escritorio, registrado los armarios, sacudido los felpudos, cuando de pronto, dando un grito agudo, se precipitó a un rincón donde acababa de descubrir una cajita con cerradura de cobre; la abrió, nada.

—¡Ah!, ¡miserable! Yo que le he cuidado con tanta entrega.

Después reventó en sollozos.

—Quizás está en otro sitio —dijo Frédéric.

—¡Pues no!, ¡estaba allí!, en aquella caja fuerte. Lo he visto ahí hace poco. Está quemado, estoy segura.

Un día, al principio de su enfermedad, el señor Dambreuse había bajado para echar unas firmas.

—Fue entonces cuando debió de haber hecho la jugada.

Y deshecha, se dejó caer en una silla. Una madre de luto al lado de una cuna vacía no es más digna de lástima de lo que lo era la señora Dambreuse ante las cajas fuertes abiertas. En fin, su dolor, a pesar de la bajeza del motivo, parecía tan profundo que Frédéric se puso a consolarla, diciéndole que, después de todo, ella no quedaba reducida a la miseria.

—Es la miseria, puesto que no puedo ofrecerte una gran fortuna.

No le quedaban más que treinta mil libras de renta, sin contar el palacio, que valía de dieciocho a veinte, quizás.

Aunque esto, para Frédéric, era la opulencia, no dejó de sentir una decepción. Adiós a sus sueños y toda la gran vida que se había imaginado. El honor le obligaba a casarse con la señora Dambreuse. Reflexionó un minuto; luego, con aire de ternura:

—Seguiré teniéndote a ti.

Ella se echó en sus brazos; y él la apretó contra su pecho con una ternura en la que había un poco de admiración por sí mismo. La señora Dambreuse, que ya había dejado de llorar, levantó la cara, toda radiante de felicidad, y, cogiéndole de la mano:

—¡Ah!, nunca he dudado de ti. Estaba segura.

Aquella certeza anticipada de lo que él consideraba como una bella acción no le gustó al joven.

Después lo llevó a su habitación, e hicieron proyectos. Frédéric tenía que pensar ahora en abrirse camino. Ella incluso le dio admirables consejos sobre su candidatura.

Lo primero que tenía que hacer era aprenderse dos o tres frases de economía política. Había que elegir una especialidad, por ejemplo la remonta, escribir varias memorias sobre una cuestión de interés local, tener siempre a su disposición oficinas de correos o estancos, hacer una multitud de favores. El señor Dambreuse, en este aspecto, había sido un verdadero modelo. Así, una vez, en el campo, había mandado parar su faetón, lleno de amigos, delante de la tienda de un zapatero, había comprado doce pares de botas para sus invitados, y para él unas botas espantosas que tuvo incluso el heroísmo de llevar durante quince días. Esta anécdota les alegró mucho. Contó otras con un renuevo de gracia, de juventud, de ingenio.

Le pareció bien la idea de un viaje inmediato a Nogent. Los adioses fueron tiernos; ya en la puerta, ella murmuró una vez más:

—¿Me quieres, verdad?

—¡Para siempre! —contestó él.

En su casa le esperaba un recadero con unas palabras escritas a lápiz, que lo avisaban de que Rosanette iba a dar a luz. Él había estado tan ocupado desde hacía unos días, que ya no pensaba en ello. Rosanette había ido a una clínica especializada, en Chaillot.

Frédéric tomó un simón y partió.

En la esquina de la calle Marbeuf leyó sobre una placa en grandes caracteres: «Casa de salud y de maternidad, regentada por Madame Alessandri, comadrona de primera clase, ex-alumna de la Maternidad, autora de diversas obras», etc. Después, en medio de la calle, sobre la puerta, una puertecita falsa, se repetía el letrero (sin la palabra maternidad): «Casa de salud de Mme. Alessandri», con todos sus títulos.

Frédéric dio un golpe de martillo.

Una doncella, con aspecto de confidente, le hizo pasar al salón, amueblado con una mesa de caoba, sillones de terciopelo granate y un reloj de péndulo sin la campana de cristal.

Casi al instante apareció Madame. Era una morena alta de cuarenta años, talle delgado, bellos ojos, con mundología. Informó a Frédéric del feliz alumbramiento de la madre, y le acompañó a su habitación.

Rosanette empezó a sonreír inefablemente; y, como sumergida bajo las olas de amor que la ahogaban, dijo en voz baja:

—¡Es un niño, allí, allí! —señalando cerca de su cama una cuna colgante.

Frédéric apartó las cortinas, y vio, entre la ropa, algo de un color rojo amarillento, muy arrugado, que olía mal y daba vagidos.

—Bésalo.

Él respondió para ocultar su repugnancia:

—Tengo miedo de hacerle daño.

—No, no.

Entonces dio un beso a su hijo con la punta de los labios.

—¡Cómo se te parece!

Y, con sus brazos débiles, se le colgó al cuello, con una efusión de sentimiento que él jamás había visto.

El recuerdo de la señora Dambreuse le vino a la mente. Se reprochó como una monstruosidad traicionar a aquel pobre ser, que amaba y sufría con toda la franqueza de su naturaleza. Durante varios días le hizo compañía desde la mañana hasta la noche.

Ella se sentía feliz en aquella casa discreta; los postigos que daban a la calle (incluso los postigos de la fachada) permanecían constantemente cerrados; la habitación, empapelada de persia claro, daba a un gran jardín. Mme. Alessandri, cuyo único defecto era citar como íntimos amigos a los médicos más famosos, la rodeaba de atenciones; sus compañeras, casi todas señoritas de provincias, se aburrían mucho, sin tener a nadie que las visitara; Rosanette se dio cuenta de que la envidiaban, y se lo dijo a Frédéric con orgullo. Había que hablar en voz baja, sin embargo; los tabiques eran delgados y todo el mundo estaba a la escucha, a pesar del continuo ruido de los pianos.

Frédéric, por fin, iba a salir para Nogent, cuando recibió una carta de Deslauriers.

Se presentaban dos candidatos nuevos, uno conservador, el otro rojo; un tercero, cualquiera que fuese, no tenía posibilidades. La culpa era de Frédéric; había dejado pasar la oportunidad, habría tenido que ir antes, moverse. «Ni siquiera se te ha visto en los comicios agrícolas». El abogado le censuraba no tener ninguna relación con los periódicos. «¡Ah!, si hubieras seguido antes mis consejos. ¡Si tuviéramos un periódico para nosotros!». Insistía en esto. Por lo demás, muchas personas que le habrían votado, por consideración al señor Dambreuse, ahora le abandonarían, entre ellos Deslauriers. No teniendo ya nada que esperar del capital, dejaba a su protegido.

Frédéric enseñó la carta a la señora Dambreuse.

—¿No has estado en Nogent? —dijo ella.

—¿Por qué?

—Es que vi a Deslauriers hace tres días.

Enterado de la muerte de su marido, el abogado había ido a llevar unas notas sobre las hullas y a ofrecerle sus servicios como hombre de negocios. Esto le pareció extraño a Frédéric; y ¿qué hacía su amigo allá?

La señora Dambreuse quiso saber en qué se ocupaba desde que se habían separado.

—Estuve enfermo —respondió él.

—Habrías debido avisarme, al menos.

—¡Oh!, no valía la pena.

Además, había tenido una serie de problemas, de citas, visitas.

Desde entonces llevó una doble vida, durmiendo religiosamente en casa de la Mariscala, y pasando la tarde en casa de la Sra. Dambreuse, de modo que le quedaba en mitad de la jornada una hora de libertad.

El niño estaba en el campo, en Andilly. Iban a verlo todas las semanas.

La casa de la nodriza se encontraba en la parte alta del pueblo, al fondo de un pequeño patio, oscuro como un pozo, con paja por el suelo, gallinas aquí y allí, una carreta para verduras en el cobertizo. Rosanette comenzaba por besar frenéticamente a su bebé; y, presa de una especie de delirio, iba y venía, probaba a ordeñar la cabra, comía pan de pueblo, aspiraba el olor del estiércol, quería poner un poco en su pañuelo.

Después daban largos paseos; entraba en casa de los encargados de los viveros, arrancaba las ramas de las lilas que colgaban fuera de las paredes, gritaba: «¡Arre, borriquillo!» a los burros que arrastraban una carreta, se paraba a contemplar a través de la verja el interior de los bellos jardines; o bien la nodriza tomaba al niño, lo ponían a la sombra, bajo un nogal; o las dos mujeres charlaban, durante horas, de aburridos temas.

Frédéric, cerca de ellas, contemplaba los bancales de viñas en las pendientes del terreno o algún bosquecillo de trecho en trecho, los senderos polvorientos parecidos a cintas grisáceas, las casas que ponían manchas blancas y rojas en medio del verdor; y a veces el humo de una locomotora se alargaba horizontal al pie de las colinas cubiertas de follajes, como una gigantesca pluma de avestruz cuya punta ligera levantaba el vuelo.

Después, sus ojos volvían a fijarse en su hijo. Se lo figuraba un joven, haría de él su compañero; pero tal vez sería un tonto, un desgraciado sin duda alguna. La ilegitimidad de su nacimiento le seguiría oprimiendo; habría sido mejor para él no nacer, y Frédéric murmuraba: «¡Pobre chico!», con el corazón lleno de una incomprensible tristeza.

A menudo perdían el último tren. Entonces la señora Dambreuse le reprendía por su falta de puntualidad. Él le contaba un cuento.

También había que inventarlos para Rosanette. No comprendía en qué empleaba él todas las tardes. Y cuando preguntaban en su casa, nunca estaba. Un día que estaba aparecieron las dos casi al mismo tiempo. Frédéric hizo salir a la Mariscala, y escondió a la Sra. Dambreuse, diciéndole que iba a llegar su madre.

Pronto estas mentiras le divirtieron: repetía a una el juramento que acababa de hacer a la otra, les mandaba dos ramos de flores iguales, les escribía al mismo tiempo, después

hacía comparaciones entre ellas; había una tercera siempre presente en su pensamiento. La imposibilidad de tenerla le justificaba de sus perfidias, que avivaban el placer con el gusto del cambio; y cuanto más engañaba a cualquiera de las dos, más la quería, como si sus amores se hubiesen inflamado recíprocamente y, en una especie de emulación, cada una de ellas hubiese querido hacerle olvidar a la otra.

—Mira si tengo confianza en ti —le dijo un día la señora Dambreuse, desdoblado un papel en que le informaban de que el señor Moreau hacía vida conyugal con una tal Rosa Bron. ¿No será por casualidad aquella señorita de las carreras?

—¡Qué cosa más absurda! —replicó él—. ¡Déjame ver!

La carta estaba escrita en caracteres romanos, no llevaba firma. La señora Dambreuse, al principio, había tolerado a esta amante, que encubría su adulterio. Pero como su pasión se había hecho más fuerte, había exigido una ruptura, lo cual había ocurrido ya hacía tiempo, según Frédéric; y, cuando él terminó sus protestas, ella replicó, al tiempo que entornaba sus ojos, en los que brillaba una mirada parecida a la punta de un estilete a través de un velo de muselina:

—¡Bueno! ¿Y la otra?

—¿Qué otra?

—La mujer del comerciante de cerámica.

Hizo un gesto desdeñoso encogiéndose de hombros. Ella no insistió.

Pero, un mes después, hablando de honor y de lealtad, cuando él alababa la suya (de paso, cautelosamente), ella le dijo:

—Es verdad, eres honrado, ya no vuelves allí.

Frédéric, que pensaba en la Mariscalá, balbuceó:

—¿A dónde?

—A casa de Mme. Arnoux.

Él le suplicó le confesara dónde había obtenido aquella información. Era a través de la primera oficiala de su modista, la señora Regimbart.

Así, ella conocía su vida, y él no sabía nada de la de ella.

Entretanto, él había descubierto en su tocador la miniatura de un señor de largos bigotes. ¿Era la misma persona de quien le habían contado, hacía tiempo, una vaga historia de suicidio? Pero no había manera de saber más acerca de esto. Además, ¿para qué? Los corazones de las mujeres son como pequeños muebles de secretos, llenos de cajones metidos unos dentro de otros; uno se esfuerza, se parte las uñas, y se encuentra en el fondo alguna flor seca, restos de polvo o el vacío. (Y además, temía tal vez enterarse de demasiadas cosas).

Ella le obligaba a rechazar las invitaciones a las que no podía ir con él, lo retenía a su lado, tenía miedo de perderlo; y, a pesar de esta unión cada vez mayor, de pronto se descubrían entre ellos verdaderos abismos, a propósito de cosas insignificantes, el juicio sobre una persona, una obra de arte.

La señora Dambreuse tocaba el piano de una manera correcta y dura. Su espiritualismo (creía en la transmigración de las almas a las estrellas) no le impedía llevar sus cuentas admirablemente. Trataba a su gente con altivez; sus ojos permanecían secos a la vista de los harapos de los pobres. En sus expresiones habituales se traslucía un egoísmo ingenuo: «¿Qué me importa?, ¡sería muy buena!, ¡qué necesidad tengo!», y mil pequeñas acciones tan odiosas como difíciles de analizar. Habría sido capaz de ponerse a escuchar detrás de las puertas; probablemente mentía a su confesor. Por espíritu de dominación, quiso que Frédéric la acompañase los domingos a la iglesia. Obedeció y le llevó el libro de misa.

La pérdida de su herencia la había cambiado considerablemente. Los signos de un dolor que la gente atribuía a la muerte del señor Dambreuse la hacían interesante. Desde el fracaso electoral de Frédéric, ambicionaba para ellos dos una legación en Alemania; por eso, la primera cosa que había que hacer era someterse a las ideas que triunfaban.

Unos deseaban el Imperio, otros querían la vuelta de los Orléans, otros al conde de Chambord; pero todos coincidían en la urgencia de la descentralización. Y se habían propuesto varios medios, tales como: cortar París con una multitud de grandes calles a fin de que surgiesen allí pueblos, trasladar a Versalles la sede del gobierno, poner las escuelas en Bourges, suprimir las bibliotecas, confiar todo a los generales de división; y se exaltaba el medio rural, pues los analfabetos tienen por naturaleza más sentido común que los demás. Cundían los odios: odio contra los maestros primarios y contra los vinateros, contra las clases de filosofía, contra los cursos de historia, contra las novelas, los chalecos rojos, las barbas largas, contra toda independencia, toda manifestación individual; pues había que restablecer el principio de autoridad; no importaba en nombre de quién se ejerciese ni cuál fuese su origen, con tal de que fuese la Fuerza, la Autoridad. Los conservadores, ahora, hablaban como Sénécal. Frédéric ya no entendía nada; y en casa de su amante volvía a escuchar los mismos discursos, pronunciados por las mismas personas.

Los salones de las cortesanas (es de aquella época de cuando data su importancia) eran un terreno neutral, en el que coincidían reaccionarios de distintas tendencias. Hussonnet, que se dedicaba a denigrar glorias contemporáneas (cosa muy útil para la restauración del Orden), inspiró a Rosanette el deseo de tener, como cualquier otra, sus veladas; él se encargaría de hacer las reseñas; y comenzó llevando a un hombre serio, Fumichon; después aparecieron Nonancourt, el señor de Grémonville, el señor de Larsillois, ex prefecto, y Cisy, que ahora era agrónomo, bajo bretón y más católico que nunca.

Acudían, además, antiguos amantes de la Mariscal, tales como el barón de Comaing, el conde de Jumillac y algunos otros; el aire desenvuelto de estos personajes molestaba a Frédéric.

Para dárselas de amo, aumentó el tren de vida de la casa. Tomaron un botones, cambiaron el piso y lo amueblaron de nuevo. Eran gastos útiles para dar la sensación de un matrimonio menos desproporcionado con su fortuna. La cual, entretanto, disminuía espantosamente, sin que Rosanette acertase a comprender nada.

Burguesa venida a menos, adoraba la vida familiar, un pequeño ambiente apacible. Sin embargo, se contentaba con tener «un día»; decía: «esas mujeres», hablando de las que eran como ella; quería ser «una mujer de mundo», creía serlo. Rogó a Frédéric que no siguiese fumando en el salón, trató de hacerle guardar la vigilia, para darse tono.

En fin, no estaba en su papel, pues se volvía seria, e incluso antes de acostarse seguía mostrando un poco de melancolía, como si pusieran cipreses a la puerta de una taberna.

Él descubrió la causa de todo esto: soñaba con el matrimonio también ella. Frédéric se exasperó. Por otra parte, recordaba su aparición en casa de Mme. Arnoux, y además le guardaba rencor por haberle resistido tanto tiempo.

El no dejaba de averiguar quiénes habían sido sus amantes. Ella los negaba todos. Entonces, él sintió como celos. Se irritó por los regalos que ella había recibido, y que seguía recibiendo y, cuanto más le exasperaba el fondo mismo de su persona, más arrastrado se sentía hacia ella por un placer sensual, áspero y brutal, ilusiones de un minuto que se resolvían en odio.

Sus palabras, su voz, su sonrisa, todo llegó a desagradarle, sobre todo sus miradas, aquel ojo de mujer eternamente límpido y tonto. A veces se encontraba tan harto, que la habría visto morir sin alterarse lo más mínimo. Pero ¿cómo enfadarse? Ella era de una dulzura desesperante.

Deslauriers reapareció, y explicó su estancia en Nogent diciendo que estaba en tratos para comprar un despacho de abogado. Frédéric se alegró de volver a verle; era alguien. Lo asoció como un tercero a la pareja.

El abogado iba a cenar con ellos de vez en cuando, y, cuando surgían pequeñas disputas, se ponía siempre al lado de Rosanette, de tal modo que una vez Frédéric le dijo:

—¡Ah! Acuéstate con ella si te divierte —tanto deseaba encontrar una ocasión de deshacerse de ella.

Hacia mediados del mes de junio, ella recibió un requerimiento en el que el letrado Atanasio Gautherot, oficial de justicia, le ordenaba abonar cuatro mil francos que debía a la señorita Clemence Vatnaz; de lo contrario, iría al día siguiente a embargarla.

En efecto, de los cuatro pagarés firmados en su día uno sólo estaba pagado; pues el dinero que había pasado por sus manos, desde entonces, lo había destinado a otras necesidades.

Corrió a casa de Arnoux. Vivía en el *faubourg* Saint-Germain, y el portero no sabía la

calle. Fue a casa de varios amigos, no encontró a nadie, y regresó desesperada. No quería decir nada a Frédéric, ante el temor de que esta nueva historia fuese a perjudicar su matrimonio.

A la mañana siguiente, el letrado Atanasio Gautherot se presentó flanqueado de dos ayudantes, uno descolorido, con cara de zorro, aspecto de consumido de envidia, el otro con cuello postizo, trabillas muy tirantes, dedil de tafetán negro en el índice; y los dos, innoblemente sucios, con cuellos grasientos y las mangas de la levita demasiado cortas.

Su patrón, un buen mozo, por el contrario, comenzó pidiendo disculpas por su penosa misión, mientras echaba una ojeada al apartamento, «lleno de cosas bonitas, a fe mía». Añadió: «además de otras que no se pueden embargar». A un gesto suyo, los dos testigos desaparecieron.

Entonces, sus cumplidos se redoblaron. Se podía creer que una persona tan... encantadora no tuviera amigo serio. Una venta judicial era una verdadera desgracia. No se levanta uno jamás. Trató de asustarla; después, viéndola impresionada, adoptó súbitamente un tono paternal. Conocía el mundo, había tenido que ver con todas aquellas señoras; y, nombrándolas, examinaba los marcos en las paredes. Eran antiguos cuadros del bueno de Arnoux, bocetos de Sombaz, acuarelas de Burrieu, tres paisajes de Dittmer. Rosanette desconocía evidentemente su precio. El abogado Gautherot se volvió hacia ella:

—¡Fíjese! Para demostrarle que soy un buen chico, hagamos una cosa: cédame esos Dittmer, y me encargo yo de pagar todo. ¿De acuerdo?

En este momento, Frédéric, a quien Delphine había informado en la antesala, y que acababa de ver a los dos oficiales, entró con el sombrero puesto, con aire brutal. El letrado Gautherot recobró su dignidad; y, como la puerta había quedado abierta:

—Vamos, señores, escriban. En la segunda pieza, decimos: una mesa de roble, con sus dos largueros, dos aparadores...

Frédéric le paró para preguntarle si no había medio de impedir el embargo.

—¡Oh!, perfectamente. ¿Quién ha pagado los muebles?

—Yo.

—Pues bien, formule una reivindicación; siempre es tiempo que se gana.

El letrado Gautherot acabó rápidamente sus asientos, y, en el acta, emplazó en recurso de urgencia a la señorita Bron, luego se retiró.

Frédéric no hizo ningún reproche. Contemplaba las huellas de barro que había dejado el calzado de los alguaciles sobre la alfombra, y, hablándose a sí mismo:

—Habrà que buscar dinero.

—¡Ah!, ¡Dios mío!, ¡qué tonta soy! —dijo la Mariscala.

Buscó en un cajón, cogió una carta, y se fue rápidamente a la Sociedad de Alumbrado del Languedoc, a fin de obtener la transferencia de sus acciones.

Volvió una hora después. Los títulos estaban vendidos a otro. El empleado le había contestado examinando su papel, el compromiso escrito por Arnoux: «Este documento no la constituye de ningún modo en propietaria. La Compañía no reconoce esto».

En resumen, la había mandado a paseo, ella estaba sofocada; Frédéric tenía que ir inmediatamente a casa de Arnoux para aclarar la cosa.

Pero Arnoux creería, tal vez, que iba para recuperar indirectamente los quince mil francos de su hipoteca perdida; y además, esta reclamación a un hombre que había sido el amante de su querida le parecía una bajeza. Eligiendo una solución intermedia, fue a la residencia de la señora Dambreuse a buscar la dirección de la señora Regimbart, envió un recadero a su casa, y así supo el café que ahora frecuentaba el Ciudadano.

Era un pequeño café en la plaza de la Bastilla, donde pasaba todo el día, en la esquina de la derecha, al fondo, sin moverse, como si formara parte del inmueble.

Después de haber pasado sucesivamente por la media taza, el *grog*, el *bischof*, el vino caliente e incluso el agua con un poco de vino tinto, había vuelto a la cerveza; y cada media hora dejaba caer esta palabra: «Bock», habiendo reducido su lenguaje a lo indispensable. Frédéric le preguntó si veía algo a Arnoux.

—No.

—¡Anda! ¿por qué?

—¡Un imbécil!

Quizás era la política lo que les separaba, y Frédéric creyó que hacía bien preguntando por Compain.

—¡Qué animal! —dijo Regimbart.

—¿Cómo es eso?

—Su cabeza de ternera.

—¡Ah!, ¡dígame qué es eso de la cabeza de ternera!

Regimbart esbozó una sonrisa de compasión.

—¡Tonterías!

Frédéric, después de un largo silencio, replicó:

—Entonces, ¿se ha mudado de casa?

—¿Quién?

—¡Arnoux!

—Sí; calle de Fleurus.

—¿Qué número?

—¿Frecuento yo, acaso, a los jesuítas?

—¿Cómo, jesuítas?

El Ciudadano contestó furioso:

—Con el dinero de un patriota que yo le presenté aquel cerdo ha abierto una tienda de rosarios.

—¡No es posible!

—¡Vaya a verlo!

Nada más cierto; Arnoux, debilitado por un ataque, había vuelto a la religión; por otra parte, «siempre había tenido un fondo religioso» y, con la mezcla de mercantilismo y de ingenuidad que le era natural, para salvar su alma y su fortuna, se había metido en el comercio de objetos religiosos.

Frédéric no tuvo dificultad en descubrir su establecimiento, en cuyo rótulo se leía: «Artes góticas.—Restauración del culto.—Ornamentos de iglesia.—Escultura polícroma.—Incienso de los Reyes Magos», etc.

En las dos esquinas de la vitrina se levantaban dos imágenes de madera, de colores abigarrados; pintarrajeadas de oro, cinabrio y azul; y un San Juan Bautista con su piel de cordero, y una Santa Genoveva, con rosas en su delantal y una rueca bajo el brazo; después grupos en yeso; una hermanita instruyendo a una niña, una madre de rodillas al lado de una camita, tres colegiales ante la sagrada mesa. Lo más bonito era una especie de chalet que figuraba el interior del pesebre con el burro, el buey y el Niño Jesús recostado sobre paja, paja auténtica. De arriba abajo de las estanterías se veían medallas por docenas, rosarios de todas clases, pilas de agua bendita en forma de concha y los retratos de las glorias eclesiásticas, entre los cuales destacaban monseñor Affre y nuestro Santo Padre, los dos sonriendo.

Arnoux, en su mostrador, dormitaba con la cabeza baja. Estaba envejecido, tenía incluso alrededor de las sienes como una corona de granitos rosa sobre la cual se apreciaban los reflejos de las cruces de oro iluminadas por el sol.

Frédéric, ante este espectáculo de decadencia, se entristeció. Sin embargo, se resignó, por afecto a la Mariscala y siguió adelante; en el fondo de la tienda apareció Mme. Arnoux; entonces, él dio media vuelta.

—No lo he encontrado —dijo al volver a casa.

Y por más que repitió que iba a escribir, inmediatamente, a su notario de El Havre para que le mandara dinero, Rosanette se puso furiosa. Nunca había visto a un hombre tan

débil, tan blandengue; mientras que ella pasaba mil privaciones, los demás lo pasaban en grande.

Frédéric pensaba en la pobre Mme Arnoux, figurándose la mediocridad desconsoladora de su casa. Se había metido en el escritorio; y, como Rosanette continuaba con su voz chillona:

—¡Ah! ¡Por amor de Dios!, ¡cállate!

—¿Vas a defenderlos, acaso?

—¡Pues sí! —exclamó él—, pues ¿de dónde viene este ensañamiento?

—Y tú, ¿por qué no quieres que paguen? ¡Es por miedo a afligir a tu antigua!, ¡confiésalo!

Le dieron ganas de tirarle el reloj de la chimenea; le faltaron las palabras. Se quedó mudo. Rosanette, caminando por la habitación, añadió:

—Voy a plantear una denuncia a tu Arnoux. ¡Oh! No te necesito —y apretando los labios—: ¡Iré a consultar!

Tres días después, Delphine entró bruscamente.

—Señora, señora, hay un hombre con un bote de cola que me da miedo.

Rosanette pasó a la cocina, y vio una especie de galopin, con la cara picada de viruela, paralítico de un brazo, casi borracho del todo y hablando atropelladamente.

Era el encargado de pegar los carteles del letrado Gautherot. Habiendo sido rechazado el recurso contra el embargo, la expropiación seguía su curso normal.

Por su trabajo de haber subido la escalera, reclamó en primer lugar una copita; después imploró otro favor, a saber, unas entradas para el espectáculo, creyendo que la señora era una actriz. Luego se pasó unos minutos haciendo guiños de ojos incomprensibles; por fin, declaró que, por cuarenta sueldos, rasgaría las esquinas de los anuncios colocados abajo, contra la puerta. Rosanette figuraba en ellos con su apellido, medida de excepcional rigor que demostraba todo el odio de la Vatnaz.

En otro tiempo, la señorita Vatnaz había sido una mujer sensible, e incluso, en un problema sentimental, había escrito a Béranger pidiéndole consejo. Pero los contratiempos de la vida le habían agriado el carácter. Había sido sucesivamente profesora de piano, patrona de una pensión, colaboradora de revistas de moda, había realquilado apartamentos, traficando en encajes en el mundo de las mujeres ligeras, donde sus relaciones le sirvieron para hacer favores a muchas personas, entre otras a Arnoux. Anteriormente había trabajado en una casa comercial.

Allí pagaba a las obreras; para cada una de ellas había dos libros, uno de los cuales quedaba siempre en su poder. Dussardier, que llevaba por cortesía el de una tal Hortensia

Baslin, se presentó un día en caja en el momento en que la señorita Vatnaz traía la cuenta de aquella chica, 1682 francos, que el cajero le pagó. Ahora bien, como, justo la víspera, Dussardier no había registrado más que 1082 en el libro de la Baslin, se lo volvió a pedir con un pretexto; después, queriendo pasar un velo sobre aquella historia de robo, le contó que lo había perdido. La obrera repitió su mentira a la señorita Vatnaz; ésta, para saber a qué atenerse, con aire indiferente, fue a hablar al bueno del dependiente, el cual se contentó con responder: «Lo he quemado». Eso fue todo. Poco tiempo después, ella dejó la casa, sin creer en la destrucción del libro e imaginándose que Dussardier lo conservaba.

Al saber que estaba herido, había acudido a su casa con intención de recuperarlo. Luego, no habiendo descubierto nada, a pesar de pesquisas más minuciosas, había sentido respeto, y enseguida amor, por aquel chico tan leal, tan dulce, tan heroico y tan fuerte. Tanta buena suerte, a su edad, era algo inesperado. Se echó sobre él con un apetito de ogresa; y, por él, había abandonado la literatura, el socialismo, «las doctrinas consoladoras y las utopías generosas», el curso que profesaba sobre la emancipación de la mujer, todo, incluso al propio Delmar; en fin, propuso a Dussardier unirse en matrimonio.

Aunque fuese su amante, él no estaba en absoluto enamorado de ella. Por otra parte, no había olvidado su robo. Además, era demasiado rica. La rechazó. Entonces, ella le dijo, con lágrimas, las ilusiones que se había hecho: abrir entre los dos una tienda de confección. Ella disponía de los fondos indispensables para comenzar, que se verían aumentados en cuatro mil francos la semana siguiente; y le contó las diligencias emprendidas contra la Mariscala.

Dussardier tuvo pena por su amigo. Se acordó de la petaca regalada en el cuerpo de guardia, las noches del muelle Napoleón, tantas agradables conversaciones, libros prestados, las mil amabilidades de Frédéric. Pidió a la Vatnaz que desistiese.

Ella se burló de su ingenuidad, manifestando contra Rosanette una execración incomprensible; si deseaba la fortuna, era sólo para poder aplastarla un día con su carroza.

Estos abismos de perfidia asustaron a Dussardier; y, cuando supo seguro el día de la venta, salió. Al día siguiente, por la mañana, se presentaba en casa de Frédéric en una actitud embarazosa.

—Tengo que darle explicaciones.

—¿De qué?

—Usted debe tomarme por un desagradecido, a mí, de quien ella es... —balbuceaba

—. ¡Oh! No volveré a verla, no seré su cómplice.

Y el otro, mirándolo todo sorprendido:

—¿No es cierto que van a vender los muebles de su amante, dentro de tres días?

—¿Quién le ha dicho eso?

—Ella misma, la Vatnaz. Pero temo ofenderle a usted.

—Imposible, querido amigo.

—¡Ah!, ¡es verdad!, es usted tan bueno.

Y le tendió, con mano discreta, una pequeña cartera de badana.

Eran cuatro mil francos, todos sus ahorros.

—¡Cómo! ¡Ah!, no, no...

—Ya sabía que le molestaría —replicó Dussardier con lágrimas en los ojos.

Frédéric le estrechó la mano; y el buen chico replicó con voz violenta:

—¡Acéptelos! ¡Hágame ese favor! Estoy tan desesperado. Además, ¿no ha terminado ya todo? Cuando llegó la revolución creí que íbamos a ser felices. ¿Recuerda usted qué hermoso era, qué bien se respiraba? ¡Pero hemos vuelto a caer y más bajo que nunca!

Y, con los ojos fijos en el suelo:

—Ahora están matando nuestra República, como mataron la otra, la romana, y la pobre Venecia, la pobre Polonia, la pobre Hungría. ¡Qué abominaciones! En primer lugar, han abatido los árboles de la libertad, después, restringido el derecho de voto, cerrado los clubes, restablecido la censura y entregado la enseñanza a los curas, en espera de la Inquisición. ¿Por qué no? Los cosacos nos prefieren conservadores. Condenan a los periódicos que hablan contra la pena de muerte. París está llena de bayonetas, dieciséis departamentos están en estado de sitio; y la amnistía una vez más es rechazada.

Se cogió la cabeza entre las manos; después, abriendo los brazos como en una gran angustia:

—Si, al menos, lo intentaran. Si fuesen de buena fe, podríamos entendernos. ¡Pero no! Los obreros no son mejores que los burgueses, ya lo ve. En Elbeuf, recientemente, negaron su ayuda en un incendio. Unos miserables tratan a Barbes de aristócrata. Para burlarse del pueblo, quieren nombrar a Nadaud para la presidencia, un albañil, ya me dirá usted. Y no hay manera, no hay remedio. Todo el mundo está contra nosotros. Yo no he hecho daño a nadie; sin embargo, tengo como un peso en el estómago. Me voy a volver loco, si esto continúa. Tengo ganas de que me maten. Le aseguro que no necesito mi dinero. Ya me lo devolverá, ¡caramba!, se lo presto.

Frédéric, a quien apremiaba la necesidad, acabó por aceptar los cuatro mil francos. Así, por parte de la Vatnaz, ya no tenía preocupación.

Pero Rosanette perdió rápidamente el pleito contra Arnoux, y, por cabezonada, estaba empeñada en apelar.

Deslauriers se afanaba en hacerle comprender que el compromiso de Arnoux no constituía ni una donación ni una cesión en regla; ella ni siquiera le escuchaba, encontraba

la ley injusta; como ella era una mujer, los hombres se apoyaban entre sí. Finalmente, sin embargo, siguió sus consejos. Deslauriers se consideraba tan de casa, que, varias veces, llevó a Sénécál consigo a cenar. Tal descaro desagradó a Frédéric, que le había anticipado dinero, le había incluso recomendado a su sastre; y el abogado regalaba sus viejas levitas al socialista, cuyos medios de vida eran desconocidos.

Hubiera querido servir a Rosanette, sin embargo. Un día que ella le enseñaba doce acciones de la compañía de caolín (aquella famosa empresa que había hecho condenar a Arnoux al pago de treinta mil francos), él le dijo:

—Pero eso es sospechoso, es soberbio.

Ella podía emplazarlo para que le pagase lo que le debía. En primer lugar, probaría que él estaba obligado solidariamente a pagar todo el pasivo de la compañía, puesto que había declarado como deudas colectivas sus deudas personales y, además, había malversado varios efectos de la Sociedad.

—Todo esto lo hace culpable de quiebra fraudulenta, artículos 586 y 587 del Código de Comercio; y lo meteremos en la cárcel, no lo dudes, monina.

Rosanette le saltó al cuello. Al día siguiente la recomendó a su antiguo patrón no pudiendo él mismo ocuparse del asunto, pues tenía cosas que hacer en Nogent; en caso de urgencia, Sénécál le escribiría.

Sus gestiones para la compra de un despacho eran un pretexto. Pasaba el tiempo en casa del tío Roque, donde había comenzado no sólo por elogiar al amigo de la familia, sino por imitarlo lo más posible en sus maneras y su lenguaje; lo cual le había ganado la confianza de Louise, mientras que él se ganaba la de su padre, desatándose contra Ledru-Rollin.

Si Frédéric no volvía, es que frecuentaba el gran mundo; y, poco a poco, Deslauriers les dijo que tenía amores, que tenía un hijo, que sostenía a una mujer.

La desesperación de Louise fue inmensa, la indignación de la señora Moreau no menos fuerte. Veía ya a su hijo precipitándose hacia el fondo de un abismo vago, se sentía herida en su culto a las conveniencias sociales y sentía una especie de deshonra personal, cuando de pronto cambió su fisonomía. A las preguntas que le hacían sobre Frédéric contestaba en tono socarrón:

—Está bien, muy bien.

Sabía de su matrimonio con la señora Dambreuse.

La fecha estaba fijada; e incluso él estaba pensando cómo hacer digerir la cosa a Rosanette.

Hacia mediados de otoño, la Mariscala ganó su pleito relativo a las acciones de la mina de caolín; Frédéric se enteró al encontrar en la puerta de su casa a Sénécál, que salía

de la Audiencia.

Arnoux había sido declarado cómplice de todos los fraudes; y el ex profesor parecía alegrarse de tal manera que Frédéric no le dejó seguir adelante, asegurándole que él se encargaría de dar el recado a Rosanette. Entró en su casa con aire irritado.

—Bueno, ya estarás contenta.

Pero, sin poner atención a estas palabras:

—¡Mira!

Y le mostró a su hijo, acostado en una cuna, cerca del fuego. Aquella mañana lo había encontrado tan mal en casa de la nodriza, que se lo había llevado a París.

Todos sus miembros habían adelgazado extraordinariamente y sus labios estaban cubiertos de puntos blancos, que en el interior de la boca formaban como coágulos de leche.

—¿Qué ha dicho el médico?

—¡Ah!, el médico. Dice que el viaje ha aumentado su... no sé más, un nombre en *itis*... en fin, que tiene difteria. ¿Sabes qué es eso?

Frédéric no vaciló en responder: «Ciertamente», añadiendo que no era nada.

Pero, por la noche, le asustó el aspecto débil del niño y el aumento de aquellas manchas azuladas, parecidas a mohos; parecía que la vida, abandonando ya aquel pobre cuerpecito, no hubiese dejado más que una materia donde crecía la vegetación. Sus manos estaban frías, ya no podía beber, y la nodriza, una nueva que el portero había ido a buscar al azar en una agencia, repetía:

—Me parece muy bajo, muy bajo.

Rosanette no se acostó en toda la noche.

Por la mañana fue a buscar a Frédéric.

—Ven a ver. Ya no se mueve.

En efecto, estaba muerto. Ella lo cogió, lo sacudió, lo estrechaba llamándole con los nombres más dulces, lo cubría de besos y de sollozos, daba vueltas alrededor, loca, se tiraba del pelo, daba gritos; y se dejó caer sobre la orilla del diván, donde permaneció con la boca abierta, derramando un mar de lágrimas de sus ojos inmóviles. Después se apoderó de ella un torpor; y todo recobró la tranquilidad en el apartamento. Los muebles estaban fuera de su sitio. Dos o tres servilletas estaban por el suelo. Dieron las seis. La lamparilla de noche se apagó.

A la vista de todo esto, Frédéric creía estar soñando. Su corazón se encogía de angustia. Le parecía que esta suerte no era más que un comienzo, y que detrás de ella estaba a punto de sobrevenirle una desgracia más considerable.

Ella quería que lo embalsamaran. Había muchas razones en contra. La más importante, según Frédéric, era la imposibilidad de hacerlo en niños tan pequeños. Era mejor hacerle un retrato. A Rosanette le pareció bien la idea. Escribió unas líneas a Pellerin, y Delphine corrió a llevárselas.

Pellerin llegó rápidamente, queriendo borrar con este celo el recuerdo de su comportamiento anterior. Al principio dijo:

—¡Pobre angelito!, ¡Ah! ¡Dios mío!, ¡qué desgracia!

Pero, poco a poco, pudo más el artista, declaró que no se podía hacer nada con aquellos ojos ennegrecidos, aquella cara lívida, que era una verdadera naturaleza muerta; que hacía falta mucho talento; y murmuraba:

—¡Oh!, no es tan fácil, no es tan fácil.

—Con tal de que se le parezca —objetó Rosanette.

—Me río yo de la semejanza. Abajo el realismo. Es el espíritu lo que se pinta. ¡Déjenme! Voy a tratar de figurarme cómo debía de ser.

Estuvo reflexionando, con la frente apoyada en la mano izquierda y el codo en la derecha; después, de pronto:

—¡Tengo una idea!, ¡un dibujo al pastel! Con medias tintas coloreadas, trazadas casi lisas, se puede obtener un bello modelo, sólo algo que se le acerque.

Mandó a la doncella a buscar su caja; después, con los pies apoyados en una silla y teniendo otra al lado, empezó a hacer grandes trazos, tan tranquilo como si tuviese delante un modelo de yeso. Ensalzaba los pequeños cuadros de San Juan de Correggio, la infanta Rosa de Velázquez, las carnes lechosas de Reynolds, la distinción de Lawrence, y sobre todo el niño de largos cabellos que está sobre las rodillas de lady Glower.

—Además, ¿hay algo más encantador que aquellos monigotes? El prototipo de lo sublime (Rafael lo ha demostrado con sus madonas) es quizás una madre con su niño.

Rosanette, que sentía que se ahogaba, salió; y Pellerin cambió al instante de conversación:

—Bueno, y Arnoux, ¿sabe lo que pasa?

—No. ¿Qué?

—Aquello tenía que teminar así, por lo demás.

—Pero, ¿cómo?

—Quizás esté ahora... Perdón.

El artista se levantó para elevar un poco la cabeza del pequeño cadáver.

—Decía usted... —replicó Frédéric.

Y Pellerin, al tiempo que guiñaba el ojo para tomar mejor las medidas:

—Decía que nuestro amigo Arnoux probablemente esté a estas horas en chirona.

Después, con aire de satisfacción:

—Mire aquí un poco. ¿Es esto?

—Sí, muy bien. ¿Pero Arnoux?

Pellerin dejó su lápiz.

—Según he creído entender, está denunciado por un tal Mignot, un amigo íntimo de Regimbart, una buena cabeza, ése, ¿eh? ¡Qué idiota! Figúrese que un día...

—No se trata de Regimbart, ¡eh!

—En efecto. Arnoux, ayer por la tarde, tenía que reunir doce mil francos; si no, estaba perdido.

—¡Oh!, quizás está exagerando —dijo Frédéric.

—¡En absoluto! La cosa me parecía grave, muy grave.

En aquel momento apareció Rosanette con manchas rojas bajo los párpados, ardientes como capas de maquillaje. Se acercó al dibujo y se quedó mirando. Pellerin hizo señas de que callase por culpa de ella. Frédéric, sin darse cuenta:

—Sin embargo, no puedo creer...

—Le repito que lo encontré ayer —dijo el artista— a las siete de la tarde, en la calle Jacob. Tenía incluso su pasaporte, por si acaso; y hablaba de embarcarse en El Havre, él y toda su familia.

—¡Cómo! ¿Con su mujer?

—¡Sin duda! Es muy buen padre de familia para vivir completamente solo.

—¿Está usted seguro de esto?

—¡Pues claro! ¿Dónde quiere usted que haya encontrado doce mil francos?

Frédéric dio dos o tres vueltas por la habitación. Estaba jadeante, se mordía los labios, después cogió el sombrero.

—¿A dónde vas? —dijo Rosanette.

Él no respondió, y desapareció.

CAPÍTULO V

Necesitaba doce mil francos, o no volvería a ver más a Mme. Arnoux; y, hasta el momento, había mantenido una esperanza invencible. ¿No era ella la sustancia de su corazón, el fondo mismo de su vida? Durante unos minutos estuvo, en la acera, indeciso, consumiéndose de angustia, pero feliz de no estar más con la otra.

¿Dónde conseguir dinero? Frédéric sabía por propia experiencia qué difícil es obtenerlo inmediatamente a cualquier precio. Sólo una persona podía ayudarle, la señora Dambreuse. Seguía guardando en su secreter varios billetes de banco. Fue a su casa; y, con aire resuelto:

—¿Tienes doce mil francos para prestarme?

—¿Para qué?

Era un secreto de otra persona. Ella quería conocerlo. Él no cedió. Los dos se obstinaban. Por fin, ella se negó a dar nada sin saber para qué. Frédéric se puso todo rojo. Uno de sus camaradas había cometido un robo. La suma tenía que devolverse ese mismo día.

—¿Cómo se llama? ¿Su nombre? ¡Vamos!, ¡dime su nombre!

—¡Dussardier!

Y se echó a sus rodillas, suplicándole que no dijese nada.

—¿Por quién me tomas? —replicó la señora Dambreuse—. Creerán que tú eres el culpable. Deja ya tus aires trágicos. Toma, ahí los tienes, y que le aprovechen.

Corrió a casa de Arnoux. El comerciante no estaba en la tienda. Pero vivía en la calle Paradis, pues tenía dos domicilios.

En la calle Paradis, el portero juró que el señor Arnoux se había ausentado la víspera; en cuanto a la señora, no se atrevió a decir nada; y Frédéric subió la escalera como una flecha, pegó su oído a la cerradura. Por fin, le abrieron. La señora había salido con el señor. La muchacha no sabía cuándo volverían; le habían hecho la cuenta; también ella se marchaba.

De pronto, se oyó crujir una puerta.

—¿Pero hay alguien?

—¡Oh!, no, señor. Es el viento.

Entonces, se retiró. Sin embargo, una desaparición tan rápida se debía a algo inexplicable. Regimbart, que era íntimo amigo de Mignot, ¿podía quizás aclararlo? Y Frédéric se dirigió a su casa, en Montmartre, calle del Emperador.

La casa de Regimbart estaba rodeada por un pequeño jardín, cerrado por una verja cubierta de planchas de hierro. Una escalinata de tres escalones realzaba la fachada blanca; al pasar por la acera se veían las dos piezas de la planta baja, la primera de las cuales era un salón con ropa encima de todos los muebles, y la segunda, el taller donde estaban las obreras de la señora Regimbart.

Todas estaban convencidas de que el señor tenía muchas ocupaciones, muchas relaciones, que era un hombre totalmente fuera de serie. Cuando atravesaba el pasillo, con su sombrero de ala vuelta, su larga cara seria y su levita verde, ellas interrumpían su tarea. Por otra parte, nunca dejaba de dirigirles una palabra de ánimo, una cortesía en forma de sentencia; y después, en su familia, ellas se sentían infelices, porque lo habían tomado a él como ideal.

Ninguna, sin embargo, le quería tanto como la señora Regimbart, mujercita inteligente que lo mantenía con su trabajo.

Tan pronto anunciaron al señor Moreau, ella acudió inmediatamente a recibirle, sabiendo por los criados lo que significaba para la señora Dambreuse. Su marido «llegaba en el preciso momento»; y Frédéric, siempre detrás de ella, admiró el cuidado de la casa y la cantidad de hule que había en ella. Después esperó unos minutos, en una especie de despacho, donde el Ciudadano se retiraba a pensar.

Su acogida fue menos hosca que de costumbre.

Le contó la historia de Arnoux. El ex fabricante de cerámica había echado un rapapolvos a Mignot, un patriota, que poseía cien acciones de *El Siglo*, demostrándole que, por el bien de la democracia, había que cambiar la gerencia y la redacción del periódico; y, bajo pretexto de hacer triunfar su opinión en la siguiente junta de accionistas, le había pedido cincuenta acciones, diciendo que las distribuiría entre amigos fieles, los cuales apoyarían su voto; Mignot no tendría ninguna responsabilidad, no se enfadaría con nadie; después, una vez obtenido el triunfo, le proporcionaría un buen puesto en la administración, de cinco a seis mil francos por lo menos, las acciones habían sido entregadas. Pero Arnoux, inmediatamente, las había vendido; y, con el dinero, se había asociado a un comerciante de objetos religiosos. Sobre esto, reclamaciones de Mignot, aplazamientos de Arnoux; finalmente el patriota le había amenazado con una demanda por estafa, si no devolvía sus títulos o la suma equivalente a cincuenta mil francos.

Frédéric pareció desesperarse.

—Eso no es todo —dijo el Ciudadano—. Mignot, que es un buen chico, se conformó con la cuarta parte. Nuevas promesas del otro, nuevas bromas naturalmente. En resumen, anteayer por la mañana, Mignot le exigió que le devolviera, en el plazo de veinticuatro horas, sin perjuicio del resto, doce mil francos.

—Pero los tengo —dijo Frédéric.

El Ciudadano se volvió despacio:

—Bromeas.

—¡Perdón! Están en mi bolsillo. Aquí los traigo.

—¡Qué sorpresa! ¡Caramba con el niño! Pero, además, la demanda ya está presentada y Arnoux se ha marchado.

—¿Sólo?

—No, con su mujer. Los han encontrado en la estación de El Havre.

Frédéric palideció extraordinariamente. Regimbart creyó que iba a desmayarse. Se contuvo e incluso tuvo la fuerza de hacer dos o tres preguntas sobre la aventura. Regimbart se entristecía, pues finalmente todo esto dañaba a la Democracia. Arnoux siempre había sido un hombre sin conducta y un desordenado.

—Un verdadero cabeza de chorlito. Tiraba la casa por la ventana. Las faldas le han perdido. No es a él a quien compadezco, sino a su pobre mujer —pues el Ciudadano admiraba a las mujeres virtuosas, y tenía en gran estima a Mme. Arnoux.

—Ha debido de pasar las suyas.

Frédéric le agradeció aquella muestra de simpatía; y, como si hubiera recibido un gran favor de él, le estrechó la mano efusivamente.

—¿Has hecho todos los encargos? —dijo Rosanette al verlo regresar.

No había tenido la valentía de hacerlos, respondió, y se había ido caminando al azar, por las calles, para aturdirse.

A las ocho, pasaron al comedor; pero permanecieron silenciosos, el uno frente al otro, echaban a intervalos un largo suspiro y devolvían su plato. Frédéric bebía aguardiente. Se sentía deshecho, aplastado, aniquilado, sin tener ya conciencia de nada más que de un enorme cansancio.

Ella había ido a buscar el retrato. El rojo, el amarillo, el verde y el añil chocaban en violentos contrastes, convirtiéndolo en algo repelente, casi un objeto de burla.

Por otra parte, el pequeño difunto ya no era reconocible. El tono violáceo de sus labios aumentaba la palidez de su piel; las aletas de la nariz se habían vuelto más finas, los ojos más hundidos; y la cabeza descansaba sobre una almohada de tafetán verde, entre pétalos de camelias, rosas de otoño y violetas; era una idea de la doncella; ellas dos lo habían

preparado así; piadosamente. Sobre la chimenea, cubierta con una funda de guipur, había candelabros de plata dorada rodeados de mirto bendito; en las esquinas, en dos jarrones, se quemaban pastillas olorosas; todo esto formaba con la cuna una especie de monumento; y Frédéric recordó su velatorio al lado del señor Dambreuse.

Cada cuarto de hora, aproximadamente, Rosanette recorría las cortinas para contemplar a su hijo. Lo veía, al cabo de unos meses, dando los primeros pasos, después en el colegio, jugando al marro en el patio; luego, a los veinte años, hecho un mozo; y todas estas imágenes que ella se creaba eran otros tantos hijos que ella habría perdido, en una multiplicación dolorosa de su maternidad.

Frédéric, inmóvil en el otro sillón, pensaba en Mme. Arnoux.

Ella estaba en el tren, sin duda, la cara pegada a la ventanilla de un vagón, y viendo desaparecer el campo detrás de ella, del lado de París, o bien sobre el puente de un barco de vapor, como la primera vez que la había encontrado; sólo que aquel barco se iba definitivamente hacia países de donde ella ya no regresaría más. Después la veía en la habitación de una posada, con baúles en el suelo, un papel pintado hecho trizas, las puerta sacudida por el viento. ¿Y después? ¿Qué sería de ella? ¿Maestra, dama de compañía, doncella, quizás? Estaba a merced de todos los azares de la miseria. Ignorar la suerte que correría era para él una tortura. Habría debido oponerse a su huida o irse detrás de ella. ¿No era él su verdadero esposo? Y, pensando que nunca volvería a encontrarla, que todo había terminado definitivamente, que estaba irrevocablemente perdida, sentía como un desgarramiento de todo su ser; las lágrimas que había acumulado desde la mañana se desbordaron.

Rosanette se dio cuenta de esto.

—¡Ah!, lloras como yo. Tienes pena.

—Sí. Sí tengo.

La estrechó contra su corazón y los dos sollozaban manteniéndose abrazados.

La señora Dambreuse lloraba también, echada en su cama, boca arriba, la cabeza entre las manos.

Olimpia Regimbart, que había ido por la tarde a probarle su primer vestido de color, había contado la visita de Frédéric, e incluso había dicho que tenía doce mil francos destinados al señor Arnoux.

Así que este dinero, el dinero de ella, era para impedir la marcha de la otra, para seguir conservando una amante.

Al principio tuvo un acceso de rabia y resolvió echarlo como un lacayo. Luego se calmó derramando abundantes lágrimas. Era mejor ocultarlo todo, no decir nada.

Al día siguiente, Frédéric llevó los doce mil francos.

Ella le rogó que los guardara, por si los necesitaba su amigo, y le hizo muchas preguntas sobre este señor. ¿Quién le había empujado a tal abuso de confianza? Una mujer, sin duda. «Las mujeres os arrastran a todos los crímenes».

Esta especie de guasa desconcertó a Frédéric. Sentía un gran remordimiento por su calumnia. Lo que le tranquilizaba era que la señora Dambreuse no podía conocer la verdad.

Sin embargo, ella puso todo su empeño en saberla; ya que, dos días después, se volvió a informar acerca de su pequeño camarada, después de otro, de Deslauriers.

—¿Es un hombre que merece confianza?, ¿es inteligente?

Frédéric lo ensalzó.

—Dígale que pase por casa una mañana de éstas; desearía consultarle un asunto.

Había encontrado un rollo de papeles que contenían los pagarés de Arnoux legalmente protestados y avalados con la firma de Mme. Arnoux. Era por ellos por lo que Frédéric había ido una vez a casa de la señora Dambreuse a la hora de comer; y aunque el capitalista no había querido llevar adelante la ejecución, había conseguido que el Tribunal de Comercio decretase no sólo la condenación de Arnoux, sino la de su mujer, que no sabía nada, pues su marido no había juzgado conveniente decírselo.

Aquello era un arma. La señora Dambreuse no lo ponía en duda. Pero tal vez su notario le habría aconsejado que se abstuviera; ella hubiera preferido a alguien desconocido; y se había acordado del gran diablo, de aspecto desvergonzado, que le había ofrecido sus servicios.

Frédéric cumplió ingenuamente el encargo.

Al abogado le encantó que le pusiesen en contacto con una gran señora.

Y acudió.

Ella le previno que la herencia pertenecía a su sobrina, motivo de más para liquidar los créditos a su favor, que ella reembolsaría, empeñada como estaba en comportarse con el matrimonio Martinon lo mejor posible.

Deslauriers comprendió que debajo de todo esto se escondía un misterio; y se echaba a soñar examinando los pagarés. El nombre de Mme. Arnoux, de su puño y letra, le volvió a poner delante de los ojos toda su persona y el ultraje que de ella había recibido. Ya que se presentaba la ocasión de vengarse, ¿por qué no aprovecharla?

Así que aconsejó a la señora Dambreuse que hiciese vender en pública subasta los créditos impagados a cuenta de la herencia. Un testafarro los compraría y haría las diligencias. Él se encargaría de buscar la persona.

Hacia fines de noviembre, Frédéric, pasando por la calle de Mme. Arnoux, levantó la

vista hacia sus ventanas y vio un anuncio fijado en la puerta, en el que se leía en grandes caracteres:

«Venta de un rico mobiliario, consistente en batería de cocina, ropa interior y mantelerías, encajes, faldas, pantalones, cachemires franceses y de la India, piano de Erard, dos arcones de roble Renacimiento, espejos de Venecia, jarrones de China y del Japón».

«Es el mobiliario de ellos», se dijo Frédéric, y el portero confirmó sus sospechas.

En cuanto a la persona que hacia ejecutar la venta, él lo ignoraba. Pero el perito-tasador, el letrado Berthelomt, tal vez pudiera darle explicaciones.

El funcionario ministerial, al principio, no quiso decir el nombre del acreedor que instalaba la venta, Frédéric insistió. Era un señor llamado Sénécal, agente de negocios; y el señor Berthelomt llegó con su cortesía a prestarle su diario de «Anuncios Breves».

Al llegar a casa de Rosanette, Frédéric lo tiró abierto del todo sobre la mesa.

—Lee.

—¿Y qué? —dijo ella con un aire impertubable que a él lo sublevó.

—¡Ah!, di que no sabes nada.

—No comprendo.

—¿Eres tú la que obliga a Mme. Arnoux a vender?

Rosanette volvió a leer el anuncio.

—¿Dónde está su nombre?

—¡Ah!, es su mobiliario. Lo sabes mejor que yo.

—¿A mí qué me importa? —dijo Rosanette encogiéndose de hombros.

—¿Cómo qué te importa? Te estás vengando, eso es todo. Son tus persecuciones que continúan. ¿Acaso no tuviste el atrevimiento de ir a ultrajarla en su propia casa? Tú, una mujerzuela. A ella, que es la mujer más santa, más encantadora y la mejor de las mujeres. ¿Por qué te empeñas en arruinarla?

—Te equivocas, te lo aseguro.

—¡Vamos ya! ¡Como si no hubieras enviado a Sénécal por delante!

—¡Qué tontería!

Entonces Frédéric se puso furioso.

—¡Mientes! ¡Mientes!, ¡miserable! Tienes celos de ella. Tienes una denuncia contra su marido. Sénécal se ha metido ya en tus asuntos. Detesta a Arnoux, vuestros dos odios se entienden. He visto cómo gozaba cuando ganaste el pleito del caolín. ¿Tendrás el valor de

negarlo?

—Te doy mi palabra...

—¡Oh!, conozco tu palabra.

Y Frédéric le recordó los nombres de sus amantes, con detalles muy precisos. Rosanette, que se estaba poniendo toda pálida, retrocedía.

—¡Te extraña eso! Me creías ciego porque cerraba los ojos. Me basta con lo de hoy. No se muere uno por las traiciones de una mujer de tu especie. Cuando se vuelven demasiado monstruosas, se dejan de lado; castigarlas sería degradarse.

Ella se retorció los brazos.

—¡Dios mío!, ¿qué es lo que te ha cambiado?

—Nada más que tú misma.

—Y todo esto por Mme. Arnoux —exclamó Rosanette llorando.

Él replicó fríamente:

—Nunca he querido más que a ella.

Ante este insulto dejó de llorar.

—Esto demuestra tu buen gusto. Una persona de edad madura, con el cutis color de regaliz, el talle grueso, ojos grandes y vacíos como tragaluces de sótano. Ya que te gusta, vete con ella.

—Es justo lo que esperaba. Gracias.

Rosanette quedó inmóvil, estupefacta por estas maneras desacostumbradas. Incluso dejó que la puerta se volviese a cerrar; luego, de un salto, lo alcanzó en la antesala, y, rodeándolo con sus brazos:

—Pero estás loco, estás loco, es absurdo, te quiero.

Ella le suplicaba:

—¡Por Dios!, ¡en nombre de nuestro hijito!

—Confiesa que eres tú la causante de todo.

Ella protestó de su inocencia.

—¿No quieres confesar?

—No.

—Bueno, pues, adiós, y para siempre.

—Escúchame.

Frédéric se volvió.

—Si me conocieras mejor, sabrías que mi decisión es irrevocable.

—¡Oh! ¡Oh!, tú volverás a mí.

—Nunca jamás.

Y dio un fuerte portazo.

Rosanette escribió a Deslauriers para decirle que necesitaba verle inmediatamente.

Llegó cinco días después, una tarde; y cuando ella le contó la ruptura:

—No es más que eso. ¡Menuda desgracia!

Ella había creído al principio que Deslauriers podría hacer volver a Frédéric; pero ahora todo estaba perdido. Se había enterado, por el portero, de su próxima boda con la señora Dambreuse.

Deslauriers le dio una lección de moral, incluso se mostró especialmente alegre, bromista, y, como se había hecho tarde, le pidió permiso para pasar la noche en un sillón. Al día siguiente salió para Nogent, advirtiéndole que no sabía cuándo volverían a verse; dentro de poco, tal vez, habría un gran cambio en su vida.

Dos horas después de su regreso, todo el pueblo estaba revuelto. Decían que el señor Frédéric iba a casarse con la señora Dambreuse. Por fin, las tres señoritas Auger, no aguantando más, fueron a casa de Mme. Moreau, quien les confirmó la noticia con orgullo. El señor Roque enfermó al saberla. Louise se encerró en casa. Corrió el rumor de que estaba loca.

Entretanto, Frédéric no podía ocultar su tristeza. La señora Dambreuse, sin duda para distraerle, redoblaba sus atenciones. Todas las tardes le paseaba en su coche; y, una vez que pasaban por la plaza de la Bolsa, tuvo la idea de entrar, por curiosidad, en la sala de subastas.

Era el primero de diciembre, justo el día fijado para la venta de los bienes de Mme. Arnoux. Se acordó de la fecha, y manifestó su repugnancia, declarando aquel lugar insostenible por la gente y el ruido. Ella sólo deseaba echar una ojeada. El coche se paró. Había que acompañarla.

En el patio se veían lavabos, palanganas, maderas de sillones, cestos viejos, fragmentos de porcelana, botellas vacías, colchones; y hombres con guardapolvos o con levita sucia, todos cubiertos de polvo gris, de aspecto repulsivo, algunos con sacos de tela al hombro, charlando en grupos diferentes o llamándose a gritos.

Frédéric objetó los inconvenientes de ir más adelante.

—¡Ah!, ¡bah!

Y subieron las escaleras.

En la primera sala, a la derecha, unos señores, con un catálogo en la mano, examinaban unos cuadros; en otra, vendían una colección de armas chinas; la señora Dambreuse quiso bajar. Miraba los números encima de las puertas, y lo llevó hasta el extremo del corredor, hacia una habitación llena de gente.

Inmediatamente reconoció las dos estanterías de *El Arte Industrial*, su mesa de trabajo, todos sus muebles. Amontonados al fondo, por tamaños, formaban un ancho talud desde el suelo hasta las ventanas; y, en los otros lados de la habitación, las alfombras y las cortinas colgaban rectas a lo largo de las paredes. Debajo había unos escalones ocupados por viejos tipos que dormitaban. A la izquierda se levantaba una especie de mostrador, donde el subastador, de corbata blanca, blandía ligeramente un pequeño martillo. A su lado, un joven escribía; y más abajo, de pie, un robusto mozo con aspecto de viajante de comercio y de vendedor de contraseñas anunciaba los muebles en venta. Tres mozos los ponían sobre una mesa, en torno a la cual estaban sentados en fila chamarileros y revendedoras. La gente circulaba por detrás de ellos.

Cuando entró Frédéric, las enaguas, los pañuelos de cuello, los pañuelos de manos y hasta las camisas habían pasado de mano en mano examinándolas por el derecho y por el revés; a veces, las tiraban desde lejos y de repente atravesaban el aire unas cosas blancas. Luego vendieron sus vestidos, después uno de sus sombreros con la pluma rota cayendo, a continuación sus pieles, seguidamente tres pares de botines; y el reparto de estas reliquias, en las que él reconocía confusamente las formas de sus miembros, le parecía una atrocidad, como si hubiese visto cuervos despedazando su cadáver. La atmósfera de la sala, cargada de respiraciones, le daba náuseas. La señora Dambreuse le ofreció un frasco de sales, decía que se divertía mucho.

Mostraron los muebles del dormitorio.

El comisario Berthelot dio un precio. El subastador, inmediatamente, lo repetía en voz alta; y los tres mozos esperaban tranquilamente el martillazo, después llevaban el objeto a una habitación contigua. Así fueron desapareciendo, unos detrás de otros, la gran alfombra azul sembrada de camelias que sus graciosos pies rozaban cuando se dirigía hacia él, la butaca tapizada donde él se sentaba siempre frente a ella cuando estaban solos; las dos cortinas de las chimeneas, cuyo marfil se había ido suavizando al contacto con sus manos; un acerico de terciopelo todavía erizado de alfileres. Con aquellas cosas era como si se llevasen pedazos de su corazón; y la monotonía de las mismas voces, de los mismos gestos le adormecía de cansancio, le causaba un torpor fúnebre, una sensación de aniquilamiento.

A sus oídos llegó un crujir de seda. Era Rosanette que estaba al lado.

Se había enterado de la subasta por el propio Frédéric. Aliviada de su pena, se le había ocurrido la idea de aprovecharse de la venta. Llegaba para verla, en chaleco de rosa blanco con botones de perlas, con un vestido de volantes, estrictamente enguantada, con aire de

vencedora.

El palideció de cólera. Ella miró a la mujer que lo acompañaba.

La señora Dambreuse la había reconocido; y, durante un minuto, se observaron de arriba abajo escrupulosamente, a fin de descubrir el defecto, la tara, una envidiando, tal vez, la juventud de la otra, y ésta, despechada por la extremada distinción, la sencillez aristocrática de su rival.

Por fin, la señora Dambreuse volvió la cabeza, con una sonrisa de una insolencia inefable.

El subastador había abierto un piano, su piano. Permaneciendo de pie, hizo una gama con la mano derecha, y anunció el instrumento por mil doscientos francos, después rebajó a mil, a ochocientos, a setecientos.

La señora Dambreuse, en tono juguetón, se reía del trasto.

Pusieron delante de los chamarileros un cofrecito con medallones, cantos y cierres de plata, el mismo que había visto la primera vez que había ido a cenar en la calle de Choiseul, que después había estado en casa de Rosanette, y que había vuelto a casa de Mme. Arnoux; frecuentemente, durante sus conversaciones sus ojos se posaban sobre él; estaba unido a sus más preciados recuerdos, y su alma se deshacía de ternura cuando la señora Dambreuse dijo de pronto:

—Mira: voy a comprarlo.

—Pero no es nada especial —repuso él.

Ella, por el contrario, lo encontraba muy bonito; y el subastador ensalzaba su finura:

—Una joya del Renacimiento. Ochocientos francos, señores. Casi todo de plata. Con un poco de blanco España, esto resplandecerá.

Y como ella trataba de abrirse camino entre la gente:

—¡Qué extraña idea! —dijo Frédéric.

—¿Le disgusta?

—¡No! Pero, ¿para qué sirve esa baratija?

—¡Quién sabe!, para guardar cartas de amor.

Y su mirada denotaba una alusión muy clara.

—Razón de más para no despojar a los muertos de sus secretos.

—Yo no la creía tan muerta —y con una voz bien inteligible añadió:

—Ochocientos noventa francos.

—Lo que hace usted no está bien —murmuró Frédéric.

Ella se reía.

—Pero, querida amiga, es la primera gracia que le pido.

—Pero sabe que no será usted un marido amable.

Alguien acababa de subir la puja; ella levantó la mano:

—Novecientos francos.

—Novecientos francos —repitió el letrado Berthelot.

—Novecientos diez... quince... veinte... treinta —chillaba el subastador, al tiempo que dirigía la mirada al público de la sala con cabeceos entrecortados.

—Pruébeme que mi mujer es razonable —dijo Frédéric.

La fue llevando suavemente hacia la puerta.

El subastador continuaba:

—Vamos, vamos, señores, novecientos treinta. ¿Hay quien dé más?

La señora Dambreuse, que había llegado a la puerta, se paró; y, con una voz fuerte:

—Mil francos.

Hubo un estremecimiento en el público, seguido de un silencio.

—Mil francos, señores, mil francos. ¿Hay quien dé más? Adelante. Adjudicado.

El martillo de marfil golpeó.

Ella pasó una tarjeta, le enviaron el cofrecito.

Lo metió en su manguito.

Frédéric sintió que un gran frío le atravesaba el corazón.

La señora Dambreuse seguía del brazo de Frédéric; y no se atrevió a mirarle de frente hasta la calle, donde estaba su coche esperándola.

Se metió en él como ladrón que huye y cuando estuvo ya acomodada se volvió a Frédéric. Él tenía el sombrero en la mano.

—¿Usted no sube?

—No, señora.

Y, saludándola fríamente, cerró la portezuela y dio al cochero la señal de partir.

Al principio experimentó un sentimiento de gozo y de independencia reconquistada. Estaba orgulloso de haber vengado a Mme. Arnoux sacrificándole una fortuna; después se extrañó de su decisión, y se sintió rendido de cansancio.

Al día siguiente por la mañana, su criado le dio las noticias. Se había decretado el

estado de sitio, se había disuelto la Asamblea, y una parte de los representantes del pueblo estaban en Mazas. Los asuntos públicos le dejaron indiferente, tenía bastante con los suyos propios.

Escribió a proveedores para anular varias compras relacionadas con su boda, que ahora comenzaba a considerar como una especulación un tanto innoble; y execraba a la señora Dambreuse porque, por culpa de ella, había estado a punto de cometer una bajeza. Olvidaba a la Mariscalá, ni siquiera se preocupaba de Mme. Arnoux, pues no pensaba más que en sí mismo, perdido en las ruinas de sus sueños, enfermo, lleno de dolor y de desánimo; y odiando el ambiente en el que tanto había sufrido, ansiaba el frescor de la hierba, la tranquilidad de la provincia, una vida muelle que transcurriese a la sombra del techo natal en compañía de corazones ingenuos. Miércoles por la tarde, por fin, salió.

Numerosos grupos de personas estaban estacionados en el bulevar. De vez en cuando, una patrulla los dispersaba; pero no tardaban en rehacerse. Hablaban libremente, vociferaban contra la tropa bromeando e insultando a los militares, pero nada más.

—¡Pero cómo!, ¿es que no vamos a pelear? —dijo Frédéric a un obrero.

El hombre de guardapolvos le respondió:

—No somos tan tontos como para dejarnos matar por la causa de los burgueses. Que se arreglen ellos.

Y un señor refunfuñó, mientras miraba con mala cara al populacho barriobajero:

—Canallas de socialistas. Si pudiéramos acabar con ellos en esta ocasión.

Frédéric no entendía nada de tanto rencor y tanta tontería. Esto le aumentó el asco que le tenía a París; y, dos días después, tomó el primer tren que salía para Nogent.

Pronto desaparecieron las casas, se ensanchó el campo. Solo en el vagón con los pies sobre la banqueta, rumiaba los acontecimientos de los últimos días, todo su pasado. Se le renovó el recuerdo de Louise.

«Aquella sí que me quería. Me he equivocado desaprovechando aquella felicidad... ¡Bah!, no pensemos más en ello».

Luego, cinco minutos después:

«¿Quién sabe?, ¿sin embargo?... después, ¿por qué no?». Su sueño, como sus ojos, se hundía en vagos horizontes.

«Era ingenua, una aldeana, casi una salvaje, ¡pero tan buena!».

A medida que se acercaba a Nogent, ella se acercaba a él. Cuando atravesaron las praderas de Sourdun, él la vio bajo los álamos como antaño, cortando juncos a la orilla de los charcos; estaba llegando; él bajó.

Después se apoyó de codos sobre el puente, para ver de nuevo la isla y el huerto donde

habían pasado un día de sol; y, como el aturdimiento del viaje y del aire libre y la debilidad que conservaba de sus emociones recientes le causaban una especie de exaltación, se dijo:

«Quizás ha salido; ¡si fuera a buscarla!».

Sonaba la campana de San Lorenzo; y en la plaza, delante de la iglesia, los pobres se aglomeraban en torno a una calesa, la única del pueblo (la que servía para las bodas), cuando bajo el pórtico, de pronto, entre una muchedumbre de burgueses, de corbata blanca, aparecieron dos recién casados.

Frédéric creyó ver visiones. Pero no. Desde luego, era ella, Louise, tocada de un velo blanco que le caía de su pelo rojo hasta los talones y, por supuesto, él era Deslauriers, que lucía un traje azul bordado de plata, un uniforme de prefecto. ¿Por qué?

Frédéric se escondió en la esquina de una casa para dejar paso al cortejo. Pero ¿por qué?

Avergonzado, vencido, aplastado, volvió a la estación a tomar el tren de regreso a París.

El cochero del simón le aseguró que habían levantado barricadas desde el Château-d'Eau hasta el Gimnasio, y tomó por el *faubourg* Saint-Martin. En la esquina de la calle de Provence se apeó para alcanzar los bulevares.

Eran las cinco, caía una lluvia fina. La acera del lado de la Ópera estaba ocupada por burgueses. Las casas de en frente estaban cerradas. No había nadie en las ventanas. A todo lo ancho del bulevar galopaban dragones, a toda marcha, inclinados sobre sus caballos, con el sable desenvainado; y los penachos de sus cascos, y sus grandes capas blancas que se agitaban detrás de ellos pasaban sobre las farolas de gas, que se retorcían al viento en la bruma. La gente los miraba, muda, aterrorizada.

Entre las cargas de caballería aparecían de improviso escuadras de guardias municipales para contener a la gente en las calles.

Pero en las escaleras de Tortoni, un hombre, Dussardier, que destacaba de lejos por su elevada estatura, permanecía más inmóvil que una cariátide.

Unos de los guardias que iba en cabeza, con el tricornio sobre los ojos, lo amenazó con su espada.

El otro, entonces, dando un paso adelante, empezó a gritar:

—¡Viva la República!

Cayó de espaldas con los brazos en cruz.

Un alarido de dolor se alzó de la muchedumbre. El agente dio una vuelta mirando a su alrededor; y Frédéric, lleno de asombro, reconoció a Sénécal.

CAPÍTULO VI

Viajó.

Conoció la melancolía de los paquebotes, los fríos amaneceres bajo la tienda, los mareos de los paisajes y de las ruinas, la amargura de las amistades truncadas.

Regresó.

Trató gente, y tuvo otros amores todavía. Pero el recuerdo continuo del primero se los hacía insípidos; y además la vehemencia del deseo, la flor misma de la sensación se había perdido. Sus ambiciones intelectuales también habían disminuido. Pasaron años; y seguía soportando la ociosidad de su inteligencia y la inercia de su corazón.

Hacia fines de marzo de 1867, a la caída de la tarde, cuando estaba solo en su gabinete, entró una mujer.

—¡Madame Arnoux!

—¡Frédéric!

Ella lo tomó de las manos, lo llevó suavemente hacia la ventana, y lo observaba sin dejar de repetir:

—¡Es él! ¡Pues es él!

En la penumbra del crepúsculo, él no veía más que sus ojos bajo el velo de encaje negro que cubría su cara.

Después de haber depositado en la orilla de la chimenea una pequeña cartera de terciopelo granate, se sentó. Los dos permanecieron sin poder hablar, sonriéndose el uno al otro.

Por fin, él le hizo una serie de preguntas sobre ella y su marido.

Vivían en lo más apartado de la Bretaña, para gastar menos y poder pagar sus deudas. Arnoux, casi siempre enfermo, ahora parecía un viejo. Su hija estaba casada en Burdeos, y su hijo, en un destacamento militar en Mostaganem. Después ella alzó la mirada:

—Pero vuelvo a verte. Soy feliz.

Él no se olvidó de decirle que, cuando supo de su catástrofe, había acudido a su casa.

—Lo sabía.

—¿Cómo?

Ella lo había visto en el patio y se había escondido.

—¿Por qué?

Entonces, con voz temblorosa, y entrecortada (con largas pausas de silencio entre sus palabras):

—Tenía miedo. Sí... miedo de usted... de mí.

Ante esta revelación sintió como un estremecimiento de voluptuosidad. Su corazón latía con fuerza. Ella continuó:

—Perdóneme por no haber venido antes —y señalando la pequeña cartera granate cubierta de palmas de oro—: La he bordado para usted, expresamente. Contiene la cantidad de la que debían responder los terrenos de Belleville.

¹ Mostaganem: Puerto de Argelia. En 1830 los franceses comenzaron la conquista de Argelia.

Frédéric le dio las gracias por su regalo, al tiempo que le reprochaba el haberse tomado aquella molestia.

—No. No es por esto por lo que he venido. Tenía interés en hacer esta visita, después regresaré allá... allá.

Y le habló del lugar donde vivía.

Era una casa baja, de un solo piso, con un huerto lleno de boj es enormes y una doble avenida de castaños que subían hasta lo alto de la colina desde donde se ve el mar.

—Me voy a sentar allí, en un banco, al que he bautizado: el banco Frédéric.

Después se puso a examinar los muebles, las figuritas, los cuadros, ávidamente, para llevarlos a su memoria. El retrato de la Mariscala estaba medio tapado por una cortina. Pero los oros y los blancos, que se destacaban en medio de la oscuridad, le atrajeron.

—Me parece que conozco a esa mujer.

—¡Imposible! —dijo Frédéric—. Es una vieja pintura italiana.

Ella confesó que deseaba dar una vuelta por las calles cogida de su brazo.

Salieron.

El resplandor de las tiendas iluminaba, a intervalos, su perfil pálido; luego la sombra volvía a envolverlo; y en medio de los coches, de la gente y el ruido, caminaban sin pensar más que en sí mismos, sin oír nada, como los que caminan juntos por el campo sobre un lecho de hojas caídas.

Recordaron sus días pasados, las cenas de la época de *El Arte Industrial*, las manías de Arnoux, su manera de estirar las puntas de su cuello postizo, de embadurnarse de cosmético los bigotes, de otras cosas más íntimas y más profundas. ¡Qué encanto sintió la primera vez que la oyó cantar! ¡Qué hermosa estaba el día de su fiesta, en Saint-Cloud! Le recordó el pequeño jardín de Auteuil, las noches en el teatro, un encuentro en el bulevar, antiguos criados, su sirviente negra.

Ella se asombraba de su memoria. Entretanto le dijo:

—A veces, sus palabras me llegan como un eco lejano, como el sonido de una campana, traído por el viento; y me parece que usted está allí, cuando leo pasajes de amor en los libros.

—Todo lo que en ellos se tacha de exagerado, usted me lo ha hecho sentir —dijo Frédéric—. Comprendo a Werther a quien no desagradaban las rebanadas de pan con mantequilla de Charlotte.

—Mi pobre amigo querido.

Lanzó un suspiro; y, después de un largo silencio:

—No importa, podremos decir que nos hemos querido mucho.

—Sin poseernos, sin embargo.

—Quizas es mejor —replicó ella.

—No, no. ¡Qué felices habríamos sido!

—¡Oh!, ya lo creo, con un amor como el suyo.

Y tenía que ser muy fuerte para durar después de una separación tan larga.

Frédéric le preguntó cómo lo había descubierto.

—Fue una tarde que usted me besó la muñeca entre el guante y el puño. Yo me dije: «Pero si es que me quiere... me quiere». Sin embargo, tenía miedo de saberlo con certeza. Su reserva era tan encantadora que gozaba con ella como si fuese un homenaje involuntario y continuado.

Él no echó nada de menos. Sus sufrimientos de antaño estaban bien pagados.

Cuando regresaron, Mme. Arnoux se quitó el sombrero. La lámpara, colocada sobre una consola, iluminó su pelo blanco. Fue como un golpe en todo el pecho.

Para ocultar esta decepción, se arrodilló delante de ella, y, cogiéndole las manos, se puso a decirle ternuras.

—Su persona, sus menores movimientos me parecían tener en el mundo una importancia extrahumana. Mi corazón, como polvo, se levantaba, seguía sus pasos. Usted me hacía el efecto de un claro de luna en una noche de verano, cuando todo es perfume,

sombras suaves, blancuras, infinito; y las delicias de la carne y del alma contenidas en su nombre, que me repetía, tratando de besarlo con mis labios. No imaginaba nada más allá. Era Mme. Arnoux tal como usted era, con muchos niños, tierna, seria, deslumbrante de hermosura, y tan buena. Aquella imagen borraba todas las demás. Pero es que ni siquiera pensaba en otras. ¿Pero es que podía pensar en otra cosa teniendo siempre en el fondo de mí mismo la música de su voz y el brillo de sus ojos?

Ella aceptaba extasiada estas confesiones apasionadas dedicadas a la mujer que ya no era. Frédéric, embriagándose con estas palabras, llegaba a veces a creer lo que decía. Mme. Arnoux, de espaldas a la luz, se inclinaba hacia él. Sentía en su frente la caricia de su aliento, a través de sus ropas el contacto indeciso de todo su cuerpo. Se estrecharon las manos; la punta de su botín le salía un poco debajo del vestido, y él le dijo casi desfallecido:

—Ver su pie me trastorna.

Un movimiento de pudor la hizo levantarse. Después, inmóvil, y con la entonación singular de los sonámbulos:

—A mi edad, él, Frédéric... Nadie ha sido amada como yo. No. No. ¿De qué sirve ser joven? Yo me río de todo eso, las desprecio a todas las que vienen aquí.

—¡Oh!, apenas vienen —replicó él con complacencia.

La cara de Mme. Arnoux desbordó de alegría, y quiso saber si Frédéric se casaría.

Él le juró que no.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Por usted —dijo Frédéric estrechándola en sus brazos.

Ella seguía allí, el talle hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos mirando hacia arriba. De pronto, lo rechazó con un gesto de desesperación; y, como él le suplicara una respuesta, ella le dijo en voz baja:

—Hubiera querido hacerle feliz.

Frédéric sospechó que Mme. Arnoux había venido a ofrecerse; y él se sentía de nuevo preso de un deseo más fuerte que nunca, furioso, implacable. Sin embargo, sentía algo inefable, una repulsa y como el terror de un incesto. Otro temor le detuvo, el de sentir hastío después. Además, qué problemas se le plantearían, y a la vez por prudencia y para no degradar su ideal, dio media vuelta y se puso a hacer un cigarrillo.

Ella lo contemplaba, toda asombrada.

—¡Qué delicado es usted! No he visto otro igual.

Dieron las once.

—¡Ya! —dijo ella—; al cuarto me voy.

Se volvió a sentar; pero observaba el péndulo, y él continuaba caminando y fumando. No encontraban qué decirse. Hay un momento, en las separaciones, en que la persona amada ya no está con nosotros. Por fin, la aguja del reloj había marcado ya los veinticinco minutos, y la señora, lentamente, cogió su sombrero por las cintas.

—Adiós, amigo mío, mi querido amigo. Ya no volveremos a vernos. Éste era mi último gesto de mujer. Mi alma no le abandonará jamás. Que el cielo le bendiga.

Y lo besó en la frente como una madre.

Pero parecía buscar algo, y le pidió unas tijeras.

Soltó su pelo; todos sus cabellos quedaron sueltos sobre sus hombros.

Se cortó, brutalmente, por la raíz, un largo mechón.

—¡Consérvelos!, adiós.

Cuando salió, Frédéric abrió la ventana. Mme. Arnoux, en la acera, hizo señas a un coche que pasaba. Se metió dentro. El coche desapareció.

Y no hubo más.

CAPÍTULO VII

A comienzos de aquel invierno, Frédéric y Deslauriers charlaban al amor de la lumbre, una vez más reconciliados, por la fatalidad de su naturaleza que les obligaba siempre a reencontrarse y a quererse bien.

El uno explicó someramente su ruptura con la señora Dambreuse, la cual había vuelto a casarse, esta vez con un inglés.

El otro, sin decir cómo se había casado con la señorita Roque, contó que, un buen día, su mujer se había fugado con un cantante. Para liberarse un poco del ridículo, había actuado en el cargo de prefecto con exceso de celo gubernamental. Lo habían destituido. Después, había sido jefe de colonización en Argelia, secretario de un bajá, gerente de un periódico, agente de publicidad, y por fin se había empleado en lo contencioso en una compañía industrial.

Por su parte, Frédéric se había comido los dos tercios de su fortuna y vivía como un pequeño burgués.

Luego se informaron mutuamente de sus amigos.

Martinon era actualmente senador.

Hussonnet ocupaba un puesto importante, desde el cual controlaba todos los teatros y toda la prensa.

Cisy, metido en religión y padre de ocho hijos, vivía en el castillo de sus abuelos.

Pellerin, después de haberse entregado al fourierismo, a la homeopatía, al espiritismo, al arte gótico y a la pintura humanitaria, se había hecho fotógrafo; y en todas las paredes de París se le veía representado en traje negro con un cuerpo minúsculo y un enorme cabezón.

—¿Y tu íntimo Sénecal?

—Le he perdido la pista. No sé nada de él. Y tú, ¿qué es de tu gran pasión, Mme. Arnoux?

—Debe de estar en Roma con su hijo, teniente de cazadores.

—¿Y su marido?

—Murió el año pasado.

—¡Vaya! —dijo el abogado.

Luego, dándose un golpe en la frente:

—A propósito, el otro día, en una tienda, encontré a aquella brava Mariscala, que llevaba de la mano a un niño que ha adoptado. Está viuda de un tal Oudry, y ahora muy gruesa, enorme. ¡Qué decadencia! Ella, que tenía un talle tan delgado.

Deslauriers no ocultó que se había aprovechado de su desesperación para comprobarlo personalmente.

—Como, por otra parte, tú me habías autorizado.

Esta confesión era una compensación al silencio que él seguía guardando en relación con su tentativa con Mme Arnoux. Frédéric la hubiese perdonado, puesto que no había tenido éxito.

Aunque un poco molesto por el descubrimiento, aparentó reírse de él y la idea de la Mariscala le llevó a la de la Vatnaz.

Deslauriers no la había visto más, como tampoco a muchas otras que iban por casa de Arnoux; pero se acordaba perfectamente de Regimbart.

—¿Vive todavía?

—Apenas. Todas las noches, regularmente, desde la calle Grammont hasta la calle Montmartre, se arrastra, pasea, pasa delante de los cafés, debilitado, doblado en dos, acabado, un espectro.

—Bueno. ¿Y Compain?

Frédéric dio un grito de alegría, y pidió al ex delegado del Gobierno Provisional que le explicara el misterio de la cabeza de ternera.

Es una importación inglesa. Para parodiar la ceremonia que los realistas celebraban el 30 de enero, unos independientes fundaron un banquete anual en el que se comían cabezas de ternera, y se bebía vino tinto en cráneos de ternera, brindando por el exterminio de los Estuardo. Después de Termidor, unos terroristas organizaron una cofradía muy semejante, lo cual demuestra que la tontería es fecunda.

—Me parece muy calmado de la política.

—Es la edad —dijo el abogado.

E hicieron un resumen de sus vidas.

Ambos habían fracasado, el que había soñado con el amor, y el que había soñado con el poder. ¿Cuál era la razón de este fracaso?

—Quizás el no haberse trazado una línea recta —dijo Frédéric.

—Eso puede valer para ti. Yo, por el contrario, he pecado de exceso de rectitud, sin tener en cuenta mil cosas secundarias más importantes que todo. Yo he tenido demasiada lógica y tú demasiado sentimiento.

Después echaron la culpa a la suerte, a las circunstancias, a la época en que habían nacido.

Frédéric replicó:

—No es esto lo que pensábamos ser antaño en Sens, cuando tú querías escribir una historia crítica de la filosofía, y yo una gran novela medieval sobre Nogent, cuyo tema había encontrado en Froissart: Cómo micer Brokars de Fénéstranges y el obispo de Troyes atacaron a micer Eustaquio de Ambrecicourt. ¿Te acuerdas?

Y, resucitando sus respectivos años jóvenes, a cada frase se decían:

—¿Te acuerdas?

Volvían a ver el patio del colegio, la capilla, la sala de visitas, la sala de armas en la planta baja, figuras de vigilantes y de alumnos, uno llamado Angelmarre, de Versailles, que se hacía trabillas de viejas botas; el señor Mirbal y sus bigotes rojos; los dos profesores de dibujo lineal y de dibujo artístico, Varaud y Suriret, siempre discutiendo, y al Polaco, el compatriota de Copérnico, con su sistema planetario de cartón, astrónomo ambulante cuya demostración pagaban con una comida en el refectorio; después una tremenda juerga en el paseo, las primeras pipas que fumaron, los repartos de premios, la alegría de las vacaciones.

Fue durante las de 1837 cuando habían estado en casa de la Turca.

Llamaban así a una mujer cuyo verdadero nombre era Zoraida Turc; y muchas personas creían que era musulmana, una turca, lo cual aumentaba el encanto de su establecimiento, situado a la orilla del río, detrás de la muralla; incluso en pleno verano había sombra en torno a la casa, que se reconocía por una pecera de peces rojos junto a una maceta de reseda sobre una ventana. Unas señoritas, en blusa blanca, con colorete en las mejillas y largos pendientes, golpeaban en los cristales cuando se pasaba delante, y por la noche, en el umbral de la puerta canturreaban suavemente con una voz ronca.

Aquel lugar de perdición proyectaba un destello fantástico en todo el distrito. Lo designaban con perífrasis: «El lugar que sabéis —cierta calle— debajo de los puentes». Las campesinas de los alrededores le temblaban por sus maridos, las burguesas le temían por sus criadas, porque habían sorprendido allí a la cocinera del señor subprefecto; y, desde luego, era la obsesión de todos los adolescentes.

Pues bien, un domingo, mientras la gente estaba en los oficios de vísperas, Frédéric y Deslauriers, después de haberse arreglado el pelo, cogieron flores en el jardín de la señora Moreau, luego salieron por la puerta que daba al campo, y, dando un gran rodeo por las viñas, volvieron por la Pêcherie y se colaron en casa de la Turca, sin soltar de la mano sus

ramos de flores.

Frédéric presentó el suyo, como un enamorado a su novia. Pero el calor que hacía, el temor a lo desconocido, una especie de remordimiento, hasta el placer de ver todas juntas a tantas mujeres a su disposición, lo emocionaron de tal manera que se quedó muy pálido, sin moverse y sin decir palabra. Todas se reían, disfrutando al verle en aquella situación embarazosa; creyendo que se burlaban de él, se escapó; y, como Frédéric era el que tenía el dinero, Deslauriers se vio obligado a seguirle.

Los vieron salir. Esto originó un escándalo que se seguía comentando tres años después.

Se lo contaron el uno al otro con pelos y señales, cada uno completando los recuerdos del otro.

—Aquella fue la mejor aventura que corrimos —dijo Frédéric.

—Sí, quizá sí, aquella fue la mejor aventura que corrimos —dijo Deslauriers.